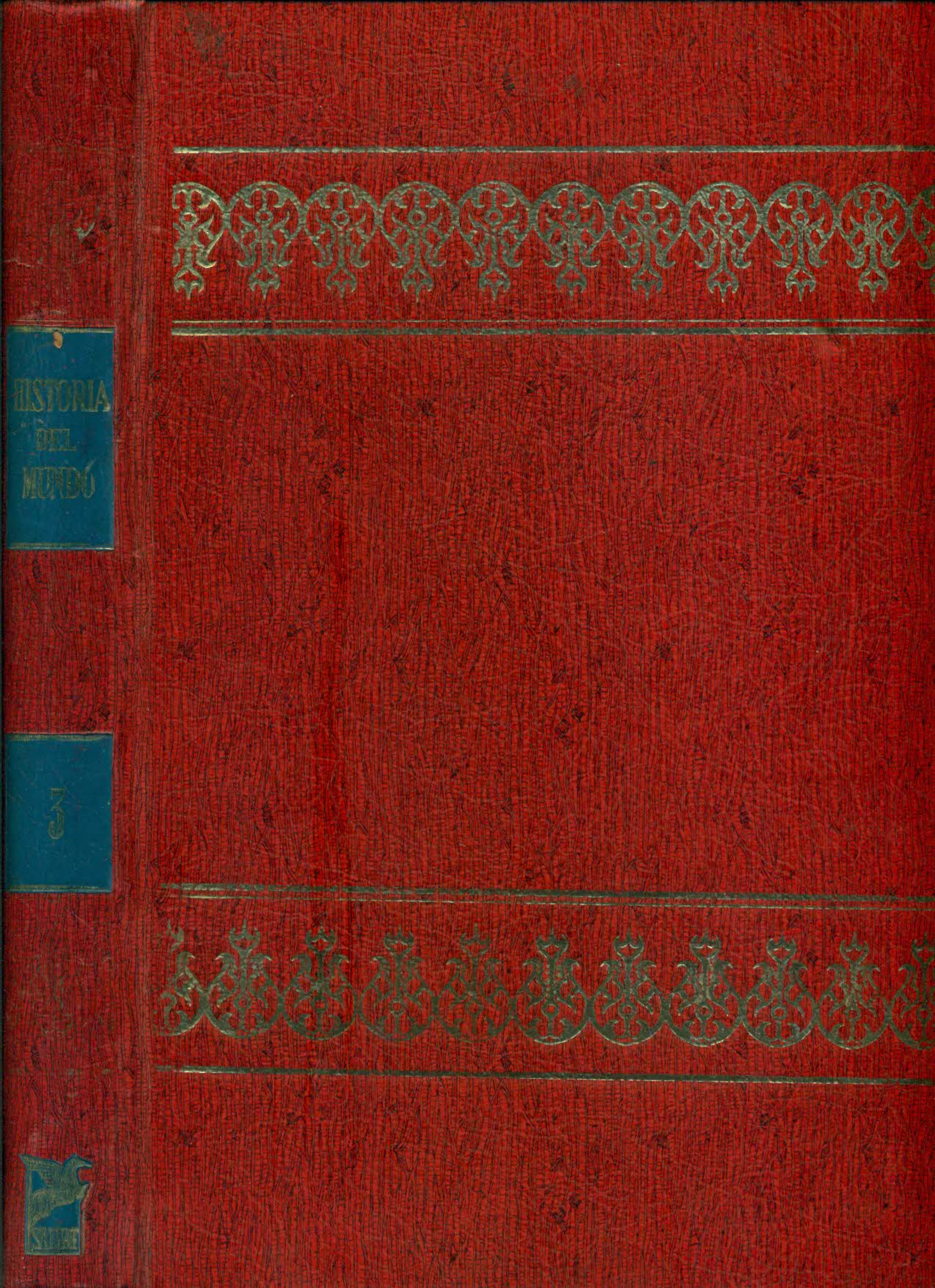

HISTORIA
DEL
MUNDO
3

# historia del mundo



TOMO 5

José Pijoan

# historia del mundo

SALVAT EDITORES, S. A.

BARCELONA • MADRID • BUENOS AIRES • MEXICO • CARACAS • BOGOTA • QUITO • SANTIAGO • RIO DE JANEIRO

*Digitalización original: Kepler y Tecnirama*
*Re-Digitalización final:* The Doctor



*Libros, Revistas, Intereses:*
*http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/*


GRAFICAS ESTELLA, S.A. Estella (Navarra) - 1977
Depósito Legal: NA. 450-1975 (V)
ISBN 84-345-3253-0 obra completa
ISBN 84-345-3258-1 tomo V
PRINTED IN SPAIN

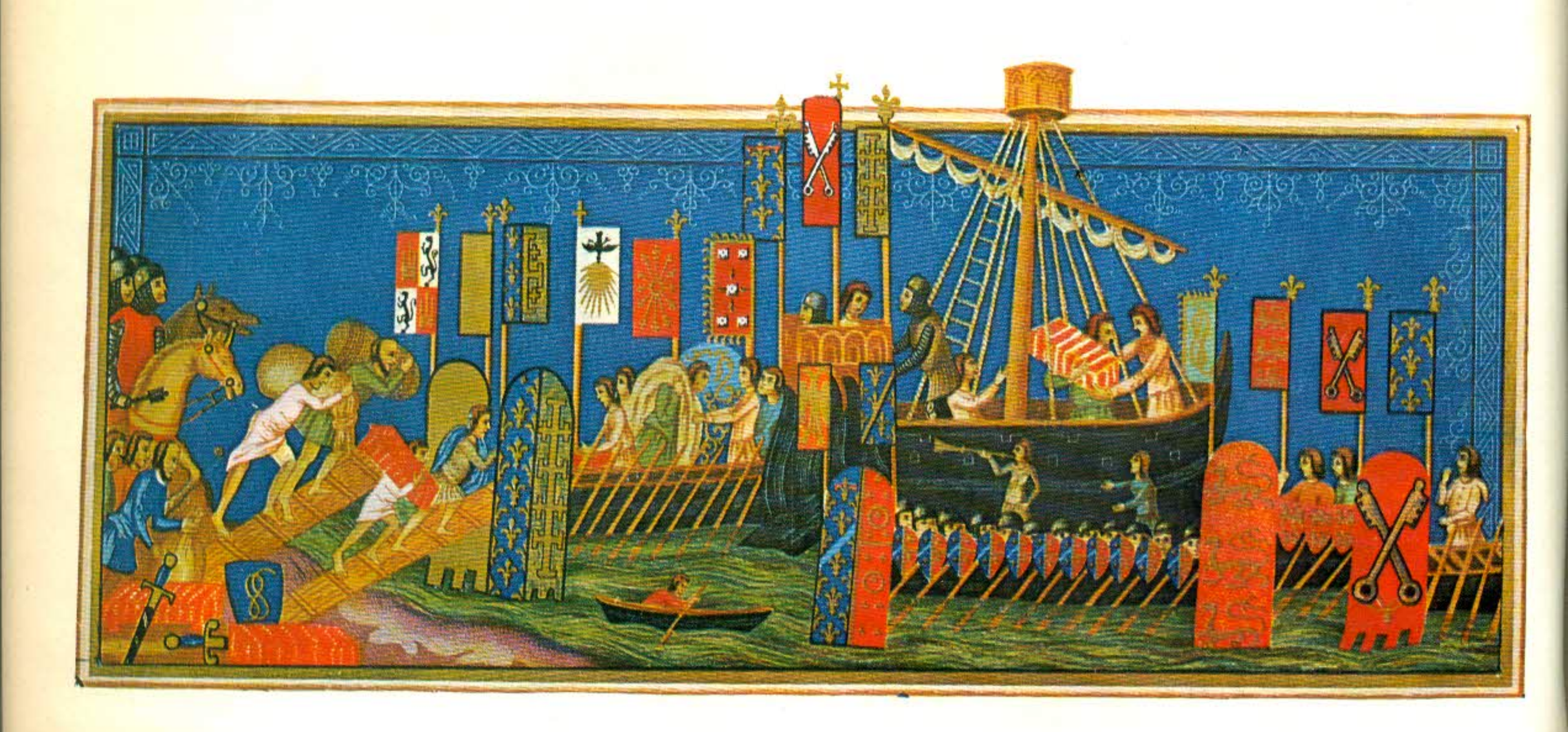
**DIRECTOR:** JUAN SALVAT
**DIRECTOR EDITORIAL:** AMANCIO FERNÁNDEZ TORREGROSA
**SECRETARIO DE REDACCIÓN:** VICENTE GARCÍA PITARCH
**COLABORADORES CIENTÍFICOS DEL PRESENTE VOLUMEN:**

| | |
|---|---|
| A. A. C. | Antonio M.ª ARAGÓ CABAÑAS, vicedirector del Archivo de la Corona de Aragón. |
| R. C. | Rafael CONDE, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona. |
| A. J. | Antoni JUTGLAR, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona. |
| M. A. L. Q. | Miguel A. LADERO, catedrático de la Universidad de La Laguna, Tenerife. |
| J. M.ª P. | José M.ª PISA, licenciado en Teología. |
| J. E. R. D. | José E. RUIZ DOMÉNEC, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona. |
| F. U. | Federico UDINA, catedrático y decano de Letras de la Universidad Autónoma de Barcelona y director del Archivo de la Corona de Aragón. |
| J. V. | Juan VERNET, catedrático de la Universidad de Barcelona. |

**CARTOGRAFÍA Y CUADROS FUERA DE TEXTO:** RAMÓN GRAU, MARINA LÓPEZ y RAMÓN SORIA
**COMPAGINACIÓN:** JAIME PRAT

## COLABORADORES CIENTIFICOS DE TODA LA OBRA

Dr. D. José ALSINA CLOTA, catedrático de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Antonio M.ª ARAGÓ CABAÑAS, vicedirector del Archivo de la Corona de Aragón, de Barcelona.
Dr. D. José BASABE, profesor de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Aurelio BERNARDI, profesor de la Universidad de Pavía.
Dr. D. Pere BOHIGAS, profesor de la Escuela de Bibliotecarias y conservador de la Biblioteca Central de la Diputación de Barcelona.
Dr. D. L. N. J. BRUNT, de la Universidad de Amsterdam (Holanda).
Sr. D. Rafael CONDE, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.
Sr. D. José FLORIT, profesor de la Universidad de Barcelona.
Sr. D. Juan GARCIA FONT, licenciado en Filosofía y Letras.
Dr. D. Albino GARZETTI, profesor de la Universidad de Génova.
Sr. D. Miguel GIL GUASCH, director técnico del Museo de Artes Decorativas de Barcelona.
Dr. D. Francisco GOMÁ MUSTÉ, catedrático de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Pedro GRASES, doctor en Filosofía y Letras (Venezuela).
Sr. D. Ramón GRAU, licenciado en Filosofía y Letras.
Sr. D. Lorenzo GUILERA, jefe del Laboratorio de Cálculo de la Universidad de Barcelona.
Sr. D. Luis IZQUIERDO, licenciado en Filosofía y Letras.
Dr. D. Antoni JUTGLAR, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.
Dr. D. Miguel Ángel LADERO QUESADA, catedrático de la Universidad de La Laguna (Tenerife).
Dr. D. Pedro LAÍN ENTRALGO, catedrático de la Universidad de Madrid y académico de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia.
Sra. Marina LÓPEZ GUALLAR, licenciada en Filosofía y Letras.
Dr. D. José Antonio MARAVALL, catedrático de la Universidad de Madrid y académico de la Real Academia de la Historia.
Sr. D. Ricardo MARTÍN, profesor de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Pedro MOLAS RIBALTA, profesor de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Antonio MORALES, profesor de la Universidad de Madrid.
Srta. M.ª Luz MORALES, escritora y publicista (Barcelona).
Dr. D. Anscari M. MUNDÓ MARCET, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona y archivero de la Corona de Aragón.
Sr. D. Antonio PALUZIE BORRELL, secretario de la Sociedad Astronómica de España y América.
Dr. D. Augusto PANYELLA, director del Museo Etnológico de Barcelona.
Dr. D. Luis PERICOT GARCÍA, vicepresidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
Srta. Marina PICAZO, licenciada en Filosofía y Letras.
Sr. D. José M.ª PISA, licenciado en Teología.
Sr. D. Alberto M. PRIETO ARCINIEGA, profesor de la Universidad de Granada.
Srta. Helena PUIGDOMÉNECH, profesora de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Carlos PUJOL JAUMANDREU, doctor en Filosofía y Letras.
Dr. D. Juan REGLÁ CAMPISTOL, catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona.
Srta. María de los Ángeles del RINCÓN, licenciada en Filosofía y Letras.
Dr. D. David ROMANO VENTURA, catedrático de la Universidad de Barcelona.
Sr. D. José E. RUIZ DOMÉNEC, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.
Dr. D. Santiago SOBREQUÉS VIDAL, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.
Sr. D. Ramón SORIA, profesor de la Universidad de Barcelona.
Srta. Jacoba TADEMA SPORRY, de la Universidad de Leiden (Holanda).
Dr. D. Ernesto de la TORRE VILLAR, director de la Biblioteca Nacional de México.
Dr. D. Federico UDINA MARTORELL, catedrático y decano de Letras de la Universidad Autónoma de Barcelona y director del Archivo de la Corona de Aragón.
Srta. M.ª Luz VÁZQUEZ BACA, licenciada en Filosofía y Letras.
Sr. D. Pedro VEGUÉ, director técnico del Gabinete Numismático de Cataluña (Barcelona).
Dr. D. Juan VERNET GINÉS, catedrático de la Universidad de Barcelona.
Sr. D. Francesc VICENS, crítico de arte (Barcelona).



# INDICE




*Tabla lateral de un altar de mediados del siglo XIII que representa a San Miguel pesando una alma en presencia de Satanás (Museo de Arte de Cataluña, Barcelona). El cristiano debía ser intachable en su moral, y su juez era la misma comunidad. Si sus buenas obras no pesaban más que las malas, era castigado con el fuego eterno.*

# Desenvolvimiento del catolicismo. San Agustín

Hacia la mitad del siglo IV de nuestra era la mayoría de los pueblos occidentales habían llegado a saturarse del conjunto de ideas que constituyen los puntos céntricos del dogma católico. Ya hemos visto en capítulos anteriores como, sufriendo persecuciones y combatiendo herejías, la Iglesia había logrado establecer que Jesús era el Verbo encarnado, Hijo consustancial del Padre.

La razón por la cual el Hijo de Dios quiso encarnarse para salvar a la Humanidad había sido ya claramente expuesta por San Pablo. El hombre nacía manchado de pecado a causa de la culpa de Adán, y sólo con un sacrificio divino podían expiarse esta transgresión y sus efectos en el linaje humano. San Pablo, cuya educación y cultura eran esencialmente judaicas, sabía bien que toda

*Relieve paleocristiano de los siglos IV-V, realizado en caliza, en donde se representan símbolos muy queridos de los primeros cristianos (Museo Arqueológico, Zadar). En torno a la cruz redentora, dos corderos, símbolo de la plenitud pascual, y una paloma, que representa el Espíritu Santo. Todo ello se halla envuelto en el marco de una casa, el más primitivo lugar de culto de las comunidades cristianas.*



falta tenía que redimirse con ofrendas o sacrificios. Es un principio común a todas las religiones semíticas primitivas: un crimen o una culpa tienen que lavarse con sangre o resarcirse con ofrendas proporcionadas al carácter de quien había recibido la ofensa. La ley antigua, o código de Moisés, fijaba las tarifas y reglamentaba los sacrificios expiatorios según la gravedad de las faltas, y tarifas y reglamentos análogos se encuentran en otros códigos religiosos de los semitas. Pero cuando el injuriado era el mismo Dios, como en el caso de Adán, no había en este mundo terrenal víctima ni oblación humana que pudiera redimir aquella falta. Sólo un Dios, sacrificándose, podía con su sangre borrar el pecado de Adán; por esto Dios se encarnó y murió, para purificar de una vez a la Humanidad entera. Dios aceptó y consumó el sacrificio de su Hijo encarnado, y para que sufriera en la cruz le abandonó enteramente, pero también quiso que por su propia virtud resucitara, para demostrar así que aquel crucificado era ciertamente

Dios. No debe preocuparnos que tales verdades sean difíciles para el sentir puramente humano. San Pablo lo dijo concretamente: "Predicamos a Jesús crucificado, escándalo para los judíos y locura para los griegos"; y por griegos San Pablo entendía a los hombres de toda la gentilidad. Pero todos los que creen que la sangre de Jesús les ha redimido del pecado, éstos serán salvos y tendrán vida eterna: esto no ofrece duda para todos los doctores católicos y muchos protestantes.

Adán fue creado inmortal, pero por su culpa, por la culpa de uno, entró la muerte en la tierra; en cambio, dice San Pablo, por obra de otro, Jesús, la muerte fue vencida. La resurrección de Jesús no sólo fue la confirmación de su divinidad, sino una garantía de que la muerte es un estado anormal y transitorio, y que los hombres todos resucitarán. Manifiestan igual fe que San Pablo los discípulos de San Juan: el gran mártir San

## CRONOLOGIA DE SAN AGUSTIN

| | |
|---|---|
| 354 | Nace en Tagaste (Numidia). |
| 365 | Inicia sus primeros estudios en la cercana ciudad de Madaura. |
| 370 | Estudia retórica en Cartago gracias al apoyo económico de un rico ciudadano de Tagaste. |
| 372-374 | Estudios filosóficos; profesor de retórica en Tagaste. |
| 374-383 | Adhesión al maniqueísmo; se instala en Cartago como profesor. |
| 383 | Rápido viaje a Roma, donde se le ofrece una cátedra de retórica. |
| 384 | Acepta una cátedra de filosofía y retórica en Milán. |
| 386 | Conversión; retiro a Cassiciacum; escribe el diálogo *Contra Académicos.* |
| 387 | Bautismo y primeros escritos contra el maniqueísmo. |
| 388-391 | Penitencia y vida eremítica en Tagaste; obras contra los maniqueos. |
| 391 | El obispo Valerio de Hipona le ordena sacerdote. |
| 395 | Obispo coadjutor de Valerio. |
| 400 | Escribe y publica *Confesiones.* |
| 405 | Polémica con los donatistas. |
| 410 | Inicia la redacción de *La Ciudad de Dios.* |
| 411 | Enfrentamiento con los donatistas en Cartago. |
| 412 | Se opone al pelagianismo y lo define como herejía. |
| 428 | Concluye *La Ciudad de Dios.* |
| 430 | Muerte de San Agustín en Hipona. |



***Un macho cabrío representado en una de las paredes de la sinagoga de Dura-Europos, Siria (Museo del Louvre, París). La sinagoga fue en el siglo I el escenario natural del culto cristiano. Pero la inevitable escisión entre el judaísmo y el cristianismo trajo consigo la diferenciación de cultos y de lugares de culto. Los cristianos se reunieron primero en casas particulares y sólo más adelante en verdaderas iglesias.***

# EL BAUTISMO PRIMITIVO Y LA HISTORIOGRAFIA MODERNA

Al pretender estudiar el desenvolvimiento histórico del catolicismo y, más concretamente, los siglos primitivos de ese cristianismo católico, tan evocado en los tiempos modernos por su aparente unidad y pureza original, se ha de proceder, por parte de los historiadores, con no poca cautela y no menos honradez científica. Son demasiados los siglos que pesan sobre los historiadores modernos para saber, a veces, desembarazarse de la herencia medieval. Los ataques de librepensadores y racionalistas en los siglos inmediatos al nuestro obligaron a la Iglesia a defenderse y a tratar de salvaguardarse de las más diversas e incisivas interpretaciones de su pasado original y básico para su sobrenatural configuración salvadora.

Dentro de esta perspectiva pasamos a examinar algunas de las instituciones eclesiásticas propias de la Iglesia católica de todos los tiempos y lugares, tratando de sensibilizar las exigencias que una moderna investigación impone a la hora de considerar los primeros momentos del catolicismo.

El Bautismo es un sacramento para la Iglesia católica y, por tanto, una realidad religiosa, una realidad de fe. Sin embargo, ésta no poseería consistencia si no estuviese suficientemente basada en un hecho histórico querido y determinado por Jesús de Nazaret. Por tanto, el Bautismo no puede ser considerado a partir de una teología posterior y de un contexto cultural muy diferente, sino que es necesario lograr de la mejor manera una aproximación a las personas sujetos de fe en el bautismo original, para desde ahí comprender su contenido peculiar y, de esta manera, interpretar las diversas morfologías rituales en que se concretó. Del mismo modo, el Bautismo no puede ser simplemente interpretado como una natural evolución histórica de otros ritos similares en otras religiones, negándole toda originalidad y virtualidad específicas. Aunque, por otro lado, tampoco podrá ser aislado, en una excesiva voluntad de originalidad, del contexto y ámbito cultural que lo vio nacer.

Ante todo, el Bautismo no aparece exclusivamente al historiador como medio de limpiarse o purificarse del pecado, en una angustiosa ansiedad por conseguir la salvación del alma, como si estuviese determinado por un contexto mágico ritualista, inservible para una reivindicación de su original trascendencia religiosa y personal. El Bautismo es, ante todo, un rito de iniciación, una exigencia previa para poder ser admitida la persona solicitante a la Iglesia. Así lo testimonia claramente la *Didaché*. Sin embargo, aunque no parece que sea éste el caso del testimonio referido, esta obra nos ofrece algunas de las dificultades propias de las fuentes antiguas y ello ha de ser tenido en cuenta para no ser utilizada indiscriminadamente.

Comúnmente se opina que el texto constantinopolitano de la *Didaché* –primero encontrado completo en 1883– es un texto revisado según una idea posterior y que fue objeto de numerosas interpolaciones de acuerdo con una intención indefinida perteneciente, seguramente, a la Edad Media. Esa idea de iniciación o de admisión a la Iglesia es la común a todos los bautismos de los demás movimientos religiosos. La *Tebilah* propia de la admisión de los prosélitos judíos, el bautismo predicado por Juan Bautista o las prácticas realizadas en los ritos de iniciación en la religión de los Misterios son instituciones que no pueden ser olvidadas al tratar de configurar la realidad histórica del bautismo cristiano, sin que esto quiera significar una problematización de la dependencia esencial que el bautismo cristiano pueda tener de una orden explícita de Jesús de Nazaret.

A la hora de precisar en qué momento apareció el bautismo cristiano, a veces se utiliza demasiado fácilmente la frase aparecida en labios de Jesús en el Evangelio de Mateo: "...yendo por todo el mundo anunciad el Evangelio a toda criatura, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo", cuando, sin embargo, refleja más bien una fórmula que podría pertenecer más propiamente a los tiempos del concilio de Nicea, además de no aparecer en la descripción del bautismo primitivo, el cual se administraba "en el nombre de Jesús". También es claro que semejante mandato de predicar y bautizar a las naciones gentiles, junto a la reticencia por parte de la Iglesia primitiva en adoptar la misión de los gentiles, obliga a pensar que la frase representa, más bien, el comportamiento "tardío" de unas comunidades en un tiempo en que ya era normal la evangelización de los paganos.

En otras ocasiones, resulta curioso cómo se utilizan las narraciones de los *Hechos de los Apóstoles* al hablar del día de Pentecostés, cuando Pedro aparece bautizando como si fuese algo de lo más normal y conocido. Sin embargo, para los judíos semejante práctica tenía que resultar insólita, ya que su multiplicidad de abluciones nada tenían que ver con un rito de carácter esencialmente agregatorio, por lo que los exegetas deducen que en esa narración se trataría del bautismo de gentiles, no de judíos. Incluso poco añade el que Jesucristo aparezca siendo bautizado por el Bautista en una narración plena de contenido teológico, pues también Jesucristo prometió un bautismo en el Espíritu Santo como sustituto del bautismo de agua. Y, de hecho, "no" nos consta que los apóstoles fuesen bautizados "en agua". Además, también se aduce como razón profundamente indicadora el que los discípulos de Jerusalén siguieron adictos a las prácticas judías, sin haber testimonios de conflictos con los fariseos sobre el particular. Cuando, sin embargo, los habría habido si por las buenas los apóstoles se hubieran puesto a bautizar a grupos numerosos de judíos.

A la vista de estos ejemplos no ha de resultar extraño, pues, que se generalice y se concluya que los testimonios más primitivos acerca del Bautismo reflejan una práctica corriente en la Iglesia primitiva, pero perteneciente –al menos en el sentido precisable por el historiador– a unos tiempos ya bastante tardíos.

De aquí que, aun siendo innegable para muchos (pues hay otros que, como J. Schneider, hablan de una discontinuidad histórica entre el Jesús histórico y el bautismo de Cristo) una dependencia vinculadora del bautismo a Jesús, se hace más necesario ir determinando su aparición lenta e históricamente y sin estar inmune a otras formas religiosas encuadradas dentro de una misma área cultural. Y aun en el caso de que San Juan dice, por boca de Jesús, que "el que no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de los cielos", tal claridad testimonial habrá de ser valorada a la luz de una cuestión (que ocupa a muchos de los investigadores modernos) previa y fundamental a todo el cuarto evangelio sobre la posibilidad de que su sacramentalidad sea también una interpolación posterior y tardía.

El caso es que, con una mayor o menor dependencia y frecuencia de realización, ascendentes hasta la misma persona y orden verbal de Jesús, al triunfar el cristianismo, el Bautismo se impuso como realidad claramente distinta de las demás formas bautismales de los judíos o de las religiones helénicas.

El rito de iniciación agregatoria y de admisión quedó establecido y, poco a poco, fue introduciéndose teológicamente. Incluso, respecto del judaísmo, représentó la manera más clara del sentido universalista de la religión cristiana, sensiblemente diferente del racismo y particularismo judaicos.

Otro aspecto interesante que ofrecen los estudios históricos, dejando a un lado la teología abundante que fue enriqueciendo el bautismo cristiano, es que no puede menos de detectarse cierto parecido, fundamental o superficial, dependiente o independiente (son asuntos sobre los que todavía se opina muy diversamente), con las ceremonias bautismales tenidas en los Misterios helenísticos, lo que no ofrece dificultades ni aun a la más rigurosa ortodoxia católica, además de que posiblemente le enriquece en sentido histórico. De hecho, en algo se ha de percibir el comportamiento de una minoría cristiana con una mayoría coexistente y gustosa de cultos orientales y mistéricos. Y no es extraño que muchos de los cristianos primitivos procediesen de círculos iniciados en los misterios paganos. En verdad, las coincidencias terminológicas,

las distinciones de iniciados y no-iniciados, bautizados y no-bautizados, la multiplicidad de veces que los Santos Padres hablan del Bautismo con la palabra *Fotismos*, o con la de *Sfragis*, o la coincidencia en la entrega al bautizado-iniciado del *Simbolon* o *palabra clave* al final del período de iniciación o catecumenado, etc., son detalles que no deben olvidarse, dada su relación con los cultos mistéricos, al encuadrar históricamente el Bautismo.

En cuanto a las circunstancias concretas de realización, es claro que el Bautismo por lo general era personal. Pero no faltan los testimonios en los que los investigadores encuentran indicios de bautismos complexivos a toda la familia, a casas enteras, lo cual incluiría también a los niños. Pero, a este respecto, los testimonios de bautismos familiares no permiten deducir una afirmación del hecho "común" de bautismo de niños. En todo caso, el ambiente cultural, tanto del judaísmo como del helenismo, no invitaba a tener una atención especial a los niños, pues, entre ellos, al niño que no tenía uso de razón se le prestaba poca atención.

Por otro lado, en la antigüedad la familia toda, o "casa", dependía de las decisiones del cabeza de familia, lo cual invita a opinar sobre la existencia del bautismo de niños en los tiempos primitivos. Sin embargo, no existen razones positivas en uno u otro sentido. Hacia el siglo III es cuando comenzaron los testimonios claros del bautismo de niños. No sin constatar también importantes protestas como la de Tertuliano. En todo caso, los testimonios tardíos permiten afirmar que el bautismo de niños "puede" ser demostrado ya en los tiempos primitivos. Sin embargo, la Historia poco puede aportar sobre si los niños "han de ser" bautizados, lo que evidentemente es ya una cuestión teológico-pastoral.

El modo de realizar el bautismo era generalmente por inmersión total. Hombres y mujeres mezclados, tras haberse quitado los vestidos, simbolizando con ello el abandono de todo lo que comportaba el hombre viejo, realizaban el "baño" bautismal por inmersión total. A este respecto es conocida la anécdota narrada en el *Diálogo de la vida de San Juan Crisóstomo,* de Paladio: "Era un sábado santo por la tarde, al declinar el día. La ceremonia del bautismo iba a comenzar y los catecúmenos desvestidos esperaban el momento de descender al agua. De repente, un pelotón de soldados invade la iglesia para arrojar al clero y a los fieles. La sangre corre. Las mujeres huyen enteramente desnudas, sin que se les permita recoger sus vestidos, que se habían quitado para la ceremonia del bautismo".

Así, la inmersión fue el modo de bautizar más corriente, hasta perdurar durante toda la Edad Media. Sin embargo, aunque sea a modo de excepción, también se bautizaba por aspersión o efusión. Esta manera de realizar el rito es tardía y no fue muy bien aceptada por la Iglesia. Incluso los testimonios que la *Didaché* trae a su favor son de los que pueden ser considerados como interpolaciones posteriores al año 1000, en un contexto teológico muy diferente en el que ya se especulaba sobre la "materia" del Bautismo. Pero, ya mucho más tarde, el bautismo por aspersión fue superando su mala aceptación por la Iglesia primitiva, para terminar prevaleciendo e imponiéndose.

Otra cuestión en la que el historiador no puede ser definitivo es sobre la fórmula que se utilizaba para realizar el Bautismo. Es decir, si se bautizaba con la fórmula trinitaria o sólo nombrando al Padre, etc. En todo caso, la claridad con que aparece la forma trinitaria en la *Didaché* se desvanece al ser considerada como interpolación por la revisión medieval del texto original.

J. M.ª P.

Policarpo de Esmirna y San Ignacio de Antioquía. En el Occidente, San Ireneo, discípulo de San Policarpo, llegó a la Galia con la misma fe. Decía así: "Jesús comenzó una nueva Humanidad; nos procuró la salvación, que habíamos perdido con Adán". En el siglo IV, San Anastasio de Alejandría, el enemigo mortal del arrianismo, expuso todavía más claramente el porqué de la Redención: "El hombre, creado perfecto, se hizo miserable por la transgresión de Adán, y muere por ese pecado. Pero el Verbo perfecto de Dios se revistió de un cuerpo imperfecto, quiso pagar nuestra deuda y recuperar con su persona lo que faltaba al hombre, que era la inmortalidad y el camino del Paraíso".

Este Paraíso, donde los redimidos por la sangre del Hijo de Dios, restablecidos en su condición de inmortales, gozan de la eternidad bienaventurada, comenzó a poblarse con los mártires y confesores. Y cada uno tuvo su conmemoración en un día fijo, por lo regular el del aniversario de su muerte. Así empezó el culto de los santos. En un principio sólo se les distinguió para representarlos como obispos, guerreros, ermitaños y confesores. Más tarde los atributos, trofeos y emblemas sirvieron para completar su identificación. Además, pronto se reconoció en la teología y la liturgia el lugar preeminente que correspondía a la Virgen y a los ángeles. San Ireneo, en la tercera generación cristiana, es uno de los primeros en definir con claridad el papel principalísimo que desempeñó la Virgen en la obra de la Redención: "El lazo con que nos ató Eva por su desobediencia, fue desatado por la obediencia de María. Lo que la Virgen Eva ató con su error, la Virgen María lo desató con su fe". La preeminencia de María, que debía ser la figura celestial más popular de toda la Edad Media, no fue reconocida sin oposición. En el siglo V, un monje de Antioquía, Nestorio, ascendido a patriarca de Constantinopla, insistió en que el calificativo de Madre de Dios, o *Theotokos*, para María era peligroso, porque confundía las dos naturalezas, divina y humana, de Jesús. Nestorio prefería apellidar a la Virgen: *Christotokos*, o Madre de Cristo. La verdadera doctrina contra esta negación del título augusto de Madre de Dios fue sostenida admirablemente por el patriarca de Alejandría, Cirilo, y alrededor de los dos nombres de Teotocos y Cristotocos se peleó con una violencia que parecía iba a sacudir a la Iglesia y al Imperio, como las querellas suscitadas por el arrianismo. Pero Nestorio no tenía la capacidad ni la pasión de Arrio y pronto sucumbió; fue relevado de su dignidad patriarcal y desterrado a los desiertos del Alto Egipto por el concilio de Éfeso, el tercero ecuménico, que condenó su herejía



***Sarcófago cristiano del siglo V hallado en Briviesca, cuyas cuatro caras laterales están decoradas con escenas del Antiguo Testamento (Museo Arqueológico, Burgos). Para los primitivos cristianos el sepulcro, y más concretamente el sepulcro vacío, es el símbolo de la resurrección de Jesucristo, mediante la cual se realiza la redención y se posibilita la salvación universal.***

y proclamó la dignidad de la Virgen, Madre de Dios, con gran entusiasmo de los fieles. Sin embargo, todavía hoy –en la China y en la India– hay monjes nestorianos, descendientes de los que huyeron al Oriente.

El culto de los ángeles tenía sus raíces en el judaísmo. San Pablo, en la epístola a los de Colosos, habla del culto de los ángeles como de algo misterioso y hasta peligroso en ciertos casos. Pero con la infiltración de las ideas platónicas en el cristianismo, que tuvo efecto sobre todo en Alejandría durante el siglo II, los seres angélicos ocuparon a menudo la atención de los Padres, si bien en los primeros siglos no fue muy precisa y concorde su teología acerca de los ángeles. Aunque su clasificación en ángeles, arcángeles, serafines, tronos, dominaciones, potestades, etc., tiene su fundamento en un texto atribuido a San Dionisio, tanto en la doctrina como en la práctica religiosa fue muy pronto unánime que los ángeles son nuestros intercesores y nos asisten con su protección. Empero, el sentimiento cristiano fue sólo vivamente atraído por la veneración a San Miguel, el cual, por su oficio de pesador de almas y su contienda con el demonio, obtuvo un culto verdaderamente popular. Ya Constantino construyó una iglesia en honor del arcángel en los alrededores de Constantinopla, y otra dedicada a él existía en Roma al comenzar el siglo V; su fiesta (29 de septiembre) fue una de las más celebradas por toda la cristiandad en la Edad Media. Al principio, las capillas dedicadas a San Miguel se edificaron en parajes aislados y solitarios; pero en el siglo VIII se le consideró como protector, portero o guardián de las iglesias y estaban sus capillas junto a la entrada de los templos.

Poco a poco las gentes cristianas fueron familiarizándose con la idea del Cielo, adonde iban las almas de los redimidos por la sangre de Cristo y donde se reunían con la Virgen María, los santos todos y la milicia angélica. La topografía de esta región paradisíaca no interesaba mucho a la imaginación de aquellos siglos, más dados a las luchas por los grandes problemas teológicos. Es uno de los más grandes méritos del Dante el haber concebido o expresado de modo genial, al final de la Edad Media, la posición relativa de las moradas del empíreo, así como también sus colores, su brillo, su grandeza.

El Cielo, sin embargo, no podía hallarse sino en lo alto; el Infierno, de topografía también muy confusa, se ubicó en el centro de la Tierra, y allí los demonios cuidaban de infligir castigos, especialmente el del fuego, a los que estaban perdidos para siempre.

Algunos doctos, como Casiodoro, creían probar la existencia de este fuego infernal con los volcanes, y alguien creyó haber visto almas condenadas a entrar directamente por el cráter del Strómboli o del Etna. Con la misma vaguedad o indiferencia se habla de cosmografía. Un monje andariego llamado Cosmas, que llegó hasta Ceilán en el siglo VI, insiste en que la Tierra es llana, rectangular, con cuatro paredes que se levantan hasta la bóveda del cielo. El Sol se esconde cada noche porque hay una montaña muy alta que lo tapa.

Con este ideario, se comprende que debió despertarse en seguida gran ansiedad entre los cristianos por asegurarse la salvación. Según el Evangelio de San Marcos, Jesús, al despedirse de los apóstoles, había dicho: "El que cree y es bautizado, será salvo". En el Evangelio de San Juan se dice también que, a "menos de que el hombre no renazca del agua y del espíritu, no entrará en el reino de Dios". No bastaba, pues, creer; era necesario un rito: el bautismo. Para el autor del tratadito *Hermas*, la Iglesia misma está edificada sobre las aguas. El bautismo, además del pecado de Adán, limpiaba de todos los demás pecados. Había, por tanto, gran interés en ser bautizado lo más pronto posible, para evitar el accidente de la muerte sin bautismo; pero algunos demoraban el rito bautismal. Así el emperador Constantino no recibió el bautismo hasta la vigilia de su muerte; en cambio, otros, con piadosa impaciencia, bautizaban a los niños recién nacidos, y ésta acabó por ser la práctica general de la Iglesia. Orígenes atribuye los comienzos de esta costumbre a la época apostólica; San Cipriano la aprueba, y San Agustín lamenta que a él no le bautizaran tan pronto.

Es muy probable que, en un principio, el bautismo se practicara por inmersión de todo el cuerpo en el agua; pero las pinturas de las catacumbas romanas nos enseñan que muchas veces la sumersión no era completa. En el famoso texto de la *Didaché* o *Doctrina de los Apóstoles*, encontramos estas recomendaciones, que debe creerse se remontan al tiempo apostólico: "Bautiza en agua corriente en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Pero si no tienes agua corriente, bautiza en agua estancada [una piscina], si es posible que sea fría; si no, tibia. Pero, si no, vierte agua en la cabeza tres veces...". Un gradual empeño en facilitar el rito.

De este modo se autorizaba el bautismo por aspersión, pero ya se notará que la *Didaché* no lo prescribe ni lo acepta como el mejor, sino como un recurso en caso de necesidad. Por esto el bautismo por inmersión prevaleció en Occidente hasta bien entrada la Edad Media y todavía se practica en la Iglesia oriental.



***Ampolla de barro cocido para contener aceite de unciones o crisma, procedente del Egipto cristiano (Museo de Arte e Historia, Ginebra). La unción crismal e imposición de manos eran ceremonias que acompañaban al bautismo y que conferían al bautizando los dones del Espíritu Santo.***

***Pila bautismal románica en el claustro de la colegiata de San Pedro, Soria. El bautismo fue instituido como puerta de entrada en la iglesia y se realizaba inmergiendo al neófito en el agua de la pila por tres veces, para recordar la Trinidad. Antes de la recepción del bautismo había que pasar por el catecumenado o aprendizaje de la doctrina cristiana.***

*Frasco paleocristiano de plata en que se halla representada la escena evangélica de la curación de un ciego (Museo Británico, Londres).*



Tertuliano nos describe el rito del bautismo tal como se administraba en África en su tiempo. Los postulantes empezaban con la declaración formal de renunciar al diablo y a sus obras. Se introducían tres veces en la piscina y al salir de ella probaban una mezcla de leche y miel, simbolizando así su condición de recién nacidos en Cristo. Después se les ungía con aceite, y el que bautizaba les imponía las manos para asegurar a los bautizados la recepción del Espíritu Santo. Así los confirmaba, a la vez que los bautizaba.

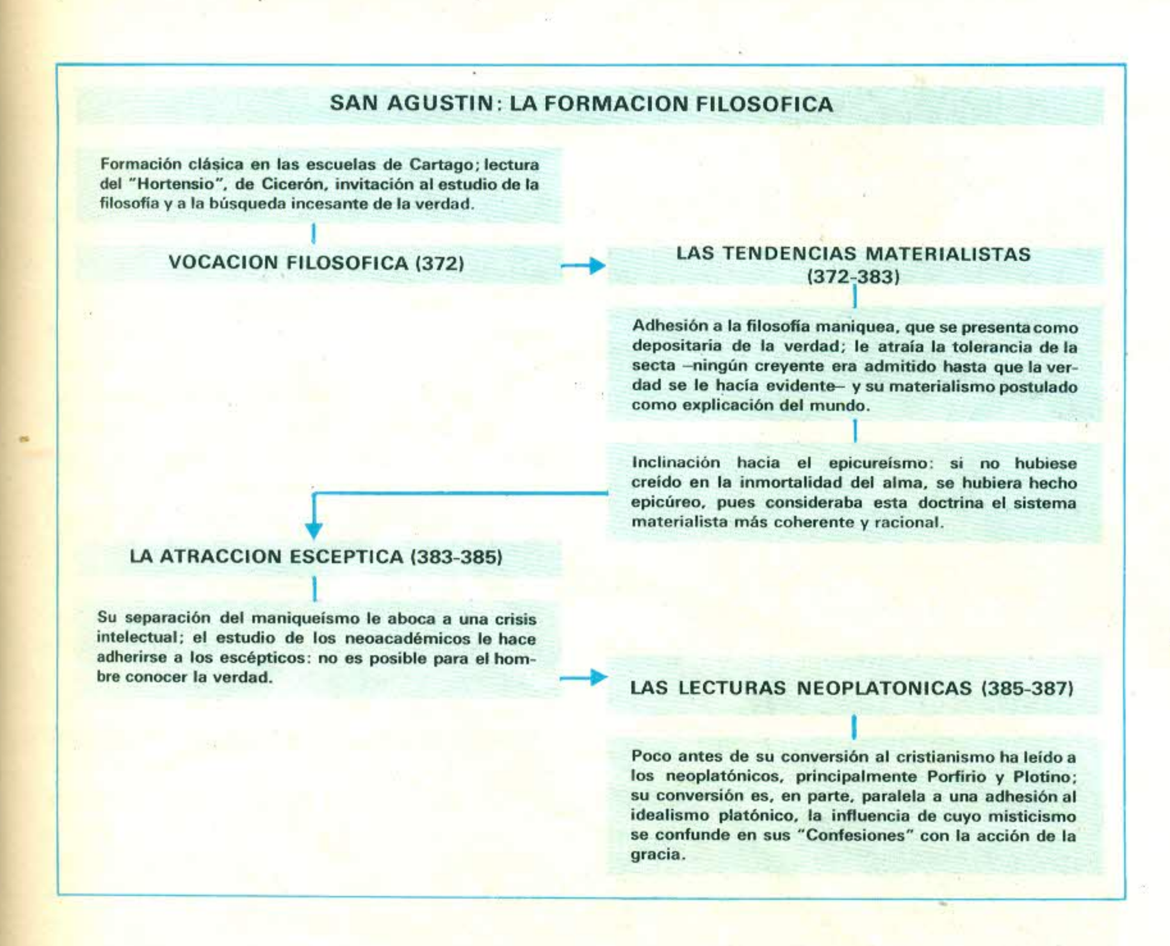
Para mantenerse en el estado de limpieza procurado por el bautismo y crecer en la vida divina, los cristianos tenían la Eucaristía. La celebración en común de la Eucaristía fue, desde el principio, el centro de la vida cristiana; sin embargo, transcurrieron algunos siglos hasta que se llegó a la forma definitiva de la Misa según el ritual romano. Ya hemos visto en un capítulo anterior cuán simple aparece el rito eucarístico en las epístolas de San Pablo. Pocos años después la *Didaché* es ya más explícita: "Cada domingo os reuniréis para partir el pan y dar gracias [que en griego es *eucaristía*], habiendo antes confesado vuestros pecados, para que el sacrificio sea puro...".

Esto en cuanto al primer siglo. Ya del siglo II tenemos un precioso texto, tocante a la Eucaristía, en la *Apología* escrita por San Justino para defender a los cristianos en tiempo de Antonino Pío. De ella se desprende que en Roma y en su época, hacia el año 150, la misa o el culto eucarístico era así: 1, lectura de textos bíblicos; 2, sermón por el obispo; 3, oración de todos los fieles; 4, ósculo de paz; 5, presentación del pan y el agua y el vino por los diáconos al obispo; 6, oración de gracias; 7, recuerdo de la Pasión del Señor; 8, consagración; 9, intercesión por el pueblo; 10, amén de los fieles; 11, comunión en las dos especies; 12, colecta para los pobres.

No sabemos si este orden era uniforme en toda la cristiandad. Se ha tratado de probarlo con el hecho de que cuando San Policarpo de Esmirna fue a Roma, el año 150, para llegar a un acuerdo con San Aniceto respecto a la celebración de la Pascua, el obispo de Roma invitó al de Esmirna a oficiar en su lugar, lo que éste no hubiera podido hacer si la liturgia oriental hubiese sido muy diferente de la romana. Pero de lo que no hay ninguna duda es de que las liturgias eucarísticas se fueron uniformando y que en el siglo IV ya no aparecen más que dos en el Este, la de Antioquía y la de Alejandría, y dos en el Oeste: la romana y la galicana. De esta última es una rama la liturgia española mozárabe.

Como se ve, la liturgia primitiva era un rito solemne y largo que debía impresionar por lo menos tanto como la misa actual. Además, los cristianos de estos primeros siglos se reunían en ágapes nocturnos y para visitar los cementerios en que había mártires enterrados, practicando una especie de comunión, llamada *leticia*, con vino, en honor del santo. Esto se prestaba a que se produjeran desórdenes y se prohibió; en cambio, se dio más importancia a las obras de caridad y, sobre todo, a la vida monástica.

Ya comprenderá el lector que no obstante todas las prácticas piadosas, no obstante la fe en los méritos de la sangre de Cristo, y no obstante el agua del bautismo, muchos fieles recaían en el error y en el pecado. Para los que se arrepentían debían de parecer un rayo de esperanza las palabras del Evangelio de San Juan, que dicen: "Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo y nos los perdonará". Pero, en cambio, los mismos Evan-




gelios hablan de pecados que no pueden ser perdonados. En la epístola de San Pablo a los hebreos se llega a decir que "los cristianos a veces con sus pecados crucifican otra vez al Hijo de Dios". Para Tertuliano, los pecados mortales eran siete: idolatría, blasfemia, muerte, adulterio, fornicación, falsos testimonios y fraude. He aquí otro gran problema que tuvo que resolver la Iglesia a principios del siglo III: ¿cómo y cuántas veces tenían que perdonarse los pecados mortales? Tertuliano nos da la impresión de que, en su tiempo, sólo se creía posible una absolución después del bautismo; la llama "la segunda protección contra el infierno, pero la última". En cambio, el papa Calixto, hacia el año 220, declaró resueltamente que debían absolverse los pecados de la carne cuantas veces fuera necesario, mientras se manifestase el pecador arrepentido y decidido a no pecar más. El arrepentimiento tenía que demostrarse públicamente y las decisiones de los concilios nos enteran de las penitencias impuestas en casos graves. Las actas del concilio de Elvira (Granada), del año 306, todavía prescribían la separación del pecador, por cierto tiempo, de la comunión con los fieles; en ocasiones se les excomulgaba hasta la hora de la muerte, en la que recibían el viático sólo para abrirles las puertas del Cielo.

San Ignacio de Antioquía, ya al comenzar



***Lápida sepulcral paleocristiana del siglo V con inscripciones en griego hallada en Inglaterra (Museo Británico, Londres). La expansión del cristianismo fue tan rápida que en el siglo III no sólo hay iglesias en casi toda Europa, sino que están ya organizadas en provincias. Cuando se celebró el concilio de Nicea, Inglaterra ya tenía cristianos evangelizados.***

## SAN AGUSTIN (387): UN PROGRAMA FILOSOFICO (según A. Maurer)

### LA SUPERACION DEL ESCEPTICISMO

Tanto San Agustín como Descartes tuvieron que superar el escepticismo al comienzo de sus carreras, y ambos lo lograron estableciendo su propia existencia como la primera y más cierta de todas las verdades; pero tal comparación no debe llevarse demasiado lejos, pues el célebre "pienso, luego existo" de Descartes es el punto de partida de un sistema filosófico, mientras que San Agustín nunca tuvo intención de establecer tal sistema. Él buscaba una sabiduría que estuviera más allá de la filosofía, y su victoria sobre el escepticismo abrió su mente a las infinitas posibilidades de esta sabiduría.

### LA ADOPCION DEL PLATONISMO

Ningún cristiano ha platonizado jamás con mayor valentía ni con mayor cautela que San Agustín. Su buen sentido teológico le permitía usar el platonismo a la vez que evitaba los tropiezos que presentaba aun al menos prudente de los pensadores cristianos. San Agustín parecía conocer por instinto cuáles de las opiniones platónicas eran válidas para el saber cristiano, cuáles debían ser modificadas y cuáles, en fin, había que rechazar. Hay que añadir, sin embargo, que muchas de las incertidumbres, dificultades y problemas sin resolver que hallamos en las teorías agustinianas se deben precisamente a la debilidad de su instrumento filosófico.

### LAS RELACIONES DE LA RAZON CON LA FE

En este programa hay dos itinerarios hacia la sabiduría: la autoridad de Cristo y la razón humana. La propia experiencia de San Agustín le convencía de que la razón humana no es suficiente y que la fe en Cristo debe precederla para preparar el camino de la comprensión. Confirmándolo, le gusta citar a Isaías: "A menos que lo creas, no lo comprenderás". Y una vez que hemos aceptado las verdades de la fe, interviene la razón para ayudarnos a comprender mejor lo que hemos creído. En el siglo XI, San Anselmo acuñará la fórmula clásica de este ideal agustiniano con la frase: "La fe propicia la comprensión".

### EL PROGRAMA AGUSTINIANO DESPUES DE SU CONVERSION

"Déjame explicarte brevemente todo mi programa: comprendo que todavía no he percibido cuál es la naturaleza de la sabiduría de los hombres, y aunque ya tengo treinta y tres años, no creo que deba perder las esperanzas de encontrarla algún día; para ello, me he apartado de todas esas cosas que los mortales tienen por buenas y me he marcado a mí mismo la meta de buscar, a todo costo, dicha sabiduría. Los argumentos de los académicos (es decir, de los escépticos) solían mantenerme gravemente apartado de tal empresa; pero creo que ahora, para la presente lucha, ya me he protegido suficientemente contra tales argumentos... De aquí en adelante estoy decididamente resuelto a no apartarme nunca de la autoridad de Cristo, pues no he encontrado nada más fuerte. Después de ella, no obstante, debo seguir a la razón con la mayor agudeza, pues ahora que tengo tan irrefrenable ansia de captar la verdad, estoy dispuesto no sólo a creerla, sino también a entenderla" (San Agustín, "Contra académicos", III, 20, 43).

el segundo siglo, aconseja también que, para que el matrimonio sea de acuerdo con el Señor y no por concupiscencia, conviene que los contrayentes se casen con beneplácito del obispo. Todo esto trajo una complicación de ministerios que reforzó la jerarquía eclesiástica. Poco a poco se va acentuando la diferencia entre los laicos y el clero. La palabra griega *kléroi* equivale a la latina *órdenes*, así que clérigo quiere decir *ordenado*. La ordenación desde los tiempos apostólicos consistía primordialmente en la imposición de manos para conferir el carácter sacerdotal. Como no podía ser menos, había otras prácticas preparatorias y complementarias: la tonsura, la unción con óleos, el revestimiento con las insignias, el ósculo fraternal, etc. Para San Agustín, la ordenación es un sacramento y sólo pueden hacerla los obispos. La ordenación de un obispo reviste más solemnidad todavía y requiere, por lo menos, la presencia de tres colegas; la selección del obispo se hacía por los presbíteros, con la aprobación del episcopado vecino, y en su elección participaba la congregación de los fieles.

Por lo dicho se comprende que la fijación de estos ritos no se hizo sin dudas y controversias. La joven cristiandad estaba deseosa de hallar la regla de conducta más de acuerdo con las enseñanzas de Jesús. Cuando un punto estaba resuelto por una sentencia evangélica, ésta era definitiva. La autoridad del *Nuevo Testamento* se manifiesta ya en el año 110, al citar San Policarpo un texto de las epístolas de San Pablo. En el año 130, el llamado Barbasas cita un pasaje del Evangelio diciendo que es de "la Escritura". Era, pues, indispensable establecer canónicamente cuáles eran los libros sagrados, máxime cuando a principios del siglo III aún no se advierte unanimidad sobre este punto. Un precioso fragmento de esta época, descubierto por Muratori, contiene una lista de los libros que constituyen ahora el *Nuevo Testamento*, más un *Apocalipsis* de San Pedro, y, en cambio, faltan la epístola de San Pablo a los hebreos y la epístola de San Jaime.

Por fin, siendo toda la Biblia inspirada por Dios, se hacía preciso fijar cuáles eran los libros de los judíos que podían aceptar-

se como canónicos. San Agustín llega a decir que "no hay nada más sabio, más casto, más religioso que las Escrituras que la Iglesia ha conservado con el nombre de *Antiguo Testamento*". En realidad, San Clemente el Romano cita el *Antiguo Testamento* como autoridad ya en el primer siglo.

El canon de los textos sagrados se hizo sin dificultad, pero no hasta el punto de que se considerase la Biblia la única fuente de revelación, como han hecho modernamente algunas sectas protestantes. La *bibliolatría*, o sea la adoración del libro santo, frecuentísima en otras religiones, que acaban por hacer de la letra del texto algo sobrenatural, como otro Dios, no se encuentra en los primeros cristianos. Ya San Pablo amonestó contra este peligro: "No es la letra, es el espíritu el que da vida; la letra mata".

Y el espíritu está en la Iglesia. La Iglesia es el cuerpo místico de Cristo, representado por los obispos y presbíteros. San Ignacio de Antioquía insiste en la misma idea de San Pablo: "Yo vivo, pero no soy yo quien vive, es el Cristo que vive en mí...". Y que él no es una excepción lo afirma así: "Hay que mirar al obispo como si fuera el mismo Jesús... Obedecedle como Jesús ha obedecido a su Padre. El que honra al obispo es honrado por Dios; aquel que hace algo sin el consentimiento del obispo, sacrifica al diablo". Estas palabras revelan ya el establecimiento firme de una jerarquía eclesiástica, que está segura de seguir e interpretar las inspiraciones del Espíritu. Es más, la Iglesia, siendo el cuerpo de Cristo, sigue dándonos un criterio de fe y enseñándonos una norma de conducta con casi tanta autoridad como el Evangelio.

De esto no cabe duda; la cuestión estriba sólo en saber qué debemos entender por Iglesia. Desde el primer siglo empezamos a encontrar la palabra *católica* para designar la Iglesia universal. La emplea el ya tantas veces mencionado San Ignacio de Antioquía, y reaparece en la carta dando cuenta del martirio de San Policarpo, datada el año 156; la palabra *católica*, para designar la Iglesia, era, pues, de uso común en las primeras generaciones cristianas. Los obispos, decidiendo, reunidos en sínodo o concilio provincial, tenían que ser reconocidos como autoridad por los presbíteros y los fieles; y el conjunto de todos los obispos de la cristiandad reunidos en concilio *ecuménico*, o universal, era la autoridad suprema. Un concilio ecuménico puede decidir lo contrario de lo que ha decidido un concilio provincial, y hasta revocar, en materia disciplinaria, las decisiones de un concilio ecuménico anterior. San Agustín llega a decir que él no creería en el Evangelio si no estuviera avalado por la Iglesia: *Ego vero Evangelio non crederem, nisi me catholicae Ecclesiae commoveret auctoritas.* Claro está que, al decir esto, San Agustín piensa que es absolutamente imposible que exista el menor desacuerdo entre la *Católica* y el Evangelio.



***Detalle del sarcófago de Leucadio, procedente de la necrópolis paleocristiana de Tarragona, que representa el sacrificio de Isaac.***

Esta sistematización de la revelación por medio de los concilios, y no individual a cada uno de los fieles, ha originado varias escisiones del cuerpo de la Iglesia. La primera es la herejía llamada *montanismo*, del nombre de su fundador, Montano, que antes de convertirse al cristianismo había sido sacerdote del antiguo culto orgiástico de Cibeles. Hacia el 150, en el Asia Menor, Montano insistió en que él y otros cristianos recibían revelaciones individuales, por lo que eran instrumentos de la Divina Sabiduría y por su boca hablaba el Espíritu Santo. Para recibir la inspiración de nuevas profecías se preparaban con riguroso ascetismo, guardando celibato y ayunando. Montano iba predicando el fin del mundo, acompañado de dos profetisas, Prisca y Maximina, que le sobre-

## EN TORNO A LA EUCARISTIA Y A LA MADRE DE DIOS

Tras las reflexiones en torno a la institución del Bautismo podemos considerar también, como sumamente indicativa, la institución eucarística, ampliamente atestiguada desde la antigüedad y plenamente configurada ya en la época apostólica.

Aparentemente, los cuatro relatos eucarísticos aparecidos en el Nuevo Testamento atribuyen a Jesús de Nazaret las palabras con las que quedó instituida la Eucaristía. Sin embargo, desde los tiempos en que Jesús celebró la Eucaristía con sus discípulos hasta los siglos siguientes, en que aparece como normal la celebración de la Eucaristía, no es fácil determinar una línea de continuidad, en la que se iban repitiendo concienzudamente unos ritos determinados por Jesucristo. Estudiar la Eucaristía de los primeros siglos no es posible sin tener en cuenta las aportaciones de los exegetas, que encuentran no pocas diferencias ya en los relatos escriturísticos, a pesar de una coincidencia en líneas generales, y que se ven obligados a reconocer, más allá de lo que pueda pertenecer personalmente a Jesucristo, algo perteneciente a la comunidad primitiva o al escritor bíblico, aunque aparezca en labios de Jesús.

Al historiador, antes de adentrarse en los testimonios claros de los siglos posteriores, le resulta imprescindible también llegar a salvar los huecos o vacíos históricos existentes entre la cena de Jesús y las asambleas eucarísticas de los cristianos del siglo II o III. Pues, como decíamos al principio, en todo caso reflejaríamos las creencias de los fieles del siglo IV, pongamos por caso, pero no la continuidad de un acontecimiento que es repetido, a conciencia de que renueva ininterrumpidamente un primer y original acontecimiento eucarístico. La distancia entre el acontecimiento referido y la noticia redaccional sobre el hecho, en la que ya aparece una determinada interpretación teológica que intenta destacar un aspecto pascual o esta o aquella idea teológica, es algo que pretenden determinar sin solución de continuidad los modernos investigadores. Lo que no empece lo más mínimo la cuestión de fe religiosa de las diversas posturas ante la celebración eucarística.

También es necesario tener en cuenta los estudios de quienes al intentar determinar los orígenes y desarrollo de la Eucaristía, y a la vista de la imprecisa y fluctuante situación de los textos-fuente, consideran imposible atribuir el origen de la Eucaristía a los tiempos y persona de Jesucristo. Algunos piensan que alguien posterior incluso a Pablo fue el creador de la Eucaristía (Turmel), y otros, seguramente más dignos de ser tenidos en cuenta en su esfuerzo investigador (Loisy, Lietzmann, Guignebert), descartan esa radical opinión, pero afirman que es precisamente Pablo el creador de la Eucaristía, el cual precisamente trae en su escrito la noticia del mandato de Jesús de repetir el rito a lo largo de los siglos. Afirman que Pablo lo que hace es transformar la ya existente Eucaristía sacramental helenística en algo particular cristiano, como recuerdo memorial de la muerte de Cristo. Sería algo así como si Pablo hubiera insertado en la tradición cristiana un "trozo de paganismo". Por algo los cristianos de los primeros siglos decían que dos demonios habían imitado los Misterios de Mitra y otros lo que se hacía en la Eucaristía. Pero, por otro lado, son demasiados y convincentes los argumentos a favor de que San Pablo da como anterior a él la tradición sobre la Eucaristía, de la que sería un importante transmisor, con una cuantiosa actividad de explicitación interpretativa.

El caso es que todavía no es posible rellenar las lagunas existentes en los primeros años de la vida de la Iglesia sobre la Eucaristía. Que seguramente los testimonios recibidos en los Evangelios y Pablo pertenecen a una tradición aramea, es muy posible. Que es innegable cierto parecido con los misterios helenísticos, también parece posible. Pero ni esto quiere decir dependencia original ni aquello permite al historiador dar por histórico lo que la teología ofrece al creyente como base y fundamento de sus reiterativas eucaristías.

Otros muchos son los temas en los que el historiador del catolicismo primitivo ha de proceder con cautela y que el espacio que disponemos no permite casi ni siquiera insinuar. Se trata del cuidado que hay que tomar a la hora de intentar una "vida de María", la madre de Jesús de Nazaret, la Virgen María. Naturalmente, si Jesús existió históricamente –piénsese que importantes sectores críticos lo niegan todavía–, no será difícil hacer una sucinta historia de María. Pero entonces las implicaciones de teología y de historia son mayores. Además, la atención especial dedicada a María aparece en contextos totalmente teológicos –como los de la anunciación evangélica– y preocupados en defender teológico-filosóficamente la personalidad de Jesús, combatida fuertemente por herejías ya en siglos posteriores a los tiempos apostólicos. Conceptos como "madre de Dios", "virgen y madre", etc., están llenos de teología, y al servicio de una teología sobre Jesucristo.

De la misma manera, quien quiera conocer el desarrollo del pensamiento cristiano en el área romanogermánica, en la que se instaló tras la disolución del Imperio romano, habrá de conocer el profundo cambio experimentado en las ideas, en la imagen del mundo, en el sentido de la realidad y de la irrealidad y sus mutuas interacciones. Por algo el cristianismo hubo de crecer con la fuerza necesaria para borrar las creencias en la eficacia de las técnicas mágicas, reconociendo que los pueblos no convertidos oponían al cristianismo la fuerza de los poderes mágicos (San Gregorio de Tours). Y, sin duda, el desarrollo de una angelología y de una demonología –poco conocida ésta en el Antiguo Testamento–, la abundancia de creencias en espíritus, en poderes taumatúrgicos, etc., que perdurarán todavía durante la Edad Media, lo que principalmente evidencian es la dificultad de unos primeros tiempos cristianos y la excelencia de los que supieron ir configurando un pensamiento cristiano por encima de tantas presiones paganas y tendencias hacia la superstición y la desfiguración del verdadero sentido religioso del cristianismo. Pero es precisamente en la abierta aceptación de una verdadera historia, llena de confusiones y complejidades, donde ese esfuerzo se hace más válido e histórico, no en la imposición dogmática propia de una visión precientífica del mundo y de la realidad circundante.

J. M.ª P.

vivieron. El montanismo fue condenado en varios sínodos del año 160, pero continuó rebrotando en África, y hasta en Roma mucho más tarde. En realidad, aparece como una herejía siempre latente en la historia de la Iglesia; los temperamentos agitados, propensos al éxtasis y al orgullo que engendra un misticismo a medias, pretenderán que se les reconozca el derecho de decidir por su cuenta en materias sobre las cuales la Iglesia ha dicho ya la última palabra.

Aunque la organización eclesiástica empezó en los tiempos apostólicos, puede decirse que no llegó a teorizarse en forma de doctrina hasta San Agustín. Es interesante que el campeón del *romanismo* fuese un doctor africano. San Agustín nació el año 354 en Tagaste, un villorrio llamado hoy Suk-Ahras, en Argelia. El padre de Agustín era un *colonial* irascible, algunas veces generoso, siempre sensual. Tuvo poca influencia sobre su hijo; en cambio, la madre, Santa



***Molde copto de pan eucarístico hecho de barro cocido (Museo de Arte e Historia, Ginebra). La celebración de la eucaristía era el centro de la vida mística cristiana y consistía en el ágape fraterno. Solía celebrarse el primer día de la semana, el domingo, en recuerdo de la resurrección.***

Mónica, que le hizo criar por una nodriza, cuidó después de su desarrollo espiritual. Después de estudiar las primeras letras en Tagaste y en la que hoy llamaríamos escuela secundaria de Madaura, treinta kilómetros más al Sur, por fin, a los dieciséis años, Agustín fue enviado a Cartago para completar su educación. Cartago era entonces la tercera ciudad del Imperio; había sido espléndidamente reconstruida por Augusto. Reinaba entonces en Cartago un verdadero furor por los juegos de circo y por el teatro, donde se representaban las más obscenas pantomimas. Salviano, un presbítero de Marsella que visitó Cartago por aquella época, la califica de "cloaca del Imperio". Allí, sin la salvaguardia de su madre, que había quedado en Tagaste, Agustín a los dieciocho años tenía ya una concubina y un hijo natural.

Sin embargo, precisamente en aquel período de su estancia en Cartago fue cuando leyó Agustín el libro (hoy perdido) de Cicerón titulado *Hortensio*. Este libro produjo en Agustín una primera mudanza, una conversión filosófica. Agustín aprendió en el *Hortensio* que debía buscar la verdad y vivir conforme a la moral si quería ser feliz. En cuanto a lo primero, esto es, al estudio, Agustín no regateó esfuerzos. De una manera poco científica, apasionada, Agustín trató de informarse de cuanto se había pensado antes de su tiempo; el año 373 hízose maniqueo, abandonó luego el maniqueísmo, pero cayó en un nuevo platonismo. Respecto a la moral, el mismo Agustín nos dice que rogaba a Dios que le hiciera casto, *¡pero todavía no!* "Porque tenía miedo, Señor, de que me escucharas y me curases del mal de la concupiscencia..."

Nueve años pasó Agustín, como estudiante, entre Tagaste y Cartago, hasta que el año 383 marchó a Roma. Allí consiguió, por influencia del ya citado Símaco (el mismo que habló en pro del altar de la Victoria), un empleo de maestro en Milán. Por algún tiempo

***Vaso eucarístico procedente de Edesa, Siria (Museo del Louvre, París).***



*Relieve de un sarcófago paleocristiano del siglo IV con una representación del paso del mar Rojo (Museo Arqueológico, Split). Si la vida del cristiano justo merecía todo respeto, también lo merecía su cuerpo, que un día sería rescatado de la tierra. De aquí la riqueza decorativa de los sarcófagos con alusiones frecuentes al Antiguo Testamento, a Jesucristo y a los apóstoles.*

*Cristo protegiendo a San Mena, monje de Egipto, según una pintura del siglo VI del monasterio copto de Bawit (Museo del Louvre, París). Algunos de los primeros cristianos, deseosos de mayores penitencias y ayunos que los habituales, se retiraron al desierto, abandonándolo todo. Sobre esta base surgió a fines del siglo III el monacato.*

vivió Agustín en Milán con su madre, su concubina y su hijo, pero pronto pensó en casarse mejor y mandó al África a la madre del pequeño, reteniendo sólo al niño. A pesar de su reputación y sus amistades, Agustín no se encontraba bien en Milán. Por ello sin duda, y en su afán constante de perfección, comenzó a sentirse impresionado por los sermones de San Ambrosio y los relatos de la vida monástica, que empezaba a extenderse entre los cristianos de Oriente. Es impresionante la historia de esta alma. Nadie como él, en las *Confesiones*, ha alcanzado tan vívida expresión de los sentimientos en la lucha decisiva

por la conversión. He aquí una de las confesiones explicando los sentimientos de su autor por aquella época: "Sufría y me torturaba, dando vueltas en las cadenas que no me retenían ya más que por un débil eslabón, pero que, sin embargo, me retenían, y yo me decía: –¡Ea, no más retardos!– Me resolvía a comenzar y no comenzaba. Y volvía a caer en el abismo de mi vida pasada. Y cuanto más próximo estaba el inaprensible instante en que iba a cambiar mi ser, más me sobrecogía el terror. Y las fruslerías de las fruslerías,



***Un vidrio romano con el retrato del papa Calixto I, de principios del siglo III (Biblioteca Nacional, París). Por su excepcional autoridad, la sede romana fue juez y norma en las controversias religiosas. Calixto I hubo de intervenir en importantes discusiones sobre la trinidad y la penitencia, primeros temas que sufrieron crisis de unanimidad.***

las vanidades de las vanidades, mis antiguas amistades me agarraban por la ropa de mi carne y me decían al oído: –¿Nos despides? ¡Cómo! ¿Desde ahora, para siempre, nunca podremos hacerte compañía?– Ya no me asaltaban de frente, como en otro tiempo, quejosas y atrevidas, sino con tímidos cuchicheos murmurados a mi oído. Y la violencia de la costumbre me decía: –¿Podrás vivir sin ellas?

"Mas del lado por donde yo temía pasar, se dejaba oír otra voz. La casta majestad de la continencia extendía hacia mí sus manos piadosas. Y me mostraba, desfilando ante mis ojos, niños, doncellas, viudas venerables, mujeres envejecidas en la virginidad, vírgenes de todas las edades. Y con un tono de dulce y confortante ironía, parecía decirme: –¿Y qué? ¿No podrás tú lo que éstos y éstas? Vacilas porque te apoyas en ti mismo. Lánzate animosamente a tu Dios y no se apartará para dejarte caer.

"Esta lucha interior era como un duelo conmigo mismo. Llegaba al fondo del jardín, dejaba correr mis lágrimas, y exclamaba: –Señor, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo?... ¿Mañana?... ¿Mañana?... ¿Por qué no ahora?

"Decía y lloraba con toda la amargura de mi corazón roto. Y repentinamente oigo salir de una casa vecina como una voz de niño, o doncella, que cantaba y repetía estas palabras: –*¡Toma y lee! ¡Toma y lee!*– Hice memoria para recordar si serían las palabras de un estribillo usado en algún juego infantil; de nada parecido me acordé. Volví al

***Mosaico del sepulcro de Optimo, en la necrópolis paleocristiana de Tarragona, que representa a un personaje romano togado con una inscripción funeraria sobre su cabeza. La naciente Iglesia tuvo que luchar con la sociedad romana, que se oponía a aceptarla, quizá por la excesiva intransigencia que mostraba.***



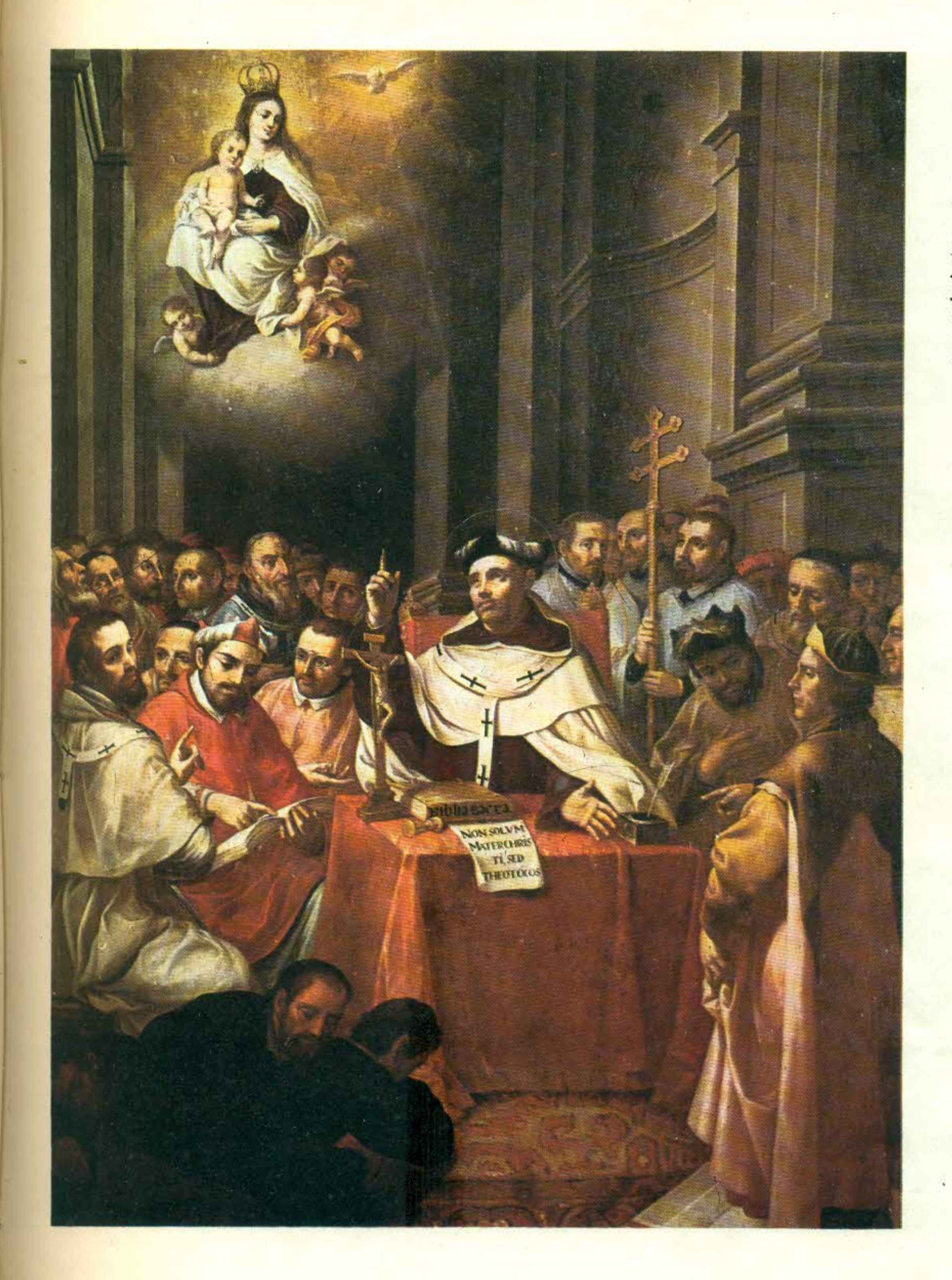



***El presbítero Hipólito sentado en su cátedra (Museo Cristiano Lateranense, Roma). Distinguióse este presbítero por la discusión que sostuvo con el papa Calixto I, acusándole de laxitud por decir que se podían perdonar todos los pecados, por graves que fueran. Más tarde se reconcilió con la Iglesia y dejó numerosos escritos.***

lugar donde antes me encontraba y en donde había dejado el libro de las Epístolas de Pablo. Lo tomé, le abrí, y mis ojos vinieron a encontrarse con las siguientes palabras: 'No viváis en orgías, en libertinaje.,. sino revestíos de Jesucristo'. No tuve necesidad de leer más. Leídas apenas aquellas líneas, se difundió por mi corazón como una luz de seguridad que disipó las tinieblas de mi incertidumbre... Fui al punto a encontrar a mi madre. Le referí todo lo sucedido. Alegróse al escucharme. Triunfaba, y te bendecía, Señor, a Ti, que eres poderoso para concedernos más de lo que pedimos y pensamos".

Era el verano de 386, y Agustín, sin más tardanza, renunció a sus cargos y se retiró a la granja de un amigo suyo en Cassiano, el moderno Casiago, cerca del lago Maggiore. En Milán había llegado a ser Agustín la personalidad más eminente de un grupo de estudiosos de la filosofía. Agustín mismo nos ha transcrito las conversaciones sostenidas entre él y sus amigos en Casiago. Sorprende en gran manera que este nuevo converso se pasase tres días enteros comentando el *Hortensio*. Otros tres días se emplearon en discutir el *De Vita Beata*... Asuntos serios, dignos de un verdadero cristiano, pero no exclusivamente temas cristianos.

Por fin, después de haber sido bautizado por San Ambrosio, Agustín embarcó para el África, de la que ya no tenía que salir. Primero marchó a su pueblo natal, Tagaste, donde trató de establecer un centro de vida monástica con aquellos mismos amigos de




***San Cirilo de Alejandría en el concilio ecuménico de Éfeso de 431 que condenó la doctrina de Nestorio, cuadro de Francisco de Meneses y Ossorio (Museo Provincial de Bellas Artes, Sevilla). En la disputa cristológica entre Nestorio, patriarca de Constantinopla, y Cirilo de Alejandría, el papa y el concilio se inclinaron por considerar la persona de Cristo como una sola hipóstasis.***

Milán que le siguieron y otros conversos africanos. Allí pasó otros tres años (de 388 a 391) escribiendo tratados sobre la verdadera religión, sobre la música y contra las herejías. Ordenado sacerdote en 389, empieza a ser Agustín no sólo un escritor filósofo, sino el doctor apologético y el gran batallador que será toda la vida...

Hacia 396, el obispo de Hipona, cerca de la actual Bona, Valerio, resolvió asociarse un coadjutor. La voz unánime del clero y de los fieles señaló a Agustín. Desde que fue ordenado sacerdote, se le había visto suplir a su venerable obispo en el ministerio de la predicación, combatir a los herejes, asistir a los concilios con autoridad, debatir sobre las cuestiones más arduas y actuales, y sobre todo, era bien conocida su vida ejemplarmente ascética. Un año más tarde, por muerte de Valerio, fue Agustín elegido obispo de Hipona. Agustín convirtió luego en un monasterio la casa episcopal y en ella permane-



*San Ambrosio (arriba) y San Agustín (en la página siguiente), según relieves de la puerta de bronce de la sacristía de la catedral de Florencia. Estos dos personajes de su tiempo, de gran importancia en la vida de la Iglesia, son al mismo tiempo prueba de que el cristianismo no rechazaba la cultura y civilización clásicas, sino que era capaz de asimilarlas.*

ció siempre, excepto sus breves estancias en Cartago; no tuvo tiempo de viajar, como hicieron la mayoría de los eclesiásticos de la época, que iban a Palestina, a Egipto, a Roma, con cualquier pretexto; sus polémicas dogmáticas le absorbieron por completo. La Iglesia tampoco exigió más de él ni llegó a ser obispo metropolitano. Una pequeña diócesis rural era lo único que estaba confiado a su directa vigilancia.

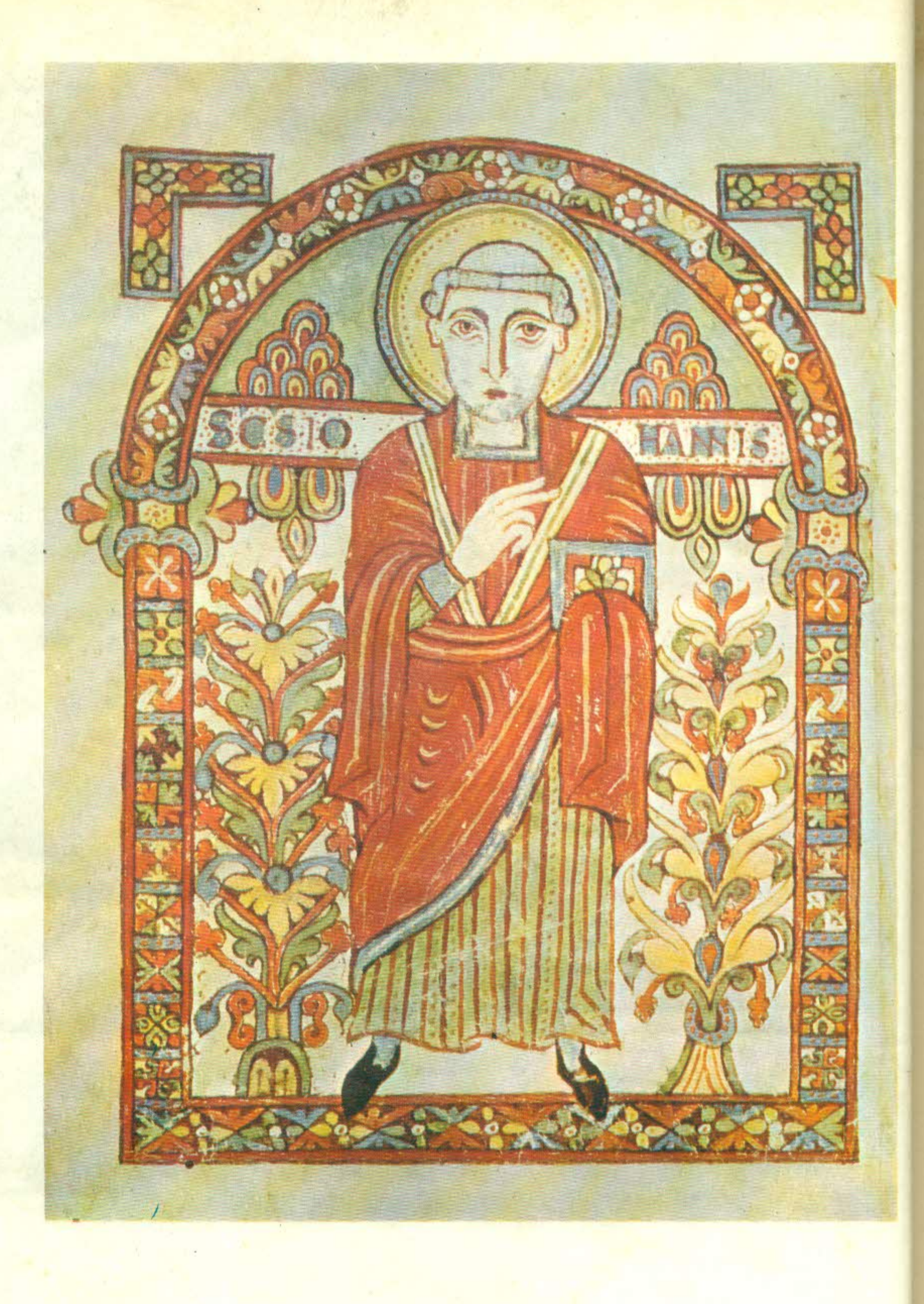
Pero Agustín hizo de su silla de Hipona una cátedra a la que todo el mundo cristiano acudió para escuchar sus enseñanzas. Enterado de todo sin tardanza, Agustín advirtió, contradijo, amonestó, con un celo que asombraba a sus mismos enemigos. Participó en no pocas batallas que se daban a miles de leguas de donde él estaba. Su pluma, siempre pronta, no corría bastante; por eso dictaba al amanuense, que transcribía ligero con anotaciones taquigráficas. Su elocuencia es fulminante; escribiendo y hablando,



su palabra nunca deja de ser clara, vívida y luminosa, irradiante de verdad y comunicativa de simpatía, la simpatía de emoción humana con que Agustín hace palpitantes los más difíciles temas teológicos.

Las gentes de este período mostraban una irascibilidad que revela el esfuerzo que hacían para enderezar un mundo ya torcido. San Agustín, en su rincón africano, halló aún la contienda de los donatistas, que querían hacer una Iglesia rival de la romana; conoció la herejía del maniqueísmo y presenció desórdenes y supersticiones de todas clases. Contra todos combatió con sus sermones, cartas y tratados. Su labor literaria revela que aquella poderosa actividad mental piensa, medita, se esfuerza por encontrar soluciones para todos los problemas de mística, teología, política y moral. Parece imposible que, con una salud precaria, pudiera abarcar tanto. Es un caso de fortaleza de espíritu sobre un cuerpo frágil.

*Una miniatura de las "Homilías" de San Juan Crisóstomo, de principios del siglo IX (Biblioteca Nacional, Viena). Este padre de la Iglesia, que vivió a finales del siglo IV, sucedió a Nestorio como patriarca de Constantinopla y empleó raudales de elocuencia en condenar los vicios de la corte de la emperatriz Eudoxia.*




Desde el punto de vista literario, la Humanidad debe a San Agustín dos preciosos libros: *Las Confesiones* y *La Ciudad de Dios,* que han pasado a ser clásicos. Los escritores admirarán siempre sus dotes polémicas, sobre todo sus cartas y sermones de controversia. La Iglesia católica encontró en San Agustín su más inspirado defensor; él aclaró las ideas, estableciendo prelación y orden en los esfuerzos anteriores de toda la cristiandad.

Hacia el final de su vida, la contienda de San Agustín contra Pelagio y el pelagianismo acabó por imponer el reconocimiento de la supremacía de la Sede Apostólica. El pelagianismo subsiste todavía en ciertas sectas cristianas, por lo que será necesario explicar su significado. Pelagio era un monje inglés, agigantado de estatura, pero de limitada capacidad para los problemas teológicos. Llegó a Roma el año 409 y fue grande su sorpresa cuando oyó allí, de labios de un obispo, una frase de San Agustín que le hizo reaccionar

vivamente: "Dad, Señor, lo que mandáis, y mandad lo que queráis". Con esto le pareció a Pelagio que se quitaba al hombre toda participación en la obra de su salvación. Por esto resolvió pasar al África para verse con Agustín. Pronto Pelagio fue acusado en Cartago de seis proposiciones erróneas, a las cuales se juntaron tres señaladas como sostenidas en Sicilia por algunos fieles. Se le imputaba de haber afirmado: 1, que Adán fue creado mortal y, tanto si hubiese pecado como no, había de morir; 2, que su pecado le dañó a él solo, y no al género humano; 3, que los recién nacidos vienen al mundo como Adán, sin pecado; 4, que no es verdad que la muerte viniera al linaje humano por el pecado de Adán ni que por la resurrección de Cristo todo el linaje de los hombres resucite; 5, que los recién nacidos que mueren sin bautismo van al cielo; 6, que antes del Cristo había gentes que morían sin pecado; 7, que la Ley de Moisés sirvió para alcanzar el reino de los cielos lo mismo que el Evangelio; 8, que el hombre, si quiere, puede vivir sin

**LA CIUDAD DE DIOS Y LA CIUDAD DE LOS HOMBRES: LA TEORIA TEOLOGICA**

Desarrollando conceptos presentes en las epístolas paulinas y en la teología de Clemente de Alejandría, San Agustín distingue en la tierra dos comunidades, que coexistirán una al lado de la otra hasta el final de los siglos, la Ciudad de Dios y la Ciudad de los hombres.

Cualquier pueblo sometido a un mismo derecho y obedeciendo a un mismo jefe forma una ciudad terrena: la Ciudad de los hombres puede adoptar cualquier forma de organización.

La Ciudad de Dios es un tipo de realidad distinta; su existencia no se apoya en las cosas terrenas —leyes, costumbres, historia—, sino en el sentimiento común de sus miembros de hallarse en la tierra como en un exilio y en su incesante búsqueda del propio perfeccionamiento.

Una oposición radical separa a las dos ciudades desde su origen: una, dirigida a Dios; la otra, indiferente a la divinidad.

Las dos ciudades están mezcladas y confundidas en la tierra y no pueden separarse ni los hombres pueden conocer cuál es la Ciudad de Dios y cuál la Ciudad de los hombres.

Sólo Dios conoce quiénes forman parte de la Ciudad de Dios y quiénes de la Ciudad de los hombres; la Ciudad de Dios no se identifica así con la comunidad cristiana o la Iglesia romana.

La Ciudad de los hombres no es mala en sí. Sus principios y actos pueden ser moralmente buenos; sus fines, sin embargo, no son sobrenaturales.

El pensamiento teológico de San Agustín parece muy matizado: la Ciudad de Dios es más una realidad mística que una sociedad históricamente identificable; la Ciudad de los hombres tiene su propia especificidad: el cristiano como hombre se mueve entre la concreta pertenencia a ésta y la deseada participación en aquélla.



***Relieve copto que representa a la divinidad egipcia Horus clavando su lanza a un dragón (Museo del Louvre, París). Opuesta a la doctrina de Nestorio fue la de los monofisitas, que afirmaban una sola naturaleza en la persona de Cristo. Los monofisitas, condenados por la Iglesia, se organizaron en Egipto, donde asumieron el carácter de religión nacional y se llamaron coptos.***

123



***Un capitel copto del siglo* IV *procedente del Fayum (Museo de Arte e Historia, Ginebra).***

pecado; 9, que si los ricos bautizados no renuncian a todo, no se les imputa el bien que hagan ni pueden alcanzar el reino de Dios.

Puede comprenderse qué inquietud despertarían en San Agustín estas afirmaciones. De momento no fue difícil lograr, en un concilio de obispos africanos, la condenación de Pelagio. Pero éste había puesto tierra de por medio y estaba ya en Palestina, donde fue recibido cordialmente. Hasta allí hubo de combatirle San Agustín con escritos y emisarios; uno de ellos fue el monje español llamado Pablo Orosio. Reunióse un sínodo en Jerusalén, pero, a pesar de los esfuerzos de Orosio y de San Jerónimo, que estaba allí y coincidía en el parecer de San Agustín, de aquella asamblea no pudo obtenerse la condenación de Pelagio por razón del apoyo que le daba el obispo de Jerusalén.

He aquí un caso que hacía evidente la necesidad de un fallo irrevocable, dictado por una autoridad suprema, que no podía ser otra que la Sede Apostólica. Un hereje o un perturbador como Pelagio, sostenido por algunos obispos, persistía en su error y en el proselitismo, a pesar de la condenación de dos concilios provinciales, que hubieron de sucederse en pocos años. Ante este conflicto, los obispos africanos, y a su cabeza San Agustín, apelaron a Roma. El sucesor de los Apóstoles, después de maduro examen, dictaminó contra Pelagio y de acuerdo con San Agustín. Es tradición que al saberlo, éste pronunció las famosas palabras: *Roma locuta, causa finita* (Roma ha hablado, la causa ha terminado).

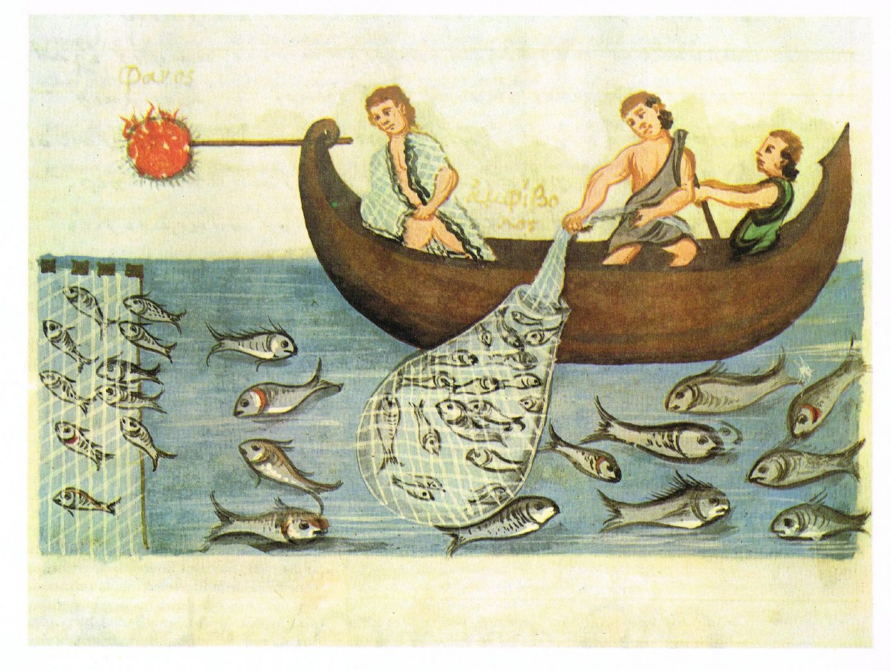
La disputa acerca del pelagianismo no sólo consolidó la autoridad del pontífice romano, sino que obligó a pensar más y más sobre la naturaleza del alma y el misterio de la salvación. Por de pronto, ¿qué es el alma, cómo se crea y cómo está unida al cuerpo? Para unos se engendraba ya contaminada en el instante de la generación. Otros insistían

en que Dios, al crear las almas para cada hombre, las crea puras y se contaminan al nacer. Y por fin, otros, como Orígenes, creían en la preexistencia: las almas estaban creadas desde el principio de los tiempos, esperando la hora de encarnarse. La verdad es que el asunto era difícil y no aparecía la solución. San Agustín lo reconoció y aun hizo notar que la Escritura no presta gran ayuda para resolver este problema, "lo cual quiere decir que no es necesario resolverlo, pues, si lo fuese, la Escritura ya hubiera hablado más claro". Pero aunque a veces vacilara, San Agustín alcanzó a establecer la cuestión dogmática sobre el importante problema filosófico del origen del alma: cualquiera que fuese la opinión acerca de este punto, tenía que admitirse el hecho preliminar del pecado original y su propagación a todo el linaje humano, que pecó en Adán, su cabeza.

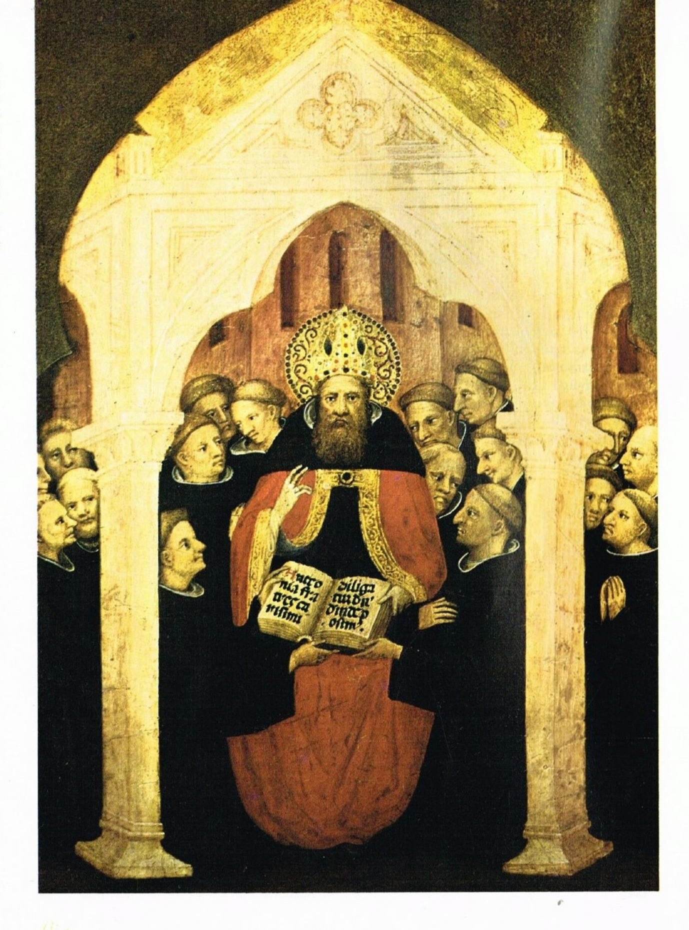
Pero, en fin, una vez establecido que las almas de los hombres están contaminadas por el pecado de Adán, ¿cómo se explica que unas almas se purifiquen, logrando la salvación, y otras perseveren en el pecado? Aquí disentían también San Agustín y Pelagio. Para Agustín, la gracia de Dios es lo único que puede salvarnos; por aquella gracia reconocemos el error, sentimos los efectos del pecado y evitamos las penas eternas con el bautismo y los demás sacramentos. Según Pelagio, la salvación del hombre no dependía de la gracia de Dios, pues tiene la facultad de escoger el bien y el mal. Decía Pelagio que Dios creó al hombre dotándole de razón y libertad para decidir entre perderse o salvarse. Sin esta facultad de escoger, la salvación no tendría mérito, nos sería más bien impuesta que aceptada; así como basta al hombre su voluntad para estar sin pecado, así de él solo depende su salvación.

A lo que Agustín respondía que los hombres, antes de nacer, ya están predestinados para ir al Cielo o al Infierno; y su experiencia personal le demostraba cuán poco efi-

***Miniatura de un manuscrito griego del siglo XI que representa una escena de pesca (Biblioteca Nacional, París). La sociedad de la Iglesia, fundada por Cristo y organizada en colaboración con unos pescadores, se ensanchó y necesitó una jerarquía. Los sucesores de los pescadores fueron los obispos, de cuyas sedes parece ser que la de Roma tuvo un destacado relieve desde el principio.***



***San Agustín rodeado de sus discípulos, pintura italiana del siglo XV (Pinacoteca Vaticana). La inquietud intelectual de San Agustín le hizo recorrer varias doctrinas filosóficas, buscando explicación a los eternos problemas, hasta que en 385 se convirtió al catolicismo. Desde entonces su obra escrita dio testimonio de la creatividad de su espíritu.***



caces eran los esfuerzos para salvarse. ¡De cuán poca utilidad le habían sido a él los consejos de su madre, las lecturas, los sermones! Dios hizo, en un instante, lo que tantos y tan santos no habían conseguido en veinte años de lucha espiritual. Era inconcebible para San Agustín que Dios creara al hombre a ciegas, sin saber si cada alma tenía que ser, después de la muerte, un ser bienaventurado o un condenado..., lo cual era aceptar a medias la idea de la predestinación.

Para San Agustín, el concurso de Dios envuelve y penetra al hombre en su acción, en su vida y en su ser, lo mismo en el orden natural que en el orden sobrenatural: la gracia es necesaria para la fe, necesaria para la práctica, necesaria para la perseverancia. La voluntad del hombre, sin embargo, no queda anulada en modo alguno, ni siquiera aminorada, por esta acción de la gracia. La conciencia de la libre elección, la conciencia del mérito y del demérito, según Agustín, son hechos psicológicos indudables. Para San Agustín la vida espiritual es la coopera-

*Miniatura de un manuscrito del siglo XV sobre "De civitate Dei", de San Agustín (Biblioteca Real, Bruselas). Esta obra suya, la más ambiciosa, por cuanto pretende dar una explicación teológica de la Historia, fue empezada hacia 412 y consta de 22 libros, en los que el autor intenta rebatir las acusaciones de que el cristianismo había debilitado la antigua fuerza del Imperio romano.*

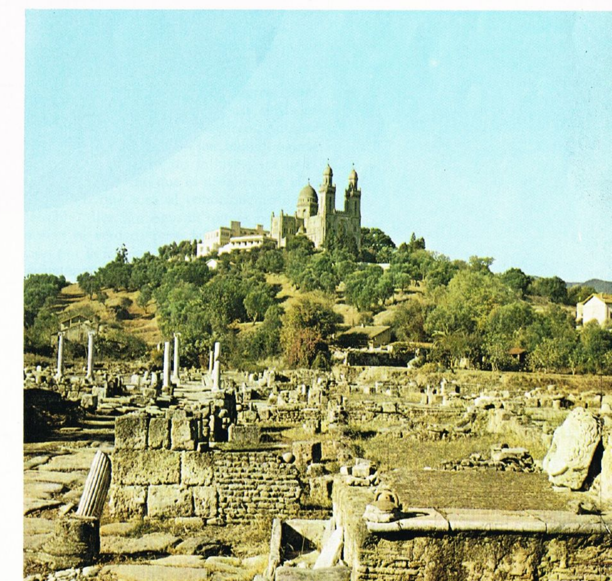


ción libre de la voluntad humana con la gracia divina. Esta cooperación, empero, no escapa al misterio. San Agustín, que tan genialmente ha utilizado la potencia intelectual, no ha sido superado en su humildad para reconocer que las explicaciones no agotan la verdad y que el misterio divino no puede ser abarcado por completo en las fórmulas humanas.

Deben bastarnos estas insinuaciones para vislumbrar la hondura de tan trascendentales problemas y el valor enorme que para aclararlos tuvo la posición de San Agustín frente a la herejía pelagiana. En el ardor de la polémica y en las dificultades que encontró para dilucidar un tema rodeado de tanta oscuridad, pudo ciertamente San Agustín tener sus puntos flacos, y nadie ha de maravillarse de que en algún aspecto parcial haya vacilado o exagerado la expresión y aun la doctrina. Pero mientras en el protestantismo no faltan sectas que insisten en una predestinación lesiva a la vez de la dignidad de Dios y de la libertad humana, y todavía resuena en algunas capillas protestantes el eco de las palabras de Lutero: "Dios, en su divina gracia, consiente que algunas almas se pierdan, porque esto redunda en su mayor gloria", la Iglesia católica ha recogido el fondo armonioso de la teología agustiniana sobre el pecado original, la gracia, la libertad y la predestinación, y lo ha pasado a sus fórmulas dogmáticas.

A San Agustín puede llamársele el verdadero fundador de la antropología cristiana, entendiendo por antropología la ciencia del hombre, y no sólo como cuerpo orgánico, sino como compuesto de un elemento espiritual y el animal. Así definida, la antropología sería anatomía junto con filosofía y psicología. Sin embargo, San Agustín dio más importancia a la última parte.

Cuéntase que en cierta ocasión hubieron



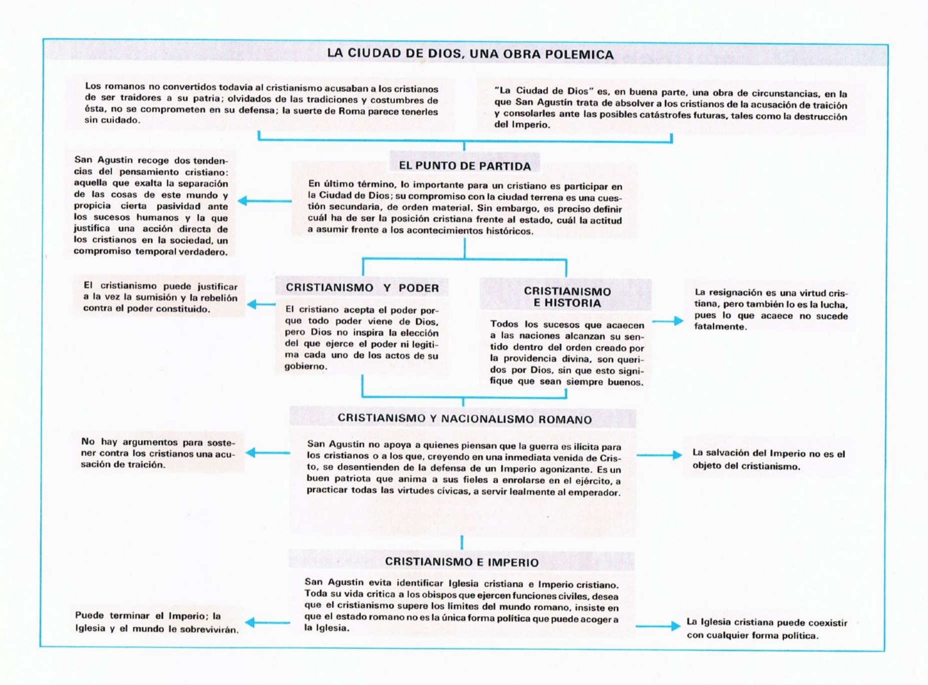
*En primer plano, ruinas de la ciudad de Hipona, en donde San Agustín fue obispo, y al fondo una basílica levantada en memoria suya.*

*"San Agustín explicando en su cátedra", pintura italiana del siglo XV, de la escuela de los sanseverinos (Pinacoteca Vaticana).*



de preguntarle: "¿Qué es lo que te interesa más? –¡Dios! –¿Y después? –¡El alma! –¿Y después de Dios y el alma? –¡Nada más!". Dios y el alma son los temas centrales de la filosofía de San Agustín que le habían inquietado desde su juventud. Vamos al primero. Para aclarar y explicar la naturaleza de Dios, estudió a los pensadores clásicos y no había encontrado más que dudas y diversidad de pareceres; habiéndose entregado a las cosas, no le ofrecían ningún apoyo. Le quedaba un camino: la reflexión sobre sí mismo. Se decía: "En el interior del hombre habita la verdad. Por esta vía, sobre la misma duda se puede edificar el pensamiento verdadero, porque el que duda sabe algo con certeza. Conoces tu existencia y el hecho de tu conciencia. Ahora bien, la experiencia íntima nos presenta dos tipos de conocimiento: el de las cosas sensibles, contingentes y mudables, origen de opiniones, y el de los principios no sensibles, fuente de certeza y ciencia".

Para él, el verdadero Ser está constituido por este mundo suprasensible que llega a nosotros, no por medio de los sentidos, sino de un modo directo, por una luz incorpórea que nos permite intuir las ideas. Pero así




como Platón cree en una existencia independiente de las ideas, para San Agustín las ideas son los pensamientos eternos de la razón divina, los ejemplares originales que informan lo creado. El conocimiento es, pues, un camino para llegar a Dios. No podría existir la verdad en nosotros si la Verdad no existiera. Reconociendo en nosotros, por lo menos, alguna verdad, tendremos que aceptar la existencia de la Verdad, que es Dios. El darnos cuenta de su existencia no quiere decir que le conozcamos; Dios rebasa nuestro lenguaje y nuestro pensamiento. Por esto la ciencia de Dios es una ciencia del no saber. Sólo podemos decir de Él que *es*. Es el ser mismo, sin mezcla del no ser, superior e inmutable. El segundo problema, el del alma, puede resolverse por el mismo método de reflexión interior. Cuando el ser humano se observa a sí mismo, halla que es sustancia espiritual. Observa que su ser real no tiene ninguna semejanza con el cuerpo (ni masa, ni color, ni movimiento espacial). Es incorpóreo y simple. Tanto por estos caracteres como por su íntima relación con las verdades eternas, ha de ser imperecedero. Aunque en el hombre aparenten estar reunidos alma y cuerpo, el cuerpo no influye para nada sobre el alma, sino que es dirigido por ella.

Por lo que toca al conocimiento de lo sensible, dice San Agustín que es necesario poseer la verdad; pero la sola contemplación por la inteligencia no es una verdadera posesión. Sólo se posee perfectamente lo que se ama, y el amor de las cosas más altas que el entendimiento nos da a conocer lo que proporciona al hombre su perfección y beatitud. Este amor transforma nuestro ser y es la medida de nuestra perfección. El que ama lo perecedero, perece; el que lo eterno, se eterniza: *Terram diligis? Terra eris... Deum diligis? Deus eris* (¿Amas la tierra? Serás tierra... ¿Amas a Dios? Serás Dios).

A salvar, cuidar y mejorar esta alma, único elemento precioso y patrimonio del ser humano, se dirigieron cuantiosos esfuerzos a lo largo de toda la Edad Media.

# BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| **Audet, J. P.** | *La Didaché. Instruction des Apôtres,* París, 1958. |
| **Benoît, A.** | *Le baptême au second siècle,* París, 1951. |
| **Camelot, Th.** | *El bautismo y la confirmación en la teología contemporánea,* Barcelona, 1961. |
| **Cullman, O.** | *Le culte dans l'Eglise primitive,* París, 1943. |
| **Daniélou, J.** | *Sacramentos y culto según los Santos Padres,* Madrid, 1952. |
| **Ferrater Mora, J.** | *Cuatro visiones de la Historia Universal,* Buenos Aires, 1955. |
| **Manrique, A.** | *La vida monástica en San Agustín,* El Escorial, 1959. |
| **Marrou, H.** | *San Agustín y el agustinismo,* Madrid, 1963. |
| **Maurer, A.** | *Filosofía medieval,* Buenos Aires, 1962. |
| **Mesnage, J.** | *Le christianisme en Afrique,* 3 vols., París, 1915. |


***Fragmento de un manuscrito que reproduce una homilía de San Agustín (Museo de Vich, Barcelona). Entre la abundante producción de San Agustín destacan sus escritos sobre la inmortalidad del alma, los maniqueos, el libre albedrío, la trinidad, y sus famosas "Confesiones", el más conocido de sus escritos.***



*Miniatura de un manuscrito del siglo IX que representa a un grupo de cristianos escapando por mar de la persecución de los arrianos (Biblioteca Nacional, París). La huida de la sociedad fue una solución que adoptaron con frecuencia los hombres de los primeros siglos para librarse de la justicia o de mayores molestias. Algunos cristianos huyeron al desierto en busca de mayor perfección. Anacoreta quiere decir, precisamente, "el que sube al desierto".*

# Los primeros monjes cristianos. San Basilio. San Jerónimo. San Benito

Los comienzos de la vida monástica en el cristianismo están envueltos en una neblina difícil de desvanecer. El ascetismo monástico fluye espontáneamente de los llamados consejos evangélicos, invitación suprema de Jesús a la perfección espiritual; pero el Cristo no fue un asceta ni dijo que el ascetismo fuese la sola manera perfecta de vivir, como lo predicó el Buda. No se concibe el budismo sin la vida conventual; en cambio, pasaron para el cristianismo más de dos siglos sin que se sintiera gran necesidad de organizar el retiro monástico. No quiere esto decir que el cristianismo aprendiera nada del budismo, ni que la vida monástica ni el principio de renunciación llegaran a la cristiandad desde la India lejana. Es cierto que en Alejandría y en Antioquía se hablaba de los monjes budistas y se conocía de la India más de lo que nos figuramos, pero no hacía falta el ejemplo del budismo para estimular a los cristianos del siglo IV a retirarse al desierto para hacer vida de anacoreta. Leyendas indias se infiltraron en el santoral cristiano: San Jerónimo habla del nacimiento del Buda de una virgen-madre; habla de los monjes budistas, *gimnosofistas,* que quiere decir *anacoretas,* filósofos del bosque; pero



***Una tabla bizantina del siglo XVI que representa a San Antonio, el hombre con quien el monacato entra en la historia (Museo Bizantino, Atenas). Debió de morir a mediados del siglo IV, tras una vida centenaria pasada en la soledad del desierto. De humilde campesino egipcio pasó a ser el punto de origen del movimiento religioso que más vitalidad ha dado a la Iglesia.***

todo esto no trascendió hasta provocar curiosidad ni espíritu de emulación entre las gentes cristianas.

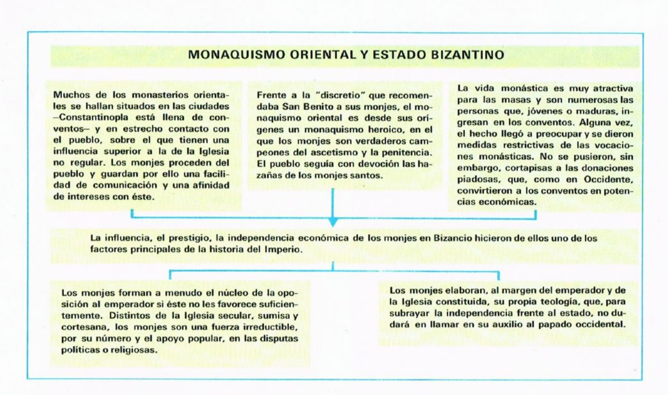
Más derechos tendrían a presentarse como antecesores de los monjes cristianos los esenios y terapeutas judíos. Estos últimos sobre todo se habían establecido al otro lado de la laguna Mareotis, detrás de Alejandría, y en aquella comarca aparecen las primeras colonias de anacoretas cristianos de la montaña de Nitria; Eusebio los tuvo por monjes de la primitiva Iglesia de Alejandría. Pero no hay que buscar antecedentes históricos al monasticismo cristiano; el afán de soledad, el goce en la contemplación lejos del bullicio mundano se manifiestan espontáneamente en los individuos que se hallan dotados de una mediana capacidad espiritual. El alma insiste en imponer el retiro y la quietud, más favorables para elevarse hasta el Esposo, imagen de Jesús, y que en la mística cristiana ha servido siempre para expresar las más altas relaciones espirituales de la unión con Dios por el amor.

Jesús lo había explicado claramente en la parábola de las vírgenes fatuas y las prudentes; recordó a Marta, la hacendosa, que María tenía la mejor parte, e hizo el elogio del celibato cuando dijo que hay quienes se hacen eunucos a sí mismos por ganar el reino de los cielos. San Pablo insiste en la superior condición de la virginidad, y lo mismo hacen Orígenes, Tertuliano y la mayoría de los Padres de los siglos I y II. Así ya no es de extrañar que las actas de los mártires nos presenten tantos casos de jóvenes santas que hacen alarde de su virginidad, sin haber tenido otra protección que el retiro que ellas mismas se procuraron en la casa paterna. En el concilio de Elvira (año 306) se delibera acerca de las "vírgenes consagradas al Señor". San Atanasio las llama ninfas o esposas de Cristo y, a lo que parece, vivían en comunidad en Alejandría. Pero no se hace mención todavía de monjes asociados para la vida en común.

La pasión por la vida monástica no se manifestó en el cristianismo hasta después de la paz de la Iglesia. Mientras duraron las persecuciones se creía cobardía escapar al desierto. En las grandes capitales era donde los cristianos estaban más vigilados y perseguidos, y allí debían permanecer las personas piadosas para dar testimonio de su fe, al lado del obispo.

Con las donaciones de Constantino y con las disputas teológicas del arrianismo, la atmósfera de las iglesias se hizo irrespirable para muchos. Los cargos eclesiásticos, acompañados de honores públicos y donativos, no eran siempre a propósito para mantener a los beneficiados en una piadosa austeridad. Empezó pronto a notarse entre clérigos y laicos este mal humor que en algunos aspectos perdura hasta nuestros días. San Pacomio, el fundador de la primera regla de monjes, aconseja a sus discípulos que eviten el trato de las mujeres, así como el de los obispos. En cambio, San Agustín afirma que entre los monjes ha encontrado los mejores y los peores cristianos.

La historia de los monjes cristianos se hace siempre empezar por San Pablo, ermitaño, y San Antonio. El primero, ermitaño egipcio, se supone que huyó al desierto cuando la persecución de Decio, el año 250. Allí fue a visitarlo, el año 340, San Antonio, clérigo de Alejandría. Pese a su soledad, de casi un siglo, el ermitaño mostró su curiosidad preguntándole al recién llegado: "¿Qué hacen los hombres? ¿Hay todavía ciudades? ¿Quién gobierna el mundo? ¿Quedan aún gentes para ser presa del de-



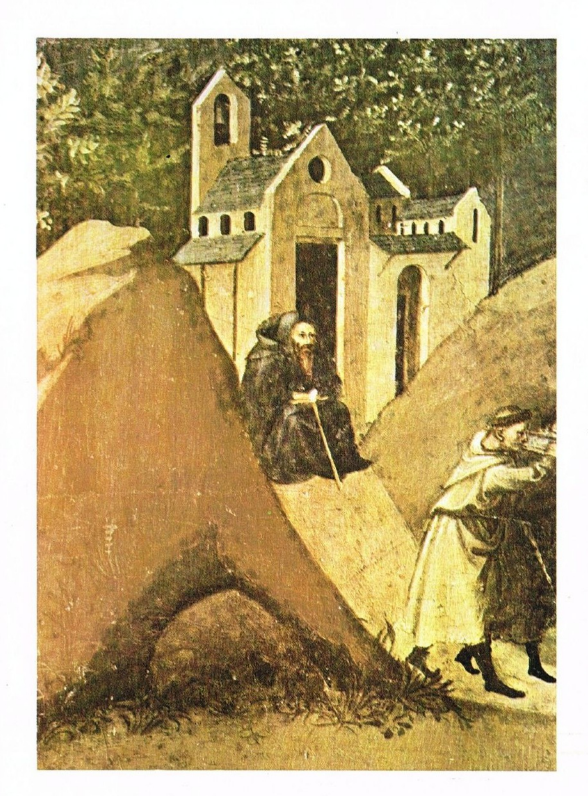

monio?...". Un cuervo trájole aquel día doble ración de pan y, confortados por una larga conversación, San Antonio se despidió de San Pablo. Cuando volvía a visitarle, por el camino tuvo la inspiración de que había muerto. Halló helado su cadáver, pero con las manos extendidas aún hacia lo alto; unos leones excavaron la fosa, y San Antonio se llevó como reliquia la túnica de palma del ermitaño. Esto es cuanto sabemos de San Pablo.

San Antonio, en cambio, es una personalidad de gran relieve. Nació de familia poderosa del Alto Egipto; sólo hablaba la lengua copta. No tuvo educación literaria ni quería libros, pero se sabía de memoria los textos bíblicos. A los que le reprochaban su ignorancia, les contestaba: "¿Qué fue primero, la inteligencia o la ciencia?... Mi libro es la Creación, que puedo leer siempre que quiero". A un monje ciego lo consolaba diciendo: "Hasta las moscas pueden ver con los ojos de su cuerpo; pero con los ojos del alma, sólo nosotros y los ángeles, que ven a Dios". San Antonio repartió sus bienes entre los vecinos de su pueblo y se marchó de allí para instalar su morada en uno de los sepulcros tallados en la roca que tan abundantes son en la Tebaida. Después pasó veinte años solo, en las ruinas de un castillo egipcio. De allí marchó al árido desierto entre el Nilo y el mar Rojo, comiendo dátiles y pan, que le daban de limosna los beduinos. Hasta allí iban los demonios, para tentarle con imágenes obscenas o amedrentarle con dragones y fieras; pero "el demonio acaba las fuerzas si se le combate con oración, penitencia y ayuno".

Dos veces fue San Antonio a Alejandría: la primera el año 311, para consolar y dar ánimos a los que sufrían la persecución de Maximino. La segunda vez, que bajó por el Nilo hasta la capital, fue el año 351. Quiso confortar a San Atanasio en su contienda contra la reacción arriana. Tenía entonces San Antonio más de cien años; San Atanasio salió a recibirle a la puerta de la ciudad, y cuén-

***Una miniatura bizantina del siglo XII que representa a dos monjes (Bodleian Library, Oxford). El monje, entendido a la manera de San Antonio, es ante todo un cristiano que toma en serio los consejos del evangelio y se dispone a cumplirlos a costa de todos los sacrificios.***





*Detalle de una pintura sobre tabla, de Starnina, titulada "Tebaida" (Galería Uffizi, Florencia). El cuadro representa el desierto de Tebaida, adonde se retiró San Antonio acompañado de muchos seguidores que se establecieron individualmente en pequeñas moradas construidas por cada uno en la desierta montaña. Este detalle representa a uno de los muchos monjes imitadores del santo.*

tase que allí el monje centenario realizó varios milagros. Con todo, San Antonio no era propiamente un taumaturgo: "No os alegréis de que los espíritus os obedezcan, sino de que vuestros nombres lleguen a estar escritos en el cielo". Lo esencial para San Antonio era la vida contemplativa en la soledad del desierto. Decía siempre: "Como muere el pez fuera del agua, perece el monje fuera del desierto".

San Antonio no llegó a organizar una comunidad, con su regla monástica, pero ya no vivió completamente solo. Tenía a su alrededor varios discípulos y comunicaba con ellos, y aun celebraban juntos los divinos oficios, reservando para la Pascua y Pentecostés la túnica de hojas de palma que heredara de San Pablo el ermitaño.

El primer organizador de las sociedades monásticas, el verdadero padre de la vida cenobítica, es San Pacomio, otro egipcio (nacido en 292) que había sido soldado. Acaso el recuerdo de la disciplina militar le estimuló a organizar a los monjes. La palabra *monje* viene de la griega *monacós,* que quiere decir solitario. Pero Pacomio comprendió ya que el retiro perfecto sólo podía obtenerse

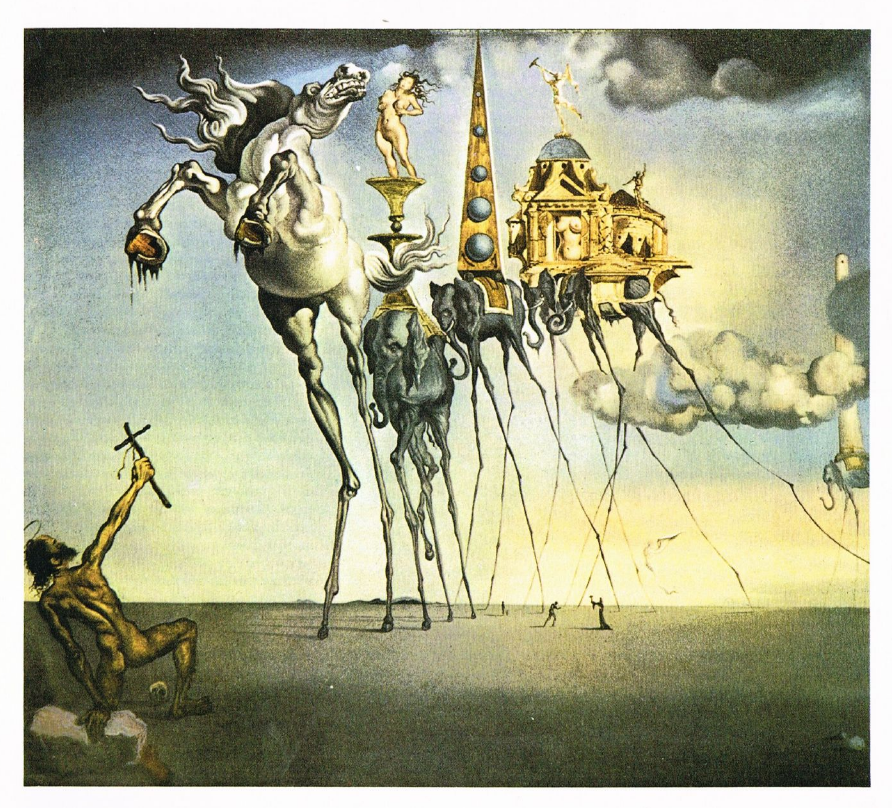
## EL MONACATO OCCIDENTAL (360-743)

| | |
|---|---|
| 250-356 | Vida solitaria de San Antonio en Egipto. |
| 300 | San Pacomio: las primeras fundaciones de conventos en Egipto. |
| 345-420 | San Jerónimo, propagador del monaquismo oriental en Italia. |
| 360-361 | San Hilario funda el monasterio de Poitiers. |
| 370 | Difusión de los ideales del monaquismo oriental en Occidente: *Vita Antonii,* de Evagrios de Antioquía. |
| 372-400 | San Martín, obispo y fundador de diversos monasterios en Tours. |
| 395 | Nimiand, discípulo de San Martín, funda en Inglaterra la abadía Candida Rosa. |
| 431 | San Patricio organiza la vida eclesiástica de Irlanda en torno a los monasterios, sede del obispo y centro de formación de los sacerdotes. |
| 451 | El concilio de Calcedonia ordena que se sometan los monjes a los obispos de sus respectivas diócesis. |
| 529 | San Benito funda Montecassino y redacta la regla benedictina. |
| 563 | Extensión de los monasterios de disciplina irlandesa por Escocia y Northumbria. |
| 590 | Gregorio I, monje benedictino, es elegido papa. |
| 597 | Misión benedictina a Kent: fundación de Canterbury. |
| 600-650 | Erección de monasterios irlandeses en la Galia (Luxeuil, 590), Italia (Bobbio, 613) y Alemania (Saint-Gall, 645). |
| 690 | Primeros monasterios benedictinos en Frisia. |
| 716-754 | Bonifacio, monje benedictino y obispo, dirige la evangelización de Germania: difusión de la regla benedictina en Hesse y Turingia. |
| 743 | Los monasterios franceses adoptan la regla benedictina. |

en comunidad. La leyenda supone que un ángel dictó a San Pacomio su *regla,* que es la primera reglamentación de la vida monástica cristiana. Según ella, los postulantes eran admitidos después de siete días de esperar junto a la puerta del monasterio o vivienda común. El noviciado duraba tres años; en cambio, los votos no eran estrictamente irrevocables. Los trabajos manuales eran los propios del Alto Egipto: labranza, construcción de barcas, cestería y esterería. Los monjes vivían tres en cada celda, comían juntos, pero con la cabeza cubierta por la capucha, quizá para demostrar que les disgustaba verse forzados a comer para vivir, y, desde luego, a fin de que sus mortificaciones no fuesen conocidas de los otros. También estaba prohibido hablar; sólo en casos excepcionales los monjes de San Pacomio debían expresarse con signos. Los monjes contumaces de rebeldía recibían golpes, administrados por el superior. A pesar de su rigidez espiritual, la organización cundió rápidamente; antes de morir Pacomio se contaban ya nueve monasterios de su regla en la Tebaida, y un siglo después sus monjes habían llegado a la cifra de cincuenta mil. En cambio, no tuvo seguidores fuera de Egipto. La regla de San Pacomio tiene algo de rudo y violento que causa extrañeza en otras regiones de clima espiritual más templado.

Por esto el Oriente mira a San Basilio,

***La vida de San Antonio ha tentado la inspiración de muchos artistas. Las "Tentaciones", por S. Dalí (Colección particular, Bruselas), son la plasmación de la lucha del santo consigo mismo para privarse de toda comodidad material y llegar al perfecto dominio de las pasiones.***



*Relieve del siglo* VI *que representa a San Pacomio en oración (Museo Británico, Londres). Con este santo, el retiro al desierto adopta la forma de cenobitismo, es decir, de vida en común. Al sur de Egipto fundó una comunidad regida por reglas concretas que agrupaba a una veintena de hombres bajo su autoridad de superior. A su muerte, en 346, dejó nueve comunidades de hombres y dos de mujeres.*



llamado *el Grande,* como el fundador monástico por excelencia. San Basilio es algo posterior a San Pacomio; nació el año 329 en Capadocia, en las tierras altas del Asia que lindan con el mar Negro. A la edad de veintidós años fue enviado a la universidad de Atenas, que se hallaba ya en el ocaso, pero gozaba todavía de cierta reputación. Allí se encontró con San Gregorio Nacianceno, su compañero entrañable desde entonces, y otro condiscípulo suyo en la universidad fue el propio sobrino de Constantino, que después tenía que ser Juliano el Apóstata. Terminados los estudios académicos, que imprimieron profunda huella en su carácter, Basilio acabó su preparación viajando por Palestina y Egipto. Allí vio a los monjes, la gran novedad de la época, cuya vida estudió a fondo, y los clasificó en cuatro clases, a saber: los anacoretas solitarios; los que viven en grupos; los que viven en comunidad, y, por fin, los ascetas itinerantes, sin morada fija, célibes y en peregrinación constante de iglesia en iglesia. Para San Basilio la vida monástica perfecta (¡quién sabe si no influirían en él los recuerdos de la Academia de Platón!) era la sociedad de personas espirituales, cuyas relaciones han sido fijadas de antemano por medio de reglamentos perpetuos, razonados, hoy diríamos científicos.

San Basilio empezó por retirarse a la heredad paterna, en Capadocia, que describe en estos términos: "Una alta montaña, cubierta de bosques, nos envía varias corrientes de agua fresca y transparente. Estas aguas enriquecen el llano, embellecido por grupos de espesos árboles que superan en belleza a los de la isla de Calipso, cantada por Homero". Hasta en sus escritos más piadosos, Basilio recuerda con gusto a los clásicos, poetas, dramaturgos y filósofos. Continuando la descripción de su heredad añade: "El lugar parece una isla, porque está encerrado entre barrancos, y el río, después de precipitarse en cascada sobre el valle, forma una corriente imposible de vadear... Allí yo soy el dueño y señor. Detrás de mi casa, una cañada va subiendo hasta la cresta, desde donde se ve todo el llano. El río, después de correr desbocado, acaba en un plácido lago... ¿Cómo encarecer el perfume de la tierra, las brisas del aire, la multitud de flores y el canto de los pájaros? Sin embargo, el mejor elogio del lugar es que, siendo a propósito para producir toda clase de frutos, produce el más dulce para mí, o sea la quietud". En este lugar predilecto, a las márgenes del Iris, implantó San Basilio su primera colonia de monjes regulares. Su hermana Macrina se reservó la casa paterna, al otro lado del río, para un monasterio de religiosas.

Allí vivió Basilio sólo tres años con su amigo Gregorio y algunos otros que se les fueron asociando. Demasiado pronto, tanto él como San Gregorio, fueron arrancados de aquel retiro para servir a la Iglesia como obispos. Pero, a pesar de sus ocupaciones episcopales, San Basilio supo disponer de tiempo para escribir las dos colecciones de *Reglas* que rigen todavía la vida monástica en Oriente. Y recordemos que el propio Basilio dice que por Oriente hemos de entender las

*Tejido copto de lino del siglo* VII *(Museo de Arte e Historia, Ginebra). Del Egipto Medio, cuna de San Antonio, el monacato pronto se extendió hacia el Sur, en el desierto, y hacia el Norte, por todo el delta.*



tierras que van desde la Dalmacia hasta Egipto.

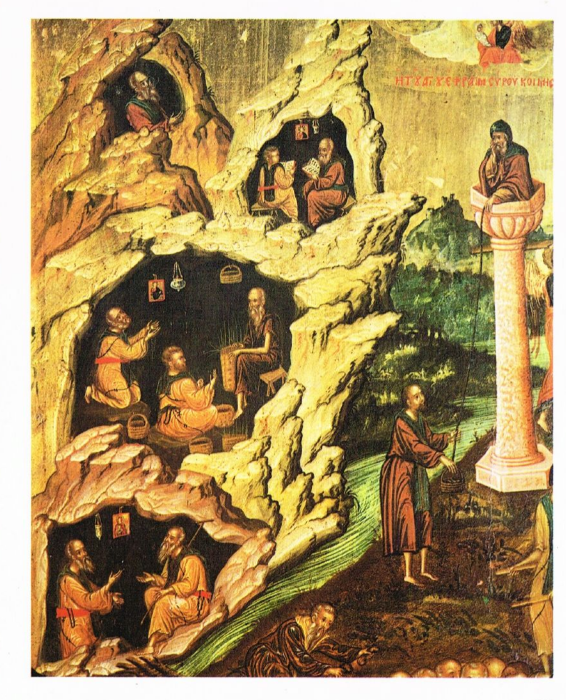
Las dos colecciones de *Reglas* de San Basilio no guardan la codificación sistemática que encontramos más tarde en la *Regla* de San Benito. Las denominadas *Reglas largas,* de San Basilio, están escritas en cincuenta y tres preguntas y respuestas, confirmadas con citas de las Sagradas Escrituras. Las llamadas *Reglas cortas* resuelven trescientos trece casos que pueden presentarse en la vida diaria del monje que vive en comunidad. Aunque resulta bien claro el espíritu de las *Reglas,* y en Oriente han servido hasta hoy, a los occidentales nos sorprende la falta de organización y método de aquel catecismo monástico. Sin embargo, una vez más se comprueba que lo que importa es la sinceridad, la fe, el buen deseo, que no le faltaban a Basilio.

La vida ascética era para él ni más ni menos que el cristianismo en toda su pureza. El monje es el mejor cristiano. Por tanto, el monje procurará imitar a Jesús y a los apóstoles hasta en las más pequeñas cosas. Los monjes deben estudiar las Escrituras, pero sólo los que estén preparados y debidamente escogidos por el superior. Estos monjes, versados en los textos bíblicos, forman un consejo, que es el que elige al superior y puede amonestarlo en caso de error grave. A este mismo consejo puede apelar el monje que se crea injustamente tratado por el superior. Pero este consejo no es ejecutivo: "Debemos impedir –dice Basilio (*Regla larga,* 37)– que se desarrolle un régimen democrático". Cuando falta el superior, uno de los monjes letrados gobierna en su lugar. Hay que combatir "la tendencia a la turbulencia", dice San Gregorio Nacianceno, refiriéndose a los monasterios. Por esto se da tanta importancia al cargo de superior; ya San Pacomio, en Egipto, había experimentado visiones en las que los ángeles ayudaban a los superiores de sus monasterios.

Los monjes basilios debían siempre humildemente obedecer al superior. Los casos de indisciplina se trataban primeramente como una enfermedad, enviando a los díscolos al hospital. El superior era como un médico para los que sufren. "Busca cuidadosamente tu guía; escoge uno que sea rico en virtudes, que ame a Dios y esté versado en las Escrituras... Si encuentras un hombre así, obedécele sin discutir." "En realidad, todo el bien del monasterio proviene del superior." Si el tratamiento de la enfermedad de rebeldía no ha curado al monje, "será necesario considerarle como un miembro corrompido e inútil y extirparlo del cuerpo de la comunidad". Esto es, será expulsado del monasterio, porque "insubordinación y desconfianza son consecuencia de una multitud de pecados, fe dudosa, esperanza escasa, orgullo y mala conducta".

Ocho veces al día se reunirían los monjes para la oración; San Basilio describe poéticamente el color místico de cada una de estas ocho horas. Pero no por esto los monjes estaban dispensados de trabajar y los oficios más apropiados para ellos eran las faenas del campo, tejer lana, hacer zapatos, obras de albañilería, carpintería y herrería. La *Regla larga* repite las palabras de San Pablo: "El que quiera comer, que trabaje". Gregorio, el amigo de Basilio, y que ya hemos dicho que estuvo a su lado en los primeros meses de la fundación de su monasterio, le recuerda cómo ambos trabajaban en el huerto. "¡Ah, si pudiésemos volver a aquellos días en que trabajábamos de la mañana a la tarde! A veces cortando leña, otras desbastando sillares, plantando árboles, o arrastrando juntos la pesada carreta, llegábamos a la noche con

***Detalle de un cuadro sobre la muerte de San Efraín el Sirio, que muestra algunos monjes agrupados en el trabajo o en la oración y a un estilita procurándose el sustento desde lo alto de su columna (Pinacoteca Vaticana). La forma más elemental de organización monacal fue la simple agrupación para realizar en común trabajos, rezos y penitencias. Así nacieron los primeros horarios monásticos.***



*Ángel pintado al óleo sobre madera, de estilo copto (Museo Bizantino, Atenas).*



callos en las manos que duraban muchos días."

Los monjes basilios pueden viajar para asuntos importantes, pero han de ir dos en compañía; pueden tener bienes personales, y pueden hasta vivir aislados en el monasterio. El objetivo no es establecer un modelo de comunidad, sino procurar el mayor desarrollo espiritual de cada uno. Por esto hay cierta laxitud en las *Reglas,* cierto respeto de conciencia que impidió la sistematización en los escritos de San Basilio, pero es también una prueba de flojedad, que puede en parte explicar cómo, sin una recia disciplina espiritual, se ha llegado a la triste condición presente de los monjes orientales. Con raras excepciones, los monasterios de monjes rusos, griegos y sirios que siguen aún la regla basiliana no son sino lugares de retiro, donde se hace una vida oscura y perezosa. Ninguno de ellos puede compararse con los grandes centros de educación y enseñanza de algunas casas monásticas de Occidente.

Y llegamos ahora al otro punto todavía

oscuro. ¿Cómo empezó el monacato en Occidente? ¿Vinieron monjes orientales a la Galia y a España, o fueron las gentes piadosas de las diócesis del Oeste a aprender a Egipto, a Palestina y a Siria? Muy probablemente, ambas cosas. Ya hemos visto a San Agustín ensayar la vida de comunidad en Casiago; pero recordemos también que lo hizo movido de entusiasmo al oír explicar las "hazañas" de los anacoretas y ermitaños egipcios. El monaquismo se respiraba como un romanticismo místico que sentían muchos cristianos. Y como en otras épocas románticas de la Europa occidental, se creía entonces también que el Oriente era la tierra ideal, el lugar más indicado y más libre para todo lo que se aparta de la rutina de la vida práctica.

Además, vemos a monjes orientales (es decir, más o menos orientales, ya que el Oriente "va de la Dalmacia a Egipto") infiltrarse en Occidente. Por ejemplo, generalmente se habla de San Martín de Tours como el iniciador de la vida monástica en la Galia; pero San Martín procedía de Panonia, la región que hoy llamamos Hungría, y casi puede considerarse oriental. Educado en Italia, después de servir tres años en la milicia, a los dieciocho fue bautizado, vivió primero como ermitaño y después fundó un monasterio cerca de Poitiers, el primero de la Galia. Igual que San Basilio, también Martín fue sacado del cenobio para ser obispo; pero en Tours, a pesar de su dignidad episcopal, vivió hasta la muerte en un monasterio, rodeado de ochenta monjes. Uno de ellos, llamado Sulpicio Severo, escribió la interesante vida del santo fundador, en la cual nos entera de que no pasó hora sin que Martín hiciese oración; de que nadie le vio enfadado ni tampoco alegre o triste, aunque lloraba a menudo por sus enemigos, y que éstos eran obispos, sólo obispos. San Martín curaba enfermos hasta por carta y resucitó tres muertos. Cuando iba a Tréveris, donde se hallaba la corte, la emperatriz en persona le servía en la mesa. Martín fue el gran debelador de la superstición pagana; abatió las encinas sagradas de los druidas, pero también combatió, como San Agustín, los yerros y

***Los padres de la Iglesia llamados capadocios, San Basilio, San Gregorio Niseno y San Gregorio Nacianceno, en una miniatura del siglo IX (Biblioteca Nacional, París). San Basilio insistió, teórica y prácticamente, en que el medio normal de la vida monástica era la comunidad, a imitación de los primeros cristianos. Fundó un monasterio en su país, Capadocia, y tuvo continuos contactos teológicos con los dos Gregorios.***





***Pintura sobre tabla del siglo XIII que representa a San Martín de Tours con diversas escenas de su vida (Museo de Arte de Cataluña, Barcelona). Tras una juventud militar y una tardía conversión, San Martín fundó cerca de Poitiers un monasterio, el primero de la Galia, a imitación de la tradición egipcia. Arrebatado del monasterio para ser hecho obispo de Tours, siguió, incluso en el episcopado, el régimen de vida monástico.***

las supersticiones en que caían los propios cristianos. Sulpicio Severo cuenta que, cerca del monasterio, había un altar en honor de un mártir. Algo preocupado San Martín acerca de su autenticidad, rogó al Señor que le revelase quién era el que allí estaba enterrado. Después de rezar con gran fervor, San Martín levantó la cabeza y vio ante sí el espectro del muerto, mandado por Dios para decirle que había sido bandolero y decapitado por no tener nada de santo. Por consiguiente, el obispo ordenó demoler aquella tumba y convenció al pueblo de su error.

La vida de San Martín está llena de fervor monástico, pero sin el prurito de ascetismo que caracterizaba a los monjes egipcios. Nos encontramos ahora con que el romanticismo místico va tomando necesariamente un aspecto más práctico trasplantado a Occidente. Por desgracia, San Martín murió sin dejar una regla escrita que sirviera para las otras comunidades que fueron estableciéndose en la Galia. Las más importantes son las del sur de Francia, en la isla de Lerins y en Marsella. Pero, ¿no es Marsella también la puerta de Oriente?

En una de las islas a la vista de Cannes, un noble romano de familia consular, San Honorato, fundó a principios del siglo V el monasterio de Lerins. San Honorato, dice su discípulo y biógrafo, era un padre, una familia, una patria para sus monjes. En el cenobio de Lerins se vivía realmente en comunidad, la verdadera comunidad de pensamiento y amor, que hace milagros. En este monasterio de la Provenza se renuevan los prodigios de austeridad de la Tebaida. De él saldrán, como de un seminario, obispos y santos que extenderán la fe y la civilización por toda la Galia, Irlanda e Inglaterra. Con el tiempo será una célebre escuela de teología y filosofía cristianas; el *Commonitorium* o Regla de Vicente de Lerins contiene fórmulas afortunadas de doctrina católica, que la Iglesia adoptará para siempre. De los monjes de Lerins, empero, salió el semipelagianismo, que si por un lado prolongó un tiempo todavía el error condenado de Pela-



***Detalle central del retablo de la catedral de Grasse, donde se halla representado San Honorato, obispo de Arles. Antes de empuñar la mitra había fundado, hacia el año 400, el monasterio de Lerins en la costa de Provenza.***

gio con nuevas controversias, ayudó, no obstante, a que fuese moderado el sentido demasiado absoluto de algunas fórmulas con que San Agustín, en su ardor contra la herejía, expuso el poder de la gracia.

Algo más tarde, otro oriental, Casiano *(de natione scytha),* fundó el famoso cenobio de San Víctor, de Marsella. Casiano es ya realmente un fundador, y ha sido llamado, con razón, legislador de la vida monástica. Además de un libro muy razonable contra Nestorio, en el que de soslayo introdujo también la cuestión pelagiana, escribió dos libros maravillosos acerca de la vida de los monjes. Casiano para enterarse *de visu* pasó a Palestina y Egipto. En uno de aquéllos, el titulado *Collationes,* o *Conferencias,* nos da casi al dictado las conversaciones que sostuvo con los prelados egipcios; tiene por objeto todo lo que se refiere a la vida interior de los monjes. El otro, llamado *Instituta,* contiene instrucciones y recomendaciones derivadas de sus visitas a los monasterios orientales y está dedicado a exponer cuestiones de disciplina de los monasterios. Es curioso que Casiano considera como una de las virtudes del monje la discreción. Cita ejemplos de monjes, egipcios naturalmente, que se condenaron por pedir demasiado; dice de uno de ellos que llegó a creer había adquirido tanta santidad, que pensó podía tirarse dentro de un pozo sin hacerse daño alguno.

Conatos de vida monástica aparecieron también en España, y hasta algunos fundadores de cenobios escribieron *Reglas.* La de San Valerio, en el Bierzo, es otro interesante esfuerzo para encauzar el misticismo ascético que también se dejaba sentir en la península ibérica. Un ejemplo de los peligros que había en no organizar el ascetismo en España fue la dolorosa experiencia de Prisciliano y sus secuaces; en cambio, en España, y en la misma ciudad de Barcelona, San Paulino de Nola abandonó el mundo agitado y sus empleos para recluirse en vida monástica al lado del sepulcro de San Félix, cerca de Nápoles.

Pero el que se menciona siempre en la historia del monaquismo cristiano como espíritu intermedio entre Occidente y Oriente es San Jerónimo. La patria de este santo

# ORIGENES DEL MONAQUISMO PRIMITIVO

En ocasiones se afirma que "el monacato fue *desde un principio* uno de los elementos que más contribuyeron a mantener el fervor religioso y el espíritu cristiano y, al mismo tiempo, a fomentar toda clase de cultura en la Iglesia católica". Indudablemente, este tipo de generalizaciones son excesivamente abstractas, ya que no pueden encuadrarse en un mismo grupo morfológico las diversas tendencias monásticas.

En otra dirección interpretativa, durante los tiempos en que el hombre europeo, frente a la ortodoxia tradicional del Medioevo, se refugiaba en la fe de la Ilustración, aunque se reconoció que los monjes habían realizado algún trabajo "útil", sin embargo se pensaba que el monacato había supuesto una considerable pérdida de fuerza humana productiva y la Razón trató de demostrar lo totalmente antinatural que era la absoluta abstención, de la misma manera que su justificación teológica era de la misma índole que la idea según la cual los perturbados mentales eran víctimas de posesiones demoníacas.

Entre estas dos posturas, a menudo antagónicas y extremadas, bueno será valorar más y mejor las condiciones histórico-culturales que acompañaron al monaquismo en los primeros siglos de su existencia, tratando de liberarlo de unos criterios frecuentemente nada históricos.

Los movimientos monásticos no fueron de origen evangélico. Por más que muchos historiadores se esfuerzan en hacer llegar hasta momentos rayanos al cristianismo primitivo movimientos de anacoretas o vírgenes, no parece que sean suficientes para establecer una verdadera tradición que arranque del evangelio y que explique su emergencia sólida y definitiva, al final del siglo III y, mayormente, como algo característico del siglo IV, en medio de un cristianismo muy caracterizado por su sentido comunitario-social-eclesiológico.

Jesucristo y los evangelios no ofrecen datos consistentes que impulsen directamente a una vida de carácter monacal. En el ámbito cultural judío existían movimientos comunitarios de importancia, incluso de carácter cerrado y conventual. Pero no parece que Jesús y sus discípulos perteneciesen a alguno de estos movimientos. Incluso sus relaciones, a veces, han sido novedosamente exageradas (v. g., tras los descubrimientos de los escritos de la comunidad de Qumrân). Es más bien en torno a la vida de Juan Bautista, en el contexto de la actividad predicadora de los "movimientos bautistas", donde Jesucristo estructuró su grupo. Que Jesucristo en su primera época de predicación y ministerio en Judea formase una comunidad con sus discípulos, incluso estando sometidos a una Regla, bien pudo ser. Pero ello no implica nada en relación a otros grupos de tipo más o menos monástico.

El sentido primitivo de las comunidades cristianas, el carácter itinerante de los grandes predicadores no favorecía las formas de reclusión sin contacto con la realidad histórica del momento y las urgencias misioneras y proselitistas frente a un judaísmo activo y a una desmedida afición por los cultos orientales en el ámbito del mundo helenístico-romano. Además, a medida que el cristianismo recorría la senda ya hacía tiempo caminada por el judaísmo, adentrándose en la esfera cultural y política del mundo helénico-romano, el cristianismo hubo de aceptar los ideales activistas, poco dados a la pura y pasiva contemplación, hasta el punto de que en los albores de la Edad Media el cristianismo eclesial será quien herede el espíritu romano, pasando a representar un importante papel en el desarrollo cultural de Europa. Y, de hecho, una vez desaparecido el Imperio y afirmada la Iglesia en su propia e independiente autonomía, hasta culminar en la alianza de Carlomagno y el pontificado bajo el signo del cristianismo, a diferencia de las realizadas por Constantino y Teodosio con la intencionalidad de salvar el Imperio, el monasticismo de Occidente tuvo muy diferentes características de los primeros movimientos, centrados más en el área oriental del Imperio. El famoso *Ora et labora* (reza y trabaja) benedictino supuso una importante variación en los originales movimientos monacales.

De aquí que, para valorar mejor los orígenes de los monjes, sea necesario tratar de adquirir perspectiva histórica y profundo conocimiento de las circunstancias histórico-culturales de semejante fenómeno. Y además también convendrá valorar el medio geográfico en el que se desarrolló la vida de aquellos primeros monjes, punto de partida de los grandes movimientos monásticos, pero experiencia irrepetible con los nuevos aires de un cristianismo ortodoxo dominante y configurante de la sociedad aparecida con el régimen de cristiandad.

La aparición de movimientos de marcha hacia el desierto y los aislamientos comunitarios han de ser valorados sin recurrir a místicas interpretaciones de la Historia. Es decir, si aparentemente no existe fundamento bíblico para el fenómeno monacal, si la creciente pujanza del cristianismo se realiza en la calle, en el enfrentamiento martirial, en la apologética valiente y decidida, todo lo cual se consolidará con las nuevas perspectivas de los emperadores que admitieron la libertad de cultos, ¿cómo explicar esa huida del mundo precisamente cuando el cristianismo ya no padece martirios e, incluso, es elevado a religión oficial del Imperio? Indudablemente es necesario lograr una aproximación más íntima a esos primeros siglos del cristianismo.

El "triunfo" del cristianismo no puede ser valorado sin borrar las categorias triunfalistas del cristianismo actual, base de toda una civilización occidental. Entonces el cristianismo caminaba sobre unas estructuras gloriosas y orgullosas de su brillante tradición clasicista. La experiencia de crisis era algo incomparable con el triunfo de un cristianismo, al fin y al cabo, naciente. Por ello, en un mundo muy preocupado y angustiado por la muerte, en el que el cristianismo luchaba por dar una solución de tipo activo, creador, resurreccional, no ha de resultar extraño que algunos cristianos, débilmente cristianos, pero históricamente verdaderos helenístico-romanos, no supieran encajar e integrar la crisis experimentada y comenzasen la "huida" hacia el desierto.

Ni escepticismo, ni estoicismo, ni cristianismo supusieron para muchos maneras de situarse equilibradamente ante semejante experiencia de decadencia y caos histórico. Además, el cristianismo ofrecía suficientes bases religioso-morales para justificar una huida "escapista", además de lo que pueda haber de decidido rechazo de la sociedad y sistema tradicionales, incapaces de autosalvarse, ni aun cuando Constantino echó mano del cristianismo. Y en el desierto la necesidad de tomar decisiones, tanto a nivel teórico como práctico, quedaba reducida al mínimo. Faltan todavía profundos estudios que muestren por qué fue en Egipto y en Oriente donde más arraigó el monacato solitario y recluido. Pues al irrumpir en el área occidental en tiempos del ya desaparecido Imperio romano-occidental, el monacato tomará una orientación que apenas conocerá el monacato de Oriente, en el que pervivirá el Imperio oriental.

Es oportuno recordar al emperador Juliano, quien, en su política reaccionaria al constantinismo, veía ya en los monjes personas carentes de civismo y los acusaba de hipocresía. Los consideraba como los cínicos del mundo cristiano. No podía soportar el emperador ese proceder de quienes desafiaban las convenciones sociales, se dejaban crecer el pelo, errando como vagabundos por la tierra, enfadosos e insolentes. Para Juliano, "el comienzo de la verdadera sabiduría está en el conocimiento de sí mismo, su fin es el acercamiento al ideal". Pero no se crea que estas preocupaciones eran sólo de un emperador "perseguidor y apóstata" –aunque también rey-filósofo como Marco Aurelio–. Lo eran también del católico Valentiniano. Y no menos de Teodosio, quien preguntaba a Ambrosio qué debía hacer con esos "monjes fanáticos"...

Juliano llegó a denunciar la frase evangélica: "Vende cuanto tienes...", pues, de llevarse a efecto, se llegaría a la inmediata destrucción de cada estado, de cada comunidad y de cada familia. Pero, como veremos, no era ésa la mejor apreciación del renunciamiento al mundo en búsqueda de la salvación individual. En los tiempos modernos se ha vuelto a críticas semejantes a la de los emperadores romanos.

J. M.ª P.

## EL MONAQUISMO OCCIDENTAL: LA REGLA DE SAN BENITO Y SUS TRANSFORMACIONES

Para San Benito, el monasterio es un lugar de retiro, alejado de las ciudades y los intereses mundanos, en el cual los monjes se entregan a la meditación y al trabajo tanto manual como intelectual. El monasterio, con sus posesiones y el trabajo de sus monjes, debe satisfacer todas sus necesidades materiales y ser así completamente independiente del mundo exterior.

Los monarcas francos dispensan a los monasterios, y en especial a los creados en los territorios germánicos, una protección evidenciada en la continua asignación de tierras cultivables. El patrimonio rural de las grandes abadías se acrecienta con el tiempo y pronto las riquezas acumuladas son invertidas en construcciones religiosas.

El monasterio es el centro de una región rural, organizada y administrada racionalmente por los monjes, que abandonan poco a poco el trabajo de los campos, realizado ahora por hermanos legos o por agricultores libres.

En torno al monasterio se crean talleres industriales, a veces agrupados en calles por oficios como en las ciudades medievales, dedicados a abastecer las necesidades cotidianas de las gentes dependientes del convento o a satisfacer la demanda suntuaria de las iglesias.

El monasterio, empresa económica, acrecienta las posibilidades políticas que la posición dirigente en las tareas de asimilación, a la vez religiosa y social de los nuevos pueblos, le había deparado.

En el siglo VI, cuando el cristianismo es todavía una fuerza hostil a la cultura pagana, Casiodoro organiza en su monasterio de Vivarium, acogido a la observancia benedictina, una escuela y un taller para la copia de manuscritos. Los monjes de Casiodoro se dedicaban preferentemente a los trabajos intelectuales.

Los religiosos orientales refugiados en Italia y en África, formados en las tradiciones intelectuales de la antigüedad clásica, avivan el interés de la Iglesia por las letras y la filosofía grecolatinas. El gusto por el estudio, difundido primero en Roma, es transmitido por el papado a las nuevas fundaciones misioneras.

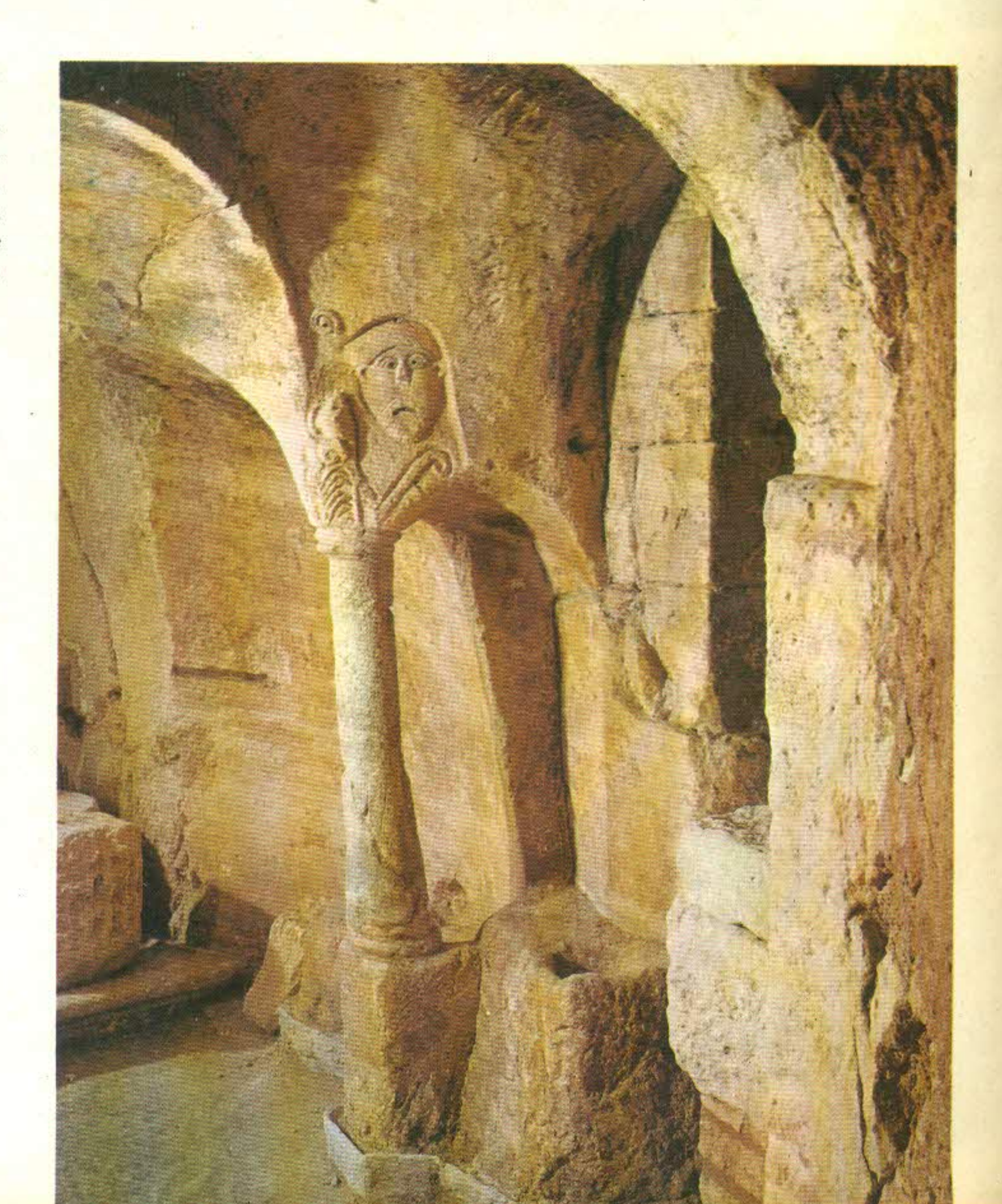
En el siglo VII, los monasterios benedictinos fundados en Inglaterra se han convertido en centros de cultura; enseñan a los convertidos no sólo el latín necesario para comprender las Escrituras, sino también una parte importante de las llamadas ciencias profanas. Poseen buenas bibliotecas, que los sucesivos abades cuidan de aumentar y enriquecer.

El monacato irlandés era, un poco a la manera de los orientales, un monacato militante. Los monjes, siempre itinerantes, eran, sobre todo, misioneros, entregados a la predicación del evangelio entre los infieles o a la asistencia espiritual de los cristianos.

Gregorio I, papa y monje, animará a los monasterios benedictinos a tomar un papel activo en la vida de la Iglesia. Desde esta época, los benedictinos forman las embajadas misioneras que el papado envía a las tierras no cristianizadas.

En los países evangelizados, la organización de la Iglesia es, pues, monástica. Los abades son consagrados obispos, los futuros sacerdotes se forman en los monasterios y éstos sirven de base y refugio a los misioneros.

Los monjes benedictinos se caracterizan, frente a los irlandeses, por una mayor sumisión al papa. Enviados directamente por el pontífice desde Roma, en algunos casos, obedientes a sus directrices siempre, aseguran la dependencia de las nuevas Iglesias de la sede papal.



***Ángulo interior de la cripta de la abadía de San Víctor, en Marsella. Esta construcción de tipo premerovingio se remonta al siglo IV, pues se sabe que Casiano fundó aquí un cenobio. Cuando el sur de Francia se pobló de monasterios, éste fue el centro jurisdiccional de todos ellos.***

fue Estridón, en las costas del Adriático, aunque pronto se convirtió en una figura internacional; él mismo se define: *Filósofo, retórico, gramático, dialéctico, trilingüe...* ¡Qué profesiones, especialmente la de dialéctico, que en el caso de Jerónimo a veces significa polemista, pendenciero y batallador! Lo de trilingüe será porque conocía a la perfección el latín, el griego y el hebreo. La gramática la estudió en Roma con Donato, autor de un célebre tratado de gramática latina. San Jerónimo debió de nacer hacia el año 340, se hizo bautizar hacia el 365 y poco después, en el desierto de Calcidia, donde hacía penitencia, tuvo su celebradísimo sueño, durante el cual se creyó transportado en espíritu ante el tribunal del Juez Supremo. "Y una voz me preguntó quién era. –Soy cristiano – respondí. –*Mentiris, Ciceronianus es, non Christianus* –replicó el Soberano Juez–. Tú eres un ciceroniano y no un cristiano. Donde está tu tesoro, allí está tu corazón." Esto le

## LOS MOVILES DE LOS PRIMEROS MONJES

Algo que ayuda a comprender el fenómeno del monaquismo es la actitud aparecida en el cristianismo de desconfianza hacia la carne, hacia la idoneidad de los apetitos de la naturaleza humana y de los instintos humanos para dirigir la conducta del hombre. No en vano en esta época va configurándose una de las doctrinas fundamentales del cristianismo: el pecado original y la maldad que afecta a la naturaleza del hombre. Doctrinas ya entonces controvertidas desde diferentes posturas e intereses, y base del enfrentamiento moderno entre cristianismo e Ilustración. Cuando el pensamiento postilustracionista ataca agudamente la "epidemia" del monasticismo, seguramente refleja algo de su gran dogma sobre la bondad natural del hombre.

También ha de señalarse, junto a la idea de huida escapista, lo que pueda haber de cierta búsqueda de independencia del hombre en el caos político cultural del tiempo, a través del total abandono a la total confianza y providencia de Dios. Renuncia al mundo, sometimiento de la carne, pasión por la perfección cristiana y cierto modo de huir del mundo conflictual y de liberarse de las convenciones y obligaciones ciudadanas. Contemporáneo de los movimientos monasticistas, Atanasio padecía destierro tras destierro y luchaba por mantener una ortodoxia ya en conflicto con las diversas aproximaciones filosóficas y vitales en su esfuerzo interpretante de la doctrina evangélica. Mientras que en el monasticismo habitaba muchas veces la ignorancia y la superstición religiosa.

Sin embargo, este tipo de generalizaciones no han de ser aplicadas de la misma manera a todos los tipos de manifestaciones monásticas. Y es necesario, sin perder de vista este punto de partida general, distinguir al menos los principales momentos de su desenvolvimiento, para poder determinar su más precisa significación histórica.

Hay un buen número de movimientos que los historiadores califican de exagerados, desviados, extravagantes, etc., pero que a veces, por lo mismo, se marginan como si no tuvieran valor indicativo. Y, sin embargo, en las épocas de cambios profundos y crisis los movimientos exagerados y radicales ayudan a delimitar las posturas de tipo dominante y con pretensiones de equilibrio y de madura posesión de la verdad. No es conveniente dejar en el olvido que unas y otras posturas pertenecen en su generalidad y básicamente al mismo género de orientaciones monásticas que han pervivido a lo largo de los siglos.

Entre los movimientos de carácter extravagante se citan los *estilitas,* que vivían largos años de su vida sobre una columna. Los *inclusos,* los cuales vivían en celdas totalmente tapiadas y que conservaban un agujero de comunicación al exterior. Los *sarabaítas,* que se consideraban inspirados por Dios y efectuaban las mayores rarezas. Los *remoboth,* de Siria, especie de iluminados que se aprovechaban de ello para adquirir estima en el pueblo. Los *pabulatores,* nómadas o vagabundos que decían alimentarse de hierbas y raíces. Y, finalmente, los *giróvagos,* llamados así porque andaban revoloteando de un lado para otro bajo el pretexto de una mayor santidad... Y no era extraño que a veces algunos de ellos capitaneasen ataques contra judíos y paganos. En ocasiones, sus características nómadas y su formación en colonias recuerdan fenómenos contemporáneos, en desafío contra las estructuras sociales dominantes.

Ahora bien, por encima de una valoración particular de cada extravagancia, y teniendo en cuenta que algunos de estos movimientos contribuían enormemente a que otras manifestaciones monásticas más organizadas fueran desacreditadas —por algo los obispos se preocuparon de tomar medidas enérgicas contra los abusos—, estos grupos sirven para valorar la abundancia de actitudes cristianas que negaban los derechos de la organizada sociedad secular. Movimientos exagerados, pero patentizadores de la repugnancia cristiana hacia la estructura social clásica y hacia el mundo de la "razón" clásica. Es decir, manifestaciones radicales de la incompatibilidad absoluta de la Iglesia cristiana y estado imperial. Resistencia a que el cristianismo fuese manejado por las pretensiones cesareopapistas de los emperadores "conversos".

Pero, indudablemente, esos movimientos no hubieran sido eficaces en su protesta y reivindicación si no se hubiesen dado otras posturas que supieron reflexionar y fundamentar bíblicamente su camino de soledad y renuncia, y que contaban con la aprobación de la jerarquía eclesiástica. Es aquí donde cobra importancia la obra de Antonio y Pacomio, que comenzaron a congregar en torno a sí a los más diversos eremitas bajo una orden y regla común, con la pretensión de encauzar el eremitismo incontrolado.

Una vez más será necesario insistir que uno y otro aspecto del movimiento monástico —huida escapista del mundo y rechazo de la clásica sociedad organizada, con la consiguiente preocupación por la contemplación del "más allá" (fenómeno que volverá a sentirse durante la Edad Media)— han de ser encuadrados en el contexto de confusión, decadencia y ocaso imperiales. Ya que al atribuírsele toda la razón de su origen a la dinámica espiritual de una Iglesia dirigida por el Espíritu Santo y pujante en medio del "reino del diablo", el movimiento ganaría en su "espiritualismo" para el creyente, pero perdería en su honda historicidad.

Es necesario volver a recordar la situación de cambio revolucionario, militarización y burocratización del estado, desfigurado por la tradición política grecorromana, las cargas económicas al contribuyente, mientras el emperador reclamaba adoración; protestas, revueltas campesinas, muertes violentas para los emperadores, terrorismo, inflación económica y aparición de especuladores, a quienes tanto se empeñó en combatir Diocleciano, etc. Período de crisis, al que además faltó un análisis de tipo intelectual y moral que orientase la mente grecorromana. De esta manera, al tradicional enfrentamiento cristianismo-clasicismo vinieron a añadirse nuevas razones y circunstancias históricas que favorecieron la huida al desierto.

No deja de ser significativo que uno de los iniciadores de la vida ermitaña sea aquel rico ciudadano de Tebas llamado Pablo, posteriormente San Pablo Ermitaño, a fines del siglo III y principios del IV. Significativas también aquellas palabras de San Cipriano: "Contempla las sendas cerradas por bandidos, el mar bloqueado por piratas, el horror y esparcimiento de sangre de la lucha universal. Chorrea el mundo de mutuas matanzas: el homicidio, estimado crimen cuando lo perpetran los individuos, es tenido por virtuoso si se le comete públicamente...". Y en otra ocasión escribía: "...Menos y menos, bloques de mármol son extraídos de las exhaustas colinas; menos y menos, los criaderos gastados ceden sus depósitos de oro y plata; día tras día, las empobrecidas vetas se acortan hasta extinguirse. Faltan al campo, labradores; al mar, marineros; al campamento, soldados. La inocencia abandona el foro; la justicia, el tribunal; la concordia, la amistad; el ingenio, el arte; la disciplina, la conducta". Así afirmaba San Cipriano en su convicción de que la inminencia del fin estaba próxima.

J. M.ª P.

decidió: "¿Qué tienen que ver Cristo con Belial, los Salmos con Horacio, los Evangelios con Virgilio? No podemos beber la copa del Señor y la de los demonios al mismo tiempo". De aquí su magna obra, la traducción latina de la Biblia por San Jerónimo, que es la llamada *Vulgata,* o corriente, en la Iglesia católica.

Pero lo que más nos interesa ahora de San Jerónimo es su intervención en fomentar el ideal monástico en Occidente. Jerónimo era, por naturaleza y convicción, un monje

*La torre de San Honorato en la isla del mismo nombre del archipiélago de Lerins. En esta isla, San Honorato fundó un monasterio del que irradió la devoción monástica, por lo que el lugar se convirtió en destacado centro de espiritualidad. Para rechazar los ataques de árabes y berberiscos, los monjes de San Honorato edificaron este torreón-refugio que aún se conserva.*




del tipo itinerante. El 380 estaba en Constantinopla, el 382 volvió a Roma, donde actuó como consejero y secretario del papa Dámaso. Este cargo le puso en relación con lo mejor de la sociedad romana, y de ello se aprovechó para decidir a muchas almas vacilantes a aceptar su dirección y proyectos de un casi monasticismo.

La mayoría de los patricios convertidos por San Jerónimo eran mujeres; viudas como Marcela, Albina, Furia, Salvina, Fabiola, Melania y Paula, o vírgenes como Eustaquia, Apela, Marcelina, Asela, Felicidad y Demetria. Para ellas, Jerónimo no sólo era el confesor y el santo, sino el sabio, el oráculo y el escritor que debía inmortalizarlas con sus cartas y biografías. A veces exagera algo; por ejemplo, a Paula la llama "suegra de Dios" porque su hija se había desposado con Cristo.

# INTERESES MONACALES

En el año 349, los clérigos y sus hijos fueron exentos de las cargas personales, de las obligaciones curiales y de los impuestos sobre negocios. En el 361, después de haber rechazado la descarada pretensión del sínodo eclesiástico de Aruminio (hacia el 359 ó 360) acerca de la exención de obligaciones públicas sobre los *iuga* o unidades de tierra imponible, confirmando la inmunidad de los pequeños negocios de clérigos, el espíritu general de la política estatal se expresó en la exención de obligaciones para aquellos que se consagrasen a la "ley cristiana", es decir, para los monjes.

De esta manera, junto a la bien conocida utilidad del trabajo de los monjes en el cultivo para sustentar su organizada comunidad, vino a añadirse el inicio de una serie de privilegios que haría de los monasterios lugares importantes en cuanto a su riqueza y cobijo material, además de espiritual, de las personas necesitadas.

Sin embargo, sería injusto resolver el planteamiento anterior en una explicación meramente natural-historicista, en la que el monasticismo fuera un mero producto de la crisis politicosocial y de un oportunista cobijo bajo el favor constantinista. Son muchos los historiadores, tanto actuales como antiguos, a pesar de los excesos originales de la vida monástica, que logran descubrir en ella elementos de genuino valor espiritual.

Estos elementos de carácter espiritual se hicieron más patentes conforme los movimientos de monjes fueron constituyéndose en formas más organizadas de vida, planteándose consiguientemente sus racionalizadas maneras de supervivencia. Pero no se crea que de buenas a primeras surgía una comunidad más o menos parecida a las que luego vinieron a constituirse.

Eran muchos los que estaban fuera del alcance de autoridades civiles y militares, no siendo, a veces, nada fácil mantener la estabilidad. En adelante, para valorar exactamente el proceso de las comunidades organizadas será necesario considerar el desenvolvimiento diferente que unas y otras tendrán, con su consiguiente significación diversa, tanto en Oriente como en Occidente.

Nacidas en un mismo momento, se hallaron circunstanciadas por el diferente desarrollo histórico del Imperio dividido. Entonces se comienza a valorar las obras de saneamiento de terrenos baldíos y pantanosos, el desarrollo de la agricultura, etc. Pero el posible elogio no habrá de ser hecho sin tener en cuenta esa profunda experiencia de crisis que llevaba al pueblo a recogerse y ponerse bajo la protección de comunidades organizadas —que con el tiempo encajarán en Occidente de lleno en el sistema feudal— y que en Oriente supondrán un papel parecido aun con estructura social diferente.

Naturalmente hay que colocar dentro de un proceso evolutivo histórico el por qué estas comunidades organizadas llegaron a prevalecer de tal manera en el pueblo, con un creciente prestigio no sólo de orden religioso, sino también económico.

Sin duda, el favor imperial, su exención de impuestos, el sentido de una fe empobrecida que encaminaba a los pobres hacia los monasterios en busca de consuelo moral y material configuró la vida de los monasterios en algo que antes, tal vez, no pudo ser previsto por sus fundadores, pero que se halla encuadrado perfectamente en el proceso del decadente Imperio y la aparición de una nueva sociedad, tanto más amplia en Oriente, donde el monaquismo se veía influido ciertamente por los esfuerzos que el Imperio hizo en sobrevivir, aunque más como bizantino que como romano.

Así aumentó la importancia del papel representado por los monjes, llegando a suponer, además de una no muy pujante influencia religiosa —pues su formación religiosa no siempre era loable y suficiente para combatir formas primarias de carácter más o menos supersticioso—, una importante fuerza política. Sus grandes posesiones y su aceptación por parte del pueblo obligaba a los emperadores a buscar el acuerdo con los monjes, aumentándoles sus privilegios.

Debido a estas circunstancias, cuando posteriormente se produjo el famoso conflicto con los iconoclastas —movimiento religioso y de carácter culturalista que, perteneciendo a la región de donde era oriundo el emperador León el Isaurio, se convirtió en el partido político dominante—, habrá de ser visto no simplemente como una herejía, sino como una decidida voluntad, ante la presión musulmana en las mismas puertas de Constantinopla, de arrancar a los monjes una de sus fuentes de riqueza y de atracción religioso-moral (la venta de iconos), como intento de salvar la necesidad de un poderoso ejército, dada la necesidad de hombres y dinero.

Por todo ello, no es extraño que al estudiar la historia económica de esos primeros siglos ocupen tan importante lugar los monjes en el desarrollo de la economía agraria. Pero tampoco será extraño que muy pronto el poder alcanzado con su agrupación, además de ser instrumento de caridad de la providencia divina de cara al pobre y al necesitado, sea estudiado como poderosa fuente de crédito en la difícil situación de la sociedad occidental y oriental.

Para concluir, se podría hacer referencia a los diversos modos de vida que se fueron adoptando en los monasterios, así como la procedencia de los individuos que los llenaban. A veces, casi sin querer, se proyectan modos modernos de entender la vida espiritual y contemplativa, propios de tiempos relativamente recientes. No se valora suficientemente que conforme la Iglesia fue logrando su supremacía temporal y espiritual a partir del siglo X, la vida monacal fue conociendo la aparición sucesiva de reformadores de una vida relajada y totalmente influida por los modos de vida de las antiguas aristocracias romano-germánicas.

En otras ocasiones, el historiador no se libera suficientemente de unos criterios de estratificación social pertenecientes a los tiempos modernos. Pero cuando se lee a San Gregorio de Tours, a San Isidoro de Sevilla o a Venancio Fortunato como importantes testigos de su tiempo, en el que la decadencia de ideas, principios y creencias era patente, no es extraño que la vida monacal también sufriera algo de esa desarticulación social. Al fin y al cabo, el cristianismo ya no era entonces una sola línea de doctrina, sino que se había subdividido en un complejo y variado torrente de teorías.

Las costumbres de la nueva aristocracia romano-germánica penetraron en los monasterios. Venancio Fortunato da la descripción de un refinado banquete en el monasterio de Poitiers y de un juicio ante un tribunal eclesiástico, que juzgaba las acusaciones de Chrodielda contra la abadesa Basina —hacia el año 590, según narra San Gregorio de Tours—, mostrando que los monasterios, que debían ser reductos donde se cultivase la vida ascética, recibían tales influencias que había algunos monasterios de monjas que poseían baños y en los que incluso estaba permitido jugar a los dados.

El mismo San Gregorio de Tours hacía esta recomendación al abad Dagulfo, con ocasión de que el monje San Columbano resultó curioso al rey por sus cualidades de intransigencia, las cuales le diferenciaban de los demás: "Este ejemplo debe enseñar a los clérigos a no tener comercio con las mujeres del prójimo, lo que les prohíben las leyes canónicas así como todas las Santas Escrituras, y contentarse con aquellas que puedan poseer sin crimen". Y San Isidoro testimoniaba como reflejo de su tiempo: "Mucho mejor es que haya buenas costumbres que no riquezas; sin embargo, hoy más se busca la riqueza o belleza que no la probidad de las costumbres".

Sin embargo, por encima de interpretaciones disolutorias, lo mismo que al margen de interpretaciones triunfalistas que se empeñan en ver lo que la Historia no dice, el monaquismo a lo largo de los siglos fue saliendo adelante, con sus adaptaciones propias a las diversas situaciones, con sus experiencias conflictuales en tiempos de profundos cambios y crisis, y logró conservar ese impulso espiritual que entre reformas y conflictos ha logrado pervivir a través de las más diversas estructuras sociales.

J. M.ª P.



***San Jerónimo abandonando Roma para ir a retirarse a Belén, miniatura de una biblia del siglo IX (Biblioteca Nacional, París). Tras unos años de formación espiritual cerca de Antioquía, San Jerónimo fue a Roma, donde sirvió de secretario al papa Dámaso e hizo numerosos prosélitos para la causa del monaquismo. Trasladado a Belén, allí se estableció, dedicándose a la oración y al trabajo de la pluma.***

Sin embargo, cuando Santa Paula murió, San Jerónimo, en su epitafio, recordó que ella era descendiente de los Gracos, de Escipión y hasta de Agamenón... ¡Ciceroniano todavía!

Con todo, influidos por San Jerónimo, muchos patricios romanos vendieron sus haciendas y marcharon al desierto; él mismo, con la citada Santa Paula y su hija Eustaquia, partió para Oriente el año 385 y ya no regresó. Tras un período de aprendizaje monástico en Egipto, la piadosa familia aca-



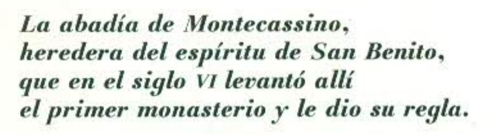
***Miniatura del salterio de Carlos el Calvo, del siglo IX, que representa a San Jerónimo escribiendo (Biblioteca Nacional, París). Entre la producción literaria de San Jerónimo quedan muchas cartas personales de dirección espiritual, un tratado sobre los varones ilustres y la versión directa del hebreo al latín del Antiguo Testamento, texto de la Biblia Vulgata.***




bó por establecerse en Belén, donde Paula fundó un monasterio para mujeres y Jerónimo otro para hombres. Desde allí continuó escribiendo a sus amigos de Roma, interviniendo en todas las disputas, sufriendo ataques teológicos y literarios, y por fin una invasión de monjes pelagianos, que le quemaron el convento, etc. ¡Qué alma tan diferente de la de San Basilio!, pero ¡qué grande también, pese a su exceso de celo muchas veces!

De todo lo dicho se desprende que el Occidente necesitaba de un "fundador" para regular tantos experimentos privados de vida monástica. Hacia el año 480, más de un siglo después que San Basilio, nació Benito de Norcia, *Benedictus,* que quiere decir bendito, y a quien la Humanidad bendice todavía con unánime veneración. Benito era de la noble familia de los Anicios, de la ciudad de Norcia, en Umbría, la misma tierra en que debía nacer más tarde San Francisco de Asís. Siendo muchacho, fue enviado a Roma para estudiar, pero ya a la edad de quince años huyó a Subiaco para hacerse ermitaño. En una cueva de Subiaco, en la garganta que hace allá el río Aniane, Benito, joven todavía, sufrió las tentaciones de la carne. Vivía de lo que, por caridad, le llevaban los pastores. Pronto se le asociaron otros monjes, y como el sitio no era muy a propósito




***La abadía de Montecassino, heredera del espíritu de San Benito, que en el siglo VI levantó allí el primer monasterio y le dio su regla.***

(acaso demasiado cerca de Roma), la gente del país comenzó a molestar a los ermitaños. El peor enemigo de San Benito en su primera etapa de vida monástica en Subiaco fue un clérigo, un enemigo eclesiástico, como los que tenía San Martín. Tan molesto se hizo el clérigo, que los monjes decidieron emigrar más al Sur, buscando la soledad tan deseada.

El lugar escogido fue un espolón montañoso del Apenino a mitad del camino que de Roma se dirige a Nápoles. Allí había existido un templo dedicado a Apolo, cuyas piedras ruinosas aprovechó San Benito para su monasterio. Desde el año 529, en que el santo se instaló en aquel paraje, llamado Montecassino, se ha convertido en verdad en lugar sagrado; empero, el fundador vivió en Montecassino sólo dieciocho años, pues murió en el de 547, dícese que estando de pie,

después de haber recibido la comunión y rodeado de sus monjes.

Pero no es su muerte admirable ni su vida milagrosa lo que ha inmortalizado a San Benito; lo que produce todavía en todos los hombres civilizados tanta sensación de gratitud es un librito de pocas páginas, la *Regla*, que es todo lo que escribió el fundador. ¿Por qué? Porque la *Regla benedictina* no es un centón ambiguo de recomendaciones, como las *Instituta* de Casiano; no son enseñanzas dispersas, como las de las *Reglas* de Basilio, sino algo mucho más breve, práctico, casi inevitable. San Benito recuerda y recomienda la lectura de las reglas de "nuestro santo Padre Basilio"; se ve que él se aprovecha de experiencias anteriores, alumbra con luz que ha encendido en las antorchas de Pacomio, Basilio, Jerónimo, Casiano y Agustín, pero su *Regla* no es un esfuerzo de erudito, sino la obra de un creyente. Tiene, además, la elocuencia y la concisión de todas las obras inspiradas.

Empieza así: "Escuchad, oh hijos, la voz del Maestro, y recibid alegres las amonestaciones de un Padre piadoso, para que, por la obediencia, podáis volver a Aquel de quien os habéis separado por negligencia o desobediencia...". ¡Qué acento paternal tan dulce ya desde el principio! Acaso es sólo negligencia, no hay que desesperar. Algo más adelante dice del *abad* o superior: "Será digno de regir un monasterio aquel que recuerde que el nombre de *abad* quiere decir *padre* y lo pruebe con sus actos...". Y a esto siguen varias recomendaciones al abad: que sea justo, estricto y hábil. Por ejemplo, a los discípulos avanzados debe exponerles los mandamientos de Dios con textos, con palabras; a los discípulos sencillos y atrasados debe inculcarles los preceptos divinos con sus actos, sin mucha doctrina. San Benito recuerda las palabras de San Pablo: el abad debe "corregir, condenar, exhortar"; pero, cosa menos extraña en aquellas duras edades, hallamos todavía en la *Regla* de San Benito el uso de las disciplinas para casos de contumaz rebeldía. "¿Por ventura –dice– no leemos en los *Proverbios* de Salomón: –Pega a tu hijo con bastón y así salvarás su alma de la muerte?"



***San Benito, por Laurent Delvaux (Iglesia de Santa Gúdula, Bruselas). El patriarca del monaquismo occidental experimentó personalmente todas las formas monacales. Primero fue anacoreta en la gruta de Subiaco, luego fue hecho superior de la reunión de cenobios de Vicóvaro y más tarde se trasladó a Montecassino, donde fundó un gran monasterio y escribió la regla que rige aún hoy a la orden benedictina.***

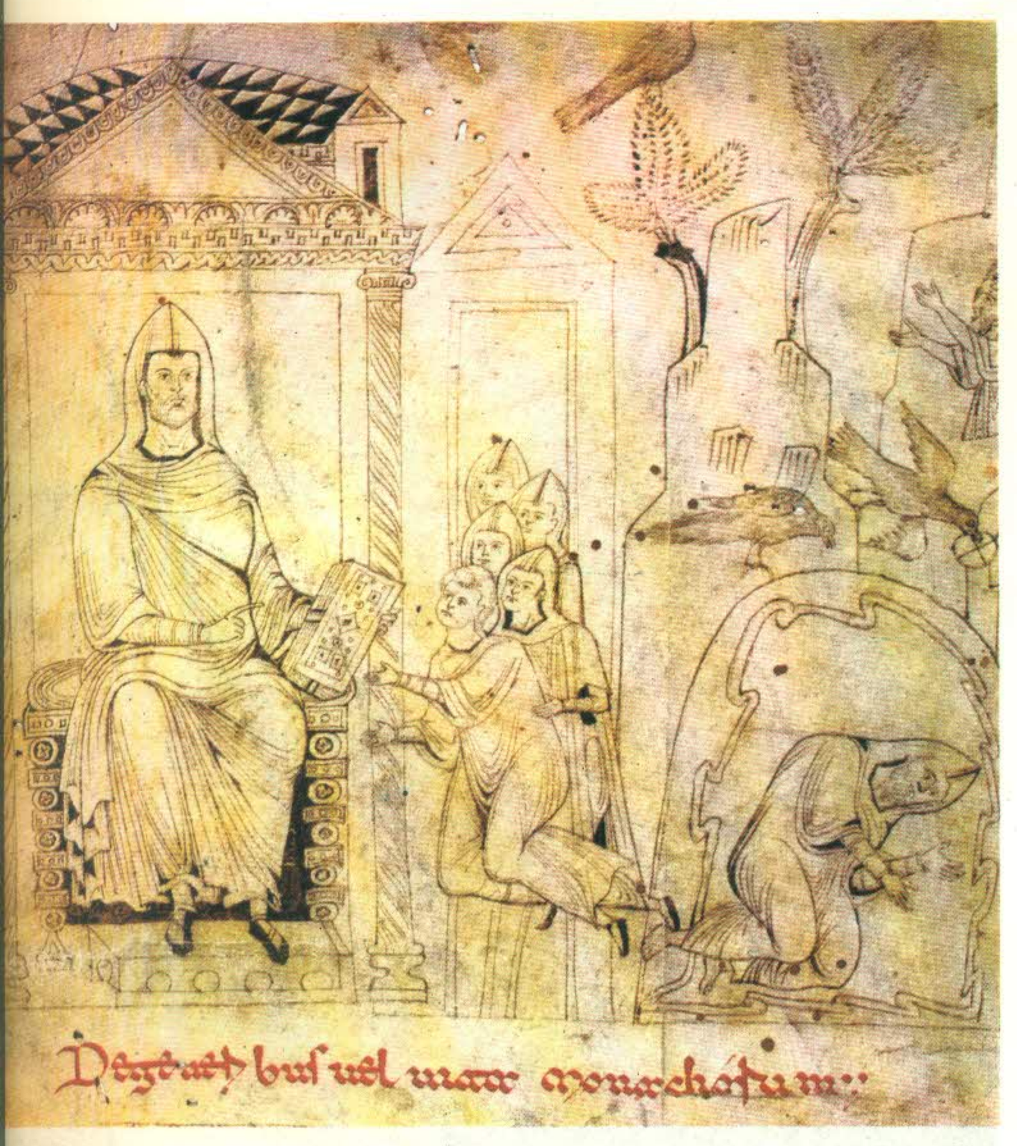


***Miniatura de un manuscrito de la escuela de Montecassino que representa al rey godo Totila en visita a San Benito (Biblioteca Vaticana). En este encuentro, cuenta la tradición que el santo reprendió al rey por su crueldad para con los pueblos vencidos y le impuso una dura penitencia.***

La *Regla* de San Benito dispone que el abad convoque a todos los monjes del monasterio para consultarles en casos extraordinarios. "Pero, después de escuchar la opinión de sus hermanos, el abad decidirá lo que crea más oportuno." En cambio, "todos los monjes deben ser convocados para dar consejo, porque a veces el Señor revela al más joven lo que es más conveniente para la comunidad". He aquí la democracia tan temida de San Basilio, con su abad responsable y una asamblea puramente consultiva, que nombra a su presidente o abad. Sin embargo, la *Regla* añade que, "en el caso de elegir la congregación un abad incapaz, el obispo de la diócesis donde se halle el monasterio, o los abades de monasterios vecinos, pueden nombrar a un procurador digno de regir la casa de Dios".

Las virtudes propias de los monjes son las universales para toda la cristiandad, pero además se recomiendan la obediencia, el silencio y la humildad. Los servicios divinos, el *Opus Dei,* según los llamaba San Benito, se regulan estrictamente con los salmos y cánticos que hay que rezar para cada hora del día. Nada se deja sin precisar, se insiste varias veces en que el canto debe ser llano, y hasta hay un artículo especial acerca del modo de cantar, "porque si creemos en la presencia divina, y que los ojos del Señor miran todo lo que es bueno o malo, mucho más debemos creerle presente en la hora de servirle". Las melodías usadas eran las del tipo llamado canto gregoriano.

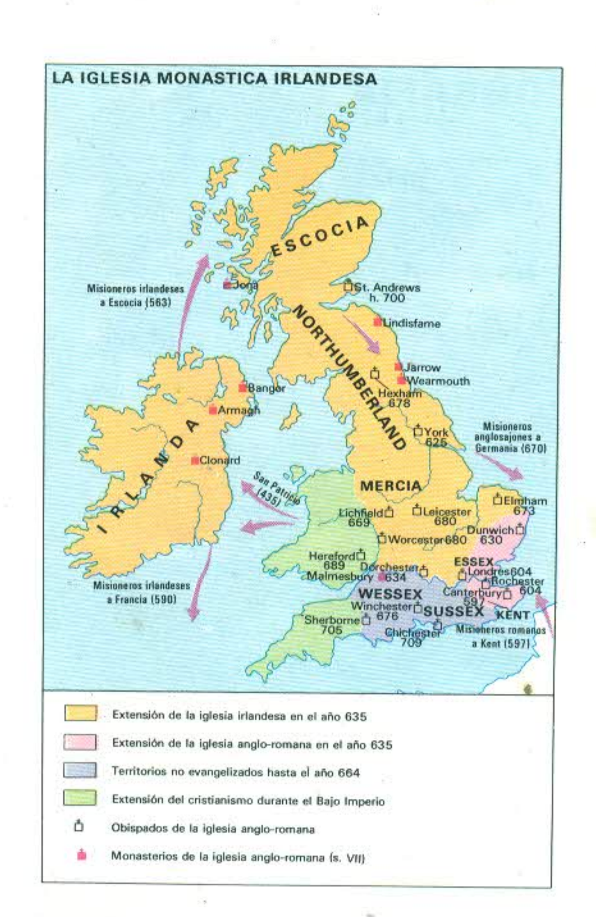
Un artículo de la *Regla* insiste en que los monjes benedictinos no deben tener nada de propiedad personal. Han de dormir en ca-



***San Benito dando la regla a los monjes de Montecassino, miniatura de un manuscrito del siglo VIII (Biblioteca Real, Nápoles). La famosa regla de San Benito es el primer cuerpo ordenado y completo de normas de conducta monacal redactado en base a la Sagrada Escritura y a las obras de los padres del monacato oriental.***

mas separadas, pero todos en la misma sala, con una vela encendida toda la noche en el dormitorio. Los jóvenes dormirán alternados con los más viejos y todos vestidos, con los cinturones puestos, para que, al sonar la señal, puedan acudir sin dilación a los servicios. La comida consistirá en dos platos ligeros, y si es posible obtener manzanas y verduras, se añadirán éstas a los dos platos reglamentarios; pero nada de carne, excepto para los débiles o enfermos. Con cierta vacilación, San Benito concede un cuartillo de vino diario a sus monjes. "Pero los que se abstengan, encontrarán su recompensa." Respecto al trabajo manual, la *Regla* de San Benito señala el número de horas según las estaciones, y en otro artículo hace hincapié en que, a los artistas que pueda haber en el monasterio, se les permitirá practicar su arte si lo hacen con humildad. Éstos venderán sus obras por cuenta del monasterio, pero cuidando siempre de pedir por ellas menos que los laicos o seglares por las suyas, "para que Dios sea glorificado en esto como en todas las cosas".

La participación de los monjes basilios y benedictinos en el arte y la cultura de la Edad Media no hace falta recordarla ahora; ellos salvaron los textos clásicos en las bibliotecas monacales, y con sus establecimientos y granjas roturaron grandes extensiones de la Europa occidental. Su actuación respecto al progreso científico queda fijada por estas frases de San Basilio: "Todo hombre razonable convendrá en que, de los bienes a nuestro alcance, la ciencia es el principal. Y no me refiero a esta ciencia más noble, que es la nuestra (la ciencia divina), sino a la ciencia exterior, que muchos cristianos desprecian como pérfida, dañosa y propia para alejarnos de Dios. De ésta hemos conservado lo que concierne al conocimiento y contemplación de lo verdadero. El saber no es, pues, merecedor de ser condenado, como a algunos les place decir; los que sostienen esto son, por el contrario, ciegos e ignorantes, que quisieran que todo el mundo se les pareciese, para ocultar entre la masa su insuficiencia personal". Y de estos seres a quienes se refiere el santo existen todavía en nuestros tiempos muchos que ni siquiera tienen la excusa de decir, como San Antonio, que su libro es la Creación y que leen con los ojos del alma.






***El monasterio de Santa Escolástica, en Subiaco. Esta santa, hermana de San Benito, fundó un monasterio para mujeres no lejos de Montecassino y le dio una regla a imitación e inspiración de la de su hermano.***

# BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| **Festugière, A. J.** | *Les moines d'Orient. I. Culture ou sainteté. Introduction au monachisme oriental,* París, 1961. |
| **Fliche, A., y Martin, V.** | *Histoire de l'Eglise, depuis les origenes jusqu'à nos jours,* 4 vols., París, 1934-35-36-37. |
| **Hertling, L. von** | *Studi antoniani negli ultimi trent'anni: Antonius Magnus Eremita,* Roma, 1956. |
| **Manrique, A.** | *Saint Martin et son temps. Mémorial du XV$^{e}$ centenaire des débuts du monachisme en Gaule,* Roma, 1961. |
| **Morain, G.** | *El ideal monástico y la vida cristiana de los primeros días,* Montserrat, 1931. |
| **Queffélec, E.** | *San Antonio del desierto,* Barcelona, 1957. |
| **Turbessi, G.** | *Ascetismo e monachismo prebenedittino,* Roma, 1961. |
| **Viller, M.** | *La spiritualité des premiers siècles chrétiens,* París, 1930. |




***Uno de los lados de la urna de madera pintada, procedente de la abadía de Lerins, con escenas de la vida de San Honorato (Catedral de Grasse).***



*Fachada de la iglesia de San Gregorio Magno, en Roma. La primitiva iglesia, construida por el santo y dedicada a San Andrés, fue reconstruida en el siglo* VIII *y dedicada a su fundador. Esta fachada es obra del siglo* XVII.

# Formación del estado pontificio. San Gregorio Magno

A la muerte de Teodorico, los ostrogodos, que habían conseguido formar un reino ligado al Imperio bizantino y estaban casi romanizados, no lograron mantener la posición alcanzada con su gran caudillo y fueron aniquilados por los ejércitos enviados desde Constantinopla para recabar la completa autoridad imperial sobre toda Italia. Por algunos años, la administración de la península y de las islas se dirigió desde la nueva capital, Ravena, donde había establecido su corte Teodorico. Fue un período de paz: *erat tota Italia gaudens,* como dice un cronista de la época. Pero duró pocos años: la horda longobarda vino a sobreponerse al régimen semicivilizado de los ostrogodos. Ya hemos dicho que el caudillo de la nación longobarda, Alboíno, estableció a su sobri-

## EL PONTIFICADO DESDE EL SIGLO IV AL VII

| | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|
| 311-314 | Melquíades | 492-496 | Gelasio I | 608-615 | Bonifacio IV |
| 314-335 | Silvestre | 496-498 | Anastasio II | 615-618 | Adeodato |
| 336 | Marcos | 498-514 | Símaco | 619-625 | Bonifacio V |
| 337-352 | Julio I | 498-505 | Lorenzo, antipapa | 625-638 | Honorio I |
| 352-366 | Liberio I | 514-523 | Hormisdas | 640 | Severino |
| 355-365 | Félix II, antipapa | 523-526 | Juan I | 640-642 | Juan IV |
| 366-384 | Dámaso I | 526-530 | Félix IV | 642-649 | Teodoro I |
| 366-367 | Ursino, antipapa | 530-532 | Bonifacio II | 649-655 | Martín I |
| 384-399 | Siricio | 530 | Dióscoro, antipapa | 654-657 | Eugenio I |
| 399-401 | Anastasio I | 533-535 | Juan II | 657-672 | Vitaliano |
| 401-417 | Inocencio I | 535-536 | Agapito I | 672-676 | Adeodato |
| 417-418 | Zósimo | 536-537 | Silverio | 676-678 | Dono I |
| 418-422 | Bonifacio I | 537-555 | Vigilio | 678-681 | Agatón |
| 418-419 | Eulalio, antipapa | 556-561 | Pelagio I | 682-683 | León II |
| 422-432 | Celestino I | 561-574 | Juan III | 684-685 | Benedicto II |
| 432-440 | Sixto III | 575-579 | Benedicto I | 685-686 | Juan V |
| 440-461 | León I | 579-590 | Pelagio II | 686-687 | Conón |
| 461-468 | Hilario | 590-604 | Gregorio I | 687 | Teodoro, antipapa |
| 468-483 | Simplicio | 604-606 | Sabiniano | 687-692 | Pascual, antipapa |
| 483-492 | Félix III | 607 | Bonifacio III | 687-701 | Sergio I |

no Gisulfo como primer duque del territorio del Friul, al pie de los Alpes, que acababan de atravesar. Alboíno con el resto de su gente fue avanzando; ocupó Milán, que le abrió las puertas, y fijó su capital en la vecina Monza, donde Teodorico había construido un palacio. Monza quedó como sede de la monarquía longobarda, sin que el exarca o gobernador bizantino se atreviera a atacarle desde Ravena. Pero otros destacamentos del enjambre longobardo fundaron ducados casi independientes en otras regiones de la península, con poca sujeción al monarca de Monza y menos aún al gobernador de Ravena, siempre enviado por Constantinopla.



***Cruz pectoral longobarda del siglo VI en oro incrustado de piedras preciosas (Museo Medieval de Cividale del Friuli).***

La situación de Italia ocupada por los longobardos fue muy diferente de la de Italia bajo los ostrogodos y regida por Teodorico. Éste se había educado como rehén en Constantinopla y desde joven había admirado la cultura antigua, romano-bizantina; en cambio, lo poco que Alboíno y sus sucesores en Monza absorbieron de la civilización clásica lo recibieron estando ya en Italia. Entre los ducados longobardos quedó casi intacta Roma y la región circundante del Lacio, que ni ostrogodos ni longobardos osaron ocupar. Teodorico fue a Roma, y en su estancia en ella, que duró tres meses, admiró la grandeza de la gran metrópoli y vivió todavía en el palacio de los césares en el Palatino. En cambio, cuando destacamentos de longobardos entraron en Roma, ya no hicieron más que daño a las ruinas que aún se mantenían en pie.

La ciudad de Roma quedó con un régimen que pretendía continuar el gobierno de la época imperial. Había una sombra de senado con sus cónsules, nombrados por un *prefectus urbis;* éste a la vez estaba vigilado por el *magister militum* o jefe militar, enviado por Constantinopla, y todo supeditado, más o menos en apariencia, al exarca o gobernador de Ravena, que se entendía directamente con el emperador. Los duques longobardos, en plena posesión de los territorios que se habían adjudicado, dejaban a los escasos ciudadanos que quedaban en

## GREGORIO EL MAGNO Y LA PREDICACION

### LA FORMACION RELIGIOSA DE LOS CONVERTIDOS

**EL CATECUMENADO**

Hasta el siglo v, las conversiones de cristianos son individuales y el nuevo cristiano se integra en la Iglesia a través del catecumenado, es decir, después de unos años en que laicos o religiosos le instruyen sobre las verdades de la fe y le inculcan la moral cristiana. Cuando el convertido es admitido en la comunidad está preparado para desempeñar en ella un papel activo; de ahí la importancia de los laicos en la Iglesia primitiva, donde no existe separación radical entre la función religiosa del clérigo y la del seglar.

**BAUTISMO DE LOS PUEBLOS**

Con la conversión en masa de numerosos pueblos germánicos se plantea a la Iglesia el problema de la instrucción de los nuevos fieles. La cantidad de convertidos y la escasez de los sacerdotes obligará a una instrucción colectiva. Se crea entonces un abismo entre el sacerdote, único que conoce la palabra divina, y sus oyentes, ignorantes del evangelio y las doctrinas cristianas. Por primera vez, la Iglesia deberá buscar los medios de hacer partícipes de alguna manera a los cristianos en las ceremonias religiosas que les son extrañas.

### GREGORIO EL MAGNO Y LA PREDICACION

El papa Gregorio el Magno, buen conocedor del nuevo estado de cosas, destacará la urgencia de la predicación, primer deber del obispo y único medio que tienen los ignorantes de conocer el mensaje de Cristo, y definirá los métodos y medios que influirán largamente en la Edad Media. Su libro "Regula pastoralis", instrucción sobre las tareas episcopales, es en buena parte un tratado de predicación.

### TEMAS DE PREDICACION

**LA BIBLIA**

Hasta el siglo vi, los clérigos utilizan en sus sermones temas bíblicos. El papa Gregorio reúne en dos libros-modelo sus predicaciones sobre el Libro de Job y el Libro de Ezequiel. Para el papa, la Biblia, con los distintos niveles de comprensión que ofrece, tiene la ventaja de complacer a todos los cristianos: unos recogerán simplemente el relato pintoresco, otros la enseñanza moral que encierra, los más cultos un significado místico o alegórico.

**EL VALOR PEDAGOGICO DE LAS IMAGENES**

Frente a Oriente, el papa continúa la tradición occidental que, desde el siglo iv, valora la decoración de las iglesias con estatuillas e historias religiosas pintadas al fresco. En carta al obispo de Marsella, que quiere suprimir las imágenes de sus iglesias por considerarlas ídolos, Gregorio le pide que las conserve, pues así los analfabetos leerán al menos mirando los muros: "Una cosa es adorar las imágenes; otra, aprender a través de las historias en ellas representadas lo que hay que adorar".

**LAS VIDAS DE SANTOS**

Después del siglo vi, la Biblia es sustituida en la predicación por la glosa entusiasta de una "vida ejemplar", la historia heroica de un santo o de un mártir. Es el momento en que la literatura hagiográfica triunfa en Occidente y las distintas Iglesias compilan sus martirologios. La enseñanza eclesiástica es, sobre todo, enseñanza de unas normas morales. Gregorio el Magno es un iniciador de esta corriente: sus "Diálogos", escritos en un lenguaje popular y llano, narran entre otros ejemplos la vida de San Benito; sus "Moralia" son un tratado práctico de las leyes éticas del cristianismo.

**EL CANTO EN LA IGLESIA**

Las canciones profanas eran muy populares entre los primeros cristianos y repetidas veces la Iglesia había lanzado anatema contra ellas, pues en su mayoría se basaban en relatos paganos o conmemorativos de fiestas y ceremonias profanas. Se intenta ahora cristianizar esta práctica generalizando el canto en la liturgia, que es un buen medio de hacer partícipe al pueblo en las celebraciones.

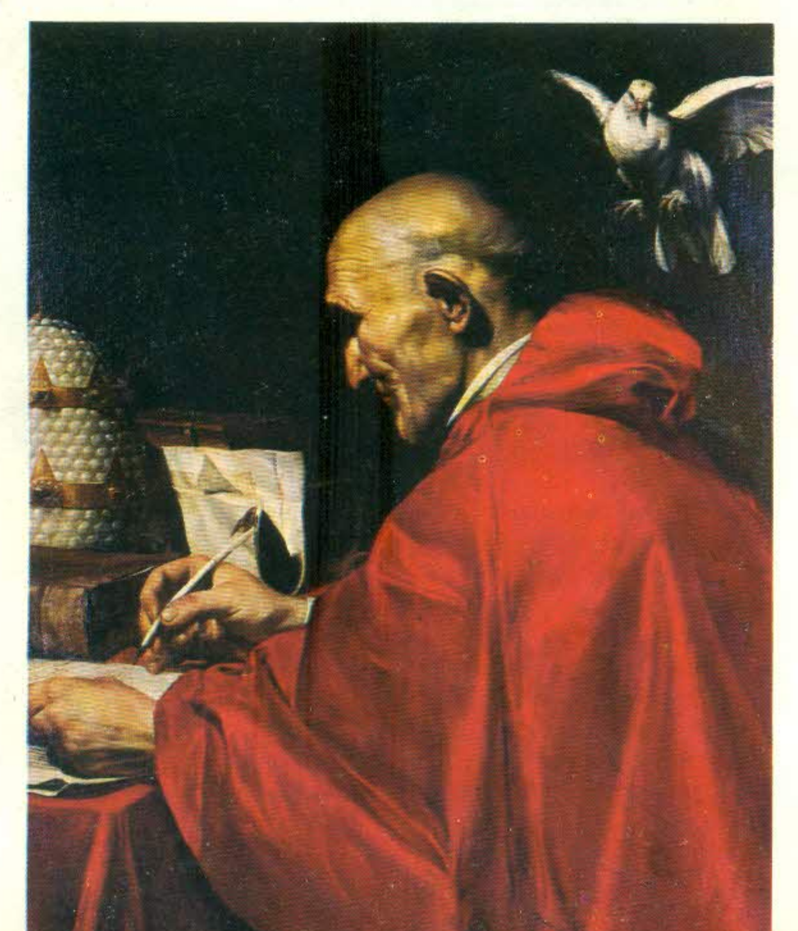
En los siglos vi-viii se crearía un nuevo sistema de enseñanza religiosa y se dividirían las funciones respectivas a cubrir por el clero y los fieles. En este aspecto, la figura de Gregorio el Magno tiene la importancia de haber continuado tradiciones anteriores del cristianismo frente a las polémicas de su tiempo y de haber introducido tendencias que se impondrán en la Iglesia medieval.

Roma que continuaran su vida a la manera clásica, contribuyendo sólo con un mínimo de servicios y algo en metálico.

Favorecía un estado de tolerable paz el que los longobardos, que eran arrianos, no pretendieran intervenir en los asuntos religiosos. La Iglesia mantenía su división de diócesis y los obispos eran, sin intervención de nadie, nombrados por el papa. Toda la red del episcopado católico reconocía la suprema autoridad del obispo de Roma, en quien se veía sin discusión al sucesor del apóstol San Pedro.

La supremacía apostólica y casi política de Roma se confirmó por la gran personalidad del papa San Gregorio. Este fue el verdadero fundador del estado pontificio, imponiendo por sus méritos la autoridad universal no sólo en Italia, sino en todo el occidente de Europa. Era de antigua familia patricia y sus antepasados habían participado en el gobierno municipal de Roma. Pero, aunque fue por algún tiempo *prefectus urbis*, Gregorio no tenía deseos de asumir responsabilidades políticas. Después de una educación que fue lo más esmerada posible en la Roma decaída de fines del siglo VI, Gregorio prefirió concentrarse en la contemplación y el estudio, escogiendo para su retiro la heredad paterna en el montículo que avanza

*En el interior de la iglesia de San Gregorio y frente a su estatua sedente, que lo representa como pontífice, se conserva esta mesa, en la que el santo servía la comida diariamente a doce pobres.*



*Una representación de San Gregorio Magno con los dos signos que le caracterizan en la iconografía: la tiara y la paloma (Galería Barberini, Roma). Salido de una familia ilustre romana y habiendo sido funcionario de la administración bizantina, llegó al pontificado y se propuso restaurar la Iglesia italiana y asegurar la defensa militar de Roma.*

entre el Capitolio y el Quirinal: el Clivo Scauro. Allí fundó un monasterio que todavía subsiste. Pero el papa Pelagio II (579 a 590) le ordenó a Gregorio que fuera a Constantinopla como *apocrisiario* o su representante en la corte imperial.

En Constantinopla, Gregorio pudo apreciar un gobierno mucho más complejo que el que había tenido ocasión de observar cuando era un magistrado de la *república* romana, gobierno que contrastaba más aún con el despotismo de los duques longobardos. En aquella ciudad, que era entonces la capital del mundo, vivía en el palacio Placidio, dedicado a residencia privada del apocrisiario. Gregorio, al llegar, no conocía el griego, que era la lengua de la mayoría de los habitantes de Constantinopla; pero en el Palacio Sagrado se hablaba todavía latín y Gregorio pudo establecer buena amistad con muchos de los funcionarios y grandes personajes de la corte. En la colección de sus cartas, todas en latín, hay muchas para los personajes y magistrados de la corte imperial. Uno de ellos era San Leandro, her-



***Broche de bronce dorado del siglo VI procedente de la necrópolis de Kranj, en el Ilírico (Museo Nacional, Liubliana). En tiempos de San Gregorio Magno, Italia estaba dividida en dos zonas hostiles: el reino longobardo, con capital en Monza, cerca de Milán, y los territorios controlados por Bizancio, cuya capital era Ravena. Unos y otros caminaban hacia un equilibrio político obligados por un enemigo común: los germanos, que empujaban desde el Norte.***

mano de San Isidoro de Sevilla, que estaba entonces en Constantinopla para contribuir a la conversión de los visigodos todavía arrianos.

A la muerte de Pelagio II, el apocrisiario tuvo que abandonar Constantinopla para ir a Roma y allí fue aclamado como papa por el pueblo, que conservaba recuerdo de su caridad y de sus virtudes. En seguida Gregorio trató de poner orden en la administración del gobierno eclesiástico nombrando un *vicedominus,* especie de vicario, como en los monasterios había un *prepositus* para ayudar al abad. El vicedominus tenía a su cargo los servicios domésticos del palacio. Fue nombrado en presencia de notarios y de todo el clero, en la *basílica áurea,* dedicada entonces al Salvador y después a San Juan de Letrán. Gregorio escogió para este cargo no a un clérigo de categoría, sino a un simple diácono llamado Anatolio. En las ceremonias, a pie o a caballo, iba directamente delante del papa. Tenía confiada la intendencia soberana del *episcopium,* que era el nombre que se daba entonces al conjunto del palacio. Posteriormente se llamó el *patriarcado.* Al servicio del papa se encontraban también muchos laicos que formaban coros para cantar en la misa pontifical; Gregorio los sustituyó por clérigos o monjes. Se atribuye a esta disposición el principio de la música sacra gregoriana.

La jerarquía eclesiástica, con la autoridad indiscutible del obispo de Roma, fue

***Miniatura de un sacramentario carolingio en que aparece San Gregorio escribiendo sus homilías por inspiración del Espíritu Santo, representado en la paloma (Biblioteca Nacional, París). La leyenda añade que su secretario, el diácono Pedro, al correr una cortina que le ocultaba la vista del papa, vio la escena y la contó a sus compañeros.***



## AÑORANZAS DE LA ROMANIDAD PERDIDA

La figura de Gregorio Magno aparece en la Historia a unos dos siglos de distancia de Constantino, a menos de dos siglos de Teodosio (quien llevó a término el programa de renovación iniciado por Constantino), a unos pocos años de Justiniano y en plena influencia de las invasiones bárbaras sobre Occidente. Son éstos puntos de referencia para comprender el papel que representó Gregorio I cuando llegó al papado, ya a fines del siglo VI (590-604).

A pesar de que los dos augustos sucesores de Teodosio debían conservar la unidad del Imperio, la realidad de sus hechos políticos fue muy diferente, pues llegaron a conducirse como verdaderos enemigos. Circunstancias diversas e intereses de consejeros intervinieron en frustrar la situación teodosiana. Después que Constantino unificara el Imperio bajo el cristianismo y Teodosio lograse una eficaz unión político-religiosa, Oriente y Occidente quedaron divididos. Así, el Imperio romano se hizo, más propiamente, Imperio bizantino.

La "romanidad", en sentido bizantino, equivalía a "ortodoxia cristiana". Pero la religión ya no tenía fuerza unificadora, y cuando Arcadio, con pretextos políticos, logró lanzar sobre el Imperio occidental a los godos (antiguos *foederati* que con la muerte de Teodosio decidieron romper el pacto de amistad con el Imperio) y cuando nuevas oleadas de tribus germánicas invadieron Occidente, la diferenciación Oriente-Occidente ya no pudo hacerse más definitiva. El Imperio occidental fue desintegrándose. Cuando Rómulo Augústulo fue depuesto, ni siquiera se pensó en designar sucesor (476). Por más esfuerzos que se hicieron por integrar a los pueblos germánicos, los jefes bárbaros mandaron en la realidad de los hechos, y el Imperio occidental desapareció irremediablemente. Sin embargo, en Bizancio la romanidad (ortodoxia cristiana) proseguía y, como tal, se hubo de enfrentar a los persas y más tarde a los musulmanes, que acechaban a esa "forma final de helenismo" que pervivía en la ortodoxia bizantina.

La "romanidad" de Occidente debía ser "romana", con aquellas ideas características heredadas del Bajo Imperio y que no pudieron evitar el colapso de un espíritu que intentaba salvar sus ideas de unidad y universalidad en torno a una Roma que exhibía ante el mundo la "inmovilidad de una civilización plenamente sazonada". Y, a pesar de la seguridad y continuidad del Imperio bizantino, a pesar de tener que vivir bajo su protección y gobierno, la necesidad de unidad "romana" nunca llegó a desaparecer. Ni aun los bárbaros, radicalizando más esa separación con el Imperio de Oriente, que se hacía cada vez más "oriental", al mismo tiempo que el espíritu romano luchaba por su pervivencia y se veía modificado de manera inesperada por nuevos elementos bárbaros, lograron cambiar de signo el espíritu de romanidad, ya que fueron ellos los que adoptaron una política de integración al sometido, dada la admiración que sintieron por esa vieja y prestigiosa cultura.

A fines del siglo V apenas quedaba nada del antiguo Imperio de Occidente, pero en los vaivenes y conflictos más diversos lo que no parece ser eliminado son las añoranzas de la romanidad perdida. Por ejemplo, Teodorico, habiendo sido enviado por el poder imperial desde las tierras que ocupaba al norte del Danubio, tras haber derrotado a Odoacro (493) llegó a instaurar un verdadero reino ostrogodo independiente en Italia, y su política, su sabia prudencia, su autoridad militar sobre todos los demás reinos le permitieron alcanzar una eficaz adaptación y asimilación de los sometidos. Incluso tuvo entre sus colaboradores a nobles e ilustres romanos, como Casiodoro, Boecio, etc. Pero cuando empezó a temer que el poder imperial podía despojarle del poder, fue eliminando a los romanos de sus cargos, a quienes consideraba cómplices del gobierno de Constantinopla, y sustituyéndolos por nobles ostrogodos. De esta manera, los romanos fueron manifestándose cada vez más hostiles a los reyes ostrogodos.

Si a esto se añade que en el siglo VI aparece clara la voluntad de los emperadores bizantinos de no abandonar definitivamente Occidente, para lo que los Justinianos comenzaron por reconciliarse con el papado después de sus conflictos debidos a querellas religiosas, se comprenderá cómo la población romana de Italia acogió con simpatía esa mayor atención del poder imperial de Oriente, el cual había de llevar un intento militar de 527 a 565, cuando Justiniano estuvo en el trono.

Por este camino, Italia fue transformada en provincia bizantina y, al morir Justiniano, "los devotos de la tradición romana" llegaron a pensar que el peligro bárbaro comenzaba a desvanecerse. Pero nuevas y más peligrosas invasiones siguieron dificultando la pervivencia del espíritu de romanidad. Además, a la muerte de Justiniano (565) siguieron numerosos disturbios interiores, conflictos religiosos, rivalidades de partidos, etc. Era difícil mantener un ejército, y ninguno de los sucesores de Justiniano reunió cualidades suficientes para hacer frente a la situación.

J. M.ª P.



***Bajo relieve del siglo XV que representa a San Gregorio rezando por la salvación de un monje que había violado el voto de pobreza y a éste, a la derecha, librado de las llamas del purgatorio por dos ángeles (Iglesia de San Gregorio, Roma).***

propuesta por el papa Esteban (254-257); discutida por San Cipriano, fue confirmada en dos concilios (Sárdica-Sofía en 343 y Calcedonia en 451) e impuesta sin discusión por el papa León el Grande para terminar de una vez con el peligro de que fuera jefe absoluto de la cristiandad el patriarca de Constantinopla. San Gregorio ejerció su cargo con tal voluntad y juicio, que acabó por ser reconocido por todos los obispos del Occidente. Para establecer sus derechos compuso un tratado, *De regula pastoralis,* en que expuso las cualidades que deben caracterizar a los obispos y los métodos del justo gobierno episcopal, condenando sobre todo la simonía, o sea el comprar y vender cargos eclesiásticos. La *Regula pastoralis* obtuvo muchísimo éxito en el episcopado de la época y fue traducida al griego en Constantinopla, lo cual pone de manifiesto la autoridad que entonces iba adquiriendo la sede de Roma.

Casi simultáneamente el papa escribió un libro de carácter teológico a instancias de su amigo San Leandro. Trata de explicar



***Fíbula de plata dorada, del siglo V, procedente de la necrópolis longobarda de Kranj (Museo Nacional, Liubliana).***

**LA PRIMACIA PAPAL EN TIEMPOS DE GREGORIO EL MAGNO**

**PRIMACIA HONORIFICA**

Es reivindicada por los obispos de Roma desde la primera mitad del siglo III.

Es reconocida por el poder civil: 378, edicto de Graciano; 529-533, Código de Justiniano.

Es reconocida por los concilios orientales del siglo IV: 325, concilio de Nicea; 381, concilio de Constantinopla.

El obispo de Roma es el primer obispo del Imperio porque Roma es la capital del estado.

Los obispos de Roma y Constantinopla tienen idéntica consideración jerárquica –concilio de Calcedonia, 451– porque el Imperio tiene ahora dos capitales, Roma y Constantinopla.

Es reconocida por los concilios occidentales: 343, concilio de Sárdico. En esta asamblea se define por primera vez la primacía jurisdiccional del papa sobre todos los obispos.

Pedro, jefe de los apóstoles, es el fundador de la Iglesia de Roma; el obispo de Roma, su sucesor, es el jefe de toda la Iglesia.

**PRIMACIA JURISDICCIONAL**

Es reivindicada por el papa Gelasio I en los años 493 y 495.

La primera decretal pontificia es del año 385; en los siglos IV-V, los papas sólo habrían utilizado su potestad suprema diecisiete veces.

La autoridad del papa es reconocida por los obispos de Italia, que le obedecen igual que los de Egipto al patriarca de Alejandría, aunque no siempre son acatadas sus decisiones por los obispos de Galia, Hispania y Africa.

En Oriente, la autoridad papal es prácticamente nula. Los obispos orientales están sometidos a los patriarcas de Jerusalén, Alejandría, Antioquía o Constantinopla y acatan con dificultades la primacía oficial de este último.

***Estatua de San Gregorio, papa desde 590 a 604, en la iglesia que tiene dedicada en Roma.***



de manera simbólica el texto de Job en la Biblia. San Gregorio se excusa en el prólogo, en forma de carta a San Leandro, de no tener un estilo literario gramaticalmente perfecto, sino de haber atendido a su inspiración. Se estableció la leyenda de que una paloma iba dictándole el texto junto a su oído. El libro *De Moralia* o comentario del de Job, escrito para satisfacer el deseo de San Leandro, y el prólogo que le precede son muestras del buen afecto que conservaba San Gregorio hacia el obispo de Sevilla. El resultado de esta correspondencia fue la abjuración del arrianismo de Recaredo y de toda la nación visigoda. De esta manera,

***Sillón pontificio de San Gregorio Magno que se conserva en su iglesia de Roma.***

## LA POLITICA DE GREGORIO EL MAGNO Y SU INFLUENCIA EN LOS PAPAS DEL SIGLO VIII

En tiempos de San Gregorio, la amenaza de una invasión lombarda pesa sobre la Italia bizantina, cuya defensa no garantizan las tropas imperiales y cuya estructura estatal, en retroceso ante las calamidades de la época, no asegura la continuidad de los servicios públicos.

El vacío dejado por el eclipse del estado en Italia es poco a poco remplazado por la nueva influencia de la autoridad papal; Gregorio el Magno se esforzará en normalizar los abastecimientos de trigo y en reconstruir la asistencia pública. Es también él quien pacta con los lombardos.

Los recursos para financiar los tributos que se pagan a los bárbaros o las obras públicas los obtiene el pontífice del "Patrimoniun Petri", conjunto de posesiones territoriales acumuladas por la Iglesia en toda Italia, cuya explotación organiza.

Gregorio el Magno es también el papa de la evangelización de los germanos, realizada por misioneros romanos u obedientes a Roma que subordinan las nuevas Iglesias a la sede apostólica. Con ocasión de estas embajadas misionales, el papa procurará entablar relaciones con los soberanos europeos.

**EL PAPA, JEFE POLITICO DE ITALIA**

**INDEPENDENCIA DE HECHO FRENTE A BIZANCIO**

**EL PAPADO, POTENCIA ECONOMICA**

**RELACIONES AMISTOSAS CON LOS PUEBLOS GERMANOS**

La querella de las imágenes provoca la ruptura de la Iglesia oriental con Roma (717).

Nuevos ataques lombardos inducen al papa Gregorio III a pedir ayuda a Carlos Martel, jefe de los francos (739).

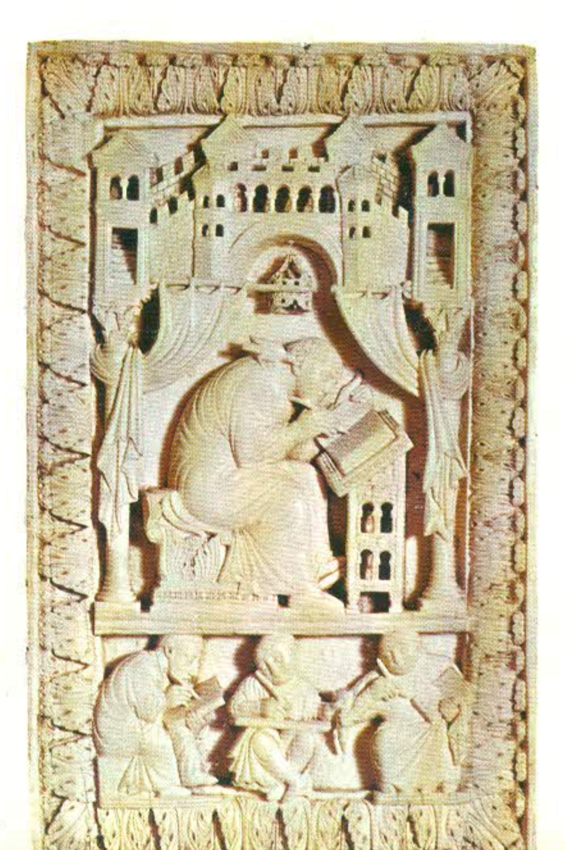
El papa Esteban II, uno de sus sucesores, que en vano ha tratado de conseguir el apoyo militar y financiero de los bizantinos, orienta definitivamente la política del papado hacia un entendimiento con los pueblos germanos, al margen del Imperio.

Esteban II firma una alianza defensiva y ofensiva con Pipino el Breve, rey de los francos (754), por la cual Italia se integra en la órbita de la monarquía carolingia y, años más tarde, Carlomagno será coronado rey de Lombardía.

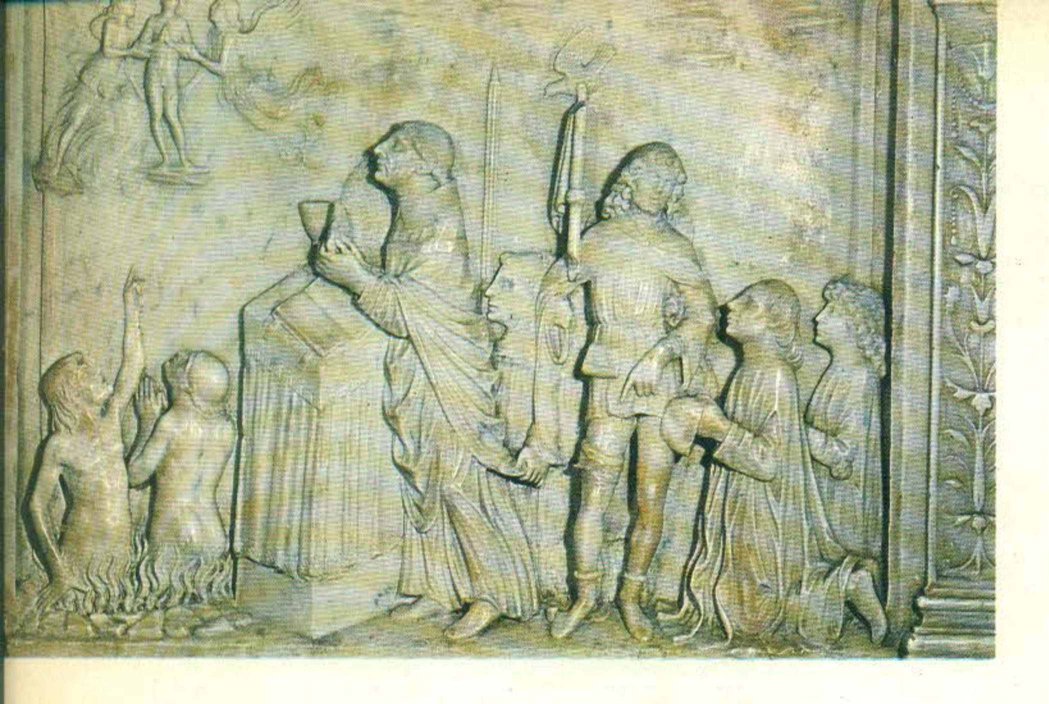
Una parte de Italia –la que ha pertenecido a Bizancio– no se anexionará al reino franco, quedará bajo la soberanía del papa y constituirá con la capital, Roma, el núcleo del futuro estado pontificio.

San Gregorio contribuía a la unificación del cristianismo haciéndolo cada vez más romano.

Quedaban, sin embargo, en el centro del mundo clásico los invasores longobardos, que mantenían el arrianismo. Para ayudar a su conversión, San Gregorio compuso el tercero de sus libros, acumulando ejemplos de milagros que habían hecho y todavía hacían los devotos católicos. El libro, de carácter popular, trata de reunir los casos de sucesos extraordinarios que ha presenciado o le han explicado al papa. Ocurrieron por intercesión de santas personas, algunas humildísimas. Nada parecido pueden presentar los herejes arrianos. El libro fue escrito en forma de *Diálogos* del santo y su diácono Pedro, que le pide le cuente lo que sabe de hechos milagrosos. Empieza así: "Un día que estaba agobiado por las demandas de muchos feligreses laicos que habían pedido que les hiciera pagar deudas que yo no creía



***La clásica escena gregoriana de la paloma inspiradora está aquí representada en un marfil del siglo X (Kunsthistorisches Museum, Viena). Debajo de San Gregorio se alinean tres copistas.***



que fueran justas, se me presenta mi fiel diácono que, viendo la angustia que llenaba mi corazón, me dijo: –¿Es que tienes alguna pena mayor que las que te afligen de costumbre?...". Y aquí continúa con una sarta de relatos de hechos milagrosos, algunos de ellos casi inexplicables. Así, por ejemplo: "Había en el monasterio de Clivo Scauro un monje que tenía capacidad como médico. Al morir declaró a un hermano que había cobrado por sus curas (contra la regla) y que conservaba tres monedas de oro. El monje-curandero fue enterrado con su oro en un montón de basura. Al enterarse San Gregorio del castigo, creyó que era excesivo y ordenó que se hicieran exequias solemnes al muerto durante treinta días. Al terminar

***Una escena de la vida de San Gregorio en que con sus oraciones, sobre todo con la celebración del sacrificio de la misa, libera a las almas del purgatorio (Iglesia de San Gregorio, Roma).***

***Torre de la iglesia de San Francisco en Ravena, del siglo X. A fines del siglo V, los territorios bizantinos de Italia fueron organizados en provincia militar gobernada por un exarca con residencia en Ravena. Pero la poca eficacia de estos dirigentes obligó muy pronto al papa a tomar, por ellos, la defensa contra los longobardos.***

# EL PAPEL POLITICO DE SAN GREGORIO MAGNO

En aquel momento de confusión del siglo V es necesario valorar lo que supone el papado para el mundo occidental y, concretamente, el papel representado por Gregorio Magno, quien en sus primeros años conoció el conflicto ostrogodos-bizantinos, vivió su plena influencia justinianista y luego, tras haber abandonado su carrera jurídica y abrazado la vida eclesiástica, llegó a ser legado del papa en la corte de Constantinopla con dos de los emperadores sucesores de Justiniano.

Gregorio Magno pertenecía a una familia de la antigua nobleza romana. Durante su estancia en Constantinopla pudo experimentar de cerca los difíciles momentos de la política bizantina, las diversas corrientes heterodoxas, sobre todo el monofisismo y el nestorianismo. Con su cultura y experiencia, se presentaba, sin duda, con cualidades excepcionales para poder dirigir el mundo de Occidente. Sin duda, que la Iglesia de Oriente aventajaba en organización y en sedes episcopales de importancia tradicional, pero la Iglesia romana no había olvidado sus tiempos en los que había tenido el favor imperial, estructurándose a su imagen y semejanza. No es extraño que también en ella se encontrase un buen reducto en que conservar la tradición ecuménica de la añorada romanidad. Pero no había tenido hasta ahora un papa, salvo el período en que gobernaron León el Grande (440-462) y Gelasio II (492-496), que supiera con genial clarividencia y energía de voluntad encauzar la realidad. Es en este sentido donde cobra méritos la actuación de San Gregorio Magno (590-604).

Este pontífice supone el primer esfuerzo eficaz para fundamentar la Iglesia de Occidente, en cuanto diferente de la Iglesia oriental, con todo lo que eso supone de acción a favor de las reivindicaciones político-culturales frente a Oriente. Además, su actitud de duda entre vida activa y pública, o monaquismo, puede ser interpretada, teniendo en cuenta lo que el monaquismo había supuesto hasta entonces (fuga del mundo, renuncia a sus convenciones y obligaciones, confianza en Dios y subsiguiente independencia del hombre, etc., frente a la frustrante realidad del desarrollo político del Imperio y sus relaciones con la Iglesia, la cual pronto hubo de reivindicar el no verse arrollada por la máquina imperial), como la aceptación de la interpretación dinámica y activa propia del espíritu de romanidad, frente a las tendencias contemplativas y meditativas del evangelio.

Ya hacía tiempo que el cristianismo occidental —en Oriente es donde el monje alcanzó un inusitado prestigio— venía incorporando ideales activistas, sobresaliendo más bien el tipo del catequista, el santo militante, el mártir, etc., es decir, hombres capaces de ponerse en acción para propagar y defender su fe. San Gregorio Magno, cuando abrazó el monaquismo o fundó monasterios, lo hizo para la regla de San Benito, instaurador de la vida monástica en Occidente, pero con la incorporación predominante del trabajo en la vida del monje. Innegablemente, para la tradición romano-germánica los ideales monástico-contemplativos eran inaceptables.

En este contexto, pues, se puede situar a Gregorio Magno en el punto de bifurcación radical no sólo de la Iglesia de Occidente y Oriente, sino también de todo el mundo político-cultural. A partir de él, la rivalidad Oriente-Occidente será mayor, el Occidente progresará en la misma línea hasta hacer posible la unión León III-Carlomagno, exponente singular de la alianza entre papas y emperadores, reflejo de seculares deseos de unidad y universalidad, y segura base para la posterior acometida de Occidente sobre Oriente, quien, habiendo tenido poderes heréticos en su gobierno (León Isaurio-iconoclastas) y viviendo posteriormente en situación cismática respecto de Roma, habría de experimentar incluso la realidad de un Imperio latino en Oriente.

Tal vez pueda parecer que es encerrar germinalmente demasiada historia en la corta vida pontifical de Gregorio Magno. En todo caso, es el irreversible proceso histórico, que encontró en Gregorio Magno lo que hacía siglos ya faltaba a Occidente. La política de los sucesores inmediatos de Constantino no acabó de integrar equilibradamente ideales tan incongruentes como los que alimentaban la Iglesia y el estado. Teodosio, a pesar de sus intentos unificadores, no pasó inmune a los intereses eclesiásticos, que vindicaban el derecho a una autonomía, como reclamaba Ambrosio, o el hecho de la huida monástica...

Sin embargo, aunque semejantes aspiraciones no están ausentes en el pontificado de Gregorio Magno, su ministerio y política supondrán más a favor de una histórica amalgama de los poderes civiles y religiosos que de una autonomía eclesiástica, de cara a sus realizaciones apostólicas y caritativas.

Gregorio Magno en este tiempo, seguramente, no tenía deseos ni posibilidades de sobrepasar el plano espiritual. Siguiendo la tradición evangélica de carácter espiritual, no podía acariciar todavía ilusiones de poder terrenal. El anhelado orden universal sólo podía realizarse en el reino del espíritu. Antes era necesario lograr el reconocimiento espiritual de su autoridad por los poderosos eclesiásticos de la Iglesia de Oriente, e incluso por algunos occidentales.

Contaba ya en su pontificado con la realidad de la conversión de los pueblos germanos al cristianismo y además con la adopción del catolicismo romano de pueblos tan importantes como los visigodos en España, quienes habían depuesto su arrianismo con el importante refrendo del concilio III de Toledo (589) y la tradicional fidelidad de los francos, ya desde los merovingios. Por ello, aunque sería ilusorio pedir al pontificado de San Gregorio Magno avances de tipo político mayores, pues todavía en la competencia política predominaba el hecho de la fuerza, sí puede afirmarse que logró un poderoso afianzamiento del papado frente a orientales y occidentales, sentando las bases de lo que posteriormente otros papas realizarían a nivel incluso jurídico.

J. M.ª P.



*Nave central de la catedral de Aquilea, sede del patriarca católico que, de acuerdo con los obispos de sus dominios, presentó oposición a Roma en algunos puntos teológicos y le llegó a disputar la capitalidad del cristianismo. El cisma de Aquilea fue uno de los graves problemas religiosos con que tuvo que enfrentarse Gregorio Magno.*

este plazo, el difunto se apareció a su hermano diciendo que había sufrido grandes penas, pero que aquel día habían acabado".

Con tales historietas que cuenta Gregorio a su diácono Pedro –que nos parecen sobremanera ingenuas– termina la actividad literaria del gran papa. No pueden compararse con los escritos de San Agustín, San Cipriano, San Leandro. No pretenden imponer un dogma o hacer teología; son como picotazos de la gallina católica a la tortuga arriana. Pero con su correspondencia y su actividad incesante contribuyó a dos obras que han hecho que se le considere como un bienhechor de la humanidad. Una fue la organización del estado pontificio como una gran monarquía con inmensas posesiones. La otra es la evangelización de Inglaterra, de que hablamos al final de este capítulo.

Los bienes de la Iglesia romana eran los



# PRIMADO ROMANO Y SOBERANIA TEMPORAL

A Gregorio Magno le preocuparon las actividades sinodales de la sede bizantina, teniendo que quejarse, especialmente tres veces, de la legitimidad o rectitud de las decisiones sinodales. Los obispos bizantinos poseían sus propias ideas sobre la organización eclesiástica. Además, pertenecientes al Imperio que más realmente había conservado la estructura del viejo Imperio romano, se habían organizado adaptándose a la administración civil tal como ya había sido establecida por Diocleciano.

El concilio de Constantinopla (381) realizó una división en cinco demarcaciones eclesiásticas: Egipto (Alejandría), Siria (Antioquía), Ponto (Cesarea), Asia (Éfeso) y Tracia (Heraclea). Y mientras en el resto del Imperio subsistía la antigua ordenación (obispos-locales/metropolitanos/papa), en Oriente se creó el archimetropolita. Además, el obispo de Constantinopla, por su condición de obispo de la capital, gozó de precedencia sobre los demás obispos, con la única excepción de Roma. Pero el concilio de Calcedonia (451), en su famoso canon 28, concedió al obispo de Constantinopla el derecho de consagrar a los archimetropolitas de Éfeso, Cesarea del Ponto y Heraclea (a cuya demarcación pertenecía Constantinopla).

Contra todo esto se levantó ya León el Grande. Pero no pudo evitarse que el obispo de Constantinopla ingresara en la categoría de patriarcas orientales y ocupara incluso el primer rango entre ellos. Por tal motivo, cuando Gregorio Magno se enfrentó contra los sínodos bizantinos, no atacó jamás la institución sinodal, sino que más bien se dirigía a las pretensiones del patriarca Juan el Ayunador, que se titulaba a sí mismo "patriarca ecuménico".

Gregorio Magno protestó en sendas cartas al patriarca, al emperador Mauricio, a la emperatriz Constantina y a su legado Sabiniano. A Juan el Ayunador le recordó el ejemplo de los apóstoles, que "fueron constituidos miembros de la Iglesia y nadie quiso llamarse *universal*. Conozca, pues, vuestra santidad cuánto se engríe a sí mismo cuando desea ser llamado con ese nombre, con el que nadie que verdaderamente ha sido santo ha intentado llamarse...".

Indudablemente, estas palabras no harán pensar que Gregorio Magno pretendía desposeer a Juan el Ayunador de su título para imponérselo a sí mismo, como obispo de Roma o patriarca occidental. Pero, como puede entenderse en las otras cartas, por encima de la cuestión personal, lo que a Gregorio Magno le duele es la consiguiente disgregación que se operaba con las pretensiones del patriarca de Constantinopla, la lesión del principio de unidad y universalidad. Eulogio de Alejandría, patriarca también, a quien Gregorio Magno le había escrito, así como al de Antioquía, le contestó dando su conformidad a la cuestión del patriarca de Constantinopla y, al mismo tiempo, dando a Gregorio Magno el título de "ecuménico"... Pero San Gregorio contestóle: "Os ruego que no me deis a mí ese título". Lo que más precisamente quería el papa que se reconociera era la primacía de Roma.

Para la Iglesia de Roma fue Gregorio Magno ampliando sus posesiones, que ya desde el tiempo de los emperadores venía acumulando. Cuando la debilidad de los bizantinos frente a las acometidas de los lombardos exigió la intervención más directa del papado en Italia, la independencia y fuerza material aumentaron. En multitud de cartas se dirige San Gregorio a los administradores de las posesiones papales con todo tipo de sugerencias para procurar un mayor rendimiento. No en vano él mismo aseguraba que "se puede dudar si el obispo de Roma hace el oficio de pastor o de príncipe temporal".

El prestigio del papado creció en poderío y autoridad moral. Y por encima de los espiritualistas deseos de Gregorio Magno se fueron poniendo las bases de lo que más tarde sería la Iglesia, de manera clara y definitiva. Su soberanía era ya un hecho.

La restauración de un Imperio único mediterráneo había sido imposible, máxime con el acrecentamiento de las divergencias espirituales y religiosas. Pero Roma iba afianzando su poder en torno al papado, que posteriormente, en acción mancomunada con los reyes francos, culminará en el Imperio carolingio, a dos siglos escasos de las reivindicaciones de Occidente en el papado de Gregorio Magno y en la persona de Carlomagno, ese "nuevo Constantino emperador cristianísimo, por cuyo medio se ha complacido Dios en dar todo a su santa Iglesia, *a la de San Pedro*, príncipe de los apóstoles".

Con estas bases de romanización, la teoría base del agustinismo político, elaborada refinadamente por Gregorio Magno como continuación de la obra inicial del papa Gelasio I, sobre todos, quedó firmemente establecida. La Iglesia había asentado su poderío sobre su superioridad religiosa. El poder había sido concedido al papa desde los cielos, y el que los reyes poseían no tenía otro sentido que el mantenimiento de la moralidad y la defensa de la religión. La doctrina de las dos espadas había nacido.

J. M.ª P.

que se habían reunido por concesiones imperiales después de Constantino, por herencia o por abandono de los grandes terratenientes. Eran predios autónomos, que el papa logró beneficiar enviando a aquellos lugares remotos, como Sicilia, unos apoderados llamados *rectores*. Cada uno tenía que jurar sobre el sepulcro de San Pedro, antes de partir para su destino, que administraría según las órdenes recibidas del papa, las llamadas *capitularia*.

En cada propiedad, el rector establecía sus gerentes *–conductores–*. El rector había aportado de Roma un personal de diáconos, notarios, inspectores o *defensores*. Era un sistema de intervención con el que se obtenía una contabilidad casi perfecta. Los colonos o cultivadores tenían derecho de apelar contra la injusticia al rector y hasta al papa. Con este régimen logró San Gregorio acu-



***Parte posterior de la cruz de San Gregorio Magno convertida en relicario de la Vera Cruz, que la reina longobarda Teodelinda regaló a la catedral de Monza, donde todavía se conserva.***

## GREGORIO EL MAGNO Y LA ACTITUD CRISTIANA ANTE LA CULTURA
(según tesis de P. RICHÉ)

### LA CARTA DEL PAPA GREGORIO AL OBISPO LEANDRO DE SEVILLA

El pontífice se excusa por su estilo, pero se justifica aduciendo que no cree conveniente sujetar la palabra de Dios a las reglas de la gramática y recuerda que ninguno de los intérpretes de las Escrituras anteriores a él las ha seguido.

### LA CARTA AL OBISPO DIDIER DE VIENNE

El obispo Didier había enseñado gramática –letras en sentido amplio– a sus fieles. El papa condena su acción y considera nefanda la literatura por los males espirituales que puede causar al cristiano.

Los historiadores consideran a Gregorio el Magno como un adversario de la cultura, un primer defensor del oscurantismo medieval.

Para RICHÉ, estas manifestaciones del papa serían un lugar común en todos los escritos de los Padres de la Iglesia; análogas frases se encuentran en Casiodoro, creador de una escuela clásica en Vivarium. No expresarían una posición personal del papa, sino la reafirmación de un principio ascético muy frecuente en los primeros cristianos.

Gregorio habría salido en defensa de la tradición eclesiástica, que prohíbe expresamente a los obispos ser profesores. Más que un odio contra la cultura, la carta a Didier recoge la condena a un obispo que se ha apartado de sus propias funciones episcopales.

Explicando el versículo en el que los filisteos prohíben a los israelitas el oficio de forjador (Reyes, I, XIII, 21), Gregorio traspone este hecho al plano intelectual. Las armas que fabrica el forjador son las letras profanas, y para los combates particulares que entabla Israel, éstas carecen de utilidad. Los que viven de Dios combaten los demonios sin la ayuda de la ciencia profana. Hasta aquí, Gregorio es fiel a la tradición ascética. Sigue una frase que es decisiva. En efecto, según Gregorio, los estudios profanos que no son útiles por sí mismos en el combate espiritual entablado por los santos, se hacen útiles si se emplean en una comprensión más exacta de las Sagradas Escrituras.

↓

El papa acepta, pues, la cultura con ciertas condiciones. Enlaza con el pensamiento de San Agustín, para quien los estudios clásicos debían preparar para una mejor comprensión de los textos sagrados, y con Casiodoro, que une la "sabiduría divina" –el saber de las cosas religiosas– a la sabiduría humana.

mular recursos enormes y hacer frente a las necesidades de los católicos con limosnas y pagar las imposiciones de los duques longobardos.

Por fin, hay que explicar las iniciativas en la evangelización de Inglaterra. La Gran Bretaña había visto llegar las primeras misiones católicas cuando era todavía una provincia imperial romana. Pero al retirarse las legiones, los misioneros católicos abandonaron la obra de conversión comenzada y los anglosajones cayeron en un paganismo de carácter prehistórico, con los cultos primitivos de piedras y árboles sagrados que procuraban beneficios. Otro intento de penetración de las ideas cristianas lo habían iniciado los monjes celtas de Irlanda. Éstos conservaban algo de los antiguos cultos de la nación cel-





*Dos cruces pectorales longobardas de oro (Museo Medieval de Cividale del Friuli).*



*Mientras San Gregorio celebraba la misa, uno de los asistentes dudó, según cuenta la tradición, de la presencia de Cristo en la hostia. Gracias a la oración del santo, apareció sobre el altar la figura del Salvador con los estigmas de la Pasión (Iglesia de San Gregorio, Roma).*

ta; habían fundado monasterios en Inglaterra, aunque fuera con un catolicismo algo peculiar. No podían ni querían considerarse como católicos romanos. San Gregorio, evidente conocedor de la situación de la gran isla, siendo los anglos y sajones todavía paganos y los celtas adoctrinados en el rito irlandés como disidentes, determinó enviar misioneros de la Iglesia pontificia.

Escogió doce monjes de su monasterio en Clivo Scauro y envió con un jefe o capitán a la pequeña hueste de misioneros a Inglaterra. Entonces la Gran Bretaña estaba dividida en pequeños estados independientes y todos adictos a cultos locales paganos. Pero en Essex, en la desembocadura del Támesis, la reina, de origen francés y por tanto católica, practicaba con autorización del marido el rito católico en una pequeña capilla que fue el origen de la diócesis metropolitana de Cantorbery. Allí se instalaron los monjes misioneros enviados por San Gregorio. El rey de Essex, inspirado por su esposa, se convirtió con sus súbditos y, a su ejemplo, lo mismo hicieron todos los reyezuelos vecinos.

La más grave dificultad fue la de cooperar con los monjes celtas ya establecidos allí, que contaban con importantes centros de cultura y estaban aferrados a las tradiciones de la Iglesia de Irlanda. Parecen hoy de poca monta, como la fecha de la Pascua, la tonsura, el hábito o sayal de franjas coloreadas..., pero los católicos llegados de Roma no quisieron transigir con estas particularidades y hubo que convocar un sínodo o concilio local en Whitby, un lugar neutral, donde acabó por aceptarse la manera romana.

El pontificado de San Gregorio había durado por espacio de quince años. Enfermo, casi inválido, en este lapso de tiempo había efectuado la organización del estado pontificio, había conseguido la conversión de los visigodos y los anglosajones, y mantenido correspondencia con los monarcas francos y los patriarcas orientales. Los católicos le confieren el título de Grande porque reforzó el poder y el prestigio de los papas, y por haber extendido el catolicismo por todo el Occidente; en cambio, no ha sido tan admirado por los protestantes.

**LA CIUDAD DE DIOS Y LA CIUDAD DE LOS HOMBRES**
**DE SAN AGUSTIN A SAN GREGORIO**

En la segunda parte de "La Ciudad de Dios", San Agustín había distinguido dos ciudades distintas por el fin que se proponían: la Ciudad de Dios y la Ciudad de los hombres. Ambas eran independientes, pero la ciudad temporal se sujetaba también a la providencia divina y no podía oponerse a la realización de la Ciudad de Dios.

Como desviación del pensamiento de San Agustín surgirá el agustinismo político, tendencia de la Iglesia medieval a construir la Ciudad de Dios sobre la tierra por una subordinación del orden natural y del derecho particular del estado al orden sobrenatural y al derecho canónico de la Iglesia.

Una primera expresión del agustinismo político se encuentra en la carta que el papa Gelasio I (492-496) escribe al emperador Anastasio.

"Tú sabes, hijo clementísimo, que aunque gobiernes al género humano gracias a tu dignidad, bajas, sin embargo, la cabeza con respeto ante los prelados de las cosas divinas; tú esperas de ellos, al recibir los sacramentos celestiales, los medios de salvación, y, aun disponiendo de ellos, sabes también que hay que someterse al orden religioso más bien que dirigirlo. Sabes también, entre otras cosas, que dependes de su juicio y no tienes que tratar de plegarlos a tu voluntad."

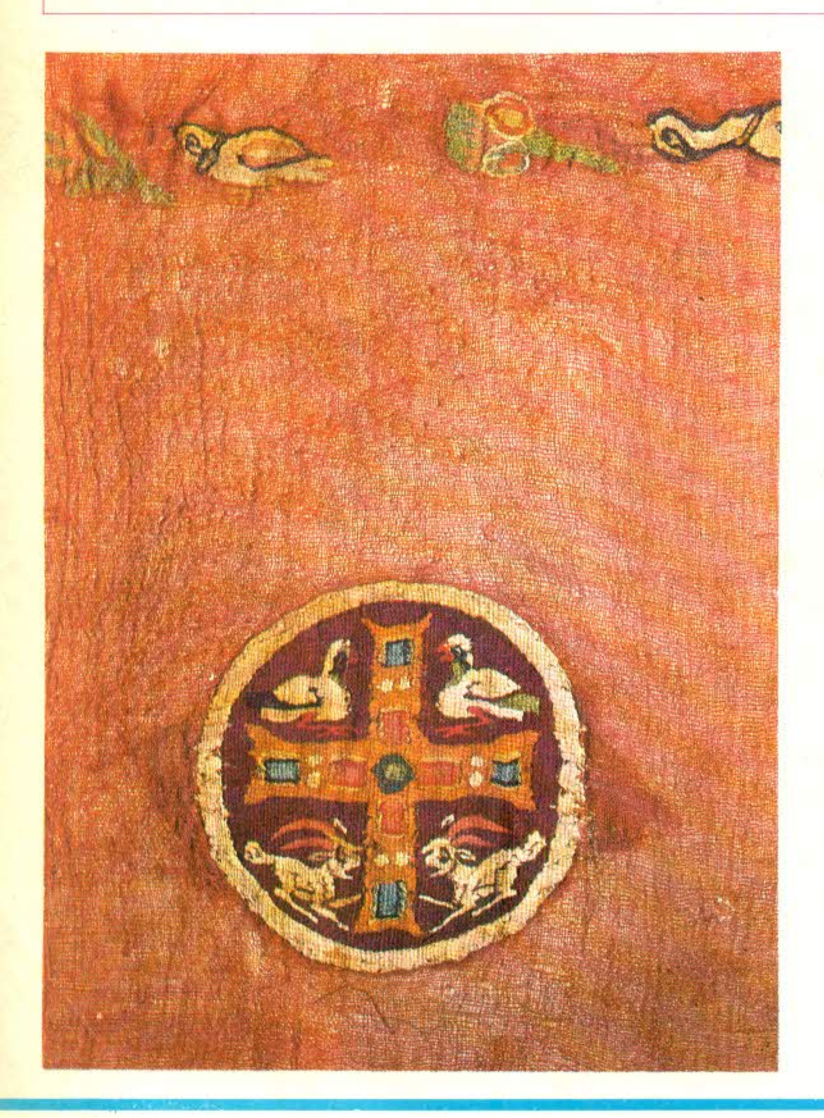
**EL PAPA GREGORIO DESARROLLA LOS PRINCIPIOS ESBOZADOS POR GELASIO**

La única justificación del poder temporal es el servicio que éste puede prestar a la fe: "El poder ha sido dado desde lo alto a mis señores sobre todos los hombres para ayudar a quienes deseen hacer el bien para abrir más ampliamente el camino que conduce al cielo, para que el reino terrenal esté al servicio del reino de los cielos".

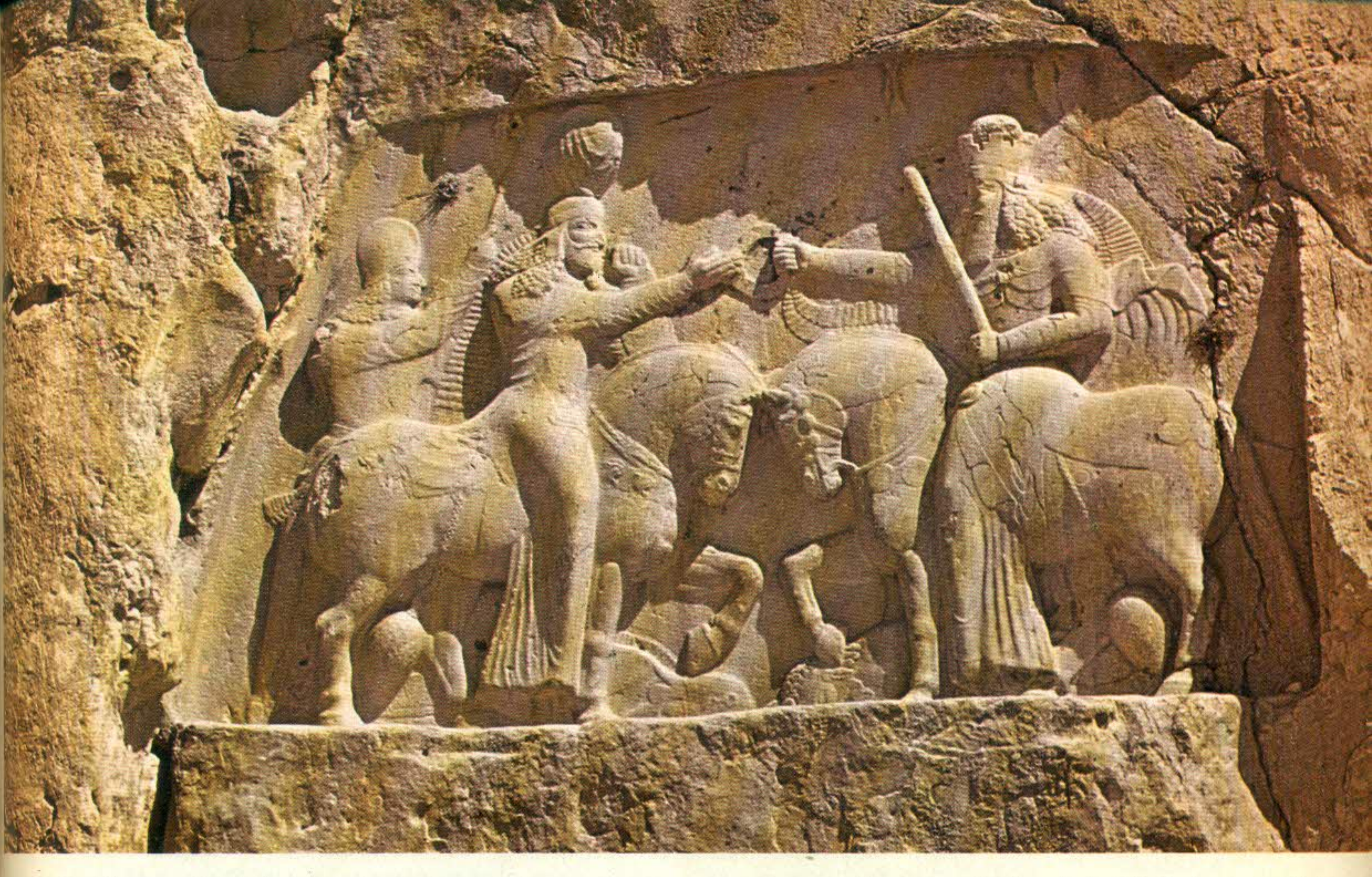
Orden político y orden moral son una misma cosa: "Si se le señala a la reina la presencia de violentos, de adúlteros, de ladrones, de hombres entregados a otras iniquidades, que se apresure a corregirlos para aplacar la cólera divina".

## BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| **Batiffol, P.** | *Saint Grégoire le Grand,* París, 1928. |
| **Bréhier, L., y Aigrain, R.** | *Grégoire le Grand, les Etats barbares et la conquête arabe,* París, 1938. |
| **Falco, G.** | *La Santa Romana Repubblica,* Nápoles, 1958. |
| **Fedele, P.** | *Fonti per la storia delle origini del potere temporale della chiesa di Roma,* Roma, 1939. |
| **Fliche, A., y Martin, V.** | *Histoire de l'Eglise,* París, 1940. |
| **Llorca, B., y G. Villoslada, R.** | *Historia de la Iglesia católica,* Madrid, 1958. |
| **Porcel, O. M.** | *La doctrina monástica de San Gregorio Magno y la "Regula Monachorum",* Madrid, 1959. |
| **Riché, P.** | *Education et culture dans l'Occident barbare, VI-VIII^e siècles,* París, 1962. |
| **Spearing, E.** | *The patrimony of the Roman Church in the time of Gregory the Great,* Londres, 1918. |
| **Weber, L.** | *Hauptfragen der Moraltheologie Gregors des Grossen,* Friburgo, 1947. |

*Detalle de un velo eucarístico bizantino del siglo VII (Museo Textil, Tarrasa). A principios de aquel siglo, San Gregorio era en Italia el jefe de la oposición a los longobardos y su poder, aun en lo temporal, tendía a sustituir paulatinamente al imperial.*



*Bajo relieve sasánida de la necrópolis de Nash-i-Rustem, Irán, que representa a Ahura-Mazda (derecha), divinidad principal del panteón persa, ofreciendo una corona a Ardachir I, fundador de la dinastía sasánida. Para dar mayor majestad a la escena, ambos están aplastando a sus respectivos enemigos: Artabán, el del rey, y Arimán, el de la divinidad.*

# La Persia sasánida. El "Shah-Namé" de Firdusi

Un siglo antes de que Constantino promulgara la libertad de cultos y estableciera la nueva capital en el Bósforo, se estaba fraguando un imperio que debía durar tres siglos al otro lado del Éufrates. Allí había mantenido prestigio y poder la coalición de los partos, que había producido serias dificultades a los últimos emperadores romanos. Pero en el ángulo más al sur de lo que había sido la Persia antigua, un gobernador de pura raza, que se consideraba sucesor de los descendientes de Darío, se rebelaba contra el gobierno o despotismo parto. Su nombre era Ardachir, que parece ser traducción o corrupción de Artajerjes. El abuelo de Ardachir se llamaba Sasán, y sólo sabemos de él que era sacerdote de Ahura-Mazda. En realidad, fue Ardachir el que creó el Imperio sasánida, venciendo a Artabán, el último monarca parto, y declarándose su sucesor.

Ardachir impuso su autoridad a lo que quedaba todavía sujeto a los partos y suprimió la religión de los magos, que aquéllos mantenían con otras muchas idolatrías propagadas desde Armenia. En cambio, dispuso como culto nacional el del fuego y la religión de Ahura-Mazda, señor de la Luz y la Verdad. Un relieve en Nash-i-Rustem, el acantilado cerca de Persépolis, muestra cómo Ahura-Mazda, a caballo, entrega la corona a Ardachir. Ambos pisotean a sus enemigos. El corcel de Ahura-Mazda pisotea a Arimán, el dios de las tinieblas y de la mentira, y el de Ardachir a Artabán, el último monarca parto.

El hijo de Ardachir extendió los límites

# EL IMPERIO SASANIDA EN SUS RELACIONES CON OCCIDENTE

| | | | |
|---|---|---|---|
| 224-241 | ARDACHIR I | 224 | Ardachir, descendiente de Sasán, vence al último rey de los partos, Artabán V, e inaugura una dinastía nacional persa que se propone restaurar el Imperio aqueménida. |
| | | 227-229 | El emperador kushâna Vâsudeva se alía con el rey de Armenia contra Ardachir I. |
| | | 231-233 | Ardachir I ataca Armenia, Capadocia y Siria, pero es contenido por el emperador romano Alejandro Severo, aliado con los armenios. |
| 241-272 | SAPOR I | 241-251 | Conquista del imperio kushâna por Sapor I. |
| | | 242-244 | Guerra entre Sapor I y Gordiano III. |
| | | 260 | El emperador romano Valeriano cae prisionero de Sapor, quien se titula "rey de los iranios y de los no iranios". |
| 272-273 | ORMUZ I | | |
| 273-276 | BAHRAM I | | |
| 276-293 | BAHRAM II | 282-283 | Victoriosa campaña de Caro y Numeriano, que toman Seleucia y Ctesifonte. Asesinato de Caro. Paz entre persas y romanos. |
| | | 287 | Paz firmada por Diocleciano y Bahram II. |
| 293 | BAHRAM III | | |
| 293-302 | NARSES | 296-297 | Campaña de Galerio, que es vencido en Carrhae. |
| | | 297-298 | Campaña romana: Diocleciano obliga a Narsés a firmar la paz y a abandonar Mesopotamia. Es el momento de máxima expansión romana en Asia. |
| 303-309 | ORMUZ II | | |
| 309 | ADANARSES | | |
| 309-379 | SAPOR II | 320-335 | Chandragupta I funda la dinastía de los gupta y empieza la conquista de la India. |
| | | 334 | Ataque de Sapor en Armenia. |
| | | 337 | Preparativos militares romanos. |
| | | 338-363 | Guerra entre Persia y Roma. |
| | | 338 | Constancio en Antioquía. Sapor II asedia Nisibis. |
| | | 339 | Se acentúa la persecución de los cristianos en el Imperio sasánida. |
| | | 343 | Constancio ocupa la Adiabena. |
| | | 346 | Sapor II asedia nuevamente Nisibis. |
| | | 348 | Victoria de Constancio en Singara. |
| | | 359 | Sapor invade Mesopotamia y toma Amida. |
| | | 360 | Constancio interrumpe su campaña ante el enfrentamiento con Juliano. Sapor conquista Singara. |
| | | 363 | Campaña de Juliano: paso del Tigris y victoria en Ctesifonte. Muerte de Juliano. Retirada de Joviano y cesión de las provincias al este del Tigris con Nisibis y Singara. Armenia, bajo influencia persa. |
| | | 372 | Valente y Sapor negocian la partición de Armenia en dos zonas de influencia. |
| 379-383 | ARDACHIR II | | |
| 383-388 | SAPOR III | 384 | Teodosio y Sapor III se dividen Armenia. |
| 388-399 | BAHRAM IV | | Las dificultades de Roma en Europa y de los sasánidas en el Nordeste, que responden a un mismo fenómeno —los movimientos de pueblos—, suponen una época de relaciones más o menos pacíficas entre ambos imperios. |
| 399-420 | JEZDEGIRD I | | Amistad personal del rey persa con Arcadio, quien le nombra tutor de su hijo Teodosio II en perjuicio de Honorio, emperador de Occidente. |
| 420-438 | BAHRAM V | | Crece la presión de los pueblos árabes en las fronteras meridionales de los imperios romano y sasánida. El jefe árabe Mundhir funda el principado de Hira junto al Bajo Éufrates. |
| 438-457 | JEZDEGIRD II | | Se inicia una larga crisis interna en el Irán. |
| 457-459 | ORMUZ III | | |
| 459-484 | PEROZ | | Graves derrotas sasánidas frente a los hunos heftalitas. Caída del Imperio romano de Occidente. Zenón, único emperador. |
| 483-488 | BALACH | | |
| 488-497 | KAVADH I | 489 | La escuela nestoriana de Edesa es cerrada; los nestorianos se refugian en Persia y fundan una escuela en Nisibis. |
| | | 497 | El rey Kavadh, en lucha contra la nobleza irania, se apoya en la nueva secta zoroástrica igualitarista, los mazdaquistas, que predican la comunidad de bienes y de mujeres. El triunfo de la nobleza obliga al monarca a huir. |
| 497-499 | JAMASP | | En medio de una crisis interna sin precedentes en la historia persa, Jamasp, hermano de Kavadh y candidato de la nobleza, intenta dominar la revolución comunista. |
| 499-531 | KAVADH I | 499 | Regreso del rey Kavadh: quebrantado el poder de la nobleza, se inicia una época de reformas profundas en el estado sasánida. La secta mazdaquista es, sin embargo, severamente perseguida. |
| | | 502-505 | Nueva fase guerrera entre los imperios sasánida y romano (bizantino), que, abierta bajo Kavadh y Anastasio, se prolongará con interrupciones durante más de un siglo. |
| | | 530-532 | Guerra entre Justiniano y los persas; victoria bizantina en Dara y sasánida en Callinicum. |
| 531-579 | COSROES I | 532 | Justiniano, obligado a pagar tributo. |
| | | 540 | Nueva guerra. |
| | | 565 | Nuevo tratado de paz. |
| 579-590 | ORMUZ IV | 582 | Boumyn Khagan funda el primer estado turco; el emperador bizantino Justino II intenta utilizar la nueva potencia contra el Imperio sasánida y para el tráfico con China, después del fracaso en la ruta del Sur (Eritrea-Yemen), que queda bajo el control persa. |

| | | | |
|---|---|---|---|
| 590-628 | COSROES II | 600 | Ascensión del poder kázaro en el mar Negro. |
| | | 608-628 | Última guerra entre Persia y Bizancio. Desde el 572, el soberano sasánida interviene frecuentemente en los asuntos internos de Bizancio. Después de la muerte de Mauricio (602), Cosroes emprende una expedición de venganza contra Focas. |
| | | 611 | Cosroes emprende la conquista de Siris, ocupando Antioquía. |
| | | 614 | Toma de Jerusalén y saqueo de la iglesia del Santo Sepulcro. Los persas llegan frente a Constantinopla. |
| | | 618 | Caída de Alejandría bajo el poder sasánida. |
| | | 622-628 | Con la ayuda de tribus caucásicas y la alianza de los kázaros, Heraclio realiza tres campañas victoriosas. |
| | | 627 | Heraclio deshace el ejército persa cerca de las ruinas de Nínive, saquea Ctesifonte y penetra en Persia. |
| 628 | KAVADH II | | Negociaciones de paz, que devuelven al Imperio bizantino todas las conquistas de Cosroes II. |
| 628-630 | ARDACHIR III | | |
| 632-651 | JEZDEGIRD III | 635 | Los árabes inician sus victoriosas campañas por el Asia bizantina y sasánida; ambos imperios, agotados por su larga lucha, no pueden oponer obstáculos serios al ímpetu del ejército de los compañeros de Mahoma. |
| | | 636 | Victoria islámica de Yarmuk sobre los bizantinos. |
| | | 637 | Victoria islámica de Qadesiya sobre los persas. |
| | | 642 | Victoria definitiva del Islam en Nehawend sobre Jezdegird III. Persia entra en una nueva fase de su historia. |

del Imperio sasánida, que alcanzaron desde el Éufrates al Himalaya. Fue el gran Sapor I, que mandó continuar la compilación del texto sagrado, el *Avesta,* o lo que quedaba, muy mutilado después del incendio de Persépolis. Hizo que se le añadieran, traducidos al persa, fragmentos de tratados griegos de medicina, astronomía y metafísica. De este modo resultó, aumentado y mal traducido, el *Zend-Avesta* que conservamos actualmente.

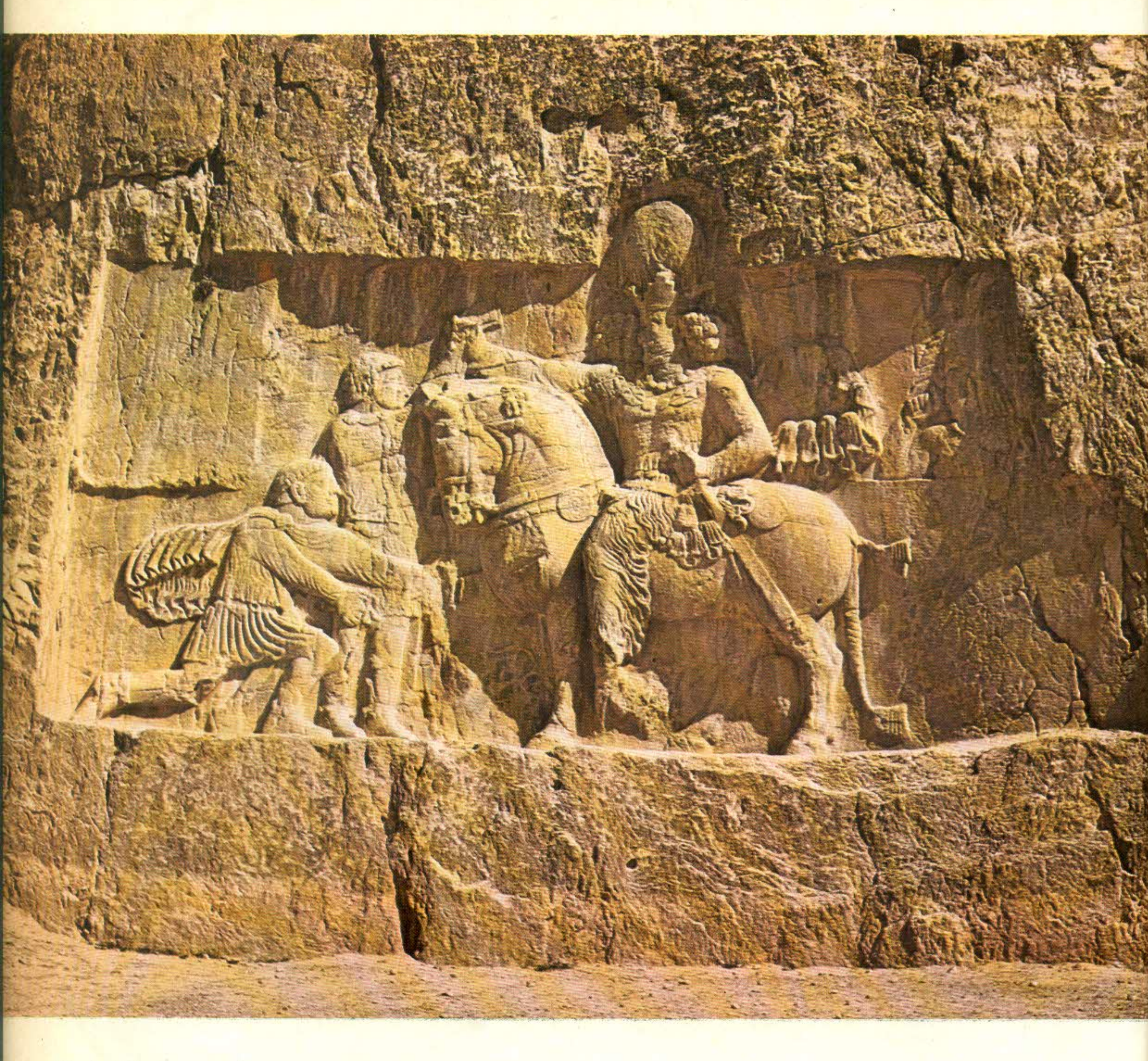
Sapor construyó una nueva capital, que todavía se conserva en ruinas. Decidido a cumplir lo prometido a su padre Ardachir: vencer y obligar a entrar en la mar, o sea, a limpiar el Asia Anterior de griegos y romanos, en una campaña llegó hasta Antioquía y en 260, perseguido por el emperador Valeriano, lo venció e hizo prisionero. Valeriano sirvió de escabel al trono de Sapor, y cuando el emperador romano murió, todavía empajado sirvió de taburete al mismo monarca sasánida. Las campañas de Sapor lo llevaron a sojuzgar a Armenia y a extender la nueva Persia sasánida hasta la frontera de la India.

Los sucesores de Sapor fueron todos mediocres hasta que apareció Ormuz. Estableció nuevos tribunales de justicia para favorecer a los pobres, que muchas veces presidió él personalmente. Murió combatiendo a los árabes. Su hijo se significó por sus crueldades, que le costaron la vida. Los nobles impusieron como rey a su hijo, que no había nacido todavía. Confiados en que sería varón, le llamaron, ya antes de nacer, Sapor II, y colocaron la corona en el vientre de la futura madre. El reinado de Sapor II fue el más largo de la historia de Asia, desde 309 a 379. Así que pudo, comenzó de nuevo las campañas de su abuelo. Cuando murió Sapor II, Persia estaba en el apogeo de su prosperidad.

Más tarde, en 531, aparece el primer Cosroes, que recibió el calificativo de *Gloria Bella.* Habiendo sospechado que sus hermanos conspiraban para suplantarle, los hizo matar, lo mismo que a los hijos de aquéllos, conservando sólo uno. Procopio, el historiador bizantino, que lo conoció, dice que era hábil en disimular, pero un escritor persa, Al- Tabarí, lo alaba por su inteligencia y prudencia. El primer Cosroes reorganizó el gobierno y se preocupó de dar una instrucción modelo a su sucesor. Estableció un ejército regular, construyó diques y canales para proveer a las ciudades de agua potable, cosa



***Dracma sasánida de oro de Ardachir I (Gabinete de Monedas, París). En su política de expansión para restaurar el imperio aqueménida, Ardachir hubo de enfrentarse al emperador romano Alejandro Severo.***



***El año 260, el emperador romano Valeriano cayó prisionero de Sapor I y murió en el destierro. Ésta es la escena representada en este relieve de Nash-i-Rustem.***

que ha sido siempre el problema de Persia. Impuso el matrimonio a los célibes para tener soldados en el ejército. Cuidó de los huérfanos de los pobres, manteniéndolos con el dinero del Tesoro. Reunió a filósofos y sabios de la India y Grecia. A veces discutían problemas de erudición: "¿Cuál es la mayor miseria?", preguntó Cosroes. Un filósofo griego dijo: "Llegar a la vejez pobre y tonto". Un sabio indio dijo: "Conservar la inteligencia en un cuerpo enfermo". Por último, el visir de Cosroes dio la respuesta más admirada: "Llegar a viejo sin haber practicado la virtud". He aquí lo que se debatía en la cámara real de Cosroes, mientras en Bizancio los teólogos se enzarzaban en interminables disputas.

No eran sólo juegos de pensamiento las diversiones de los monarcas sasánidas. Su principal distracción era la caza de animales salvajes, que abundaban todavía en el desierto entre el Éufrates y el Tigris.

Toda la corte participaba en aquel deporte, a veces peligroso. Las princesas o hijas de magnates feudatarios eran compañía necesaria para los cazadores. Los monarcas sasánidas obligaban a que las jóvenes de las grandes familias se educaran en su harén. En la Persia sasánida, la principal escuela era la de montar a caballo y partici-

par con toda la corte en ojear las fieras que remataría el monarca. Algunos episodios de estas cacerías se representan en relieves de plata repujada de forma de taza. Es sorprendente la cantidad de estas joyas que se han conservado. Son el honor de los más importantes museos de Europa, pero en particular hay una colección asombrosa en el Ermitage, en Leningrado.

La comitiva de cazadores se repartía en parejas a caballo. La soledad del desierto originaba románticas aventuras. Se recordaban después en el folklore y se reproducían en miniaturas, platos metálicos y cerámicas. El más famoso es el episodio de Varahan y Azada. La favorita iba montada a la grupa. El monarca sasánida, encontrándose con un tropel de gacelas, las fue derribando sin de-

## EL IMPERIO SASANIDA, UN ESTADO ABSOLUTISTA Y FEUDAL

### BASES DEL ESTADO SASANIDA

#### ABSOLUTISMO TEOCRATICO

**REY**

Centro indiscutible del estado, jefe del ejército. Los reyes sasánidas no dejan nunca de ejercer activamente las dos funciones. Su poder se basa en una teoría del derecho divino.

**IGLESIA NACIONAL MAZDEISTA**

El rey nombra al gran sacerdote, quien designa a su vez a todos los magos del clero jerarquizado. Los santuarios zoroástricos del fuego se apoyan económicamente en la posesión de grandes extensiones de tierra. El clero forma una clase privilegiada, exenta de impuestos y de servicio militar. Su acción sobre la población es enorme a través de los sacramentos, del monopolio de la enseñanza y de la justicia.

#### FEUDALISMO

La estructura política del Irán sasánida, como en la época aqueménida, es feudal. Reyes vasallos y gobernadores de las marcas fronterizas forman una nobleza soberana. Siete familias privilegiadas detentan hereditariamente los cargos civiles y militares. Cuatro nobles, llamados reyes, constituyen el grado más elevado de la jerarquía nobiliaria, por debajo del "rey de reyes". Después de ellos vienen los altos representantes de la administración, el visir y los ministros; después los virreyes de los cuatro gobiernos del Imperio.

### LA SOCIEDAD IRANIA

Por debajo de la nobleza gobernante se halla la nobleza que vive en sus tierras y bajo la autoridad de los cuales los propietarios forman una caballería y son los representantes del poder real en los pueblos. Los agricultores, sujetos a la gleba, están en una situación cercana a la servidumbre.

La sociedad de la Persia sasánida es muy semejante a la que existirá en el Occidente europeo en el siglo XII. Las similitudes se multiplican. Un buen ejemplo lo constituye el repertorio de motivos culturales que, o bien pasan de Persia a Occidente por el mundo islámico, o bien se recrean en Europa a partir de unas mismas situaciones sociales: los temas caballerescos del Bajo Medioevo occidental se encuentran sorprendentemente en los relieves de la época sasánida.

La población urbana tiene un estatuto especial. No noble, pero libre, comprende a los artesanos y a los comerciantes, que pagan un impuesto personal y están exentos de las corveas y del servicio militar.

La base del poderío sasánida es precisamente su situación entre los tres grandes centros consumidores y productores del mundo antiguo: el Occidente mediterráneo, India, China. Su esplendor imperial corresponde a una época de crisis de estos tres conglomerados como unidades políticas.

La política de tolerancia religiosa inaugurada por Jezdegird I ocasiona una fuerte reacción por parte del clero, que desemboca en el asesinato del rey y la instauración de una política muy dura, que dificulta las relaciones exteriores. Bajo Jezdegird II (438-457), una sublevación de los cristianos arrastra a las poblaciones sometidas al poder de la nobleza.

La agitación campesina, que aspira a la emancipación y a la posesión de la tierra, toma un carácter místico y no cesa de crecer a lo largo del siglo V: el movimiento mazdaquista, secta zoroástrica que predica la comunidad de bienes y de mujeres, la abolición de todos los privilegios y la prohibición absoluta de matar, incluso a los animales, presta un sólido apoyo doctrinal a una lucha que debilita al feudalismo.

La política real se orienta progresivamente hacia el desarrollo económico del país. Favoreciendo el mercado de los productos agrícolas, el monarca tiende a romper los cuadros feudales, que son, sin embargo, la base de la estructura social y política del estado. A partir del reinado de Jezdegird I (399-420), la incompatibilidad entre monarquía absoluta y feudalismo se manifiesta abiertamente.

El rey Kavadh, paralizado por la oposición de la nobleza (488-497), decide apoyarse en los movimientos populares comunistas para fortalecer el poder real. La sublevación campesina sube de tono y quebranta el poder de la aristocracia, que, sin embargo, consigue triunfar del rey. Kavadh I huye al país de los hunos (497), dejando el Irán sumido en plena revolución social.

Kavadh I (499) recupera el trono. Se separa de la secta mazdaquista y restaura el orden interior, reconstituyendo la familia y la propiedad. Pero Kavadh destruye también el poder de la nobleza, suprimiendo su participación en la política y eliminando los privilegios. Constituida en poder absoluto, la monarquía sasánida se prepara para una larga lucha con el Imperio bizantino y conoce su momento de máximo esplendor.

## EL NACIMIENTO DE LA DINASTIA SASANIDA

Dentro de los escasos textos pahlevíes que han llegado hasta nosotros se encuentra la novela histórica *Libro de la gesta de Ardachir, hijo de Papak,* que debió de ser redactada hacia el año 650 de nuestra era por un sacerdote mazdeísta y que más tarde sirvió de fuente (aunque no única) para el *Shah-Namé* de Firdusi en las partes que refiere la instauración de la dinastía sasánida. He aquí cómo se narra:

"Después de la muerte de Alejandro, el Griego, el Irán se dividió en doscientos cuarenta principados. Ispahán, Fars y las provincias contiguas se encontraban bajo el señorío del príncipe Ardaván, que residía en Istaxr. Carecía de hijos que pudieran continuar con su nombre. Sasán era pastor de Papak y vivía siempre con los rebaños. Pero pertenecía a la familia de Darío, era hijo de Darío, y durante la tiranía de Alejandro había tenido que huir y ahora vivía oculto entre los pastores nómadas. Papak no sabía que Sasán pertenecía a la estirpe de Darío, que era hijo de Darío. Una noche, Papak vio en sueños que el sol resplandecía a través de la cabeza de Sasán e iluminaba todo lo que en el mundo existe. Otra vez vio en sueños a Sasán sentado encima de un elefante blanco y que todas las gentes del país se reunían a su alrededor, le rendían honores, le cantaban loas y le bendecían. Una tercera noche vio cómo los tres fuegos sagrados, Aturfarnbag, Gusnap y Burzinmihr, brillaban más y más en la casa de Sasán e iluminaban a todo el mundo.

"Papak, aturdido y sin saber qué pensar de tales sueños, llamó a los sabios y a los oneirólogos y se lo contó. Los oneirólogos le dijeron: 'El hombre que has visto en sueños o bien uno de sus descendientes alcanzará el señorío del mundo. El sol y el elefante blanco significan la fuerza, la potencia, la victoria; el fuego Farnbag representa a los teólogos y a los sacerdotes; el fuego Gusnap encarna a los guerreros y caudillos, y el fuego Burzinmihr es el propio de los aldeanos y agricultores. El señorío de todo cuanto hay en el mundo recaerá en él o en uno de sus hijos'.

"Papak, al oír estas palabras, mandó un mensajero con la orden de que hiciera comparecer a Sasán. Una vez ante él, le preguntó: '¿A qué estirpe y a qué familia perteneces? ¿Tu padre o bien alguno de tus antepasados ejerció el señorío y el mando?'. Sasán pidió, antes de contestar, que no le infligiera ningún dolor ni daño. Papak se lo prometió y entonces Sasán le refirió su secreto. Papak, contento, le dijo: 'Me cuidaré de tu bienestar'. Y dio orden de que le entregaran un traje de corte y lo vistiera.

"Sasán obedeció y, siguiendo las instrucciones de Papak, dedicó unos días a reponerse con alimentos y curas apropiadas. Después Papak le casó con su propia hija y, tal y como quería el destino, la mujer quedó inmediatamente encinta y más tarde dio a luz a Ardachir. Papak, al ver la hermosura y la fuerza de éste, se dijo que el sueño que había tenido era verídico. Adoptó a Ardachir como hijo y lo educó con gran cuidado.

"Al llegar a la pubertad, Ardachir aprendió rápidamente a escribir, se transformó en un gran jinete y dominó todas las ciencias, hasta el punto de que se hizo famoso en todo el Fars.

"Cuando Ardachir cumplió los quince años, Ardaván se enteró de que Papak tenía un hijo sabio y gran caballero. Entonces escribió una carta en la que le decía: 'Hemos oído que tienes un hijo virtuoso, sabio y gran caballero. Deseo que lo envíes a mi corte, con el fin de que viva a mi lado y junto con los hijos de los grandes. Le daré una recompensa de acuerdo con la educación que tiene'. Papak no podía desobedecer ni ignorar la orden, puesto que Ardaván era mucho más poderoso que él. Mandó inmediatamente a Ardachir, bien equipado y con un séquito de diez esclavos y un tren como convenía a su rango. Ardaván se puso muy contento al ver a Ardachir, le trató con afecto y le dio orden de ir cada día, junto con sus propios hijos, los príncipes y los hijos de los grandes, de caza, a practicar el polo, a montar a caballo, a jugar al ajedrez y al nard y a los demás ejercicios que debían transformarle en el caballero más perfecto de todos.

"Un día en que Ardaván había salido de caza con sus caballeros y Ardachir, cruzó ante ellos un onagro. El hijo mayor de Ardaván galopó tras él. Pero Ardachir salió al paso del animal y le disparó una flecha que le atravesó el vientre de parte a parte. El onagro cayó muerto. En ese momento llegó Ardaván con su séquito y, admirados ante un disparo de tanta fuerza, preguntaron quién lo había hecho Ardachir dijo: 'Yo'. Pero el hijo de Ardaván interrumpió: '¡Yo! ¡He sido yo!'. Ardachir, irritado, le gritó: 'No es justo que con soberbia, mala fe, mentira y perfidia te apropies de lo que es fruto de mi valor. La llanura es inmensa y hay muchos onagros: hagamos otra prueba, pongamos a juego nuestra mucha o poca habilidad'.

"Ardaván se enfadó ante esta salida y prohibió a Ardachir que en lo futuro volviera a montar; le destinó al servicio de los establos y le dijo: 'Ni de día ni de noche puedes abandonar los caballos; no puedes salir ni para ir de caza, al polo o a los entrenamientos' ".

La continuación de la leyenda es fácil de imaginar: Ardachir, con el auxilio de una esclava, consigue huir, levanta tropas, se enfrenta con el soberano, le vence y se proclama rey. La dinastía sasánida se inicia, pues, con una victoria sobre los partos, pero no llega a suponer una ruptura con el pasado inmediato desde el momento en que Ardachir contrae matrimonio con la hija del vencido. Pero ésta, instigada por la familia, intenta asesinarle y es condenada a muerte. La sentencia no se cumple.

Este episodio es un tópico del folklore de todos los pueblos (v. g., Genoveva de Brabante), puesto que el sumo sacerdote, que sabe que está encinta, la esconde. El hijo que nace en estas circunstancias recibe el nombre de Sapur ("Hijo del rey") y es reconocido más tarde por su padre.

J. V.

tenerse a recoger las víctimas. Azada, la favorita, le criticó por su crueldad y Varahan preguntó qué podía hacer a caballo, más que asestar golpes mortales. Azada le sugiere entonces cuatro cosas: primera, que quite los cuernos a una gacela sin desmontar, lo que hace Vaharan con dos flechas; segunda, que haga salir los cuernos a una gacela joven, cosa que Vaharan consigue clavando dos flechas en la cabeza de uno de aquellos animales; tercera, que obligue a una gacela a andar con la mirada hacia atrás, lo que realiza clavando una oreja a la nuca con otra flecha, y cuarta, que una gacela ande con cinco patas; la quinta pata es otra flecha. Después, Vaharan, enojado de estas pruebas de habilidad inútil, se deshace de Azada tirándola del caballo.

Al regreso, después de un día de merodear y galopar por el desierto, los cazadores se reunían en uno de los refugios establecidos cerca del río. En la velada se contaban historias de los grandes monarcas de la dinastía, especialmente del fundador Ardachir, que era un personaje casi mitológico. Los consejos de Ardachir a su hijo Sapor se conservan todavía. Así, por ejemplo: "Un estado no puede subsistir sin religión", "la suerte



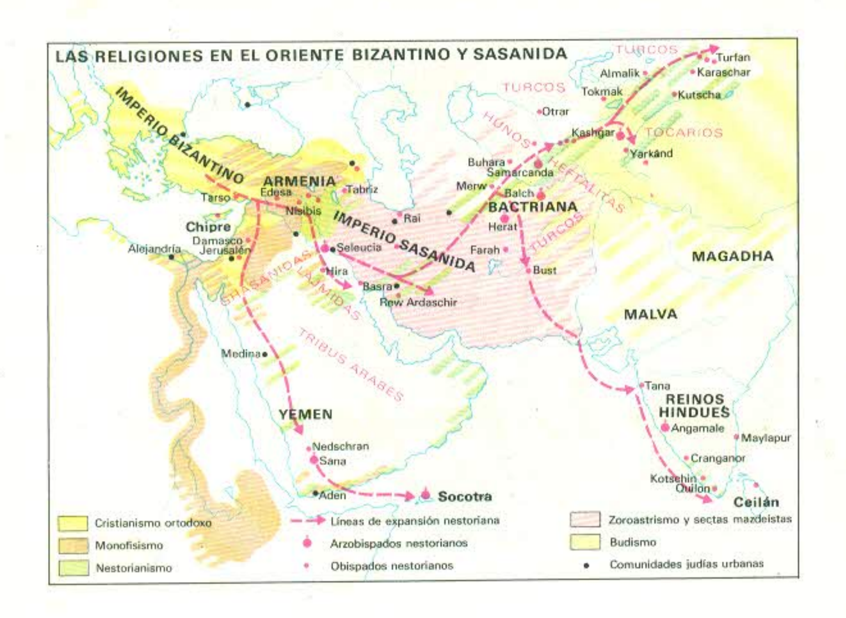


***Monedas sasánidas de oro de Bahram I y Bahram II (Gabinete de Medallas, París). En el reinado de este último, los persas suavizaron sus relaciones con los romanos y llegaron a firmar la paz con Diocleciano.***

de un pueblo depende de la conducta de sus gobernantes", etc. Algunas de estas sentencias van intercaladas con textos árabes en las *Mil y una noches*. Su recitado se acompañaba con el laúd.

Otros monarcas sasánidas se hicieron célebres por su amor fiel a una favorita. Todos tenían harén numeroso, con bellezas escogidas en las diversas provincias de su vasto imperio, pero algunos fueron devotos de una sola mujer. Tal fue el caso de Cosroes, gran cazador y aun gran guerrero, entregado al amor de la bella Sirin. Ésta era de una familia del Norte, probablemente armenia. Un día la vio bañándose en un ojo de agua del desierto el mejor escultor y, deseándola locamente, la pidió a Cosroes. Éste consintió en regalársela si llegaba a perforar con

***Restos del palacio real de Ctesifonte, antigua ciudad persa sobre el río Tigris, que fue residencia de los reyes sasánidas hasta que fue conquistada por los árabes en el año 637. Esta obra notable –el arco de bóveda es el más alto del mundo– fue mandada construir, según unos por Sapor I en el siglo III, y según otros por Cosroes I en el siglo VI.***




un túnel la roca de Behistún, que impedía el paso de las aguas. El escultor trabajó durante años, día y noche, y cuando llegó a terminar el túnel, Cosroes le engañó diciéndole que Sirin había ya muerto. Entonces el escultor se lanzó desde lo alto de la roca y todavía, a veces, se oye el nombre de Sirin que el escultor gritaba al caer.

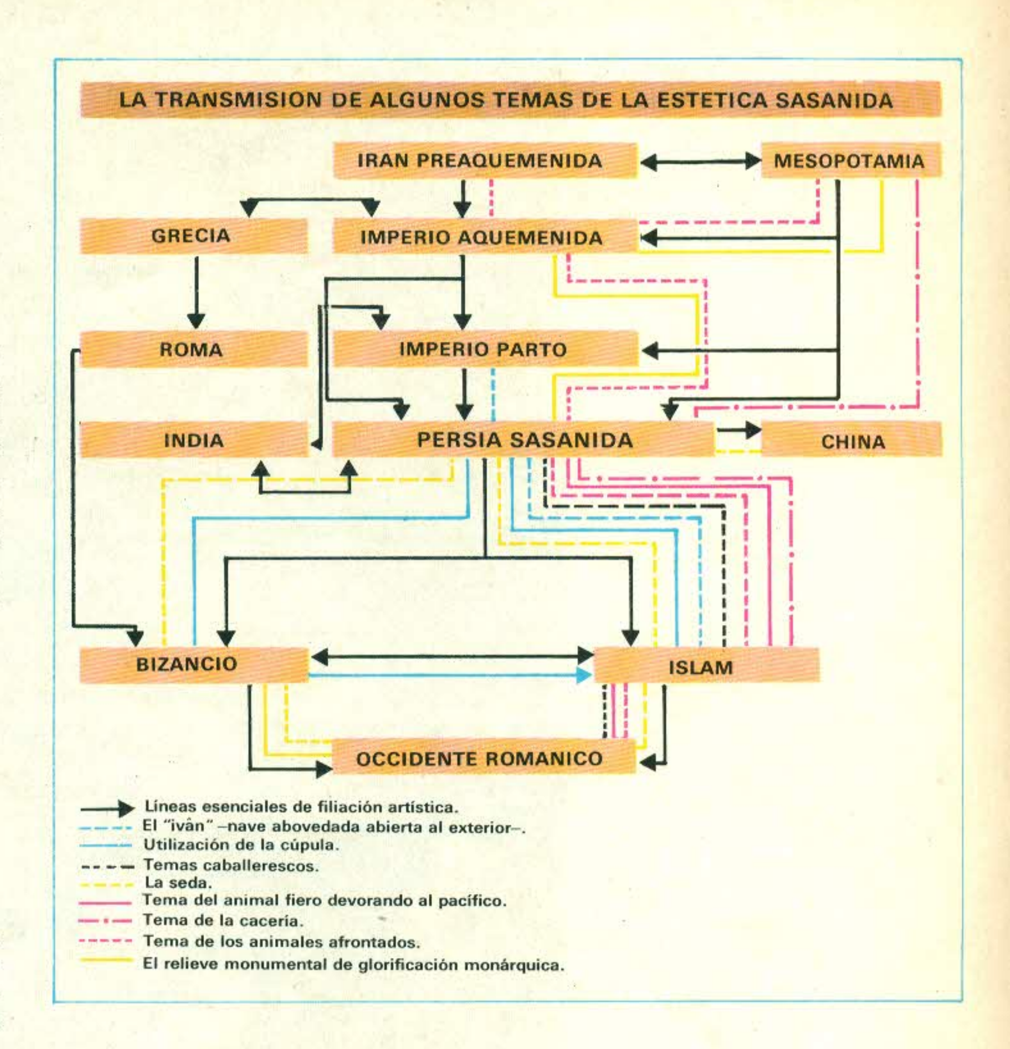
La poética leyenda de Sirin se completa con su muerte. La bella concubina quiso ver a su regio amante cuando ya era cadáver, pero se había envenenado de antemano y cayó muerta al contemplarlo. Así lo explica Firdusi en el *Shah-Namé* o *Libro de los Reyes*.

Cosroes II fue un gran cazador, cuyas hazañas cinegéticas están representadas en relieves junto al monumento tallado para su gloria en la roca. Allí está él mismo escul-

***Aspecto general de la necrópolis de Nash-i-Rustem. Al fondo, una sepultura típica: en el centro de los relieves en forma de cruz se abre la puerta de acceso a la cámara mortuoria, en el interior de la roca.***

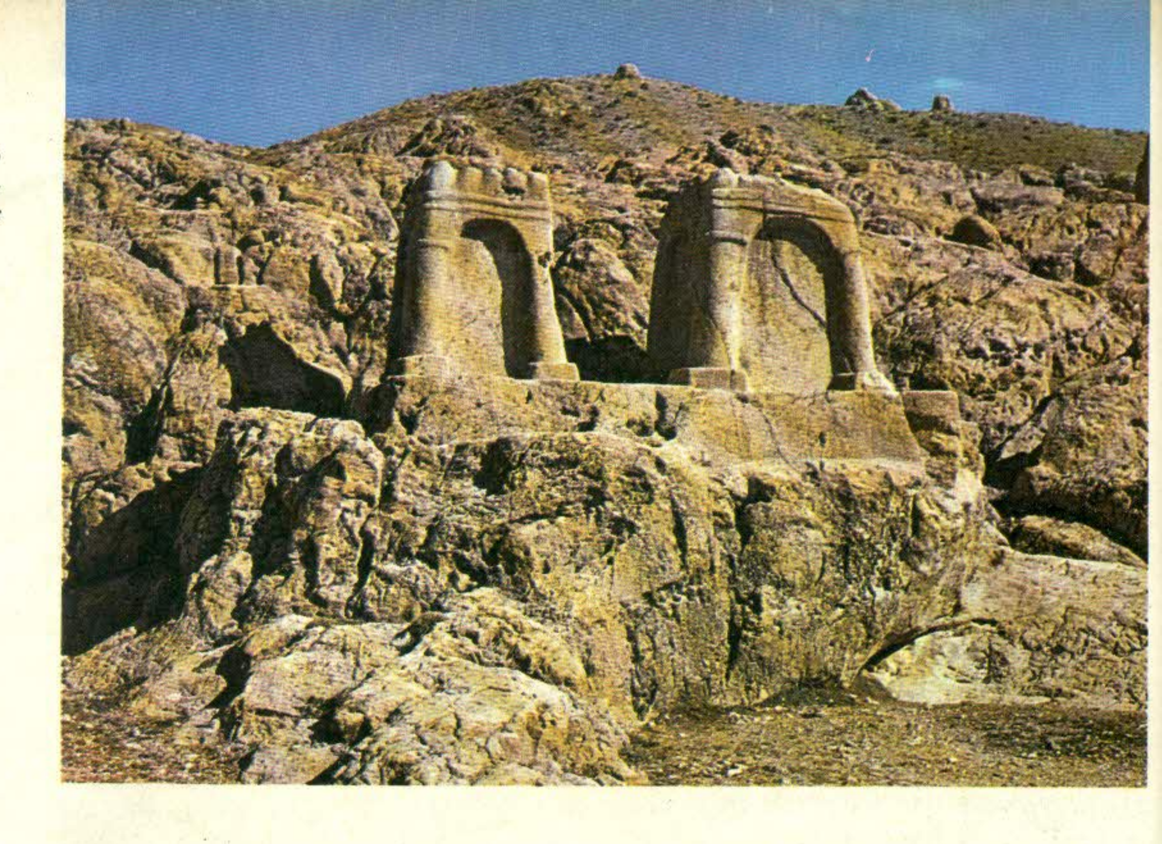
pido a caballo y empuñando una larga lanza, alusión a sus campañas. En una rápida razzia invadió Siria, llegando hasta Jerusalén. De allí se llevó la más preciada reliquia de la cristiandad: la Vera Cruz, pero tuvo que devolverla al emperador Heraclio poco después. Heraclio, desde Constantinopla, repartió trozos del Santo Madero a las más importantes iglesias del Occidente.

Cosroes fue el constructor del gigantesco apeadero de caza de Ctesifonte, que, aun muy mutilado, es la ruina más monumental del desierto. Era en principio una sala de veintitrés metros de ancho con bóveda parabólica. A cada lado había las crujías para aposento de los principales de la corte. Es un monumento sin par en el mundo grecorromano. Es muy posible que otros restos




***Representación de un combate ecuestre en las rocas de Nash-i-Rustem, cerca de Persépolis. El personaje central es, muy probablemente, Ormuz II derribando de su caballo a un enemigo.***

*El templo del Fuego, formado por dos monumentales altares o piras, en el valle de Nash-i-Rustem.*





*Jarra sasánida de plata (Biblioteca Nacional, París).*

de palacios persas, como Firuz Abad y Sarvistán, sean del tiempo de Cosroes. Se caracterizan por sus grandes cúpulas centrales, mayores que las romanas.

El amor fidelísimo de Cosroes por Sirin debió de aparecer en otras ocasiones. Una bandeja de plata dorada muestra a un monarca sasánida sentado al lado de una esposa en el trono, a la que cede el anillo mágico y el sello del estado. La monarquía sasánida permitía la libertad en materias religiosas y había en el harén real muchas concubinas que eran cristianas, pero la idea dominante fue siempre el culto del Fuego sagrado y los principios de Ahura-Mazda expuestos en el *Avesta.* Así, se reconocía la división del mundo en los cuatro elementos Fuego, Aire, Tierra y Agua, que con su combinación, en cantidades variables, crean la materia y la forma. El conjunto estaba representado por un ser fantástico llamado Simurg, que aparece tanto en la mayoría de objetos sasánidas de orfebrería como en las telas. El Simurg arroja Fuego, vuela por el Aire, anda por la Tierra y nada en el Agua. No hay nada parecido en otras religiones: es la Física elevada a Metafísica y Moral.

Lo que más caracteriza la cultura sasánida es su urbanidad. Estos últimos persas respetaron la decencia y los modales mucho más que bizantinos y romanos. Se cuenta de un príncipe real que llegó tarde a una fiesta y fue castigado severamente por su padre. El refinamiento de los monarcas sasánidas fue reconocido incluso en Bizancio. El emperador Arcadio, hijo de Teodosio, quiso encargar la educación del heredero al sasánida

*Torre del siglo* V, *en Nash-i-Rustem, que era probablemente un templo para la conservación del fuego sagrado. Esta torre o templo del Fuego existía en casi todos los palacios sasánidas.*

Isdegerd. Para indemnizarlo de los cuidados que le procuraría la tutoría, le dejó en testamento mil libras de oro. Ambos, Arcadio e Isdegerd, habían tenido dificultades y luchado por causa de la frontera de Armenia, pero el bizantino pretendía que el persa debía aceptar el encargo como prueba de amistad fraternal.

El sentimentalismo romántico de los sasánidas fue estimado por los árabes y después imitado en la España musulmana y en la poesía de los trovadores provenzales. Y esto nos lleva a hablar, aunque sea muy posterior, de la figura de Firdusi, el máximo poeta del Irán. Todo lo que hemos explicado de los persas sasánidas y mucho más se encuentra poetizado en el *Shah-Namé* o *Libro de los Reyes*.

Abu-l Kassim Mansur, que nosotros llamamos Firdusi, nació en una aldea cerca de Tus, en la frontera del Turquestán. Por los datos que da en su poema, que resultan biográficos, puede asegurarse que nació el año 329 de la hégira, casi el 1000 de nues-



*Sapor II cazando, representado en una copa sasánida de plata del siglo* IV *(Museo Británico, Londres).*

## LAS TECNICAS PERSAS DE REGADIO: APOGEO Y DECADENCIA

Las técnicas de irrigación, desarrolladas a partir de una tradición que se remonta a la época de la instalación de los indoeuropeos al sur del Elburz, llegan a su apogeo en Persia durante la época sasánida, y constituyen una de las grandes contribuciones iranias a la civilización islámica.

Los reyes sasánidas establecen una red importante de conductos subterráneos, que en los primeros siglos del Islam extienden al Fars y todo el sur del Irán, Palestina, Siria, costa sur de Arabia y, a partir del siglo x, a África del Norte.

Las galerías persas llevan a 30 ó 40 km el agua de las capas subterráneas, hundiéndose a veces a más de 100 m bajo el suelo, pero guardando siempre la pendiente necesaria para establecer una corriente sin interrupciones. Cada canal exige, para evacuar los depósitos aluviales, pozos verticales cada 10 m, cuyos cráteres jalonan el recorrido a través del desierto.

Toda la riqueza de los oasis y de las ciudades instaladas en país seco depende durante siglos de los canales subterráneos. Este hecho imprime en el Oriente sasánida, y luego en los países musulmanes, una estricta disciplina colectiva y una peculiar organización política de las comunidades rurales.

En el Irán, el jefe del pueblo construye su casa más alta que las otras, exactamente a la salida de la galería subterránea, y vigila celosamente su funcionamiento y utilización. Aislado y protegido de las incursiones nómadas por sólidos muros, el establecimiento sedentario al borde del desierto es un todo cerrado y autosuficiente.

En Mesopotamia, los sasánidas llevan el regadío a su máxima expansión con el canal de Nahrwa, digno de la ingeniería moderna, que tenía que ser dragado regularmente por la elevación progresiva de la llanura aluvial del Tigris.

Los canales subterráneos no son la única aplicación de la técnica de la irrigación en que se distinguen los sasánidas; son de destacar también la construcción de grandes pantanos —el de Karún sobre todo—, las protecciones ideadas para los canales al aire libre y la aplicación de la energía eólica, que permite extraer agua de pozos muy profundos. Todo ello permite la superación de un límite primitivo de la vida sedentaria en las zonas semidesérticas del Irán y está en la base de la riqueza persa durante la Alta Edad Media.

La interrelación entre organización política y mantenimiento del esplendor persa se ha puesto de relieve a partir de la historia de los regadíos en la época islámica.

Los canales sasánidas en Mesopotamia, todavía prósperos durante la época abasida, fueron voluntariamente destruidos por sabotaje en la época de turbaciones y luchas intestinas del Islam que precedieron en cien años a las invasiones mongólicas. Desde 1200, los suelos mesopotámicos comenzaron a hacerse salados.

Pero la consideración de los acontecimientos históricos no debe hacerse en perjuicio de las incidencias climatológicas y geológicas, que, según parece, jugaron un papel muy importante en la progresiva deterioración del sistema agrícola creado por los sasánidas.

Los sasánidas canalizaron el curso inferior del Tigris, impidiendo la pérdida de ricos terrenos aluviales. A fines del siglo v (reinado de Kavadh I), los diques se rompieron y las aguas del Tigris inundaron la llanura. Reconstruidos los muros, fueron destrozados definitivamente por las aguas del Tigris y del Eufrates en el año 636, naciendo así la zona pantanosa del Hor al-Hammar.

Una de las zonas más florecientes en el Irán sasánida era el Seistán, actualmente un desierto. Su ruina se ha puesto en conexión con la dominación árabe y las invasiones mongólicas. Sin embargo, los estudios de climatología apuntan hacia una solución diferente: la época sasánida coincidió con una etapa húmeda en la meseta irania, como lo atestigua el nivel de las antiguas zonas lacustres del Seistán, que empezó a descender desde el año 900, provocando en el siglo xiii la desaparición de los oasis.







***Tres monedas sasánidas de oro, muy similares, con las efigies de Sapor II, Ardachir II y Sapor III, tres reyes que se sucedieron ocupando el trono de Persia desde 309 a 388 (Gabinete de Medallas, París).***

tra era. El padre de Firdusi, propietario de feraces tierras junto a un canal, pudo darle una buena educación; sobre todo, Firdusi conocía varias lenguas orientales. Con esta base, en su juventud pudo leer antiguos textos históricos, a los que a menudo hace referencia en su poema. El gobernador de Tus, admirado de las poesías de Firdusi, quiso presentarlo a Mahmud, reyezuelo de la parte oriental de Persia, y éste, complacido del genio extraordinario del poeta, ofreció pagarle un dinero de oro por cada dístico rimado si llegaba a componer un poema épico que relatara los episodios heroicos que habían tenido por protagonistas a los reyes de la Persia antigua.

Alentado Firdusi con la esperanza de tan grande recompensa empezó el *Libro de los*

*Reyes* o *Shah-Namé,* al que dedicó toda su vida. Murió octogenario en Tus, y se vio defraudado por Mahmud, quien le envió el número de monedas convenido, sólo que en lugar de oro eran de plata. Firdusi rehusó esta cantidad y, pobre y amargado, marchó como peregrino con el bastón de derviche.

El gran poema épico de Firdusi se ha comparado a las epopeyas de Homero. Tiene el mismo valor cultural, estético e histórico, pero mientras la *Ilíada* y la *Odisea* se desarrollan en el período de una generación, el *Shah-Namé* abarca toda la historia de Persia y empieza con un resumen mitológico de la Creación. Siguen monografías de monarcas fabulosos, algunos de los cuales reinaron pocos años, pero otros alcanzaron hasta mil. Sus hazañas son maravillosas; pelean con ejércitos de elefantes y caballos para vencer a enemigos formidables, especialmente a los vecinos turanios, hombres de otra raza que se oponen siempre a los arios de Persia.

Algunos de los episodios tienen por asunto personajes reales, como el de Cosroes y Sirin, que ya hemos mencionado. Otros, como el de Al- Iskander, o sea Alejandro, conservan detalles de la verdadera vida del biografiado, aunque a veces Firdusi altera los hechos hasta hacer una novela fabulosa de aventuras. Al- Iskander es hijo de Pheilekous (Filipo, el macedonio) y de una mujer



***Relieve de la cueva de Taq-i-Bostan que representa la caza real del jabalí. Toda la corte del rey sasánida participa en la cacería con medios tan pintorescos e irreales como elefantes y barcas. El conjunto, a pesar de su primitivismo, como la falta de relieve, es de una agilidad difícilmente superable.***



***Relieve de Taq-i-Bostan que figura una cacería de ciervos. Como se desprende de los relieves de esta gruta, la caza de animales salvajes era el deporte preferido de la corte sasánida.***

*Detalle de un tapiz del siglo VI en que aparece Cosroes I asistiendo en su trono a una batalla entre sus tropas y las abisinias (Museo Histórico de Tejidos, Lyon).*

*Medallón central de la llamada "copa de Cosroes", que representa a un rey sasánida sentado en su trono de majestad. Probablemente se trata de Kavadh I (Biblioteca Nacional, París).*



de raza rumi (romana o bizantina) que despedía un olor desagradable, pero el hijo, Alejandro, exhalaba, en cambio, un perfume delicioso. Éste es, pues, un detalle verdadero que se conservaría por tradición. Recuerda también Firdusi el afecto que Iskander alimentó por su madre toda la vida, lo mismo que la atención con que recibía los consejos de Aristatalis (Aristóteles), "un hombre ilustre en el Rum (entre los romanos o griegos), muy inteligente, prudente y de gran ambición". Ambos, la madre y el maestro, estaban en Babilonia, según cree Firdusi, cuando la muerte del héroe. Firdusi explica con muchos pormenores el embalsamamiento y la disputa que motivó el decidir el lugar para depositar definitivamente el cadáver. Por fin "un sabio de la montaña" pronunció esta sentencia: "¿Por qué conservar tanto tiempo el cuerpo de Alejandro? Su tierra es Iskenderieh (Alejandría), la que él creó cuando estaba vivo".

La leyenda de Al- Iskander, o Alejandro, forma la décima parte del *Shah-Namé*. No hay que extrañarlo, porque todavía hoy es

## LOS HOSPITALES

Posiblemente a la Persia sasánida debe la humanidad la existencia de los hospitales. A pesar de que hay noticias esporádicas de la existencia de lugares en que acoger a los enfermos –y muy en especial a los heridos de guerra o por accidente–, a lo largo de toda la historia antigua no se encuentran detalles de una verdadera institucionalización de dichos centros, que, por lo general, se encontraban anejos a los templos o vecinos de los lugares fronterizos y coliseos.

Persia conoció los logros de los griegos, ya que admitió y dio refugio en su territorio a cuantos en Bizancio eran perseguidos por sus ideas religiosas; por otra parte, tuvo conocimiento de los ensayos realizados por el indio Asoka (273-232), quien había dispuesto que en sus estados hubiera "tratamiento médico de dos especies: tratamiento médico para hombres y tratamiento médico para animales. Dondequiera que no se encontraran hierbas medicinales buenas para hombres y buenas para animales, se logró que se importaran y se plantaron".

En la época de Cosroes Anuchirwan (531-579), los refugiados concentrados en la ciudad de Chundisapur tuvieron conocimiento a través de los médicos persas, Burzoé por ejemplo, de la situación de la sanidad en la India, y de la síntesis de todos estos elementos por gentes de las más diferentes razas y religiones nació el Gran Hospital de la ciudad, que sirvió más tarde de modelo a los hospitales musulmanes e, indirectamente, a los españoles y europeos.

El maestro pasaba visita acompañado de sus discípulos. Éstos iniciaban el reconocimiento, tratando los casos que veían claros y dejando los difíciles para aquél, quien establecía el diagnóstico y la terapéutica, basada siempre en los "simples" de las más distintas procedencias. Para evitar que éstos fueran adulterados por los comerciantes, se procedía a cultivarlos en un jardín o huerto anejo al hospital y posiblemente se facilitaban gratuitamente a los pobres. Los sueldos del personal corrían a cargo del soberano, pero desconocemos, para este período sasánida, su cuantía.

J. V.

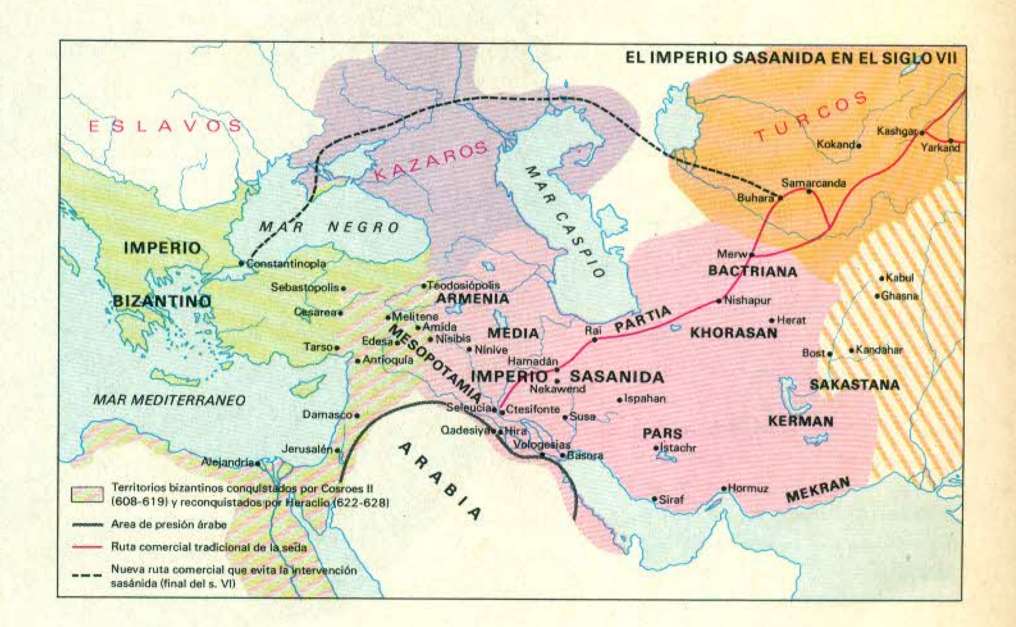
Iskander el héroe más recordado en todo el Oriente. Pero las proezas de este rey conquistador son de una fantasía que supera a cuantas se han atribuido a otros reyes mitológicos. Alejandro, por su deseo de conocer, viaja por todo el mundo. Va al Occidente, hasta llegar al borde de la tierra donde empieza el mar. Ve multitudes de pueblos, algunos todos negros, "que sólo tienen blancos los dientes"; lugares donde las gentes tienen sólo una pierna; llega al país de las amazonas y consigue penetrar en su ciudad, pues quiere saber cómo viven y cómo se procuran descendencia; atraviesa cordilleras cuya altura llega hasta el cielo. Va a Usir (Egipto), a la India y hace preguntas a los brahmanes, admirando su sabiduría; por el Oriente llega al fin a Gog y Magog, donde construye una muralla infranqueable. Todo este recorrido lo hace acompañado de su ejército de miles de soldados y elefantes con los que gana batallas terribles. El poema de Firdusi acaba con el asesinato de Jezdegird, último rey sasánida, y la ocupación de Persia por los árabes enviados por Omar. Firdusi, que es chiita, siente gran admiración por Alí y el profeta, y es de los que creen que Mahoma dijo: "Yo soy la voz, pero Alí es el que me dicta la revelación". Pero en el fondo alienta siempre el mazdeísta o adorador del fuego.

El *Shah-Namé* termina con estas líneas, que transcribimos y que constituyen, en realidad, una especie de confesión:

"Sesenta y cinco años han pasado desde que con espíritu triste empecé a buscar la historia de los reyes" (se refiere a un libro de historia perdido). Recuerda a los que le ayudaron en la investigación de los materiales que formaron la base de su epopeya. "Du-



***Pátera de plata de Cosroes I (Museo Británico, Londres).***





rante treinta y cinco años me consumí en esfuerzos inútiles de búsqueda. Ahora, cuando mi vida toca a su fin, a los ochenta años, termino la historia con la muerte de Jezdegird, cuando ya habían transcurrido cinco veces ochenta años desde la hégira (o sea el mes de febrero de 1010 después de Jesucristo)..." "¡Que el trono de Mahmud sea siempre verde y que él goce de juventud y alegría! Que conserve el entendimiento, el saber y la nobleza, que sea la luz de los persas y los árabes... Yo le dejo este gran poema que consta de seis veces diez mil dísticos (o pareados). Será mi gloria; yo no moriré, mi nombre será inmortal. Yo he enseñado la manera de escribir bien. Los hombres inteligentes bendecirán mi memoria cuando yo no exista ya." "Envío mil bendiciones y elogios al Profeta elegido por Dios y a los miembros de la familia, por respeto a la religión." De esta manera y con estas palabras Firdusi se declara mahometano, aunque sin dejar de pertenecer a la secta de los chiitas.

A pesar de esta declaración final, tan categórica de fe musulmana, Firdusi, a lo largo del poema, introduce a menudo sabios filósofos del mazdeísmo sasánida, sacerdotes

***Tejido sasánida de seda del siglo VII (Museo Lorrain, Nancy).***

***Representación, en una copa de plata dorada, de Jezdegird III cazando (Biblioteca Nacional, París). Fue éste el último rey de la dinastía sasánida. Durante su reinado, los árabes se apoderaron del territorio y Persia entró en otra fase de su historia.***

*Miniatura de un códice persa del "Libro de los Reyes" que ilustra el pasaje del poema en que el héroe Rustem combate con el demonio blanco de Mazandaran (Museo Británico, Londres).*

laicos, independientes, que aconsejan a los héroes y reyes: los llamados *mobeds*. Uno de ellos, el Gran Mobed, debía de tener categoría de patriarca, pero no se percibe que los mobeds formasen una comunidad religiosa. Debían de conservar muchos principios del *Zend-Avesta* y cuidar del fuego en los templos, pero además tendrían una filosofía propia, porque vemos aparecer símbolos como el Simurg (síntesis de los elementos fuego, aire, agua y tierra), de que ya hablamos antes.

Ya en tiempo de Firdusi, el cristianismo había hecho prosélitos en Persia. En el *Shah-Namé* se da cuenta de monjes que viven en buenas relaciones con los mobeds y grandes personajes del mazdeísmo. Es deplorable que los árabes destruyeran textos que seguramente poseerían en los que se explicaría el sentido de las tres religiones que se asociaron en Persia, la de Zarathustra, la de Cristo y la del Islam, sin contar, claro está, la de los magos.

En el *Shah-Namé* es muy frecuente que los protagonistas de las historias vayan a Rum, que es Constantinopla. Algunos residen allí largo tiempo y son huéspedes de Zar (césar), que es el emperador. Hasta parece como si durante el tiempo de su permanencia en la capital de Rum se contaminaran de cristianismo, mas para recaer en su mazdeísmo nacional en cuanto regresan a Persia.

Algunos episodios se refieren también a las relaciones con el Khakan o emperador de la China, pero en conjunto la Persia antigua, la de Firdusi, se inclina más hacia el Occidente, o sea Bizancio, que hacia la China.

En el poema, los personajes escriben sus cartas en telas de China, estiman sus tejidos, sus brocados, sus armas, pero no se entusiasman por la cultura de aquel inmenso país en pleno dominio del confucianismo.



*Dracma de Jezdegird II, rey desde 632 hasta la invasión árabe (Gabinete de Monedas, París).*

## BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| Bidez, F., y Cumont, F. | *Les mages hellenisés. Zoroastre, Ostanes et Hystaspe d'après la tradition grecque,* París, 1938. |
| Cameron, G. | *History of early Iran,* Chicago, 1936. |
| Christensen, A. | *Le regne du roi Kawadh I et le communisme mazdakite,* Copenhague, 1925.<br>*L'Iran sous les sassanides,* París, 1944. |
| Ghirshman, R. | *L'Iran des origines à l'Islam,* París, 1951. |
| Guenther, A. | *Beiträge zur Geschichte der Kriege zwischen Roemern und Parthern,* Berlín, 1922. |
| Pagliaro, A. | *La Persia nell'età sassanide,* Roma, 1956. |
| Zaehner, R. C. | *Zurvan. A Zoroastrian dilemma,* Oxford, 1955. |




***Aguamanil de plata dorada, pieza de orfebrería sasánida (Biblioteca Nacional, París), con representación de un guepardo caminando junto a unas flores de loto.***

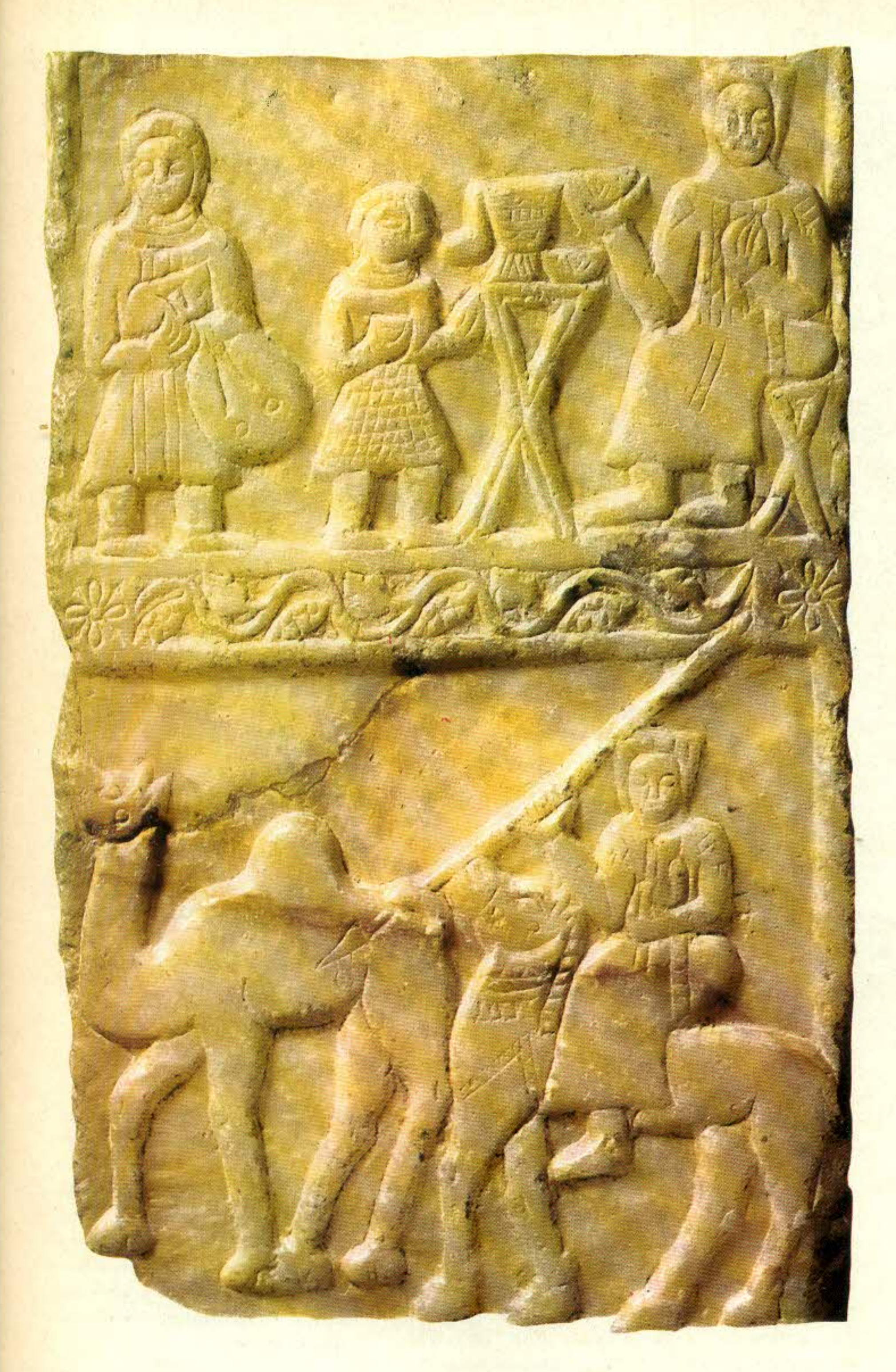


*Una guía ilustrada para peregrinos, del siglo XVIII, contiene este plano figurado del santuario de La Meca con la Kaaba en el centro. La simetría es simbólica, pues para los árabes de todos los tiempos la Kaaba es el centro del universo (Biblioteca Bodleyana, Oxford).*

# Mahoma

Mahoma nació en La Meca, el verano del año 570. Su padre murió en un viaje, tres meses antes de nacer el niño, y su madre lo dio a criar a una nodriza beduina de la tribu de los Beni Asad. Esta mujer lo destetó a los dos años y sólo entonces lo llevó a la madre para que viera cuán robusto crecía. La tradición cuenta que la madre, algo histérica, dijo a la nodriza: "Toma el niño otra vez y vuelve al desierto, no sea cosa que vaya a enfermar con el aire malsano de La Meca". Así permaneció Mahoma otros tres años en la tienda de los beduinos que le criaron, y con ellos aprendió la lengua algo arcaica de los árabes primitivos, que da tanto valor a sus palabras. "Yo soy un árabe de pies a cabeza –acostumbraba decir más tarde–; desciendo de los coraixíes de La Meca y hablo la lengua de los Beni Asad." Durante los cinco años de su vida en el desierto, Mahoma debió de comenzar a impresionarse con los grandes espectáculos de la naturaleza, ante los cuales quedó siempre conmovido; los vendavales que levantan las arenas y tronchan las palmeras, el resplandor que ciega del sol de mediodía, el rayar del alba y el brillo de los astros por la noche; el golpear de los cascos de los caballos, el largo beber de los camellos, y tantas otras cosas de la vida nómada que aparecen en el Corán.

Al llegar a los cinco años, la nodriza devolvió el muchacho a la madre, en La Meca; pero ésta murió ocho meses después y el niño hubo de pasar a casa de su abuelo paterno. También éste murió tres años más tarde, y Mahoma fue entonces definitivamente adoptado por su tío Abu Talib. El futuro profeta del Islam conoció, pues, las angus-



***Estela preislámica procedente del sur de Arabia que representa a un camellero reunido con su familia y viajando por el desierto (Museo del Louvre, París).***

tias de la orfandad; falto de mimos maternales, debió de percibir su condición de advenedizo entre los demás miembros de la familia de su tío. Por esto en el Corán se hace tanto hincapié en la generosidad que debe tenerse con los huérfanos; es una falta gravísima el robar su hacienda, y moralmente es un pecado, castigado por Dios con el fuego del infierno.

La familia de Mahoma no era rica; su padre, al morir, no dejó más fortuna que cinco camellos y un esclavo. El tío de Mahoma, Abu Talib, tenía ya un rebaño de cabras y ovejas, y enviaba a su sobrino a guardar este exiguo ganado en las áridas alturas de los alrededores de La Meca. Mahoma insiste en que no ha habido ningún profeta que no haya sido pastor, lo que confirma que él había ejercido este oficio.

Las gentes de La Meca, rodeadas de tierras pedregosas, escasísimas en manantiales, vivían del comercio y de la superstición, vinculada a un antiguo edificio con ídolos llamado *la Kaaba*. Ésta atraía peregrinos y era ya, en tiempos de Mahoma, la fuente más saneada de ingresos de los habitantes del lugar. Pero éstos, además, buscaban otros beneficios traficando con almizcle, incienso y especias, que compraban a los árabes del Sur, o a los abisinios, del otro lado del mar Rojo, y vendían a los sirios y griegos de Bassora y Damasco. A veces, las caravanas eran empresas colectivas en las que participaban casi todos los habitantes de La Meca; pero particulares algo aventureros se lanzaban también a este comercio por su cuenta. El tío de Mahoma, Abu Talib, estuvo dos veces en Siria para traficar, llevándose a su sobrino, y la primera vez cuando éste contaba solamente doce años. Después, viendo Abu Talib que sus ganancias no le permitían mantener una boca más en la casa, aconsejó a Mahoma que se alistase en las caravanas que enviaba una viuda llamada Jadicha. He aquí, pues, a Mahoma, desde los doce años hasta los veinticinco, en que casó con Jadicha, marchando otra vez por las rutas del desierto, y durante las horas de vela, por la noche, observando la bóveda estrellada o siguiendo el curso de los planetas "que viajan en dirección contraria".

Todo esto reaparece en el Corán. Se dan, además, allí prescripciones para los viajeros; parece que Mahoma considera el viajar como la condición casi normal para sus prosélitos. "Haréis esto –dice– en tal o cual caso, pero si vais de viaje haréis tal otra cosa", generalmente compatible con las condiciones en que se halla el que camina por el desierto. Por ejemplo, las abluciones, cuando hay tierra limpia o arena, como ocurre en el desierto, pueden hacerse, a falta o escasez de agua, con esta arena.

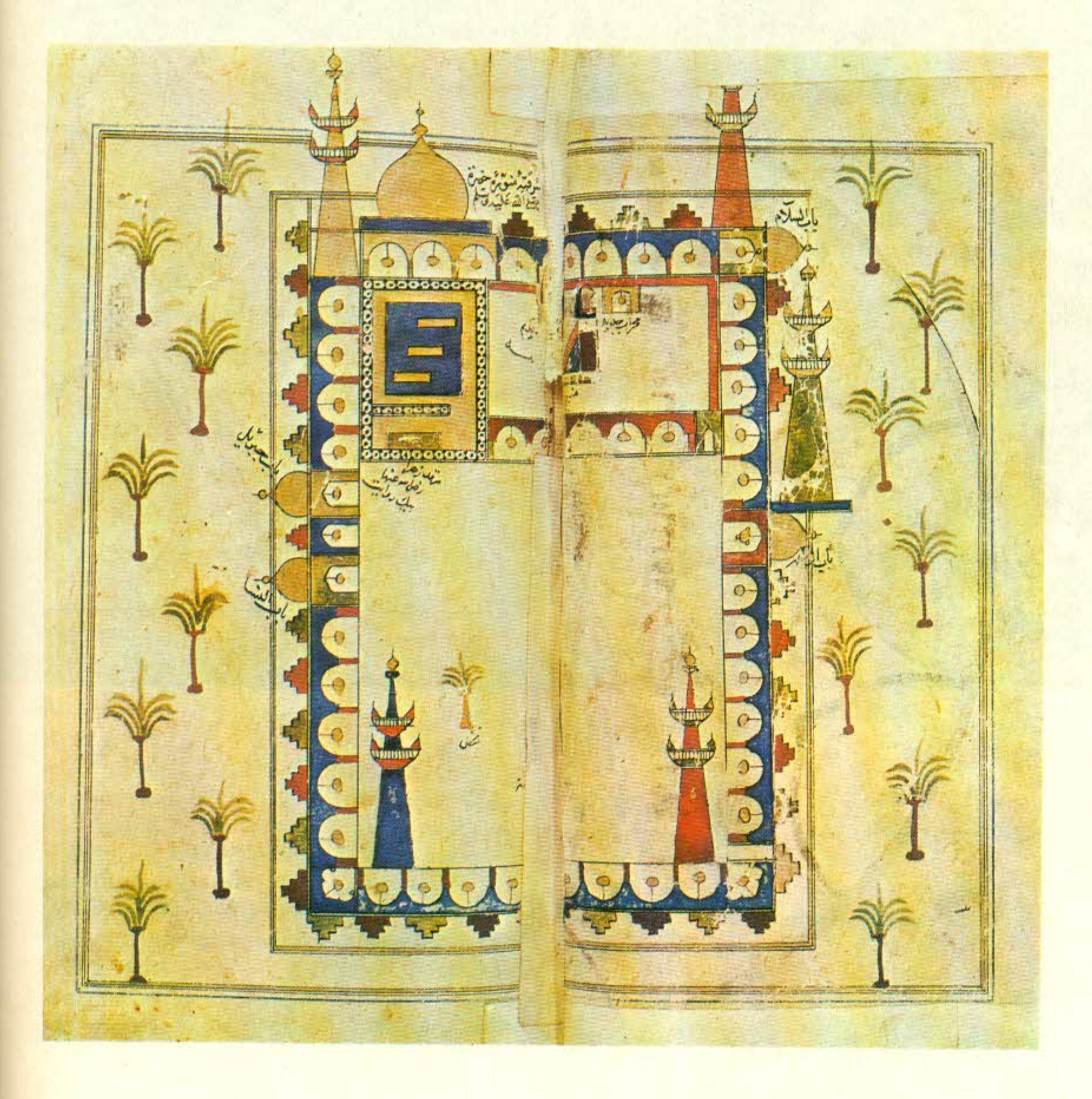
Camellero, o mozo de mulas en el desierto, se manifiesta también Mahoma con las interjecciones y juramentos que usaba para maldecir. El único juramento prohibido a los mahometanos es el de jurar en falso por el nombre de Dios; pero los capítulos del Corán muy a menudo empiezan así: Juro por la caída de la tarde... Juro por el Sol y el resplandor del cenit; juro por la Luna, que le va siguiendo; juro por el Día, que revela toda su gloria; por la Noche, que lo amortaja...

Por lo que toca a fortuna, cuando Jadicha le preguntó, para enamorarle, por qué no se casaba, Mahoma contestó: "No puedo casarme, no poseo nada para mantener una familia".

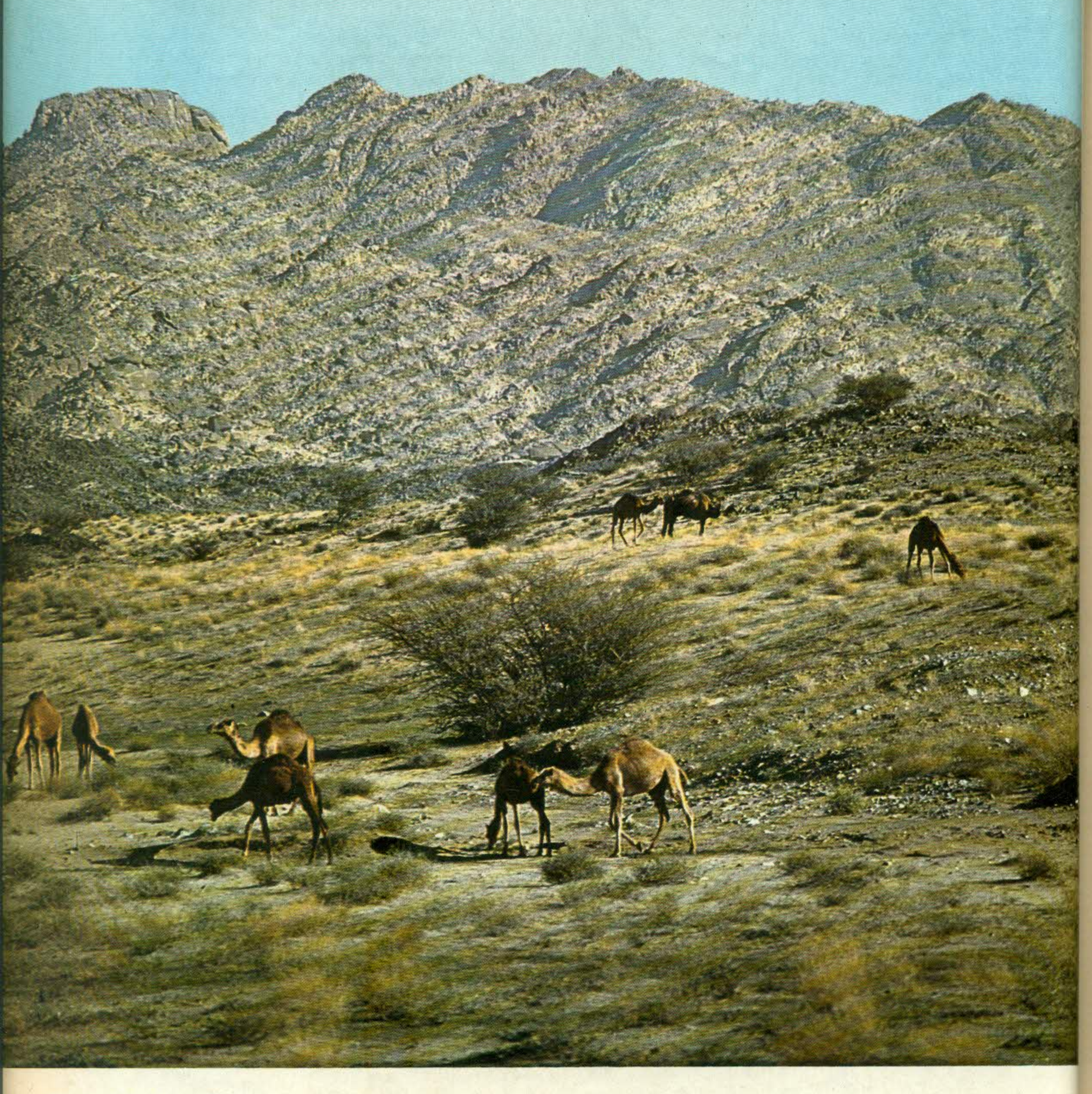
Jadicha tenía entonces cuarenta años, había enviudado dos veces, y esto le daba discreción bastante para comprender que aquel mozo de caravana haría un marido excelente. No tenemos ningún retrato de Mahoma; siempre se le representa con la cara velada. Las descripciones nos dicen que era de estatura mediana, ancho de espaldas, cuello largo y frente despejada; de cabello negrísimo, algo rizado, que le caía en bucles detrás de las orejas. Sus ojos, también negrísimos, a veces estaban algo congestionados. Tenía los dientes espaciados, y en ocasiones reía tan fuerte que se retenía las ijadas y enseñaba hasta las muelas. Pero era característico de Mahoma el volverse con toda su persona, al hablar o al escuchar, como hombre sin doblez.

Y Jadicha (la leyenda dice que era una viuda rica) ciertamente procuró a Mahoma el reposo que necesitaba para poder prestar atención a las revelaciones que empezaban a inquietarle; pero no se desprende de los acontecimientos que Mahoma pudiera disponer de una gran fortuna, ni aun después de casado. Jadicha dio, en cambio, a Mahoma dos hijos y cuatro hijas, aunque sólo una hija, la célebre Fátima, sobrevivió a su padre.

La tradición supone que hasta los cuarenta años no tuvo Mahoma la primera "revelación". Esto es difícil de aceptar, porque Mahoma no era de temperamento normal y ya desde niño tuvo ataques que alarmaron a su nodriza. Sin embargo, los musulmanes insisten en que hasta el año 609 (esto es, al frisar en los cuarenta) Mahoma no tuvo la aparición inicial que le obligó a hablar como profeta. Se hallaba completamente solo, meditando al pie de una de las colinas que rodean La Meca, cuando distinguió de pronto, a una distancia de dos pasos (a dos medidas



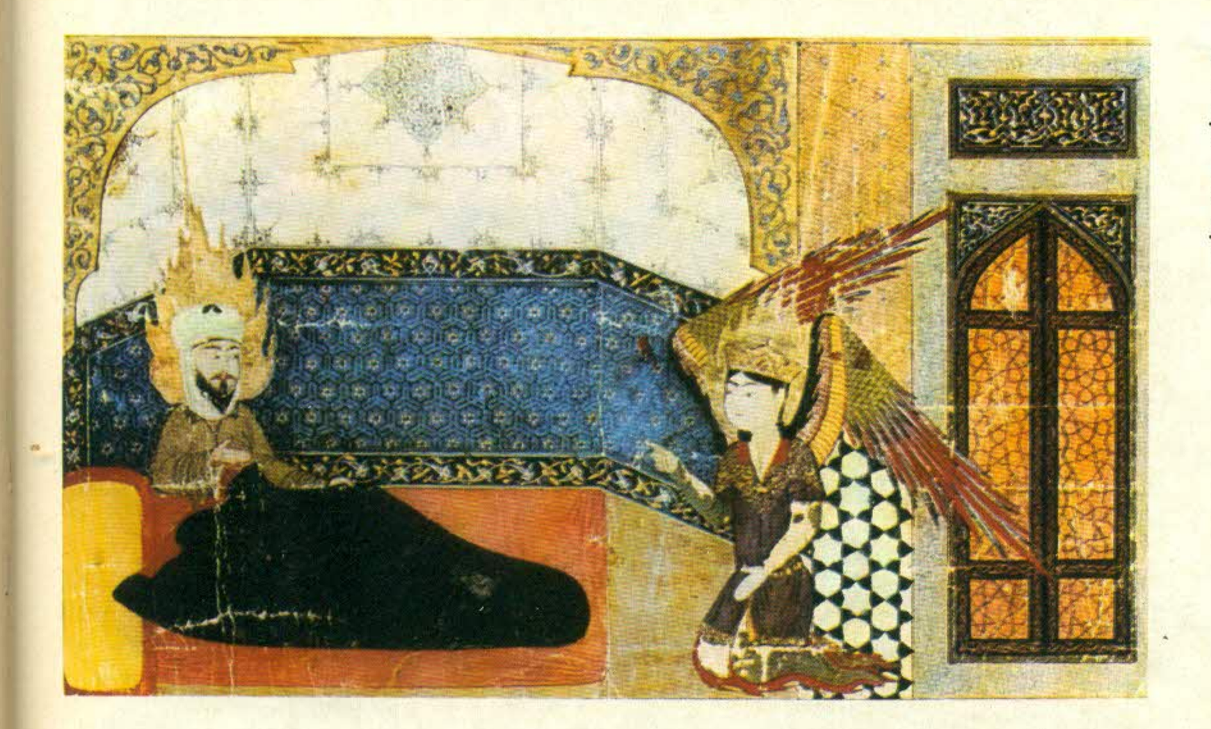
***Plano de los santuarios de La Meca en un manuscrito árabe (Museo de Munich). Antes de Mahoma, la ciudad religiosa de La Meca, donde se hallaba la Kaaba y en ella la piedra negra, símbolo de la misericordia de Alá, era un punto común entre las belicosas tribus de Arabia. Cuatro meses al año cesaban las hostilidades para que los fieles pudieran visitar el santuario.***



***Paisaje de la Arabia Saudita con la presencia de unos dromedarios que, desde la época preislámica, realizan el tradicional tráfico caravanero de la región.***

de arco flechero), al ángel Gabriel, que le dictó estas palabras:

1) Recita: *"En el nombre de Dios, criador,* – 2) *que crio al hombre de sangre coagulada.* – 3) Recita: *Porque tu Señor es bondadoso;* – 4) *él es quien ha enseñado la escritura;* – 5) *él es quien ha enseñado lo que no sabíamos.* – 6) *En verdad el hombre es insolente* – 7) *así que consigue riquezas,* – 8) *cuando al Señor lo debemos todo.* – 9) *¿Qué piensas de los que retienen* – 10) *de rezar al Siervo de Dios?* – 11) *¿Han escuchado bien?* – 12) *¿No has visto cómo rehúsan prestar atención a la verdad?* – 13) *¡Cómo puede ser! ¡No saben ellos que Dios lo ve todo!* – 14) *En verdad, si no se enmiendan los arrastraremos por el mechón de la frente.* – 15) *¡A los mentirosos y pecadores, por el mechón de la frente!* – 16) *¡Dejad que llamen a sus compañeros! Nosotros llamare-*



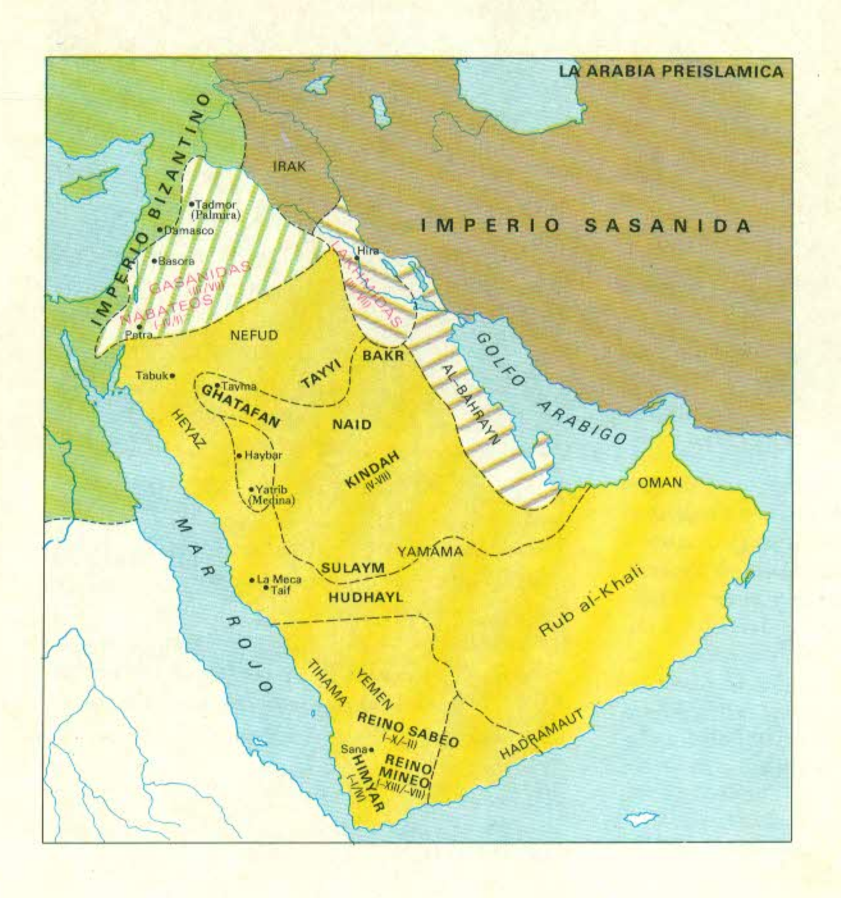
***Esta miniatura del siglo XV representa la escena de la leyenda del profeta en que el arcángel Gabriel se aparece a Mahoma, que se hallaba meditando no lejos de La Meca, y le da la revelación de Dios (Biblioteca Nacional, París).***

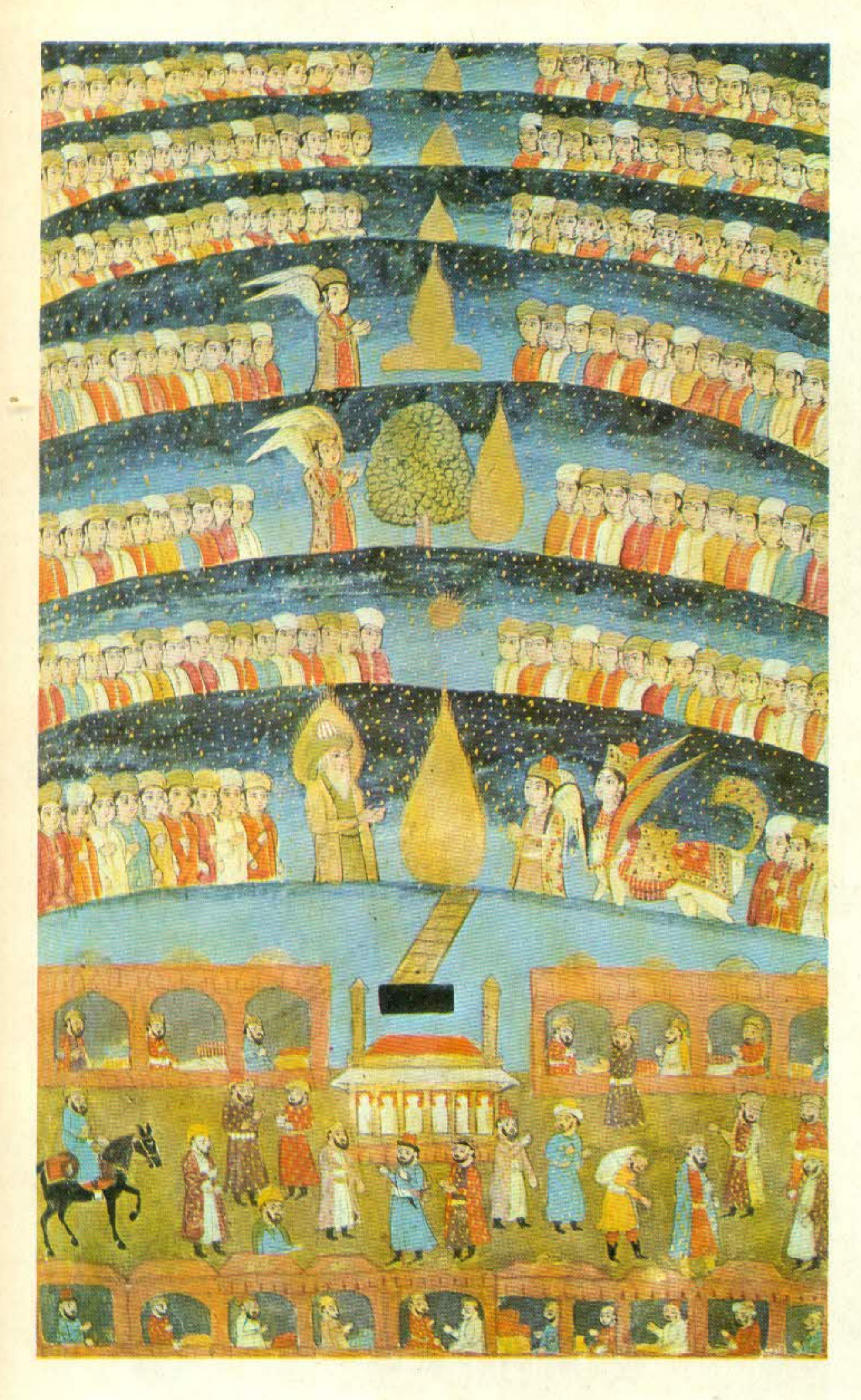
*mos a las guardias del infierno.* – 17) *¡No, no os sometáis!* – 18) *Adorad y acercaos al Señor".* Esta extraña muestra literaria, dictada por el ángel, está actualmente incluida en el Corán; forma el capítulo corto número 96. Pero en las versiones que pretenden restaurar el orden cronológico de la revelación, el capítulo 96 pasa a ser el primero.

Vamos a analizar su contenido. Por lo pronto, el ángel obliga a "recitar"; por esto la palabra *Kor'an* o *Qur'an* quiere decir salmodia, recitación. El Corán no se canta ni se lee; se recita. Su estilo es de una incoherencia que sorprende a los occidentales; por esto los doctores musulmanes dicen que el Corán sólo puede ser comprendido por los creyentes. Es posible; pero los infieles vemos, en este primer *sura,* sólo un espíritu religioso en forma más o menos profética, aunque muy basto... Los ricos son los que impiden al creyente acercarse al verdadero Dios con la oración. Son ellos, los descreídos, quienes impiden al siervo que adore al Señor; son ellos los que serán castigados y arrastrados al infierno por el mechón de pelo de su frente... Esto es todo lo que sacamos en claro los que no podemos gozar de la belleza del texto, que unánimemente ha sido reconocido como de un lenguaje exquisito por todos los arabistas.

Pero volviendo al proceso de la formación del Corán, resulta todavía dudoso si este *sura* o *azora* (que suele traducirse por *capítulo*) es o no es la primera manifestación de una fuerza profética que actuara en Mahoma. Pero hay en el Corán *suras* más cortos aún, que manifiestan una fe más simple y parecen preliminares poéticos de la revelación religiosa. He aquí, por ejemplo, un *sura* que tiene sólo cinco versos:

Sura 103: "Mi refugio es el Señor del Alba, – contra los males que nos rodean, – contra los males de las tinieblas, – contra las brujerías, – contra la maledicencia del envidioso".





***Miniatura persa que ilustra el pasaje de la vida de Mahoma en que, transportado a Jerusalén a lomo de Borak, ser fabuloso con cara de mujer, cuerpo de mula y cola de pavo real, ascendió por una escalera desde las ruinas del templo judío hasta el trono de Dios (Biblioteca Nacional, París).***

Consta, además, que para evitar la pesadilla de las visiones o para estar más atento a lo que creía oír, Mahoma, al principio, se envolvía con su manto cuando notaba que se le acercaba el espasmo de la revelación. Algunos de los primeros *suras* (aunque ahora están puestos al final del Corán) empiezan así:

Sura 74: "¡Oh tú, envuelto en el manto: levántate y amonesta! – ¡Glorifica al Señor! – ¡Purifica tus vestidos! – ¡Huye de la abominación!...", etc.

Sura 73: "¡Oh tú, cubierto con el manto! –¡Levántate y vela toda la noche, o parte de ella, para rezar! – Y en tono mesurado salmodia el Corán, – que te revelaremos con palabras profundas...", etc.

La costumbre de envolverse en un manto para profetizar no era exclusiva de Mahoma. Ibn Jaldún cita el caso de un contemporáneo de Mahoma, un mozo epiléptico, judío de Medina, que "profetizaba" canturreando envuelto en sus andrajos. Sorprendido Mahoma de la similitud de su caso con el del muchacho judío, le puso a prueba, haciéndole adivinar el pensamiento, lo que el otro hizo a su satisfacción. Mahoma entonces sospechó si aquel muchacho no sería el Anticristo, y esto confirma que creía en la autenticidad de su revelación.

Las primeras revelaciones de Mahoma no debían de parecer extraordinarias a las gentes de La Meca. Hablar autoritariamente, en una crisis de inspiración, no era cosa rara en los árabes. Muchos episodios del tiempo de la predicación del Corán nos presentan ejemplos de estro poético aplicados a regular las decisiones de una tribu o un ejército en peligro. Los que profetizaban no eran necesariamente profesionales en la materia; pero, en ciertos casos, este don los absorbía por completo y eran llamados *kahins.* A su canturreo melódico se le llamaba *sach,* que es la misma palabra que se usa para expresar el arrullo de las palomas.

Por ejemplo, el día antes de la batalla decisiva para el Islam, que se dio en el prado de Bedr, un guerrero inspirado, que adivinaba por medio de flechas, salmodió una profecía que resultó cierta. En la batalla de Ohod las mujeres se adelantaron con panderetas, improvisando cánticos como éste: "Somos hijas de los bravos; – os esperamos en alfombras; – avanzad y os abrazaremos, – retroceded y os despreciaremos".

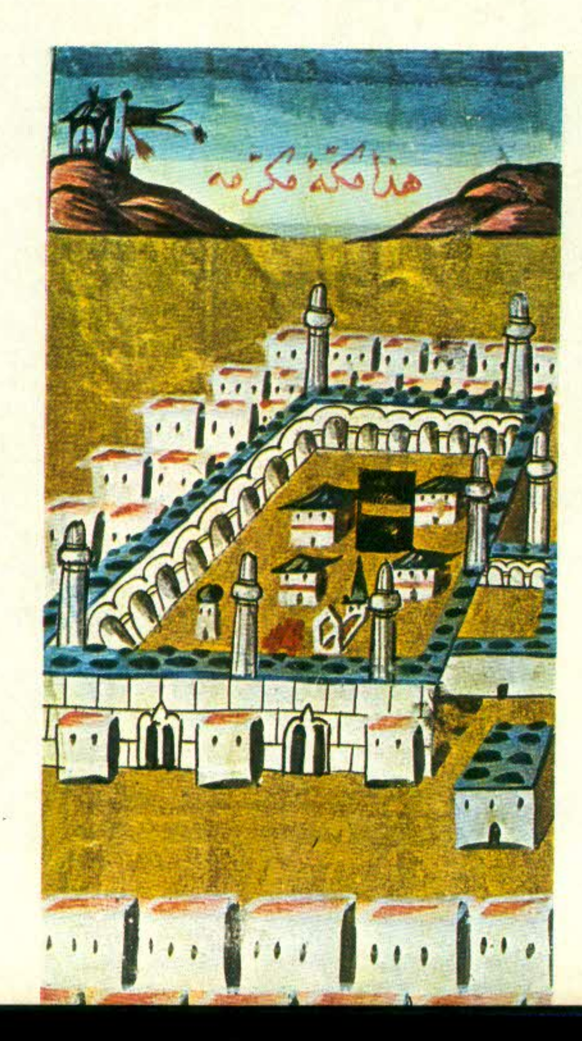
Poesía y profecía eran, pues, cosa corriente en tiempos de Mahoma, y es fácil que, al principio, sus compatriotas le dejasen salmodiar en público sin que ello produjera escándalo. Fue él, el mismo profeta, quien se alarmó. ¿Y si las visiones que tenía y los discursos que oía no fueran más que engaños diabólicos? O en otros términos, cabía que fuesen obra de los *chinn,* o genios, en los que Mahoma, como todo árabe, creía sin vacilar. El ser poseído por un *chinn* le hubiese hecho un brujo, no un profeta, y a Mahoma le horrorizaba la idea de ser instrumento del ser maligno. La poesía propiamente dicha se creía inspirada por los *chinn,* que se aparecían en ocasiones a las gentes; y aun las *chinn* hembras casaban con

*Cuando, tras haber cruzado los siete cielos del paraíso islámico, llegó Mahoma al cielo sobre Borak y precedido del arcángel Gabriel, salió a recibirle un coro de ángeles (miniatura del siglo XV).*

sus favorecidos y procreaban de ellos. Hassán ben Tabit, que fue el poeta áulico de Mahoma en sus últimos años, había empezado a versificar un día que, inesperadamente, fue cogido por una *chinn* en una calle de Medina. Esta hembra-genio lo derribó de un golpe y le dictó tres versos; desde entonces, Hassán hubo de considerarse hermano de los *chinn.*

La leyenda explica varias pruebas que hizo Mahoma para convencerse de que sus primeras revelaciones eran realmente de origen celestial. Es de creer también que se sintiera animado por la confianza que desde un principio le manifestó Jadicha, para quien no había duda que el emisario que veía Mahoma era un ángel y no un *chinn.* Los ángeles habían sido creados por Dios de la luz; los *chinn,* del fuego; y había gran diferencia entre unos y otros. Los *chinn,* lo mismo que los hombres, corrían la alternativa de ir al cielo o al infierno, según sus merecimientos aquí en la tierra.

No siempre la revelación era dictada por el ángel, y el mismo Mahoma decía: "Me llega a veces como el ruido de una campana, y lo más penoso para mí es que se pierda y he




*Representación de la mezquita de La Meca, con la Kaaba en el centro, en un manuscrito árabe (Biblioteca del Monasterio de Montserrat, Barcelona).*

## BIOGRAFIAS DE MAHOMA

La figura de Mahoma ha sido comprendida de modos muy diversos con el correr de los tiempos. Hasta el siglo XIX, Mahoma era un ángel para los musulmanes y un demonio para los cristianos y judíos, ya que hasta este momento el Islam constituyó un verdadero peligro para las otras religiones, pues, espada en mano, primero los árabes y luego los turcos, habían estado a punto de imponer su hegemonía en todo el mundo.

Por tanto, las biografías escritas por los musulmanes eran o una exposición escueta de los datos que conocían sobre él o bien una pura hagiografía, cuya verdad era patente desde el momento en que sus doctrinas no cesaban de extenderse entre todos los pueblos, bien por la persuasión, bien por la fuerza de las armas. Los ligeros retrocesos que el Islam había experimentado en algunas de sus fronteras —v. g., España— no eran lo suficientemente importantes como para proceder a un replanteo del problema, previo estudio de los argumentos empleados por los apologetas enemigos.

Por su lado, cristianos y judíos se empeñaban en ver en las victorias de la media luna el triunfo de la mala fe, de la traición y la mentira, puestas al servicio de la ambición y de la concupiscencia, primero por el propio Mahoma y luego por sus seguidores. Y si ambas religiones se preocuparon ya en la Edad Media por los textos sagrados de sus adversarios fue con miras bien distintas: los musulmanes veían en el Antiguo y Nuevo Testamento un estadio de la revelación anterior al suyo propio y que, por consiguiente, quedaba modificado por el *Corán*.

El respeto de los musulmanes por las escrituras de las religiones monoteístas, antes y ahora, ha sido extraordinario. Pero judíos y cristianos no estaban dispuestos a admitir que su propia revelación pudiera ser corregida por la del Islam y, en consecuencia, el *Corán* era para ellos o pura invención de su autor u obra de algún informador de éste, hereje judío o cristiano, que le hacía hablar en el sentido que para sus ocultos intereses convenía.

Por consiguiente, las traducciones del *Corán* realizadas a partir de 1143, al latín primero y luego a las lenguas occidentales, no tenían más objeto que el de facilitar su refutación a los exegetas. Y cuando los dominicos y Ramon Llull, ya en el siglo XIII, se empeñan y consiguen saber árabe y se enzarzan en el estudio de la *sunna* (y también del *Talmud* y los *midrasim*), sólo buscan perfeccionar su bagaje dialéctico. En consecuencia, sus predicaciones, en donde podían obligar a que se les escuchara, como ocurría en España con judíos y mudéjares, no convencieron casi a nadie.

Partían casi siempre del principio de que ellos estaban en posesión de "toda" la verdad y de que sus enemigos vivían sumidos en el engaño y eran meros títeres en manos de sus ulemas y rabinos. Las conversiones masivas de los siglos XV y XVI obedecen a razones muy distintas de las puramente dialécticas.

Si se pasa revista a los argumentos empleados para la conversión, si se analiza la especial exégesis del *Corán* hecha por los predicadores se verá que es hábil, pero desconoce y olvida que se dirige a gentes tan convencidas de su fe como lo podían estar de la cristiana los propios predicadores. Los temas tratados son siempre los mismos a lo largo de los siglos y apenas sufren más alteración e innovación formales que las que aporta la conversión al cristianismo, con el nombre de Juan Andrés, de un alfaquí de Játiva que conoce de forma vívida lo que es la fe del Islam y facilita nuevo material de base a los misioneros.

Hay que llegar al racionalismo del siglo XIX para que esta situación, fosilizada por una práctica multisecular, se conmueva. En cuanto hay cristianos o judíos capaces de pensar que Mahoma pudo ser un hombre íntegramente sincero y fruto de su tiempo, las relaciones entre las tres religiones reveladas se conmueven hasta sus cimientos y se ponen las primeras piedras, ya no de la tolerancia, sino de la convivencia que ha venido a consagrar el Concilio Vaticano II.

No hay que olvidar a este respecto que una tradición musulmana hace decir al profeta el propio *Padre nuestro*... Hoy la vida y la obra de Mahoma la ven los occidentales bajo los siguientes aspectos:

1) Tradicional. Para los autores que pueden adscribirse a este grupo, por más que sean muchas las variantes dialécticas entre ellos, Mahoma continúa siendo el gran impostor. Así, por ejemplo, el escritor que se esconde tras el seudónimo de Hanna Zakarias cree que Mahoma fue el hombre de paja de un rabino judío y que en el *Corán*, cuando aparece la expresión "Di", se entiende que es este judío y no Dios quien manda hablar al profeta. En otros casos, como en el del P. Lammens, la exégesis es más cuidada y por ello mucho más incisiva y tiende a desacreditar al texto coránico, hasta el punto de que el gran orientalista húngaro I. Goldziher no dudaba en preguntarse qué quedaría de los Evangelios si Lammens aplicase a éstos el mismo método crítico que al *Corán*.

2) Lenin recogió incidentalmente las tesis de Drews sobre el mito de Jesús. En consecuencia, determinado sector historiográfico comunista tiende a aplicar el sistema a Mahoma y, por consiguiente, a negar también la existencia histórica de éste. Un sector más moderado del marxismo reconocerá la existencia del hombre, pero negará toda intervención divina en el nacimiento del Islam e intentará justificarla como resultado de la lucha de clases en la Arabia medieval.

3) Otro grupo de biografías, más ecuánime, ve en Mahoma un hombre genial, fruto de su época, influido por las distintas corrientes religiosas que tenían fieles en Arabia, y, sobre todo, auténticamente sincero en todas las etapas de su predicación. Determinados pasajes de la biografía, por ejemplo, el genocidio de los Banu Qurayza, que tantas veces se le ha reprochado, no deja de ser un rasgo de crueldad incomprensible para nuestra época, pero que está muy dentro de los usos y costumbres de aquélla y no hay pueblo ni religión que no tenga que lamentar hechos similares.

4) Finalmente, queda el grupo de biografías escritas por los propios musulmanes. Al margen de las netamente hagiográficas, que aquí no interesan, pues siguen las líneas medievales, sin enterarse de las adquisiciones de la crítica, hay que señalar las que se presentan como "racionalistas" sin llegar a serlo, en realidad, pero que marcan un avance respecto al pasado. Tales, por ejemplo, las de Muhammad Husayn Haykal y la de Hamidullah.

J. V.

de retener lo que dice. En ocasiones el ángel se me presenta como un hombre que viene a hablarme, y recuerdo sus palabras". El acto de la revelación era sumamente penoso para Mahoma: en días de frío intenso empezaba a sudar a mares y dábase de cabezadas. Con inocencia infantil, el profeta no comía ajo, para que su olor no ofendiera al ángel. Hasta su camella favorita notaba que a su amo iba a ocurrirle algo raro. Parece que Mahoma no hablaba nunca durante el "ataque"; acaso por experiencia sabía que, en el acto de la transmisión, corría peligro de añadir algo postizo a lo que le era estrictamente revelado. El mismo Corán alude a esto, cuando Alá advierte al profeta, diciéndole las siguientes palabras:

Sura 75: "...No muevas, Mahoma, tu

lengua para repetir, antes de que él acabe, las revelaciones que te trae el ángel Gabriel, por creer que, repitiéndolas, podrás retenerlas mejor en la memoria; el acumular el Corán en tu mente y el enseñarte sus verdaderas palabras es cosa enteramente de nuestra incumbencia, no de la tuya".

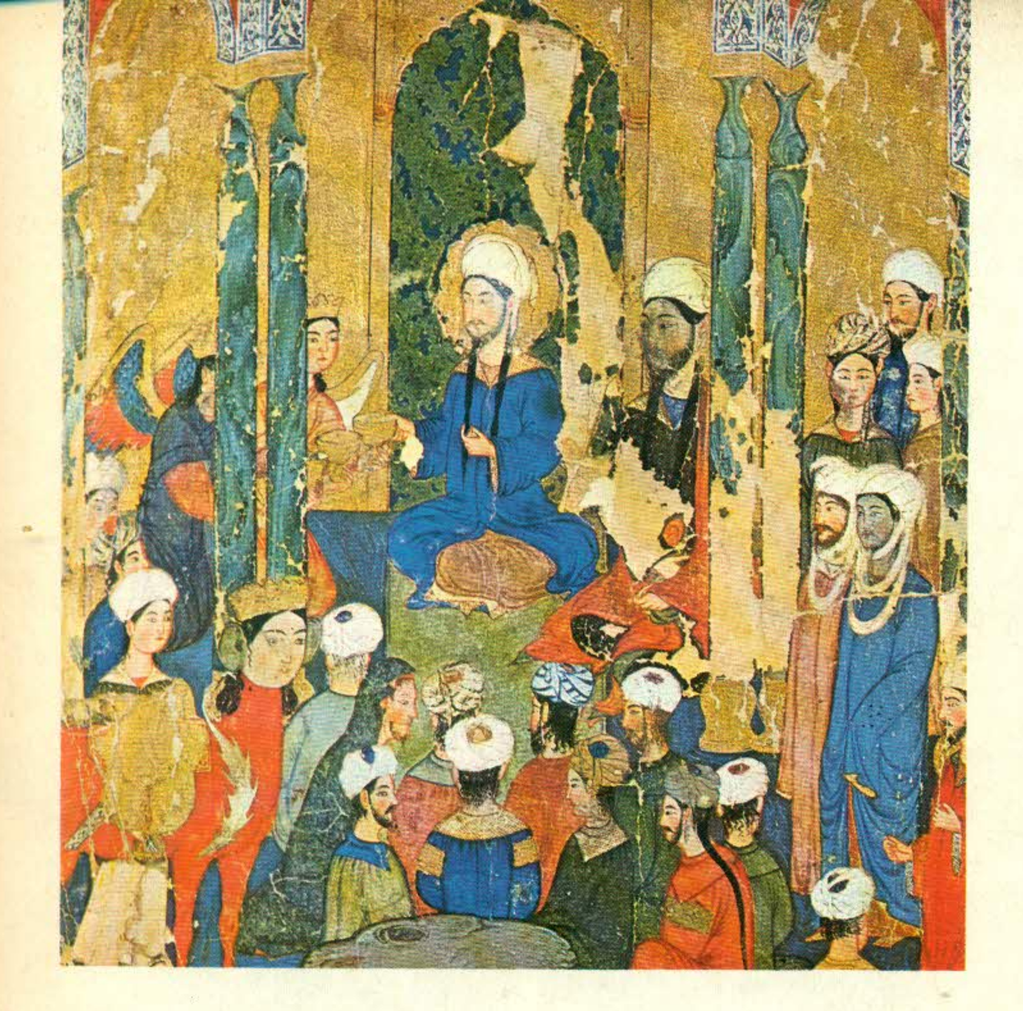
Sura 20: "...Hemos hecho descender un Corán en lengua árabe... No te precipites a recitarlo mientras la revelación sea incompleta. Di, más bien: –Señor, auméntame el conocimiento".

He aquí otra preocupación de Mahoma: los árabes no habían tenido un *Corán,* una revelación como los judíos y los cristianos. Es una de las razones que daba al principio para justificar el "descendimiento" de los *suras* de La Meca; tenía que haber una escritura árabe, como la tenían otros pueblos. El valor universal de su revelación para la humanidad entera no se presentó a Mahoma hasta más tarde, en Medina.

Bastante trabajo tuvo para conseguir que en La Meca le escucharan algunos de sus conciudadanos. He aquí frases bien explícitas en los *suras* de La Meca: "Dicen de ti, Mahoma: –Éste no es más que un hombre que busca desviarnos de los dioses que nuestros padres adoraron.– Y dicen del Corán: –No es más que una mentira hecha con blasfemias...". "Os juro por el Corán" (recordemos que es Dios quien habla) "que tú, Ma-

***Miniatura árabe del siglo XV en que aparece Mahoma con algunos miembros de su familia: su hija Fátima, su yerno Alí y sus sobrinos (Biblioteca Nacional, París).***





***Miniatura del siglo XIV que representa a Mahoma en el cielo, donde en el curso de su viaje nocturno vio a los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento y a Jesús (Palacio de Topkapi, Istanbul).***

homa, no eres más que uno de los mensajeros de Dios.” Este último párrafo declara que Mahoma no quería ser un endemoniado; pero tampoco pretendía ser otra cosa que “uno más” de los profetas a quienes Dios ha concedido la revelación. ¿Y quiénes son estos otros?... En un principio, Mahoma no lo precisó; después fue declarando que eran Adán, quien, según Mahoma, recibió revelaciones de Dios en diez libros; Set, que recibió cincuenta libros; Enoch, treinta; Abraham, diez; Moisés, uno (o sea la Ley del Pentateuco); David, uno, o sean los Salmos, y Jesús, otro, o sea el Evangelio. Todos éstos, con el último, o sea el *Corán,* suman ciento cuatro libros que Dios “hizo descender de los cielos”. Pero todos están irremediablemente perdidos, excepto los cuatro últimos: la Ley, los Salmos, el Evangelio y el Corán. Aún hay

**LA GENEALOGIA DE MAHOMA**

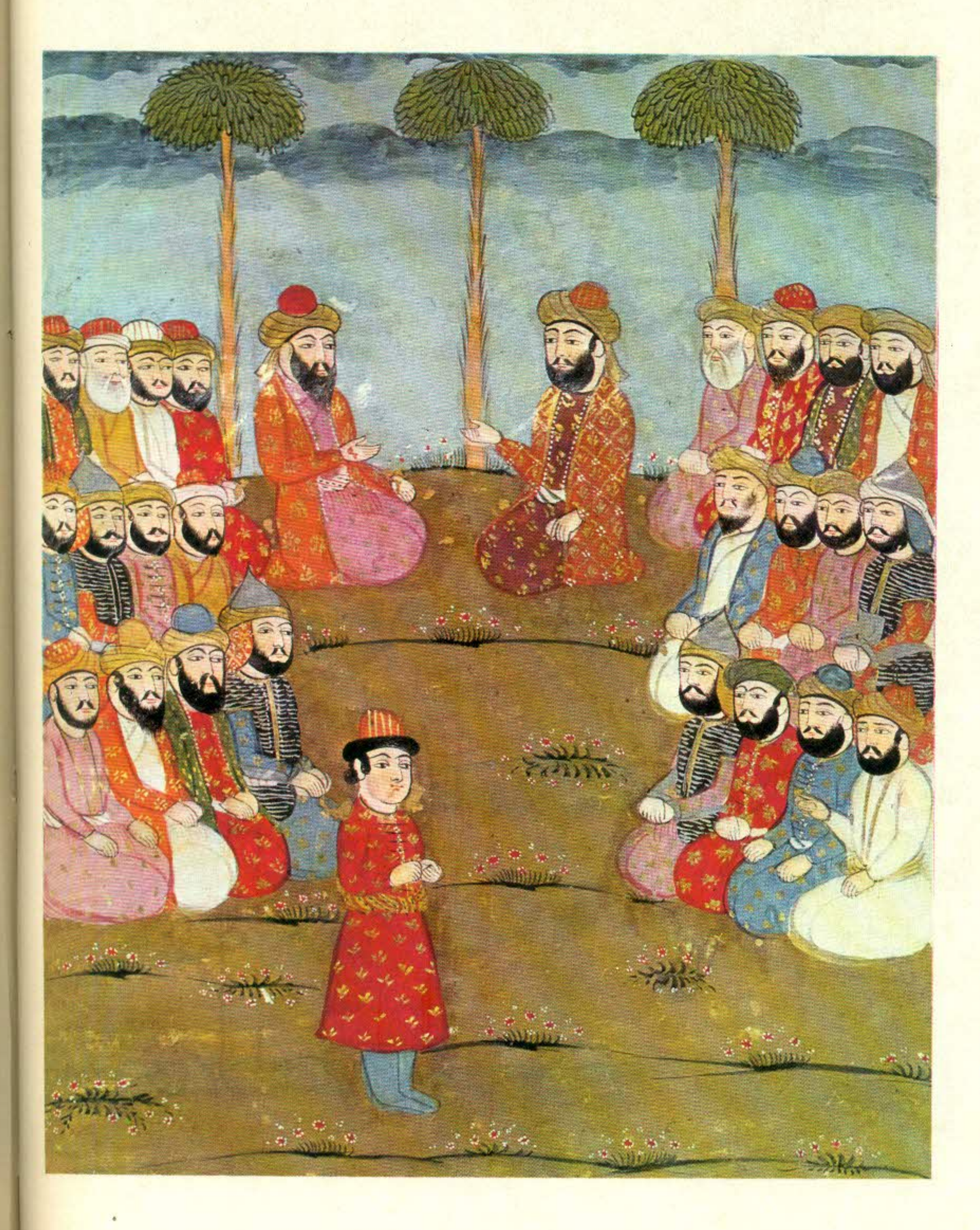
QURAYS
QUSAYY
ABD MANAF
ABD SAMS
HASIM
UMAYYA
ABD AL-MUTTALIB
ABD ALLAH
ABU LAHAB
ABU TALIB
ABBAS
DINASTIA OMEYA
MAHOMA
JADIYA
ALI
DINASTIA ABBASIDA
FATIMA
AL-HASAN
AL-HUSAYN
IDRISIES
IMANES

Familias o dinastías.
Enlaces matrimoniales.
Descendencia directa.
Sucesores.

más, según Mahoma: ciertas partes de tres de las últimas escrituras están corrompidas; judíos y cristianos han desfigurado los textos, de otro modo no se explicarían sus desavenencias con las instrucciones del Corán.

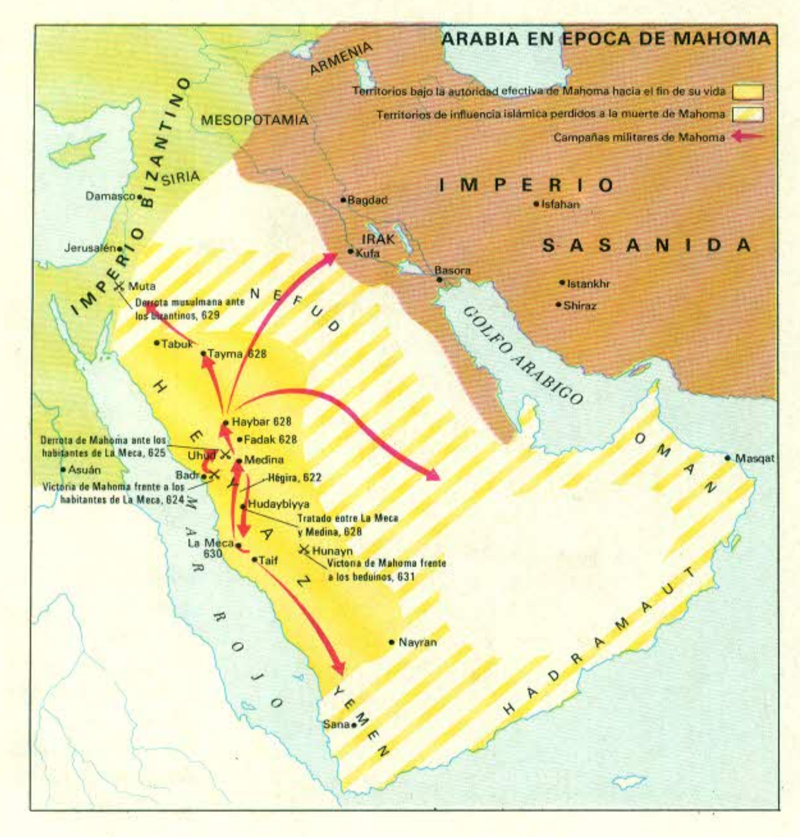
Dios es único y, según el Corán, compasivo y bondadoso. Para Mahoma es absurdo suponer que Dios pueda tener hijo o hija de ninguna clase. Hay una alusión a Jesucristo en el grito: "No hay más Dios que Alá". Dios está rodeado de ángeles que hablan y raciocinan. Según Mahoma, hay cuatro arcángeles: Gabriel, que revela la verdad; Miguel, que es el patrón de los judíos; Israfil, que hará sonar la trompeta el día del Juicio, e Israíl, que aparece cuando se acerca la muerte. Cada persona tiene dos ángeles para su guarda, uno que apunta las buenas acciones y otro las malas. Este último se halla siempre al lado izquierdo; por esto aconseja Mahoma que, al escupir, se haga siempre de aquel lado, para no ensuciar al ángel bueno, que está en el lado derecho.

Al principio del Corán hay una oración que habla muy alto en favor de Mahoma. Es la famosa *Fatiha,* que deben repetir los mahometanos por lo menos cinco veces al día y es como sigue:



***Miniatura persa que representa a un grupo de nobles de Medina rindiendo visita a Mahoma para rogarle que fuera a establecerse en su ciudad, donde ya había algunos convertidos al espíritu del profeta (Biblioteca Nacional, París).***

*Un aspecto de la sala de las reliquias del profeta Mahoma en el palacio de Topkapi, Istanbul.*




"En nombre de Dios, compasivo y bondadoso. – Bendito seas, Dios, Señor de los cielos, – que reinarás el día del Juicio. – A Ti servimos, y a Ti pedimos ayuda. – Guíanos por el buen camino, – el camino de aquellos a quienes has concedido tu gracia, – y apártanos del camino de aquellos con quienes estás enojado y de los que van perdidos".

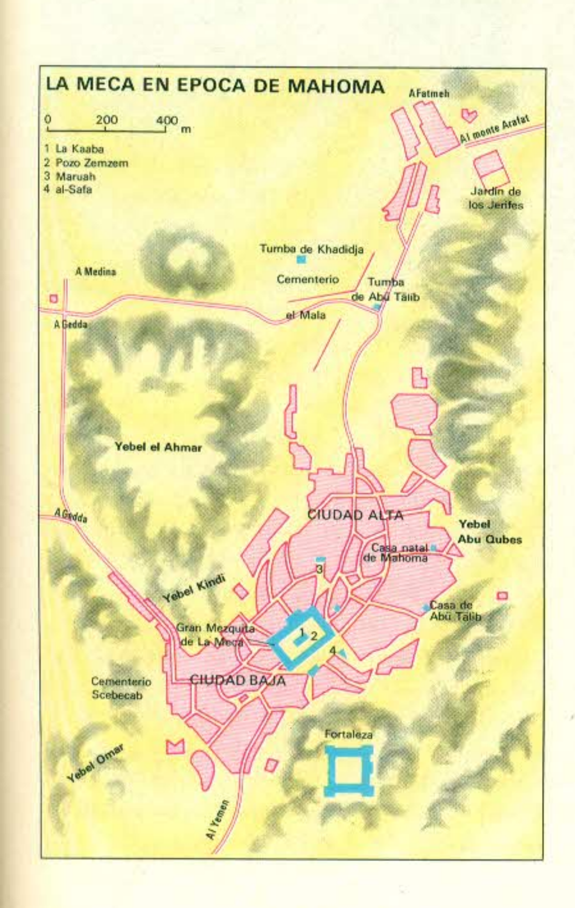
Como se ve, el día del Juicio ocupa parte muy principal en la predicación de Mahoma. Sólo hemos copiado breves trozos del Corán, y ha aparecido ya dos veces. Será anunciado con la trompeta del arcángel; los cielos se arrollarán, la tierra se quebrará y el mar levantará montañas de espuma. Lloverá antes por espacio de cuarenta días y esto impregnará la sustancia del *sacrum,* un hueso que contiene el germen de un segundo cuerpo. Rejuvenecidos los creyentes, irán con su propia carne al Paraíso –un jardín de delicias, con camas, mesas y fuentes de vino–. Las huríes, siempre vírgenes, siempre jóvenes, de ojos negros, recios senos y esbeltas, concederán sus caricias a los bienaventurados. El número de las huríes, según el teólogo y

*La ciudad de Medina representada en un manuscrito árabe (Biblioteca del Monasterio de Montserrat, Barcelona). El año 622, Mahoma se vio obligado a trasladarse a Medina porque sus ideas religiosas le habían creado demasiados enemigos en La Meca. Este año es el primero de la era musulmana: la hégira.*

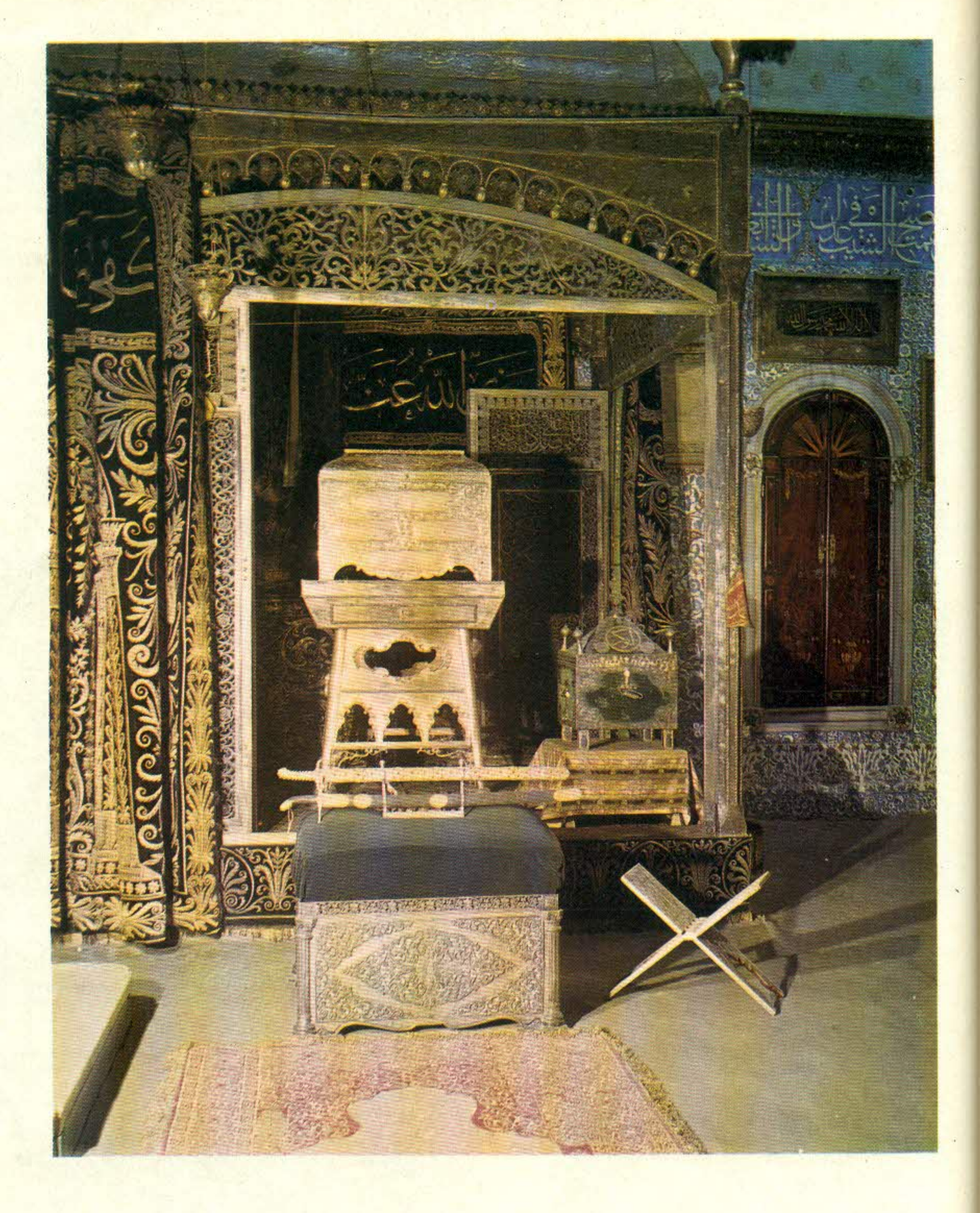
místico Algazel, será de quinientas para cada musulmán, y lo más curioso es que, según el Corán, estas huríes serán estimadas por las propias esposas... No habrá celos ni querellas domésticas para los de la mano derecha.

En cuanto a los de la mano izquierda (esto es, los no creyentes o condenados), irán a un infierno, según dice el Corán, "terrible de mirar". Entre hálitos corrompidos y aguas putrefactas, beberán pus y líquidos hirvientes; quemados por el fuego, su piel volverá a crecer en seguida para poder sufrir indefinidamente el terrible tormento de las llamas.

La manera de obtener la salvación, esto es, de ir al cielo después de la muerte, es, según Mahoma, en primer término, la fe: creer en Dios, en sus ángeles, en los profetas, en el Corán y en el Juicio final. Después de la fe, Mahoma prescribe las obras de caridad; la protección al huérfano y a la viuda, las limosnas a los pobres y el diezmo o contribución para el Islam. No hay en la religión is-



*La habitación del profeta Mahoma en Medina, conservada en la sala de las reliquias de Topkapi. La autenticidad de estas reliquias, como de otras muchas de tipo religioso, se pone en duda a la vista de la inadecuación entre el arte y la época a que debió corresponder.*



lámica nada parecido a la Redención por el sacrificio sangriento de una víctima divina. Mahoma insistió en que ésta es una de las partes que los cristianos cambiaron de la Escritura. Todavía los musulmanes creen que Jesús fue librado de la cruz antes de morir; que volverá a la tierra para reinar cuarenta y cinco años, se casará, tendrá hijos y será sepultado en el espacio que está reservado para él entre las tumbas de Omar y de Fátima. Estos primeros puntos de la predicación de Mahoma, que continúan siendo capitales en el Islam, no alarmaron grandemente a los ciudadanos de La Meca. Con su vida respetable, de familia pobre, pero aristocrática, Mahoma bien podía desahogarse en violentas interjecciones, predicando el Juicio final y la devoción a Alá. ¿No era Alá uno de sus dioses? ¿No era el Juicio final, al fin y al cabo, un cataclismo por entonces sólo en la mente de Mahoma?

En La Meca había, desde tiempo inmemorial, un edificio sencillísimo, construido con piedras escuadradas, con una sola puerta y una sola cámara, y sin ventanas. Este edificio, llamado *la Kaaba,* estaba en medio de un espacio libre, donde acampaban los peregrinos. Apoyados en las paredes algu-

nos, otros plantados como menhires, había alrededor de la Kaaba hasta 360 ídolos de las diferentes tribus que venían a practicar sus devociones. Aunque Alá era considerado como el mayor de estos dioses, ya mucho antes de que Mahoma le ennobleciera con su concepto de Dios creador, los que allí acudían en peregrinación repartían los sacrificios, una parte para Alá y el resto para los ídolos favoritos. Durante cierto tiempo, Mahoma no se impacientó mucho con la superstición de los 360 dioses menores del santuario de La Meca. Vivía tan absorbido por sus revelaciones que, cuando iba a la explanada donde se erguía la Kaaba, parecía más un visionario que un predicador. Una leyenda de esta época cuenta que, hacia 605, una tromba de agua produjo un torrente que derribó aquel edificio. Pasado el temporal, los burgueses de La Meca empezaron la restauración del santuario, pero llegaron a un punto en que no podían proseguir aquel trabajo sin pelearse. En el ángulo oriental de la Kaaba hubo siempre un aerolito que los devotos besaban con especial veneración: era la famosa "piedra negra" que adoran todavía hoy los peregrinos. Al procederse a las obras de restauración, las cuatro familias más antiguas de La Meca se disputaron el honor de reponer en su lugar aquel fetiche, pero decidieron aceptar el juicio del primero que entrase en aquel recinto. Diose, empero, el caso de que el primero que acertó a entrar fue Mahoma. Su resolución fue tender su manto en el suelo y allí depositar la piedra negra, que no mide más de un palmo, y después, levantando el manto por sus cuatro puntas un individuo de cada una de las cuatro tribus, poner otra vez en su lugar la piedra negra. Esta leyenda revela que, por aquel

## LAS FUENTES DEL "CORAN"

En el momento de la revelación del *Corán,* Arabia se encontraba influida culturalmente por diversas corrientes ideológicas, que afloran más o menos a lo largo de aquel libro. El fondo pagano estaba entroncado con las antiquísimas creencias de babilonios y egipcios y hoy en día perdura en el *Corán* en los ritos de la peregrinación: carreras, circunvalación de la Kaaba, de piedras votivas que se explican como una lapidación de Satanás, creencia en los genios, práctica de la circuncisión y algunos de los nombres (sinónimos) de Dios. Tales, por ejemplo, el Clemente, el Misericordioso, etc.

El nombre de Dios, común a todo el primitivo panteón semítico, *il*, se especializó con el tiempo, en árabe, para designar a uno de los tantos dioses de la época pagana, Alá. Pero como Alá (Allah) significa dios por antonomasia, el empleo de este vocablo en el *Corán* alude única y exclusivamente a Dios, al mismo Dios Padre de judíos y cristianos (de aquí la tradición que pone en boca de Mahoma el *Padre nuestro*), que nada tiene que ver con el dios pagano Allah.

Pero Mahoma al iniciar su misión, y a todo lo largo de ella, manifestó que sólo intentaba restaurar la primitiva religión monoteísta de Abraham e Ismael; de aquí que cuando cita reiteradamente al grupo de los hanifes, fundado por el primero (*Corán,* 6,79), como auténticos representantes de la piedad y de la fe, haya que pensar en que éstos están conectados, de un modo u otro, con el judaísmo.

La etimología de esta palabra conduce al arameo *hunapa* (hereje, no conformista) y se dio originariamente a todos aquellos que abandonaban la religión de sus antepasados, sin por ello incorporarse a las otras religiones en boga en el Próximo Oriente. Es más, visto el elogio que el *Corán* hace de ellos se llegó a pensar que éste era un simple comentario a los libros utilizados por los hanifes, a los que poco a poco habría ido desplazando.

Sin embargo, parece más lógico pensar que los judíos que vivían en la Arabia del siglo VII y a la cual habían llegado en número crecido, como consecuencia de la destrucción de su nación por los romanos, se encontraban divididos dogmáticamente y que perduraban en su seno las querellas teológico-religiosas que tan difícil habían hecho su convivencia en los primeros siglos de la era cristiana.

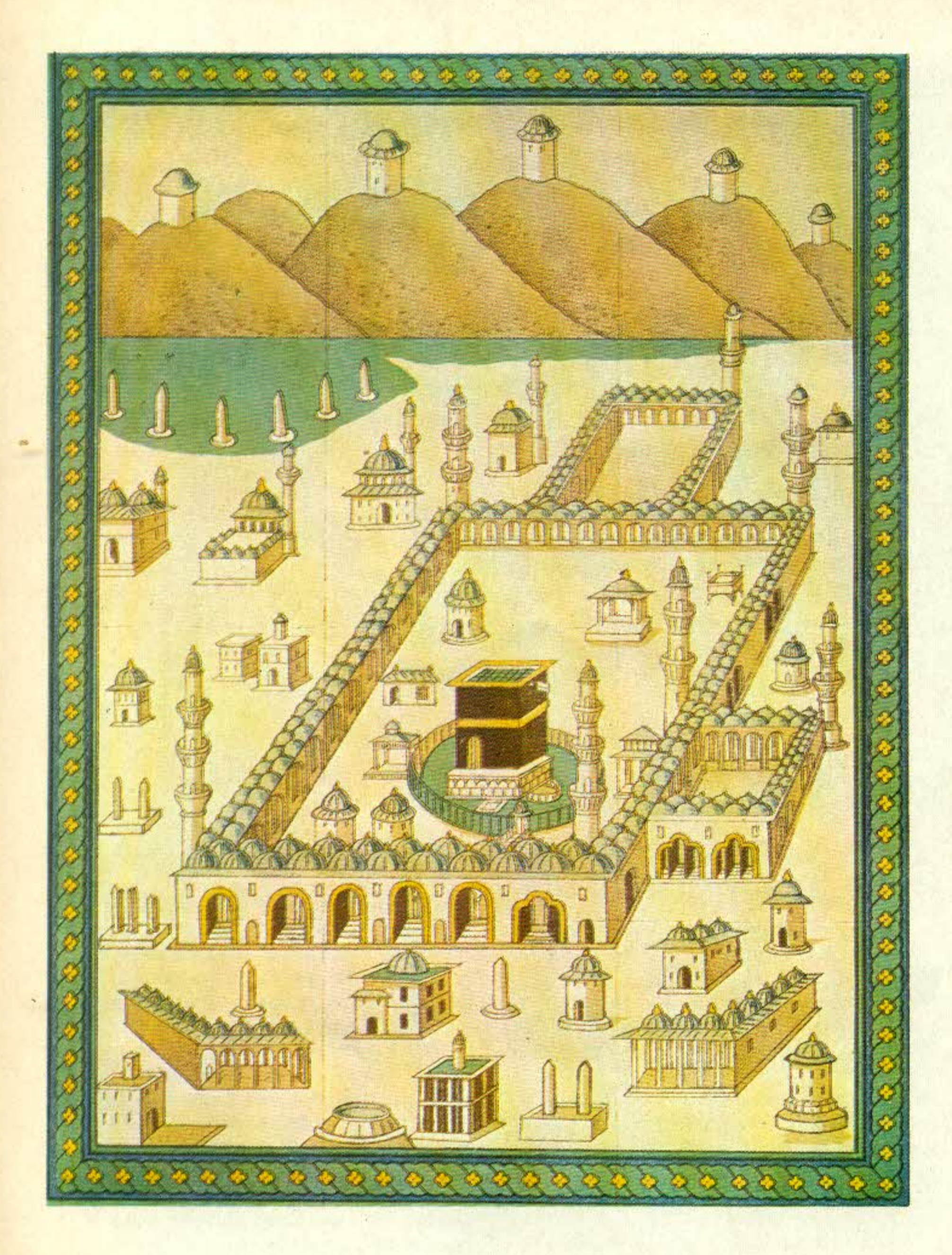
Así, un grupo, el que aún hoy consideramos como el ortodoxo, se había instalado en ciudades y oasis de vida relativamente muelle. Otro, el descendiente de los esenios y a la postre el núcleo originario del cristianismo, debió encontrar refugio en lugares de apariencia geográfica similar a aquellos en que se había forjado su ideología. Estos esenios, los hanifes, se habrían instalado en grutas (la existencia de un judaísmo críptico en esa época aparece documentada incidentalmente); no debieron exhibirse públicamente y habrían sido los principales informadores de Mahoma. Y no en vano nos dice la tradición que el profeta se retiraba al monte Hira y que vivía en una caverna.

Por consiguiente, las influencias del judaísmo en el *Corán* no son, ni mucho menos, monocolores y ortodoxas, sino que proceden de las distintas sectas que vivían en aquel entonces en Arabia. Ocurre lo mismo que con las influencias cristianas que conoció a través de nestorianos y monofisitas, constándonos, o al menos así lo cree Tor Andrae, que los primeros le eran más simpáticos que los segundos.

Esta convivencia de fieles de distintas religiones y, dentro de éstas, de varias sectas se explica por las características geográficas de Arabia, cuya pobreza y cuyos desiertos impedían la existencia de un poder constituido que impusiera "su" dogma a punta de espada. Y de rechazo, aclara algunas de las peculiaridades del texto coránico. Así, por ejemplo, cuando los cristianos acusan a Mahoma de haber prometido a sus fieles un paraíso material, olvidan que ese mismo paraíso con sus huríes se encuentra descrito en las páginas de San Efrén; cuando niega la muerte real de Jesús, no hace más que seguir las doctrinas docetistas; cuando predica la virginidad de María, no hace más que ceñirse a la ortodoxia actual.

Evidentemente, Mahoma, hombre de su tiempo, analfabeto como quiere la tradición, no podía discernir entre los *filioque* de las distintas herejías y no le cabía más remedio que explicar sus discrepancias —todos pretendían ser judíos o cristianos— por la corrupción intencionada y querida de la Biblia y del Evangelio. Y cuando los orientalistas acusan a Mahoma de no haber elaborado sus doctrinas directamente sobre los textos sagrados de quienes le precedieron, olvidan que si éstos tenían "la letra" invariable, esa "letra" única era interpretada de manera discrepante e incluso contradictoria por los distintos teólogos. Mahoma hizo bastante dando a sus contemporáneos un cuerpo de doctrina que puede considerarse como una herejía del cristianismo, que niega los dogmas de la divinidad de Jesús y de la Trinidad.

J. V.



*La ciudad de La Meca representada en un plafón de cerámica del siglo XVI.*

tiempo, Mahoma aún era considerado digno de decidir en materias relacionadas con los cultos ancestrales.

Pero pronto Mahoma empezó a alarmar a sus conciudadanos al hacer prosélitos. El primero fue su esposa Jadicha; el segundo su esclavo Zeid, de origen sirio, hijo de cristianos, a quien adoptó por hijo. Es posible que en ambos casos (tanto en Jadicha como en Zeid) el afecto que tanto la esposa como el esclavo sentían hacia el profeta fuese mayor que su convicción.

El tercer converso fue Alí, un hijo de Abu Talib, que también Mahoma había adoptado. El cuarto fue Abu Bakr; mercader como Mahoma, había viajado y deploraba como él la ignorancia y superstición de las gentes de La Meca. Tenía dos años menos que el profeta, era pequeño, delgado, con los ojos hundidos en las órbitas, y de tez blanca, en la que se dibujaban las líneas de las venas. Al convertirse, Abu Bakr tenía cuarenta mil monedas de plata; sin embargo, este dinero apenas fue suficiente para redimir al gran número de esclavos creyentes que eran maltratados por sus amos.

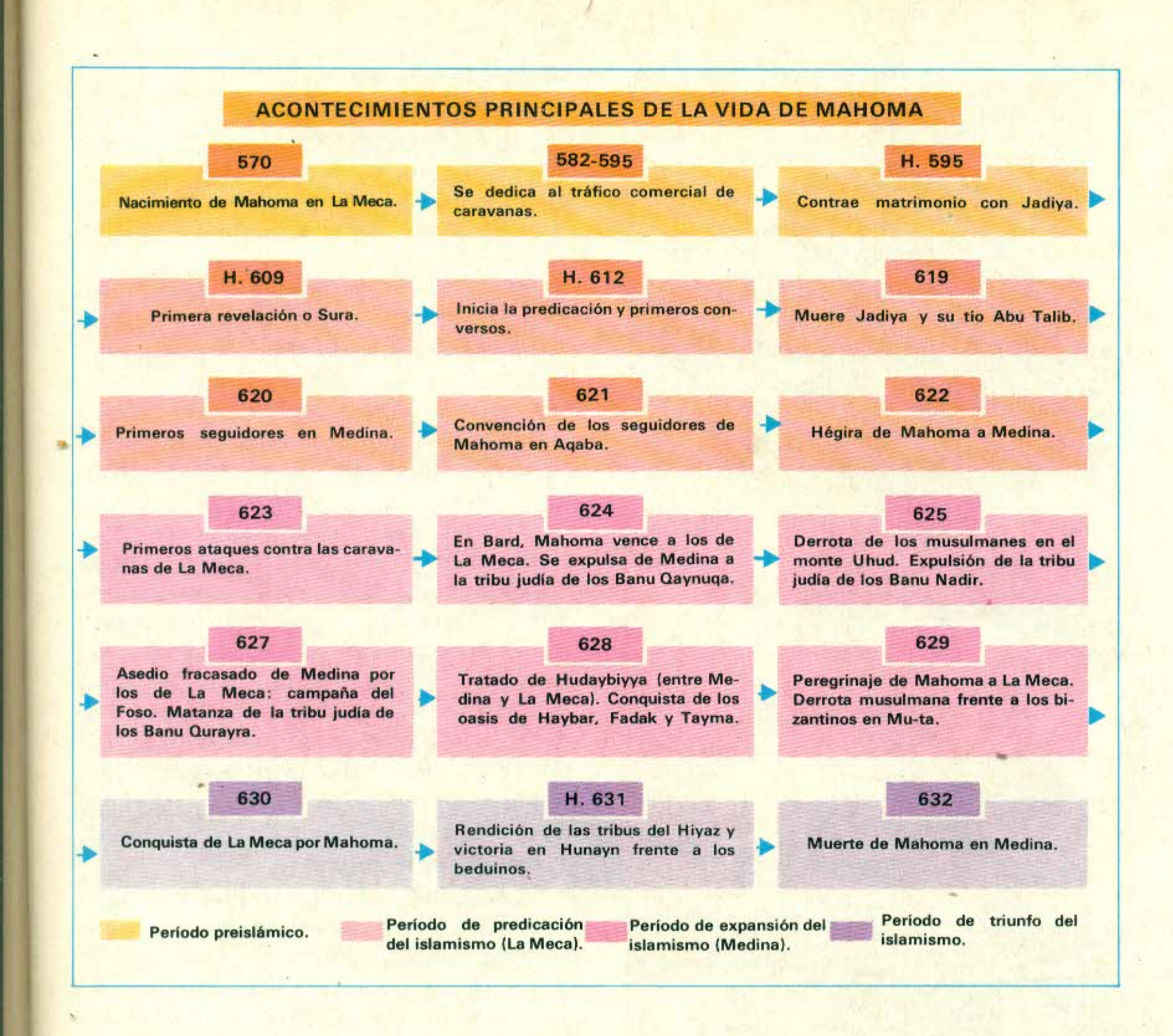
La conversión de Abu Bakr estimuló la de otros cinco. Dos de ellos eran jóvenes, sin gran representación todavía; pero los otros tres, Talha, Abderramán y Otmán, eran ricos mercaderes. Este último, Otmán, fue califa, como Abu Bakr. Abderramán arrastró a otros cuatro. Uno de los esclavos redimidos por Abu Bakr fue el negro Bilal, que tenía una voz estentórea, y Mahoma empleóle después, en Medina, como *muecín* para llamar a oración.

Aunque, como hemos dicho al principio, los ciudadanos de La Meca no se alarmaron por la predicación de Mahoma, empezaron a preocuparse al ver que los prosélitos se reunían, no en lugar apartado, como era la casa de Jadicha, sino en la de un converso llamado Al- Arkam. Esta casa tenía su puerta delante mismo del ángulo oriental de la Kaaba, donde estaba la piedra negra, y desde allí podían ver a los peregrinos haciendo sus devociones, y hasta es probable que Mahoma les interpelara o por lo menos les distrajera con las salmodias del Corán.

Además, Mahoma empezó a precisar sus opiniones respecto a los cultos que se habían reunido en aquella explanada. Por lo pronto, Alá era el Creador y el Juez; la Kaaba era también un santo templo, ocupaba el mismo lugar adonde llegaron, muriéndose de sed, Agar e Ismael, en su marcha errante por el desierto. Alá, compadecido, les hizo descubrir el pozo Zemzem, cuya agua santa beben todavía los peregrinos. Más tarde, Abraham e Ismael construyeron la Kaaba, siguiendo instrucciones recibidas del propio Alá. La piedra negra había caído del cielo; era, pues, también santa. ¿Pero qué podía decirse de los otros trescientos sesenta ídolos, uno para cada día del año? Éstos eran ciertamente fetiches y su culto una abominable superstición.

Es de creer que se hubiera podido llegar a un acuerdo con los burgueses de La Meca si Mahoma hubiese querido hacer una excepción para dos o tres de los fetiches. Parece que Mahoma tuvo un momento de vacilación. Viendo que arreciaban las persecuciones, y que algunos de sus prosélitos habían tenido ya que emigrar a Abisinia, un día se sintió inspirado y declamó el siguiente pasaje (sura 53):

"Veo otra vez al ángel Gabriel – cerca del árbol que está en el límite del Paraíso... – ¿Qué piensas de Al- Lat y de Al- Ozza – y




también de Manat? – Ellas son altas hembras – a las que podéis pedir intercesión".

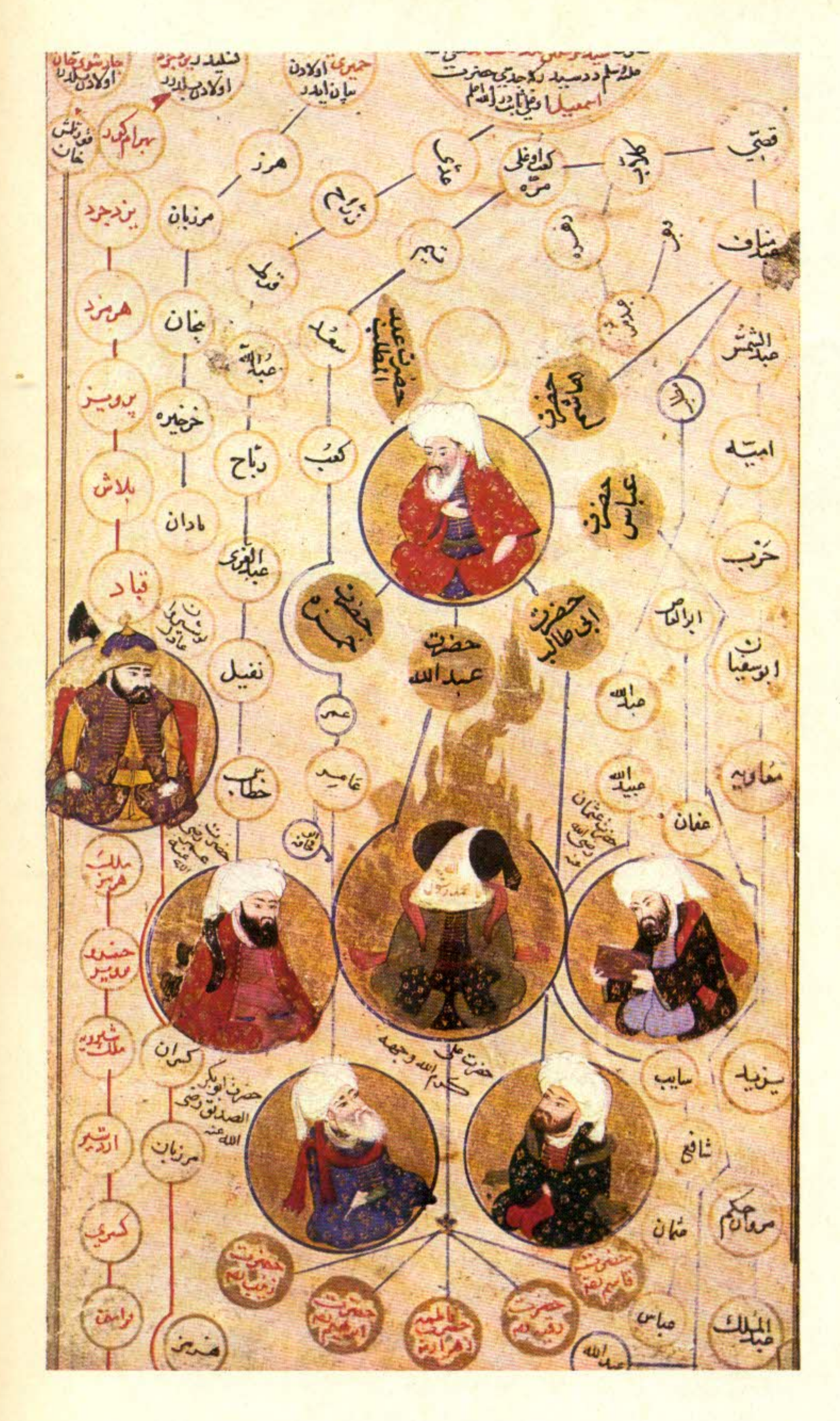
Para entender bien el efecto que podían producir estos versos, hay que saber que Al-Lat, Al- Ozza y Manat eran ángeles femeninos, cuyas groseras estatuas no sólo se veneraban junto a la Kaaba, sino también en otros santuarios de las tribus vecinas. Si Mahoma hubiese transigido con estos tres ídolos, es fácil que sus conciudadanos hubieran destruido los demás. Pero Mahoma aquella misma noche tuvo otra revelación del ángel y cambió los versos del sura 53 en la forma en que están hoy:

"¿Qué piensas de Al- Lat y de Al- Ozza – y también de Manat? – ¿Cómo? ¿Vosotros tendríais hijos y Dios tendría hijas? – Esto sería injusto. – No son más que nombres inventados por vuestros padres...".

La suerte estaba echada. El profeta y sus conciudadanos comprendieron que nunca llegarían a un acuerdo. Los de La Meca juraron no contraer matrimonio con los que seguían a Mahoma ni venderles nada; lo cual, para las mentes primitivas, quería decir que los consideraban enemigos de su raza. Por su parte, Mahoma y los suyos abandonaron sus casas y fueron a refugiarse en la casona del tío de Mahoma, Abu Talib, que vivía en los suburbios. Allí pasaron tres años, desterrados en su propia ciudad, sin atreverse a salir y a menudo careciendo de lo necesario. En esta época terrible murieron Jadicha y Abu Talib. Tanto antagonismo debía traer, como consecuencia, forzosamente dos cosas: la primera, un recrudecimiento de simpatía por parte de los que no eran partidarios de Mahoma, aunque tampoco aprobaban las persecuciones. Los conversos de esta época son no sólo fanáticos y valientes, como los que primero se convirtieron, sino también almas generosas a las que ofendía tanto la injusticia como la persecución.

El segundo efecto que, con el tiempo, produjo el ostracismo de Mahoma y sus secuaces fue su emigración a Medina. ¿Para qué permanecer en La Meca, donde ni aun les estaba permitido ocupar sus propias casas?

En cambio, Mahoma tenía parientes en Medina; hasta algunas gentes de Medina habían demostrado cierto interés por sus predicaciones. Mahoma no había enviado misioneros ni pensó en organizar la difusión de su doctrina. Pero los árabes, desde tiempo inmemorial, tenían períodos de tregua cada



***Una página de la cronología turca "Zubdat al- Tawarikh", en donde se representa el árbol genealógico del profeta (Biblioteca Chester Beatty, Dublín). De Adán (semicírculo escrito superior) procede el abuelo de Mahoma, y de éste, el profeta, que aparece con el rostro cubierto.***

año, en los que hubiera sido sacrilegio atacar a sus contrarios. En estos meses de tregua santa, Mahoma salía de su refugio y marchaba a predicar en las ferias de los alrededores. Conversos de Medina vinieron a visitarle y con ellos Mahoma organizó la *hégira,* o huida de La Meca, el 20 de junio de 622 de nuestra era, que es el primero para los mahometanos.

*Al- Medina* quiere decir "la ciudad", y se le dio este nombre porque es la ciudad por excelencia para los mahometanos, pero antes de la hégira se llamaba Yatrib. Medina está al norte de La Meca y a una distancia en que generalmente se emplean once días de marcha. Mahoma y su compañero Abu Bakr, en su huida, salvaron esta distancia de La Meca a Medina en ocho días. Era lunes cuando llegaron a un suburbio llamado *Koba* y allí descansaron para esperar el curso de los acontecimientos. Por fin, el viernes, creyendo asegurada una buena acogida, entraron en Medina. Mahoma iba montado en su camella favorita, con Abu Bakr en la grupa; detrás seguíanle sus prosélitos, huidos de La Meca también y que sumaban un centenar. Antes de entrar en el caserío, Mahoma practicó sus devociones en un lugar donde hoy está la mezquita llamada *del Viernes.* Y del hecho que se hiciese la primera oración en Medina un viernes, se sigue la costumbre de los mahometanos de santificar aquel día, como los judíos celebran el sábado y los cristianos el domingo.

Las gentes de Medina recibieron a Mahoma con palmas y gritos de júbilo: "Apéate, profeta, quédate con nosotros; tenemos lugar para ti y armas para defenderte". Mahoma contestó que dejaba a la decisión de su camella el lugar en que él se detendría. La camella se detuvo delante del patio de una casa donde había tres o cuatro palmeras. Mahoma más tarde mandó edificar allí la primera mezquita del Islam.

Medina no era una ciudad de población homogénea, estrictamente árabe, como La Meca. Varias tribus de judíos se habían establecido allí de antiguo, pero haciendo vida aparte. La llegada de los fugitivos de La Meca contribuyó a dividir más la población. Pronto hubo tres grupos: los llamados *defensores,* los *refugiados* o *emigrados* y los *judíos.* Esta división favoreció a los mahometanos o refugiados; con la fuerza que les daban la personalidad de Mahoma y las nuevas conversiones, que siempre se producen tras la aparición de un profeta, pronto fueron el elemento predominante.

Y ahora entramos en otra etapa de la carrera de Mahoma. Hasta los cuarenta años fue mercader, más o menos espiritualizado; de los cuarenta a los cincuenta y tres fue profeta perseguido y predicador maltratado en su patria. Y ahora, desde los cincuenta y tres hasta los sesenta y tres, en que muere en Medina, Mahoma es principalmente político, organizador religioso y guerrero. Durante los dos primeros años de su estancia en Medina, Mahoma consolidó el Islam como

un gobierno teocrático. Atacó sin piedad a sus antiguos enemigos de La Meca, les cerró el paso de las caravanas, los acechó en emboscadas y hasta peleó personalmente; él, Mahoma, el visionario, empuñó las armas, cayó herido, fue vencido, triunfó luego, mostró crueldad excesiva para aniquilar a los que le resistían; vio correr la sangre de centenares de prisioneros decapitados, vio morir a sus enemigos en combate singular y ordenó campañas de exterminio contra gentes que no le habían hecho ningún daño.

Hasta parece haberle entrado un furor erótico, que, tras los años de matrimonio con Jadicha, estalla violento en su senectud. En sus últimos trece años contrae nupcias doce veces, y algunas con la agravante de ser la desposada una tierna criatura, o una judía, o su propia nuera la mujer de Zeid, quien se divorcia al saber que Mahoma la codiciaba. Incluso hácese autorizar por revelaciones su gran sensualidad, que no se detu-



***Un relicario dorado que conserva un supuesto diente de Mahoma (Palacio de Topkapi, Istanbul).***

**LA RELIGION ISLAMICA**

**IMAN (CREENCIA RELIGIOSA)**

- Alá, único y verdadero Dios.
- Mahoma, enviado de Alá.
- Angeles (Gabriel).
- Libros divinos: Corán, el último y verdadero.
- Resurrección (alqiyamah).

Fundamentos de la fe.

- Corán: Palabra de Alá, 114 suras.
- Sunna (tradiciones).
- Idjma (unanimidad de los creyentes).

**IBADAT (DEBERES RELIGIOSOS) (ARKAN)**

- Profesión de fe (shahada): "No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta".
- Oración (salah): cinco veces al día.
- Limosna (zakah): limosna voluntaria (sadaqah).
- Ayuno: mes del Ramadán.
- La peregrinación a La Meca.
- (La Guerra Santa o Jihad)

**ISHAN (BUENA CONDUCTA)**

- Lo recto: "halal", o lo prohibido: "haram".
- Moral personal de tipo religioso.




***Un Corán del siglo XVI (Archivo de la Academia Yugoslava, Zagreb). La continua actividad de los sucesores de Mahoma por extender el Islam a todo el mundo mediante la conquista estaba inspirada en las numerosas exhortaciones que hace el Corán a la guerra santa.***

yo ni ante las costumbres árabes ni ante la misma ley coránica.

Los *suras* o revelaciones de esta época de Medina revisten otro carácter que los *suras* de La Meca. Hoy ambos grupos se incluyen, con el mayor desorden, en el Corán. Pero aunque los compiladores de este texto, después de la muerte de Mahoma, no hubiesen cuidado de poner, al lado de cada *sura,* el lugar (Medina o La Meca) donde fueron revelados, podríamos distinguirlos por su estilo. Los *suras* de Medina están llenos de recomendaciones técnicas para fijar un ritual; además forman un código de ley civil que es inapelable para los mahometanos. Algunas disposiciones para la vida práctica y algunos de los castigos para las infracciones se contradicen en diferentes *suras,* pero los doctores del Islam lo explican diciendo que una revelación posterior aclara o corrige otra primera.

Pero el hecho es que, con la fe de Mahoma, sus secuaces combatieron a los otros árabes y hacia el final de la vida del profeta casi toda la Arabia había aceptado el Corán. La más sensacional de sus victorias fue la conquista de La Meca el año octavo de la hégira, el 630 de la era cristiana. Los burgueses de La Meca no opusieron resistencia: Mahoma se presentaba seguido de un ejército de diez mil creyentes y aliados. Sin ir a visitar las tumbas de Jadicha y Abu Talib, ni tan sólo entrar en su casa, Mahoma marchó directamente a la explanada de la Kaaba para destruir los 360 ídolos abominables erigidos a su alrededor. Montaba la misma camella con la que había huido de la ciudad ocho años antes y, sin apearse, fue señalando con su bastón uno por uno los fetiches. Los mahometanos aseguran que, a esta señal, cayeron derribados como por milagro...

Después Mahoma efectuó la famosa peregrinación o visita de los lugares santos de los alrededores de La Meca, visita que desde entonces tienen que practicar todos los creyentes. El año 12 emprendió Abu Bakr su peregrinación, acaso para ver personalmente, ya en calidad del más allegado al profeta, cómo seguían las cosas en La Meca. El año 13 Mahoma efectuó una última visita a la Kaaba

y los lugares santos: es la que se llama "peregrinación de despedida". Pocos meses después murió, en una de las casas de adobes y techos de hojas de palma que había mandado construir para sus esposas, a uno de los lados de la mezquita de Medina. Antes de morir, Alá le envió un ángel para que le preguntara si quería seguir viviendo. Mahoma respondió que prefería lo que Dios quisiera. Murió tendido en el suelo desnudo de aquella choza, con la pobreza en que había vivido siempre.

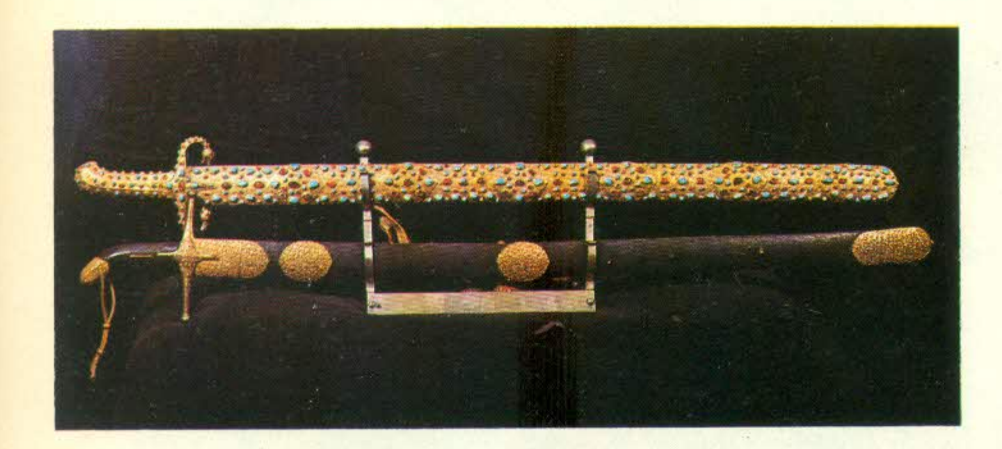
Mahoma pudo perder, con el tiempo, algo del fuego de la fe de los primeros años de su revelación, pero nunca sintió ambiciones mezquinas ni deseo de riquezas. Apenas tenía servidumbre; en el apogeo de su poder, él mismo se sacudía los parásitos de su manto, él mismo aparejaba su camella, y comía, como un pobre árabe, dátiles y leche cuajada. Sus últimas palabras fueron: "¡Señor, perdóname y reúneme contigo en el cielo!... ¡La eternidad en el Paraíso!... ¡Perdón! ¡Tu compañía bendita allá en lo alto!...".

*El profeta en el paraíso con la cara velada "para no ver el rostro de Dios", según miniatura de un libro de acontecimientos de la vida de Mahoma.*



# BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| Andrae, T. | *Mahoma: su vida y su religión,* Madrid, 1933. |
| Asín Palacios, M. | *La escatología musulmana en la Divina Comedia,* Madrid, 1943. |
| Blachère, R. | *Le Coran. Traduction nouvelle,* París, 1949-1951.<br>*Le problème de Mahomet,* París, 1952. |
| Cabanelas, D. | *Juan de Segovia y el problema islámico,* Madrid, 1952. |
| Dermenghem, E. | *Vida de Mahoma,* Barcelona, 1942. |
| Gaudefroy Demonbynes, M. | *Mahomet,* París, 1957. |
| Guillaume, A. | *The life of Muhammad. A translation of Ishāq's sirat Rasul Allah,* Londres, 1955. |
| Lammens, H. | *Mahomet, fut-il sincère?,* París, 1910. |
| Monneret de Villard, U. | *Lo studio dell'Islam in Europa nel XII e XIII secolo,* Ciudad del Vaticano, 1944. |
| Nöldeke, T.; Schwally, F.; Bergsträsser, G., y Pretzl, O. | *Geschichte des Qorans,* Hildesheim, 1961. |
| Vernet, J. | *El Corán,* Barcelona, 1963. |
| Watt, M. | *Mahoma, profeta y hombre de estado,* Barcelona, 1967. |
| Zakarias, H. | *L'Islam, entreprise juive. De Moïse à Mohammed,* París, 1955. |

***Estas dos fundas de espada, adornadas con oro y piedras preciosas, son dos relicarios que contienen sendas espadas que pertenecieron a Mahoma.***



*Una miniatura del "Maqamat", de Al- Hariri, el libro profano que ilustra con gran elocuencia y realismo la vida de los árabes (Biblioteca Nacional, París). Esta página representa a un grupo de camelleros descansando en una parada.*

# Los primeros califatos

Cuando Mahoma abandonó La Meca iban sólo con él, a Medina, unas cien personas. Dos años después, en el llano de Bedr, ya combatieron trescientas ocho a su lado. Y el año noveno de la hégira, regresó a La Meca seguido de diez mil creyentes y aliados. A su muerte, toda la Arabia le obedecía y las rápidas conquistas de la Mesopotamia, Siria, Persia y Egipto se hicieron con ejércitos de árabes y beduinos, todos creyentes.

La prodigiosa expansión del Islam se explica a menudo recordando las querellas de Bizancio, las costumbres afeminadas de los persas, el descontento de la población indígena de Egipto, el cansancio teológico de Siria y, sobre todo, la potencia ardiente de Arabia, exaltada por su nacionalismo religioso. ¡Pero no! Hay algo más que todo eso; hay algo positivo, algo activo por parte del Islam. Este algo positivo y activo es la fe: una fe absoluta y sincera, que no se hallaba en muchas partes del oriente cristiano ni en el Asia a mediados del siglo VII. Mahoma fue un inculto visionario; pero de su buena fe y sinceridad, a lo menos en sus comienzos, no puede dudarse. Vamos ahora a ver esta misma fe obrando en sus compañeros, sobre todo en las almas escogidas de los cuatro primeros califas y de sus colaboradores.

Mahoma murió sin dejar sucesión masculina. Los hijos de Fátima, su hija, y de Alí, los únicos descendientes directos del profeta, eran todavía muy jóvenes cuando él murió; además, parece dudoso que aun en el caso de haber tenido Mahoma un hijo le hubiese confiado la sucesión. Mahoma insistía en que él no era más que un profeta, un amonestador, una voz que clamaba en el desierto; sólo que, en su caso, las arenas se convirtieron en una multitud y el eco de su voz levantó aquel pueblo en torno suyo. Como profeta, Mahoma sabía muy bien que sus facultades eran intransmisibles, y habiendo muerto sin dejar linaje masculino, se limitó a pronunciar este oráculo: "Dios da la soberanía a quien le place".

Por unas horas los burgueses de Medina creyeron que, muerto Mahoma, les tocaba

# LOS PRIMEROS CALIFAS (I)

Todos los musulmanes –mejor dicho, casi todos– han estado y están de acuerdo en que el gobierno de los cuatro primeros sucesores del profeta, Abu Bakr, Omar, Otmán y Alí, se ajustó en todos sus actos a cuanto podía pedir el más exigente de los musulmanes desde el punto de vista de las leyes civil y religiosa. Por eso dichos califas reciben el denominativo común de *rachidún*, "los buenos guías". Pero en ese mismo gobierno se encontraban los gérmenes de las futuras guerras civiles que iban a extenderse por todo lo ancho y lo largo del Islam e iban a hacer de éste un imperio similar al bizantino o al persa.

Los historiadores árabes contemporáneos han analizado las causas y las circunstancias que hicieron posible este primer enfrentamiento de árabes contra árabes, de musulmanes contra musulmanes, y de entre todos estos análisis sobresale el del egipcio Taha Husayn, del cual damos aquí un extracto según la versión española de Emilio García Gómez:

"No hay duda que Alí fracasó en la empresa de extender su califato por las comarcas del territorio islámico; pero su fracaso no fue sólo de él, sino que con él fracasó todo el régimen del califato. Es evidente que aquel nuevo estado, del que podía esperarse que fuera modelo de un nuevo tipo de gobierno, de política y de organización, no pudo, en fin de cuentas, más que seguir el camino mismo de los estados que le precedieron.

"El gobierno iba a basarse, dentro de él igual que dentro de los regímenes anteriores, sobre el favoritismo, la desigualdad y la repartición en clases sociales, según la cual una inmensa mayoría –no de un solo pueblo, sino de muchos– iba a quedar sometida a una pequeña minoría de gentes, que acaso pertenecieran, entre dichos pueblos, a aquel mismo en el que residía la autoridad. Más aún: no sólo fracasaron Alí y el régimen del califato, sino que con ellos fracasó aquella revolución desencadenada en tiempos de Utmán para conservar el califato islámico –según sostenían los dirigentes– su carácter patriarcal y genuino, y para raer en él toda impureza de favoritismo, frivolidad, tiranía e injusticia.

"Los revolucionarios decían levantarse porque Utmán no seguía una buena política en cuanto a los bienes e intereses comunes o, en el mejor de los casos, era incapaz de llevarla a cabo: los omeyas se habían impuesto a todos; los gobernadores disponían a su antojo de las provincias y del botín, y el califa derrochaba el Tesoro público en beneficio de sus parientes y allegados, con mengua de las demás gentes.

"Los amotinados querían, en cambio, hacer que el califato volviera a ser lo mismo que en la época de Abu Bakr y Umar: que imperara la justicia; que se aboliera el favoritismo, y que los fondos públicos fueran a sus legítimos destinatarios, que no se emplearan sino en su beneficio y no se tocara sino para su fin legal. Pero los jefes y caudillos de la revolución habían desaparecido antes de que ésta afincara: ...unos murieron antes de desencadenarse las guerras contra Alí; otros, durante estas guerras; unos se rebelaron contra su imán y fueron muertos luchando contra él; a otros los mataron Moavia y sus partidarios, pública o clandestinamente.

"Claro es que no todos los que se alzaron contra Utmán, y lograron sitiarlo y darle muerte, habían desaparecido; pero los que quedaban no eran más que secuaces de estos jefes cuya muerte acabamos de citar. Lo importante es que los dirigentes de la revolución murieron sin darle cima y que con su desaparición perdió la revuelta las inteligencias que la regían y gobernaban. Los demás, sintiéndose fracasados, desamparados y abandonados, se entregaron y prefirieron la paz. Las circunstancias a las que quisieron hacer frente con su revolución eran demasiado fuertes para poder acometerlas.

"Esta palabra 'circunstancias' es, sin embargo, equívoca y necesita alguna aclaración. La primera de dichas circunstancias, y la que exige mayores atención y examen, es la economía.

"La conquista fue al mismo tiempo, para el nuevo estado, fuente de fuerza y de debilidad. Fue para él fuente de fuerza, porque extendió su dominio y alargó su sombra sobre extensas regiones del mundo; pero fue fuente de debilidad, porque se le sometieron muchas gentes que no creían en él, sino que tan sólo lo temían y a quienes espantaba su ataque. Fue para él fuente de fuerza, porque le produjo una cantidad de riqueza material en la que jamás pudo pensar; pero fue fuente de debilidad, porque esa riqueza despertó intereses antes dormidos y suscitó afanes que estaban encallados.

"La conquista abrió los ojos de gentes que antes no pensaban más que en la religión; creó necesidades que antes no se conocían ni se usaban, y descubrió a los árabes delicias y comodidades, les aguijó y animó a conseguirlas, les acostumbró a ellas y acabó, de este modo, por hacerlos suyos, salvo una reducidísima minoría, en la que la religión primaba sobre el mundo y en la que el pensar en Dios apartaba de pensar en riquezas, intereses y necesidades.

"Grandísimo esfuerzo costó a Umar, durante su califato, mantener su política para con los árabes, y este esfuerzo no sólo le afectó a él, sino a los árabes todos, a quienes esa política refrenó con el más estrecho rigor. Les era tan penoso respetar una justicia que era igual para el fuerte y para el débil, como sujetarse a la autoridad que Umar quería imponerles y a la que se proponía obligarles. Pero cuando Umar murió, descansaron. Sonrieron al mundo y el mundo les sonrió, aunque esta sonrisa había pronto de trocarse en duro ceño y grandes males.

"La razón fue que sonreír a la riqueza mueve a querer acrecentarla, y querer acrecentarla abre puertas de codicia que luego no hay quien cierre. Donde se halla la codicia, se halla también su compañera la iniquidad, junto con su otra compañera la rivalidad, y todavía con una tercera acompañante, que es la malquerencia y la lucha por los bienes terrenales. Y donde se hallan esas tres cosas, se halla también la envidia, abrasando los corazones de aquellos que no disfrutan de las mismas riquezas de que gozan los ricos. Todavía más: donde hay envidia, los envidiosos intentan satisfacerla a costa de los envidiados, y como éstos pretenden defenderse, surgen conflictos entre unos y otros.

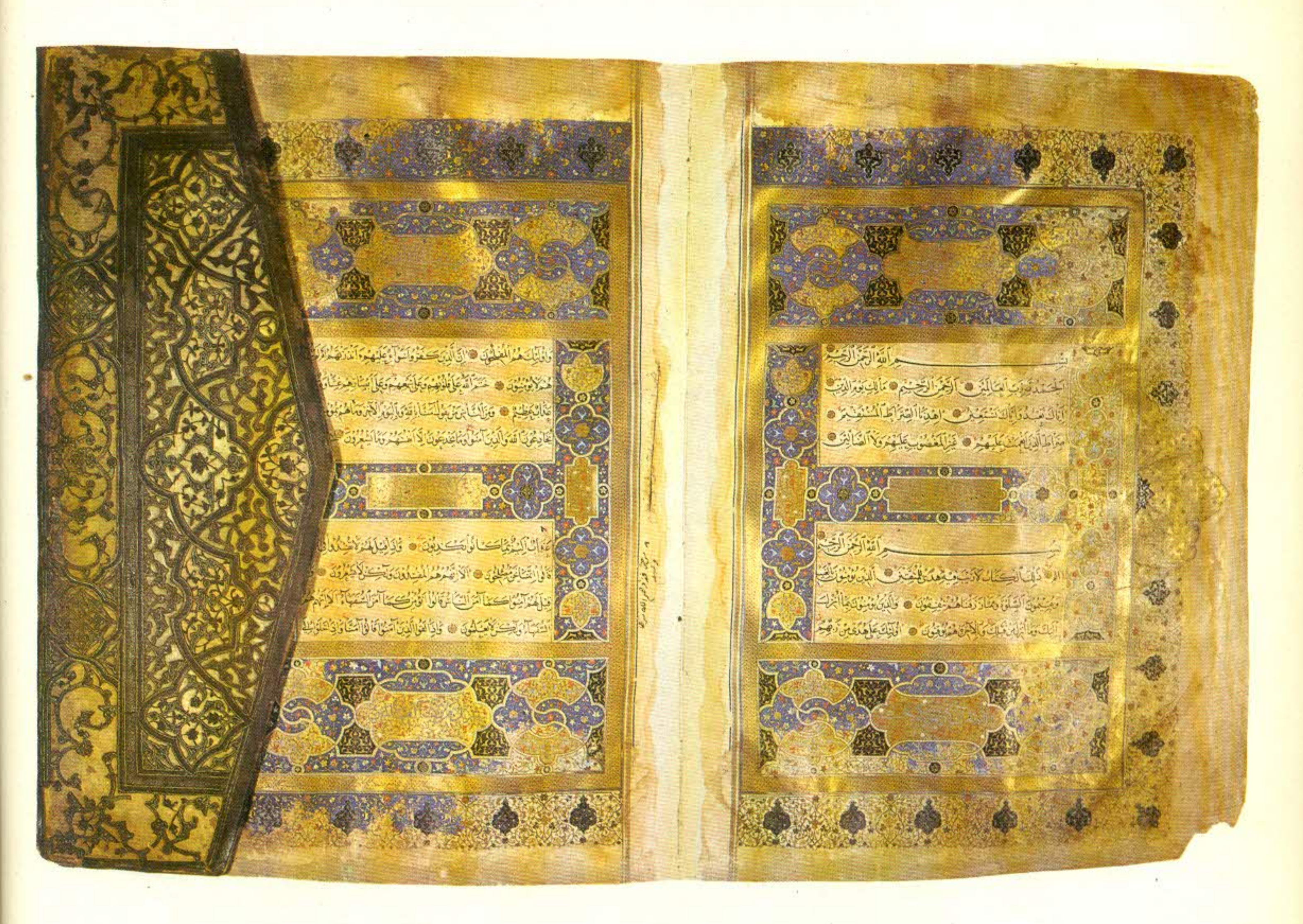
"Todo esto es lo que sucedió en tiempos de Umar; lo que movió a los habitantes de las grandes ciudades a alzarse, primero con sus gobernadores, y luego contra su califa, hasta que lo sitiaron y dieron muerte.

"Alí quiso hacer volver a los árabes a una situación parecida a la que tenían en la época de Umar; pero la época de Umar estaba concluida y no era posible restaurarla. La riqueza se había apoderado de los corazones de los adinerados, que combatían por ella lo mismo en el Iraq que en Siria. Aunque Alí venció en el Iraq, su victoria, apenas conseguida, fue olvidada, tanto por los vencedores como por los vencidos. Después de la batalla del Camello, los basríes se apresuraron a proclamar que eran del partido de Utmán; pero esto no quería decir que se limitaran a exteriorizar su amor por Utmán y su deseo de vengarle. Quería decir algo más y más amplio, es a saber, que añoraban el régimen que habían conocido y al que se habían habituado –el régimen de la codicia, de la avidez, de la rivalidad por la riqueza y de la lucha por ella– y que rechazaban el rigor de la vida que Umar había impuesto a los árabes y que Alí quería volver a imponerles...".

Todo indica, pues, que el imperio de la religión sobre las almas no tenía ya la misma sólida primacía de que gozara en la época de Umar y que el imperio del dinero y de la espada ejercía su influjo sobre los corazones y los espíritus. Todo indica que Alí y los que le secundaban en el intento de conservar las normas del profeta y de Abu Bakr y Umar vivían las últimas jornadas de aquella época en que la religión lo dominaba todo.

Podemos afirmar sin vacilaciones que la principal circunstancia que determinó el fracaso de la política de Alí fue la debilitación del imperio de la religión en las almas de los nuevos musulmanes y que el imperio de las cosas terrenas se enseñorease de esas almas.

J. V.



*Un Corán del siglo* XVI *(Biblioteca de Gazi Husref Bey, Sarajevo). El texto coránico, formado de ciento catorce capítulos, cada uno de los cuales consta de un número variable de versículos, recoge las revelaciones que tenía Mahoma en sus arrebatos místicos.*

ahora elegir al sucesor. Sin embargo, cuando Omar propuso a Abu Bakr nadie opuso resistencia. Abu Bakr era sólo dos años más joven que Mahoma y había sido el primer creyente extraño a la familia del profeta. Montados en el mismo camello, Mahoma y Abu Bakr habían hecho el viaje de la huida, o *hégira,* de La Meca a Medina, y, por último, Aicha, la hija de Abu Bakr, era la favorita del profeta. No había nadie con mejores derechos para suceder a Mahoma en sus funciones de jefe de estado; pero sólo en esto, no como profeta. Ningún cargo del Islam lleva unido el don de dogmatizar y hasta los que tienen el espíritu "profético" lo pierden al llegar a Medina.

Las primeras palabras de Abu Bakr, después de la muerte del profeta, también revelan su rectitud de carácter: "Sepan los que adoren a Mahoma que Mahoma ha muerto; pero los que adoran a Dios saben que Dios vive y no puede morir". Esta sentencia cortó de raíz la superstición de adorar la tumba o las reliquias del profeta, que tanto asustó en vida a Mahoma. Aquella misma noche se lavó el cadáver y fue sepultado en el suelo, sin embaldosar, de la cámara de Aicha, donde había muerto. Todavía hoy los mahometanos visitan, en su peregrinación a Medina, el humilde mausoleo que cubre la tumba del profeta, pero no se practica allí un culto especial, ni se veneran sus restos ni se le invoca como intercesor con Alá.

Abu Bakr fue aclamado jefe de los creyentes con el nombre de *califa,* que quiere decir "sucesor", título muy modesto, aunque más tarde recibió el sentido de jefe del Islam. La palabra *Islam* quiere decir fe, pero se la hace derivar de *salam,* que significa paz y contentamiento interior, porque la fe es la que procura esta paz y contentamiento a los que creen.

El primer año del califato de Abu Bakr fue empleado en reprimir varios conatos de insurrección entre las tribus de la Arabia. En algunos casos el motivo de la revuelta era la aparición de otros profetas; y no siempre se trataba de embaucadores, sino de espíritus mediocres y de inspiración muy intermitente; por ejemplo, un tal Toleiha, quien afirmaba que también veía al ángel



***Firma y rúbrica de un personaje árabe de los primeros califatos, realizadas en fina caligrafía (Palacio de Topkapi, Constantinopla).***

Gabriel y había conseguido hacerlo creer a la tribu de los Beni Asad.

Otro profeta, llamado Museilima, que había comenzado a manifestarse en tiempos de Mahoma, al enterarse de su muerte se levantó con otra tribu y hubo que reducirle en batalla campal. Incluso profetisas hacían valer sus oráculos para gobernar. Todo demuestra que, aun tras la muerte de Mahoma, quedó en el ambiente de las tribus de Arabia aquel fermento de profecía y de visión que tanto favorecieron la predicación del Corán. Y es de creer que si Mahoma y sus sucesores, los primeros califas, no se hubieran lanzado a una acción enérgica de conquista y proselitismo, el Islam se habría diluido en espasmos proféticos; pero Abu Bakr, en su primer sermón como califa, había dicho: "Cuando un pueblo deja de pelear por las vías del

***Una página de un libro del siglo XIII sobre la vida del profeta, que representa a Mahoma con la cara velada rodeado de un grupo de sus primeros colaboradores que pusieron en práctica sus doctrinas.***

Señor, es el Señor quien se desentiende de ese pueblo".

Así es que, no bien quedó pacificada Arabia, Abu Bakr lanzó a Jalid, *el acero de Dios,* contra Caldea primero y después contra Siria. Abu Bakr desafiaba a la vez a dos formidables colosos. Parecía una locura que un estado recién constituido, como era la comunidad religiosa de Medina, se atreviera a hostigar al antiguo imperio de los persas, que se extendía desde Caldea hasta el Himalaya, y atacara al Imperio, todavía "romano", de Constantinopla, que dominaba desde Siria hasta el estrecho de Gibraltar.

Pero he aquí las órdenes que dio Abu Bakr a los que partían para Siria: "Tengo diez mandamientos que confiaros: No engañéis ni robéis. No hagáis traición. No mutiléis a nadie. No matéis niños, ni mujeres, ni ancianos. No queméis los palmares. No cortéis los árboles frutales. No destruyáis las cosechas. No matéis ganado ni camellos, a menos que sea para sustentaros. Sacrificad a los monjes de cabeza rapada. Dejad en paz a los ermitaños".

Ciertamente no habrían sido éstos los consejos que hubiera dado Heraclio, el emperador de Constantinopla, ni Cosroes, el rey de los persas, a sus soldados. Mutilaciones y destrucción eran la secuela inevitable de las guerras del Asia. Pero Abu Bakr recordaba las palabras de Mahoma en su última peregrinación al monte Arafat, en La Meca: "Todos los musulmanes son hermanos. Forman una hermandad. Nada que sea del uno puede ser del otro, a menos que se lo dé de buena gana. Guardaos de cometer injusticias".

Este que se llama el sermón de la Montaña del Islam había penetrado en el corazón de los que lo escucharon. Por esto Abu Bakr, que por su edad no podía ir en persona a la conquista de Siria, quiso acompañar al ejército al salir de Medina, para caminar un poco por "las vías del Señor", ya que no podía pelear en ellas.

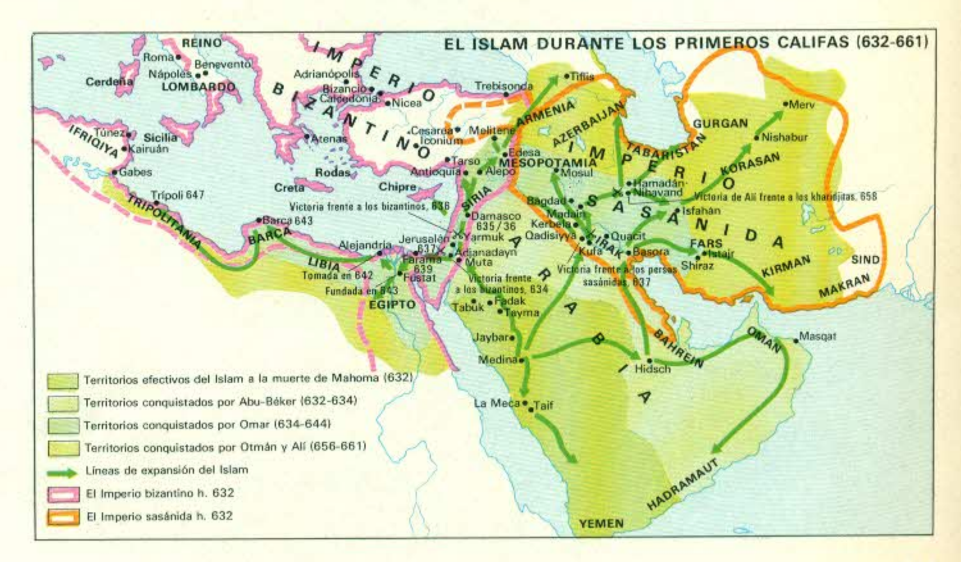
En un principio, Abu Bakr trató de gobernar sin percibir nada por su cargo de califa. Después juzgó que debía asignarse un salario de seis mil pesos al año; pero al morir dispuso que se vendiera su hacienda y se reintegrara todo lo que él había percibido.

Abu Bakr, antes de morir, eligió como sucesor (o *califa*) a Omar. Es cierto que había otros "compañeros" más antiguos que éste, como Alí, Talha y Otmán, pero Abu Bakr había dicho, en el momento de la agonía, que cuando compareciese delante de Alá le diría que había escogido al mejor por jefe de su pueblo, y que el mejor era Omar.

Omar había sido mercader en su juventud y sólo se había convertido al ver la injusticia con que los mercaderes de La Meca perseguían a Mahoma. Era de carácter recto y severo, convencido como estaba de que tenía que ser obedecido porque él no podía ordenar sino cosas justas. Su primer sermón de la mezquita de Medina contiene esta frase: "Los árabes son como un camello turbulento que hay que saber gobernar. Por el Dios de la Kaaba yo os juro que os llevaré por donde tenéis que ir".

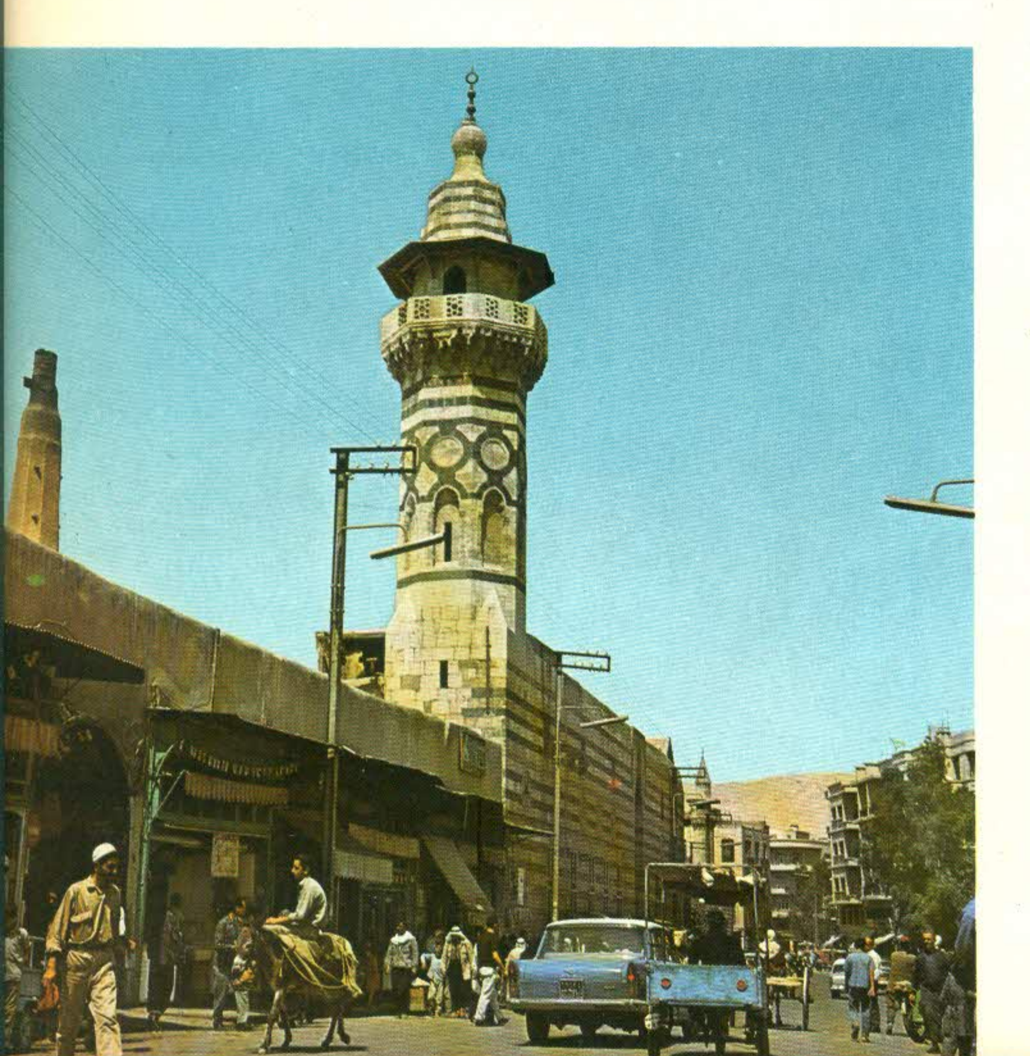


***Decoración interior de una copa sasánida de los siglos VI-VII (Museo Británico, Londres). Una de las primeras víctimas de la fuerza expansiva del Islam fue el imperio sasánida. Ya Abu Bakr atacó a los persas de Cosroes, hasta que Omar se anexionó toda Persia.***



*Jinetes árabes del norte de Egipto realizando un viaje a caballo, según una miniatura de los manuscritos del "Maqamat", de Al- Hariri (Biblioteca Nacional, París).*

*Una calle en la moderna ciudad de Damasco, Siria, tomada por el califa Omar en una de sus campañas, lugar de origen de la dinastía omeya y capital del Islam durante casi un siglo. Como en tantos paisajes urbanos del mundo islámico, destaca en el aire un minarete.*



Y, en verdad, Omar no sólo consolidó las victorias conseguidas durante el califato de Abu Bakr en Siria y Caldea, sino que en su tiempo se conquistaron Persia y Egipto. El califa dirigía la política general desde Medina; sus generales Talid, Saad, Amrú, luchaban por su cuenta, pero Omar hizo una excepción cuando los árabes tomaron Jerusalén. El califa entró en la ciudad santa montado en un camello y con el mismo manto de pelo que había usado todo el viaje. El patriarca le ofreció una túnica de lino, que aceptó hasta que se lavara su manto. Visitó la ciudad acompañado del patriarca y éste le invitó a rezar en la iglesia del Santo Sepulcro, donde se había puesto una alfombra para el califa. Aunque sentía gran devoción para con Jesús, Omar no podía rezar donde se recordase algo referente a su muerte, pues los mahometanos creen que Jesús fue arrebatado de la cruz antes de morir y ha de reaparecer un día u otro. Empero, la respuesta de Omar al patriarca da idea de la discreción de los caballeros del desierto. El mismo que había dicho que los árabes eran como un camello turbulento, tuvo ingenio suficiente para replicar que él no podía rezar en la iglesia del Santo Sepulcro porque sus corre-

ligionarios vendrían tras él a rezar también y esto produciría dificultades.

En cambio, Omar visitó luego Belén, y allí sí que rezó en la iglesia de la Natividad, dejándole al patriarca un rescripto en el cual ordenaba que los mahometanos sólo podrían entrar en aquel lugar de uno en uno, reconociendo así la prioridad de los cristianos para acercarse al sitio donde nació Jesús. Mas los otros lugares relacionados con la tradición de Abraham fueron reservados para el culto de los conquistadores. Sobre la roca donde se supone que Abraham se dispuso a sacrificar a su hijo, se levantó después la famosa mezquita que lleva todavía el nombre de Omar, y donde estuvo el templo de Salomón se edificó la mezquita de Al- Aksa.

Los escritores bizantinos se valen de figuras retóricas para lamentar la pérdida de Sión y de los santos lugares. Pero he aquí el texto auténtico del tratado de la capitulación de Jerusalén, firmado por Talid, Amrú, Abderramán y Moavia, los generales del califa Omar en Siria:

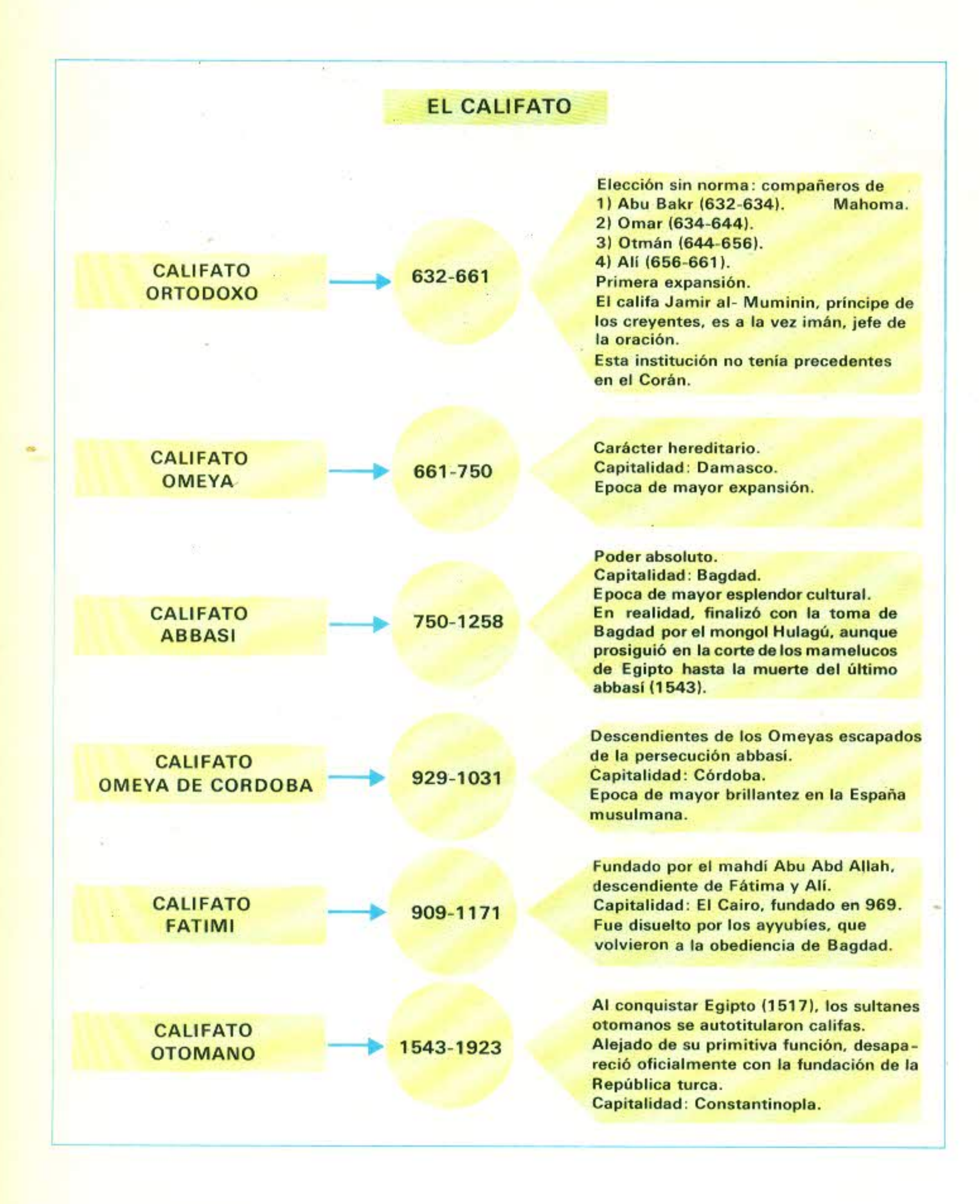
"En el nombre del compasivo Dios:

"Éste es el tratado para las gentes de Jerusalén. El Servidor de Dios, el Jefe de los Creyentes, el Comandante de los Fieles asegura a las gentes de Jerusalén la conservación de sus vidas y propiedades, sus iglesias, sus cruces, y todo lo que las rodea para honrarlas. Sus iglesias no serán destruidas, ni transformadas, ni confiscadas, ni las cruces, ni las propiedades de los ciudadanos. Nadie será obligado a abandonar su religión ni molestado por ella. Los judíos habitarán Jerusalén y, lo mismo que los cristianos, sólo tendrán que pagar las contribuciones que pagan en las otras ciudades, pero nadie tendrá que satisfacer estos tributos hasta que haya recogido una cosecha. Si algunos quieren marchar, llevándose sus bienes muebles y abandonando sus iglesias y cruces, recibirán un salvoconducto para que puedan llegar a lugar seguro...".

Y que este benigno tratamiento no era una excepción, concedida teniendo en cuenta la santidad de Jerusalén, lo prueba el siguiente tratado de la capitulación de Damasco: "Éste es el tratado que Jalid, hijo de Al-Walid, concede a los habitantes de Damasco al entrar en la ciudad. Les asegura sus vidas y posesiones, les permite retener sus iglesias y las murallas. A nadie se le quitará ni derribará la casa. Así lo asegura por la misericordia de Dios y la protección del profeta, de su califa y de los creyentes". Para comprender mejor aún la benignidad de este tratado, el lector debe tener en cuenta que

***Vista parcial de la mezquita de Al- Kufa, colonia militar que Omar estableció en el moderno Irak. Es una construcción de finales del siglo VII, no lejos de Ctesifonte, la residencia de los sasánidas.***





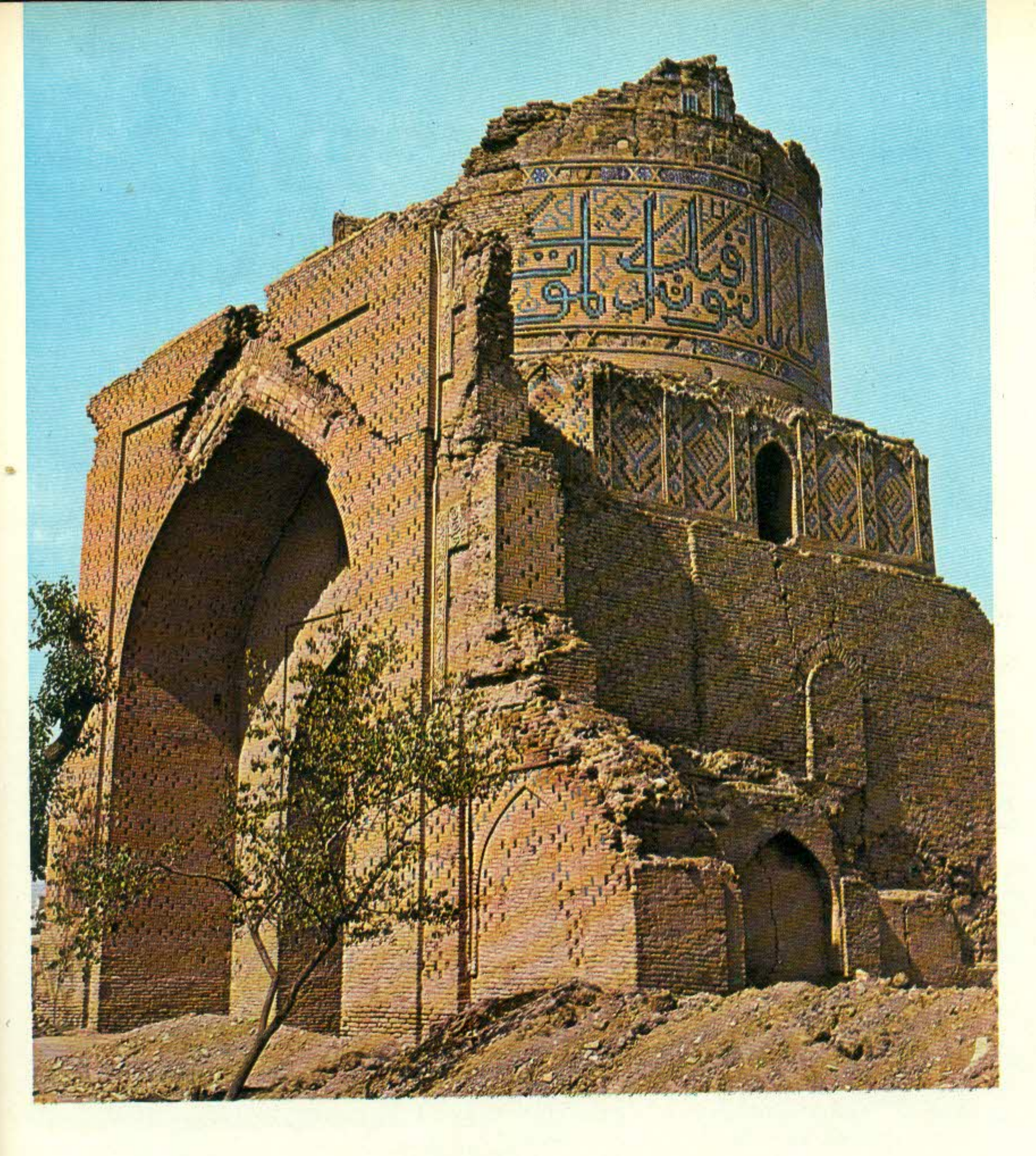

Damasco había sido tomada tras largo sitio y entrando por una brecha. Como detalle curioso sabemos que la capitulación se firmó en una iglesia. Naturalmente, también en Damasco los conquistadores construyeron pronto un lugar para su culto, y aún más tarde se expropió a los cristianos la antigua basílica de San Juan Bautista, a quien también veneran los mahometanos. Esta basílica bizantina, con muy pocos cambios, ha servido de mezquita hasta nuestros días. Observemos, empero, que estos tratados permiten retener o conservar las iglesias, mas no dicen nada sobre construir otras nuevas. Así no es de extrañar que, con el tiempo, los conquistadores se aprovecharan de las deficiencias de los tratados y prohibiesen edificar nuevos templos cristianos.

Pero el proselitismo por terror y las conversiones impuestas por la espada son cosas contrarias al espíritu del Islam: "No os peleéis por cosas divinas, practicad buenas obras y ellas os llevarán a Dios; Él entonces os explicará vuestras dificultades". "No obliguéis a nadie en materias de religión", había dicho Mahoma (sura 2). "Si Dios lo hubiese querido, ya todos los hombres creerían lo mismo." A estas enseñanzas se atuvieron los primeros califas, y si más tarde algunos musulmanes fanáticos impusieron su religión a los pueblos que conquistaron, no se puede hacer responsable de ello al Islam, y mucho menos al profeta. De esto hay que hacer la excepción de los árabes no creyentes; ellos no tenían que cambiar de religión para aceptar el Corán, sino volver a su fe primitiva. El Islam tenía que ser la fe de la Arabia: "No ha de haber en ella otra religión", había dicho Mahoma al morir, y por esto prohibió que los no creyentes fueran con los peregrinos a La Meca, y también por esto los primeros califas expulsaron de la Arabia a todos los que no eran musulmanes.

Los "pueblos de la Escritura", o sean los judíos y los cristianos, fueron tratados con gran benevolencia por los primeros califas. He aquí las llamadas *Doce condiciones* que, según la tradición, impuso Omar a los pueblos sometidos. Seis de las condiciones, sólo seis, son necesarias; las otras seis son deseables. Las seis necesarias son: No hacer escarnio del Corán ni de Mahoma. No casarse con mujeres musulmanas. No tratar de convertir a un musulmán. No herirle ni robarle. No ayudar al enemigo ni a sus espías. Las seis condiciones deseables, que algunos musulmanes creen demasiado duras para poderlas atribuir a un espíritu tan noble como Omar, son: Llevar los no creyentes un vestido especial, por lo menos una marca amarilla en el traje. No construir casas más altas que las de los musulmanes. No tocar las campanas ni leer sus Escrituras en voz alta. No beber vino públicamente. Esconder los puercos de la vista de los creyentes. No montar a caballo, sino en mulos y asnos.

Pese a este benévolo tratamiento, se comprende que las poblaciones judías y cristianas se sentirían molestadas por los árabes, cuya fe primitiva venía a veces sobrecargada con el furor del neófito. Esto explica que muchas poblaciones de Siria se hallen abandonadas y parezcan hoy como colmenas vacías. Lo mismo ocurrió más tarde en África del Norte. Por su parte, los árabes también deseaban estar solos; de aquí la fundación de Al- Basra y Al- Kufa en Mesopotamia, y Al- Fustat en Egipto, ciudades nuevas que empezaron siendo campos militares, pero que llegaron a tener doscientas o trescientas mil almas.

La creación de estos campos fue también idea de Omar; él comprendía la necesidad de mantener guarniciones fuertes en los países conquistados, pero también veía el peli-



*Ruinas de la mezquita de Bibi-Janym, en Samarcanda (Uzbekistán). Esta ciudad fue conquistada a China por los árabes en el siglo VII y llegó a ser una de las ciudades asiáticas más florecientes en el aspecto intelectual.*

gro de introducirlas en las viejas ciudades del mundo antiguo, donde civilizaciones milenarias parecían haberse esforzado sólo en corromper la Humanidad con idolatrías y supersticiones. Se escogían sitios nuevos, sanos, con agua abundante; allí los veteranos de las guerras del Islam recordaban los consejos, parábolas, frases y sentencias de Mahoma y de sus compañeros. En las que hoy llamaríamos colonias militares de Al- Kufa y de Al- Basra se formó, tanto o más que en Medina, la llamada *tradición,* o colecciones de dichos y hechos de los primeros días del Islam, que es una fuente de información suplementaria del Corán tanto para la teología como para la moral y la jurisprudencia.

Las compilaciones de la *tradición* de Al-Kufa y Al- Basra son muy voluminosas y algo contradictorias. Su estilo es singular: todos llevan al principio una filiación o genealogía que establece el origen, derivado de la boca del profeta o de uno de sus compañeros. Por ejemplo: "Oí decir a mi padre, que lo sabía de su abuelo, quien lo había oído de Fulano, que éste oyó decir a Mengano que el Profeta, la última vez que entró en la Kaaba, dijo: –Siento haber entrado aquí, porque desearán imitarme todos los peregrinos y no habrá lugar para tantos...". Y miles y miles de *tradiciones* por este tenor.

En las grandes ciudades militares de Al-Basra, Al- Kufa y Al- Fustat, los veteranos ponían un empeño casi romántico en conservar en toda su pureza su condición de árabes del desierto. Florecía la poesía de temas patriarcales y también la sátira política, que había dado tantos disgustos a Mahoma; pero sobre todo se conservaban las costumbres militares y la disciplina. Un día la guarnición de Al- Fustat, en Egipto, invitó a las poblaciones vecinas a visitar el campamento. Delante de los griegos y egipcios, consumidos por la molicie, los árabes comieron su asado frugal de camello, hechas las porciones de carne según la costumbre del desierto, que manda sacrificar un

## CALIFAS OMEYAS (661-750)

ABD SAMS
UMAYYA

- HARB
  - ABU SUFYAN
    - 1) MUAWIYA I (661-680)
      - 2) YAZID I (680-683)
        - 3) MUAWIYA II (683)
- ABU-L- AS
  - AL- HAKAM
    - 4) MARWAN I (684-685)
      - MUHAMMAD
        - 14) MARWAN II (744-750)
      - 5) ABD AL- MALIK (685-705)
        - 6) AL- WALID I (705-715)
          - 12) YAZID III (744)
          - 11) IBRAHIM (744)
        - 7) SULAYMAN (715-717)
        - 9) YAZID II (720-724)
          - 13) AL- WALID II (743-744)
        - 10) HISHAM (724-743)
          - MUAWIYA
            - OMEYAS DE CORDOBA
      - ABD AL- AZIZ
        - 8) OMAR II (717-720)
  - AFFAN
    - OTMAN (644-650)

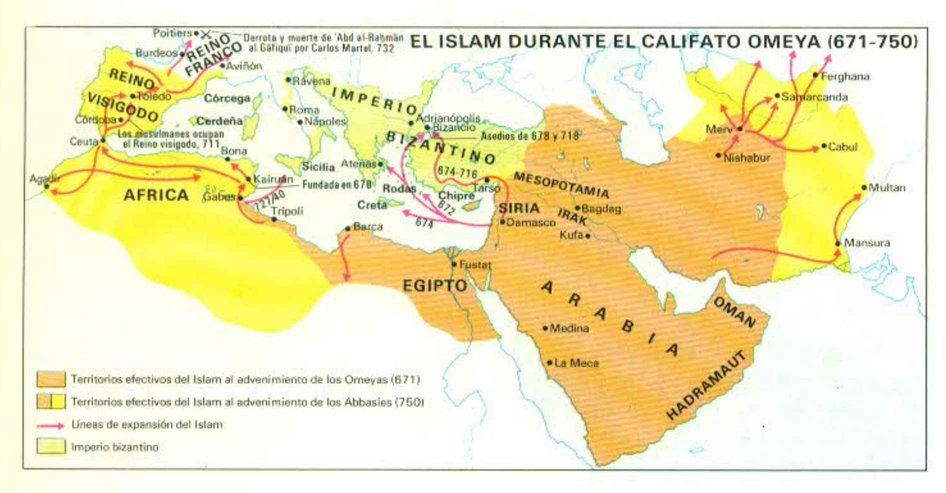
Califa omeya, con sus fechas de reinado.
Tercer califa ortodoxo.

camello para cada noventa personas. Al día siguiente los invitados vieron cómo los árabes hacían asimismo buena acogida a un banquete de platos refinados. Por fin, la lección terminó con una parada y ejercicio militar que dejó estupefactos a los griegos y egipcios. Cuando contaron al califa, en Medina, esta estratagema de sus guerreros de Egipto, la aprobó diciendo: "La suerte de la guerra depende tanto de la decisión y del arte como de la fuerza".

A Omar se debe también la organización elemental, pero efectiva, de los recursos del Islam. Como éste, según Mahoma, era una fraternidad, los musulmanes no pagaban tributos; no debían dar más que un diezmo para las obras de caridad, a las que proveía el estado. El gobierno o el califa, desde Medina, repartía este diezmo, o *zakat* (azaque), para beneficiencia. El *zakat* se paga aún: es una de las cinco prácticas rituales que debe hacer todo musulmán, pero el tanto por ciento ha variado mucho según las sectas y las épocas.

Los pueblos puestos bajo la protección del Islam, esto es, las poblaciones de los países conquistados, debían pagar dos clases de tributos: uno, según los ingresos, y otro, personal, por cada hombre hábil. El primer tributo era sobre la tierra de cultivo, y el segundo, un encabezamiento igual por persona, del que sólo estaban excluidos mujeres, viejos y niños. Los juristas mahometanos consideraban este tributo como un rescate de guerra; por esto todos pagaban igual, porque la vida era la misma para todos; pero las personas inútiles para la guerra no debían pagar tampoco este tributo, porque según las prácticas del Islam no habrían caído prisioneros. Era el mismo concepto romano de la esclavitud.

Además, el Islam cultivaba como una explotación del estado los grandes predios comunales de los antiguos imperios conquistados, y en la Mesopotamia se habían roturado grandes extensiones de los inmen-



sos parques de caza de los magnates persas. Los ingresos de estas empresas agrícolas iban directamente a Medina y servían para pagar a los veteranos. Esta simple organización casi comunista se hizo cada vez más difícil por dos razones. La primera, porque el Islam no disponía de técnicos para dirigir explotaciones en gran escala: tenía que valerse de griegos, coptos y caldeos, que miraban a veces a los árabes con desprecio. La segunda razón, acaso la más importante, porque el privilegio de los creyentes de no tener que pagar tributos y de vivir casi a costa del estado llevó a muchos recalcitrantes a aceptar el Corán. Conversiones de pueblos en masa no son exclusivas de esta época, pues más tarde se vio como ocurría lo mismo cuando la Reforma y en América. Pero, en este caso, las ventajas –no pagar tributos– eran tan manifiestas, que coptos, caldeos,

*Vista de un barrio antiguo de Jerusalén, con la mezquita de Omar en el centro. Esta mezquita del siglo VII fue levantada por Abd al- Malik en el sitio que ocupó el antiguo templo de Jerusalén. En su interior se cree haber descubierto la piedra de los holocaustos del antiguo templo hebreo.*



## LOS PRIMEROS CALIFAS (II)

Al morir Utmán y querer el cuarto califa volver a los árabes al buen camino y que recobraran el modo de vida habitual en los musulmanes por los días del profeta y de Abu Bakr y Umar, se hicieron los remolones y no se hallaron a gusto.

Veían un califa antiguo que había de regir una generación nueva, a la que quería imponer un gobierno radicalmente opuesto a la vida cómoda y muelle que ella quería llevar. Y, al mismo tiempo, veían otro emir, Moavia, que vivía en Siria y que se había renovado al compás de esa generación nueva, no sólo en sí mismo y en sus relaciones con los súbditos, sino incluso en que animaba a éstos a renovarse también y en que los ayudaba con este objeto económicamente.

No le faltaban para ello cuantos pretextos quiso Dios. Viviendo en un país limítrofe con los bizantinos, se propuso llevar al ánimo de éstos la convicción de que no tenía menos orgullo que ellos, ni era de peor condición ni menos aficionado a las delicias de la vida, y que los suyos eran como él. Además, por tener que combatir con los bizantinos, había de hacerlo con armas como las suyas, y por tener que combatir a su adversario Alí en el Iraq, tenía que burlarlo, hostigarlo, aislarlo y separar a las gentes de su causa. Para este fin todos los medios eran no sólo laudables, sino obligatorios, y no había que vacilar en utilizarlos. Por ello Moavia gastaba dinero, se atraía a las gentes y engañaba a quienes se le resistían.

Todas estas circunstancias reunidas eran suficientes para imbuir en el ánimo de Alí de que era un extranjero dentro de la época en que vivía y en medio de aquella generación de gentes a quienes quería gobernar; para sugerirle que pretendía una empresa irrealizable. Un primo suyo se separaba de él para en La Meca vivir feliz y sin preocupaciones; sus gobernadores, excepto muy pocos, se apropiaban el dinero de que podían apoderarse; los nobles recibían dádivas de Moavia y preparaban en favor de éste el gobierno del Iraq; la plebe prefería la tranquilidad a la guerra y a los daños y sufrimientos que ésta acarrea...

Alí, entre unos y otros, clamaba sin ser oído y mandaba sin ser obedecido, hasta que perdió la brújula, aburrió a sus gentes (que a su vez se aburrían de él) y llegó a pedir a Dios que le diese mejores súbditos y a éstos peor soberano.

Otra diferencia había entre Moavia y Alí que excitaba a las gentes contra este último y la hacía agruparse en torno a su adversario. Y es que Alí gobernaba los asuntos de los suyos delante de todos, sin decidir nada por sí, de no ser ante ellos, pues les consultaba en los asuntos graves e importantes y escuchaba su opinión. Así, sus secuaces se le oponían, se le resistían y le obligaban a poner en práctica sus ideas, mientras él seguía aferrado a la suya; todo lo cual les irritaba en contra suya y les envalentonaba con respecto a él.

Moavia, en cambio, no daba a sus secuaces ni siquiera parte de las atribuciones que otorgaba Alí a los suyos. No les consultaba, porque sus únicos consejeros eran sus más íntimos privados. Si mandaba algo, los sirios le obedecían sin rechistar y, por tanto, no hay que decir que sin discusión. Además, Moavia guardaba todos sus secretos y no los revelaba sino a aquel de sus privados que le parecía, mientras que todos los negocios de Alí se ventilaban y decidían en pública asamblea, sin que ocultase a los suyos cosa alguna, cualquiera que fuese su importancia.

Alí regía un califato, y Moavia gobernaba un "imperio". Pero la época del califato estaba conclusa y el imperio comenzaba a apuntar.

J. V.

sirios, persas y beréberes se convirtieron sin vacilar. Por esta causa pronto hubo más creyentes que infieles en tierras del Islam y fue preciso procurarse, con tributos de los creyentes, la contribución que antes sólo pagaban los infieles. Pero, en fin, la organización que dio Omar a la parte administrativa del estado hubo de dejar rastro para siempre.

También se debe a Omar la compilación del Corán, que hasta entonces se recitaba de memoria. Omar encargó a un escriba, que había sido amigo de Mahoma, llamado Zeid ibn Thabit, una redacción escrita, que es poco más o menos (fue revisada después, en tiempo de Otmán) la que todavía tenemos. Zeid encontró buen número de capítulos cuya redacción había sido ya definitivamente establecida, pues eran recitados sin variación desde los tiempos de Mahoma. Pero había otros *suras*, o revelaciones, menos populares, que se conservaban escritos en hojas de palma, en pedazos de cuero, en piedras, en hue-





***Anverso y reverso de una moneda de oro del califa omeya Abd al- Malik, que gobernó de 685 a 705 (Biblioteca Nacional, París).***

sos de camello o "en el corazón de los creyentes". Zeid, con gran respeto, lo incluyó todo en un manuscrito que se confió al cuidado de Hafsa, la hija de Omar que estuvo casada con Mahoma. La formalidad de Zeid se revela en el hecho de no querer ordenar los suras del Corán cronológicamente; puso los más largos al principio y los más cortos al final, pero conservó el precioso detalle del lugar donde habían sido inspirados, o "descendidos", a Mahoma; cada sura lleva el epígrafe de "revelado en La Meca" o "revelado en Medina".

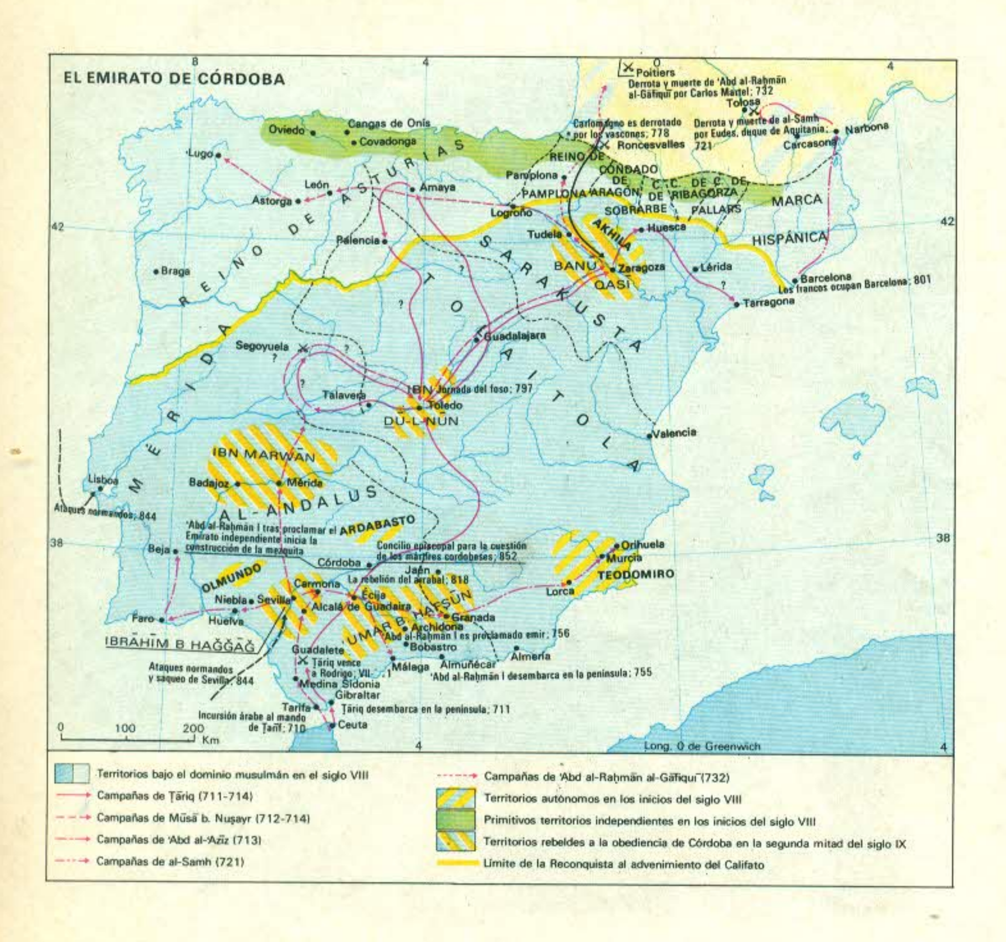
El califato de Omar duró diez años; el 23 de la hégira fue asesinado por un esclavo persa, descontento porque le habían traído a Medina. Herido de muerte, su agonía se prolongó varios días, durante los cuales pudo tratar con sus compañeros del asunto de su sucesión. Por fin, confió el encargo de escoger el nuevo califa a Alí, Talha, Abderramán, Otmán, Al- Zubayr y Sad. Una vez enterrado Omar al lado de Abu Bakr y de Mahoma, los compromisarios acordaron aceptar al que propusiese Abderramán; éste proclamó a Otmán, postergando a Alí, el otro candidato.

Otmán era más viejo que Alí, pertenecía a la familia de los llamados omeyas, por-



***Junto a la mezquita de Omar hay unos restos de arquitectura islámica, conocidos como Qoubbet es Silsile, con este airoso minarete que domina la gran cúpula dorada.***

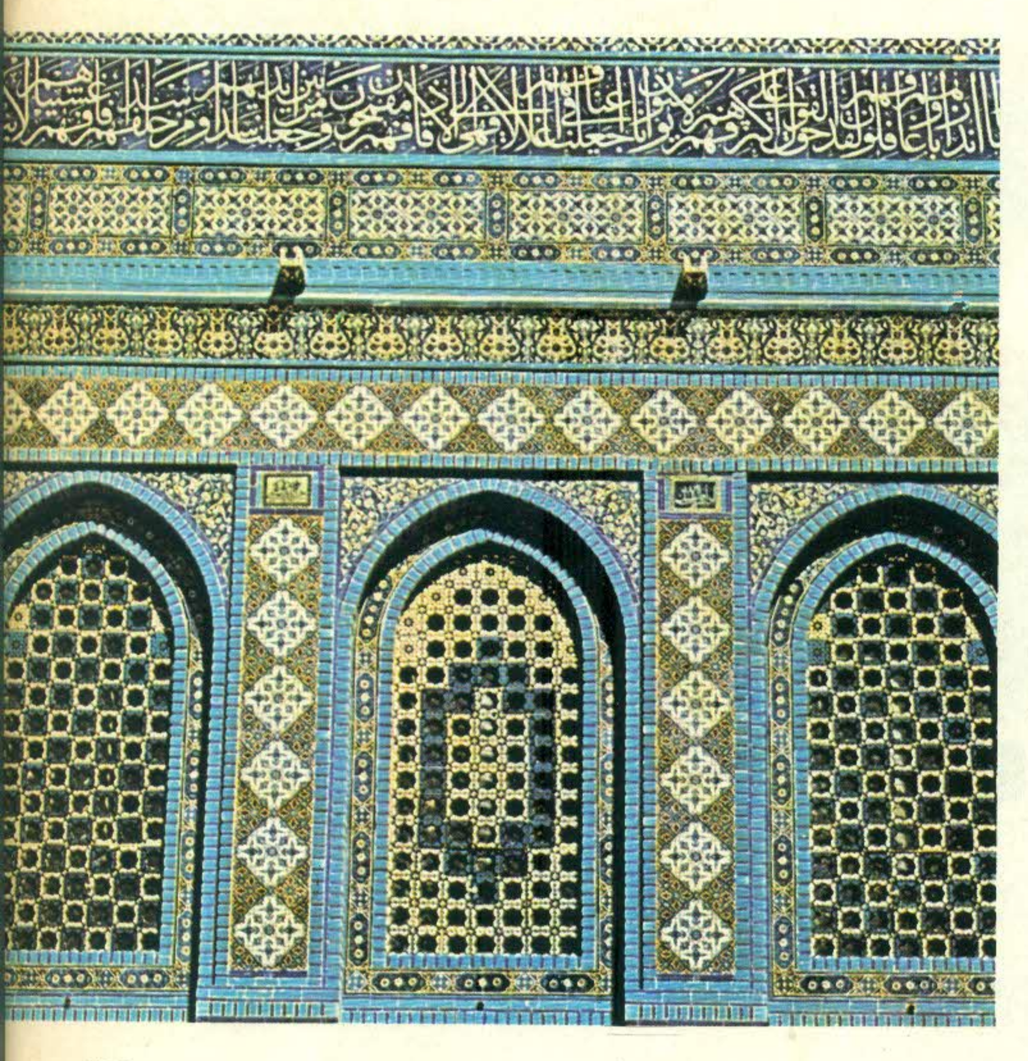
***La mezquita de la Roca, o de Omar, en la explanada del templo de Jerusalén.***




que descendían de un tal Omeya. Los omeyas habían sido los peores enemigos de Mahoma entre los mercaderes de La Meca, con la sola excepción de este Otmán, que se había convertido poco después que Abu Bakr. Otmán era, pues, más antiguo creyente que Omar y había demostrado la sinceridad de su fe contra los de su familia peleando desde los primeros días al lado del profeta. Pero no podían compararse sus derechos a los de Alí, el primer converso, hijo adoptivo de Mahoma y, además, casado con su hija Fátima. Todavía quedaba la duda de si Otmán, cuando fuera califa, no querría proteger a sus parientes, que sólo se convirtieron después de la toma de La Meca. Y esto fue lo que pasó. Un sobrino de Otmán, llamado Maruán, actuando de consejero, hizo tan impopular al califa, protegiendo a los omeyas, que los veteranos de las colonias militares enviaron varias comisiones a Medina para pedir a Otmán un cambio de política. Lo que ocurrió entonces en Medina denota la simplicidad de costumbres de los primeros califas. Otmán no tenía guardia personal ni había en Medina una guarnición que pudiera hacer oficios de policía para imponer orden a los sediciosos.

Las discusiones entre el califa, completamente indefenso en Medina, y las diputaciones de los veteranos, cada vez más envalentonados, acabaron con el asesinato de Otmán en su propia casa. Se le había tenido allí sitiado varias semanas, pidiéndole que abdicara. Otmán no quiso hacerlo, alegando la santidad de su cargo. Nadie le defendió. Por fin los revoltosos apuñalaron un día al viejo califa mientras estaba leyendo el Corán. Otmán murió, si no como un héroe, por lo menos convencido de que era el sucesor legítimo del profeta y el elegido por Dios como jefe de los creyentes, y que ni él podía abdicar ni nadie podía destituirle. Su califato había durado doce años. Tenía ya ochenta y dos cuando fue asesinado, pero la dignidad con que supo morir y el respeto que demostró en sus funciones de califa en sus últimos días prueban que había sido justa su elección.

Por fin llegaba la hora para Alí; parecía que sólo él, con el prestigio que le daba su parentesco con el profeta, podía dominar la situación. Con todo, aun entonces vaciló; con humildad, que fue su defecto y su virtud capital, hizo protestas de obedecer a



***De la rica decoración de la mezquita de Omar da buena idea este trozo de lienzo exterior, hecho de azulejos, que rodea toda la planta alta de la mezquita.***



***Músicos y portaestandartes de un ejército islámico avanzando en formación para hacer la guerra santa, miniatura del "Maqamat", de Al-Hariri (Biblioteca Nacional, París).***

cualquiera de los compañeros, en especial a Talha o Al- Zubayr, si éstos hubieran sido elegidos, pero los sediciosos y los ciudadanos de Medina aclamaron a Alí y no tuvo más remedio que aceptar el califato.

En su juventud, Alí había sido un gran guerrero; de natural más bien flojo y contemplativo, en los combates se le despertaba un furor bélico que le llevaba a acabar con su enemigo. Al envejecer había engordado, pero durante su califato volvió a ser capaz de grandes energías. Levantó varios ejércitos para someter a los sediciosos, pero no dejó de enfrentarse con sus adversarios con la magnanimidad que era de esperar del pariente más próximo del profeta.

Alí empezó por trasladarse a Al- Kufa, donde tenía más partidarios. Hay que recordar que había muchos omeyas en Al-Basra y en Al-Fustat, a los que hubo de eliminar con una primera campaña. Pero además, Siria estaba gobernada por un pariente de Otmán, el mismo Moavia que hemos encontrado ya firmando la capitulación de Jerusalén. Moavia no era un ambicioso vulgar, aunque nadie podía olvidar que era hijo de Abu Sufián, el omeya que había sido jefe de los que persiguieron a Mahoma.



*Rincón del patio de la mezquita de los omeyas, en Damasco, con el minarete y la ciudad al fondo. Esta mezquita fue construida a comienzos del siglo VIII por el califa omeya Al-Walid.*

Abu Sufián peleó contra los creyentes en todas las acciones en que se decidió la suerte del Islam y se asegura que en la batalla de Ohod, una de las mujeres de Abu Sufián, precisamente la madre de Moavia, se ensañó con los cadáveres de los creyentes. Era proverbial entre los musulmanes recordar este acto de la madre de Moavia como ejemplo de ferocidad.

No obstante, después de la toma de La Meca por Mahoma, Abu Sufián aceptó el Corán, y su hijo Moavia, en Medina, fue algunas veces empleado por el profeta como amanuense. Moavia hizo su aprendizaje militar al lado de Talid y fue Omar, no Otmán, quien algunos años más tarde le confió un cargo tan importante como el de gobernador de Siria.

Pero Moavia, como buen omeya, se indignó por el asesinato de Otmán y manifestó no quererse convencer de la inocencia de Alí, quien se hallaba en Medina durante los días trágicos de la sedición y no hizo nada para proteger al viejo califa. Pronto el descontento de Moavia tomó caracteres de una abierta rebelión y Alí tuvo que pasar a Siria para combatirle.

Así empezó la primera y más penosa guerra civil del Islam. De un lado estaba Alí, considerado como el califa legítimo por sus títulos y proclamación, y del otro Moavia, el gobernador rebelde de Siria, que se presentaba como vengador del califa asesinado. Alí derivaba sus fuerzas de Medina y de toda la Arabia, y además tenía a su lado las guarniciones de Al-Kufa y Al-Basra, con multi-

tud de árabes beduinos. Moavia disponía no sólo de los ejércitos de Siria, sino también de todos los partidarios de los omeyas, y contaba con la solidaridad del gobernador de Egipto.

La batalla decisiva, famosa en los anales del Islam, se dio en el vado del Éufrates, en Siffin. Tras unas negociaciones que duraron dos meses, mientras los ejércitos estaban acampados uno enfrente del otro, viendo Moavia que no había posibilidad de llegar a un acuerdo, pensó que "las espadas decidirían". La batalla duró tres días, desde el 29 al 31 de julio del año 658 (el 36 de la hégira). Los partidarios de Moavia, al tercer día, parecían llevar la peor parte, cuando se les ocurrió una estratagema que paralizó a los partidarios de Alí. Pusieron el Corán, que cada uno llevaba, en la punta de sus lanzas, pidiendo entonces a gritos que fuese el Libro y no las espadas las que decidieran. Ante tal intimidación, sabían que Alí, dado su carácter piadoso, no podría por menos de conceder una tregua y demorar la solución, que pronto hubiera resultado clara con el éxito de la batalla.

Alí y Moavia nombraron un representante cada uno; éstos tenían que decidir, en el término de seis meses, quién sería el califa. En la expectativa, Moavia regresó a Damasco y Alí a Al-Kufa. Ambos habían perdido muchos de sus combatientes, pero además Alí había perdido el prestigio que le daba su título de califa indiscutible. Nadie, en su campo, habría soñado antes de la batalla en que Alí podía ser destituido, y ahora sus derechos estaban a merced de unos compromisarios. Para mayor desgracia, éstos no pudieron hallar una solución dentro de los seis meses. Todo parecía augurar una nueva campaña de Alí contra Moavia cuando ambos fueron heridos casi a la misma hora, un viernes, al llegar a la mezquita de Damasco y de Al-Kufa, respectivamente. La herida de Moavia, aunque envenenada, no fue mortal, pero Alí murió pocos días después. Interrogados los asesinos, dijeron que se habían juramentado, en el recinto de la Kaaba, para asesinar a ambos, Alí y Moavia, como la mejor solución para mantener unido el Islam. El asesino de Alí añadió el pintoresco detalle de que le había costado mil pesos el veneno de que había impregnado el puñal. Más aún, al enterarse de que Moavia no




***Un aspecto del patio de la mezquita de Kairuán, Túnez. Esta construcción del siglo IX fue levantada sobre la primitiva mezquita del siglo VII.***

había muerto, ofreció que si le dejaban en libertad se comprometía a ir a Damasco para matar a Moavia, jurando que después volvería a Al-Kufa para ser ajusticiado por la muerte de Alí.

Los que premeditaron los asesinatos de Alí y de Moavia formaban parte del grupo de los llamados *jarichíes,* o intransigentes. Para el sentir de los *jarichíes,* el Islam tiene que ser una fraternidad gobernada por Dios, esto es, una cofradía religiosa, manejada a lo sumo por un grupo elegido por los creyentes, de ninguna manera un gobierno monárquico presidido por un déspota. Pero al poco tiempo Moavia se proclamó a sí mismo califa e hizo reconocer a su hijo como sucesor. De este modo quedaba iniciada la dinastía de los califas omeyas de Damasco, la cual duró desde el año 41 hasta el 127 de la hégira (662 a 749 de Jesucristo).

La incertidumbre de la sucesión creó en el Islam una serie de partidos, que son hoy verdaderas sectas religiosas. Ya hemos citado el de los *jarichíes;* también es evidente que el de los partidarios de Alí tenía que originar otra escisión; al fin y al cabo, Alí había muerto como un mártir y sus hijos eran nietos de Mahoma. Uno de ellos, Al-Hassán, fue elegido en seguida califa en Al-Kufa, como si tuviera que suceder a su padre y continuar la lucha con los omeyas; pero de natural místico, abdicó en favor de Moavia y se retiró a Medina, donde murió envenenado por una esclava. Dejó muchos hijos, los cuales forman la aristocracia del Islam; se distinguen entre los mahometanos por llevar turbante verde.

Veinte años más tarde, habiendo muerto ya Moavia, otro hijo de Alí viose tentado a dejar su retiro de Medina y presentarse en

***Un matrimonio en presencia de un jefe religioso que está acompañado de un servidor, miniatura del "Maqamat", de Al- Hariri (Biblioteca Nacional, París).***





*Interior de la mezquita de los omeyas en Damasco. Quedan en ella muchos detalles de la basílica bizantina de San Juan Bautista, sobre cuyas ruinas se levantó la mezquita.*

Al-Kufa con el fin de reclamar el califato. Al llegar a Al-Kufa, después de tres semanas de fatigosa marcha por el desierto, encontróse con que la guarnición no estaba muy dispuesta a recibirle. Al-Husseín solo, con un grupo de setenta personas de su familia, mujeres, niños y criados, se encontró en Kerbela con el ejército que el hijo de Moavia enviaba precisamente para combatirle. Eran setenta con Al-Husseín, y fueron todos sacrificados ferozmente por los omeyas el 10 de octubre del año 680.

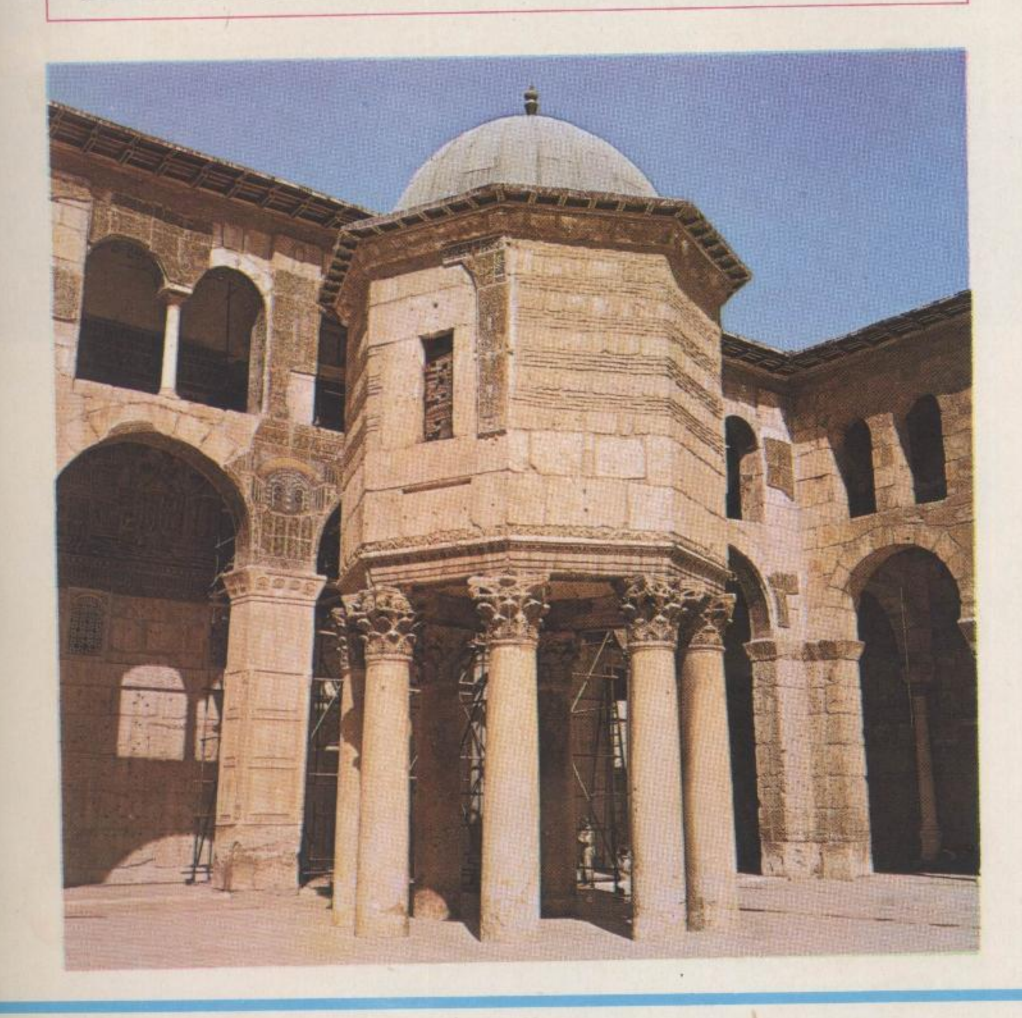
Cada aniversario de aquel día nefasto los mahometanos del mundo entero recuerdan con horror el martirio que sufrió la pequeña banda de Kerbela. En el lugar mismo, cerca del Éufrates, se representa al vivo el exterminio de los parientes de Alí, y se va a Kerbela en peregrinación como se va a La Meca. Viene a ser una especie de drama o pasión que dura por espacio de varios días.

Esta catástrofe de Alí y de los suyos, que entre otras gentes se hubiera convertido en una cuestión de legitimismo, tomó en el Islam un singular matiz religioso. La humildad de Alí, la condescendencia de Al-Hassán, el sacrificio de Al-Husseín, pronto fueron más que santidad..., fueron cualidades divinas que no había poseído el mismo profeta. Alí y sus hijos y descendientes se transformaron en *imanes,* o encarnaciones de la sabiduría divina. Mahoma, el profeta, no había hecho más que hablar como un portavoz, inspirado por Alá, mientras que a su lado el *imán,* o sea Alí, callaba, presenciando sin decir nada la revelación de algo que era él mismo.

Esta fantástica teoría del *imanado* divide todavía hoy al Islam en dos grandes ramas. La primera es la de los *sunnitas,* que aceptan a Alí como un santo, hijo adoptivo de Mahoma y nada más. La otra rama, que comprende toda la Persia y gran parte de los musulmanes del Asia y de Egipto, es la de los llamados *chiitas,* que quiere decir "separados". Los chiitas insisten en que Alí fue más que el hijo adoptivo de Mahoma; fue un imán escondido e ignorado, que no se reveló como tal hasta su muerte. Otro imán, naturalmente, es Al-Husseín, el mártir de Kerbela; más tarde, otro imán, viéndose perseguido, se escondió en una gruta entre Medina y Bagdad, de la que se espera que salga todavía. ¡Quién hubiera podido esperar tales extravíos de la fe racionalista de Mahoma y sus compañeros!

## BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| Brockelmann, C. | *Geschichte des islamischen Völker und Staaten,* Munich, 1943. |
| Butler, A. J. | *The Arab conquest of Egypt and the last thirty years of the Roman dominion,* Oxford, 1902. |
| Caetani, L. | *Annali dell'Islam,* Milán, 1905-1926. |
| Goeje, M. J. de | *Mémoire sur la conquête de la Syrie,* Leiden, 1900. |
| Hitti, P. K. | *Historia de los árabes,* Madrid, 1950. |
| Lewis, B. | *Los árabes en la historia,* Madrid, 1956. |
| Pareja, F. M. | *Islamología,* Madrid, 1952-1954. |
| Tritton, A. S. | *The caliphs and their non Muslim subjects. A critical study of the covenant of Umar,* Oxford, 1930. |
| Zambaur, E. de | *Manuel de Généalogie et de Chronologie pour l'histoire de l'Islam,* Hannover, 1955. |

*Edículo levantado en el patio de la mezquita de Damasco sobre unas columnas corintias, que servía para contener los tesoros y libros propiedad de la mezquita.*



*Tejido abbasí de seda, con figuras de elefantes y camellos, de la segunda mitad del siglo X (Museo del Louvre, París).*

# Los abbasidas y el fraccionamiento del califato

por JUAN VERNET

La imagen que Occidente se ha formado del Islam se basa, fundamentalmente, en las noticias que, más o menos deformadas, fue conociendo con el correr de los siglos acerca del imperio abbasí. En efecto, el momento de apogeo del Islam coincidió con la época inicial de dicha dinastía, que se enraizaba tradicionalmente con la propia familia del profeta Mahoma. Según la historiografía tradicional, Abu-l- Abbas descendía del tío de Mahoma, al- Abbas, que tan importante papel había representado en determinados momentos de la predicación de su sobrino. Sin embargo, este nexo genealógico no está tan claro como parece, puesto que casi todos los partidos políticos árabes intentaron defender su ideología basándose en unos vínculos más o menos reales con la familia del profeta.

Hacia el fin de la época omeya se disputaban el poder dos grupos de la chiía: el moderado, cuyos adalides descendían de Alí, el primo de Mahoma, y de la hija de éste, Fátima, y el extremista, dirigido por los descendientes del propio Alí y una segunda esposa apodada la Hanafiyya. Puede verse, pues, que ambos bandos se entroncaban, genealógicamente hablando, al mismo clan coraixí.

Las fuerzas que apoyaron a los abbasíes,



***Miniatura persa del siglo XV que representa al primer califa abbasí, Abu-l- Abbas, recibiendo el juramento de fidelidad del pueblo en la mezquita de Al- Kufa (Museo Británico, Londres).***

militantes del grupo extremista, recibieron el nombre de hachimíes, y la historiografía oficial y tardía explicó que este último nombre se debía a que Hachim había sido el antepasado común de Mahoma, Alí y al-Abbas, cuando, en realidad, aludía a un tal Abu Hachim Abd Allah, descendiente de la Hanafiyya, quien al morir en el año 716 había legado el imanato (dirección temporal y espiritual de sus secuaces) a Muhammad ben Alí ben Abd Allah. Éste pasó a ser así jefe del partido de los hachimíes o rawandíes.

Muhammad ben Alí empezó inmediatamente una labor de proselitismo que tuvo especial resonancia entre las clases humil-

des, proletarias y heterodoxas del imperio y, muy en concreto, entre las minorías religiosas de la zona oriental de Persia, en el Jurasán, en donde los mazdeístas y budistas se convirtieron al Islam, para apoyar, armas en mano, la predicación de uno de los principales activistas hachimíes: el persa Abu Muslim.

Al morir Muhammad le sucedió (743) en la dirección del partido su hijo Ibrahim, y en este momento un grupo de árabes dirigidos por Qahtaba se puso a su lado. Abu Muslim dejó que los chiíes moderados y los jarichíes se sublevaran y fracasaran en sus reivindicaciones frente al gobierno omeya e, inmediatamente después, enarbolando el estandarte negro que las profecías escatológicas de la época atribuían al Mesías, se levantó. Sus fuerzas, saliendo del Jurasán, vencieron al ejército omeya y cruzaron el Éufrates en el 749.

El avance victorioso de los sublevados no fue cortado ni por la detención ni muerte de Ibrahim por el califa Meruán. Inmediatamente se puso al frente de sus partidarios su hermano Abu-l- Abbas, y las tropas gubernamentales mandadas por el califa en persona fueron vencidas definitivamente en el Gran Zab (750). Meruán consiguió huir a Egipto, pero allí fue detenido y ejecutado.

¿Qué representaban los vencedores? A creer a la historiografía tradicional, su partido reivindicaba la superioridad de los indoeuropeos sobre los semitas: los persas habían vencido a los árabes, consagrando así, una vez más, la supremacía aria. Esta tesis, grata a los seguidores de Gobineau, es insostenible.

## TEORIA Y PRACTICA EN LA POLITICA ARABE

Ibn Jaldún (1332-1406), autor tunecino descendiente de abuelos sevillanos que tuvieron que abandonar su patria ante el avance de la Reconquista, en el extenso Prólogo *(Muqaddima)* que puso a su "Historia Universal" *(Kitab al- ibar)* inventarió las constantes a las que se había sujetado la evolución del mundo árabe hasta su época, anotando que "cuando una dinastía radica de modo sólido en una familia o en un clan, cuando la monarquía es absoluta y la tribu que le sirvió de apoyo para alcanzar el poder se encuentra alejada de éste, cuando la monarquía es efectivamente hereditaria, se ve frecuentemente que los ministros se hacen dueños del verdadero poder. Esto acostumbra ocurrir cuando el padre deja por heredero a un niño o a un príncipe sin carácter o bien cuando uno de éstos es colocado en el trono por sus criaturas y servidores. Es evidente que entonces es incapaz de gobernar y el poder recae en las manos de su tutor, visir de su padre, cliente o contríbulo. Este personaje parece ser el custodio del poder, pero pronto se ve que lo ejerce de hecho y que utiliza las circunstancias para asegurar su propia autoridad: mantiene al joven príncipe apartado del pueblo; le acostumbra al lujo y le facilita todos los placeres, llevándole poco a poco al abandono de sus deberes y termina dominándolo por completo; le convence de que la función del rey consiste en sentarse en el trono, en estrechar las manos de los altos funcionarios, en obligar a que le den el tratamiento de 'señor' y en gozar de las mujeres del harén. El príncipe queda convencido de que es el ministro quien debe ejercer de hecho el poder ejecutivo, gobernar y disponer con todas las prerrogativas regias, tales como el mando del ejército, la dirección de las finanzas o la defensa nacional. Y le encarga de todos estos asuntos. Finalmente, el ministro adopta el talante de quien gobierna, de quien reina efectivamente. El poder real le pertenece ya y lo conserva para su familia y sus propios hijos. Tal ha sido el caso de los buyíes, de los turcos con Kafur al- Ijsidí, y otros muchos más en Oriente. Lo mismo sucedió con Almanzor ben Abi Amir en España.

"Puede darse el caso de que el príncipe tutelado y privado de autoridad se dé cuenta de su situación e intente emanciparse. En ese caso puede devolver el poder real a su familia y poner fin a los abusos del tutor, asesinándolo o destituyéndolo. Pero este caso es muy raro. En general, cuando una dinastía cae bajo la tutela de sus ministros y de sus clientes, continúa sometida para siempre: es esclava del lujo, de la molicie y del bienestar en que se han educado los jóvenes príncipes. Y éstos olvidan las cualidades viriles del hombre, pues sus nodrizas y sirvientas han limado las aristas de su carácter, los han afeminado: no quieren gobernar, pues carecen del hábito del ejercicio del poder, que es prerrogativa de la superioridad. Su ambición se limita a satisfacer su prestigio y a gozar del placer y de todos los lujos. De este modo, libertos y clientes se hacen con el soberano cada vez que una familia real llega al cenit del poder y aleja de sí al clan que le elevó. Esto es lo que ocurre con las dinastías, conforme se ha visto. Tales son los dos males dinásticos casi siempre incurables: 'Dios da su realeza a quien quiere' " (*El Corán,* 2, 247).

En efecto, los fundadores de una dinastía triunfan gracias a la solidaridad que guardan con los individuos de su tribu, pues los lazos de sangre les obligan a seguirlos y se identifican con los propios intereses del soberano. Esta identificación constante hace viable la supervivencia de la dinastía. Pero el personaje que consigue sobreponerse al rey participa de la ideología de la tribu que monopoliza el poder o en la de sus libertos y clientes. Esa ideología es la misma de la familia real, depende de ésta y, por tanto, no puede alzarse contra ella. Por ello, aunque sea el más fuerte, no ejerce descaradamente el poder real y se contenta con sus frutos, es decir, con el poder ejecutivo: prohíbe, autoriza, anuda, ata y desata. Da así la impresión de cumplir sólo las órdenes del príncipe y de que éste se encuentra detrás de ellas: evita utilizar sus atributos, los emblemas y títulos reales, y procura estar a cubierto de toda sospecha a este respecto, por más que su poder sea ilimitado. Se escuda en la barrera levantada por el príncipe y sus antepasados para poner coto a las exigencias de su tribu en el momento de la fundación de la dinastía y procura pasar por un simple mandatario del soberano.

Si usurpara esta última prerrogativa regia, los partidarios y la tribu del monarca se irritarían y se esforzarían en desbancarle, y como él, de por sí, carece de una ideología específica que le permita reinar, gestos demasiado evidentes en este sentido le precipitarían en el vacío. Eso es lo que le ocurrió en España al hijo de Almanzor, Abderramán Sanchuelo: quiso compartir el título califal con Hicham II y su familia, no quiso contentarse sólo con el poder ejecutivo que habían ejercido su padre y su hermano, quiso heredar a su propio califa Hicham, y los omeyas y los coraixíes, indignados y furiosos..., se sublevaron: estos acontecimientos pusieron fin a la dinastía de ministros amirí y fue causa de la muerte del propio Hicham.

J. V.

Mezquita chiita de Kazimain, en un suburbio de Bagdad, la nueva capital del califato abbasí fundada por Al- Mansur, consolidador de la dinastía.

Cierto que en el ejército vencedor se encontraban grandes masas de persas recién convertidos al Islam, cierto que éstos accedieron a altos cargos de la administración, pero no menos cierto es que los privilegios de que disfrutaban los árabes se mantuvieron intangibles, que Arabia permaneció exenta de impuestos y que la política siguió los moldes trazados por la dinastía anterior, de pura estirpe árabe.

El enfrentamiento con Bizancio tuvo, si cabe, aún mayor virulencia. El árabe continuó siendo la lengua oficial de la administración, y el que la estructura de ésta respondiera en lo sucesivo a la utilizada por los sasánidas no representa mayor novedad, ya que, en definitiva, vino a sustituir a otro esquema tan poco árabe como era el bizantino utilizado por los omeyas. Que la ideología del gobierno abbasí iba a ser durante mucho tiempo de raigambre netamente árabe se prueba por el placer con que los persas al servicio de la administración (al igual que en España los visigodos) inventaron genealogías árabes para ennoblecer su linaje y por el hecho de que hasta bastante tiempo después no nacieran los partidos nacionalistas, que, bajo el nombre de chuubíes, iban a intentar reivindicar los valores autóctonos de las diversas provincias del Imperio.

Abu-l- Abbas recibió el apodo de al- Saffah (750-754), que tanto puede significar sanguinario (por la depuración que hizo de los cuadros de la anterior administración) como generoso (por las mercedes que concedió a sus secuaces). La liquidación de los omeyas en un banquete dio origen a la primera escisión territorial importante surgida en los dominios del Islam, puesto que uno de éstos, Abd al- Rahman el Inmigrante, consiguió llegar hasta España y crearse en ella un feudo independiente (756). Consecuencias menos



graves tuvo su entrada en la ortodoxia: era imposible gobernar a tantos millones de súbditos que no compartían las ideas extremistas en nombre de las cuales se había hecho la revolución, y la "domesticación" posterior de los chiíes, a base de colmarlos de prebendas o de liquidarlos a traición.

Al- Mansur (754-775) puede ser considerado el verdadero consolidador de la dinastía tras deshacerse de aquellos partidarios demasiado idealistas, como Abu Muslim, que no entendían nada del sacrificio de sus puntos de vista en aras de la mayoría y de aquellos otros que, demasiado serviles, intentaban adorarle como encarnación de Dios. Aconsejado por el ex budista Jalid ben Barmak, reorganizó la administración, fundó Bagdad e intentó consolidar su autoridad reforzando los vínculos religiosos con preferencia a los raciales. En este aspecto, la política abbasí será constante y tenderá a deshacer la situación establecida en favor de los árabes por Omar ben al- Jattab, cosa que sólo conseguirá al- Mutasim un siglo después.

Todos estos cambios fueron introducidos mediante una hábil propaganda. El califa se preocupó de atraerse a los intelectuales de la época y, muy en especial, a los poetas, que con sus versos de circunstancias representaron en la sociedad medieval un papel parecido al de los actuales periodistas; al mismo tiempo procuraba que circularan anécdotas y chismes capaces de impresionar al pueblo en el sentido que convenía a sus particulares intereses. Esta propaganda, continuada por sus sucesores, sirvió para pintar a los dueños del poder como un dechado de virtudes cuando, las más veces, eran unos hipócritas y libertinos.

Al- Mahdí (775-785) terminó de estructurar los distintos ministerios: el de Hacienda, que para subvenir a sus necesidades tuvo que recurrir a gabelas extraordinarias no previstas en el Corán y que tendió a aumentar desmesuradamente los derechos de aduana; en cierto modo, y en conexión con este departamento, se encontraban las oficinas de las casas civil y militar del califa, que funcionaron esporádicamente, y las del tribunal de Cuentas; aparte estaban los ministerios de Comunicaciones (correos, palomas mensajeras y el telégrafo óptico a base de fuegos, que era capaz de transmitir una noticia desde Alejandría a Gibraltar en una noche despejada); del Ejército, del Interior, y un tribunal de Casación que, trasplantado en España, tal vez constituyera el modelo del Justicia de Aragón. Igualmente se le debe la organización de una oficina destinada a velar por la pureza de la fe, que si inicialmente se dedicó a perseguir a los mazdeístas, terminó, ya lo veremos, queriendo implantar la ortodoxia tal y como la entendía el gobierno y, en este aspecto, fue una especie de Inquisición estatal.



***Panel de madera labrada del siglo XI, con figuras relativas a la música y a la caza, procedente de El Cairo (Museo del Louvre, París).***

Harún al- Rachid, su hijo y sucesor (785-809), marca el máximo apogeo de la dinastía: venció todas las sublevaciones –por omeyas, jarichíes, etc.– que contra él se alzaron y hacia el final de su reinado (803) se libró de la influencia de los visires barmekíes, que desde cincuenta años atrás administraban el imperio. Pero, en cambio, tuvo que soportar o reconocer que las provincias más distantes escaparan de sus riendas: Marruecos, con Idris I (788), y Túnez (800), con Ibrahim ben Aglab. Si en algún caso, el último por ejemplo, la independencia quedaba disimulada mediante la apa-

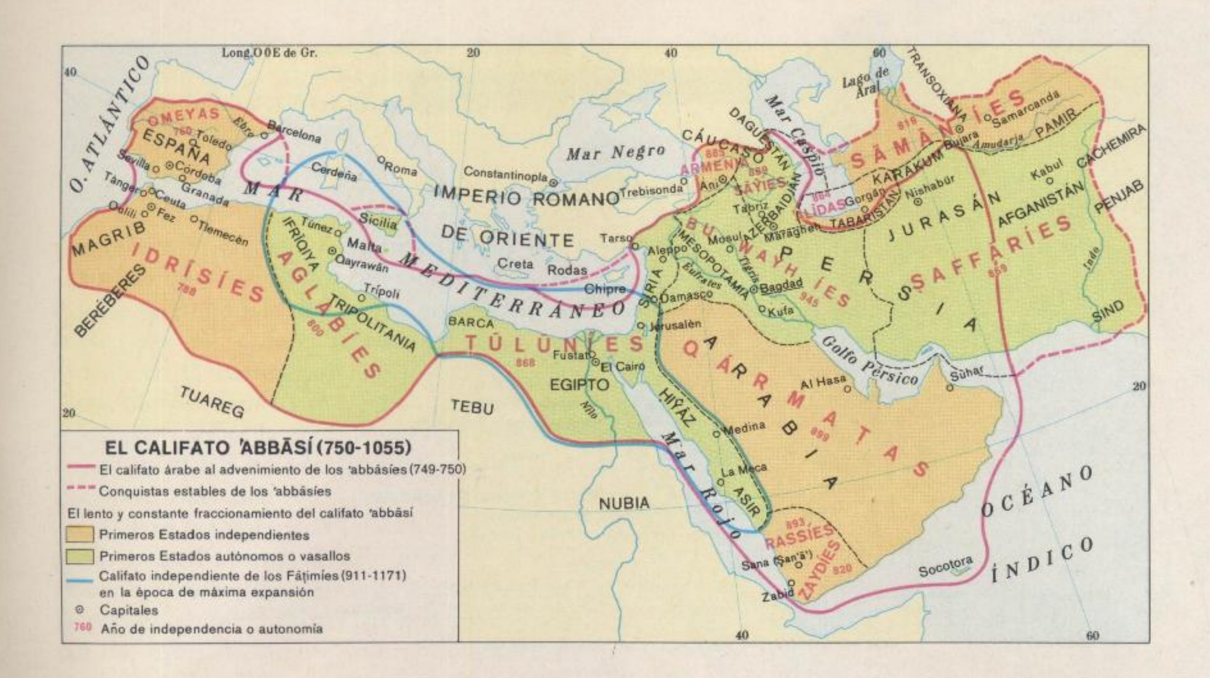


***El califa abbasí Al- Mahdí recibe masajes de un esclavo (miniatura persa del siglo* XV*, en el Museo Británico, Londres).***

riencia de una delegación de funciones (y entre ellas las de acuñación, cobro de impuestos, nombramientos de funcionarios, etcétera), no por eso era menos efectiva.

Por otra parte, en las propias provincias orientales nacía un sentimiento nacionalista que contribuyó a enconar las pasiones y a hacer más difícil la convivencia entre árabes y autóctonos. Como prototipo de estos chuubíes puede considerarse al gran poeta Abu Nuwas (muerto en 813) y más tardíamente a Tugraí, y en España, a Abu Amir ben García. Y nota curiosa: todos estos nacionalistas reivindicaron "su" tradición en la lengua de los conquistadores, el árabe, en cuyo manejo llegaron a un preciosismo extraordinario.

La política exterior de Harún al- Rachid no conoció grandes éxitos a pesar del empeño que en ello puso el soberano: el *statu quo*



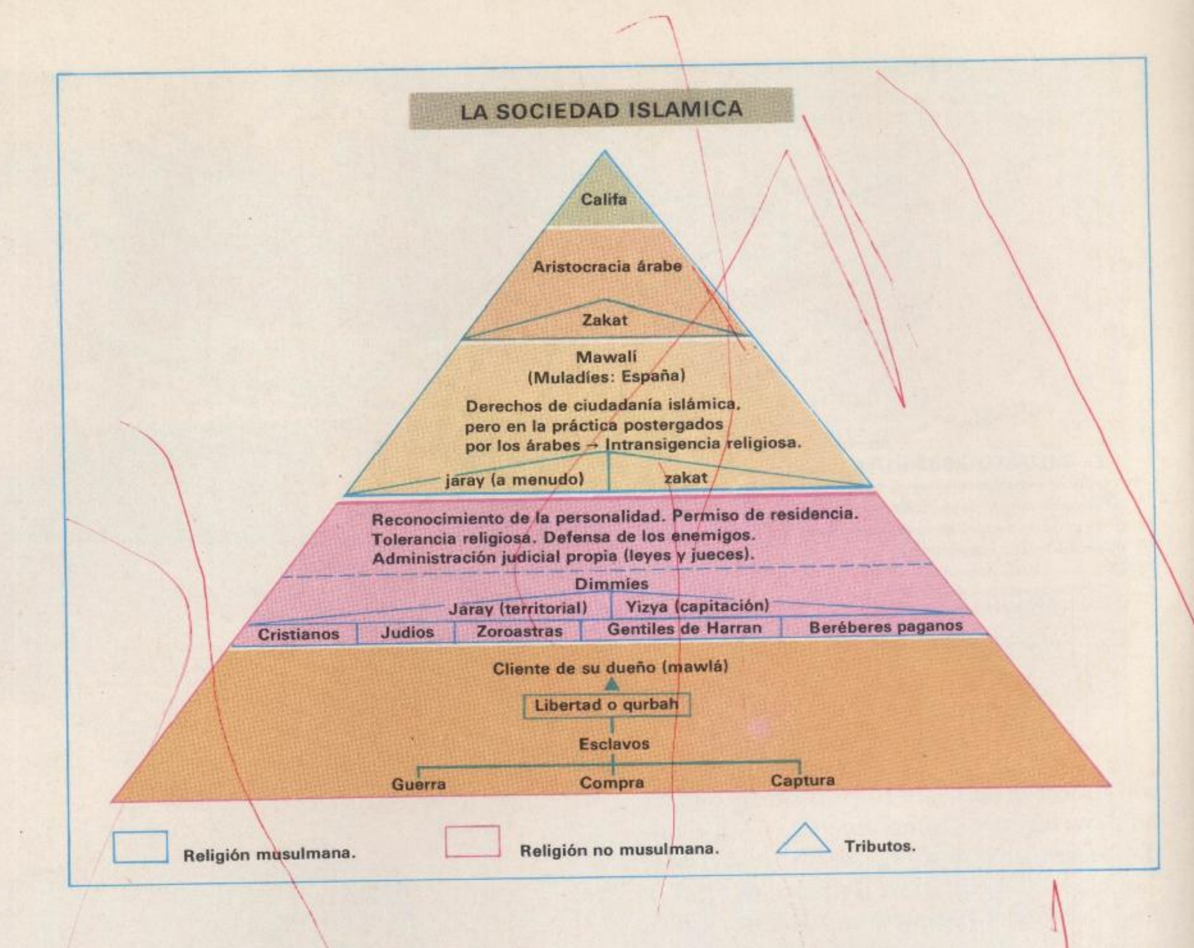

con Bizancio no se alteró y sus bravuconadas no pasaron de ser puras amenazas. Así, cuando Nicéforo le negó el tributo, le escribió: "En el nombre de Dios. De parte de Harún, Emir de los Creyentes, a Nicéforo, perro romano. He leído tu misiva, hijo de madre infiel. La respuesta no la oirán tus oídos: la verán tus ojos". Pero si la vieron no tuvo mayores consecuencias, puesto que la frontera entre ambos estados se mantuvo prácticamente inalterada.

Al morir Harún al- Rachid le sucedieron sus dos hijos, al- Amín en las provincias occidentales, y al- Mamún en las orientales. Éste consiguió deshacerse muy pronto del primero, quien, tras ser vencido por el general Tahir, fue asesinado. Dueño único del imperio, al- Mamún (809-833) supo mantener buenas relaciones con los chiíes moderados y malas con los ortodoxos sunníes. Este último extremo tiene particular importancia, puesto que se encuentra en la base de las discusiones teológico-filosóficas que han escindido el Islam a lo largo de los siglos y, en cierto modo, sólo hoy, en contacto con Occidente, empiezan a ser superadas.

Para los sunníes era cuestión de principio admitir que el *Corán,* libro que contiene la palabra de Dios, era eterno y, por consiguiente, increado, es decir, el Verbo de Dios existía con Éste. Pero al- Mamún, basándose en el propio *Corán,* en la azora 43, versículo 2/3: "Nos hemos dado (*chaalna- hu*) un Corán árabe", sostenía, apoyando así a los mutaziles, partidarios del libre albedrío, todo lo contrario. Y como estaba dispuesto a hacer compartir sus ideas por los funcionarios de la administración, decidió que éstos fuesen interrogados acerca de este extremo por el



***Cuerno de colmillo de elefante, con bajos relieves de animales, hecho en Sicilia o sur de Italia por un artista musulmán del siglo XI (Staatsliche Museum, Berlín).***




tribunal de la Inquisición, que, ya vimos, había actuado antes persiguiendo a los herejes y relapsos.

En consecuencia, la *mihna* –tal era el nombre árabe de dicho organismo– inició sus pesquisas para librar al gobierno de heterodoxos y los funcionarios se defendieron jurando en falso (el Islam admite la *taqiyya* o abjuración, en el caso de que la vida de sus fieles esté en peligro) o resistiéndose y yendo a parar con sus huesos a la cárcel y al tormento, como ocurrió con el gran jurista Ibn Hanbal.

El reinado de al- Mamún marca el principio del gran siglo de oro de las ciencias y de las letras árabes. Según cuentan las crónicas, una noche se le apareció en sueños Aristóteles y le aconsejó que se preocupara del estudio de la ciencia griega. Al despertar, el califa quiso hacer realidad lo soñado y empezó a buscar manuscritos de los sabios de la antigüedad, que pagó a peso de oro, y despachó embajadas a Bizancio con el fin de adquirir las obras maestras de Platón, Aristóteles, Arquímedes y de todos cuantos sabios conocía de oídas. Para impulsar estos estudios fundó la *dar al- hikma* (casa de la sabiduría), especie de biblioteca y *scriptorium,* en la cual trabajaron casi todos los científicos de nota de la época y donde el griego, el siríaco y el árabe eran lenguas frecuentemente utilizadas.

La muerte de al- Mamún marca el principio del fin de la época áurea de la dinastía: su sucesor al- Mutasim (833-842), que había descubierto el valor militar de los turcos del Asia Central, hizo de éstos unos nuevos pretorianos que pronto jugaron a hacer y deshacer califas, de acuerdo con sus particulares intereses; la fundación de una nueva ciudad, Samarra (capital del imperio entre 836 y 892), marcó el alejamiento del soberano respecto del pueblo de Bagdad: en lo sucesivo, califa y súbditos estarán más y más alejados y las predicaciones extremistas de chiíes, en especial de la rama ismaelí, encontrarán una gran audiencia entre la plebe.

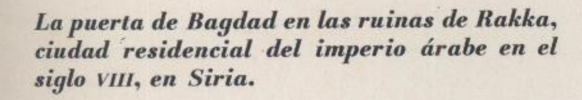
Al- Mutawakkil (847-861) intentó ampliar las bases de su poder, pero apenas tuvo éxito en sus intentos, a pesar de haber derogado el decreto de la creación del *Corán;* puso la Inquisición al servicio de lo que tradicionalmente se ha venido entendiendo por ortodoxia y reforzó las medidas discriminatorias respecto de cristianos y judíos. A su muerte (asesinado), la más espantosa anarquía hizo mella en el Iraq, en donde un siglo de buen gobierno había permitido que se estructurase una sociedad capitalista muy evolucionada.

Por un lado se sublevó (868) el subproletariado, representado por los esclavos negros *(zanch),* que llegaron a controlar todo el Iraq meridional, buena parte de Persia y

*Cerámica árabe decorada de fines del siglo XII (Victoria and Albert Museum, Londres).*



pusieron en peligro a la misma capital; por otro, los cármatas (894), quienes, basándose en las pretendidas doctrinas socialistas de Abu Darr al- Gifarí, intentaron crear un estado en la Badiyat al- Sam, a caballo de Siria, Mesopotamia y el Nechd: un impuesto progresivo sobre la renta tenía que terminar con la igualdad económica de todos los ciudadanos; más allá, en el extremo occidente, triunfaban las doctrinas ismaelitas, que iban a dar origen al anticalifato fatimí y, de rechazo, al omeya de Córdoba; en Persia era la propia chiía, en su expresión más original, la que hacía imposible el gobierno desde Bagdad.



*La puerta de Bagdad en las ruinas de Rakka, ciudad residencial del imperio árabe en el siglo VIII, en Siria.*

Este proceso de disgregación y descomposición conoció un breve paréntesis durante el reinado de al- Mutamid (870-892), cuyo hermano al- Muwaffaq, verdadero primer ministro, implantó el orden en Bagdad y contuvo a los cármatas y los *zanch*. Al- Mutadid (892-902) consiguió restablecer su autoridad en Persia y Egipto, pero a la postre todo se vino abajo y sus sucesores tuvieron que ver cómo se restringía su zona de influencia y de autoridad, teniendo que delegar el poder real en un *Amir al- umara* (Príncipe de los príncipes), cuyo título era un calco del califal de Príncipe de los Creyentes.

Para colmo de desgracias, este cargo cayó en el 945 en manos del chii Muizz al- Dawla, miembro de la familia buyí o buwayhí, y desde este momento el califato quedó reducido a una simple función decorativa, destinado a legitimar el poder temporal de cuantos lo alcanzasen, lo solicitasen y siempre y cuando sus intereses no se contrapusieran a los de los *Amir al- umara*.

Es en esta época cuando se va forjando el concepto de califa, que ha perdurado a lo largo de los siglos: sombra de Dios en la tierra; poseedor en sí de los poderes temporal y espiritual; de conducta siempre recta dentro de los límites de la xaria, etc. Es el momento en que se establece la teoría de la necesidad de la existencia del califa para la supervivencia del Islam y que se hace de este postulado la pieza clave de la doctrina política del estado.

La instauración de la tutela buyí sobre el califato no dejó de tener sus ventajas, puesto que contribuyó a escindir a la chiia y a restar impulso al sector extremista de ésta, representado ahora por los fatimíes o septimanos, y cuando éstos llegaron a ocupar Egipto y a constituir un peligro inminente para el Próximo Oriente, vieron neutralizados sus esfuerzos por las predicaciones de los chiitas duodocimanos, es decir, de los que creían que el califato pertenecía al duodécimo descendiente de Alí, que había desaparecido un siglo antes, pasando a ser el imán oculto.

El califato abbasí, pues, debió la salva-

## EL CALIFATO AYER Y HOY

La imagen del "califa" creado por los poetas cortesanos y los tratadistas de derecho público de la época abbasí es la que ha perdurado, prácticamente incambiable, hasta hoy y podría resumirse en estos versos de un autor árabe:

"Todo ocurrirá según tu voluntad y no según la del destino. Manda: tú, califa, eres el único todopoderoso".

De aquí se pasó a considerar el califato como una institución necesaria para la supervivencia del Islam y al califa como impecable, infalible y mantenido dentro de la Ley por la fuerza coercitiva moral de ésta. Y nacieron los abusos. Sólo algún espíritu fuerte medieval, como Ibn Jaldún, atisbó la falsedad de tal doctrina, que en nuestros días ha puesto de manifiesto el erudito egipcio Alí Abd al- Raziq (1925), quien en un momento de crisis para todos los valores tradicionales del Islam, el de la supresión del califato por la República Turca, hizo observar que ni en tiempo de los inmediatos sucesores de Mahoma el cargo en cuestión había significado lo que los integristas pretendían.

Su estudio, exhaustivo, señaló que Mahoma reunió en sí, a la vez, dos cualidades distintas: la de profeta y la de soberano. La primera era intransmisible y murió con él. Y el primer califa lo dejó bien sentado al adoptar el título de "lugarteniente", que tal es lo que indica la voz árabe en cuestión (y por eso el califa del Protectorado español de Marruecos tenía como origen de su autoridad la que le había delegado su soberano, el sultán de Marruecos, con residencia en Rabat). Lo que resultó claro es que si el primer soberano Abu Bakr se llamaba "lugarteniente del lugarteniente del Enviado de Dios" y como estos títulos, conforme fuesen corriendo los siglos, amenazarían con hacerse interminables, se optó por cortar por lo sano y dar a todos sus sucesores el mismo título que había ostentado Abu Bakr.

Ahora bien, los políticos abbasíes se preocuparon de que cayera el primer genitivo, transformando a su soberano en "lugarteniente de Dios" (en la tierra). Pasó a ser una especie de Luis XIV o Inocencio III musulmán. Que los sucesores de Mahoma no fueron apóstoles se prueba desde el momento que determinados musulmanes como Sad ben Ubada se negaron a reconocer a Abu Bakr, sin caer por ello en la herejía.

Podría argüirse que en vida de Mahoma lo civil y lo religioso estaban tan estrechamente ligados que no se podía concebir profecía sin soberanía y que la primera había quedado en entredicho ante determinados actos de gobierno e instituciones creadas por aquél. Ejemplo de lo último sería la instauración del *chihad* o guerra santa, pero ¿quién puede acusarle de ello? El gran poeta egipcio Ahmad Sawqí ha dicho, refiriéndose a este extremo:

"Han dicho: Has hecho guerras de conquista cuando los profetas de Dios no han sido enviados para derramar sangre.

"Esto es ignorancia, engaño e hipocresía, pues conquistaste con la espada después de haber conquistado con la pluma.

"Cuando aquellos que eran nobles vinieron a ti de grado, fue necesario el sable para someter a los ignorantes.

"Si opones el bien al mal, serás vencido; si opones al mal el mal, saldrás vencedor.

"Les has enseñado todo lo que ignoraban, incluso la guerra y los pactos que acarrea".

Por consiguiente, lo que sí queda claro para Abd al- Raziq es que el Islam puede subsistir sin necesidad de ningún califa, que es una religión laicizante, sin clero, y que de entre los monarcas sucesores del profeta hubo individuos de toda suerte, desde los píos hasta los libertinos y déspotas –predominando los del último género–, puesto que tal y como señala Ibn Jaldún, "la monarquía no es más que el gobierno por la fuerza bruta y la dominación por la violencia", y son puras pamplinas las disquisiciones de los tratadistas clásicos que sostienen que el califa era elegido por votación democrática de las gentes de pluma (administración civil) y de espada (ejército), ya que los ejemplos que de tales elecciones disponemos demuestran la absoluta falta de libertad de los reunidos. Ejemplo: Moavia estaba interesado en que fuera jurado como sucesor su hijo Yazid. En la asamblea convocada para ello, uno de los asistentes se levantó y dijo: "El príncipe de los creyentes es éste –y señaló a Moavia–; si muere será éste –y señaló a Yazid–, y para aquellos que no lo acepten, será éste –y desenvainó el sable".

J. V.



***Ruinas de las murallas levantadas por Harún al-Rachid en las cercanías de Rakka.***

ción a la tutela que sobre él ejercieron sus propios enemigos. Por otra parte, ciertos motivos económicos contribuían a separar a ambas ramas de la chiía: los fatimíes, incapaces de apoderarse de las costas del golfo Pérsico, que controlaban desde tiempo inmemorial el comercio con Indonesia y China, procuraron desviar el tráfico marítimo hacia el mar Rojo, cuyas costas estaban en su poder, y aprovecharon la coyuntura de que el terremoto de 977 había destruido el gran puerto de Siraf, dejando en la ruina a los armadores que en él residían.

La decadencia buyí pareció que iba a dejar caer a la dinastía abbasí en manos de los fatimíes y durante unos cuantos años la oración se realizó en el propio Bagdad, ocupada por el general turco Basasiri, en nombre del anticalifa de El Cairo. Pero fue por poco tiempo. Las tribus turcas del Asia Central habían empezado su emigración hacia Occidente y sus avanzadillas, los selyúcidas, mandados por Tugrul Bak, ocuparon Bagdad, repusieron en su función "legitimadora" al califa e hicieron que se otorgara a su jefe el título honorífico de sultán. Esta palabra, que aparece por primera vez en esa época con valor político, implica la idea de "detentador efectivo del poder" y tendrá una gran fortuna en lo sucesivo.

Los selyúcidas salvaron durante más de un siglo a la vieja dinastía árabe, para la cual ser dócil a los nuevos amos debió ser relativamente fácil, dado que éstos eran sunníes, ortodoxos, y sin veleidades para con la chiía, a la cual combatieron material y espiritualmente. En el último aspecto, la creación de las madrazas, embrión de las futuras universidades, permitió formar ideológicamente los cuadros de la administración

*Rey de un juego de ajedrez que probablemente perteneció a Harún al- Rachid (Biblioteca Nacional, París). Este juego, importado de la India por los persas, estaba ya popularizado en el Islam en el siglo VIII.*

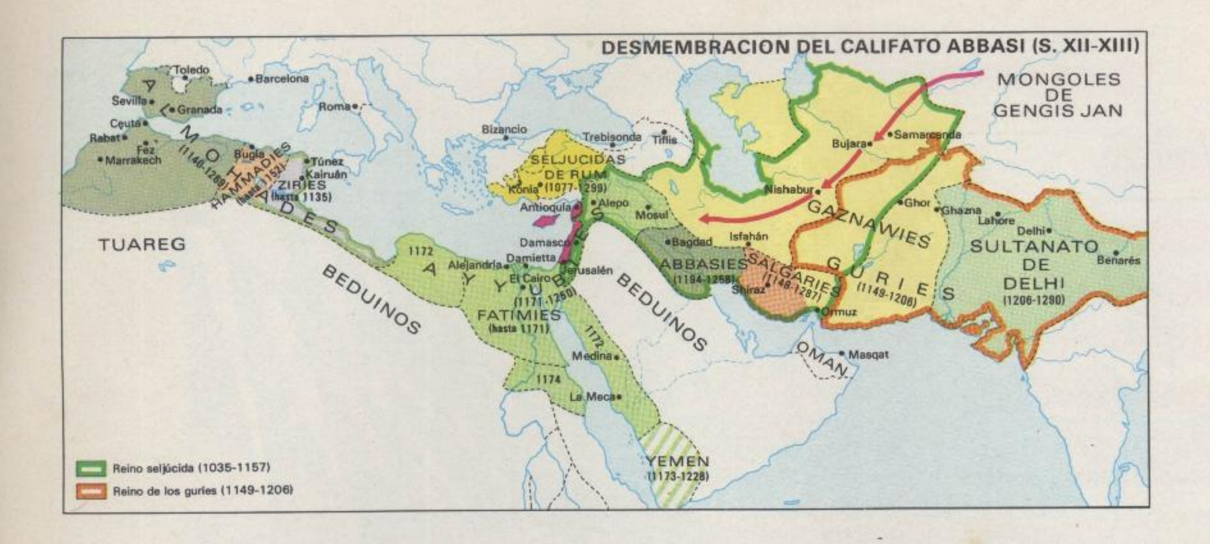


y a los alfaquíes. La chiía, capitidisminuida por el anquilosamiento del califato fatimí, escindida en infinidad de grupos, intentó sobreponerse a su desaparición mediante la organización terrorista de los "asesinos", secuaces suyos que, debidamente drogados con hachís, eran capaces de cometer los mayores crímenes y asesinar a traición a las más altas dignidades del estado selyúcida.

A fines del siglo XII, el califa al- Nasir (1180-1225) consiguió hacerse de nuevo con el poder. Aprovechó para ello las favorables circunstancias internas y externas que se le presentaban: el peligro mogol obligaba a los Jwarizm-Shah persas a preocuparse de su frontera oriental, al tiempo que los cruzados atraían las fuerzas de los ayubíes; por otra parte, las querellas internas anulaban el poder de los últimos selyúcidas, y así, a partir de 1194, aprovechando el vacío de poder creado en el Iraq, ejerció de hecho sus atribuciones temporales. Pero sus sucesores no pudieron continuar en el disfrute de las mismas y pronto, ocupada Persia por los mogoles, sufrieron los embates de éstos, cayen-

*Cofre-relicario realizado por un artista musulmán siciliano del siglo XII (Santa María in Aracoeli, Roma).*






Grifo de bronce cincelado, obra de la dinastía fatimí, llevado de Egipto a Italia por un rey franco de Jerusalén (Opera Primaziale, Pisa).

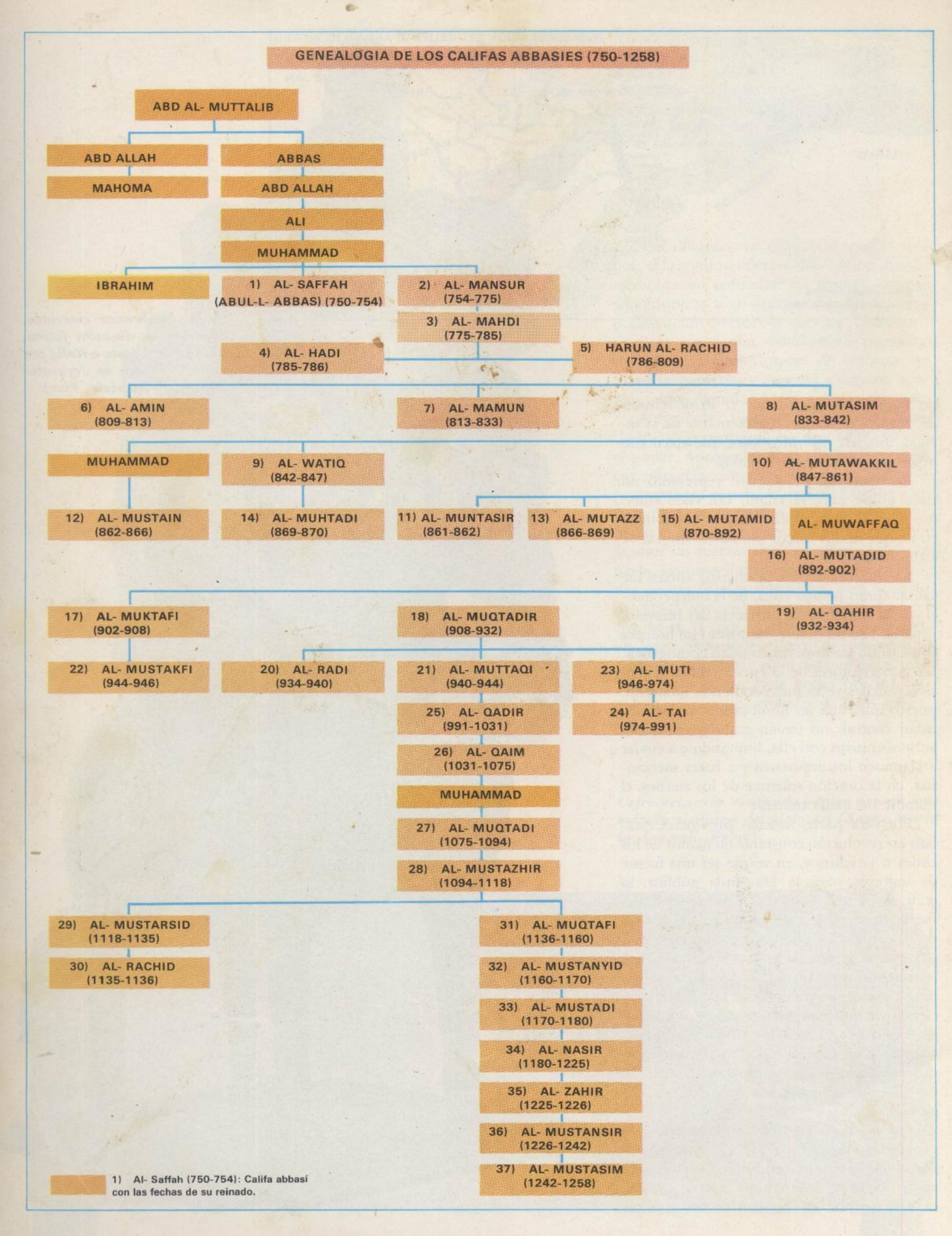
do Bagdad en sus manos el 10 de febrero de 1258, y el último representante de la secular dinastía, al- Mustasim, fue ejecutado por el jefe de aquéllos, Hulaku.

La rendición de Bagdad representó un rudo golpe para el Islam, tan rudo como fue para la cristiandad la caída de Bizancio en manos de los turcos otomanos un par de siglos después.

La instauración de la dinastía abbasí fue causa, como hemos visto, de la independencia de la más alejada provincia del Imperio, España. Eso no quiere decir que éste hubiera constituido siempre una unidad homogénea: los gobernadores de la época omeya habían sido muchas veces independientes de hecho, puesto que, una vez nombrados por la autoridad central, no tenían grandes relaciones administrativas con ella, limitándose a enviar a Damasco los impuestos y a hacer mencionar, en la oración solemne de los viernes, el nombre del califa reinante.

Por otra parte, muchas provincias estaban en revolución constante en manos de los chiíes o jarichíes y, en vez de ser una fuente de ingresos para la Hacienda pública, lo eran de gastos, dado el elevado coste de las fuerzas que habían de asegurar una ficción de autoridad. La diferencia radica en que, a partir de la instauración de la dinastía abbasí, los intentos por someter las provincias rebeldes se van espaciando y éstas adquieren conciencia de que pueden organizarse al margen de Bagdad, cortando los vínculos administrativos con ella siempre que mantengan una ficción unitaria y respeten la mención del nombre del califa en las plegarias religiosas.

Por eso la independencia de las primeras provincias: España (756), Jurasán (820), Persia (867), constituyen hechos graves, pero en principio no irreparables. En otros casos, en que privan las tendencias heterodoxas

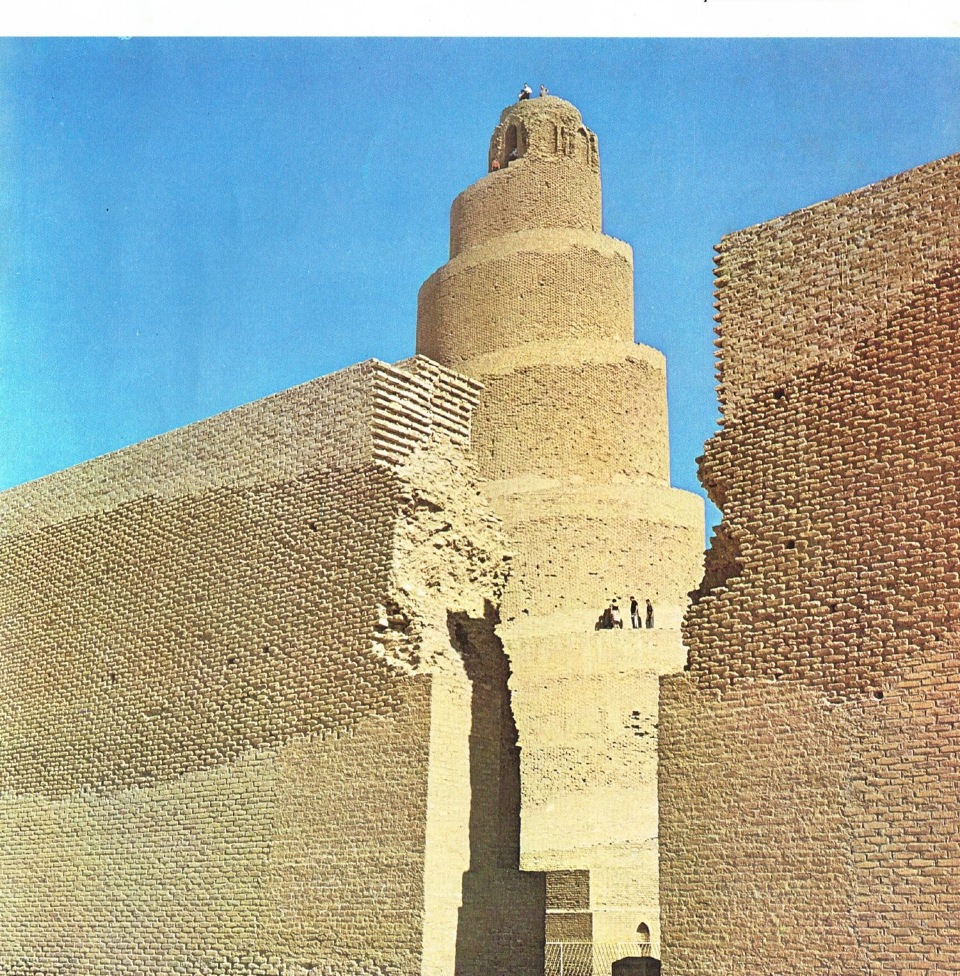


GENEALOGIA DE LOS CALIFAS ABBASIES (750-1258)
ABD AL- MUTTALIB
ABD ALLAH
ABBAS
MAHOMA
ABD ALLAH
ALI
MUHAMMAD
IBRAHIM
1) AL- SAFFAH (ABUL-L- ABBAS) (750-754)
2) AL- MANSUR (754-775)
3) AL- MAHDI (775-785)
4) AL- HADI (785-786)
5) HARUN AL- RACHID (786-809)
6) AL- AMIN (809-813)
7) AL- MAMUN (813-833)
8) AL- MUTASIM (833-842)
MUHAMMAD
9) AL- WATIQ (842-847)
10) AL- MUTAWAKKIL (847-861)
12) AL- MUSTAIN (862-866)
14) AL- MUHTADI (869-870)
11) AL- MUNTASIR (861-862)
13) AL- MUTAZZ (866-869)
15) AL- MUTAMID (870-892)
AL- MUWAFFAQ
16) AL- MUTADID (892-902)
17) AL- MUKTAFI (902-908)
18) AL- MUQTADIR (908-932)
19) AL- QAHIR (932-934)
22) AL- MUSTAKFI (944-946)
20) AL- RADI (934-940)
21) AL- MUTTAQI (940-944)
23) AL- MUTI (946-974)
25) AL- QADIR (991-1031)
24) AL- TAI (974-991)
26) AL- QAIM (1031-1075)
MUHAMMAD
27) AL- MUQTADI (1075-1094)
28) AL- MUSTAZHIR (1094-1118)
29) AL- MUSTARSID (1118-1135)
30) AL- RACHID (1135-1136)
31) AL- MUQTAFI (1136-1160)
32) AL- MUSTANYID (1160-1170)
33) AL- MUSTADI (1170-1180)
34) AL- NASIR (1180-1225)
35) AL- ZAHIR (1225-1226)
36) AL- MUSTANSIR (1226-1242)
37) AL- MUSTASIM (1242-1258)
1) Al- Saffah (750-754): Califa abbasí con las fechas de su reinado.

(chiíes, jarichíes), como es el caso de los rustumíes en Tahert (761) o de los chiíes adrisíes en Marruecos (788), la separación es más radical, pero sin una extraordinaria virulencia, puesto que sus actores no adoptan un título califal. Pero en todos estos movimientos se ve como las distintas orientaciones religiosas suplen la falta de partidos políticos laicos.

Dentro de estas independencias locales, conseguidas antes del año 1000, adquiere una importancia especial la que acaudilló la familia fatimí –llamada así porque pretendía descender de Alí y Fátima– y que desembocó en la proclamación de un anticalifato que, a su vez, y como eco, movió al emir omeya independiente en España, Abderramán III, a proclamarse a su vez califa. Así, el Islam, como siglos después la cristiandad,

*La torre de Al- Malawiya, con rampa exterior en espiral, era el alminar de la mezquita de Samarra, Irak.*



*Plato restaurado de la última época de Samarra, en cuya decoración se representa una camella y su cría (Museo del Louvre, París).*



## IBN HANI

Uno de los máximos poetas arabigo-españoles fue, sin duda, Ibn Hani, sevillano, que, debido a sus costumbres depravadas (¿o a su chiismo?), tuvo que abandonar su patria y refugiarse en la naciente corte fatimí, en donde hizo las delicias de al- Muizz con sus panegíricos y tuvo la suerte de asistir a las grandes victorias que se estaban obteniendo en Egipto. Y como buen poeta memorialista –periodista diríamos hoy–, increpó a los vencidos con estos versos:

"Los abbasíes preguntan: –¿Es que ha sido conquistado Egipto?– Contesta a los abbasíes: –Sí, es hecho cumplido.

"Chawhar ha dejado atrás Alejandría; la victoria se le ofrece, el éxito le precede.

"Egipto le ha enviado parlamentarios y ha añadido un puente a las bóvedas del suyo.

"El hoy, hijos de Abbas, ya no os pertenece; os habéis quedado sin Egipto y sin muchas ciudades.

"No habléis más de vuestro poder de épocas pasadas: ese tiempo ya no existe, estamos en otra era.

"¿Dudáis de nuestro ejército? ¡Paciencia! ¡Esperad! Aquí están las lanzas vibrantes de nuestras tropas inacabables.

"Los caballeros de Dios suben, brillando, por encima de la religión y del mundo, del mismo modo que asciende la aurora.

"He aquí al hijo del profeta, que prosigue su venganza: el hombre de bien nunca la olvida.

"Dejad abrevar a sus caballos en el Éufrates; llegará, mal os pese, a un torrente o a un río.

"¿Es que dudamos de que el sol sea el sol cuando brilla ante nuestros ojos sin estar oculto por ninguna nube?

"Y, si bien lo pensáis, el sol sólo es un signo, nada más que un signo y una advertencia para vosotros.

"¡Vamos! ¡Sed espigas que se siegan o vasallos de un rey que con sus manos reparte la muerte y la vida!

"Venid a un aguador cuyos pozos no se secan, al igual que las perlas que nunca se agotan.

"Obedeced a un imán que sobrepuja a los imanes del mismo modo que las prácticas rituales quedan en nada ante la caridad.

"Si le seguís, es él vuestro protector; él es el único entre vosotros que, descendiente del Enviado de Dios, va directo a la gloria.

"Si no, marchaos. Entre vosotros va a ocurrir algo que el tiempo no confesará.

"Las nobles azoras ¿fueron reveladas por el pariente de Alí o por vuestro liberto?

. . . . . . . . . . . . . . .

"¿Es que no veis que en este inmenso universo no queda ni un palmo de tierra a los abbasíes?

"El mundo pertenece a la familia de Mahoma, y su dinastía, virgen, arrastra la cola de su traje nupcial.

"Para ti, al- Muizz, se han preparado ofrendas cuyos adornos son la poesía, cuyo significado es la prosa.

"Al- Muizz ha restablecido los derechos de los alíes; colma de beneficios a los suyos y mucho más los reserva.

"Él fortifica la vía, la religión y a aquellos a quienes le unen lazos de sangre –¡cuántos elogios merece!–.

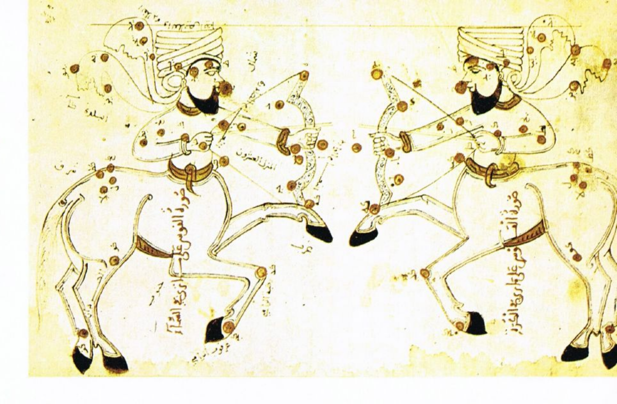
"Él sacó del peligro a los alíes en Oriente y Occidente y transformó su miedo y terror en tranquilidad.

"Cada chii avanza, orgulloso, como si tuviera a Sirio en la mano y a la Luna en el rostro".

J. V.

sufrió un cisma tricéfalo –Bagdad, El Cairo, Córdoba– entre los años 929 y 1031, y bicéfalo desde el 909 hasta el 1171.

Los fatimíes eran un grupo chii que sostenía que la herencia legítima de Alí recaía en el séptimo descendiente de éste (de aquí el nombre de septimanos que reciben), Ismaíl, y en sus legítimos sucesores. Pero lo que los diferenciaba radicalmente de otras ramas de la chiía era la doctrina: afirmaban que el jefe de la secta constituía la encarnación de la divinidad y, por consiguiente, que estaba más allá del bien y del mal, que era impecable. Naturalmente, unas enseñanzas de este tipo tenían que chocar con las creencias oficiales, y por ello sus misioneros procedieron a la iniciación progresiva de los neófitos.



***Una página del "Tratado sobre las estrellas fijas", de As-Sufi, que representa a Sagitario en dos figuras enfrentadas (Biblioteca del Vaticano).***

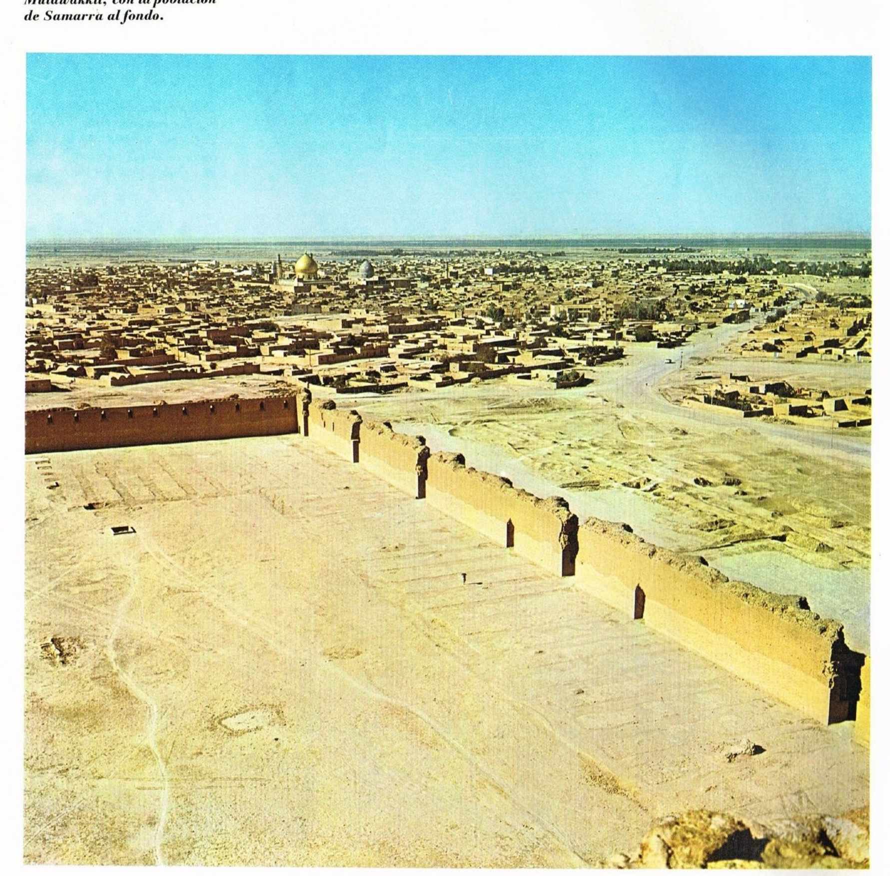
***El "Maqamat", de al-Hariri, está ilustrado con miniaturas persas del siglo XIII. En la presente, unos personajes árabes, montados en dromedarios, llegan a una ciudad (Biblioteca Nacional, París).***

La predicación ismaelí fue, pues, esotérica: para los principiantes, las "verdades" nuevas eran escasas y en general coincidían con las admitidas por la ortodoxia, pero, poco a poco, se les iba apartando de ésta para terminar convenciéndoles de que su propia razón guiada por una adecuada exégesis, en que la cábala jugaba no poco, les llevaría a la verdad absoluta. O acababan convenciéndoles de que todo cuanto poseían pertenecía a "su" imán y califa.

La propaganda de estas doctrinas tuvo poco éxito en Oriente, pero triunfó en Occidente, en donde uno de los misioneros fatimíes, Abu Abd Allah, consiguió convertir a sus ideas a la tribu tunecina de los kutama y, con ella como base, terminar con los aglabíes. Cuando el triunfo era ya seguro llamó a su jefe, Ubayd Allah, que estaba entonces en Egipto, para que pudiera hacerse cargo del poder.

La ruta seguida por éste corrió por el interior del Sáhara, pero al llegar a Sichilmessa fue detenido por la dinastía local que señoreaba la ciudad, los midrasíes, y metido en una mazmorra, en la cual tuvo que discu-

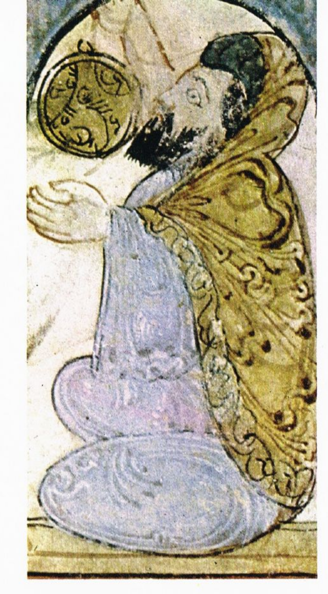
***Muros de la mezquita de Al-Mutawakkil, con la población de Samarra al fondo.***



tir con los astrólogos de sus enemigos acerca de la viabilidad de la misión que le esperaba. Su fiel Abu Abd Allah le liberó del cautiverio con la fuerza de las armas, le llevó a la ciudad de Raqqada y le proclamó califa con el nombre de al- Mahdí ("El Mesías"). En agradecimiento de los servicios prestados, al- Mahdí hizo asesinar a Abu Abd Allah y se consagró de lleno al gobierno de sus estados (909-934).

La posterior política fatimí estuvo dirigida a dominar el Mediterráneo central, enfrentándose con la flota de los omeyas españoles, y a conquistar Egipto. Varias expediciones partieron rumbo a Oriente y todas fracasaron, carentes de puntos de apoyo. Pero, al fin, al- Muizz (952-975) consiguió la hazaña –único caso en la historia– de conquistar el valle del Nilo con un ejército procedente de Occidente. La expedición victoriosa fue cantada por un poeta andaluz a su servicio, Ibn Hani, y como recuerdo de ella mandó edificar la ciudad de El Cairo (969) y construir la mezquita del Azhar, que, con el correr de los siglos, han llegado a ser, respectivamente, la capital del mundo árabe y la universidad islámica por excelencia.

Sus sucesores quisieron continuar la marcha hacia el Este, pero no fueron afor-



***Un astrónomo árabe examina la inclinación de las estrellas con ayuda de un astrolabio para predecir el futuro de un recién nacido, detalle de una miniatura persa del siglo XIII (Biblioteca Nacional, París).***

**ORGANIZACION DEL CALIFATO DURANTE LOS ABBASIES**

Ley islámica (saria)

Califa

Murtaziqah

Tropas regulares y guardia del califa (yund)

Diwan del ejército, en ocasiones, o un emir

Visir (wazir), primer ministro

Poderes limitados (tanfid)

Poderes ilimitados (tawfid)

Infantería (harbiyah)

Arqueros y lanzadores de nafta (lamiyah y naffatum)

Caballería (fursan)

Cuerpos de ingenieros e intendencia

Voluntarios (mutatawwia)

Cancillería central (diwan al- dar), que durante su período de existencia absorbió a las demás

Gobierno provincial

Gran cadí de Bagdad (qadi l-qodat)

Cadís provinciales

Ulemas, conocedores de la ley coránica

Imán, director de la oración y la predicación (jutba)

Cancillería del palacio del califa (diwan al- nafaqat)

Cancillería de inspección de cuentas de los demás diwan (diwan al- azimma)

Cancillería de correspondencia (diwan al- tawqid)

Cancillería de policía (diwan al- surta)

Emir (amir), gobernador civil y militar

Cancillería de Hacienda (diwan al- jaray)

Cancillería de correos e información (espionaje) secreta (diwan al- barid)

Cancillería de revisión de agravios y sentencias judiciales (diwan al- nazar fil- mazalim)

Recaudador de impuestos (amil)

Jefe de policía (sahib al- surta)

Almotacén (al- muhtasib), jefe de policía municipal, encargada de los mercados y la moralidad pública

Organización judicial.

Organización administrativa, con algunos de los principales diwanes.

Organización militar.

Organización religiosa.



***Plato de cerámica de Kashan o Rayy, Persia, del siglo XIII (Institución Smithsoniana, Freer Gallery of Art, Washington). La decoración representa a dos cortesanos gozando de la música y el vino. El caballero toca el arpa; la dama tiene una copa en la mano.***

tunados y se estrellaron contra los turcos y los bizantinos, que vivían entonces el gran renacimiento representado por la dinastía macedónica. Por otra parte, las locuras de al- Hakim (996-1020) contribuyeron a mellar la fuerza de la dinastía y dieron origen al nacimiento de la secta de los drusos, que le divinizó y que tan gran papel político había de desempeñar en tierras de Palestina y Líbano.

Estas circunstancias motivaron que los califas fatimíes no pudieran evitar la separación de sus territorios occidentales, que quedaron en manos de los ziríes, primero sus fieles servidores y luego insolentes rivales. Para vengarse de ellos, el califa al- Mustansir (1036-1094) financió la emigración masiva de las tribus árabes beduinas de los Banu Sulaym y Banu Hilal, que saquearon los territorios reticentes, arrasaron los olivos que, desde la antigüedad, hacían la riqueza de Túnez, y durante siglos constituyeron un

elemento de inestabilidad política en toda el África Menor, a la que, por otra parte, contribuyeron a dar el baño de arabización con el cual la vemos hoy día.

En Oriente, los fatimíes tuvieron que enfrentarse, tras los bizantinos, con los cruzados y para hacer frente a estos últimos recurrieron cada vez más a los servicios de turcos mercenarios, que, mandados por el ayyubí Saladino, suprimieron el califato fatimí (1171) y reinstauraron la ortodoxia en Egipto.

***El protagonista del "Maqamat", de al- Hariri, predicando en la mezquita de Samarcanda, según una miniatura de dicha obra (Biblioteca Nacional, París).***



## BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| **Abbot, N.** | *Two Queens of Baghdad,* Chicago, 1937. |
| **Ali Abd al- Raziq** | *Al- islam wa- usul al- hukm* (en árabe), El Cairo, 1925. |
| **Diehl, Ch., y Marçais, G.** | *Le monde oriental de 395 à 1081,* París, 1936. |
| **Gaudefroy-Demonbynes, M., y Platonov** | *Le monde musulman et bizantin jusqu'aux croisades,* París, 1931. |
| **Hartmann, R.** | *Zur Vorgeschichte des Abbasidischen Schein-Chalifates von Cairo,* Berlín, 1947. |
| **Hodgson, A.** | *The order of Assassins,* La Haya, 1955. |
| **Ivanow, W.** | *Ismaili traditions concerning the rise of the Fatimids,* Bombay, 1942. |
| **Lewis, B.** | *The origins of Ismailism,* Cambridge, 1940. |
| **Mez, A.** | *El renacimiento del Islam,* Madrid-Granada, 1936. |
| **Muir, W.** | *The Caliphate, its rise, decline and fall,* Edimburgo, 1915. |
| **Wüstenfeld, F.** | *Geschichte der Fatimiden-Chalifen,* Gotinga, 1881. |




***Decoración interior de una taza iraní del siglo XIII (Museo de Lucerna).***



*Una miniatura del "Maqamat", de al- Hariri, con una escena de parto (Biblioteca Nacional, París).*

# Sociedad y economía en el mundo islámico

por ANTONI JUTGLAR

El enfoque excesivamente unilateral del proceso histórico de la humanidad, centrado entre nosotros, por motivos muy explicables, en la historia de Occidente, ha arrinconado grandes parcelas de la realidad histórica del mundo, entre ellas las que hacen referencia al mundo islámico. Sin embargo, un planteamiento serio de la Historia no puede prescindir de los datos y la importancia que representa, en la realidad de la existencia humana, el papel del Islam. Máxime cuando las realizaciones y el impulso de lo musulmán ayudan incluso a rellenar una serie de vacíos y carencias del mundo occidental, que en el presente ocupan un lugar destacado del panorama mundial.

Al derrumbarse el antiguo Imperio romano, que a través de su *Mare Nostrum* había sostenido un auténtico comercio ecuménico o universal, los nuevos estados no acabaron de yugular dicha realidad hasta etapas muy posteriores. Entonces, alrededor del siglo VIII, el expansionismo musulmán, partiendo de Arabia, había creado las condiciones para un futuro ámbito de circulación económica de grandes proporciones que iba

*Ilustración para un poema persa del siglo XVI que representa una escena de danza y música en la corte de un rey musulmán con ocasión del matrimonio de sus tres hijas, que aparecen arrodilladas sobre artísticas tarimas decoradas (Museo Condé, Château Chantilly).*



desde el sur de Europa al centro de Asia, pasando por África del Norte y otras regiones de Asia. Por ello, cuando el conjunto de Europa occidental, traumatizado por las oleadas sucesivas de invasiones bárbaras, sin encontrar aún los caminos claros de su organización social y política, podía contemplar en una vecindad muy próxima (la de la España musulmana, por ejemplo) el relativo equilibrio y la estabilidad social del mundo islámico, junto con el florecimiento extraordinario de la vida económica, esta misma Europa trató de aprovechar de mil maneras distintas, desde fórmulas pacíficas a montajes belicistas, las ventajas de todo tipo que ofrecía el emporio islámico.

Así pues, si bien es cierto, siguiendo los razonamientos de grandes historiadores como Dopsch o Pirenne, que la vida económica del antiguo "universo" romano quedó colapsada al separar los musulmanes la parte oriental y la occidental del Mediterráneo, hasta que el movimiento de las Cruzadas no volvió a restablecer un contacto más o menos estable y rentable entre Occidente y Oriente, no puede negarse, desde otro punto de vista, que el conjunto extensísimo del mundo islámico desempeñó un papel de puente entre el antiguo mundo romano y el naciente mundo de Europa occidental, especialmente a través de España.

En efecto, dejando aparte los testimonios de Juan de Gorz o de personajes parecidos en la época carolingia que reconocen la magnificencia de Córdoba, extraordinaria ciudad musulmana, frente a los pequeños burgos o las miserables ciudades de una Europa cristiana que se encontraba muy lejos de realizar un desarrollo socioeconómico de considerables proporciones, lo importante es señalar que en dicha Europa occidental los movimientos de recuperación fueron facilitados por el contacto y la proximidad de una sociedad y una economía florecientes, que contaban con abundancia de moneda y con productos de todo el mundo conocido. En este sentido, rompiendo viejos tópicos, la realidad musulmana no sirvió para aislar completamente a Europa occidental, sino que ofreció una plataforma favorable para

llenar una serie de vacíos y para suplir parte de las carencias originadas por el hundimiento del Imperio romano de Occidente y por la incapacidad primera de los nuevos núcleos occidentales por organizarse de una forma madura y adulta. La influencia de lo musulmán sobre lo europeo fue, según veremos, sumamente importante, tanto a partir de las vías de penetración hispanas como italianas.

Dominando territorios del interior de Asia, norte de África y regiones importantes de Europa, como España, la "ecumene" islámica, que sin duda tenía puntos débiles a causa de su misma extensión y variedad de regiones dominadas, poseía, desde el punto de vista económico, una plataforma de riqueza muy variada y con grandes posibilidades de movilizar un tráfico mercantil de extraordinarias dimensiones animado por la proximidad y competencia de Bizancio y sostenido por la realidad de una potente base monetaria.

Se ha repetido mucho que la civilización árabe, como antes la romana, era una realidad mantenida básicamente sobre la agricultura. Pero cerrar la observación del fenómeno económico musulmán sobre esta perspectiva no sería solamente una labor parcial, sino que impediría la comprensión de un dinamismo social y económico, en el que desempeñaron un papel importante algunos núcleos de población, islamizada o no, que tradicionalmente se habían dedicado a actividades mercantiles: sirios, persas, judíos... Dejando aparte otros factores, la inclusión de los factores de población mencionada abrían de por sí un campo importante al tráfico mercantil, animado por una navegación de envergadura y por una vida de negocios caravaneros de extraordinaria importancia. Así, animado especialmente por la



***Puerta de acceso a la kasbah o alcazaba de Fez, el recinto amurallado que en las ciudades árabes alberga la guarnición militar. A su entrada, unos grupos de árabes en pasiva indolencia.***



***Miniatura del "Maqamat", de al- Hariri, que representa una escena de esparcimiento en la taberna (Biblioteca Nacional, París). Arriba, dos musulmanes beben, servidos por un criado que recoge una vasija del piso inferior. Abajo, los dos personajes centrales conversan y beben arrullados por la música del laúd, mientras a la derecha dos esclavas pisan la uva y filtran el mosto.***

acción de sirios y judíos, el comercio desempeñó un papel importante en la vida económica del Islam, que controlaba, entre otras, la ruta que por Siria y Mesopotamia conducía al golfo Pérsico y de allí a la India y China. Del mismo modo se penetró en el interior de África, se intercambiaron productos con europeos y se crearon en las grandes ciudades emporios de comercio de legendario esplendor y de extrema importancia.

Pero no fue la conjunción de lo agrícola y lo mercantil el único rasgo que caracterizaría durante siglos la "ecumene" musulmana, sino que el mundo islámico, rico y poderoso, poseedor de un sistema monetario de estabilidad y envergadura notables, animó todo tipo de inversiones tendentes a incrementar, por una parte, la explotación minera, en especial en búsqueda de metales preciosos, y, por otra, la inversión en diversos campos de actividades industriales o artesanas. En este sentido se activaron diversos sectores de la vida textil (producción variadísima de tejidos de muy diverso tipo y calidad) e industrial (fabricación de armas, de objetos de cuero y vidrio, del papel y de múltiples tipos de cerámica, junto con la in-



*Fragmento de una miniatura persa en que aparece un rico musulmán comiendo servido por dos esclavos magníficamente ataviados (Museo Británico, Londres).*

vención de diversos ingenios que tendrían difusión en todo el mundo).

El mundo de las actividades que acabamos de esbozar dibujan, en conjunto, no sólo la realidad de una vida económica de gran impulso y envergadura, sino la existencia de una sociedad mucho más compleja y cosmopolita de lo que podría dar a entender el mero análisis de los esquemas integristas que dibujaba la organización social coránica.

La actividad agrícola musulmana es la que mayormente han venido destacando, durante siglos y siglos, los cronistas e historiadores del mundo árabe. Evidentemente, la organización sociopolítica coránica y las plataformas anteriores de otros tipos de civilización venían favoreciendo la gran importancia de lo agrario dentro del complejo musulmán. En realidad, al igual que antes hemos señalado respecto a Roma, la base de la civilización y la economía musulmanas fue sin duda la agricultura. En este sentido, los árabes, si bien no fueron grandes innovadores, supieron aprovechar las mejoras de los pueblos por ellos dominados y las divulgaron, al tiempo que sacaban gran provecho de las mismas. Esto ocurrió, por ejemplo, con las norias y demás formas de regadío para aumentar el rendimiento de los terrenos cultivados. Al mismo tiempo extendieron muchos cultivos, como el algodón, la caña de azúcar, el arroz, el limonero y la palmera. Preocupados por las actividades agrícolas, no solamente destacaron en los aspectos decorativos de las mismas, como pueden ser los jardines, sino que fomentaron la invención y generalización de ingenios sumamente rentables y productivos, como el molino de viento.

Vale la pena, sin embargo, que se concreten algunos puntos de la cultura agraria musulmana para comprender la posterior evolución de muchos sectores del mundo islámico. Algún ensayista musulmán, como Essad Bey, ha escrito que el "Islam es el desierto", pero en realidad dicho desierto, o mejor dicho, este conjunto de desiertos tiene, entre otras características, la de ser un "continente intermediario" que pone en relación enormes y extensas regiones y pasa de unas a otras tipos de cultivo, variedades de riego, formas de cultura agraria, que ten-

*Recipiente iraní del siglo X que adopta la forma de un músico tañendo su instrumento (Staatliches Museum für Völkerkunde, Munich).*



## EL COSMOPOLITISMO MUSULMAN Y SUS REPERCUSIONES ECONOMICAS

Los primitivos núcleos árabes, que entraron muy pronto en contacto con el abigarrado y polifacético mundo del Imperio persa, de los territorios egipcios y de las viejas posesiones romano-bizantinas de África del Norte, aprendieron con facilidad las ventajas derivadas de la integración en una realidad político-económica que no pretendiera la absoluta asimilación y uniformización de sus componentes. En poco tiempo, asimismo, las aventuras expansivas islámicas que penetraron en Europa, principalmente en España, y en el corazón de Asia acabaron de dibujar la realidad compleja de núcleos muy varios, con costumbres y formas de ver las cosas muy distintas, y acabaron de decidir a los dirigentes islámicos a adoptar una posición muy abierta y tolerante respecto a la inmensa cantidad de súbditos que formaron parte del Imperio islámico.

De todo ello nació un auténtico cosmopolitismo social que sirvió de plataforma meramente operativa y positiva para el desarrollo de la economía musulmana en la época de florecimiento y expansión imperialista islámica. En efecto, la mezcolanza y variedad de elementos que formaban parte del complejo musulmán, en el que se encontraban núcleos tan propensos a las actividades mercantiles como los sirios, los judíos, los egipcios y los persas, otorgó al complejo imperialista musulmán una capacidad de tolerancia y de maniobra que constituyó un firme puntal para las relaciones económicas no sólo entre los miembros del amplio "universo" islámico, sino que facilitó la posibilidad de comerciar y sostener relaciones mercantiles, de carácter más o menos duradero, según los casos y circunstancias, con núcleos no musulmanes, tales como Constantinopla, Venecia, Génova, etc.

La realidad de esta activa vida mercantil, fundamentada sobre una ductilidad cosmopolita que superaba la estricta visión de un mundo de "fieles", según la letra del Corán, permitió al mundo musulmán, en la época de su mayor florecimiento, convertirse en una impresionante potencia económica, que heredó las características "universalistas" del antiguo mundo romano y permitió la equilibrada función de una agricultura en pleno apogeo junto con un nutrido comercio urbano, que conoció emporios tan característicos y tópicos como Bagdad, Damasco, Alejandría o Córdoba. Al propio tiempo, la mencionada ductilidad cosmopolita musulmana, complementada con una floreciente plataforma económica, sirvió de puente apto para la mezcolanza y función de elementos de cultura muy distintos, que constituyeron buena parte del acervo cultural musulmán, al propio tiempo que, junto a la actividad de mercaderes y caravaneros, sirvió para la transmisión al nuevo mundo medieval europeo de elementos fundamentales de la cultura antigua o para informar, a esta misma Europa creciente, de realidades orientales más o menos exóticas.

En definitiva, un análisis desapasionado y objetivo del complejo mundo musulmán con su mosaico de pueblos, razas y costumbres, su capacidad de tolerancia, su mezcolanza de saberes y tradiciones, nos demuestra no sólo la estrecha relación existente entre la base cultural y las realidades económicas, sino que además presenta de forma meridiana la positiva lección de que una tolerancia y un cosmopolitismo bien asentados en un conjunto general determinado, en este caso el mundo imperialista islámico, constituyen factores meramente rentables no sólo para el desarrollo de la vida económica de un amplio núcleo territorial, sino que juntamente con este desarrollo de la vida económica presentan condiciones inmejorables para el mantenimiento y la difusión de realidades culturales de tipo muy diverso que, al igual de lo que ocurría con el comercio y la vida económica general, traspasaban con mucho las fronteras estrictas del conjunto territorial en que se encontraban asentadas.

Por ello, la lección de tolerancia, de cosmopolitismo, de expansión económica y de difusión cultural que caracterizan la fase más floreciente de la civilización islámica constituye uno de los argumentos más definitivos para demostrar que, a pesar de los mil comportamientos externos en que pueda aparecer dividida a los ojos del observador no especializado, la verdadera historia de las sociedades humanas presenta una línea y una vocación de unidad innegables, de gran valor y que superan esquemas de creencias, razas, continentes, costumbres y enfrentamientos ideológicos.

La lección del cosmopolitismo musulmán, en los campos social, económico y cultural, constituye, sin duda, una de las muestras inequívocas y positivas del planteamiento antedicho, que no trata más que de demostrar que por encima de mosaicos más o menos definidos la historia general de la sociedad humana persigue unos mismos objetivos de unidad, más o menos claros, según las épocas y circunstancias. Y en todo caso, el fenómeno particular, en este caso, el espíritu relativamente abierto del mundo musulmán, favoreciendo las actividades económicas generales, representa una aportación positiva al desarrollo de la humanidad. Un desarrollo en el que el progreso social y espiritual es inseparable del progreso económico.

A. J.

drán éxito mayor o menor según los puntos geográficos, y que se hallan, como veremos más adelante, en función de los aspectos "desérticos" que acabamos de apuntar.

Por ello no es de extrañar que en el mundo islámico no se encuentren grandes innovaciones agrícolas, aunque en diversos puntos geográficos fuesen importantes y decisivas, ni tampoco que la vitalidad y permanencia del florecimiento agrario fuese demasiado breve y precario en determinadas regiones. Los aspectos referentes a lo "desértico" debían tener y tuvieron en muchos casos un papel determinante.

En primer lugar, para explicar la vitalidad mercantil musulmana es preciso recordar la vieja idea de que "el mar pertenece a quien lo surca". Así, durante siglos, en el Mediterráneo, en el mar Rojo, en el golfo Pérsico, en el mar Caspio y en el océano Índico, la navegación musulmana fue algo predominante. Durante siglos y siglos nadie pudo competir con los lucrativos negocios de los musulmanes en diversas zonas marítimas, sobre todo en el océano Índico. Con referencia al comercio islámico, sus actividades de carácter marítimo tuvieron gran duración y consistencia, de forma que más de un autor ha escrito que los éxitos pasados del Islam no se debieron sólo a sus famosos jinetes militares, sino muy especialmente a sus hombres de mar, y en tal sentido figurará como una leyenda de antología la de Simbad el Marino, en el océano Índico.



*Miniatura de un manuscrito árabe del siglo XIII que representa una camellera conduciendo un rebaño de dromedarios (Biblioteca Nacional, París).*

Sin embargo, fue en el Mediterráneo, en el antiguo *Mare Nostrum* romano, donde se dibujó la gran aventura del florecimiento del Islam. Analizando fríamente la presencia musulmana a través de los siglos en el mundo marítimo mediterráneo, podemos observar tres fases: una primera, capital, claramente victoriosa; una segunda, de retroceso creciente, y finalmente una tercera, de irreversible decadencia y derrota.

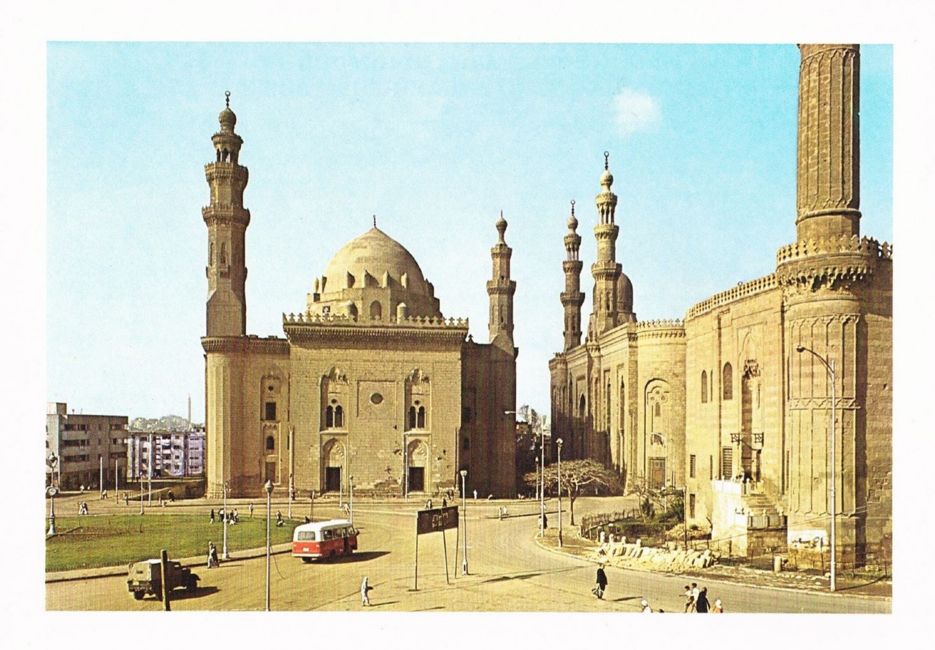
En efecto, aunque, a pesar de la conquista de Siria, Egipto y otros puntos del Mediterráneo oriental, la competencia con Bizancio no acabó de otorgar al Islam la plena posesión de la parte este del antiguo *Mare Nostrum,* es evidente que durante mucho tiempo el Islam fue el auténtico señor del Mediterráneo occidental, completada la conquista de África del Norte, de España y de Sicilia. Fue ésta la gran etapa de esplendor musulmán en todos los terrenos. Así, Creta sería conquistada en 825 por marinos andaluces; los tunecinos se instalaron entre 827 y 902 en Sicilia. Y dicha isla conoció un auge importante, convirtiéndose en el corazón de un Mediterráneo musulmán con Palermo, verdadera joya instalada en medio de la Cuenca de Oro, transformada por la irrigación en lo que los cronistas llamarán un verdadero "jardín del paraíso".

Paralelamente, los musulmanes no sólo se instalaron de forma sólida y estable en las Baleares, que sería un archipiélago fundamental para sus operaciones en el Mediterráneo occidental, especialmente para ga-

**ECLECTICISMO SOCIORRELIGIOSO MUSULMAN Y FLORECIMIENTO DE LOS RECURSOS ECONOMICOS DEL PODER POLITICO**

Tolerancia religiosa (que respeta las creencias de grandes sectores dominados) = Volumen importante de los ingresos derivados de los impuestos pagados por los no musulmanes

La capacidad islámica de compaginar su espíritu de "guerra santa" con un pragmatismo tolerante permitió aumentar la riqueza y el poder de la época de máximo esplendor califal.



***La mezquita del sultán Hassán, en El Cairo, construida en el siglo XIV.***

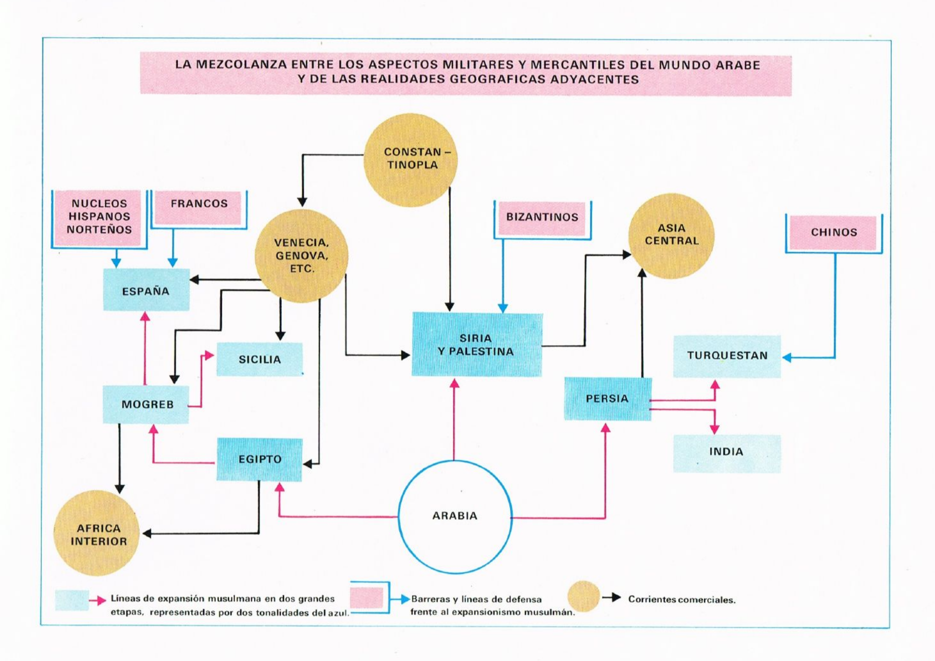
rantizar la navegación entre España y Sicilia, sino que se establecieron de forma más o menos esporádica en diversos puntos de Córcega y de Cerdeña, así como en Provenza, por corto tiempo, y aprovecharon incluso la ocasión para amenazar a Roma, desembarcando con toda tranquilidad en la desembocadura del Tíber.

En esta época es cuando lo marítimo señala el índice más destacado del desarrollo de la sociedad y la economía musulmanas. Facilita la expansión y la respiración de sus ciudades, especialmente las marítimas; tal es el caso de Alejandría (anexo de la enorme metrópoli interior de El Cairo), Palermo, Túnez, Bugía, Argel, Orán, Almería y la zona del Guadalquivir, con Sevilla (anexo de Córdoba, la gran ciudad musulmana de Occidente).

Señalada la importancia de los elementos marítimos en la economía mercantil islámica, no podemos pasar por alto otro elemento: el tráfico caravanero. Diversos autores han coincidido en señalar que el mundo musulmán no sería nada sin las rutas que atraviesan de parte a parte su cuerpo, más o menos desértico. Dichas rutas le animan y dan vida; constituyeron durante siglos su riqueza, su verdadera razón de ser, incluso su civilización. En este sentido no es exagerado utilizar, para el espacio musulmán, la denominación de "continente intermediario". Hasta las vísperas del descubrimiento de América, el conjunto islámico controló el Viejo Mundo, poniendo en contacto sus diversas áreas culturales y económicas. Extremo Oriente, Europa, África negra, todo pasa por el Islam durante muchos siglos.

El mundo islámico fue durante siglos el único sector mundial que hizo circular con provecho el oro del Sudán, los esclavos negros y de otras razas, la seda, la pimienta, las perlas del Extremo Oriente. En Asia y África monopolizó el comercio de Levante, etc. Toda una serie de rasgos otorgan, pues, al Islam la característica de ser una civilización y una economía de tránsito, de movimiento, lo cual, junto a navegaciones más o menos complejas, supone la existencia de una múltiple circulación caravanera, que otorgará al negocio mercantil musulmán una de sus características más peculiares.

A pesar de que en algunas regiones exis-




ten elefantes y por todas partes, más o menos, pueden utilizarse caballos y asnos, las caravanas son fundamentalmente expediciones mercantiles efectuadas por el trabajo de los camellos. Para dar idea de lo que representan estas expediciones caravaneras es preciso indicar que un camello de albarda puede llegar a transportar hasta tres quintales de carga útil. Y una caravana bien organizada reúne entre 5.000 y 6.000 camellos, de forma que por su volumen o capacidad global de transporte puede compararse a un velero de carga muy capaz. Paralelamente, una caravana, al tener la envergadura que acaba de apuntarse, tiene características militares muy acusadas: tiene un jefe, unos dirigentes, unos reglamentos, unas etapas obligadas, etc.; obliga a tomar una serie de precauciones de carácter más o menos ritual, especialmente contra los nómadas dedicados a saquear caravanas, con los que se descubre que es más rentable llegar a acuerdos que supongan el pago de determinados cánones o cantidades fijas.

La organización caravanera suponía también unas estaciones o centros de concentración. Es decir, a lo largo de las distintas rutas, a distancias fijas, prácticamente a cada jornada de marcha, salvo en pleno desierto, podían encontrarse las construcciones, a veces de grandes proporciones y capacidad, de los denominados *jans* o caravasares, especie de alfóndigas –nombre típicamente árabe– particularmente preparadas para dar cabida a los núcleos caravaneros. Estas estaciones caravaneras llegaron a revestir gran importancia, señalando hitos muy claros y decisivos de una cultura, una sociedad y un determinado tipo de economía. Los viajeros extranjeros que tuvieron ocasión de conocerlas nos han dejado el testimonio, a veces detalladísimo, de la realidad de estos pabellones gigantescos y de sus comodidades. Algunas de estas estaciones subsisten actualmente, como los impresionantes *jans* de la ciudad de Alepo.

Entendido el conjunto islámico como un continente intermediario, en el que tanta importancia podían llegar a tener los aspectos marítimos del tráfico como los terrestres, es evidente que una de las piezas fundamentales de la economía musulmana en su época



***Una ilustración del "Maqamat", de al- Hariri, que reproduce, en la parte superior, a un mercader pesando denarios de oro y concertando una venta, y en la parte inferior, a un musulmán que elige mercancía humana entre un grupo de esclavos blancos y otro de negros (Biblioteca Nacional, París).***

de esplendor es la que resuelve las relaciones entre el conjunto del sistema caravanero y la organización de las flotas marítimas. Tales relaciones son la pieza fundamental de un sistema de tráfico que abarca variados sectores y materias. En este sentido, la mezcla entre lo caravanero y lo marítimo no solamente da pie al auge de un tipo de intermediarios, sino a la realidad de una compleja y extensa organización que podríamos denominar precapitalista o paracapitalista, muy semejante en algunos aspectos a la que surgirá en Europa occidental en el período comprendido entre la revolución comercial y urbana y la aparición, a fines del siglo XV, del capitalismo inicial propiamente dicho.

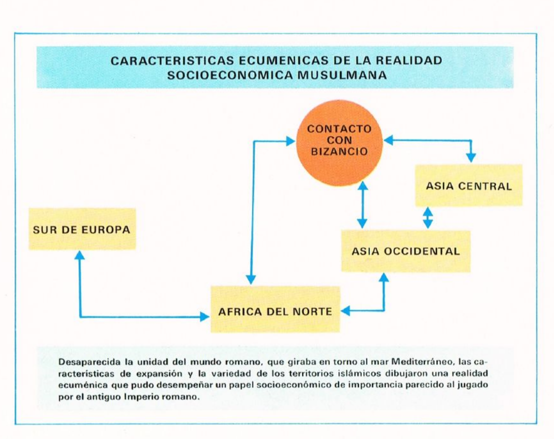
El eje de esta complicada organización es el estamento de grandes comerciantes, que podían ser musulmanes o no musulmanes, entendiendo por este último término no solamente a judíos, sino también a cristianos: venecianos, genoveses, barceloneses, etc. En este sentido, según subrayan eminentes autores como F. Braudel, son sumamente significativos los datos proporcionados por la correspondencia de los comerciantes judíos de El Cairo, a partir de la época de la primera cruzada (1095-1099). Tal correspondencia demuestra claramente que la organización musulmana en el campo económico conocía las más diversas variedades crediticias, los más distintos sistemas de pago y, paralelamente, las más variadas formas de asociación comercial; este hecho hace que no sea cierto que los primeros grandes pasos en los campos del crédito, el pago y la asociación mercantil hayan tenido su cuna en Italia, tal como comúnmente ha venido aceptándose por muchos historiadores.

La realidad de los grandes comerciantes era la que vinculaba la empresa caravanera con la organización marítima y aseguraba, por tanto, las diversas formas de comercio a larga distancia: comercio del coral desde

***La mezquita de Ibn Tulún, en El Cairo, es una construcción de ladrillo y su alminar imita la arquitectura abbasí de Samarra.***

África del Norte hasta la India; transporte de esclavos adquiridos en Etiopía hasta rentables centros mediterráneos; traslado de hierro, pimienta y especias orientales desde las Indias a puertos italianos o análogos. Todo ello se realizaba con relativa regularidad, dejando grandes beneficios a las personas que manejaban las redes de dicho tráfico, un tráfico internacional de enormes proporciones que no podía dejar de tener unas dimensiones sociales de envergadura, ya que su funcionamiento implicaba, al mismo tiempo, un enorme movimiento de energía, de dinero, de mercancías y de hombres, de muchos hombres.

De acuerdo con tal perspectiva no puede extrañar la fabulosa amplitud, dada la reali-




Desaparecida la unidad del mundo romano, que giraba en torno al mar Mediterráneo, las características de expansión y la variedad de los territorios islámicos dibujaron una realidad ecuménica que pudo desempeñar un papel socioeconómico de importancia parecido al jugado por el antiguo Imperio romano.



***Miniatura de la escuela de Bagdad que representa una embarcación de la India islámica (Biblioteca Nacional, París). En la Edad Media, el Islam fue intermediario en el tráfico comercial entre Europa y Extremo Oriente.***




dad de la época y la relativa consistencia de los medios con que se contaba, de los diversos itinerarios de los viajeros árabes dedicados al comercio. Los mercaderes se mueven y los testimonios respecto a tal movimiento a veces recuerdan los cuentos de *Las mil y una noches*. Tal es el caso conocido, por ejemplo, de un marroquí llamado Ibn Batuta, que nació en Tánger en 1309 y que entre 1325 y 1349 había realizado ya lo que entonces se conocía como viaje alrededor del mundo. Un fabuloso viaje que comprendía Egipto, Arabia, Bajo Volga, Afganistán, India y China. Además, Ibn Batuta había penetrado en regiones relativamente meridionales de África en 1352, llegando al país de los negros y al borde del Níger, donde se quejaría de la falta de atenciones que le tuvieron los sudaneses, a pesar de ser musulmanes como él y a pesar de prestar estas mismas atenciones a los viajeros blancos. El mismo Ibn Batuta encontró en Sichilmassa, la ciudad del oro, a un compañero y compatriota de Ceuta, hermano de otro viajero que había conocido años antes en China. Sería apasionante efectuar un estudio sociológico de tales viajes y de los hombres que realizaban tales itinerarios. En su época de esplendor, el Islam tuvo en cuenta la importancia de tales hombres itinerantes y montó un tipo de hospitalidad musulmana, muy parecida a la famosa hospitalidad rusa, para acoger debidamente a estos hombres que se movían desde el Atlántico hasta el Pacífico y a los que intentó dar facilidades para que no abandonaran jamás su tarea.

Lógicamente, a pesar del peso importante de lo agrícola, la envergadura social y económica del tráfico mercantil antedicho sólo puede entenderse y concebirse a partir de la existencia de importantes ciudades en el conjunto islámico, que, además de su función de concentrar artesanos y realizaciones industriales complementarias, constituirían el verdadero motor de una circulación inmensa. No se trata sólo de los nombres tópicos de Bagdad, Damasco, El Cairo, Alejandría, Córdoba, etc., sino de un conjunto abundante de núcleos urbanos, a través de los cuales pasa y se conecta todo el inmenso tráfico que hemos venido apuntando (mercancías, animales de carga, hombres...),

y junto con él la comunicación de los más preciados bienes culturales. La imagen de Córdoba con su millón de habitantes, con su perímetro de varios kilómetros, con sus centenares de mezquitas, bibliotecas, casas de baños, hospederías, etc., es un ejemplo de estas ciudades clave.

A grandes rasgos, estas ciudades, centros neurálgicos de la vida social y económica, se parecen. Son un cúmulo de calles estrechas, casas amontonadas, centros de reunión, de animación, de bullicio, de negocios, con bazares o barrios de negociantes, situados generalmente junto a la gran mezquita, junto con los artesanos, que ocupan posiciones en teoría concéntricas a dicha mezquita. En primer lugar, el espacio dedicado a los fabricantes y los comerciantes de perfumes y de incienso; a continuación las tiendas de telas y mantas, las joyerías, los establecimientos de alimentación y, por último, los lugares destinados a los oficios considerados menos nobles: curtidores, zapateros, herreros, olleros, tintoreros, etc. Además, las alfóndigas o lugares para cobijar los animales de carga, los viajeros y las mercaderías de tránsito.

Se trata, en realidad, de un caos lleno de vida y animación que orientaba y situaba las diversas corrientes del comercio, del tráfico y de la cultura universal: las plantas más o menos exóticas (medicinales, caña de azúcar, algodón), el papel, los gusanos de seda, la brújula, los números hindúes (llamados precisamente árabes), la pólvora de cañón, las medicinas, etc. Bienes mercantiles y culturales que transmitían a veces los gérmenes de las más terribles enfermedades epidémicas, enfermedades venidas de la India, de China (el cólera, la peste, etc.).

Hoy día, todos los especialistas están de acuerdo en considerar que, iniciado el expansionismo musulmán en el siglo VII, las etapas de apogeo y esplendor del Islam deben situarse entre los siglos VIII y XII. Es decir, el florecimiento del Islam se forjó en muy poco tiempo, aunque los gérmenes de su desarrollo, en Arabia, precisaran de muchas generaciones para conseguir dar fruto. Analizando las etapas de expansión y de apogeo musulmanes se observa que, a pesar de la predicación de la guerra santa que mueve al jinete árabe, los conquistadores tratan de montar un complejo politicosocial que no aspira a la conversión al Islam de los sometidos, sino que trata más bien de conseguir todo lo contrario.

En los esquemas básicos de este imperialismo primerizo existe una idea socioeconómica y fiscal fundamental: se trata de provocar pocas conversiones y de tener, en cambio, muchos tributarios. En este sentido, los conquistadores se limitarán a explotar las ricas civilizaciones de las diversas sociedades que iban cayendo en su poder: Persia (el mundo de los sasánidas), Siria, Egipto, África (es decir, el África del Norte y, concretamente, el África romana, la Ifriqya de los árabes) y España. En ciertos momentos, si los cristianos trataban de convertirse al islamismo eran condenados al látigo. Tal comportamiento partía de una idea fiscal sumamente simple: el pago de impuestos solamente

***Miniatura persa del siglo XVI con una escena del interior de una mezquita, que muestra a varios orantes en diversas actitudes (Museo Británico, Londres).***





*Una pintura iraní del siglo XIV en que aparecen los famosos jinetes árabes, que tantos éxitos cosecharon para el Islam en el período de su expansión (Museo del Louvre, París).*

afectaba a los no musulmanes, de modo que los nuevos conquistadores, al impedir el aumento del número de creyentes, no disminuían sus rentas, antes al contrario.

Tal estado de cosas sólo podía durar un período relativamente limitado; en efecto, al cabo de un siglo, los maulas, es decir, los conversos comenzaron a cobrar su desquite y a asumir un papel importante en la vida del Imperio islámico. Los persas, de manera especial, iban a desempeñar un papel muy importante en este nuevo cambio. En efecto, con los abbasidas empieza a originarse una serie de cambios significativos. La capital del califato pasa de la antigua Damasco de los omeyas a Bagdad. El Imperio se orientaliza. Es la época de aparición y crecimiento de grandes ciudades que dirigen todo el comercio: de Samarra (836), de Basora, de El Cairo, de Túnez (nueva encarnación de la antigua Cartago), Córdoba, etc.

En esta etapa, el Islam alcanza sus fronteras exteriores fundamentales y desde entonces su expansión comienza a encontrarse bloqueada por resistencias y réplicas de diversos pueblos (francos, bizantinos, hispanos del norte de la península ibérica). En contrapartida, se organiza dentro del mundo musulmán un tipo de economía capaz de crear extraordinarias fortunas y que se apoyará sobre la relativa uniformización de lo que podría denominarse una "economía de mercado" y a través del funcionamiento de una potente economía monetaria, montada a imitación de los patrones romanos y bizantinos. Las líneas de esta dinamización económica parten, en notable proporción, de la potenciación de los productos agrícolas. Es decir, se va a una comercialización creciente de la agricultura. Los excedentes agrícolas serán transportados hacia puntos donde puedan dar buenos beneficios, con-

virtiéndose especialmente en mercancías destinadas a alimentar a las ciudades cuyo fabuloso crecimiento acabamos de apuntar. Para darnos idea de las dimensiones de tal tipo de comercialización nos limitaremos a señalar que el comercio de dátiles movilizaba más de 100.000 camellos de albarda. El de melones también tenía gran importancia. Algo parecido ocurre con el cultivo de la caña de azúcar. En esta etapa no solamente se aprovechaban todas las posibilidades de mejora conocidas, sino que se pasa a buscar nuevos procedimientos que sean ventajosos (molinos de agua, de viento, etc.).

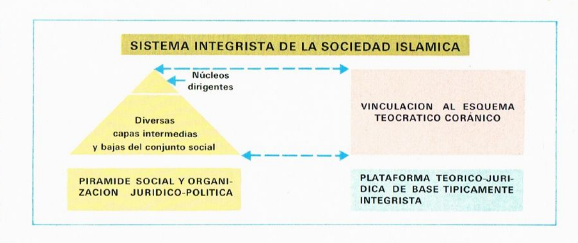
A partir del aprovechamiento de la base agraria, otros tipos de producción adquieren importancia y son aprovechados al máximo por los dirigentes islámicos: minería del hierro, industrias textiles (lino, seda, algodón, lana), producción de tapices (en Bujara, Armenia, Persia), importación, principalmente en Basora, de quermes e índigo en grandes cantidades para teñir las telas de rojo y azul, etcétera. Paralelamente, la circulación monetaria se complica y, al propio tiempo, se dibuja un tipo de sociedad más compleja, con mayores tensiones entre ricos y pobres, etc.

En sus momentos de esplendor, el Islam contó con una población que osciló entre 30 y 50 millones de habitantes. Una cifra verdaderamente baja y que planteó problemas a todos los niveles: problemas de gobierno, de comercio, de guerra, de vigilancia militar, etc. Para cumplir con todas sus finalidades, el Islam tuvo que aceptar en todas partes a los hombres tal como los encontraba, explicándose de este modo la existencia, en el mundo musulmán, de un tipo de tolerancia que el mundo occidental jamás practicó.

Al margen de esta tolerancia y dibujando un tremendo contrapunto, el Islam se planteó el problema de falta de hombres como un problema de mercancía, de tipo mercantil. Aquí radica una de las notas fundamentales del Islam clásico: el mundo islámico floreciente fue una civilización esclavista por excelencia. El peso del esclavismo ha gravitado sobre el mundo musulmán de una forma terrible (cristianos de Europa hechos prisioneros en el mar por los propios musulmanes; esclavos revendidos por los cristianos europeos; negros de África, abisinios, indos, caucasianos, etc.). Y el comercio del hombre se unió a los productos que hemos ido canalizando anteriormente.

En ocasiones, algunos esclavos consiguen prosperar, como ocurrió con los mamelucos de Egipto en la época en que fracasaba la cruzada de San Luis (1250). Algo parecido ocurriría con algunos de los famosos jenízaros. Pero, en general, la vida del esclavo sería terriblemente negativa y su realidad empañará buena parte de la cultura musulmana, que, por motivos muy diversos, será propicia a crear cazadores o traficantes de esclavos en todas las épocas, incluso en nuestros días.

A pesar de la importancia extraordinaria revestida por ciertos recambios, alguno de ellos muy importante, tal como ocurre con el caso del Imperio turco hasta el siglo XVIII,






***Un sabio musulmán escribiendo en una larga hoja de pergamino, según detalle de una miniatura persa del siglo XIII (Biblioteca Nacional, París).***

***Con indumentaria, armas y costumbres del siglo XV, esta miniatura persa de la época representa a un sultán del siglo XI rodeado de su séquito y que dialoga desde su caballo con una anciana que le sale al paso (Museo Británico, Londres).***




Sociedad y cultura ecuménicas por antonomasia, el mundo islámico pudo vivir una amplia etapa de florecimiento imperialista gracias a la combinación de elementos de tipo muy diverso que, a su vez, al entrar en crisis parte de ellos, serían la plataforma decisiva que dibujaría la futura definición de los puntos de regresión del expansionismo musulmán.

la desmembración del califato supuso una etapa paulatina de decadencia del mundo musulmán, que fue arrastrando una vida arcaica, difícilmente comprensible y a cuyo declive contribuirían no sólo la presencia amenazante de núcleos bárbaros y de factores geográficos negativos (el desierto, por ejemplo), sino las ventajas que fue tomando la civilización del occidente cristiano a partir del siglo XV, con el descubrimiento de América y con la penetración en el Índico (rutas de Vasco de Gama, etc.), que dejaron las actividades mercantiles de los musulmanes en un lugar mucho menos importante y decisivo.

## SENTIDO TEOCRATICO DE LA ORGANIZACION SOCIAL ISLAMICA

La civilización islámica, en su etapa de mayor expresión y florecimiento, ofreció la imagen aparentemente contradictoria de una capacidad efectiva por "digerir" dentro de su seno importantes contingentes no musulmanes (mozárabes, coptos, etc.), junto a una estructura general de tipo integrista, caracterizada por una organización social muy simple, apoyada sobre los esquemas teocráticos coránicos. La explicación de esta aparente contradicción tiene también una fundamentación simplista de base religiosa: el fiel musulmán podía tolerar la presencia de "infieles" no convertidos al islamismo, a condición de pagar un impuesto como castigo de esta "resistencia" a no aceptar la "religión salvadora" que se contenía en el Corán. De esta forma, quedaban salvadas las apariencias. La mentalidad y el ímpetu de "guerra santa" podían ser compatibles con la tolerancia de "infieles" en territorio musulmán a cambio de un impuesto especial que gravaba la economía de los no musulmanes. Y tal impuesto aparecía como un "castigo" para el "infiel" y, al propio tiempo, procuraba una entrada importante para el fisco islámico.

Por ello, la organización teocrática de la sociedad musulmana podía revestir una doble característica: una simplicidad integrista de jerarquía y división social y una capacidad por contener en su seno a elementos no islámicos. En definitiva, lo islámico imperaba sobre los elementos no musulmanes y ello, por tanto, no impedía la organización teocrática de una sociedad compleja, que se regía por un código religioso (el Corán) y que tenía una cabeza visible, el califa, que reunía en su persona las máximas atribuciones espirituales y temporales, el máximo poder religioso y político. Un poder que en el mundo cristiano (dentro del esquema teórico imperial) estaba dividido en dos cabezas o figuras: el emperador —poder temporal— y el papa —poder espiritual—.

La unidad teocrática de la estructura califal era la que otorgaba las máximas garantías de fuerza a una organización social de apariencia muy simple y con posibilidades de poder ser resquebrajada con facilidad. El poder de los núcleos dirigentes en el mundo islámico partía de su proximidad con las fuentes de legitimidad religiosa y los núcleos menos poderosos en la escala social lo eran, en principio, debido a su alejamiento de las fuentes de pureza de sangre que otorgaba la legitimidad religiosa (teórico poder de los árabes, parientes de Mahoma, etc.), hasta llegar a los núcleos menos favorecidos de la sociedad musulmana, los esclavos, que, al igual que en todas las sociedades antiguas, tenían la consideración legal de cosas y eran, en principio, botín de guerra.

La mencionada organización simplista de la sociedad del mundo islámico recibió evidentemente la influencia de los núcleos que fue dominando, en especial persas (herederos de una compleja organización político-administrativa multisecular), que se tradujo en profundas infiltraciones de elementos nuevos en la cúspide del poder, demostradas, por ejemplo, en el traspaso de la capitalidad de Damasco a Bagdad, o en la lucha —clarísima en España— entre diversos elementos raciales (beréberes, sirios, etc.) que deseaban ocupar posiciones más firmes o más ventajosas del poder.

Todo ello, evidentemente, favorecería, en las altas esferas de la organización jerárquica del mundo musulmán, una serie de movimientos paralelos hasta cierto punto a la fragmentación feudal del occidente cristiano, y dibujaría las líneas de la futura división califal en favor del predominio de grandes señores (emires, sultanes, etc.) que mantuvieron, a su vez, dentro de su parte fragmentada las líneas fundamentales de la organización social musulmana, al propio tiempo teocrática y simplista y, asimismo, abierta a la tolerancia de elementos no islámicos, lo cual explica, por otra parte, la relativa incapacidad por variar los esquemas de civilización, de organización y de vida particular y colectiva que durante siglos ha venido constituyendo el verdadero talón de Aquiles de lo que llegó a ser el impresionante mundo imperial islámico.

Un talón de Aquiles de importancia extraordinaria y que puede ayudar a comprender cómo el floreciente mundo musulmán de las primeras etapas islámicas haya podido ir derivando, a lo largo de los siglos, hacia extremos en que se ha producido cierto tipo de novedades de carácter arcaico y cerradas a todo tipo de progreso. En resumen, la organización teocrática del complejo social musulmán encerraba en sí misma gérmenes de difícil solución y que tenderían a dibujar perspectivas menos favorecidas que las típicas de la época de esplendor califal, en la plenitud del mundo islámico.

A. J.

Poco a poco, casi insensiblemente, la cultura y la sociedad que habían producido figuras como Al- Kindi, Al- Farabi, Al-Gazali o Averroes fueron cayendo en una lamentable mediocridad que cuesta, en principio, mucho de comprender y que presenta, sin duda, una serie importante de interrogantes históricos a los que costará mucho de responder.

El declive musulmán, por otra parte, no es ningún fenómeno inédito. Otras muchas civilizaciones han pasado por traumas parecidos. Por ello, en lugar de entretenernos en los detalles de decadencia creemos más positivo poner de relieve una serie de características que constituyen el legado social y económico de los musulmanes a la historia de la humanidad y concretamente a la historia de Occidente. Un legado importante y del que es testimonio tangible buena parte de España, por ejemplo.

Los musulmanes enseñan al mundo occidental la práctica de muchas actividades mercantiles, junto con el esbozo de un espíritu de tolerancia que caracterizaría más tarde a la naciente burguesía cristiana. Traspasaron al mundo occidental una serie de conocimientos culturales de gran utilidad. Perfeccionaron sistemas agrarios, introdujeron costumbres campesinas, etc. Difícilmente puede comprenderse la historia de Occidente sin tener en cuenta el espíritu de aventura que los árabes traspasaron a los nuevos comerciantes cristianos, sin tener en cuenta la realidad de las alfóndigas, de los contactos caravaneros, la mezcolanza en los mercados medievales, el peso de unas realidades que llevaría a un Fernando III el Santo, con motivo de la conquista de Sevilla, a titularse rey de las tres religiones (cristiana, musulmana y judía).

Nombres mercantiles, monetarios, sistemas contables, formas de sociedad, instituciones, etc., una serie de realidades sociales y económicas del occidente cristiano tienen

*Placa de marfil de la cara lateral de un cofrecillo egipcio del siglo XI con decoración inspirada en temas iraníes (Museo del Louvre, París).*



su raíz en la práctica musulmana. El legado del Islam entre nosotros ha sido mucho mayor de lo que muchos imaginan. Y ello ha marcado, en buena parte, el arranque de una etapa histórica que, después del éxito del movimiento iniciado con la revolución comercial (paralela a las primeras cruzadas), llevaría a la plenitud del capitalismo inicial.

Al margen del legado islámico y de sus supervivencias en el mundo cristiano, la experiencia de la realidad histórica musulmana abre el camino a una serie de reflexiones que pueden ser sumamente positivas. En primer lugar hay que destacar cómo unas miserables tribus nómadas del desierto de Arabia, a base de una creencia profunda en un destino histórico, crearon un imperio universal. En segundo lugar cabe comprobar cómo la realidad simplificada deja de serlo a partir del momento en que toma una envergadura determinada. Así, el primitivo imperio patriarcal de los sucesores de Mahoma debía dejar paso a la complicación de los abbasidas, que, al propio tiempo, cambiaron sin querer la idea primitiva que había alimentado el imperialismo árabe.

La complicación de los abbasidas representó no solamente una orientalización del Islam, sino una desviación esencial de los objetivos primitivos de la sociedad y economía islámicas, demostrando al propio tiempo la capacidad musulmana para adaptarse a diversas circunstancias. Por ello no

***Envuelto en una aureola de llamas, frecuente en los manuscritos árabes, un imán recibe el juramento de fidelidad de sus súbditos, que uno tras otro pasan a estrecharle la mano, según miniatura persa del siglo XVI (Museo Británico, Londres).***

## PERSPECTIVA COMPLEJA DE LA DECADENCIA SOCIOPOLITICA Y MILITAR ISLAMICA

El carácter teocrático del complejo mundo conquistado por los sucesores de Mahoma, con sus luchas familiares y dogmáticas, ya apuntaba, desde el momento de la matanza de los omeyas, los gérmenes de la futura decadencia militar, política, cultural y económica del Islam. En efecto, pasado el ímpetu conquistador de los primeros "creyentes" y agotadas las inmensas reservas económicas del califato, no podía extrañar a nadie que las disidencias que se manifestaron desde las primeras etapas (recuérdese a este respecto el caso de España) fueran tomando mayor entidad y dieran pie a un movimiento aparentemente contradictorio de decadencia. Vale la pena tratar con detalle esta cuestión, pues, pongamos por ejemplo, el impresionante expansionismo imperialista de los musulmanes turcos no significa, ni mucho menos, una recuperación de todo el anterior complejo mundo islámico.

Al contrario, el crecimiento del fenómeno turco, que en Occidente, en el mundo cristiano europeo, hizo perder de vista muchas cosas respecto a la realidad islámica, no hace más que encubrir un lento pero progresivo período de oscurecimiento, de estancamiento y de "oscurantismo" musulmán, empobreciendo una economía que había sido sumamente floreciente, cerrando vínculos entre regiones que tuvieron un tráfico extraordinariamente rico y dibujando un inmovilismo agrícola y ganadero que representó un evidente retroceso respecto a las grandes ciudades que habían llegado a ser Bagdad, Damasco, Alejandría o Córdoba.

Paulatinamente, la vida mercantil va perdiendo peso decisivo en las diversas regiones musulmanas. La economía se empobrece, la cultura se reduce a los más estrictos y cerrados horizontes de una organización agrícola atrasada y sin perspectivas de mejoras. Florecientes regiones se convierten en verdaderos desiertos. Antiguas ciudades pasan a ser un montón de ruinas, etc.

Constituye, sin duda, uno de los capítulos más interesantes de la investigación histórica y sociológica seguir con detalle el complicado proceso que, a pesar del innegable florecimiento del Imperio turco, no pudo impedir que, a la larga, el esplendor de las etapas califales fuera paulatinamente, casi insensiblemente, cediendo terreno a una serie de realidades negativas que han convertido buena parte del que fue, en ciertas épocas, un mundo dinámico y emprendedor, en una compleja suma de elementos anacrónicos, incapaces de recuperar antiguas perspectivas de desarrollo y de vitalidad y de perder el carácter de núcleos ruinosos, que constituyen sólo un pálido recuerdo de su pasado esplendoroso.

Evidentemente, factores marginales a la misma realidad musulmana, como el florecimiento de la parte occidental de Europa, el auge atlántico, el descubrimiento de América y la orientación colonial europea hacia aquellas regiones, pueden ayudar a situar una decadencia que, a pesar de los turcos, de la conquista de Constantinopla, de sus ataques al Imperio austríaco, no es posible enmascarar y que en épocas más cercanas alcanzará incluso a las mismas zonas típicas del Imperio turco, preparando las bases de su desmembramiento, hasta el punto de ser considerado el gran enfermo de Europa.

No sabemos exactamente qué pasó. Desconocemos los factores reales de una profunda decadencia política, social y económica que ha llegado hasta el extremo de que la mayor parte de los antiguos territorios de la esplendorosa época califal constituyeron colonias o "zonas de influencia europea". No sabemos realmente cómo pudo desmembrarse un conjunto histórico de gran vitalidad. Pero, en los mismos momentos de gran esplendor califal, algunos autores comenzaron a comprender el alcance de la euforia y la vitalidad de que daba muestras el Islam y sus testimonios se suman a los datos que, desde un principio, daban idea de que la plenitud islámica iba a ser precaria y delicada y, en conjunto, iba a dibujar una de las mayores incógnitas de la historia, a saber, qué factores dibujaron a través de los tiempos los gérmenes de desmembración y decadencia de una de las civilizaciones más florecientes de todos los tiempos. Unos gérmenes que no acaban de ser detectados de forma clara y que encierran apasionantes elementos de investigación para el historiador y para el sociólogo.

En todo caso, no sería justo dejar arrinconado el tema de las precariedades estructurales musulmanas, que conducirían a un estancamiento cultural, social y económico, sin tener en cuenta que en otros sectores del planeta ocurrieron hechos parecidos que asimismo dieron o han dado base a plataformas de retroceso parecidas a las que hemos apuntado para el mundo islámico.

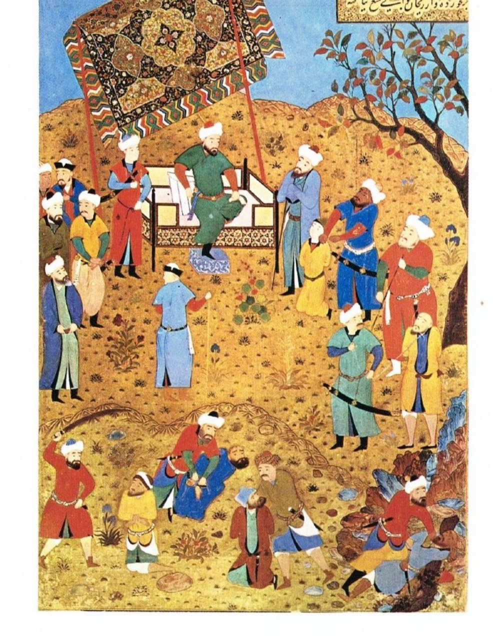
A. J.

sería correcto terminar unas consideraciones sobre la sociedad y la economía musulmanas sin referirnos de algún modo a las perspectivas actuales del mundo islámico.

Al margen del error de muchos historiadores al dejar de lado la historia musulmana en su época de expansión y de florecimiento, es un error, quizá mayor, ignorar el papel que el Islam juega en el presente y jugará en el futuro. Máxime cuando este mundo musulmán que había caído bajo la órbita occidental se ha independizado, ha adquirido conciencia de su realidad y ha encontrado, además, fabulosas fuentes de riqueza, como puedan serlo, por ejemplo, el petróleo y el gas natural.

El mundo islámico no es, pues, una realidad arqueológica, sino un conjunto de países activos, que suman varios centenares de millones de habitantes, que pesan en el momento histórico presente, que están tomando conciencia de su fuerza y que, de una forma u otra, tienden a crear una nueva unidad islámica como la que le caracterizó en épocas anteriores. Este mundo musulmán es un mundo que abarca además muchas razas y continentes, desde Yakarta en Indonesia a Dakar en África. No puede, pues, hablarse de lo islámico en pasado, sino que tiene que tenerse presente la realidad de este sector del mundo en el momento presente, con sus carencias, con sus potenciales bienes económicos, con su nacionalismo más o menos formulado, con su afán de desquite respecto a lo que consideran explotación occidental, etc.

El estudio de la realidad islámica, en conjunto, con sus oscilaciones, sus declives, sus tomas de conciencia, etc., desde el siglo VII de nuestra era nos muestra la permanencia de fenómenos que el mundo occidental ha pre-



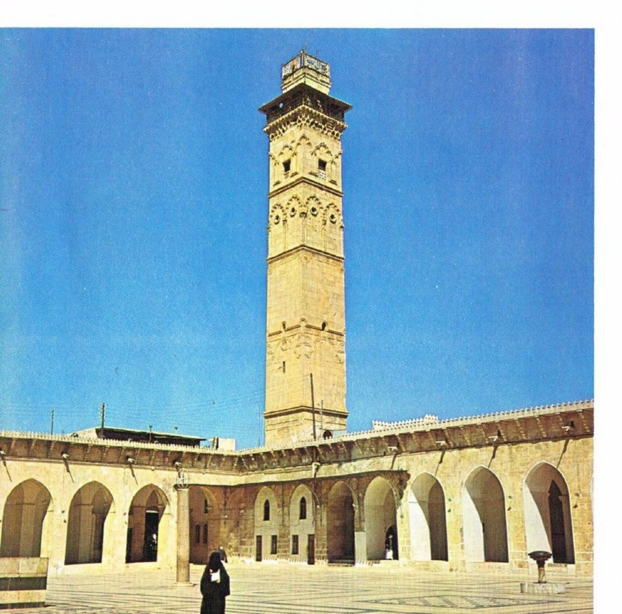
*Esta miniatura persa del siglo XVI muestra a un soberano musulmán administrando justicia en el jardín de su palacio, donde ha instalado su trono, mientras unos servidores, en primer plano, ejecutan las sentencias (Biblioteca Nacional, París).*

tendido, demasiado a la ligera, ignorar durante mucho tiempo. Hoy día, el impropiamente llamado tercer mundo: la RAU, Pakistán, Siria, Indonesia, etc., pesa de forma considerable como para no permitir echar por la borda muchos siglos de historia, quizá gris, quizá poco interesante para los occidentales, pero real y auténtica y que, a pesar de todos los pesares, ha mantenido viva la esencia básica del islamismo.

En el presente, los políticos, los economistas y los sociólogos no pueden en absoluto olvidar el peso real, firme, poderoso del conjunto islámico, lo que representa una lección para el historiador, especialmente para el historiador social y económico. Ninguna fuerza, por muchos síntomas de decadencia que presente, puede ser ignorada históricamente. Ello obliga, entre otras cosas, a seguir con detalle vicisitudes de numerosos núcleos islámicos no comprendidos en el Imperio turco y a considerarlos como elementos vivos que están pesando con fuerza propia en el presente.

La conciencia de actualidad del mundo islámico obliga a detenerse no en los aspectos más llamativos de la época de esplendor musulmán, en la que jugó un papel importante la vida mercantil y las prácticas artesanales anexas, sino en la raíz agraria que, desde un principio, hemos señalado como característica del mundo árabe. Observando dicha raíz agraria, presente en todos los momentos de la historia musulmana, es posible descubrir diversos elementos tipificadores de la sociedad y de la cultura islámicas. Entre ellos, el factor conservador que en sí contiene toda sociedad agrícola.

No es ningún descubrimiento reciente señalar que las sociedades campesinas contienen en su seno muchos más gérmenes de tradicionalismo y de conservadurismo que otro tipo de sociedades. La decadencia de grandes sectores del mundo islámico agudizó



*El patio interior de la gran mezquita de Alepo, Siria, cuya primitiva construcción data del siglo VIII. Las partes principales de la obra actual fueron reedificadas en el siglo XII.*

los factores agrarios fundamentales del mismo y, en consecuencia, reforzó el tradicionalismo musulmán. La realidad agraria básica del mundo islámico, en los diversos continentes, ha reforzado los elementos permanentes y básicos de su personalidad y ha actuado como una llama que mantiene el fuego sagrado por encima de anécdotas de colonialismo extranjero, de penetración occidental, etc.

Por ello, el mismo atraso de los pueblos islámicos en los últimos siglos ha actuado de factor aglutinante para que finalmente, en los momentos presentes, los diversos núcleos musulmanes no sólo hayan reaccionado contra la descolonización, sino que ha dado a todos ellos la ocasión de una toma de conciencia nacional de un valor indiscutible. A mayor retraso, podríamos decir, mayor capacidad de construir en el presente una nación musulmana. Éste fue un factor que no menospreció el mundo occidental y que, al presente, está jugando una baza importantísima en la historia del mundo y muy distinta de las diversas realidades históricas que, a través de los tiempos, ha podido ir digeriendo el mundo occidental típico.

***Una caravana de mercaderes árabes, miniatura del "Maqamat", de al- Hariri (Biblioteca Nacional, París).***





*Rociador de agua de rosas, del siglo XII, plateado y decorado según el estilo persa, que se destinaba a contener el extracto de rosas con que los musulmanes perfumaban sus barbas y vestidos y condimentaban sus comidas (Institución Smithsoniana, Freer Gallery of Art, Washington).*

Al igual de lo que está ocurriendo o puede ocurrir con otras realidades históricas no occidentales, el cúmulo de fuerzas diferenciales que giran en torno a factores aparentemente primarios de tipo teocrático y religioso (religión distinta de la cristiana, fórmulas jurídicas básicas mantenidas sobre una tradición ancestral) ha configurado un auge irreversible del mundo musulmán, cuya fuerza ha aumentado con el descubrimiento y la explotación de fuentes de energía capitales en el mundo moderno (petróleo, etc.).

Ante tal realidad es muy posible y conveniente plantearse el futuro crecimiento de una realidad diferente de raíz musulmana. De forma que en el Islam, cuya vida religiosa más o menos simple ha ido determinando secularmente cada acto de la vida, la técnica, servida por capitalistas o por marxistas, puede servir de elemento de rejuvenecimiento que fortalezca un fuego multisecular. En todo caso, la experiencia histórica nos enseña que el sueño o letargo de muchos núcleos mu-



*Miniatura de un manuscrito persa del siglo XIV que cuenta la historia de Varahran Gor, rey de Persia en el siglo V, que combatió contra Bizancio y rechazó las invasiones que amenazaban a su país (Biblioteca Nacional, París).*

sulmanes puede dar paso, cuando sea conveniente, a etapas de recuperación espectaculares.

La historia del Islam, postergada o abandonada por muchos historiadores, no solamente no ha muerto, sino que ha entrado en una de las etapas más espectaculares de su trayectoria: la etapa en que de un multisecular estadio agrario no renovador se pasa a un futuro cuyos horizontes son dificilísimos de predecir. Un futuro, sin embargo, trabado estrechamente con un pasado cuya realidad no conoce suficientemente el hombre de hoy, sobre todo en lo que hace referencia a sus aspectos sociales y económicos. Un pasado que debe ser estudiado cuidadosamente, entre otros motivos, por el peso específico que en el presente representa la sociedad islámica global.

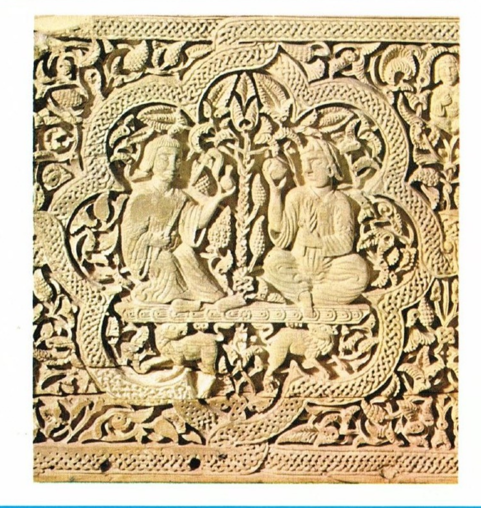


***Jarra fatimí del siglo XII de cerámica vidriada con decoración monocroma (Victoria and Albert Museum, Londres).***

***Un alto magistrado del gobierno del Egipto musulmán recibe en audiencia a un matrimonio de súbditos, según miniatura de un manuscrito árabe del siglo XIII (Biblioteca Nacional, París).***

## BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| Bennabi, M. | *Vocation de l'Islam,* París, 1954. |
| Berque, J. | *Les Arabes d'hier et de demain,* París, 1964. |
| Brockelmann, C. | *Histoire des peuples et des États islamiques depuis les origines jusqu'à nos jours,* París, 1949. |
| Gardet, L. | *La cité musulmane, vie sociale et politique,* París, 1954. |
| Gaudefroy-Demonbynes, M. | *Les institutions musulmanes,* París, 1950. |
| Gautier, E. F. | *Moeurs et coutumes des Musulmans,* París, 1961. |
| Hitti, P. K. | *History of the Arabs,* Londres, 1949. |
| Planhol, X. de | *Le monde islamique,* París, 1957. |
| Rondot, P. | *Le monde musulman, de Dakar à Djakarta,* París, 1950. |
| Sauvaget, J. | *Introduction à l'histoire de l'Orient musulman; éléments de bibliographie,* París, 1945. *Introduction à l'histoire de l'Ouest musulman,* París, 1961. |
| Wiet, G. | *Grandeur de l'Islam,* París, 1961. |

*Detalle de la pared lateral de una arqueta arábiga de marfil del siglo XI (Museo de Navarra, Pamplona). La decoración es la característica del arte islámico: motivos animales, vegetales y humanos graciosamente combinados con otros geométricos.*




***Ilustración de una versión árabe de la obra "De materia medica", del médico griego del siglo I Pedanio Dioscórides, en que aparecen dos musulmanes preparando una pócima medicinal con sustancias vegetales (Museo del Louvre, París).***

# La ciencia árabe. Avicena, Algazel y Averroes

Mientras en el Occidente el papa y el emperador esforzábanse en dar forma a la organización social de los nuevos pueblos cristianos, en el oriente islámico la gran oleada del pensamiento avanzaba y subía como en las horas más críticas de la Humanidad. Hemos dicho el oriente islámico y la frase no es exacta: en todo caso, el Oriente llegaba entonces hasta el Atlántico. Recordemos que el Islam, con su califa en Damasco o en Bagdad, se extendía desde los Pirineos hasta el Himalaya, y las provincias más ricas del Imperio romano, África, Egipto, Sicilia y Siria, eran musulmanas. Más allá de Mesopotamia, Persia había tenido que aceptar el Corán, y las tierras casi vírgenes de Bokhara, Samarkanda, Merv y Balj participaban de la vida del Islam con un ardor de neófito.

## LOS NUMERALES

Pocos descubrimientos humanos tienen una historia tan clara y a la vez tan intrincada como el de los numerales que hoy conocemos como árabes. Y en primer lugar está el de la terminología.

En el occidente islámico se designaba como *huruf gubar* ("letras de polvo"; el mismo nombre recibe un tipo de caligrafía árabe occidental) los signos que se trazaban en una mesa de polvo o arena para efectuar operaciones, "guardándose" (término de los textos matemáticos) únicamente los resultados parciales o totales. Signos *gubar* serían hoy los que trazamos en el encerado y cuyos valores "guardamos" al borrar, para poder continuar con el cálculo. Woepcke, seguido por Gandz, creyó poder dar a estos signos, cuyas formas desconocemos en la mayoría de los casos, un origen romano o tal vez más remoto aún.

*Ápices,* también llamados *ápices de Boecio,* se denominaban nueve fichas marcadas con las letras del alfabeto griego o cualquier otro signo distintivo (incluso cifras "árabes", que en este caso no tienen valor "numérico" en general) empleadas para hacer operaciones con el dispositivo llamado *ábaco* (ya no la tabla de arena) y cuyo origen es posterior a Boecio (muerto en 524) y anterior a Gerberto (muerto en 1003), puesto que Guillermo de Malmesbury (muerto en 1142) nos dice que aquél fue "el primero en tomar el ábaco a los sarracenos y en establecer las reglas de su uso, que sólo alcanzan a entender los abacistas con el sudor de su frente".

Las cifras de los *notarios* derivan probablemente del alfabeto minúsculo griego o del copto, cuyo uso estaba muy extendido y codificado.

La importancia de las llamadas cifras *indias* o *árabes* no radica en sus formas, que son múltiples, sino en que tienen valor de posición.

Las cifras *modernas* son utilizadas en todo el Occidente con una forma uniforme (1, 2, 3...). Es evidente que éstas derivan conceptualmente (valor de posición) de las indias, aunque formalmente pueda no ser así.

Por consiguiente, aquí nos interesa, más que el estudio de la evolución formal de las llamadas cifras *indias,* el de la introducción del concepto de valor de posición en Occidente. Esta idea genial parece haber sido gestada en la India, según lo que nos dicen autores árabes en general tan bien informados como al- Masudí (muerto en 956) y al- Biruní. Y, en efecto, en la astronomía de Aryabhata (siglo v) se encuentra ya empleado este sistema en la extracción de raíces cuadradas y cúbicas, aunque el *cero* tenga sólo una existencia implícita, ya que en rigor bastaba con dejar "vacío" el lugar en que debía escribirse dicho guarismo, para poder operar con seguridad. Este sistema se conoce en el Próximo Oriente alrededor del año 660, pues Severo Sabojt, obispo de Quinnesrin (junto al Éufrates), lo cita. Por tanto, los árabes desde el momento de la conquista pudieron optar —y optaron— entre dos sistemas de numeración: el de los *notarios,* para la administración (y era lógico que fuera así, puesto que los omeyas adoptaron buena parte de los métodos de la administración bizantina), y el *indio,* cero incluido, para los textos científicos.

Fue al- Juwarizmí (de su nombre proceden nuestras voces *guarismo* y *algoritmo*) quien en el libro cuyo original se ha perdido, pero del que se conserva la versión toledana bajo el nombre de *Algoritmi de numero indorum,* expuso las reglas necesarias para operar con dicho sistema de numeración; en esa misma época los árabes darían forma al *cero,* signo que desde el Próximo Oriente pasó a China y al- Andalus. La llegada de la obra juwarizmiana a Córdoba cabe suponer que no se haría esperar, sobre todo si tenemos en cuenta la rapidez con que llegó a al- Andalus su Astronomía.

No es excesivo suponer que a mediados del siglo IX Occidente ya conocía el sistema de numeración de posición. Prueba parcial de ello es que en el misceláneo ovetense de El Escorial (R. II, 18), restaurado por San Eulogio (muerto en 859) y llegado a Oviedo en 884, se encuentran ya numerales indios, el cero incluido. El problema radica en saber si la nota marginal en que éstos figuran (fol. 55) es de un mozárabe cordobés y, por tanto, anterior al 884 o de otro refugiado en Oviedo con posterioridad.

Datación más segura, pero posterior, es la del códice Albeldense (El Escorial d I, 2), escrito por el monje Vigila y terminado en el 976. En él figuran los nueve números *indios,* que fueron conocidos a través de textos árabes desde el momento en que se escriben de izquierda a derecha. ¿Dónde consultó Vigila esos manuscritos árabes? Destombes cree, por motivos estilísticos, que fue en Ripoll, en donde durante el siglo X se hicieron las traducciones más antiguas que conocemos del árabe al latín. Sin embargo, la argumentación de Destombes no es completamente convincente y por el momento no cabe afirmar más que la transmisión de las cifras hacia Occidente se realizó por intermedio de al- Andalus.

J. V.

En los siglos IX y X el contraste no era entre el occidente latino y el imperio de Constantinopla, sino que ambos, griegos y latinos, estaban en pugna con los musulmanes. Porque en esa época los árabes no sólo tuvieron una cultura más moderna que la del Occidente, sino que además la conocemos mejor. Mientras los monjes latinos nos han dejado sólo cronicones con listas monótonas de sucesos y los retóricos griegos de Bizancio no escribieron más que comentarios de querellas ya caducas, los pensadores del Islam volvieron a proponerse los problemas del origen de la materia, de la creación directa de las cosas por Dios, por sí mismo o por medio de agentes suyos, del porqué de las causas y los secretos de la vida, del origen del bien y del mal, organizando sus conocimientos en tratados sistemáticos que continuaban la ciencia antigua y anticipaban el Renacimiento. Y todo esto, si no a base del Corán, a lo menos con el intento de armonizar con él el pensamiento filosófico. Pero el hecho de que el Islam no tenga magisterio jerárquico facilitó el que la filosofía de los árabes, como explicación del mundo, tuviera un sentido muy autónomo. No hay una Iglesia que pueda decidir en concilio, ni existe tampoco nadie en el Islam que esté investido de autoridad doctrinal decisiva.

Y no es que los problemas que llamaríamos dogmáticos no preocuparan a los musulmanes; al contrario, la teología y el derecho son las dos únicas especulaciones que los "creyentes" consideran dignas de poner en ellas toda su atención. La teología y la mística enseñarán cómo podremos ascender a Dios, mientras que la tradición *(Hadiz)* y el Corán nos muestran cómo proceder rectamente con nuestros semejantes. Causa sor-

## UN EJEMPLO DE LA OBRA CIENTIFICA DE LA CIVILIZACION ISLAMICA: EL "ALMAGESTO" DE TOLOMEO

Tratado de astronomía y compendio del saber de la antigüedad, el "Almagesto" de Claudio Tolomeo (siglo II) rechaza las teorías heliocéntricas de Aristarco de Samos y expone un sistema en el que la Tierra, esférica, se halla en el centro del universo.

El nombre griego de la obra, "Matematike syntaxis", es decir, Compendio matemático, se transforma posteriormente en "Megale syntaxis" (Gran Compendio y luego en "Megiste syntaxis" (Grandísimo Compendio), que con la adhesión del artículo árabe (Al-) da lugar al nombre divulgado en el Occidente cristiano.

### TRADUCCIONES AL ARABE

Traducción anónima patrocinada por el visir abbasida Yahya ibn Jalid ibn Barmac (738-805).

Traducción de la versión siríaca de Al-Hayyay ibn Yusuf (primera mitad del siglo IX).

Traducción de Ishaq ibn Hunayn (segunda mitad del siglo IX), corregida por Tabit ibn Qurra.

Edición de Abu-l-Wafa' (segunda mitad del siglo X).

El "Almagesto" es traducido del griego al latín hacia 1160 en Sicilia, y Gerardo de Cremona lo traduce del árabe al latín en Toledo en 1175. Era tal el prestigio de la fuente árabe o de la escuela de Toledo, que la traducción indirecta de 1175 desplazó a la directa de 1160.

### INFLUENCIA DEL "ALMAGESTO"

Tratado de Al-Fargani (primera mitad del siglo IX). Breve y claro; las dimensiones dadas a los planetas y sus distancias máximas con respecto a la Tierra fueron aceptadas casi sin modificación hasta Copérnico.

Tratado de Al-Battani (segunda mitad del siglo IX), muy superior al anterior, pero menos conocido. En sus Tablas astronómicas determina con gran precisión la oblicuidad de la eclíptica y las condiciones de visibilidad de la luna nueva.

Al-Fargani es traducido por primera vez al latín por Juan de Sevilla en 1134 y dentro de la primera mitad del siglo XII por Platón de Tívoli. Al-Battani es traducido poco después.

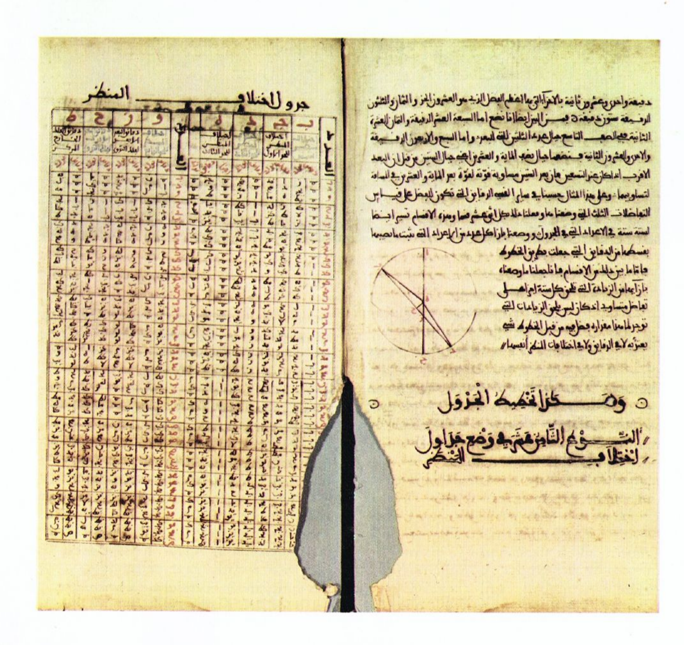
### OBSERVACION ASTRONOMICA

A partir de los métodos e instrumental tolemaicos, pero también recogiendo las tradiciones sasánidas e hindúes, los astrónomos árabes desarrollaron la observación.

Establecimiento de un observatorio en Bagdad por el califa Al-Ma'mun (813-833).

La línea de investigación astronómica en los observatorios islámicos, mantenida con vivacidad al menos hasta el siglo XIII, no contará apenas con otro instrumental que el tolemaico, llegando, sin embargo, a interesantes conclusiones. Cabe destacar la medición de un arco de meridiano entre Palmira y Rakka ordenada por Al-Ma'mun y realizada con notable exactitud.

Antes de 1187, Gerardo de Cremona ha traducido "La rectificación", de Yabir ibn Aflah, en un momento en que la obra es todavía una novedad en los círculos islámicos.



*Dos páginas de un "Almagesto" del siglo XV que se conserva en la Biblioteca Nacional de París.*



*Un azud o noria de tradición árabe en la provincia de Córdoba. Aunque no fueron grandes innovadores, los árabes supieron aprovechar las mejoras de los pueblos por ellos dominados y las divulgaron, sacando de ellas el máximo provecho.*

presa que la fuente de estas ciencias fundamentales pueda encontrarse en un libro tan poco ordenado como el Corán, pero más sorpresa causa que la "tradición" atribuya a Mahoma estas palabras: "Al que busca conocimiento, Dios le muestra el camino del Paraíso. Estudiar es un acto de piedad. La tinta del sabio es más santa que la sangre de los mártires". Parece como si a veces Mahoma se doliera de la ignorancia de su pueblo, de la que él era también víctima. Es dudoso que Mahoma supiera leer y escribir; de continuo muestra su amargura por conocer sólo a medias lo que sabían "los pueblos de la Escritura", o sean cristianos y judíos.

Dado el fatalismo original de la raza árabe, se comprende que lo primero que debía hacer pensar a los musulmanes sería el problema de la salvación. Mahoma había dicho en el Corán: "Esta vida es un sueño, despertamos cuando morimos" (sura 50, 21). Convenía, pues, preocuparse del despertar. ¿Es Dios quien nos salva o somos nosotros los que, por la piedad y la caridad, alcanzamos la salvación? Y sin demora vemos en el Islam repetirse, en cierto modo, la controversia de la predestinación y el libre albedrío, que habían discutido dos siglos antes San Agustín y Pelagio. Podríamos citar centenares de textos del Corán en los que Dios declara obrar como un monarca absoluto, quien decide arbitrariamente el curso de los acontecimientos; pero en la



*Representación, en un globo celeste musulmán de fines del siglo XIII, de las estrellas y constelaciones del firmamento (Museo Capodimonte, Nápoles).*

mayor parte de las ocasiones, la voluntad de Dios parece ser la ley de la naturaleza, y por añadidura hay también textos como éste: "El que se pierde es responsable de su error" (sura 10, 108). Era, pues, inevitable que sin una autoridad que estableciera un criterio dogmático, el Islam se dividiera en este punto en tantas opiniones como matices son posibles entre los dos extremos: predestinación y libre albedrío. Aquellos que sentían mayor apasionamiento por esta segunda solución llegaron a decir: "Si estamos predestinados de antemano a pecar, Dios es tan pecador como nosotros y cómplice de cada pecado que cometemos".

Un corolario de este problema de la salvación es saber si los castigos serán eternos para los musulmanes, y también si empezarán inmediatamente después de la muerte o el día del Juicio, como parece significar el Corán. En estos dos puntos se dividieron también las sectas musulmanas. Por fin predominó la idea de que un día u otro acabarán los castigos de los creyentes que han pecado, pero no apostatado, de manera que el infierno viene a ser como un purgatorio para los que mueren fieles al Islam.

El segundo problema que contribuyó a dividir a los musulmanes fue el del antropomorfismo de Dios, o sea si Dios tenía figura humana y atributos. El Corán habla del trono de Dios y de sus manos, encomia mil veces su poder, su bondad, su grandeza, su fuerza. Pero ya el califa Alí, según la tra-



dición, había dicho: "Dios no se parece a nada de lo que puede concebir la inteligencia humana; no puede incorporársele ningún atributo que tenga el menor parecido a ninguna cualidad que podamos percibir en los objetos materiales... Nadie puede ver a Dios. No ocupa lugar, tiempo ni medida, etc.". Parece dudoso que estas palabras, atribuidas a Alí, sean auténticas, pero por lo menos demuestran que la secta que de él deriva, o sea la de los chiitas, se inclina ya a condenar ambas cosas: predestinación y antropomorfismo. Sin embargo, otras escuelas musulmanas, influidas por la filosofía griega, discutieron las propiedades y realidad de los atributos de Dios. Algunas llegaron hasta a afirmar la existencia independiente de las ideas de Bondad, Fuerza, Amor, Sabiduría... y a Dios se le llama Causa de las Causas. En cambio, otras objetaron que la personificación de las ideas, o atributos de Dios, entrañaba el peligro de destruir la unidad de la esencia divina; si las Ideas forman parte de Dios, el Ser Supremo tiene partes y no es único e indivisible.

Por fin, dentro del orden teológico, la tercera gran controversia del Islam fue la de la eternidad del Corán. Nadie disputa la

***Cerámica decorada de Samarra, de la primera época de la dominación musulmana en Oriente (Museo del Estado, Berlín).***

***Una vista moderna de Bagdad, la ciudad que en el siglo IX fue el centro de la vida cultural islámica y mundial.***

revelación del Libro, nadie vacila en afirmar que fue Dios quien lo reveló a Mahoma, pero subsiste la duda de si el Corán estaba, palabra por palabra, en la mente de Dios "desde los siglos de los siglos", y si no será sacrilegio leerlo traducido.

Estas primordiales cuestiones teológicas empezaron ya a ser debatidas en Medina por los "compañeros" del profeta. La llamada escuela de Medina es el punto inicial de toda la ciencia islámica; después, durante los califatos de los omeyas, el centro intelectual del Islam no fue Damasco, sino Al- Kufa, la ciudad-campamento del delta del Éufrates. Los omeyas eran puros árabes y, en materias de norma de conducta y salvación, completamente fatalistas. No mostraron gran interés en elucidar la naturaleza de Dios o la eternidad del Corán: lo único que les apasionó fue la poesía. Y no hay duda que este desdén por las especulaciones teológicas, con el recuerdo de su crimen inicial, el martirio, en Kerbela, del segundo hijo de Alí, acabó por hacer tan impopulares a los odiados omeyas, que se hizo inevitable un cambio de dinastía.

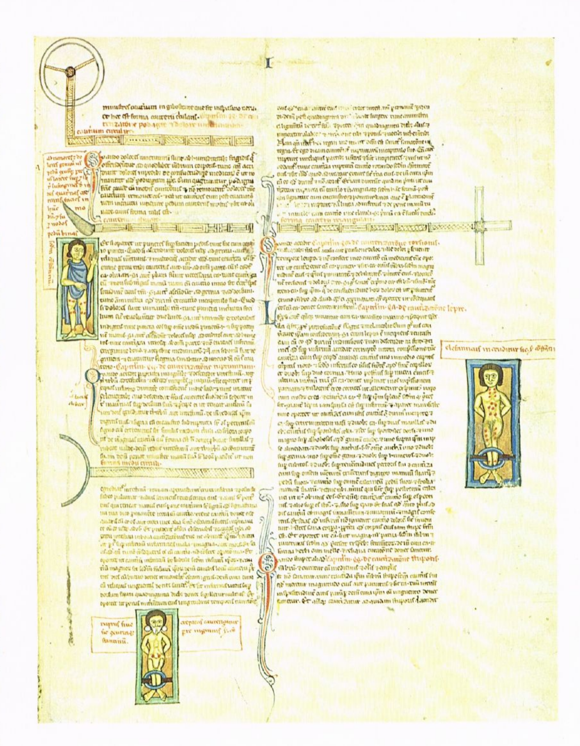
La revolución la prepararon los descendientes de Abu-l- Abbas, un tío del profeta. Abbas no aceptó el Corán hasta que era inminente la conquista de La Meca por Mahoma, pero los hijos de Abbas fueron mahometanos de corazón y adictos a su primo Alí, quien los inició en el Corán y en los problemas de jurisprudencia y teología de la escuela de Medina. Las relaciones de los abbasidas con los descendientes de Alí y de Fátima, o sean los alidas, se mantuvieron amistosas por varios siglos. Por esto, cuando, después de casi un siglo de despotismo omeya, los abbasidas empezaron a conspirar, lo hicieron como parientes de Alí y se manifestaron contrarios a las ideas de predestinación y antropomorfismo divino que parecían preferir los omeyas de Damasco y sus partidarios.

Como en todas las revoluciones, los primeros fracasos prepararon los espíritus, y por fin, los abbasidas triunfaron el año 127 de la hégira (año 749 de J. C.). El golpe de estado se concertó en Mesopotamia, pero estalló en el Oriente, en Meru, entre Persia y el Turquestán. Pronto Al- Kufa, con sus veteranos teólogos, se declaró contra los omeyas de Damasco e hizo su caída inevitable. Así es que en Al- Kufa se aclamó por califa a Abu-l- Abbas, el primero de los abbasidas. Su hermano Al- Mansur, que le sucedió el año 136-754, ya no se contentó con la vida casi de campamento que se llevaba en Al-Kufa y fundó Bagdad, la nueva capital, en la ribera del Tigris.

Bagdad, para la cultura islámica, no fue sólo una capital más céntrica que Damasco, sino que además recogió la herencia de las antiguas civilizaciones del Asia, que habían acabado por refugiarse en Persia. En las fronteras de Persia había comenzado la revolución que dio el califato a los abbasidas; era, pues, de esperar que la nueva dinastía sería más abierta, menos estrictamente semítica que la de los omeyas.

Mientras los omeyas de Damasco, bebiendo vino como renegados, habían crucificado a los que negaban la predestinación o la eternidad del Corán, los abbasidas de Bagdad publicaron decretos, cuyo texto se conserva, aconsejando no insistir sobre la eternidad del libro santo, "porque entonces [dicen] estableceríamos la igualdad entre el Corán y Dios".

Durante más de un siglo, Bagdad pareció ser no sólo la metrópoli de la cultura islá-



***Página de un manuscrito del siglo XIII que contiene el libro "Al- Tasrif", miscelánea médica escrita por el quirurgo musulmán Abulcasis (Biblioteca Laurenziana, Florencia). Se trata del más famoso y autorizado tratadista de cirugía del mundo islámico, que vivió en el siglo X y principios del XI.***



***Manuscrito atribuido a Al-Farabi, filósofo árabe del siglo X, que tradujo a Aristóteles y trató de conciliar su doctrina con la ortodoxia mahometana (Biblioteca del Monasterio de El Escorial). Al- Farabi es considerado el fundador de la filosofía política árabe.***

mica, sino un lugar de estudio único en el mundo. Ya antes los árabes se habían hecho traducir, por coptos y sirios, algunos de los más importantes libros de la filosofía griega; tenían, pues, materiales para trabajar. Con ideas aristotélicas y neoplatónicas trataron de interpretar el Corán, o más bien, de comentar la filosofía griega, sin excluir por completo el libro santo. Desde luego, entre los árabes hubo escépticos y ateos, pero ninguno de sus grandes pensadores mostróse impío. Por ejemplo, cuando el Corán habla del trono de Dios, para los más avanzados quería decir la materia prima, para otros era la voluntad divina, para otros, no tan atrevidos, era el firmamento, el último cielo o esfera luminar. Todos insistieron en las devociones coránicas para mejorar el intelecto y ser más capaces de reconocer la verdad. La mayor gloria y el mayor peligro para los pensadores árabes es el misticismo, que sin duda les espera al final de sus días y al que llegarán repitiendo millares y millares de veces los nombres de los atributos de Dios o los suras del Corán. Éste, empero, no les privó de leer a Aristóteles y otros filósofos griegos, aunque en malas traducciones, y para mayor desgracia, tratados apócrifos acabaron de dificultar la comprensión de los originales.

Avicena, por ejemplo, dice que tuvo que leer la *Metafísica* de Aristóteles cuarenta veces para llegar a comprenderla, y confiesa que para él fue un libro dificilísimo de entender. Por otra parte, también nos dice que, cuando en sus estudios hallaba alguna dificultad grave, iba a la mezquita y tras una ablución se postraba dos veces, rogando a Alá que le iluminara sobre aquel punto dudoso. Hoy creeríamos más bien que el agua fresca con que Avicena se lavaba, en el patio de la mezquita, y acaso el ejercicio hecho para llegar hasta ella serían los medios de que se valdría Alá para despertar la inteligencia del filósofo. Y queda la duda de si también pensaba así Avicena, pues, pese a estar algo inclinado al misticismo, le gustaban la buena vida y el vino, del cual afirmaba que le estimulaba el pensamiento.

Nació Avicena en la región de Bokhara, el año 370 de la hégira. Su padre era el gobernador del lugar y pudo darle al muchacho un maestro, que hasta los quince años le enseñó el Corán y la poesía. Después, en aquel rincón de Oriente, Avicena continuó sus estudios, con la *Lógica* de Aristóteles, la *Geometría* de Euclides y la *Geografía* de Tolomeo. Probablemente para tener una profesión con que sustentarse, Avicena se dedicó a la medicina. Su reputación de médico le hizo viajar, y hasta ejerció el cargo de visir, o primer ministro, del emir de Hamadán. Fue en esta época de prosperidad cuando empezó a componer sus grandes obras, pero ya ni la desgracia ni las persecuciones que sufrió después pudieron detener aquella mente. Hacia el final de su vida, Avicena fue acogido por el emir de Ispahán, aficionado también a estudios filosóficos. Avicena murió yendo de viaje, probablemente del tifus, el año 1050 de Jesucristo; tenía cincuenta y ocho años y dejaba una colección de escritos que asombran todavía; trata en ellos de todas las materias imaginables, desde Dios hasta los átomos; su estilo es claro, preciso, contundente, sin filigranas retóricas. El libro más popular de Avicena en Occidente fue el *Canon*, o tratado de medicina. Se tradujo pronto al latín y hasta hace poco más de un siglo seguía estudiándose en la facultad de

medicina de Montpellier. En el siglo XVI se imprimió ocho veces, en Venecia, Padua, Basilea y Roma.

Avicena no cree en la posibilidad del vacío absoluto y tampoco cree que el universo sea infinito; existe un punto en que se acaba la materia, más allá hay el no ser, que no es exactamente el vacío. Aunque no lo dice bien claro, Avicena cree que el mundo es eterno y existe por necesidad; Dios da forma a las cosas, las anima y sostiene, pero por un intermediario, la inteligencia, que hoy llamaríamos espíritu. El Corán facilita esta solución cuando dice que "lo primero que Dios creó es la Inteligencia", y de ella se derivan, para Avicena, casi matemáticamente todas las cosas.

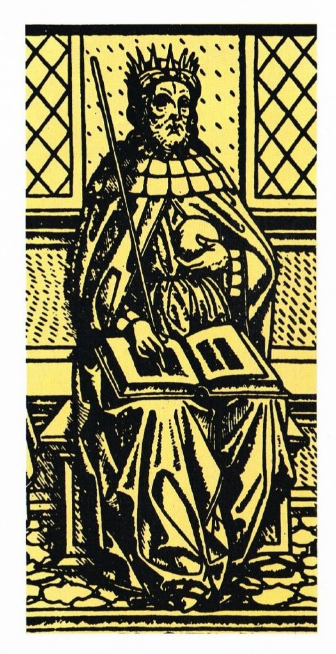
Las opiniones de Avicena y de otros "filósofos" produjeron una generación más tarde la réplica de un gran teólogo musulmán, el famoso Algazel. Éste nació en la villa de Thus (Persia) el año 450 de la hégira (1072 de J. C.). El padre de Algazel era hilador de lana, y de aquí su nombre, derivado de *gazala,* que quiere decir hilar. Algazel aprendió los principios del Derecho en su villa natal y los lugares vecinos, ejercitándose también en la lógica y la dialéctica, que tanto le sirvieron después para refutar a los "filósofos". Algazel demuestra un conocimiento profundo de los autores griegos; no los cita de oídas, sino que se ve que los ha estudiado y comprendido mejor que muchos otros doctores de su raza. El 485 de la hégira, Algazel fue nombrado profesor de la Academia o escuela de Bagdad.

Allí no enseñó más que unos tres años. El 488 se veía rodeado de discípulos que le querían y gozaba de una reputación envidiable, pero aquel gran doctor del Islam abandonó Bagdad pretextando una peregrinación a La Meca, aunque, en realidad, para esconderse donde pudiera meditar sin ningún testigo. Primero fue a encerrarse en una torre de la mezquita de Damasco. Después hizo lo



***Cara anterior y posterior del astrolabio de Ibrahim ben Said Assahlí, en el apogeo de la civilización islámica (Museo Arqueológico, Madrid). En el Medioevo, el astrolabio era un instrumento esencial para estudiar los movimientos de los planetas con fines científicos o simplemente para hacer los horóscopos que pedían todos, sin excepción.***





***El médico y filósofo árabe Avicena representado en el frontispicio de una obra del siglo XVI como rey de la medicina de la Edad Media (Archivo Bettmann, Nueva York).***

mismo en la mezquita de Omar, en Jerusalén, y, por fin, en Hebrón, en el lugar donde la tradición señala el sepulcro de Abraham. Con estas mortificaciones, Algazel se sintió preparado para efectuar la visita a los lugares santos de Medina y La Meca. Al regresar de Arabia pasó a Egipto, donde pensaba embarcarse para Marruecos, pero fue invitado por el califa a restituirse a Bagdad y continuar sus enseñanzas. Hacia el final de su vida, Algazel volvió a Thus, su pueblo natal, donde fundó una escuela de Derecho y un hospital para peregrinos. Murió allí a los cincuenta y cinco años, el 505 de la hégira.

Algazel nos ha dejado sus "confesiones" en el libro *Al-munquid*, o *Preservativo del error*, que es una de las más preciosas autobiografías que conserva la humanidad. En ella nos explica que, ya en su juventud, le preocupó el ver que las gentes creían lo que se les enseñaba, sin molestarse, por su parte, en averiguar la verdad. Los hijos de los cristianos eran cristianos porque sus padres los hacían cristianos, como los judíos hacían judíos a sus hijos. Esto concuerda con lo que, según la tradición, ya Mahoma había dicho que todos los hombres nacen musulmanes; son los padres los que estropean a sus hijos. Esta verdad natural, la verdad innata al hombre, y que para Mahoma era el Corán, era lo que preocupaba a Algazel. ¿Cómo encontrarla? No con los sentidos; la sombra parece fija y, al cabo de un rato, vemos que se ha movido; las

***Una miniatura del siglo XV que ilustra el "Canon de la Medicina", obra de Avicena, especie de enciclopedia que reúne el saber médico clásico y el de los autores árabes (Biblioteca Universitaria, Bolonia). La escena representa a un grupo de pacientes con el médico para un examen de orina.***

## LA TRANSMISION A OCCIDENTE DE LA CIENCIA GRECOARABE

| | ESPAÑA | ITALIA | |
|---|---|---|---|
| LA CIENCIA GRECOARABE EN OCCIDENTE, SIGLOS X-XII | El monje Gerberto (940-945 a 1003), luego papa Silvestre II, se educa en el monasterio de Ripoll, punto de contacto de la cultura visigótica de tradición isidoriana y la cultura árabe. Sus escritos dan a conocer a Europa el ábaco, tabla de cálculo basada en las cifras árabes, y el astrolabio. | La escuela de Salerno, fundada según la tradición por cuatro maestros, un griego, un latino, un hebreo y un árabe, traduce y difunde algunas obras importantes de medicina árabe. Constantino el Africano, médico de Cartago, traslada a Salerno una parte de su rica biblioteca de manuscritos médicos árabes (siglo XI). | |
| | Hacia 1115, traducciones de Pedro Alfonso, judío de Huesca, protegido por Alfonso I el Batallador. | | |
| LA CIENCIA GRECOARABE EN OCCIDENTE, SIGLO XII | Hacia 1100, Savasorda, judío de Barcelona, traduce al hebreo numerosos escritos astronómicos árabes que Platón de Tívoli transcribe inmediatamente al latín. | Los intercambios comerciales entre Italia y Bizancio favorecen cierto contacto cultural, signo del cual son numerosas traducciones directas del griego al latín. | Las Cruzadas tienen poca trascendencia para el conocimiento de la cultura árabe y, a través de ella, de la ciencia griega. Adelardo de Bath es uno de los pocos traductores occidentales que había estado en Siria y Palestina. |
| | De 1126 a 1152, en Toledo, el obispo Raimundo patrocina la labor de un grupo de sabios, entre los que destaca Gerardo de Cremona, a quien se debe la traducción del árabe de científicos griegos como Arquímedes, Apolonio, Tolomeo y Aristóteles, y científicos árabes como Avicena, Rhazès y Al-Farabi. | | |
| LA CIENCIA GRECOARABE EN OCCIDENTE, SIGLO XIII | Esfuerzo sistemático por la traducción completa de las versiones árabes de los manuscritos griegos conocidos en la corte de Federico II en Sicilia (1194-1250) y en la Escuela de Toledo de Alfonso X el Sabio (1250-1284). | | |

estrellas parecen puntitos de luz, y la geometría nos dice que son mayores que la Tierra. Algazel busca la certeza en los entes dotados de razón y le ocurre lo mismo: "¿Acaso lo que vemos y pensamos en sueños, no creemos ser tan cierto como dos y dos son cuatro?...". Y aquí sigue un párrafo maravilloso que copiaremos para enseñar al lector qué espíritus pueden encontrarse entre los mahometanos, a veces tan despreciados: "Por fin, Dios me curó de mi escepticismo, y mi alma recobró la salud y la paz necesarias para entender la verdad; ésta no vino con pruebas, sino con un rayo de luz que Dios envió a mi corazón. Tal es la luz, llave del conocimiento, y el que cree que la puerta puede abrirse con discursos, empequeñece a Dios. Cuando preguntaron a Mahoma qué



*Fragmento con inicial miniada de un manuscrito del siglo XIII con una obra de Constantino el Africano (Biblioteca Nacional, Nápoles). Fue éste un médico arabista del siglo XI que se dedicó a traducir las obras de medicina árabes y con ellas introdujo en Occidente las técnicas médicas empleadas por los sabios musulmanes.*

*Plato de cerámica iraní, del siglo XII, decorado con el tema de un caballero partiendo a la caza (Museo del Louvre, París).*



quería significar la palabra *abrir* en el versículo del Corán: 'Aquel a quien Dios guía, abre su corazón al Islam', respondió: 'Abrir quiere decir hacer luz en el corazón'. Y cuando le preguntaron: '¿Cómo vamos a conocer esta luz?', respondió: 'Dejando el lugar de engaño y volviendo a la eterna realidad'. La verdad fundamental está dentro de nosotros, y si buscamos lo que ya tenemos, no sólo no lo encontraremos, sino que lo perderemos. El que busca esta verdad, que no se debe buscar, no puede quejarse si no encuentra lo que busca".

A continuación, Algazel nos dice que observó que los buscadores de la verdad se dividían en cuatro clases: la primera, los teólogos, que se decían guiados por la fe y la razón. Después venían los "alegoristas", que se creían en posesión de un secreto sentido que les había revelado un ser infalible. Había después los filósofos, que decían aceptar sólo pruebas lógicas y absolutas, y, por fin, los místicos, quienes aseguraban que ellos llegaban a la presencia de Dios y tenían una directa e inmediata percepción de la verdad.

Algazel, cosa extraña, se afilió a estos últimos, dejó en paz a teólogos y alegoristas, y empleó todas las energías que le dejaban sus éxtasis y enseñanzas para combatir a los filósofos. Su libro *Tehafut*, o *Destrucción de los filósofos,* es la refutación de veinte proposiciones como éstas: 1.ª Falsedad de la opinión de los filósofos acerca de la eternidad del mundo. 2.ª Falsedad de las opiniones sobre la perpetuidad de la materia, del tiempo y del movimiento, en las que se propone sobre todo combatir a Avicena y Aristóteles. Pero otras son de carácter más musulmán, como que Dios no tiene cuerpo, que Dios no se conoce a sí mismo, que no habrá juicio final, etc. Algazel presenta bien claras, a veces excesivamente, las opiniones que otros han enunciado con salvedades, y que él se

## LA ASIMILACION DE LA CIENCIA GRIEGA POR LOS ARABES

### LA CIENCIA GRIEGA EN ALEJANDRIA

Los sabios alejandrinos recopilan, organizan y comentan los conocimientos griegos sobre las distintas materias científicas.

### LA CIENCIA GRIEGA EN BIZANCIO

El Imperio bizantino, con el griego como idioma nacional y la herencia clásica en la base de su civilización, conoce directamente las obras científicas griegas y las compilaciones alejandrinas, pero sus escuelas cultivan la literatura y la teología antes que la filosofía y la ciencia.

### LA CIENCIA GRIEGA EN ORIENTE, PALESTINA Y SIRIA

Coincidiendo con la crisis religiosa que enfrenta el monofisismo extendido por Siria y Palestina a la ortodoxia bizantina, la cultura mediterráneo-oriental se desheleniza y retrocede el uso del griego, remplazado por las lenguas nacionales, hebreo y arameo; se multiplican las traducciones de obras clásicas a los idiomas orientales.

### LA CIENCIA GRIEGA EN ORIENTE: EL ESTADO SASANIDA

Los herejes nestorianos expulsados por los bizantinos de sus territorios, profesores y teólogos en su mayoría, difunden la cultura griega en Persia. El cierre de la Escuela de Atenas por Justiniano en el año 525 obliga a los intelectuales todavía paganos a exilarse y muchos de ellos se refugian también en el estado sasánida. Jundishapur es uno de los principales centros de difusión de la cultura griega en Oriente.

Por sus conquistas, los árabes entran en contacto con el pensamiento griego en Persia, Siria, Palestina y Egipto. Los profesores y las escuelas de Jundishapur son protegidos por el califa de Bagdad y en aquella población persa empieza la gran tarea de traducción de los libros griegos al árabe, en parte facilitada por la existencia de traducciones anteriores sirias.

La ciencia árabe, en abierto contraste con la ciencia medieval europea, parte de un conocimiento temprano y completo de la ciencia griega y de una comprensión y asimilación de este legado, que equipara los sabios árabes a los más ilustres alejandrinos.

Un ejemplo: el conocimiento de los "Elementos" de Euclides.

El estudio de Euclides y la matemática griega se continúa en Oriente bajo el Imperio romano.

En Oriente, los árabes traducen a su lengua y comentan los "Elementos".
Primera mitad del siglo IX: traducción de Al-Hayyay ibn Yusuf y comentarios de Al-Kindi y Muhammad ibn Musa.
Segunda mitad del siglo IX: comentarios de Al-Mahani, Al-Nairizi y Tabit ibn Qurra, entre otros muchos.
Primera mitad del siglo X: traducción de los comentarios al libro X de los "Elementos", de Pappus, sabio alejandrino.
Segunda mitad del siglo X y primera mitad del XI: nueva traducción del libro X por Nasif ibn Yumn y estudios de Abu Ya'far al-Hazim y Muhammad ibn' Abd al-Baqi al Bagdadi.

En la parte occidental del Imperio sólo existen traducciones parciales al latín de la obra euclidiana.

La obra cumbre de Euclides son los Elementos, que intentan fundamentar toda la matemática de su tiempo, tanto los hallazgos del propio Euclides como todo el saber matemático de sus predecesores, que él había recopilado y sistematizado pacientemente. Los Elementos constan de trece libros, los cuales pueden clasificarse en cinco grupos: los libros I, II, III y IV contienen la geometría del plano; el libro V trata en abstracto de la relación de semejanza y de las proporciones, mientras el libro VI aplica estas nociones al plano; los libros VII, VIII y IX comprenden la teoría de los numeros enteros; en el libro X se estudian los irracionales, y, finalmente, los libros XI, XII y XIII tratan de la geometría del espacio. Todo este gran edificio está construido exclusivamente a partir de 23 definiciones, 5 postulados y 9 axiomas. (La diferencia entre "postulados" y "axiomas", que no se admite hoy día en las matemáticas, radicaba para Euclides en que los primeros son menos evidentes a la intuición que los segundos.)

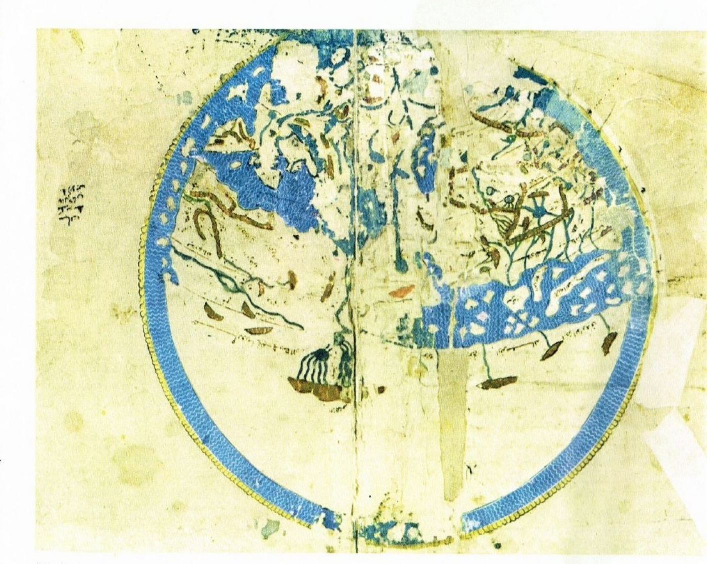
Hasta el siglo XII circularon en Occidente manuscritos que recogían la formulación de los teoremas de Euclides, pero no sus demostraciones. No existía ninguna traducción completa de los "Elementos".




dispone a combatir. Su principal enemigo, para él el más peligroso de los "filósofos", es Avicena. He aquí, por ejemplo, algunos de los argumentos de Algazel en el *Tehafut*.

La cuestión de la eternidad de la materia la resuelve valiéndose de la misma opinión de Avicena, que el mundo es limitado en espacio. "Si, según Avicena, hay un *lugar* donde no hay nada, también pudo haber un *tiempo* en que no había nada." Algazel no nos convence, pero por lo menos descubre un punto flaco de las ideas de Avicena. Si sus adversarios le dicen que de este modo Dios podía crear al mundo uno, dos, tres, varios años antes, Algazel responde que sí, y que podía haberlo hecho una, dos, tres veces más grande. Esto trae naturalmente el gran problema de lo posible y lo real, que tanto había preocupado a los musulmanes. Según los filósofos, lo posible ya es para Dios, y hasta ya es para la inteligencia; por tanto, si este mundo podía ser más viejo y más grande, debe serlo para Dios y también para la inteligencia. "Os equivocáis –dice Algazel–; yo no puedo imaginar una cosa de color blanco o negro, y es posible que la cosa sea negra o blanca, pero el negro, o el blanco, sin la cosa, no son posibles." Según Algazel, los "filósofos" replicaban: "Y si to-

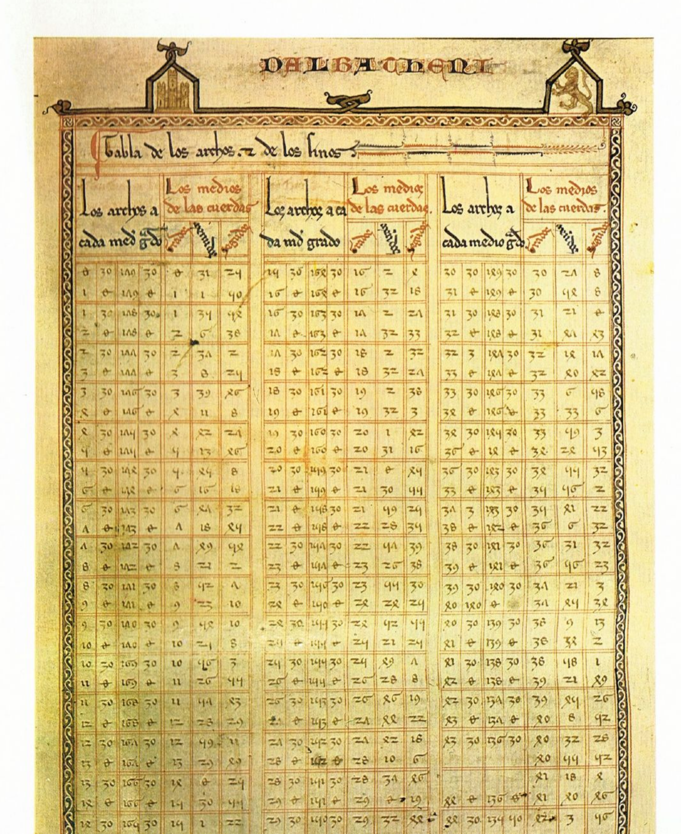
***El filósofo árabe Averroes en un detalle de una tabla de Fra Angélico que representa la escuela de Santo Tomás de Aquino (Galería Antigua y Moderna, Florencia). Basándose en sus predecesores, Averroes reelaboró los postulados de la filosofía clásica y les dio un carácter islámico.***



***Mapamundi de al- Edrisí, geógrafo árabe del siglo XII. En él se hallan representadas Europa, Asia y África; las zonas oscuras corresponden a las cadenas montañosas (Biblioteca Nacional, París).***

dos los hombres murieran, y la inteligencia que piensa estas posibilidades desapareciera, ¿creéis que desaparecerían las ideas de blanco y negro?". Algazel responde con un sí rotundo: "Las ideas generales sólo existen en el espíritu, como posibilidades, y necesitan de un objeto para incorporarse en él". A un pensador como Algazel el problema de los atributos de Dios no había de arredrarle. Algazel no se espanta de la multiplicidad de cualidades que la inteligencia humana descubre en Dios; éstas no le deshacen en partes, su unidad es espiritual, no geométrica y divisible. Hasta Avicena reconoció que Dios conoce la creación, su propia obra, y este conocimiento ya es algo que no es Él mismo, está en Él sin dividirle; por tanto, podrá decirse lo mismo de los atributos de fuerza, poder, bondad, justicia, belleza, etc., que le suponemos.

Por fin, Algazel se propone refutar a los filósofos en esta cuestión siempre candente: Cuestión 17. Que es imposible probar que el alma del hombre sea una sustancia espiritual y que subsiste sin el cuerpo. Las razones que da Algazel son tradicionales en la filosofía árabe: el alma es indivisible, no puede ser un cuerpo; en cambio, el cuerpo es divisible hasta el infinito. En cuarenta años no queda ni una partícula del cuerpo que nació de la madre; los sentidos no se dan cuenta de sí mismos, ven, tocan, sienten, pero no se sienten ellos; en cambio, el conocimiento se conoce a sí mismo. Más toda-




***Una página de los "Cánones de Al- Bateni", libro científico de un sabio musulmán, reproducido en la España cristiana del siglo XIII (Biblioteca del Arsenal, París).***

## LOS ARABES EN LA HISTORIA GENERAL DE LA CIENCIA

La ciencia árabe recoge elementos griegos, influencias iranias e hindúes y aportaciones originales de los sabios árabes. Los historiadores, al subrayar la importancia de uno u otro de estos componentes, llegan a valoraciones distintas de la ciencia árabe y su papel en el progreso científico general.

La ciencia árabe es una continuación de la ciencia griega, de la que apenas modificará el contenido ni la dirección; su función en la historia de la ciencia ha sido conservar, comprender y transmitir a Occidente el legado griego.

Traducción de obras griegas y especulación científica se confunden en la cultura árabe.

La ciencia árabe es una síntesis original del pensamiento griego con la especulación oriental.

La adopción por los árabes de una numeración de origen hindú y el desarrollo de la trigonometría y el álgebra, desconocidas de los griegos, prueban esta aserción.

A diferencia de los griegos, los árabes no habrían rechazado la experimentación y la práctica; su ciencia, al servicio de la vida humana, se acerca a la técnica y esta orientación constituye un precedente de la revolución científica del siglo XVII.

Los médicos árabes, que se harán famosos en Europa por sus conocimientos prácticos, organizan el ejercicio de la medicina de manera desconocida hasta entonces. Los enfermos son recogidos en hospitales costeados por el estado, y la asistencia quirúrgica y farmacológica alcanza un nivel que Europa no conocerá hasta el siglo XV.

El progreso que los árabes imprimen a la astronomía tolemaica procede, por una parte, de la asimilación de la astronomía sasánida y, de otra parte, de las observaciones sistemáticas realizadas en observatorios como el de Bagdad.

***Vista posterior de la mezquita de Isa-Bey en Éfeso, Turquía, construida en el siglo XIV. Esta pequeña ciudad, famosa ya en tiempos de los romanos, tiene imponentes ruinas que declaran su larga pertenencia al poder musulmán.***



vía, los "filósofos" dicen que el cuerpo cambia continuamente; en cambio, el alma sigue siendo la misma. Pero Algazel cree que la difusión de la materia nueva en la materia vieja deja siempre un residuo de lo original. Además, el alma se da cuenta de las ideas universales, de conceptos que no son los cuerpos mismos; verá una mano corta y blanca, y una mano grande y negra, y ambas le darán la idea general de los cinco dedos, con sus uñas, de la flexibilidad de la mano, que no es la larga ni la corta, etc.

Más importante acaso que el *Tehafut,* de Algazel, es su gran tratado escolástico *Ihya,* o *Renovación de las ciencias religiosas,* que fue para los musulmanes lo que la *Summa Theologica,* de Santo Tomás de Aquino, fue más tarde para los católicos. La *Ihya* incluye, en realidad, todos los aspectos de la vida religiosa. Pero Algazel nunca renegó de la ciencia: "El sabio –dice– es aquel que te ayuda cuando le necesitas, y, en cambio, él nunca necesita ayuda de nadie". Para Algazel, en sus postrimerías, la verdadera ciencia es la de los *sufíes,* o místicos árabes. Hace una gran distinción entre el *Imán,* o prácticas religiosas, y el *Islam,* o entrega completa del alma a Dios. Algazel parece aceptar la peligrosa división de los creyentes en dos clases: la de los que pueden llegar a conocer sólo algunas verdades elementales y recitar el

texto del Corán literalmente, y la de los que pueden penetrar cada vez más en las profundidades de la religión predicada por Mahoma.

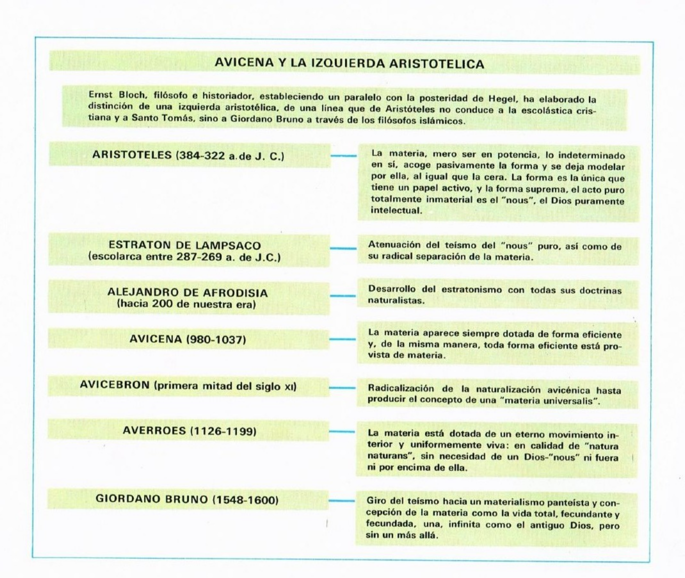
A la muerte de Algazel, el Islam pasaba por una crisis terrible en Oriente. Jerusalén había sido ya tomada por los cruzados. No es de extrañar, pues, que el que se atrevió a defender a los "filósofos" contra los ataques de Algazel naciese ya en España, el año 1126 de nuestra era; éste no es sino el famoso Ibn Rochd, conocido en las escuelas cristianas con el nombre españolizado de Averroes. Su padre y su abuelo habían sido cadíes, o jueces, de Córdoba y habían escrito obras importantes de Derecho. Con estos antecedentes ya no puede sorprender que Averroes estudiara teología, medicina y jurisprudencia.

Gobernaba entonces la mayor parte de la España árabe el emir almohade Yusuf y era gran amigo de éste el filósofo Aben-Tofail. Averroes fue presentado al emir por Aben-Tofail y la primera pregunta que los dos le hicieron fue si el cielo era creado o eterno. Aben-Tofail no era ni un aficionado ni un aprendiz; había escrito poco antes un libro místico-enciclopédico en el que contaba cómo un muchacho, abandonado en una isla desierta, descubría poco a poco, sin ayuda ajena, toda la ciencia, todo el saber, hasta las verdades del Corán y las prácticas de los sufíes. El emir, para animar a Averroes, empezó a discutir la misma cuestión de la eternidad de los cielos con Aben-Tofail, dejando admirado al joven filósofo, que no esperaba encontrar tanta erudición en un gobernante de tanta importancia. "Otro día –añade Averroes–, Aben-Tofail me llamó para decirme que el emir se lamentaba de la oscuridad del texto de Aristóteles y de sus comentadores. Deseaba que Dios enviara a alguien que pudiese llegar a comentar los libros de Aristóteles y explicar su sentido, para hacerlos asequibles a las gentes. –Tú tienes la preparación necesaria para hacer este trabajo –dijo Aben-Tofail–; yo quisiera hacerlo, pero me lo impiden mi avanzada edad y la atención que debo prestar al servicio del emir." Desde aquel momento, Averroes no dejó de dedicarse a la tarea que le había propuesto Aben-Tofail, y de aquí sus comentarios de Aristóteles.

Esta anécdota da más importancia, acaso, a Aben-Tofail que su propia novela del robinsón musulmán autodidacto que ya hemos mencionado. No sólo Aben-Tofail supo descubrir a Averroes para la obra gigantesca de comentar a Aristóteles, sino que él mismo dice que se sentía capaz de hacerlo, y lo hubiera hecho de no impedírselo sus años y sus otras ocupaciones. Aben-Tofail contribuyó probablemente a que el emir confiara a Averroes el cargo de juez de Sevilla, que desempeñó del 1169 al 1171. Alguna otra misión oficial obligaría poco después a Averroes a viajar, porque el 1178 escribió en Marruecos uno de sus libros, el 1179 estaba de regreso



***Asamblea músico-literaria en un jardín de las inmediaciones de Bagdad, miniatura de un manuscrito árabe del siglo XIII (Biblioteca Nacional, París). Ajeno a esta vida del espíritu, el campesino de la parte superior aguija a los bueyes que mediante la noria sacan el agua que riega el jardín.***



**AVICENA Y LA IZQUIERDA ARISTOTELICA**

Ernst Bloch, filósofo e historiador, estableciendo un paralelo con la posteridad de Hegel, ha elaborado la distinción de una izquierda aristotélica, de una línea que de Aristóteles no conduce a la escolástica cristiana y a Santo Tomás, sino a Giordano Bruno a través de los filósofos islámicos.

**ARISTOTELES (384-322 a. de J. C.)** — La materia, mero ser en potencia, lo indeterminado en sí, acoge pasivamente la forma y se deja modelar por ella, al igual que la cera. La forma es la única que tiene un papel activo, y la forma suprema, el acto puro totalmente inmaterial es el "nous", el Dios puramente intelectual.

**ESTRATON DE LAMPSACO (escolarca entre 287-269 a. de J.C.)** — Atenuación del teísmo del "nous" puro, así como de su radical separación de la materia.

**ALEJANDRO DE AFRODISIA (hacia 200 de nuestra era)** — Desarrollo del estratonismo con todas sus doctrinas naturalistas.

**AVICENA (980-1037)** — La materia aparece siempre dotada de forma eficiente y, de la misma manera, toda forma eficiente está provista de materia.

**AVICEBRON (primera mitad del siglo XI)** — Radicalización de la naturalización avicénica hasta producir el concepto de una "materia universalis".

**AVERROES (1126-1199)** — La materia está dotada de un eterno movimiento interior y uniformemente viva: en calidad de "natura naturans", sin necesidad de un Dios-"nous" ni fuera ni por encima de ella.

**GIORDANO BRUNO (1548-1600)** — Giro del teísmo hacia un materialismo panteísta y concepción de la materia como la vida total, fecundante y fecundada, una, infinita como el antiguo Dios, pero sin un más allá.

*Miniatura de un tratado de astrología árabe con la representación del signo del zodíaco Tauro y, debajo, los planetas del sistema solar (Biblioteca Nacional, París).*



en Sevilla y el 1182 pasó de nuevo a Marruecos. Allí sirvió a Yusuf como médico de cámara, en lugar de Aben-Tofail. Más tarde le encontramos ejerciendo de gran cadí de Córdoba. La buena fortuna de Averroes duró hasta su vejez; cuatro años antes de morir, los reaccionarios de la corte conspiraron contra el gran pensador y consiguieron que fuese desterrado a la villa de Lucena. Pero Averroes, hacia el final de su vida, recobró el favor del emir Yacub-Almanzor, hijo de Yusuf, y regresó a Marruecos, donde murió el año 1198 (el 576 de la hégira).

Como se ve, Averroes es esencialmente un pensador del Islam occidental. Toda su vida discurrió entre España y Marruecos, y ni aun fue a Oriente para efectuar la casi indispensable visita a los santos lugares. Una leyenda se ha formado sobre Averroes, que lo presenta como hombre impío y peligroso; los escolásticos, así cristianos como musulmanes, lo consideraron como su mayor enemigo. Muchas veces, en la Edad Media, se representó a la Teología como una matrona sentada que tiene a Averroes aplastado bajo sus pies. Uno de los principales esfuerzos de la escolástica fue el combatir el averroísmo. La actividad intelectual de Averroes es verdaderamente pasmosa. El "cadí de Cór-



***Ilustración de un manuscrito árabe del siglo XIV sobre Historia Natural (Biblioteca del Monasterio de El Escorial).***

doba" tuvo tiempo para escribir un centenar de libros y folletos, entre los que hay tratados de medicina, jurisprudencia y astronomía. Sin embargo, lo más importante de la obra de Averroes son sus comentarios sobre Aristóteles, a quien llama "el más sabio de los griegos; el que Dios ha predestinado a la perfección; el que Dios ha elevado al más alto grado de excelencia humana". Averroes dice que la doctrina de Aristóteles es la verdad soberana, y su inteligencia el límite de la inteligencia humana, etc.

Averroes comentó tres veces a Aristóteles, en los grandes comentarios, los medianos y los pequeños. Su estilo, a veces algo difuso, tiene muchos toques de carácter personal; no es el discurso lacónico, fibroso, de Avicena ni la claridad elegante de Algazel, pero si Averroes se lee con dificultad, se medita con provecho. También se ha acusado a Averroes de esconder sus verdaderas intenciones para darnos, encubierta con un ropaje de piedad coránica, la doctrina del más completo escepticismo filosófico. Pero esto no es verdad: Averroes pudo ser un hereje, nunca un hipócrita. Se lanzó a combatir al gran Algazel con un tratado que llamó *Tehafut el-tehafut,* o *Destrucción de la Destrucción,* para rebatir el ataque de Algazel llamado *Destrucción de los filósofos.* "Aun a riesgo de exponernos a la ira de los perseguidores de nuestra madre, la filosofía, vamos a describir el veneno escondido en el *Tehafut* de Algazel", dice Averroes en su prólogo. Y esto se tenía que pagar caro; atacar a Algazel, en el Islam, era combatir al más alto representante de su teología ortodoxa.

Averroes, comentando a Aristóteles, reivindicó algunas de las ideas de Avicena que había querido "destruir" Algazel. Aunque Averroes no siente por Avicena una gran admiración, pues le encontraría tímido, transigente, acomodaticio con su mística final, le sigue en algunas de sus opiniones. Para Averroes, como para Aristóteles y Avicena, la materia es eterna. "Según Aristóteles –dice Averroes–, nada sale de la nada. Si Dios pudiese hacer pasar algo de la nada al ser, también haría pasar las cosas del ser a la nada." La materia no ha sido engendrada, es incorruptible; si hubiese sido creada, habría habido un tiempo en que fuese posible que no existiera. Y para lo Eterno, todo lo posible ya es. Dios no conoce las cosas particulares, los individuos; conoce sólo las leyes generales; si conociese lo individual, conocería el mal de cada uno y sus cambios; Él cambiaría también. Averroes, como Aris-

## LOS ARABES Y LAS CIENCIAS NATURALES

La preocupación de los árabes por conocer las ciencias de la antigüedad fue extraordinaria y no repararon en medios, con tal de hacerse con los textos originales de los principales pensadores que les precedieron, prescindiendo de razas y religiones. En la Bagdad del siglo x se tradujeron al árabe textos sánscritos, griegos, siríacos y latinos. Pero la traducción de textos científicos es normalmente difícil y por ello esas primeras versiones fueron corregidas y revisadas varias veces.

El ejemplo más célebre, a este respecto, es el ocurrido con la *Materia médica* de Dioscórides, cuyos detalles conocemos con precisión gracias al médico cordobés Ibn Chulchul. Éste nos dice: "El tratado de Dioscórides fue traducido en Bagdad en la época abbasí, bajo el reinado de Chafar al- Mutawakkil (847-861), por Esteban, hijo de Basilio, del griego al árabe. Esta traducción fue corregida por el traductor Hunayn ben Ishaq (Iohannitius, muerto en 877), que la arregló y la hizo manejable. Las palabras griegas que Esteban conocía en árabe las tradujo, pero aquellas que no sabía las transcribió en su forma griega, dejando en manos de Dios el que más tarde hiciera que encontraran alguien que las supiera y pudiera traducirlas al árabe, ya que los nombres de los medicamentos se deben a una convención de las gentes de un mismo país, que son quienes los conocen y les dan el nombre, bien por derivación, bien por un acuerdo tácito. Esteban dejó la sinonimia para quienes conocieran las drogas que él desconocía, pues así recibirían los nombres que les convinieran desde el instante en que fueran reconocidas".

Ibn Chulchul añade: "Esta traducción de Esteban llegó a al- Andalus y fue utilizada tanto por los andaluces como por los orientales hasta la época de Abd al- Rahmán al- Nasir (912-961). Éste recibió de Romano (959-963), emperador de Constantinopla –creo que en el año 948 (*sic*)–, una carta acompañada de presentes de gran valor, entre los cuales se encontraba el tratado de Dioscórides; estaba iluminado con magníficas miniaturas griegas y escrito en griego (*igriqí*), que es la misma lengua que el jonio (*yunaní*). Este envío contenía también la *Historia* de Orosio relativa a los hechos pretéritos, a los antiguos reyes y a los acontecimientos importantes. El emperador Romano decía en su carta a al- Nasir: 'No puede obtenerse provecho del Dioscórides más que con un traductor avezado en el griego y que conozca las propiedades de esas drogas. Si tienes en tu país a alguien que reúna estas dos condiciones, sacarás, oh rey, la mayor utilidad de este libro. En lo que se refiere al libro de Orosio, tienes latinos en tus estados que pueden leerlo en su lengua original; si se lo entregas lo traducirán al árabe' ".

Ibn Chulchul sigue: "Entre los cristianos de Córdoba no había nadie capaz de leer el griego, que es el jonio antiguo. En consecuencia, el libro de Dioscórides se quedó en la biblioteca de Abd al- Rahmán al- Nasir sin ser traducido al árabe: estaba en al- Andalus, pero sus habitantes utilizaban la traducción de Esteban procedente de Bagdad. Cuando al- Nasir contestó a Romano, le pidió que le enviase a alguien que hablara el griego y el latín, para que enseñara estas lenguas a sus esclavos, que así se transformaron en traductores. El emperador Romano le envió entonces a un monje llamado Nicolás, que llegó a Córdoba en el año 340/951 (*sic*). Había entonces en esta ciudad una serie de médicos que investigaban, indagaban y buscaban con avidez el modo de determinar los nombres de los simples que figuraban en el Dioscórides y de los cuales aún no conocían su equivalencia en árabe. El más interesado y diligente entre todos estos médicos era el judío Hasday ben Saprut, quien así procuraba complacer a Abd al- Rahmán al- Nasir. El monje Nicolás pasó a ser para él la persona más íntima y apreciada. Así pudo comentar los nombres de los simples del libro de Dioscórides que aún eran desconocidos. Fue el primero que fabricó en Córdoba la teriaca llamada *faruq*, determinando las plantas que entran en su composición. En este tiempo vivían en Córdoba otros médicos consagrados a esclarecer los nombres de los simples que figuraban en dicho libro. Entre ellos se encontraban Muhammad, conocido por al- Sachchar (el Herbolario); otro llamado al- Basbasí y Abu Utmán al- Chazzar, apodado el Ibicenco; el médico Muhammad ben Said, Abd al- Rahmán ben Ishaq ben al- Haytam y Abu Abd Allah al- Saqillí (Siciliano), que hablaba griego y conocía las propiedades de las drogas".

Termina Ibn Chulchul: "Todos ellos eran contemporáneos del monje Nicolás y los conocí al mismo tiempo que a éste, en la época del reinado de al- Mustansir (961-976). Yo era en esa época su amigo. Nicolás murió al principio del gobierno de este califa. Gracias a las investigaciones hechas por este grupo de médicos acerca de los nombres de los simples del libro de Dioscórides, llegaron a conocerse en Córdoba, y en todo al- Andalus, las verdaderas propiedades de las plantas, desapareciendo las dudas que se tenían. Se supo exactamente de sus virtudes y el modo exacto como debía pronunciarse su nombre sin cometer errores, excepción hecha de un pequeño número, tal vez diez, lo cual carece de importancia".

J. V.

tóteles, cree que las formas son el resultado del movimiento de la materia. El movimiento ocasiona el tiempo y las formas. Toda creación se reduce a movimiento, y como el movimiento es una sucesión de estados, esta sucesión origina el tiempo. Si no se moviera nada, no habría tiempo, y así el gran argumento de Algazel contra la eternidad de la materia cae por su base. Si la materia es eterna, es eterno el movimiento, y lo es también el tiempo pasado y el tiempo por venir.

Falta todavía explicar cómo Dios da movimiento y, por tanto, forma la materia eterna. Para Aristóteles, Dios, alejado de la Creación, es como un imán al que van, atraídas por el amor, todas las cosas. A Él aspiran, hacia Él se mueven, las atrae sin conocerlas, es como un rey que da órdenes sin conocer a sus súbditos. Pero Aristóteles había dado a Dios el calificativo de *Suma Inteligencia,* y estas palabras, mal entendidas por los árabes, les llevaron a imaginar una primera causa intermedia entre Dios y lo creado, que es la Inteligencia, que conoce y mueve la materia. Y he aquí el inevitable intermediario, casi como el Verbo divino, que los musulmanes tenían tanto empeño en evitar... Dios, la Inteligencia y las leyes del universo, como causas, encadenadas una con otra, sin límite, sin fin..., mueven la materia y le dan forma.

Acostumbrados la mayoría de nosotros a la teología escolástica, según la cual Dios es un artífice que creó al mundo de la nada, se nos hace difícil entender esta "creación aristotélica" del cadí de Córdoba. Pero las gentes de la Edad Media, tanto musulmanes como judíos, como cristianos, eran muy da-

das a la especulación, y no se arredraban por el desarrollo lógico de los problemas. Como lo ha hecho notar Asín, hasta Santo Tomás de Aquino, en su opúsculo *De aeternitate mundi,* reconoce que lógicamente el mundo podía haber sido eterno, siendo al mismo tiempo una obra de Dios. Sólo se opone a ello la revelación. Pero Averroes, que no tenía este freno, considera la creación directa por Dios tan absurda que el entendimiento la acepta sólo por hábito, como los que se acostumbran a una droga pueden seguir tomándola sin que les dañe. Y por estos caminos de su especial explicación del mundo, Averroes llegó a la tesis central de su filosofía, el monismo del intelecto humano y la negación de la inmortalidad personal, en torno a la cual hubo una de las más grandes controversias de la ciencia filosófica y en que más se espació el genio especulativo de la Edad Media.

Creemos que el lector estará ya fatigado de tanta escolástica, y más si por añadidura ésta es árabe. Pero le hemos hecho gracia de varias otras sutilezas teológicas en las que Averroes dio la nota definitiva para los espíritus racionalistas de todas las edades; por ejemplo, Averroes cree que la religión del sabio debe ser el estudio y la contemplación de las leyes de la naturaleza. Si Dios es inmóvil y no conoce siquiera lo creado, que se agita y tiende hacia Él, casi no puede esperarse que el hombre sienta lo que llamaríamos amor hacia el Sumo Bien.

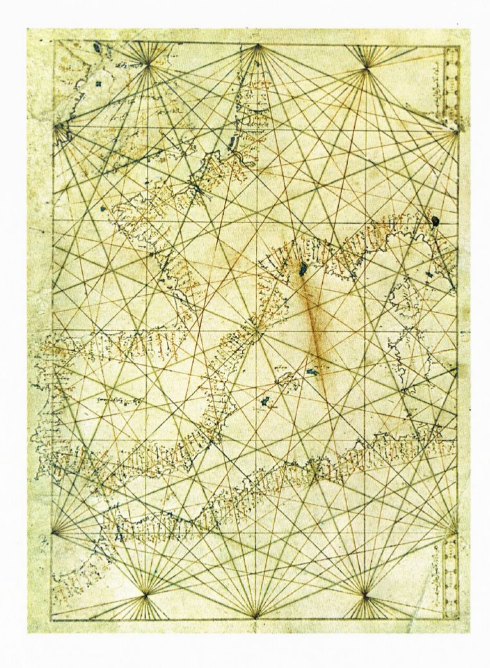
"El culto más sublime que puede darse a Dios –dice Averroes– es el conocimiento de sus obras, que nos conduce a conocerlo en toda su realidad; éste es el más noble de los actos humanos, mientras que el más vil sería llamar error y presunción al culto del sabio, la mejor de las religiones." Averroes distingue entre la parte de razón y la parte de lo que él llama "profecía" que contienen todas las religiones. Esta segunda parte, la "profecía", aparece en los ritos, las oraciones y los sacrificios, y tiene por objeto conducir a las gentes a la práctica de la virtud. Pero si Averroes transige con esta religión del vulgo es porque espera también que transijan con su misticismo racionalista. Su mayor mérito es, por lo menos, el haber hablado claro; sería grave injusticia llamarle impostor.

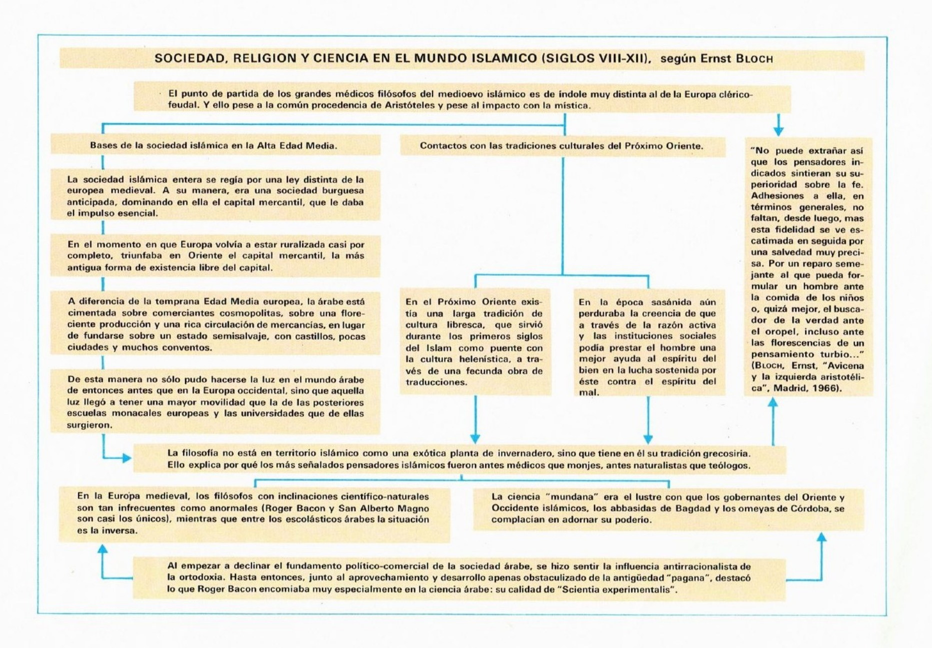
Las ideas de Averroes fueron tomadas muy en serio, casi como una religión. Renan copia una anécdota de la *Historia de los filósofos,* por Al- Kifti, muy expresiva en este sentido. Dos filósofos, uno judío y otro árabe, ambos contaminados de averroísmo, se prometieron que el que muriera primero procuraría comunicar al otro sus aventuras de ultratumba. El judío murió, y el árabe le vio entre sueños, oyendo que le decía: "Lo universal se ha reunido al universo y lo particular ha entrado en la parte...", lo que, en el vocabulario teológico de la época, significaba que el alma había ingresado en el universo, mientras que el cuerpo había sido devuelto a la tierra.

La aportación de los musulmanes a las otras ciencias fue muy superior a la de las gentes de Occidente, adormecidas por esta época. Ya se comprende que con sus forzosos viajes a La Meca y el carácter internacional del Islam, los conocimientos geográficos debieron ser considerados como de utilidad religiosa. Admiraban los mapas en color que acompañaban sus manuscritos antiguos y casi todos los tradujeron al árabe al comenzar el siglo III de la hégira.

El más popular de los geógrafos musulmanes es Al- Edrisí. Nacido en Ceuta el año 493-1115, viajó por el Occidente más que por el Asia y resumió su saber en un libro que se titula *Placer de los que desean,* nombre algo pintoresco para un tratado de geografía. Pero Edrisí se fijó ya en que las

***Carta náutica árabe del siglo XIV que detalla una parte de las costas mediterráneas y atlánticas.***






mareas ocurren en las noches 14 y 15 de cada mes lunar.

Otro geógrafo, Abu-l- Feda, insiste en la esfericidad de la Tierra: "Los astrónomos han demostrado que una montaña de tres mil metros de altura sería para la Tierra como un grano de arena en una bola de un codo de diámetro". Abu-l- Feda comprendió ya que, dando la vuelta al mundo en la dirección del Sol, se ganaría un día en el viaje. La medida de la Tierra preocupó también a los árabes. Se hicieron varias mediciones de un grado de meridiano por cuenta de los califas de Bagdad; los resultados fueron de 56 a 58 millas por grado. Generalmente se atribuye a los árabes la introducción de la brújula en Europa, pero las propiedades de las piedras magnéticas y su facultad de comunicar el magnetismo a los metales por contacto eran ya conocidas desde los antiguos griegos. Se trata de un fenómeno que no podía escapar a la atención de las gentes; los chinos lo conocieron, y lo usaron para orientarse en sus viajes, desde el siglo II de nuestra era. Sin embargo, el empleo de la aguja imanada flotando en un vaso, para dirigir la navegación, no se encuentra mencionado por los escritores árabes hasta el siglo XIII.

Como el Islam lindaba por Oriente con la India y la China, no es de extrañar que los árabes se interesaran por estos países lejanos. Los viajes son casi una necesidad para los que han empezado las peregrinaciones; después de La Meca y de Medina se iba a Kerbela y luego más lejos aún. Éste es el caso de Aben-Batuta, el Marco Polo de los musulmanes. Nació en Tánger el año 703-1325 y su viaje duró veintinueve años; residió en La Meca todo un año. Describió los monumentos de Egipto, las mezquitas de Damasco y Alepo; pasó a Tartaria, a la India y la China. De regreso en Tánger, no pudo ya estarse quieto, quiso ir a Tombuctú y al Níger, y sólo después dictó el relato de sus viajes, que es mucho más ameno y más instructivo que el de Marco Polo.

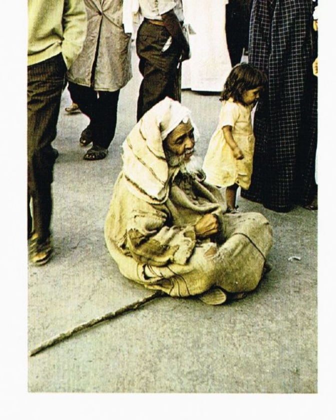
Gran viajero también fue Al- Biruni, aunque éste casi siempre viajaba con propósitos científicos. Era persa y recorrió toda la India, donde dice que residió más de cuarenta años. Al- Biruni atribuye la invención de

los números que llamamos arábigos a los hindúes, pero esta cuestión no parece tan claramente resuelta hoy como lo parecía hace algunos años. Hasta hace poco creíamos que Occidente había aprendido el uso de los números de los árabes de España, y se citaba al monje Gerberto, que más tarde fue papa con el nombre de Silvestre II, como el que introdujo las cifras arábigas, después de un viaje a Córdoba. Estas cifras aparecen ya en códices de la abadía de Ripoll, en Cataluña, muchos años antes de la venida de Gerberto a España. Es cierto que los antiguos usaron, para sus cálculos, letras, que tenían valor numeral, pero es posible que hubiese una notación en Occidente parecida a los numerales arábigos y usada como taquigrafía sólo por algunos iniciados. Boecio, en el siglo VI, habla de cifras en un párrafo misterioso. No sería de extrañar que fuera un secreto de los discípulos de Pitágoras, no divulgado hasta la Edad Media.

En álgebra, los árabes llegaron a resolver ecuaciones de segundo grado, como ésta: $x^2 + ax = b$. Al- Biruni se ocupó en el problema de ir doblando los granos que se van poniendo en cada cuadro de un tablero de ajedrez. El número de granos de cada cuadro es igual a la suma de los que hay en los cuadros anteriores, menos uno. Por ejemplo: $1+2+4+8+16+32=63$, o sean $64-1$. También debemos a los árabes el uso de la letra $x$ para significar la incógnita. Viene de la palabra *chei,* que quiere decir "cosa". Los españoles la leyeron *xei,* y por abreviación se empleó la *x*.

En geometría, los árabes aprendieron de los hindúes el *seno* y se preocuparon otra vez del valor de $\pi$, o sea la relación de la circunferencia al diámetro. Durante la Edad Media algunos musulmanes y sus discípulos judíos fueron reputados como grandes médicos: ya hemos dicho que Avicena y Averroes se dedicaron a esta profesión. Pero no queremos repetir sus consejos; la medicina, en realidad, no estaba más atrasada en la Edad Media que las demás ciencias; sólo causa más angustia porque la víctima no es el investigador, sino el pobre enfermo. Como los árabes tenían los mismos prejuicios que los antiguos acerca de la disección, no es de extrañar que cometan graves errores en materia de anatomía y fisiología. Según Avicena, la sangre se fabrica en el hígado; en cambio, según Razes, el encéfalo es el asiento de la sensibilidad y el centro locomotor.

Los árabes tienen escritos especiales de agricultura y su afición al arte de la cetrería les llevó a estudiar las costumbres de los halcones y los pájaros. Pero compilaron verdaderos tratados de historia natural, describiendo una por una las especies.



***Un ciego en oración en las calles de Marrakesh, símbolo vivo de la diferencia entre el Islam actual del tercer mundo y la poderosa fuerza del estado musulmán medieval, siempre en vanguardia del mundo de su tiempo.***

Es materialmente imposible dar cuenta, en un libro como éste, de sus innumerables colecciones de sentencias y libros de historia y mística, que, por lo que llevamos dicho, ya se comprenderá que serían los estudios preferidos de los musulmanes; pero fuera injusticia imperdonable no mencionar siquiera los *Prolegómenos* de Ibn Jaldún, que preceden a su historia de los musulmanes del África del Norte. Ibn Jaldún nació en Túnez, ya en el siglo XIV, y viajó por el Oriente; es una personalidad refinada, noble, dotada de una curiosidad análoga a la de las gentes del Renacimiento italiano. Los *Prolegómenos* forman un verdadero tratado de filosofía de la Historia. Ibn Jaldún se pregunta el porqué de la superioridad de ciertas razas, la razón de ser de las sociedades humanas, el lugar que ocupa cada industria en la economía del estado, y analiza hasta las más elevadas especulaciones del alma; sus *Prolegómenos* acaban siendo un estudio de psicología, con sus ramificaciones hacia el hipnotismo, la inspiración poética y toda la variedad de fenómenos que hoy llamamos psíquicos.

La cultura musulmana sirvió de intermediario entre el Occidente y las viejas literaturas orientales. Algunas de las compilaciones de relatos prodigiosos de la India y Persia llegaron a España por medio del Islam y se tradujeron pronto al latín. De esta manera llegó el famoso libro *Kalila y Dimna,* con fábulas de animales que encierran una filosofía popular antiquísima. *Las mil y una noches* debieron de ser compuestas en Bagdad en el siglo IX, pero también se aprovecharon para este libro apólogos zurcidos con una trama tan sutil como la historia de Scheherazada.

## BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| **Bloch, E.** | *Avicena y la izquierda aristotélica,* Madrid, 1966. |
| **Corbin, H.** | *Histoire de la Philosophie islamique,* París, 1964. |
| **Cruz Hernández, M.** | *Historia de la filosofía española. Filosofía hispano-musulmana,* Madrid, 1957. |
| **Mieli, A.** | *El mundo islámico y el occidente medieval cristiano,* Buenos Aires, 1946. |
| **Millàs, J. M.** | *Assaig d'història de les idees físiques i matemàtiques a la Catalunya medieval,* Barcelona, 1931. *Estudios sobre historia de la ciencia española,* Barcelona, 1949 y 1960. |
| **Sánchez Pérez, J. A.** | *Biografías de matemáticos árabes que florecieron en España,* Madrid, 1921. |
| **Sarton, G.** | *Introduction to the History of Science,* Baltimore, 1927-1948. |
| **Thorndike, L.** | *History of magic and experimental Science,* Nueva York, 1923-1941. |
| **Vernet, J.** | *Influencias musulmanas en el origen de la cartografía náutica,* Madrid, 1953. *La ciencia en el Islam y Occidente,* Spoleto, 1965. |




***Miniatura turca del siglo XVI que representa una cacería en su momento de mayor animación (Biblioteca Nacional, París).***



*La basílica de San Juan de Baños, Palencia, es un edificio visigótico del siglo VII. Cuando los árabes llegaron a España suplantaron el imperio dominante, pero quedaron subyugados por el arte de la península, del que aprovecharon no pocos elementos. El arco en herradura de esta puerta de San Juan fue el modelo de los arcos de la mezquita cordobesa.*

# El Islam en España

por JOSE ENRIQUE RUIZ DOMENEC

En menos de cien años, un pueblo apenas conocido en el siglo VI va a lograr uno de los imperios más grandes de todos los tiempos. Precisamente, lo que más sorprende de la expansión musulmana es su asombrosa rapidez. Después de una primera oleada en la que llegan hasta Egipto por su parte occidental, los árabes se detienen para poder configurar su inmenso Imperio. Desde Damasco, sede ahora del poder central, en manos de una familia árabe influyente, los omeyas, van a lanzarse a la conquista del norte de África. Esta conquista no va a ser fácil. Por un lado, los indígenas no aceptaban de buen grado el dominio musulmán, contrariamente a como había sucedido en muchos otros lugares. Por otro, toda la conquista va a estar obstaculizada por un enfrentamiento constante con los beréberes, a los que no pudieron estabilizar sino mediante una participación en la propia conquista.

De esta forma, en la segunda mitad del siglo VII los árabes llegan frente al estrecho, "en los confines del mundo". Luego de varias tentativas, al parecer sin resultado positivo, los árabes son llamados por una de las nu-




merosas facciones visigodas existentes para que les ayudasen. El hecho no era nuevo, pero en este instante va a tener una trascendencia insospechada.

Las circunstancias que rodearon la llegada de los musulmanes a la península ibérica han sido enmascaradas por la leyenda, que refleja, sin embargo, un fondo de verdad. Fuera como fuese, el caso es que la noche del 27 de abril del 711 un berébere recién convertido al Islam, maula o cliente del caudillo oriental que conquistó el Magreb (la Mauritania romana), cruzó el estrecho con unos siete mil hombres, en su mayoría africanos como él, y desembarca en un monte que recibirá su nombre, es decir, Yabal Tariq, o sea Gibraltar. Unos meses más tarde, los árabes se enfrentan al ejército visigodo al mando de Rodrigo en la batalla del río Guadarranque, entre la torre de Cartagena y Gibraltar (Vallvé), y no en torno al río Guadalete, como se creía tradicionalmente.

La victoria musulmana sobre Rodrigo va a derrumbar toda la organización central de defensa del estado visigodo. Ésta va a ser asumida, a partir de este momento, por jefes locales que, sin embargo, preferirán pactar con los nuevos dueños. Tanto las tropas de Tariq como luego las de su señor Musa ben Nusayr aprovecharon las ventajas que les ofrecían las vías romanas para penetrar rápidamente al centro de la península. Conquistadas rápidamente, y apenas sin resistencia, las principales ciudades de la península ibérica, los árabes se fijan en una línea al Norte, que no superan. Esta línea viene determinada, según unos autores, por coincidir con la línea climática del olivo (Le Goff); según otros, cuya opinión parece más convincente, los árabes aprovecharon las fortalezas romanovisigodas del norte peninsular, que servían para defenderse de las incursiones cántabras (Vigil).

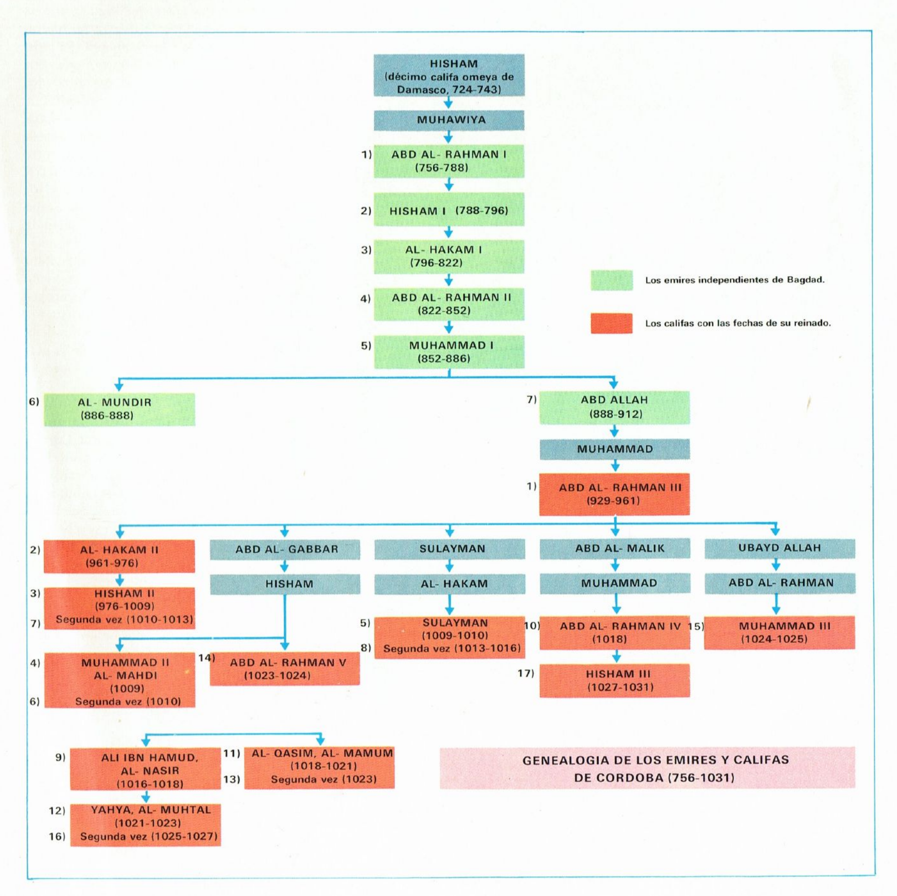
Como hemos señalado anteriormente, la victoria musulmana sobre Rodrigo desmoronó la autoridad central visigoda, resurgiendo el cantonalismo. Hubo así muchos nobles que se sometieron con agrado a los invasores; otros, por el contrario, ofrecieron alguna resistencia. De esta forma se explican los dos tipos de pactos que caracterizaron la sumisión de los visigodos: los que implicaban plena sumisión *(suhl)* a las auto-

***Alonso de Cartagena, en su "Genealogía de los Reyes de España", del siglo XV, imagina así a los tres personajes cuyos nombres están ligados a la historia de la invasión y pérdida de España: Tariq, el obispo don Oppas y el conde don Julián (Biblioteca Nacional, Madrid).***



ridades árabes, en condiciones más o menos duras, según la oposición experimentada, y los que permitían conservar los dominios con autonomía política *(ahd)*, e incluso, en casos especiales, como fue el del príncipe Teodomiro, en la región de Murcia, pudiendo conservar la práctica de su religión. No hubo, pues, en un principio unidad de supeditación al gobernador *(emir)* nombrado por el califa de Damasco. Tampoco hubo ni se deseó uniformidad en el aspecto religioso.

Los conquistadores se repartieron las tierras que habían ganado por la fuerza de las armas. El quinto de las mismas, como botín *(jums)*, correspondía de derecho al califa, pero el reparto no fue escrupuloso. Los campesinos siervos del *jums* (futuros quinteros) quedaron adscritos a la tierra, con obligación de entregar a los recaudadores del erario público el tercio de los frutos. El resto de las tierras ganadas con las armas fue repartido entre los conquistadores (árabes,





*Rodrigo, el último rey visigodo, representado hacia el final de la Reconquista en una galería iconográfica de los reyes de España, en el salón de Embajadores del alcázar de Sevilla.*

sirios y beréberes aún mal instalados e islamizados, no sin que se produjeran choques violentos por las apetencias de los mismos).

Justamente los años que siguieron a la conquista de la península ibérica no fueron nada fáciles para los musulmanes. El país, regido por gobernadores *(emires)* enviados por un califa muy lejano, se vio sometido, por todos lados, por enormes problemas. A la anarquía política –en los años 716-750 gobernaron Al- Andalus más de veinte emires– hay que añadirle las luchas internas entre árabes y beréberes a consecuencia de la terrible hambre que azotó el país durante los años 751-753. Pero, en realidad, lo que estaba sucediendo era una conmoción general en la península ibérica, como resultado del nacimiento de un nuevo país: Al- Andalus. Para ello era necesario un poder independiente que lograra aglutinar grupos tan heterogéneos, pero con unos mismos deseos. Ésta fue la labor que llevó a cabo un príncipe de la familia de los omeyas que escapó de la matanza ordenada por los abbasíes sobre su familia, de nombre Abd al- Rahman.

Abd al- Rahman logró constituir un estado independiente, cuya capital fue Córdoba, con la colaboración de todos, tanto árabes como beréberes, esclavos, libertos de todos los orígenes, y los antiguos habitantes: iberorromanos, judíos, germanos, que llevaron a cabo esta colaboración en un clima de auténtica tolerancia. Con Abd al- Rahman además empezó lo que la historia ha denominado el Emirato Independiente (756-950). Sus bases hay que verlas en la obra política que llevó a cabo Abd al- Rahman I (756-788) durante los treinta y dos años de gobierno.

Fiel a la vieja tradición omeya, Abd al- Rahman intenta crear un nuevo estado inspirado en la tradición del gobierno califal de Damasco, centrado en Córdoba, la antigua residencia de los valíes, eje político, a partir de ahora, de Al- Andalus. Posiblemente fue Abd al- Rahman quien dividió el territorio en distritos administrativos o "kuras" *(kuwar),* al frente de los cuales pusieron un gobernador *(wali).* Con todo, Abd al- Rahman dejó claramente delimitada su vinculación religiosa con el califato, aunque, siguiendo una tendencia general en el mundo

islámico del siglo VIII, tendió a la disgregación e independencia política frente a él. En su caso, Abd al- Rahman tenía además una justificación familiar. Esta independencia política frente al califato abbasí se refleja en el empleo de la bandera blanca, símbolo de la dinastía omeya, frente a la bandera negra que lo era de los abbasíes.

Organizó la administración central, creando una burocracia palatina, un sistema monetario uniforme basado en el bimetalismo, fundado en el *dinar,* pieza de oro imitada del sueldo bizantino, y en el *dirhem,* moneda de plata calcada sobre la dracma persa. La relación de valor entre ambas monedas era de 1 a 10, esto es, un dinar valía diez dirhems.

La centralización político-administrativa afectó de una manera concreta al viejo *status* de la península surgido a raíz de la conquista. Como vimos, ésta se basó principalmente en pactos de capitulación, por lo que más de la mitad del país era prácticamente independiente de la autoridad central, eran como pequeños estados en uno mayor que, sin embargo, no poseía sobre ellos ninguna autoridad. La reforma de Abd al- Rahman para poder seguir adelante tenía que vencer este blocaje. Tanto más, cuanto que pretendía reactivar la soberanía mediante el cobro de impuestos. A raíz de esta postura reformista, los grandes terratenientes, que pervivían desde la época del Bajo Imperio romano y habían sido los grandes colaboradores de los visigodos, se aferraron a sus privilegios, enfrentándose violentamente con el emir Abd al- Rahman. Un caso claro lo ofrece la confiscación de bienes que realizó sobre el hijo de Vitiza, Ardabastro, sin duda uno de los más grandes terratenientes del país.

Estas medidas de Abd al- Rahman provocaron la reacción de los magnates, temerosos de perder su independencia político-económica y, en rigor, sus privilegios. Las numerosas rebeliones que tuvo que soportar Al- Andalus durante el gobierno de su primer emir independiente se deben princi-

***Aspecto interior de la mezquita de Córdoba que corresponde a las naves levantadas por Abd al- Rahman I.***



*Anverso y reverso de un dirhem del emir Abd al- Rahman I (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona). El dirhem era una moneda de plata equivalente en valor a la décima parte de un dinar, que era de oro.*





palmente a este hecho. Para contrarrestarlas, el emir creó un ejército profesional de mercenarios, que se unieron a las tropas regulares –siendo el pago que tenían que dar por las concesiones recibidas en *Igta*– formadas por los Chunud sirios. Pero la fortaleza del estado descansó en estos mercenarios a sueldo, que constituyeron una milicia permanente. Creó Abd al- Rahman, y luego perfeccionó Al- Hakam I (796-822), depósitos de armas y equipos militares, puso en pie de guerra un contingente de dos mil soldados de caballería, siempre dispuestos a entrar en acción, y se rodeó de una guardia de esclavos personales o mamelucos. Estos esclavos procedían, en su mayor parte, del centro de Europa (piénsese que la palabra *esclavo* no es sino una corrupción de *eslavo*) y tal vez penetraban en la península ibérica por el pasillo pirenaico que constituye Cataluña (Ch. Verlinden).

Pero los problemas más grandes que tuvieron que soportar Abd al- Rahman y sus inmediatos sucesores fueron de carácter social. Abd al- Rahman, aun siendo tolerante, pretendió llevar a cabo una homogeneización de la sociedad, en consecuencia, una islamización, sobre todo de aquellas capas sociales que aún conservaban sus costumbres y modo de vida del tiempo de los visigodos, los llamados muladíes. Estas minorías eran principalmente de carácter urbano y muy propensas a contagiarse de un fervor colectivo. La acción de Abd al- Rahman sobre estas comunidades muladíes urbanas fue más de carácter político que religioso. Las agitaciones resultan confusas en un primer momento, pero durante el gobierno del emir Al- Hakam I, príncipe mucho más intransigente que Abd al- Rahman, esta efervescencia de tipo popular, donde se mezclaban factores de tipo religioso y, principalmente, sociales, levantó al pueblo cordobés del Arrabal el año 818. La revuelta tiene la importancia de ofrecer un ejemplo de las dificultades con las que se encontraban los emires a la hora de unificar el país, sobre todo aquellos emires que, sin tener la sabiduría de Abd al- Rahman I, no eran suficientemente tolerantes con las minorías étnico-religiosas.

Los habitantes del arrabal del Sur, en la ciudad de Córdoba, eran en su mayor parte indígenas convertidos recientemente al mahometismo o descendientes de antiguos conversos; la mayor parte de ellos eran fervorosos en su nueva religión o al menos lo fingían, para evitarse sospechas de apostasía. Todos ellos eran activos y trabajadores, que habían conquistado una posición económica desahogada y constituían quizás el elemento más útil y valioso del nuevo estado. Pero su posición social era intolerable; excluidos del gobierno, humillados a cada instante, los muladíes lo soportaban todo pacientemente, tanto más cuanto que esta población no había perdido aún por completo el recuerdo de la tiranía visigoda, frente al sentido de liberación que supusieron los musulmanes, pero, a pesar de todo, en ellos hervía el rencor. Fue entonces cuando un incremento en los impuestos llevado a cabo por Al- Hakam I provocó un levantamiento instantáneo, popular y enérgico, dirigido contra el propio emir, llamado "el motín del Arrabal". La represalia fue tremenda: más de veinte mil familias tuvieron que huir a Egipto y Marruecos, mientras que el arrabal del Sur dejó de existir, convirtiéndose, a partir de entonces, en campo de labranza.

El ejemplo del Arrabal denota la dificultad extraordinaria que ofrecía aglutinar en un mismo interés a grupos tan heterogéneos y de cómo los problemas internos que su-

frió Al- Andalus fueron mucho más complejos a la hora de su subsistencia que cualquier invasión extraña llegada del Norte, aunque fuera aquella de Carlomagno en el año 777.

El gran organizador del estado cordobés y de la administración de Al- Andalus fue el sucesor de Al- Hakam, Abd al- Rahman II, cuyo reinado va a señalar un nuevo aquietamiento de las crisis interiores y, sobre todo, el desarrollo de una cultura intelectual, literaria y artística, la formación de una sociedad más refinada y la adopción de nuevas formas de vida. Abd al- Rahman II tuvo que enfrentarse con problemas de pacificación a la vez interior y exterior. Con respecto a esto último, Abd al- Rahman tiene que enfrentarse con los tradicionales intentos de cantonalismo de las regiones más alejadas de Córdoba, especialmente del reino musulmán del Ebro, gobernado por la familia de los Banu Qasi –descendientes de un godo llamado Casio–. En este caso concreto, Musa ben Musa (Muza II) se rebeló contra la autoridad del emir en el año 843, siendo apoyado en su rebeldía por el reino cristiano de Navarra, con el cual los Banu Qasi tenían enlaces de carácter familiar. Muza II fue vencido por Abd al- Rahman, volviendo el gobernador del Ebro a la sumisión.

Todas estas querellas de la frontera superior de Al- Andalus no tienen ni punto de comparación con el peligro que supuso para el estado cordobés la invasión de los normandos –los vikingos de la leyenda– en el año 844. Estos normandos, en rigor, eran daneses y se habían expandido durante todo el siglo VIII por las costas occidentales de la Europa norte, sembrando el pánico por doquier. Su forma de devastación se basaba en el sentido de la acción psicológica que solían dar a todas sus incursiones.

Los daneses, para romper con una posible resistencia de los indígenas, llegaron a realizar actos de una ferocidad gratuita verdaderamente espeluznante, como el espantoso suplicio del "águila de sangre" (los pulmones arrancados por la espalda, a través de los costados abiertos con el hacha). Su forma de acción se lograba gracias a la movilidad que daban a sus barcos. Estas características fueron la razón principal de la sorpresa de su ataque. Sus naves eran ligeras y manejables, tanto podían ir a vela como a remo, de un calado lo bastante reducido para remontar la corriente de los ríos y poder ser izadas a la costa con facilidad, pero lo suficientemente robustas para soportar las más duras pruebas en los mares.

En una de sus múltiples incursiones, los daneses remontaron el Guadalquivir con la mayor parte de sus barcos –serían unos ochenta–, hasta llegar a Sevilla, que estuvo por espacio de siete días sometida al saqueo total. La reacción de Abd al- Rahman no se hizo esperar: un ejército musulmán venció a los normandos en las llanuras de Tablada el año 845. Lo más importante de esta invasión hay que verlo en la reacción que el emir Abd al- Rahman tuvo y las medidas que tomó para evitar cualquier otra. Para ello estableció, a todo lo largo de la costa atlántica, una red de atalayas, en las que se relevaban piadosos musulmanes voluntarios, que hacían en ellos, por turno, períodos de *ribat*, es decir, de retiro espiritual y adiestramiento militar.

De un carácter distinto a la invasión normanda, pero de un peligro semejante para la seguridad interior de Al- Andalus, constituyó la revuelta general de los mozárabes



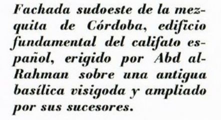
***Estos caudillos medievales, de una página del "Apocalipsis" de San Severo, beato francés del siglo X, nos sugieren cómo irían vestidos los jefes del ejército carolingio que hizo una incursión en la España islámica del emirato (Biblioteca Nacional, París).***

(cristianos romanovisigodos que estaban bajo el sometimiento político del Islam). Las comunidades mozárabes poseían una unidad y coexistencia que no había logrado minar la herejía adopcionista (que sostenía que Jesucristo era hijo adoptivo de Dios), que surgió en Toledo en el siglo VIII. Por regla general, las comunidades mozárabes eran de carácter urbano y estaban formadas por una clase social más bien acomodada, que pretendía, más que independizarse del Islam, consecuencia de un afán nacionalista, lograr más ventajas, sobre todo de carácter tributario.

Como es sabido, los musulmanes, por el mero hecho de ser fieles a la religión de Mahoma, no estaban obligados a la capitación, esto es, al pago de impuestos. Por el contrario, los cristianos, por el mero hecho de serlo, tenían que pagar todo tipo de impuestos. Este tributo se llamaba capitación, pagadero al final de cada mes lunar, y se elevaba a doce dirhems anuales para los que vivían de un trabajo manual. Estaban exentos de este tributo los niños, las monjas, los ciegos y los lisiados y mendigos. En cualquier caso, en los momentos en que el poder central era débil o no poseía órganos lo suficientemente perfeccionados para poder llevar a cabo una política impositaria, las comunidades mozárabes no sufrían grandes agobios pecuniarios. Pero la reforma que en Al- Andalus llevó a cabo Abd al- Rahman II, y que más adelante analizaremos, se basó principalmente en la importancia de la regulación de impuestos.

La situación de los mozárabes empeoró con el tiempo. Poco a poco fueron obligados a vivir casi siempre a extramuros. Allí gozaban de cierta independencia. Un funcionario nombrado por ellos (llamado defensor o protector) defendía sus derechos ante el soberano musulmán. Sus diferencias internas eran resueltas por el *censor*, de cuyas sentencias se podía apelar al *defensor*. De la antigua curia subsistió el *exceptor*, que se encargaba de percibir los tributos.

Fuera como fuese, el caso es que las comunidades mozárabes, a partir de Abd al-Rahman I y de sus inmediatos sucesores, desencadenaron una resistencia sorda frente al



***Fachada sudoeste de la mezquita de Córdoba, edificio fundamental del califato español, erigido por Abd al-Rahman sobre una antigua basílica visigoda y ampliado por sus sucesores.***

*Aspecto de las ruinas de Medina Azahra, la ciudad que Abd al- Rahman III mandó edificar cerca de Córdoba al proclamarse califa, como sede de la vida de la corte y de la administración.*

poder cordobés. Los omeyas se vieron obligados a castigar esta insumisión, con un carácter más político que religioso. Los mozárabes fueron castigados como rebeldes y no como infieles. Por la fuerza de las cosas, todo cristiano se hizo sospechoso y, en la mayoría de los casos, con alguna razón. De ahí se siguieron conversiones en masa, pero estos nuevos musulmanes adoptaron el Islam sin coacción y simplemente para escapar a la sospecha que pesaba sobre ellos por culpa de algunos de sus inquietos correligionarios.

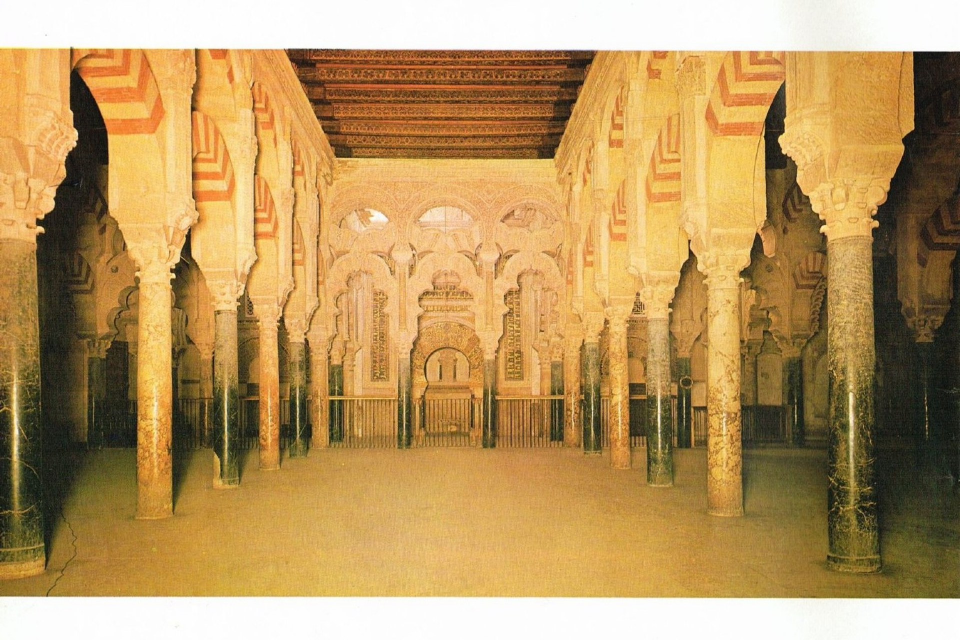
Ahora bien, una vez convertidos ya no podían abjurar de su nueva fe. Si era posible permanecer, siendo cristiano, como súbdito del Islam, no lo era, en cambio, sin incurrir en la pena capital, apostatar una vez adoptado el credo islámico. Tampoco se podía insultar la religión de los vencedores. Por consiguiente, los mártires cordobeses de los siglos IX y X no son gente que se rebela contra las tentativas de conversión forzada, sino apóstatas o místicos que los jueces musulmanes entregaban al verdugo. Por otra parte, los jefes de las comunidades cristianas de Al- Andalus desaprobaban casi siempre de modo paladino estas manifestaciones de exaltados.

La agitación religiosa que se extendió por Córdoba entre 850-852 tuvo causas insignificantes, pero fueron la razón que justificó un levantamiento que se quería desde hacía mucho tiempo. Abd al- Rahman II, con un espíritu conciliador, pretendió solucionar los problemas por el camino de la concordia, para lo cual convocó un concilio, que fue presidido por Recafredo, metropolitano de Sevilla, y al que asistieron todos los obispos de las sedes de Al- Andalus. Por una gran mayoría, los asistentes al concilio cordobés determinaron desaprobar el movimiento de los exaltados, dando paso a que





*Anverso y reverso de un dirhem de Abd al- Rahman III acuñado en la ceca de Medina Azahra (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).*



***Arquerías de la mezquita de Córdoba correspondientes a la ampliación ordenada por Al- Hakam II.***

se detuvieran a los principales cabecillas, con el irreductible Eulogio al frente.

La reorganización del emirato cordobés llevada a cabo por Abd al- Rahman II se basa en una concepción del poder a la manera abbasí. De hecho, el emir Abd al- Rahman, consciente de que los califas abbasíes habían sabido dotar al Islam oriental de una organización político-administrativa muy perfeccionada, no dudó en adaptarla a su estado, reorganizando su antigua estructura según el modelo que aquélla le ofrecía, aunque esto supusiera, a fin de cuentas, el sacrificio de la tradición conservadora del gobierno y de las formas de vida sirias que habían inspirado a sus predecesores.

Abd al- Rahman II delimitó con precisión las prerrogativas del poder, con la institución de los monopolios del estado, acuñación de moneda y mantenimiento de los talleres en que son tejidas las preciosas telas que llevan el nombre del soberano reinante. La reforma monetaria consistió en independizar Al- Andalus de la acuñación de moneda. Con anterioridad a Abd al- Rahman II, las monedas acuñadas dentro de Al- Andalus eran muy raras, y casi únicamente dirhems de plata y óbolos de bronce; las piezas que circulaban en el país, sin hablar de algunos raros dinhares de oro, eran generalmente africanas u orientales, y su reducido número perjudicaba las transacciones comerciales, muchas de las cuales debían hacerse por simple permuta. Por ello, Abd al- Rahman II creó una *ceca,* o casa de la moneda, cuya dirección confió al especialista Harith ben Abinl-Shibl.

A Abd al- Rahman II hay que atribuirle también el mérito de haber organizado la jerarquía de las magistraturas del gobierno y de haber fijado con exactitud el puesto que cada una de las clases sociales debían ocupar en lo sucesivo en el protocolo oficial de la corte. Por otra parte, los funcionarios del estado fueron desde entonces adscritos, bien a la cancillería, bien a la dirección general del fisco. De la primera dependieron los secretarios *(katib)* y los visires *(wazir),* y de la segunda, los intendentes *(qahram)* y los tenedores jurados de libros *(amin).* La gestión del tesoro del estado, por su parte, era objeto de una inspección constante encomendada a los amines, solidariamente responsables.

Al mismo tiempo que organizaba la es-



*Un detalle del tejido bordado que cubre el arca de las reliquias de San Isidoro (Real Colegiata de San Isidoro de León). Se trata de una obra realizada por artistas musulmanes de Sevilla en el siglo XI y regalada al rey cristiano poco después.*

tructura política del estado, basada, como se ha podido observar, en una fuerte centralización, Abd al- Rahman II se ocupó también de resolver los problemas edilicios y policíacos que el continuo crecimiento de su capital, Córdoba, hacía cada vez más urgente. Hasta este momento, para dirigir la policía urbana, fijar los patrones de pesos y medidas de los mercados, velar por la calidad de los artículos puestos a la venta y administrar la justicia civil en delitos de derecho común, no había más que un solo magistrado municipal, el *prefecto de mercado*. El soberano creó varios cargos nuevos, cada uno con atribuciones bien determinadas, y los proveyó de titulares. El prefecto de mercado siguió en funciones, pero los cuerpos de policía urbana fueron agrupados en dos *shurtas*. Por último, la dirección de los servicios municipales estuvo, desde ahora, a cargo de un magistrado nuevo, el *prefecto de la ciudad*.

Pero, a pesar de los esfuerzos realizados, Abd al- Rahman II no logró destruir la fuerza de la aristocracia árabe en Al- Andalus, nacida a raíz de la conquista. La propiedad de la tierra –justamente se quedaron con las mejores– confirió a esta aristocracia un poder político omnímodo. El emir tenía que contar con ella para cualquier decisión política o militar. Además de constituir con sus tierras verdaderos señoríos independientes, se repartían entre ellos la alta burocracia y el soberano quedaba preso de sus decisiones y, en consecuencia, de sus rivalidades. La aristocracia superó todas las tentativas absolutistas de los emires omeyas, especialmente las de Abd al- Rahman II. Se puede decir que en tiempos del emir Abd Allah (888-912) su poder era tal que el emirato de Al- Andalus tenía ante sí un sombrío porvenir. Los Beni Chudi dominaban en la comarca de Elvira; los Beni Hachach y los Beni Jaldún, en la de Sevilla. Los Beni Meruán reinaban independientes en Badajoz, mientras que acataban al emir, sólo de un modo nominal, Aben-Salim en Medinasidonia, Aben-Widah en Lorca, y Al- Ancar en Zaragoza. En rigor, el final del siglo IX y principios del X señalan el apogeo de esta aristocracia turbulenta y rebelde.

Por ello la reforma de Abd al- Rahman II tenía que ser mejorada en un aspecto sumamente importante. Por otro lado, el Islam fue incapaz de crear sistemas políticos fir-

## INFLUENCIAS DEL ISLAM EN ESPAÑA

El balance de la ocupación de la península ibérica por los árabes queda así establecida en nuestra obra *Los musulmanes españoles:* "Es muy difícil, por no decir imposible, determinar exactamente hasta qué punto influyó el Islam andalusí en la contextura de España. En general, nuestro país ha estado casi siempre a caballo entre Oriente y Occidente, y frecuentemente aquél ha tenido una decisiva influencia en la marcha de nuestros asuntos no sólo en la Edad Media, sino también en épocas anteriores y posteriores. Pero ciñéndonos concretamente a los siete siglos durante los cuales los contactos entre ambas civilizaciones fueron más íntimos en territorio peninsular, hay que reconocer que, como dice E. García Gómez, Islam y Oriente han sido a la vez para España un alimento y un revulsivo".

El análisis de la cuantía y la calidad de ese influjo ha dado lugar recientemente a la aparición de dos obras de valía: la de Américo Castro, el cual ha explotado preferentemente las fuentes literarias, y la de Claudio Sánchez Albornoz, quien sobre todo ha intentado refutar la obra de aquél en dos macizos volúmenes, en donde también se encuentra una parte constructiva al conjugar los elementos esencialmente literarios aportados por Américo Castro a los históricos, intentando demostrar el escaso valor de la aportación islámica a nuestro modo de ser.

Esta aportación debió, sin embargo, influir en la mentalidad castellana medieval, pues hay una serie de locuciones como "ojalá", "si Dios quiere", "ha tomado usted posesión de su casa", "beso sus pies", "beso sus manos", etc., que son calcos castellanos de expresiones árabes que aun hoy son de uso corriente en los países del Islam. Es más, el no aceptar una invitación a comer directamente, sino hacerse rogar e insistir, la carencia de grandes palacios en la capital, el gusto o cuando menos la falta de escrúpulos de la nobleza a mezclarse con el pueblo, la falta de prejuicios raciales y la importancia de la religión como elemento integrador de la nacionalidad, son otros tantos elementos que pueden entroncarse con relativa facilidad con el modo de ser de los musulmanes.

No ocurre lo mismo con la limpieza de sangre, ideada por los judíos sefardíes, y que, a fin de cuentas, al ser asimilada por los castellanos, iba a redundar en perjuicio de sus propios iniciadores, pues Castilla la adoptó en cuanto podía servir para conservar la pureza de religión. Por ello fueron muchos los cristianos nuevos y judaizantes que cayeron en manos del tribunal de la Inquisición.

Se atribuye también a los árabes la introducción en al- Andalus de las técnicas orientales de riego, y la existencia del Tribunal de las Aguas de Valencia se hace remontar a la época áurea del califato. Sin embargo, esta atribución es muy problemática y lo más que puede establecerse es que el léxico de las faenas de riego es, en una parte, árabe, sin que nos sea dado decidir con seguridad si la técnica en sí procede de los tiempos visigóticos, conforme afirma E. Lévi-Provençal. Únicamente en los casos de captación de aguas mediante canales subterráneos —como ocurría en Madrid— puede aseverarse su origen oriental.

Oliver Asín ha establecido la lista de algunos vocablos que hacen referencia a los más distintos aspectos de la actividad humana y pueden resumir bastante bien el grado de influencia del árabe en la cultura española por el simple hecho de haberlos asimilado el castellano:

"La táctica militar que empleaban era distinta a la nuestra: tenían adalides, alféreces, alcaides; llevaban adargas, alfanjes, acicates, aljabas; montaban a la jineta; daban rebatos; hacían algaras y alardes. Distintas eran también sus organizaciones administrativas o jurídicas, en las que figuraba el alcaide, almojarife, almotacén, zabalmedina, albacea, alguacil... Muy diversa era su vida comercial, que se hacía en almonedas, almacenes, alhóndigas, estableciéndose aduanas, imponiéndose tarifas, aranceles, alcabalas, garramas, alfardas, azofras, albaquías, rodvas. No menos nuevas eran para los cristianos las tareas de la vida industrial musulmana, sobre todo en lo relativo a vestido: albornoz, alquicel, aljuba, chupa, zaragüelles; a tejidos: alfombra, alcatifa, almohada; a productos de droga: albayalde, talco, alcanfor, solimán; a metalistería: zafra, alcuza, acetre; a carpintería: tarima, taracea; a joyería: alhaja, abalorio, ajorca, alhaite, alcorcí... Nuevas eran sus artes, aunque reducidas tan sólo a la Música y Arquitectura. Recordemos de la primera instrumentos como el adufe, rabel, laúd, ajabeba, añafil, albogue, tambor, y de la segunda los términos propios de la técnica de los alarifes y albañiles como ajimez, alféizar, alcoba, zaguán, algorfa, azotea, tabique, acitara... En la vida agrícola se perfeccionaban antiguos sistemas de riego y se renovaban o introducían nuevos cultivos. Y así se abrían acequias, aljibes, arcaduces, zanjas; se construían albercas y azudes; se levantaban aceñas y norias; se sembraba alfalfa, arroz, azafrán, berenjena, sandía, algarroba, alubia; cogían la aceituna, albérchigo, acerola... Especial importancia tenía también la vida pastoril; recordemos rabadán, gañán, zagal, res, azaque...".

La apreciación global de estas influencias es prácticamente imposible, pues no depende ni está en relación con el porcentaje de palabras de origen árabe que se encuentra en el diccionario, sino del influjo real que esta incorporación al léxico castellano supone. En cualquier caso, nos parece evidente que la aportación musulmana tuvo un peso específico muy importante en la formación de España, pero, sin embargo, no supo penetrar en el sustrato hispano de modo decisivo y, por tanto, no pudo imponer definitivamente la pátina unitaria islámica que ha recubierto con extraordinaria facilidad los más diferentes pueblos y las más diversas culturas: persas, turcos, coptos, beréberes, hausas, mogoles, son buen ejemplo de lo que decimos.

En al- Andalus siguió los mismos pasos que entre los pueblos citados, pero, enfrentado con un enemigo exterior, vencido al principio y vencedor después, sólo pudo influirle indirectamente desde el punto de vista espiritual y más directamente desde el material y cultural, conforme se puede demostrar fácilmente, ya que los mismos andalusíes tuvieron noción clara de este aspecto.

J. V.

mes y fundados en algo más que en un consenso espiritual y caudillismo; el carácter totalmente religioso de la vida musulmana impidió crear formas seculares de convivencia. La fuerza de Al- Andalus duró mientras hubo caudillos que electrizaran a las masas heterogéneas (A. Castro). Este hecho se refleja claramente en el período que transcurre desde la muerte de Abd al- Rahman II hasta el advenimiento de Abd al- Rahman III (912). En estos sesenta años, Al- Andalus va a estar gobernado por tres emires de carácter débil: Muhammad I (852-886), Al- Mundir (886-888) y Abd Allah (888-912).

Con los tres, el estado cordobés se verá sometido a una serie de intentos centralistas, ninguno tan fuerte quizá como el promovido por la familia de los Banu Qasi, del valle del Ebro. La característica primordial del reino de los Banu Qasi reside en su "carácter des-





***Anverso y reverso de un dinar de Hisham II acuñado en una ceca de Al- Andalus (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).***

tacado de confusionismo entre lo islámico y lo cristiano" (Udina). Los Banu Qasi, y especialmente Musa ben Musa ben Fortún, o Muza II, que llegó a titularse a sí mismo "el tercer rey de España", pretendieron crear un reino asentado en el valle del Ebro, para lo cual se apoyaban unas veces en el reino de Navarra, para poder hacer frente a los emires cordobeses, y otras en los emires, para sujetar el expansionismo navarro.

Pero la gran preocupación de los tres últimos emires de Al- Andalus fue la revuelta de Umar ben Hafsún, que hacia el año 881 comienza en la serranía de Ronda (Málaga) su vida de guerrillero. Tras una juventud azarosa que le llevó a ser perseguido innumerables veces, Umar ben Hafsún organizó desde el castillo de Bobastro, en el corazón mismo de la serranía de Ronda, una resistencia sorda frente al emirato cordobés. Organizó desde allí la comarca con espíritu de equidad y justicia, y sus dotes de gobernante y su valor personal le hicieron admirado y temido. A su servicio tenía musulmanes, renegados y cristianos. Su fuerza era tal, que el emir Abd Allah le nombró gobernador de Regio, con la condición de que le reconociera como soberano. Pero Umar volvió a sublevarse y llegó a dominar la mayor parte de Andalucía.

La situación de Abd Allah se hizo desesperada, con las tropas rebeldes a las puertas de la capital. Pero una oportuna ayuda de la nobleza le permitió vencer en Poley, en abril de 891, a las tropas de Umar. Tras la derrota, Umar se convirtió al cristianismo con el nombre de Samuel, lo que le enajenó la simpatía de los musulmanes que le seguían y precipitó, sin duda, su ocaso.

Al advenimiento de Abd al- Rahman III existían dos grandes problemas en Al- Andalus: la expansión por el Norte de los leoneses, castellanos, navarros, aragoneses y catalanes, que habían logrado forzar la estructura de la defensa del estado cordobés, y por otro, el peligro de la desmembración interna del país. Abd al- Rahman III intenta, en unas campañas relámpago, implantar la supremacía de Córdoba en toda la península, como en tiempos de Abd al- Rahman II. Esta labor fue lograda a medias. Porque, mientras por un lado vencía –aunque con cierta dificultad– a los epígonos de Umar ben Hafsún, tomando el castillo de Bobas-

***Arqueta del museo de la catedral de Gerona que el califa Al- Hakam II regaló a su hijo Hisham. Está hecha de madera forrada de plata repujada y dorada.***

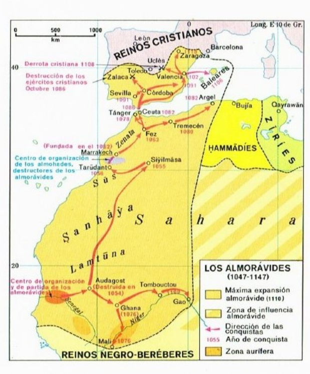


***Arquerías de la mezquita de Córdoba en el ala de edificio que mandó agrandar Almanzor.***

tro el año 917, sus tropas se estrellaron ante la resistencia astur-leonés.

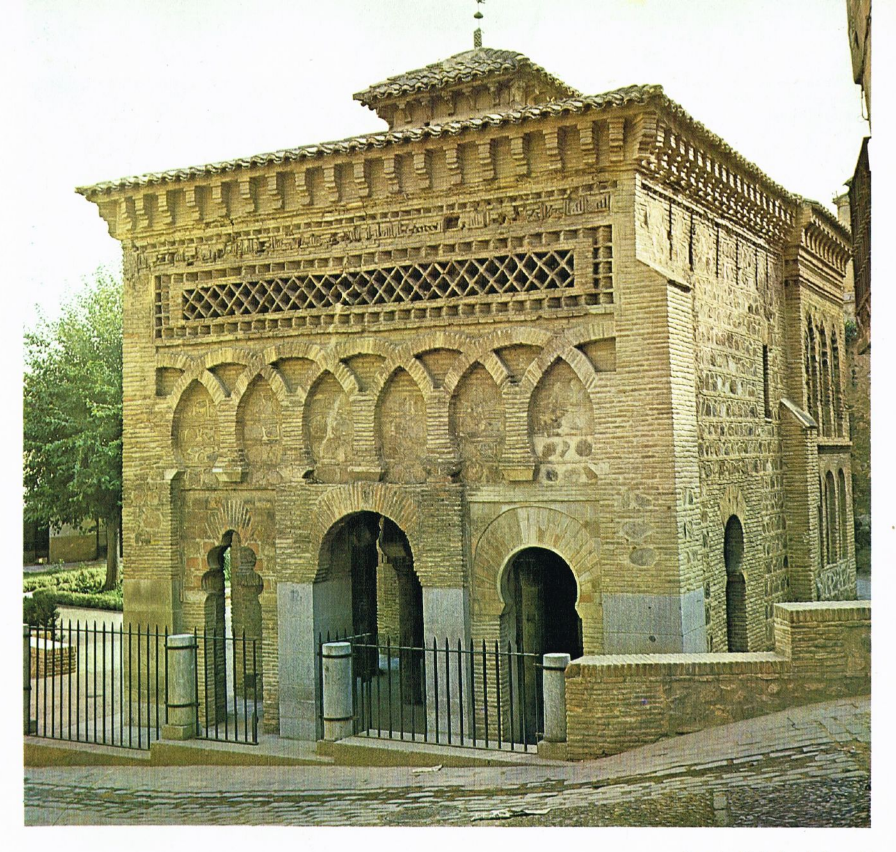
Abd al- Rahman III, minusvalorizando el poderío expansivo del reino cristiano, fue sorprendido en San Esteban de Gormaz el año 917 por el ejército astur-leonés, que le infligió una dura derrota, en la que murió su general Ibn Abi Abda. Desde luego, la derrota de San Esteban de Gormaz se volvió contra los mismos vencedores, por cuanto Abd al- Rahman III se percató de la auténtica fuerza expansiva del reino cristiano.

Para atajarla de raíz, el soberano cordobés puso en pie de guerra un verdadero ejército el año 920; por el camino de Toledo, Guadalajara y Medinaceli, se abatió sobre las defensas castellanas del Alto Duero, apoderándose y destruyendo los castillos de San Esteban de Gormaz y penetrando hasta Clunia. Luego se dirigió hacia la Rioja, cruzó el Ebro por Calahorra, con intención de arrasar Pamplona, pero antes de llegar se le enfrentaron los reyes de León, Ordoño II, y de Navarra, Sancho Garcés, en los llanos de Valdejunquera. La victoria de Abd al- Rahman III fue total, demostrando de esta manera la superioridad tan enorme de las armas musulmanas frente a las cristianas. Pero de nuevo Abd al- Rahman se equivocó al valorar la dimensión de la verdadera fuerza que poseían los leoneses, cuya preocupación principal era la de avanzar. Abd al- Rahman, muy preocupado con las reformas de su estado, que más adelante veremos, y por los graves problemas africanos, disminuyó la presión sobre el norte de la península.




A comienzos del año 929 fue cuando Abd al- Rahman III tomó la decisión más significativa de su carrera política al adoptar los títulos supremos de califa *(jalifa)* y príncipe de los creyentes *(amir al- munimir)*. Su decisión entrañaba la idea de que su casa había llegado a ser lo bastante poderosa para restaurar, incluso en la dignidad califal, la antigua dinastía omeya barrida de Oriente. Abd al- Rahman III, como omeya que era, pretendía ser el legítimo representante del califato ortodoxo y, justamente, fue ésta la justificación que dio en el momento de titularse califa.

Por lo demás, la actuación de Abd al-Rahman III no es independiente de los sucesos de su tiempo. La presión de los fatimi-



*La actual iglesia toledana del Cristo de la Luz es una mezquita del último período del arte califal, cuya riqueza arquitectural interna no desdice de las mejores formas de la mezquita de Córdoba. Toledo fue la segunda ciudad del califato.*

tas en el norte de África, especialmente en Túnez, después de haberse independizado de Bagdad, creando asimismo un califato, colocaba en una situación apurada al estado cordobés. Hay que señalar, sin embargo, que la independencia de Córdoba frente a Bagdad es de carácter político, al contrario de la fatimita, que tenía una justificación religiosa.

A partir de este momento, Abd al- Rahman III se sentirá con la suficiente fuerza como para llevar a cabo una reforma de la estructura del estado cordobés. Su principal medida, en este sentido, fue eliminar el poder político de la aristocracia árabe. Combatiendo sin tregua la tendencia separatista, redujo el poderío político-militar de la aristocracia de sangre, al tiempo que creaba una nueva nobleza de servicio para remplazar a la anterior. Así terminó el papel político de la aristocracia árabe de la España musulmana. Cierto es que reliquias de esta aristocracia figurarán todavía políticamente. Son los Beni Casim, por ejemplo, de la región valenciana, o los Beni Alahmar, que crearán en Granada un brillante reino. Pero estas excepciones no desmienten la ruina política de la aristocracia árabe.

Para completar su obra política de pleno poder del gobierno califal, Abd al- Rahman III se apoyó principalmente en la clase media, que, por el aliento que recibió del califa, alcanzó su plenitud en esta época. La clase media la componía esencialmente la burguesía ciudadana. Córdoba, Sevilla, Jaén, Mála-

ga, Almería y Valencia eran los puntos de residencia de esta burguesía. En su mayor parte estaba integrada por renegados y muladíes, que habían acumulado inmensas fortunas, en especial, por medio del comercio. Sevilla era, sobre todo, una ciudad donde se conservaban las tradiciones hispanas y romanas. La administración cordobesa se nutría, asimismo, de muladíes.

Artesanos y comerciantes se asociaban en gremios, a cuyo frente se hallaba un síndico nombrado por la administración y responsable de la honradez de los agremiados. Éstos se agrupaban en calles o por oficios, junto al mercado. Los mercados se extendían alrededor de las mezquitas.

Formaban también parte de esta burguesía ciudadana los judíos. Protegidos y tolerados por los califas, los judíos progresaron de modo considerable, dedicándose al comercio y a la industria, a la diplomacia, a la medicina y a la administración. Algunos de ellos llegaron a alcanzar elevados cargos en esta última. El número de judíos creció con este florecimiento y se llegaron a formar grandes ciudades sólo de habitantes judíos, como Granada.

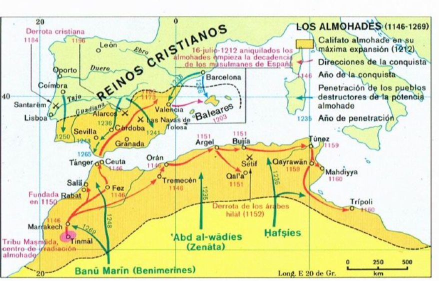
Esta importancia de la burguesía en las reformas político-administrativas que llevó a cabo Abd al- Rahman III en Al- Andalus fueron la causa del esplendor de las ciudades musulmanas de la península ibérica en el siglo X. Una breve relación de la extensión y de los habitantes de ellas nos dará una idea, aunque algo parcial, de su verdadera importancia. La más destacada es, sin duda, Cór-



***Una de las puertas de entrada al salón del trono de la Aljafería de Zaragoza. El complicado arco que la rodea no tiene finalidad arquitectónica, sino meramente decorativa.***

*Detalle de la puerta del oratorio de la Aljafería, palacio residencial que se edificaron los reyes taifas de Zaragoza. La sólida arquitectura califal fue sustituida por técnicas que lograban efectos sorprendentes con poco dispendio, como estas decoraciones postizas de yeso que recubren el esqueleto del arco.*

doba, que a mediados del siglo X llegaría a poseer unos 250.000 habitantes; luego vendría Toledo, con una extensión de 106 Ha de superficie y 37.000 habitantes; Almería, 79 Ha y 27.000 habitantes; Granada, 75 Ha y 26.000 habitantes; Zaragoza, 47 Ha y 17.000 habitantes; Valencia, 44 Ha y 15.000 habitantes, y Málaga, 37 Ha y 15.000 habitantes. Estas cifras pueden resultar pequeñas teniendo presente las grandes aglomeraciones de nuestra época, pero su valor es importantísimo si las comparamos con la extensión y número de habitantes de las grandes ciudades de Occidente de aquel momento.





***Aspecto de la alcazaba de Málaga, ejemplo de la arquitectura de las taifas. Su pobre estructura de mampostería y ladrillo es una consecuencia de la debilidad que los pequeños reinos taifas heredaron del desaparecido califato.***

El auge de la burguesía en Al- Andalus se vio favorecido, sin duda, por el "mantenimiento de unos precios medios de ciertos productos, sólo alterados por violentas oscilaciones esporádicas" (Asthor), y por una considerable alza en los salarios, lo que permitía una implantación de precios mayor y, en consecuencia, una mayor entrada de beneficios en el erario público. Se puede aceptar, con algunas reservas, que la política de economía dirigida de Abd al- Rahman III alcanzó un espléndido éxito al lograr frenar la inflación.

El segundo apoyo de Abd al- Rahman III para triunfar en su obra reformadora lo encontró en una clase de burócratas, nueva aristocracia palatina que creó el califa cordobés para contrarrestar aquella de la sangre. Esta nueva nobleza, burocrática y militar, estaba integrada en buena parte por *esclavos,* nombre genérico con el que se designaba a gentes de diversa procedencia –gallegos, franceses, alemanes, lombardos, calabreses y habitantes de la costa del mar Negro–, que eran vendidos como esclavos al califa y educados con rigor y solidez en el mismo palacio imperial. Su número fue en aumento y llegó a ser considerable en tiempos de los sucesores del primer califa. Entre ellos se cubrían los cargos administrativos y militares principales. El enriquecimiento subsiguiente a su situación acrecentó aún más su poder político. Durante el siglo X, se puede afirmar que a ellos correspondió la dirección política y militar de Al- Andalus.

Pero la reforma de las estructuras econó-

micas de Al- Andalus que llevó a cabo su primer califa afectó a los tres sectores de la economía.

Con respecto al campo se puede afirmar que a partir de Abd al- Rahman III cambió casi totalmente el sistema de producción de la tierra, precisamente por el hecho señalado más arriba de la desarticulación de los viejos latifundios de la nobleza árabe. A partir de este momento se extendió el sistema de aparcería, que ellos mismos habían heredado de los bizantinos. La aparcería establecía un contacto entre dos hombres libres: el señor de la tierra y el colono, que no era considerado como esclavo –como ocurría en la época grecorromana–. Por tanto, entre el propietario y el cultivador (denominado *amir*), o entre el propietario y el socio *(xaric)*, existía una serie de relaciones que se basaban en la entrega por éstos de una parte mayor o menor de las cosechas. Esta parte no solía rebasar la mitad. Se llamaba *munasif* o medianero quien partía con su señor el producto de sus cosechas; pero también habían algunos *mujammis*. En estas circunstancias, no cabe duda que los colonos, los cultivadores del campo, fueron mucho más favorecidos por los árabes que por los visigodos.

Este parcelamiento de los grandes latifundios mediante el sistema de aparcería, unido a la difusión por el país de nuevos y remuneradores cultivos, dio un gran impulso a las actividades agrícolas. Debe advertirse que el musulmán amaba los árboles y las plantas, según se deduce de la pasión por los jardines que se advierte en sus manifestaciones artísticas.

Los musulmanes introdujeron el cultivo del arroz, de la caña de azúcar y de la granada, y desarrollaron los de los agrios y los del algodón, productos todos que necesitaban del clima de las hoyas granadinas, las huertas murcianas y levantinas. Los árboles frutales, especialmente el almendro, higuera y manzano, fueron atendidos por los musulmanes.

Ahora bien, el centro de la producción agraria de Al- Andalus lo constituyó la tríada mediterránea: cereales, vid y olivos. El cultivo de cereales, tal vez la producción agrícola más importante, se llevó a cabo en las grandes extensiones de secano; su producción excedía las necesidades del país. De los ce-



***Un recipiente de marfil labrado, para contener perfumes, construido en la época de Al- Hakam II (Hispanic Society, Nueva York).***





***Anverso y reverso de una moneda fraccionaria del dirhem de la época de los almorávides (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).***

# LA TOMA DE BARCELONA POR ALMANZOR

El 6 de julio del año 985, el ejército cordobés al mando de Abu Amir Muhammad ben Abi Amir, al que las crónicas romances llaman Almanzor, se apoderó de la ciudad de Barcelona. Realmente, pocos hechos guerreros tienen en la historia de España una trascendencia semejante. Pero no nos precipitemos. De las, aproximadamente, cincuenta campañas que las crónicas musulmanas cuentan en el haber de Almanzor, la número veintitrés, a juicio de Lévi-Provençal, fue la que emprendió contra la capital de la Marca hispánica.

La campaña fue preparada con el máximo cuidado: reunió un ejército muy numeroso y, en lugar de marchar directamente contra la Marca hispánica, dio un largo rodeo por el sudoeste de la península, haciendo una demostración de fuerza que pensaba debería ser útil para su prestigio en las regiones de Andalucía oriental y de Levante. Saliendo de Córdoba el 5 de mayo de 985, atravesó sucesivamente las ciudades de Elvira, Baza y Murcia, donde, durante dos semanas, le ofreció hospitalidad fastuosa un rico propietario, que toma a su cargo la manutención de todo el cuerpo expedicionario. Una vez concluida su estancia en Murcia, el célebre caudillo cordobés se dirigió hacia Barcelona a lo largo de toda la costa mediterránea.

El conde de Barcelona Borrell II, teniendo noticias del avance, intentó oponérsele antes de que llegase a sus propios territorios. Pero el intento del conde Borrell resultó vano, ya que fue plenamente derrotado. El día 1 de julio, las tropas cordobesas llegaron a los muros de la ciudad de Barcelona, al mismo tiempo que una escuadra cordobesa fondeaba en el puerto. La gran mayoría de la población del territorio barcelonés y de los lugares más cercanos se refugió precipitadamente en la ciudad, con la esperanza de que sus altas murallas romanas fueran capaces de soportar el empuje sarraceno.

De hecho, no sabemos prácticamente nada sobre los detalles, que debieron ser innumerables, del asedio; pero la seguridad de los árabes ante la inmediata caída de la ciudad, la desconfianza de los cristianos tanto en recibir ayuda como en poder resistir con sus solas fuerzas y el empuje de las acometidas musulmanas aconsejaron, pasados cuatro días de asedio, que el conde Borrell II y sus más allegados colaboradores intentaran salir de la ciudad. Ésta quedó, en este instante, bajo el mando del vizconde Udalardo. Dos días más tarde, la ciudad cayó en manos musulmanas.

El saqueo fue extraordinario: la mayoría de los edificios de la ciudad fueron quemados; los habitantes que no murieron en la lucha fueron llevados como cautivos a Córdoba. Entre los cautivos figuraban altos personajes del momento, como Udalardo, vizconde de Barcelona; Arnulfo, archidiácono de la catedral, y otros muchos. Las proporciones del desastre fueron enormes.

Con razón escribió Carreras Candi que la entrada del ejército de Almanzor en la ciudad es el hecho más calamitoso que registra la historia de Barcelona, al menos de mil años hacia acá. Como escribió un historiador cordobés contemporáneo de los sucesos, "Almanzor destruyó la ciudad y amargó a sus habitantes con la humillación y el dolor". Por su lado, las fuentes cristianas son unánimes a la hora de reflejar la importancia de la catástrofe. Un documento catalán de principios de 987 dice que *"mortui vel capti sunt omnes habitantibus de eadem civitate vel de eiusdem comitatum"* (muertos o cautivos son todos los habitantes de aquella ciudad –se refiere a Barcelona– y de aquel condado).

Una expedición tan meticulosamente preparada y con un acopio de fuerzas extraordinariamente importante para su época, debía obedecer a unas razones profundas. ¿Cuáles fueron, pues, las razones que pudo tener Almanzor para atacar la ciudad de Barcelona? Si en las expediciones que luego llevará a cabo contra León, Castilla y Navarra se puede ver, como razón, una enemistad antigua o la vulneración de tratados entre los dos países, para el condado de Barcelona todas estas explicaciones no son válidas.

Son proverbiales los lazos de amistad existentes, en la segunda mitad del siglo X, entre la Córdoba califal y los condados pirenaicos. La Marca hispánica era, en esos instantes, el lugar a partir del cual se transmitía la ciencia árabe, a través de los monasterios, hacia Occidente. Millás Vallicrosa ha escrito páginas excelentes sobre este punto.

No nos parece tampoco convincente que Almanzor fuese guiado por un afán proselitista, puesto que su ejército estaba compuesto en su mayor parte por beréberes e, incluso, cristianos. Ante la falta de razones que podríamos llamar políticas, muchos historiadores han querido ver en esta expedición el carácter de una razzia en busca de un inmenso botín. Desde luego, resulta innegable que el ejército del caudillo amirida se llevó del saqueo de la ciudad innumerables cautivos, muchos de los cuales se vendieron como esclavos y, una menor parte, regresó a sus hogares una vez pagado el duro rescate. En fin, se puede ver en la expedición el deseo de obtener fácilmente, gracias al saqueo, las primas necesarias con las que poder contentar a sus soldados.

Decimos que resulta innegable que la expedición de Almanzor consiguiese todos estos objetivos de carácter económico, pero parece muy poco verosímil que se montara una expedición tan costosa para obtener unos hipotéticos ingresos. Hay que profundizar más en el mismo carácter del propio Almanzor y explicar la expedición contra Barcelona como un deseo de buscar gloria.

En este sentido, cabe destacar las razones que el famoso historiador cordobés Abu Marwan ben Hayyan (988-1076), autor de una obra intitulada *Kitab al-Muqtabis ti Ta'ris Richal al- Andalus* (Libro del que desee conocer la historia de al- Andalus), expone: "Pero hacia el fin del reino de los omeyas de Oriente y al principio de los abbasidas hubo una época de abatimiento entre los árabes españoles. Aprovecháronse de ella los francos para reconquistar el país que habían perdido; adelantándose hasta Barcelona, reconquistan esta ciudad cerca de doscientos años después de la hégira y pusieron allí un gobernador. Desde entonces formó parte Barcelona de los estados del rey franco, que era entonces Carlomagno. Pero habiéndose introducido más tarde la discordia entre los débiles reyes francos, los señores les disputaron el poder. Arrogábanse los gobernadores la soberanía entre las provincias confiadas a su custodia, y los de Barcelona hicieron otro tanto. Los omeyas de España, al comenzar su imperio, tuvieron por norma llevarse bien con estos príncipes, temerosos de tener que combatir si los atacaban aliados con el rey de Roma; pero Almanzor, habiéndose cerciorado de que los barceloneses estaban enteramente separados del reino de los francos, los atacó violentamente y asoló el país, tomó Barcelona y la destruyó".

De este párrafo de Ibn Hayyan se pueden deducir dos importantes factores en la historia de Cataluña. Primero, la razón directísima que tuvo Almanzor de atacar la ciudad: "...cerciorado de que los barceloneses estaban... solos...". Almanzor atacó la única ciudad que no había sido nunca atacada por los anteriores califas y emires de al- Andalus. A nuestro modo de ver, ésta es la causa, como ya dedujera hace algún tiempo F. Udina, del ataque de Almanzor a Barcelona. Pero el texto de Ibn Hayyan nos ofrece otra vertiente, como es la de mostrarnos la independencia que de hecho poseía ya el condado de Barcelona frente al reino franco. La toma de Barcelona y la inhibición de los reyes francos decidieron la fortuna de la ciudad.

Es ahora cuando, libres de los ligámenes con Francia y lejos de la dependencia con el califato, el condado de Barcelona empieza a adquirir una conciencia propia de sí mismo como entidad político-cultural. El año de 985 es, sin duda, para Barcelona, como ya apuntara F. Udina, un jalón muchísimo más decisivo que el simbólico del año 1000. Ahora Barcelona iniciará una reconstrucción de todos los órdenes, que vendrá favorecida por el lento despertar del Occidente europeo. El incremento demográfico, tan sensible en el siglo XI, obligará a los ciudadanos de Barcelona a crear numerosos suburbios alrededor de la ciudad amurallada, creando la imagen de la futura ciudad medieval.

J. E. R. D.



*Un fragmento del estandarte del ejército árabe en la batalla del Salado (Catedral de Toledo). Esta batalla representa el duelo entre los meriníes norteafricanos y el reino de Castilla por el predominio del estrecho de Gibraltar. La victoria de los cristianos cortó para siempre la posibilidad de una nueva invasión árabe de la península.*

reales, el trigo era el más cultivado, pero también lo fueron la cebada y el maíz e igualmente algunas leguminosas como el garbanzo y las habas.

Mención especial merece el auge que llegó a tener el cultivo de la vid. Cosa notoria si se tiene en cuenta que existía un precepto coránico que prohibía el uso de bebidas alcohólicas, así como cualquier estimulante. Pero, salvo en períodos de furor puritano, la producción de vid siguió siendo tan elevada como en época romana.

Un interés primordial tiene la producción de aceite en Al- Andalus. La extensión de olivares en el estado cordobés se supone bastante semejante a la actual. La producción debía de ser elevada, por cuanto fue uno de los productos en que se basó la exportación musulmana.

El comercio, aun sin ser la causa de la riqueza de Al- Andalus, tiene una importancia extraordinaria. El viajero que visitara Córdoba a mediados del siglo X quedaría deslumbrado por el brillo de las esmeraldas "egipcias", turquesas de Nishapur, rubíes del Yemen, perlas del golfo Pérsico, coral del nordeste de África y Sicilia, y mármol de Siria y Azerbaiján. Se asombraría ante las grandes cantidades de lino de Egipto, Yemen y sudoeste de Persia; de algodón de Meru, Persia oriental; de seda del Turquestán y del área sur del Caspio; de alfombras de varias regiones de Persia; de cerámica de Khurasam y otras provincias; de artículos de vidrio de la costa siria y de manufacturas de hierro de Fargana. Está encantado aspirando el delicioso perfume de la esencia de violetas iraquí, del agua de rosas persa, del incienso y ámbar gris arábigos, mientras que saborea los exquisitos higos del Mogreb, los dátiles iraníes y africanos, los melones del Turquestán, el aceite de oliva tunecino, el azúcar persa, yemenita y palestino; el azafrán del noroeste de Persia, el esturión del lago de Van y –salvada la prohibición de Mahoma– el excelente vino del Irak.

El mundo del Islam estuvo invadido siempre por el dominio de las rutas comerciales que unían un mosaico tan heterogéneo de costumbres, climas y producciones. Una



***Aspecto de las murallas de Marrakesh, ciudad que, en competencia con Fez, fue capital de los almohades y una de las más importantes del mundo árabe de su tiempo.***

gran ciudad musulmana, como era el caso de la Córdoba califal, si en su país no encontraba lo que deseaba, podía buscarlo en Túnez, en Egipto, en Siria, en Persia, en la India, desde el Indo hasta el Tajo; el dominio musulmán estuvo surcado por navegantes que intercambiaban, de una forma constante, sus productos. Pero no era sólo un comercio dentro de los límites del Islam; por el contrario, nos encontramos con intercambios, en algunos momentos muy fuertes, entre el mundo musulmán y el cristiano.

Hacia el Este, por la región de las estepas rusas, los comerciantes varegos intercambiaban con el califato de Bagdad esclavos y objetos de cuero y pieles, a cambio de seda, joyas y, sobre todo, oro en monedas. Por el Oeste, Cataluña ofrecía la situación privilegiada de poner en contacto el mundo carolingio con el califato. De nuevo, los esclavos y los objetos de cuero se intercambiaban por el oro en moneda musulmana. Poseer una moneda de oro supone en la Europa occidental un privilegio exclusivo de los muy grandes. Las monedas de oro musulmanas se conservaban como objeto precioso y no como moneda.

Hay que señalar que la política de Abd al- Rahman III, así como la de su hijo Al-Hakam, no se preocupó de atraer a los puertos de Al- Andalus los objetos del comercio mediterráneo. Éstos, sin embargo, llegaron a las grandes ciudades del califato cordobés por la misma inercia que le daba su necesidad. La importancia de mercancías exteriores fue bastante considerable y el comercio de importación y exportación terminó por centralizarse. Fue Almería el puerto más internacional de Al- Andalus. Allí se concentraban las embarcaciones procedentes de Siria, Egipto y Bizancio, aunque se puede decir que todas las grandes ciudades musulmanas eran grandes centros comerciales, en todas ellas existían grandes depósitos de mercancías (que se guardaban en los *funduq* o alhóndigas, que, al propio tiempo, servían de hospedaje; más adelante se crearon los *jan* o posadas para el hospedaje de los viajeros). De forma parecida se intuirán las ciudades europeas de los siglos XIII-XV.

Pero el centro de intercambio comercial más importante, ya sea de este gran comercio internacional, de objetos de lujo; ya sea uno de carácter más reducido, de igual im-

portancia, era el *zuq* (zoco). Se trataba de una serie de callejuelas agrupadas alrededor de la mezquita principal, cada una de las cuales reunía a los artesanos de un mismo oficio. Estas callejuelas, estrechísimas, a veces con un pequeño ensanchamiento en forma de plazuela *(tarbiat),* rebosaban de actividad, pues a ellas daban las tiendas y obradores de los artesanos y los comercios de lujo, llamados bazares, distribuidos en plantas de dos o tres pisos, en los cuales se vendían las piezas al por mayor.

Ya hemos señalado que la obra de los dos primeros califas tuvo una intención claramente favorecedora de la clase media de las ciudades. Con una actividad comercial como la descrita era fácil, de no regularse, terminar en una inflación de los precios. Es por lo que la administración califal ejerció cierta intervención en el comercio, con la finalidad de percibir tasas sobre las transacciones y las entradas de mercancías en las ciudades y en el país. Pero principalmente con la clara intención de regular, en todo momento, la actividad comercial del califato.

El esplendor del califato levantado por Abd al- Rahman III y Al- Hakam II dependía, en gran medida, de las distintas fuerzas que lo integraban, sobre todo de detener la progresiva importancia de la nobleza palatina –los burócratas–, que dominaba, en cierta forma, los mecanismos del califato. Mientras vivieron los dos primeros califas se logró evitar que el régimen cordobés se encaminara hacia lo que los burócratas querían. El equilibrio se rompió a la muerte de Al- Hakam II. Su sucesor fue un niño, Hisham II, de once años de edad, bajo la regencia de Al- Moshafi, y del amigo de este último, el general Abuamir, más conocido por el epíteto que adoptó de Al- Mansur Billah (el Victorioso por gracia de Dios), que en romance dio el nombre de Almanzor. Su gobierno, que empieza de una forma clara hacia 981, fue de una gran actividad militar. Se dice que llevó a cabo cincuenta y siete expediciones. Las primeras manifestaciones de la "dictadura" de Almanzor fue la devaluación monetaria, condicionada por los altos niveles presupuestarios que alcanzan las sumas destinadas al mantenimiento de los ejércitos y de la fuerte oligarquía militar. Un ejemplo claro de esta depreciación monetaria hay que verlo en el hecho de acuñar dirhems en cobre, lo que contradecía su mismo valor.

Al decaer su estabilidad económica, Al-Andalus fue perdiendo poco a poco el activo comercio que tuvo en la primera mitad del siglo X y, paradójicamente, cada victoria de Almanzor hundía más y más el califato.

Hasta entonces, según hemos visto, las tropas árabes formaban unidades que se agrupaban según su origen tribal y su lugar de habitación en la península (llamados *chundis*). Almanzor, sin respetar esta estructura tradicional, dispersó a los milicianos árabes en diversas unidades de reclutamiento mixto, con lo que debilitó la cohesión del vínculo de tribu. Por otra parte, aumentó considerablemente los efectivos militares integrados por mercenarios, entre los que figuraban no pocos cristianos, y que reclutó, sobre todo, entre los beréberes del Magreb y los de Ifriqiya, quienes se alistaron por millares en el ejército cordobés; fueron los soldados profesionales más adictos a Almanzor y constituyeron el armazón de sus fuerzas armadas. A partir del gobierno amirí fue cuando se empezó a hacer más efectivo el deber de hacer la "guerra santa" o *chihad,* y numerosos combatientes por la "fe" o *muchahids,* procedentes, en su mayoría, del norte de África, se alistaron entonces en los ejércitos cordobeses.

***Una vista de Sevilla con la Torre del Oro en primer plano y la Giralda al fondo. Durante el período almohade, Sevilla fue la capital artística del Islam. Su magnífica mezquita, hoy desaparecida, tenía un alminar famoso entre las torres árabes: la Giralda. La Torre del Oro era un elemento de las defensas del alcázar.***



La acción militar de Almanzor estuvo casi destinada a destruir los núcleos cristianos del norte de la península ibérica. De sus múltiples acciones sobre ellos caben destacar dos por su importancia cualitativa y porque se pueden ofrecer, cada una de ellas, como modelos de las restantes expediciones.

La primera fue la que realizó Almanzor contra Barcelona, el 985. Después de seis días de asedio, las tropas cordobesas entraron en la ciudad y la incendiaron, siendo muertos o reducidos a la cautividad la mayoría de sus habitantes; el vizconde Udalardo y el arcediano Arnulfo fueron hechos prisioneros, no así el conde Borrell II, que logró huir a las montañas. Luego de saquear Barcelona, los musulmanes hicieron otro tanto con los monasterios de San Pedro de las Puellas, en las afueras de Barcelona, y de San Cugat, a unos quince kilómetros de la ciudad.

La segunda aún tuvo un carácter más simbólico. La llevó a cabo Almanzor contra Santiago de Compostela, el año 997. Almanzor sale de Córdoba y atraviesa Coria hasta Viseo. Luego, en Oporto, se incorporan a la expedición tropas cordobesas de infantería que han sido llevadas por mar y destruye algunas fortalezas a su paso hacia Santiago, adonde llega a los pocos días. La ciudad fue arrasada, así como la basílica del sepulcro del santo, pero no el propio sepulcro, que fue respetado por el caudillo musulmán.

A la muerte de Almanzor, sus sucesores no logran evitar la catástrofe. En menos de treinta años, una de las culturas más florecientes de todos los tiempos se derrumba. En esta vertiginosa caída, todos tienen la culpa. Por un lado, la incapacidad de Hisham II y el tercer regente amirí. La injerencia creciente y pronto desmesurada de los pretorianos beréberes y eslavos en los negocios públicos, la anarquía creciente en la plebe de Córdoba y, sobre todo, la falta de apoyo que recibió el régimen de la clase principal de Al- Andalus, la burguesía. Ésta, que había sido elevada por Abd al- Rahman III, veía como sus intereses estaban en contraposición con los de la dictadura, y muy pronto, al faltar la mano férrea que los obligara a aceptar la situación a la fuerza, prefirieron desligarse de los problemas y dejar que el califato se derrumbase.

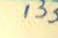
La situación internacional era, además, desfavorable para aceptar un régimen que predicaba la fuerza. El creciente aumento de poder de las ciudades italianas, en especial de Génova y Pisa, desaconsejaban una política de fuerza frente a los cristianos, antes bien unas relaciones cordiales con las que poder seguir la expansión comercial, que había sido una forma unívoca de su esplendor y riqueza.

A la desmembración política del califato siguió un régimen caracterizado por la multitud de facciones, banderías o "taifas" *(tawaif)*. Al frente de cada uno de los distritos, fronteras, cantones y ciudades de Al- Andalus quedaban como soberanos independientes de sus pequeños principados una serie de reyezuelos, los llamados "reyes de taifas", pertenecientes a los tres partidos que en los últimos años habían luchado por imponerse en Córdoba: la taifa andalusí de origen árabe, la taifa eslava y la taifa beréber.

La primera dominaba las regiones de Córdoba, Sevilla, Ronda, Carmona, Morón, Arcos, Santa María de Algarbe, Mértola, Badajoz, Toledo, Zaragoza, Albarracín, Al-

***Un fragmento del pendón bordado que los ejércitos almohades llevaban como enseña en la batalla de las Navas de Tolosa (Monasterio de Las Huelgas, Burgos). Esta derrota supuso el comienzo del fin del imperio almohade.***





*Miniatura del "Libro de ajedrez, dados y tablas", de Alfonso X el Sabio, recopilación de juegos árabes hecha en el siglo XIII (Monasterio de El Escorial, Madrid).*

puente, Murcia. Las taifas eslavas regían el Levante, Valencia, Tortosa, Denia, Baleares, Almería. Por último, la taifa berébere dominaba las zonas penibéticas, Málaga, Algeciras y, especialmente, Granada. Total, en un primer momento, llegaron a contarse casi treinta pequeños reinos. Desde luego, algunos se mantuvieron por poco tiempo. Las intrigas eran constantes y se producían incesantemente luchas entre los pequeños estados, así como en cada uno de ellos. Es indudable que los estados grandes absorbieron muy pronto a los pequeños, como sucedió con Sevilla, que fue englobando a casi todas las taifas de su zona.

La historia política de estos reinos está llena de intrigas por todos lados y complicada por la cantidad de minúsculos acontecimientos. Los factores determinantes de los reinos taifas fue su propia autarquía económica. Cada reino taifa estaba alrededor de una gran ciudad, centro de producción en época califal y que aún continuaba, pero ya no existía la antigua cohesión que dio lugar a la fundación de un emirato poderoso y luego dio paso al esplendor del califato. Como hemos señalado, Almanzor rompió de una forma violenta los cerrados grupos de organización tribal árabe para poder afianzarse en su poder. Desaparecida la dictadura, ya no existen cuadros que logren una cohesión, por pequeña que sea.

Los reinos taifas conservan, sin embargo, por un lado el esplendor de la vieja civilización, y por otro, la pujanza económica del estado cordobés. Cada reino es ahora un pequeño "califato", y cada rey se convierte en mecenas, literato, músico y artista, rodeado de poetas y filósofos, que construye palacios deliciosos para llevar a cabo una existencia relajada. La vida cultural se desarrolla en una atmósfera amable, en muchos casos profana y libre, en cualquier caso, del control religioso. Incluso se puede observar una relajación en las viejas costumbres musulmanas, al estar presente la mujer en las actividades masculinas, lejos de su reclusión en el harén, como es norma general en el mundo islámico.

Frente a este mundo refinado y despreocupado, excesivamente débil, tanto política como militarmente, se levantan grandes dificultades internas y externas. Se puede decir, incluso, que unas se entremezclan con las otras. La presión castellana en el occidente peninsular y la de los condes de Barcelona, especialmente la de Ramón Berenguer I, sobre los reyezuelos taifas fue cada vez más

*Reverso de un mancuso de Ramón Berenguer I de Barcelona (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona). Este conde fue el primero que cobró parias a los reinos de taifas.*



fuerte. Sin embargo, los reyes cristianos de la península consideran la empresa de conquistar los reinos taifas como inviable y prefieren llevar a cabo una particular forma de entendimiento.

A cambio de la protección hacia los reinos taifas, los reyes cristianos exigían un pago regular en monedas de oro, un tributo que se llamó *parias*. Quien primero cobró parias fue el conde de Barcelona, Ramón Berenguer I, y luego todos los reyes de la península, Fernando I de Castilla y Sancho Ramírez de Aragón. La importancia numérica de estos cobros nos la podemos imaginar con un solo ejemplo: baste indicar que la cantidad que recibían los reyes de Navarra y Aragón (mil mancusos) al mes suponía mucho más que toda la producción del monasterio de Cluny durante todo un año (Lacarra).

La importancia de estos tributos fue tal, que los reyes taifas no tuvieron más remedio que tomar graves medidas. Por un lado, incrementaron los impuestos, y por otro, depreciaron de manera voluntaria el valor de su moneda. Esta ausencia notable de dinero fuerte, esto es, con una ausencia cada vez mayor de metal noble en las monedas (las monedas se avellonaron), llevaron consigo una disminución casi general del tráfico comercial en Al- Andalus y, en consecuencia, la economía de los reinos taifas sufrió un fuerte retroceso. La sociedad musulmana de mediados del siglo XI vive en un perfecto estado de inflación monetaria y en un estancamiento total de la economía, no pudiendo salvarla el hecho de que la mayor parte del oro de parias que los reyezuelos taifas pagaban a los cristianos revertía de nuevo al territorio originario, a cambio de productos elaborados.

A la crisis económica siguió en los años sucesivos una crisis social muy aguda. Los alfaquíes se colocaron al frente de una protesta general que invalidaba el sistema depositario que llevaban a cabo en esos reinos. Redactaron algunos *fatwa*, que declaraba contrario a la fe el cobro de otros impuestos que los acordados en el *Corán* y la *Sunna*. Si los reyes no cobraban impuestos onerosos, no podían pagar las grandes cantidades que les exigían los reyes cristianos. Su situación era comprometida, por cuanto no existía ninguna posibilidad de arreglo.

Las fluctuaciones en el pago de parias indujeron a Alfonso VI a la conquista directa de esos reinos. De esta forma, en 1085, toma Toledo, ante el estupor de muchos reyes musulmanes. En Al- Andalus las dos posturas se extremizan: por un lado, los reyes y sus amigos incrementan los impuestos; por otro, los alfaquíes, apoyados por el pueblo, presentan a los almorávides como los defensores de la fe. Ante la trágica disyuntiva, los reyes taifas prefirieron desaparecer a manos de un creyente musulmán que a manos de un rey cristiano.

En los confines del Sáhara y del Sudán vivían los beréberes nómadas, convertidos al Islam hacía poco. A mediados del siglo XI algunos misioneros los transformaron en un grupo de austeros fanáticos que llevaron la tradicional guerra santa contra los negros paganos. Residían en conventos fortificados, los *ribat*, de donde derivó su nombre de *almorabitum* –la gente del *ribat*–, que nosotros hemos convertido en "almorávides". Se les convenció fácilmente de que era necesario limpiar lo que los juristas malikitas, o malequíes, del Magreb les presentaban como hogares de depravación: en pocos años conquistaron Marruecos y la mitad occidental de la actual Argelia. De esta manera llegaron a poseer un imperio, centrado en el actual Marruecos, cuya capital era Marrakech. Llamados por los alfaquíes, los almorávides, bajo el mando de Yusuf ben Tasufin (m. en 1106), desembarcaron en Algeciras y se lanzaron hacia el Norte en busca del choque con los cristianos. Un nuevo método de guerra, con la utilización de infantería, despistó a las tropas de Alfonso VI, que fueron derrotadas duramente en la batalla de Zalaca o Sagrajas, el año 1086.

La creación del imperio almorávide en la península fue fulgurante, pero frágil. Al carecer de una base económica, el imperio almorávide se deshizo en el momento en que los generales se acomodaron a la vida muelle de Al- Andalus. La decadencia comenzó con la conquista de Zaragoza por Alfonso I el Batallador, rey de Navarra y Aragón, en el año 1118. Al caer los almorávides, en 1145,



***Vista de conjunto de la Alhambra de Granada, el edificio característico del período nazarí, construido casi en su totalidad en el siglo XIV.***

se estructuró la península en dos zonas divididas por un profundo foso: las Extremaduras.

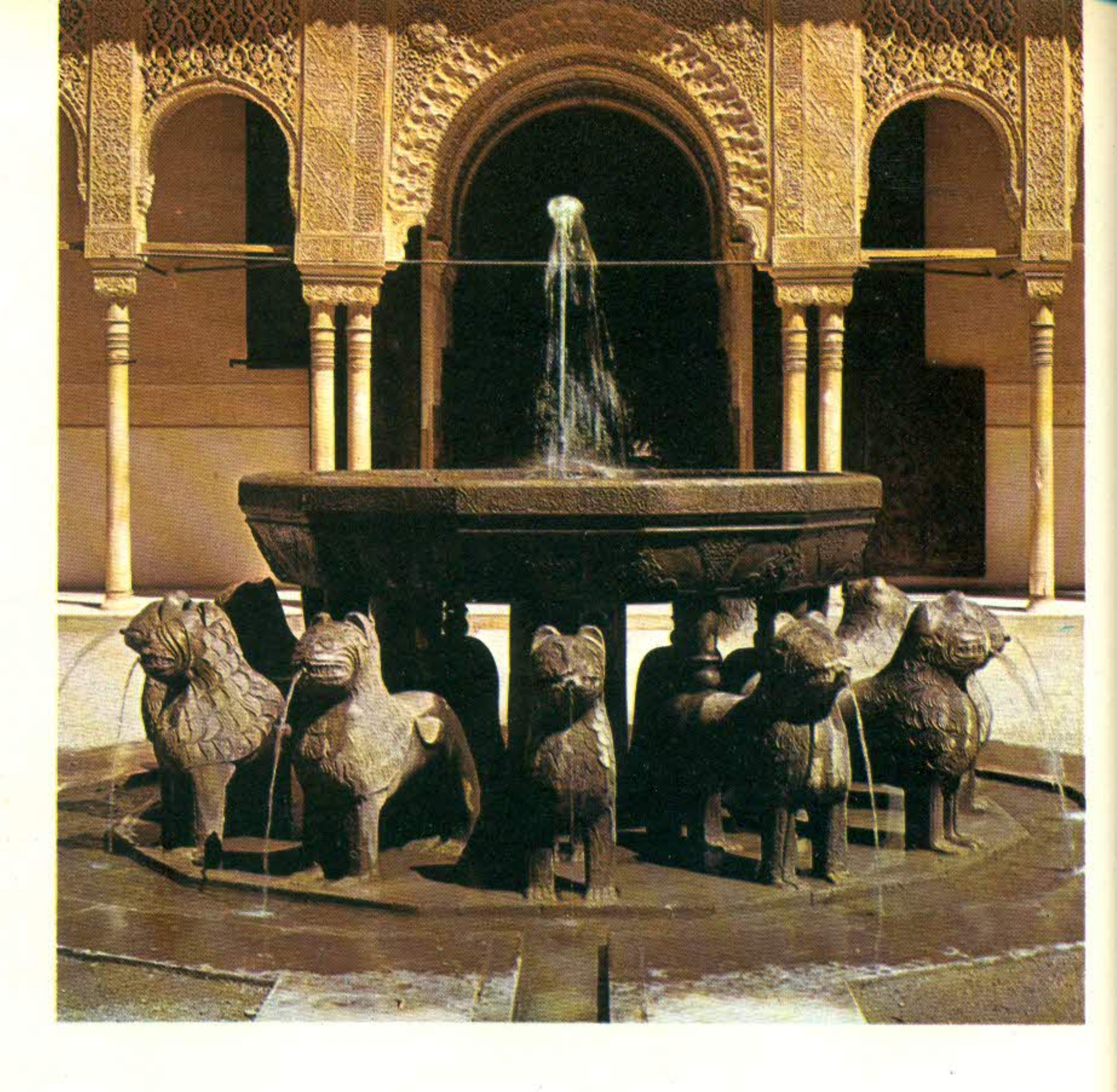
Los fosos entre la península cristiana y la musulmana quedaron totalmente definidos con la entrada en escena de un nuevo pueblo que vino a sustituir a los almorávides. Se trata del movimiento almohade *(al- Muwahhidun),* "el confesor del Uno", movimiento fundado por Ibn Tumert y organizado después de él por Abdalmumin, cuya dinastía tenía que reinar desde mediados del siglo XII a mediados del XIII.

Infinidad de veces se ha sostenido que la invasión almohade supuso la decadencia cultural de Al- Andalus, afirmación que está bien lejos de ser verdad. Por el contrario, los almohades llegaron a crear una cultura con sabor propio y favorecieron el florecimiento del pensamiento, que en aquellos momentos llegó a su apogeo. La coyuntura les era favorable: derrumbado el califato de Bagdad, todo el pensamiento musulmán se refugió en Al- Andalus, donde reinaba un ambiente de libertad, lejos de los excesos puritanos que en otros lugares del mundo islámico había llevado el malikismo.

La obra de los almohades debe sopesarse en el intento de equilibrio y prosperidad que dieron a Al- Andalus durante casi un siglo. Su sustrato económico se evidencia en la entente económica que concertaron con los genoveses, por lo que el gran comercio musulmán volvió a reactivarse y, en consecuencia, a dar un florecimiento general a todo su territorio.

Pero los reinos cristianos de la península se habían lanzado al frenesí conquistador. Una mezcla de guerra santa musulmana y cruzada de cuño francés se aunó en el espíritu de los hombres de frontera de Castilla, que vincularon el país a un esfuerzo de conquista continuada. La zona entre el Tajo y el Guadiana, varias veces conquistada por las armas de los reyes cristianos y varias veces perdida, constituía un territorio apto para la articulación del fervor guerrero. Además, la dificultad de dominar esta frontera tan peligrosa movió a los reyes castellanos a crear las Órdenes militares, funda-

La fuente de los Leones en el patio más famoso de la Alhambra de Granada. Aunque de arquitectura tosca y primitiva, en comparación de la decoración de toda la Alhambra, estos leones son, en cierto modo, el símbolo del gran palacio granadino.



das todas en la segunda mitad del siglo XII.

El origen y peculiar forma de actuación de las Órdenes militares españolas son como una réplica de la antigua institución musulmana de los *ribat*, constituida por unos hombres entre ascetas y guerreros, preocupados solamente de la guerra santa frente al infiel. Por ello es erróneo entender el nacimiento de las Órdenes militares españolas como un impulso, exclusivamente, de réplica de las europeas. Hay que considerarlo como la influencia de la guerra santa musulmana en la estructura expansionista de los castellanos. Ésta es la razón de que estas Órdenes militares no representaran un organismo económico de importancia, al contrario de las europeas, y su actividad financiera estuviera, desde un primer momento, regida por los judíos.

La expansión castellana durante todo el siglo XII sobre las tierras de la meseta sur y la Mancha acabó por despertar a los almohades. Al rodillo expansionista de los castellanos, los musulmanes respondieron con una activación de la guerra. El año 1195, el nuevo califa almohade Abu Yusuf Yacub (1184-1199), como réplica a la expedición castellana del año anterior, organizó una dura campaña, a la que dio la perspectiva de guerra santa, enfrentándose en las llanuras de Alarcos con el ejército castellano, al que infligió una dura derrota (1195). La victoria de Alarcos no fue explotada por los musulmanes, por la sencillísima razón de que se trataba de un ataque de carácter defensivo, para tratar de volver al *status quo ante*.

El año 1212, los ejércitos de Castilla, Navarra y Aragón, a los que se unieron grandes magnates francos, se lanzaron sobre el imperio almohade, derrotándolo ampliamente en los llanos de las Navas de Tolosa. La batalla de las Navas desarticuló el imperio almohade. Luchas internas y anarquía política obligaron a los genoveses a romper su entente con los almohades entre los años 1225-1235. Faltándole el apoyo económico, el imperio almohade languidecía y era incapaz de frenar el expansionismo castellano, cada día con una dinámica más imparable.

La decadencia de los almohades vino precipitada por la división entre los musulmanes, algunos de ellos deseosos de pactar con los reyes castellanos. A la anarquía política hay que unirle el deseo de independencia de los musulmanes andalusíes frente a los almohades. Revueltas independistas se dan

*Una jarra granadina del siglo XIV, cuando la cerámica nazarí estaba en su mayor apogeo, que se conserva en la Alhambra de Granada.*



en Murcia y luego en Sevilla, que llegaron a adquirir alguna consistencia. Pero cualquier intento para detener el expansionismo castellano era trivial. El nuevo rey de Castilla, Fernando III, dirigió personalmente la ofensiva, contando para ello con las Órdenes militares y un nutrido ejército que había participado en la batalla de las Navas. La conquista de Andalucía fue sistemática, decidida en los llamados "acuerdos de Baeza" de 1224. En menos de treinta años cae toda la Andalucía del Guadalquivir.

Paralelamente a la rebelión de Ibn Hud en Sevilla hay que destacar la de Muhammad Ibn Yusuf ibn Nasr al- Ahmar, señor de Arjona, que alzó bandera, a su vez, frente al poderío almohade y consiguió inmediatamente asentar su dominio sobre Guadix, Baza y Jaén. Pero a la intransigencia de Ibn Hud frente a los castellanos hay que destacar la extraordinaria perspicacia de Muhammad, que cuando, a finales de 1245, los castellanos establecieron un estrecho cerco sobre Jaén, el nazarí comprendió que había llegado el momento de ceder algo por vía diplomática antes que perderlo todo por la fuerza de las armas. En consecuencia, viajó al campamento de Fernando III y ofreció la entrega de la ciudad, su vasallaje y el pago de unas parias que se calcularon en la mitad de todas sus rentas.

El pacto de Jaén de 1246 fue el acta de nacimiento del emirato granadino. Muhammad aprovecha "la antigua oscilación castellana ante la reconquista pura y simple, la política de proteccionismo y pago de parias" (Terrasse), y consigue asentar su poder mediante su transformación en vasallo y tributario del rey de Castilla. La historia del reino nazarí de Granada va a estar, en consecuencia, estrechamente ligada a las oscilaciones de los reyes de Castilla. A su vez, en momentos de grave injerencia castellana, los nazaritas llamaron en más de una ocasión en su ayuda a las dinastías norteafricanas, estableciéndose de esta manera una basculación que hizo posible su existencia histórica. Los nazaritas se mostraron maestros a la hora de saber entretejer una de las más finas telas de la diplomacia y de la guerra en el Mediterráneo medieval.

En un primer momento, desde 1275 hasta 1350, el reino de Granada va a presenciar el duelo entre los meriníes norteafricanos



*Detalle de la decoración mural de la Alhambra. Como se observa, las combinaciones geométricas de lacería se entrelazan con inscripciones varias y el conjunto produce efectos de gran riqueza, a pesar de que el material empleado no es sino yeso.*

y Castilla por el predominio del estrecho de Gibraltar. La política de los nazaritas será la de mantenerse alejados, en la medida que pudieran, de una estrecha amistad con alguno de los combatientes. En ciertos momentos, los vemos junto a los africanos, con la intención de humillar a Castilla y poder establecer los pactos de amistad de un modo más favorable; en otros, la gravedad de la situación los llevará a entregarse prácticamente en manos castellanas. Cabe destacar en esta época un intenso comercio entre el reino de Granada y la corona de Aragón.

La victoria definitiva de los castellanos sobre los meriníes norteafricanos en la famosa batalla del Salado (1340) determinó el rumbo del reino nazarita. La descomposición política de Marruecos privaba a los nazaritas de una alianza molesta, pero a veces indispensable para el desarrollo de una política exterior holgada. En efecto, sin contar con el contrapeso de los norteafricanos, no hubieran podido continuar la clásica política del equilibrio. En consecuencia, el reino de Granada quedó frente al castellano solo –hecho que evidenció el nuevo emir granadino Yusuf I (1333-1354) al observar la negativa de los mamelucos egipcios de ayudarle– y no tuvo más remedio que jugarse la existencia en un movimiento diplomático peligroso.

El reino de Granada llevará a cabo unas intensas relaciones comerciales con la república de Génova, para quien el reino nazarita le era imprescindible en la nueva política económica que emprendía en el Mediterráneo occidental. Para los genoveses, Granada representaba la típica colonia occidental (Heers). A partir de este momento, la política de los nazaritas será de completa sumisión al poderío económico genovés, que le salvaguardaba del rodillo castellano. Por lo demás, las relaciones con la corona de Aragón, que tan intensas habían sido antes, languidecieron, para finalmente desaparecer.

La política comenzada por Yusuf I fue continuada por su hijo Muhammad V (1354-1391), que pretendió realizar una política exterior de altos vuelos, aprovechando la coyuntura de las luchas dinásticas en Castilla entre Pedro I y su hermanastro Enrique II. La muerte de Pedro I en Montiel trastornó los planes del nazarita y, tras unos primeros años en los que permaneció fiel al rey muerto, concertó una paz con el nuevo Enrique II. Esta paz no fue difícil de lograr. Acosado por todas partes, el rey castellano firmó una paz llana y simple, que sin duda fue un acierto político del nazarita.

En estos años del siglo XIV, el reino de Granada va a llegar al cenit de su esplendor político y económico. Ello queda reflejado en que en esta época es cuando se construyen las dependencias más importantes de la Alhambra.

El reino de Granada se basó económicamente en una intensificación de los sistemas agrarios musulmanes. Los cereales más cultivados eran el trigo, la cebada y el



*Vista parcial de los jardines del Generalife, Granada. Frente a la Alhambra, los monarcas nazaríes hicieron construir su residencia de verano rodeada de jardines, cuya estructura se conserva en la actualidad.*

mijo. Las mejores zonas cerealeras se situaban en la vega, y para la cebada, en las tierras del noroeste del país. Además de los cereales, los nazaritas tuvieron especial consideración por los productos hortícolas. Huertos y frutales aliviaron en parte la escasez de los cereales y fueron la base para montar incipientes industrias que transformaban el producto para la exportación.

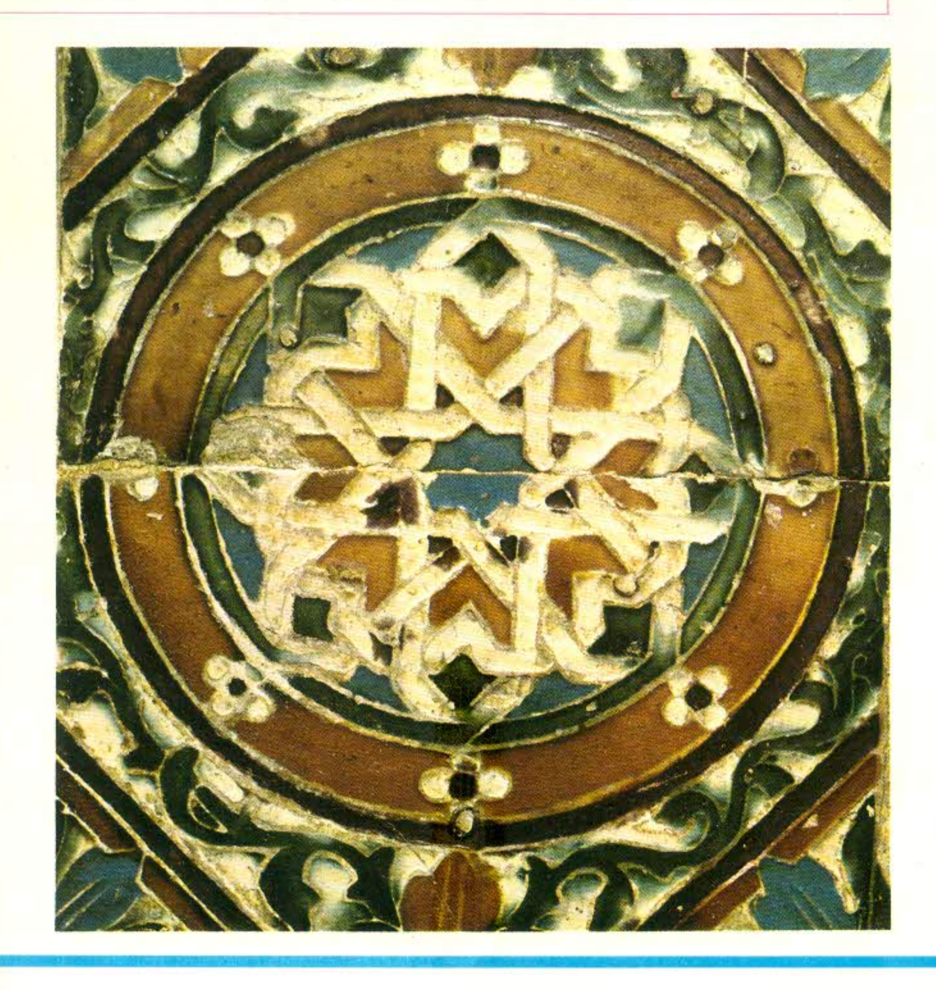
Estos cultivos fueron la caña de azúcar, cosechada en las vegas mediterráneas, los frutos secos y, en tercer lugar, la almendra. Pero el principal producto de exportación no venía del campo, sino que era un producto artesanal: se trata de la seda. El origen hay que buscarlo en las sierras del país, donde los campesinos plantaban y cuidaban grandes extensiones de morera, criaban los gusanos y almacenaban los capullos. La seda de peor calidad era la criada en las serranías de Ronda, Marbella, Gaucín y Casares; la de los términos de Málaga, Vélez Málaga, Comares y Bentomiz era superior a todas las demás; la de la Alpujarra, en fin, era la más abundante, pues su cría llegó a ser la segunda profesión de casi todos sus moradores.

El comercio del reino granadino estuvo condicionado por la ruptura de las grandes rutas marítimas en el siglo XII. Obligado a vivir sobre sí mismo desde entonces, privado de las aportaciones culturales de Oriente, tuvo que construirse para sus propias necesidades una civilización hispano-musulmana (Braudel). En el mundo comercial de la Edad Media, Granada supuso la fuente de productos exóticos, que resultaban más baratos que en el Oriente mediterráneo. Las materias de exportación, además de los productos agrícolas, eran la seda y el oro –que Granada recibía por vía Sudán–.

El reino de Granada sufrió, a partir de la primera mitad del siglo XV, una serie de convulsiones internas motivadas por rivalidades entre los clanes dirigentes, que fueron aprovechadas por los Reyes Católicos para desmantelar, en un momento propicio, el viejo reducto musulmán el año 1492.

# BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| Castro, A. | *La realidad histórica de España,* México, 1954. |
| Dozy, R. P. | *Historia de los musulmanes de España,* 2 vols., Barcelona, 1954. |
| Hitti, F. K. | *Historia de los árabes,* Madrid, 1950. |
| Lévi-Provençal, E. | *Historia de la España musulmana,* en "Historia de España" dirigida por R. Menéndez Pidal, vol. IV, Madrid, 1950.<br>*La civilización árabe en España,* Madrid, 1969. |
| Sánchez Albornoz, C. | *España, un enigma histórico,* Buenos Aires, 1962.<br>*La España musulmana,* Buenos Aires, 1960. |
| Terrasse, H. | *Islam d'Espagne. Une rencontre de l'Orient et de l'Occident,* París, 1958. |
| Vernet, J. | *Literatura árabe,* Barcelona, 1967.<br>*Los musulmanes españoles,* Barcelona, 1961. |
| Watt, M. | *Historia de la España islámica,* Madrid, 1970. |

***Baldosín de cerámica procedente de la Alhambra (Museo Provincial Santacana, Martorell). Miles de piezas como ésta recubren sus paredes y logran el colorido típico de la cerámica árabe.***




*El obispo Teodomiro, primer prelado de Compostela, venerando los restos del apóstol Santiago, cuyo sepulcro se descubrió en su tiempo, miniatura del Tumbo A, manuscrito del siglo XII (Biblioteca de la catedral, Santiago de Compostela). El legendario hallazgo del reinado de Alfonso II alcanzó pronto gran fama, por lo que desde el siglo IX Compostela fue centro de peregrinaciones en toda la Edad Media.*

# La Reconquista española

por JOSE ENRIQUE RUIZ DOMENEC

La llegada de los musulmanes a la península ibérica fue seguida del dominio, casi general, de todo el país y de la desarticulación, en menos de diez años, de la ineficaz estructura político-administrativa romanovisigoda. A pesar de todo, muchos romanovisigodos respondieron de múltiples formas ante esta invasión. Hay sublevaciones locales y movimientos de protesta de mozárabes y muladíes en las partes dominadas más eficazmente por los musulmanes: centro y sur de la península. Pero estos movimientos de protesta y resistencia no son considerados "reconquista". Como consenso general, se suele aceptar como Reconquista la recuperación del territorio a partir de unos focos centrados en el norte del reino visigodo.

Pero, ¿qué se entiende por norte del reino visigodo? Responder a esta pregunta es muy importante, porque ella misma encie-

*Esta miniatura románica del siglo XII representa a don Pelayo y a algunos de sus guerreros vestidos a la moda de los años en que fue escrito el manuscrito (Biblioteca Nacional, Madrid).*



rra la explicación del comportamiento de los musulmanes en cada zona de la península. Se sabe, por fuentes geográficas que utilizaron los musulmanes, que éstos veían a la península como si estuviera inclinada hacia el Este, de tal forma, que la zona de Septimania y la Narbonense (el sudeste francés de hoy) eran consideradas por los musulmanes más sur que la zona noroeste de la península.

Existen, además, razones climáticas que lo justifican. Justamente, la línea que delimita el norte climático del olivar arranca del Bajo Miño para descender casi a la altura del Tajo por Talavera-Toledo y para ascender luego por la cuenca del Ebro hasta la Rioja, deja a un lado los Pirineos y se introduce en el país francés por la cuenca del Ródano, casi a la altura de Lyon. Por otro lado, es muy probable que los musulmanes se detuviesen en el oeste peninsular en la línea fronteriza romanovisigoda que había servido a estos dos pueblos para frenar el empuje de los pueblos cántabros y vascones: la línea León - Astorga - Amaya - Pancorbo - Miranda - Alava - Araceli - Pamplona constituyó la zona fortificada visigoda y, más tarde, musulmana. Más al norte de esta línea, los pueblos que la habitaban habían estado en lucha continua con los romanos y luego con los visigodos.

La causa principal del enfrentamiento entre los romanovisigodos y los astures fue su antagonismo en los modos de producción y en la estructuración de la propiedad. Puesto que mientras en los primeros dominaba la gran propiedad poseída por la Iglesia y una poderosa nobleza frente a una mayoría de población en estado servil o semiservil, los cántabros y astures, gracias a su independencia, habían conservado formas primitivas de la sociedad, donde predominaban los hombres libres, sin existir apenas diferencias de clases. La llegada de los musulmanes favoreció aún más la independencia de los astures, por la sencillísima razón de que aquéllos no tenían ningún interés por conquistar una zona muy diferente al hábitat común que habían tratado siempre.

De esta zona norte, la historiografía ha arrancado desde siempre el origen de la Reconquista, aunque realmente no hace falta buscar en sus orígenes motivos puramente políticos o religiosos, ya que, como tal, el fenómeno existía antes de la llegada de los musulmanes. En consecuencia, su dinamismo se debió a ser la continuación de un movimiento de expansión de pueblos que iban alcanzando formas de desarrollo económico y social superiores (Vigil y A. Barbero).

El siglo VIII va a ser, pues, de fijación de posiciones, tanto para los astures como para los musulmanes. Una serie de problemas

internos en Al- Andalus: crisis políticas, luchas entre los beréberes y los árabes por el dominio de la tierra, y finalmente una hambre horrorosa que arrasó Al- Andalus durante cinco años, llevaron a los musulmanes a abandonar la zona del Duero. No hay que desechar, sin embargo, la misma expansión astur.

Los intentos de acometidas de los musulmanes hacia el norte de la línea de defensa estuvieron casi siempre condenados al fracaso. El más famoso de éstos fue el ataque que cierto Alqama dirigió contra los astures; éstos, apoyados en las montañas, infligieron un revés de cierto alcance a las tropas musulmanas. Esta escaramuza fue adornada unos siglos más tarde con la leyenda de Pelayo y la batalla de Covadonga. Mucho más decisivas que estas escaramuzas aisladas y sin ningún fin fueron las campañas que llevó a cabo el nuevo rey de Asturias Alfonso I (750-757) hasta Sepúlveda y Osma, con el fin de fijar definitivamente una zona yerma que separase Al- Andalus de las montañas astures.

Paralelamente a la expansión de los astures, hay que destacar el empuje franco en la zona oriental del reino visigodo. Se tiene la impresión, desde luego errónea, de que la respuesta en la zona oriental es bastante más tardía que en la occidental, pero esto no deja de ser un espejismo. Ambas se produjeron casi al propio tiempo. Con todo, es cierto que la iniciativa de expulsar a los musulmanes no ha partido de los propios indígenas, sino del deseo de la monarquía franca de parar y rechazar la invasión musulmana en las Galias. Lo decisivo de la batalla de Poitiers (732) no es tanto el haber infligido una dura derrota a los musulmanes –pues realmente no lo fue–, sino el haber puesto en movimiento el rodillo franco y haber lanzado Carlos Martel a los jinetes austrasianos hacia el Sur, como hiciera unos siglos antes su glorioso antepasado Clodoveo.

Se pueden distinguir tres etapas en la penetración de los francos hacia el Sur. En una primera etapa (732-741), el rodillo austrasiano se lanzó a conquistar el sur de la Galia, atraído Carlos Martel y su clan por la riqueza del Sur y su inercia militar. Desde el 736 a 739, cada año el mayordomo de palacio y su hermano Hildebrando hicieron rudas campañas contra los musulmanes y sus amigos godos. Pero la eficacia de la acción de Carlos no fue muy duradera; los derrotados y sometidos no se dieron nunca por vencidos. La obra de Carlos Martel tuvo más trascendencia en el plano moral –evitando la islamización de la Galia– que en el territorial: los musulmanes permanecieron dueños de la mayor parte del Languedoc, desde los Pirineos al Ródano, recibiendo en cada momento el apoyo del estamento visigodo en su lucha contra los francos.




***Alfonso I, fundador del reino astur e iniciador de la Reconquista, representado en el Tumbo A (Biblioteca de la catedral, Santiago de Compostela).***

La permanencia de los musulmanes en la Narbonense duró hasta bastante avanzado el reinado de Pipino el Breve. Con este nuevo monarca franco comienza una segunda época de penetración franca en el antiguo reino visigodo (752-768). Pipino, aprovechando las ventajas de las luchas civiles cordobesas entre yemeníes y qaysíes, que en verdad se hicieron sentir profundamente en Septimania, debilitó el dominio musulmán sobre la región.

La política de Pipino, menos brutal que su padre Carlos, fue la de atraerse a los condes godos de la región del norte de Narbona. Pipino iniciaría con su ayuda los ataques contra la ciudad de Narbona, una vez tomada Eudes en el año 752. Sin embargo, y a




*Alfonso II el Casto en oración, según se le representa en una página miniada del "Libro de los Testamentos", del siglo XII (Archivo de la catedral, Oviedo).*

pesar de sus buenos deseos, no todos los habitantes de la Septimania simpatizaban con los francos; es más, en muchos casos los nuevos dominadores eran recibidos con reservas y, en otros, con animadversión. Por eso la toma de Narbona, a pesar de las escasas tropas musulmanas, fue una empresa muy difícil, que duró desde 752 hasta 759. Y se rindió después de que Pipino diera su promesa a los habitantes de que guardaría su derecho godo. Se puede decir que, con la toma de Narbona y la aniquilación de la guarnición musulmana, no quedarían ya fuerzas árabes en aquel lado de los Pirineos y es muy probable que toda la Septimania estuviese en manos francas. Para reforzar su posición, el rey Pipino pretendió congraciarse con las jerarquías eclesiásticas del país, cuya adhesión debería proporcionarle una gran fuerza moral en la opinión vacilante de los indígenas y facilitarle su dominio.

De esta forma, hacia el año 759 la situación de frontera entre el reino franco y el emirato cordobés había quedado estabilizada. La posición parecía estable y de esta forma lo fue durante un período casi de veinte años, en la que el nuevo rey de los francos, Carlomagno, rompió el equilibrio con la "aparatosa expedición de 778 a Zaragoza" (Abadal). La expedición estaba destinada, en un principio, a implantar una especie de protectorado, fijando el límite entre el emirato y el reino franco en el río Ebro. La conquista de Zaragoza, centro nodal del esquema, era imprescindible. Sin embargo, una serie de problemas no hicieron posible el acuerdo de Carlomagno y el sector sarraceno rebelde al poder cordobés, y la expedición tuvo que retirarse, siendo atacada la retaguardia en el desfiladero de Roncesvalles por una facción musulmana apoyada por grupos vascos; en esta acción murió el marqués de Bretaña, Rolando, y el episodio dio lugar más tarde a uno de los más famosos cantares de gesta de la Edad Media europea.

El fracaso de la empresa de Zaragoza modificó el sentido de la penetración franca. Carlomagno vuelve a la política anterior de su padre Pipino: entrega a su hijo Luis el Piadoso la Aquitania con el título de rey y la misión de convertir el Pirineo en una nueva marca. Luis el Piadoso inicia una penetración de carácter pacífico sobre los habitantes de los condados catalanes, que se

van uniendo a los francos por iniciativa propia. De esta forma, es tomada Gerona el 785 y más tarde los condados de Urgel-Cerdaña. Finalmente, en una expedición militar, Barcelona capitula a los francos posiblemente el año 803 (Auzias).

La expansión de los pueblos del norte de la península, ahora ya de los núcleos de Asturias-León, Navarra, Aragón y los condados pirenaicos, se ve favorecida normalmente por la debilidad musulmana. Es en estos instantes cuando se logran los grandes avances. Precisamente la debilidad musulmana en la segunda mitad del siglo IX, luego de la muerte de Abd al- Rahman II, fue acusada de manera favorable en el norte peninsular, para llevar a cabo una proyección de los habitantes de Asturias fuera de las montañas que les servían de defensa. Bajo Ordoño II (850-866) se establece la línea de defensa de Tuy - Astorga - León - Amaya; luego, bajo Alfonso III (866-910) se llega hasta el Duero, línea Coimbra - Zamora, Simancas, Toro; luego se remonta el Pisuerga hasta el río Arlanza. Burgos se toma el año 884. Sobre el Arlanza se va a trazar una línea formidable de torres, castros y castillos que comienza en las estribaciones del Urbión, con Castrillo de la Reina y Castrovido, y va a morir en Pañenzuela y Torquemada. Esta tierra empieza a denominarse Castilla.

Una vez ocupadas estas plazas fuertes, se poblaban, lo más intensamente que se podía, todas las ciudades, villas y castillos elegidos como centros nodales de la nueva línea fronteriza; se fortificaban tales núcleos urbanos y se aseguraba su defensa ocupando y repoblando lugares que garantizasen sus comunicaciones con poblaciones del interior del reino, de donde podían recibir socorros o recursos, y con el establecimiento de puestos militares en los posibles caminos de invasión. En seguida se procuraba colonizar la retaguardia, atrayendo pobladores que devolviesen la vida a las grandes zonas yermas que se alzaban detrás de la frontera.

Un infante, un magnate o un prelado se encargaba de la empresa inicial. Y después se daban tierras y solares a quienes querían ocuparlos y formar nuevos núcleos de habitación humana, y se confirmaba la propiedad de otros a quienes lo habían ocupado de su grado. Esta forma de ocupar la tierra se denomina *presura,* y se entiende por ello la ocupación de una tierra sin dueño; suponía la toma de posesión de la misma y a ello parece aludir la significación de la palabra, que equivale a la acción de apretar o aprehender. La presura, pues, podía ser de dos tipos.

Era de iniciativa real cuando el rey organizaba la expedición, que podía ser dirigida por un conde, en la que figuraban soldados y simples colonos. Primeramente, se buscaba un lugar en donde asentarse. Una vez encontrado, se repartían las tierras. De esta forma se repoblaron Astorga, Amaya, Burgos. La otra forma de realizar la presura es aquella en que la iniciativa la llevan los particulares, bien sea bajo la dirección de un obispo, abad, conde, o mediante una ocupación incontrolada de las tierras. En este último caso había que ocupar y trabajar la tierra, y después demostrarlo, con lo que inmediatamente la tierra pasaba a ser propiedad de quien la trabajaba.

De esta forma se repobló toda la cuenca del Duero, realizando así un colosal trasiego de masas humanas, que en llamada alucinante se dirigían a las tierras de repoblación (Sánchez Albornoz).

La repoblación del valle del Duero fue la causa del sentido dinámico que tiene la estructura social del reino leonés y la singular articulación de una sociedad extraña en Europa. En la "tierra de fuera", al sur de la cordillera cántabroastur, fue escasísimo el número de siervos de la gleba. Lo que verdaderamente caracteriza la estructura social

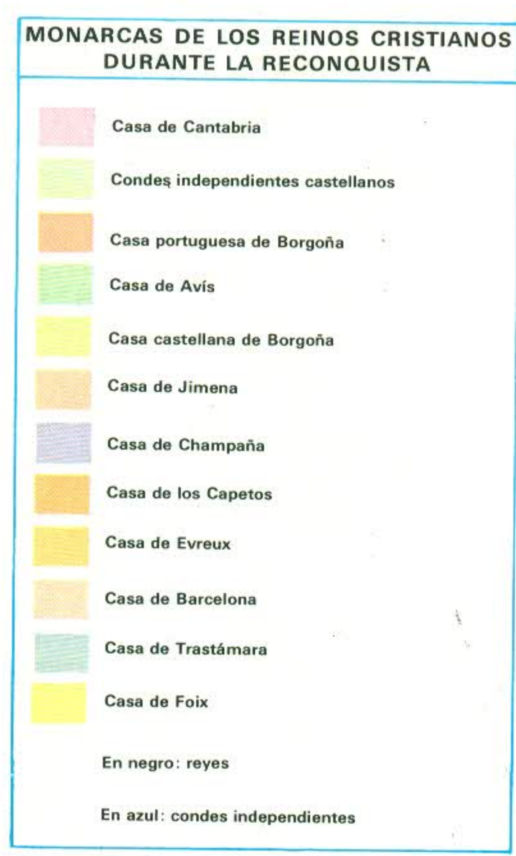


***Disco de oro de un noble franco, algo anterior a las campañas de Carlos Martel contra los musulmanes (Biblioteca Nacional, París).***

leonesa-castellana y la hace diferente de la del resto del occidente europeo es la existencia de pequeños propietarios libres (los *ingenui* de los documentos) agrupados en pequeñas comunidades rurales también libres, muchos de ellos acogidos al patrocinio o *benefactoría* (lo que más adelante se conocerá como los hombres de behetría) de un señor al que podían abandonar a su albedrío, y otros completamente libres y sólo dependientes del rey leonés o del conde castellano.

Otra consecuencia de la Reconquista fue el nacimiento de la inmunidad. Podemos definir como inmunidad aquel régimen que se aplica a determinadas tierras, en virtud del cual el inmunista sustituye a los delegados del rey en el ejercicio de competencias de gobierno. Por ello la inmunidad provoca una evidente diversidad en lo que afecta al






***La toma de Narbona por los ejércitos de Pipino el Breve, miniatura de una Crónica de Carlos Martel (Biblioteca Real, Bruselas). Aunque la ambientación histórica está completamente desfasada, pues esta miniatura es del siglo XV, sirve al menos para probar la importancia que el hecho tuvo para los francos.***

# MONARCAS DE LOS REINOS CRISTIANOS DURANTE LA RECONQUISTA

Years (left margin): 1000, 1017, 1028, 1029, 1037, 1065, 1072, 1109, 1113, 1139, 1157, 1158, 1185, 1188, 1211, 1214, 1223, 1230, 1247, 1252, 1279, 1284, 1295, 1312, 1325, 1350, 1357, 1367, 1369, 1379, 1383, 1390, 1406, 1433, 1438, 1454, 1474, 1481

Years (right margin): 1000, 1035, 1054, 1063, 1076, 1082, 1094, 1097, 1104, 1131, 1134, 1137, 1162, 1194, 1196, 1213, 1234, 1276, 1285, 1291, 1322, 1327, 1336, 1343, 1349, 1387, 1395, 1410, 1412, 1416, 1425, 1441, 1458, 1461, 1479

## PORTUGAL
- (999) ALFONSO V el Noble
- VERMUDO III
- SANCHA (hermana de Vermudo III, m. 1067)
- SANCHO II el Fuerte
- ALFONSO VI el Bravo
- TERESA = ENRIQUE
- ALFONSO I Henriques
- ALFONSO I Henriques
- SANCHO I el Poblador
- ALFONSO II el Gordo
- SANCHO II
- ALFONSO III de Boulogne
- DIONIS I
- ALFONSO IV el Bravo
- PEDRO I
- FERNANDO I
- JUAN I (hijo bastardo de Pedro I)
- DUARTE I
- ALFONSO V el Africano
- JUAN II

## LEON
- (999) ALFONSO V el Noble
- VERMUDO III
- SANCHA (hermana de Vermudo III, m. 1067) =
- SANCHO II el Fuerte
- ALFONSO VI el Bravo
- URRACA (hija de Alfonso VI) =
- ALFONSO VII el Emperador
- FERNANDO II
- ALFONSO IX
- FERNANDO III el Santo
- ALFONSO X el Sabio
- SANCHO IV el Bravo
- FERNANDO IV el Emplazado
- ALFONSO XI el Justiciero
- PEDRO I el Cruel
- ENRIQUE II el de las Mercedes
- JUAN I
- ENRIQUE III el Doliente
- JUAN II
- ENRIQUE IV el Impotente
- ISABEL I la Católica

## CASTILLA
- (995) SANCHO GARCIA
- GARCIA II SANCHEZ
- MAYOR o ELVIRA =
- FERNANDO I el Magno
- SANCHO II el Fuerte
- ALFONSO VI el Bravo
- URRACA (hija de Alfonso VI)
- ALFONSO VII el Emperador
- SANCHO III el Deseado
- ALFONSO VIII el Bueno
- ENRIQUE I
- FERNANDO III el Santo
- ALFONSO X el Sabio
- SANCHO IV el Bravo
- FERNANDO IV el Emplazado
- ALFONSO XI el Justiciero
- PEDRO I el Cruel
- ENRIQUE II el de las Mercedes
- JUAN I
- ENRIQUE III el Doliente
- JUAN II
- ENRIQUE IV el Impotente
- ISABEL I la Católica

## NAVARRA
- (1000) SANCHO GARCES III el Mayor
- GARCIA SANCHEZ III el de Nájera
- SANCHO IV GARCES el de Peñalén
- SANCHO I RAMIREZ de Aragón
- PEDRO I
- ALFONSO I el Batallador
- GARCIA V RAMIREZ el Restaurador
- SANCHO VI el Sabio
- SANCHO VII el Fuerte
- TEOBALDO I el Trovador (nieto de Sancho VI)
- TEOBALDO II el Joven
- ENRIQUE I el Gordo
- JUANA I = FELIPE I (Felipe IV el Hermoso, rey de Francia)
- LUIS I
- JUAN I
- FELIPE II (V de Francia)
- CARLOS I (IV de Francia)
- JUANA II = FELIPE (III) de Evreux
- CARLOS II el Malo
- CARLOS III el Noble
- BLANCA I (hija de Carlos III)
- JUAN II rey de Aragón, esposo de Blanca I
- CARLOS (IV) de Viana
- CATALINA DE FOIX

## ARAGON
- (1000) SANCHO GARCES III el Mayor
- RAMIRO I
- SANCHO I RAMIREZ de Aragón
- PEDRO I
- ALFONSO I el Batallador
- RAMIRO II el Monje
- PETRONILA (hija de Ramiro II) = RAMON BERENGUER IV el Santo
- ALFONSO II el Casto
- PEDRO II el Católico
- JAIME I el Conquistador
- PEDRO III el Grande
- ALFONSO III el Liberal
- JAIME II el Justo
- ALFONSO IV el Benigno
- PEDRO IV el Ceremonioso
- JUAN I el Cazador
- MARTIN I el Humano
- Compromiso de Caspe
- FERNANDO I de Antequera
- ALFONSO V el Magnánimo
- JUAN II
- FERNANDO II el Católico

## CATALUÑA
- (992) RAMON BORRELL (Borrell III)
- BERENGUER RAMON I el Curvo
- RAMON BERENGUER I el Viejo
- RAMON BERENGUER "Cap d'Estopa"
- BERENGUER RAMON II el Fratricida
- RAMON BERENGUER III el Grande
- RAMON BERENGUER IV el Santo



*El ejército de Carlomagno dirigiéndose desde Aquisgrán hacia tierras españolas, según una miniatura del Códice Calixtino, manuscrito del siglo XII que posiblemente es copia de un ejemplar más antiguo (Biblioteca de la catedral, Santiago de Compostela).*

ejercicio de su poder por parte de la corona: la autoridad del rey llega a unos lugares mediante delegaciones temporales, y a otros por cesiones perpetuas, a buen número de magnates laicos y eclesiásticos, de funciones que aquéllos ejercen en los territorios de su gobierno.

La inmunidad se encuentra ya en los primeros momentos de la monarquía asturiana, debido a que la guerra continuada, las invasiones frecuentes de los árabes y las devastaciones de que toda invasión iba acompañada crearon un estado de inseguridad que, reflejándose en la economía de la propiedad territorial, hacía necesaria la atribución de la soberanía al propietario. Por otro lado, la inmunidad se desarrolló también por el propósito de la corona de favorecer a la nobleza, en pos de colaboraciones que se esperan o que tal vez se hayan prestado. La inmunidad creó un régimen especial de posesión de la tierra denominado "régimen señorial".

Los dominios se dividen en dos zonas muy precisas: la reserva señorial y la parte concedida en manso a trabajadores a cambio de un censo. Los productos de la reserva, en razón del bajo nivel tecnológico de su época, eran escasos para sufragar los grandes gastos de los nobles y de la alta clerecía. En consecuencia, para poder llevar la vida de ociosidad y de abundancia que todo noble deseaba necesitaban el cobro de cuantiosos censos de los numerosos mansos que podía absorber el señorío.

La decadencia del califato de Córdoba, en los primeros años del siglo XI, estuvo acompañada de un despertar casi general de todo el occidente europeo. A partir de este momento, una serie de factores de toda índole van a permitir a los cristianos tomar la iniciativa. Justamente la pérdida del dominio sobre el Mediterráneo occidental, que empieza a ser controlado por las ciudades-repúblicas de Italia, va a debilitar considerablemente el potencial económico de Al-Andalus.

Por otro lado, frente al poderío militar alcanzado por el estado cordobés en la época de la dictadura amirida, los reinos que nacen de la descomposición califal tomaron un camino opuesto. Si la economía era floreciente, el potencial guerrero no lo era. Decadencia del Islam, despertar de Occidente. A pesar de todo, los hechos no se desencadenan tan rápidamente como pudiera parecer. Tanto el moribundo califato como los nacientes reinos taifas tenían suficiente fuerza para frenar cualquier tentativa cristiana.

Por su parte, los cristianos no contaban con una población suficiente para decidir seriamente la posibilidad de conquistar los reinos musulmanes. Durante más de cincuenta años, los reyes y magnates cristianos se van a inmiscuir en las rencillas musulmanas. Aliados a un partido o a otro, los señores del norte de la península cobrarán cara esta intervención. Se puede afirmar que de una forma gradual todos los reyes cristianos, durante el siglo XI, cobraron tributos a los musulmanes.

Empezó Ramón Berenguer I, conde de Barcelona, al que siguieron muy pronto Fernando I, rey de Castilla, y más tarde Sancho Ramírez, rey de Aragón. La importancia del libramiento de *parias* –nombre dado en la época a estos tributos– en la vida de los pequeños reinos cristianos del siglo XI resulta notable. Gracias a ellas surge la figura del rey rico, como Ramón Berenguer I, que puede someter a la nobleza bajo su mando. Pero los grandes beneficiarios de la política de parias van a ser dos grupos muy distintos entre sí, pero que cobran especial relieve en el siglo XI. Por un lado, los judíos, únicos intermediarios entre los dos mundos musul-

mán y cristiano, que justamente cobraban las parias en nombre de los reyes cristianos, y los que intercambiaban, a su vez, los productos manufacturados de la industria de Al-Andalus hacia el Norte, a cambio del oro que los reyes cristianos habían recibido como tributo. De esta forma, el oro musulmán volvía, en su mayor parte, a las arcas de los reyezuelos taifas. La labor de los judíos se vio favorecida por las prohibiciones eclesiásticas que impedían, bajo pena de excomunión, el comercio con musulmanes a cualquier cristiano.

El segundo gran grupo de beneficiarios de la política de las parias fue el de los hombres de frontera, personajes que, basculando entre un señor cristiano y varios reyezuelos musulmanes, llegaron a poseer una enorme fortuna que les permitía tener en pie de guerra a un ejército, en algunos casos formidable, y que la mayoría de veces se oponían con muchas probabilidades de éxito a los ejércitos de los mismos reyes cristianos. El ejemplo más famoso lo tenemos en la figura del Cid. Perteneciente a la pequeña nobleza castellana, encumbrado a los más altos lugares del reino gracias a su boda con Jimena, que era de estirpe real, hábil en la lucha contra el musulmán, se hizo famoso muy pronto en las disputas que Castilla sostuvo con Aragón por el predominio en la Rioja.

Amigo y alférez de Sancho II, desterrado por Alfonso VI, fugitivo a Levante, protegido por los reyes de Zaragoza, el Cid llegó a ser el auténtico dueño de la zona levantina. Su ejército era una máquina capaz de vencer al conde de Barcelona, Berenguer Ramón II, dos veces y capaz de luchar con éxito frente a los almorávides. Dueño y señor de Valencia hasta su muerte, el Cid se presenta contradictorio en sus actos. Es valiente y hábil, pero también ambicioso y brutal. Es un caballero desterrado y un hombre de frontera. En fin, un personaje desfasado de su momento, porque su acción era viable en un mundo donde cristianos y musulmanes estuvieran separados tan sólo por enemistades políticas.

Pero en la segunda mitad del siglo XI, época en la que tocó vivir al Cid, empezaron a aunarse una serie de factores que van a hacer inviable la política del dominio de parias. La continua penetración de ideas transpirenaicas en Castilla, la delimitación precisa de la idea de cruzada frente al infiel, la llegada de los monjes de Cluny a Castilla y su pronta importancia en la estructura política del reino, los continuos enlaces entre castellanos y borgoñones, por no hablar ya de la misma cruzada llevada a cabo contra Barbastro en el año 1063. Todas estas causas juntas y cada una por separado condiciona-



***Estatua de Ordoño II, monarca del siglo IX, la cual se conserva en el museo de la catedral de León.***




ron el carácter diametralmente distinto que va a tomar, a partir de ahora, el enfrentamiento entre cristianos y musulmanes. El año 1085, Alfonso VI de Castilla y León se apodera de Toledo. Esta toma va a decidir a los reyezuelos taifas por llamar en su ayuda a los almorávides, verdaderos amos del África del Norte. Su entusiasmo guerrero, que nace de la creencia de la guerra santa y de creerse ellos los nuevos salvadores del Islam, se enfrenta a unos reinos cristianos que están sensibilizados a su vez por las ideas de cruzada llegadas de Francia. Por vez primera en la península nos vamos a encontrar con dos mundos contrapuestos por la creencia religiosa.

Es ahora cuando el peligro es importante. Sin embargo, pasados los primeros momentos amargos de la derrota de Uclés

***Jinetes y soldados del ejército cristiano del siglo X representados en el Beato de Magio, de dicho siglo (Biblioteca Morgan, Nueva York). Verosímilmente, así sería el ejército que Alfonso III utilizó en sus campañas de conquista y repoblación hasta el Duero.***

***Monasterio de San Pedro de Cardeña, con la torre del siglo XI, ligado históricamente a la epopeya cidiana y a la enemistad de Alfonso VI con su caballero. En la iglesia del monasterio está el primitivo sepulcro del Cid y doña Jimena.***

(1086), los reinos cristianos, o por decir mejor, Castilla, donde el peligro era mayor, no respondieron. Sus reyes y grandes magnates se dejaron arrastrar por rencillas internas y viejas enemistades que ensangrentaron el país en una lucha civil.

En estos momentos difíciles, las tierras entre el Duero y el Tajo, sometidas casi al saqueo ininterrumpido de los almorávides, van a sacar energías de una nueva institución: los concejos. Fueron ellos quienes a la muerte de Alfonso VI, en 1109, durante la segunda y tercera décadas del siglo XII, salvaron el reino. "Sacaron el pecho fuera y, aunque huérfanos de la dirección de la realeza, por su sola iniciativa, a su albedrío y con sus solas fuerzas resistieron la nueva invasión sarracena" (Sánchez Albornoz). Su importancia fue tal, que todo el peso de la repoblación de las nuevas tierras descansó sobre su iniciativa. Por ello esta fase de la repoblación de las tierras entre el Duero y el Tajo se denomina "repoblación concejil". Porque constituidos importantes concejos o municipios, son ellos principalmente quienes ocupan las tierras, las reparten entre los pobladores y promueven la colonización de los campos sin cultivo. A estos concejos (Ávila, Segovia, Madrid, Toledo...) se les asignaba un vasto territorio o *alfoz,* dependiente del municipio y en el que abundan las tierras no cultivadas, y la comunidad local procedía a la colonización del distrito, estableciendo en el mismo nuevos poblados o "pueblas" mediante el asentamiento de gentes libres que roturasen y cultivasen los terrenos que el concejo les concedía con arreglo a determinadas condiciones y privilegios (fueros).

La Reconquista sufrió un serio contratiempo a la muerte de Alfonso VII (1157). En aquel año los almohades subieron a la meseta y se expansionaron por la península, unificando el poder de los musulmanes; en 1157 ganaron Almería, Baeza, Andújar y Los Pedroches. Todo ello condujo a los reyes de Castilla y los de León a sentirse inseguros, y motivó que, en vez de echar mano de los ejércitos populares de los concejos, buscaran un ejército regular. Éste lo encontraron en las Órdenes militares.



***Anverso de una moneda del conde Ramón Berenguer I de Barcelona, el primer señor cristiano que exigió y obtuvo parias o tributos de los musulmanes (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).***



*Iglesia-castillo de Calatrava la Nueva, Ciudad Real, en donde se establecieron los caballeros de la Orden de Calatrava en el siglo XIII, tras haber resistido un primer asalto de los almohades en su antigua residencia, no lejos de allí.*

La primera de las Órdenes militares que se constituye es la de Calatrava, que fundó con monjes del Cister el abad Raimundo de Fitero, después de serle entregada por Sancho III de Castilla la fortaleza de aquel nombre que el abad cisterciense había defendido frente al ataque de los almohades. El papa aprobó dicha Orden el año 1164. El mismo año en que se establecieron en la Extremadura del reino de León, una nueva Orden llamada de San Julián de Pereiro, que cambiará más adelante su nombre por el de Alcántara, fue aprobada por el papa el año 1177. Unos años más tarde, varios caballeros, entre los que figuraban Suero Rodríguez y Pedro Fernández, se unieron en Cáceres para vivir una vida común, eligiendo como patrón a Santiago. De esta casa de Cáceres –sede inicial– empezó lo que se denominó la "Congregación de fratres de Cáceres", que el año 1175 el papa aprobó con el nombre de Orden militar de Santiago.

La importancia de las Órdenes militares en el futuro de la Reconquista fue extraordinaria. La de Alcántara dominará la zona occidental de Extremadura; la de Santiago se enclava en el centro, y la de Calatrava ocuparía la región de la Mancha. La reconquista de las extensas y calizas zonas de la Mancha y Extremadura fue llevada a cabo por las Órdenes militares, a las que los reyes otorgaron el dominio de grandes señoríos o

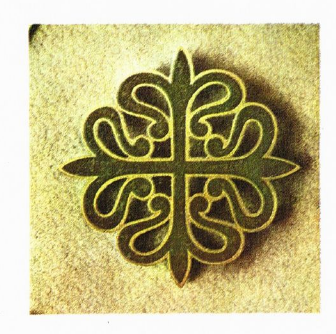
"maestrazgos", repoblados por colonos y gentes dependientes de las Órdenes. En consecuencia, la introducción en estas zonas del régimen de latifundio y economía pastoril arranca de este hecho. De esta forma, la meseta meridional, concedida a puros guerreros, fue deformada de sus antiguos modos de cultivo: aquéllos crearon una barrera de prevenciones sociales entre el Norte y el Sur, y "dibujaron una nueva figura del castellano, ser antieconómico, anárquico y avasallador" (Vicens Vives).

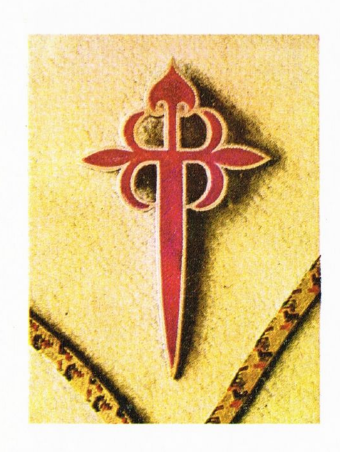
De signo muy diverso a la Reconquista y la repoblación de la región Tajo-Guadiana es la llevada a cabo, estos mismos años, en la zona oriental de la península por el reino de Aragón y los condados catalanes.

Llama la atención a quien superficialmente estudie la historia de la Reconquista española la lentitud de los progresos realizados en Aragón, frente a los grandes avances llevados a cabo en Castilla por estas mismas fechas. Mientras las tropas de Alfonso VI entran en Toledo y combaten en Aledo (1085), los aragoneses tardarán algunos años todavía en ocupar Huesca (1096), Barbastro (1100) y Zaragoza (1118). Una mirada atenta nos hará ver cuán diferentes eran las condiciones de la lucha en uno y otro sector. En tanto que en Castilla y León los avances se hicieron en los siglos X y XI sobre zonas desiertas o poco pobladas, los aragoneses tenían frente a sus posiciones, e inmediatas a ellas, una serie de plazas enemigas densamente pobladas. A la línea fortificada de defensa se oponía otra serie de posiciones musulmanas, que podían ser abastecidas desde unas ciudades base más alejadas de los frentes –Tudela, Egea, Huesca y Barbastro–, las cuales, a su vez, se apoyaban en otras dos grandes ciudades, que fueron capitales de dos pequeños reinos de taifas: Zaragoza y Lérida.

Pero forzar esta línea se hacía muy difícil para los cristianos, ya que su capacidad ofensiva era muy escasa. Si en las montañas les era fácil defenderse, para avanzar sobre el llano necesitaban fuerzas de caballería para enfrentarse con la caballería musulmana, máquinas de batir para poder asaltar las ciudades muradas y un ejército lo bastante numeroso para acantonarlo frente a las ciudades sitiadas, completar el cerco y rechazar, a la vez, los ejércitos que acudieran en socorro de la plaza. Los primeros avances llevados a cabo por Ramiro I (1035-1063) y Sancho Ramírez (1063-1094) estuvieron casi siempre obstaculizados por las tentativas de los reyes de Castilla por dominar el valle del Ebro. Más que las armas musulmanas, se puede decir que quienes obstaculizaron su labor fueron las expediciones castellanas.







***De arriba abajo, las tres cruces distintivas de las tres primeras Ordenes militares españolas: la de Calatrava, la de Alcántara y la de Santiago.***

No obstante, la división entre los castellanos a la muerte de Sancho II y el subsiguiente destierro del Cid, verdadero dueño de la situación en el Ebro, y las mismas divisiones entre las taifas favorecieron al rey de Aragón Sancho Ramírez, pudiendo asentar una serie de posiciones claves en las llanuras, que dieron por resultado la ocupación de Huesca (1096) y Barbastro (1100) por su hijo Pedro.

La expansión aragonesa fue completada por Alfonso I el Batallador (1104-1134). Los objetivos centrales de su política reconquistadora eran las ciudades de Zaragoza y Lérida, que le sirvieran de trampolín para conquistar Tortosa y Valencia. Ahora bien, la ocupación de las grandes ciudades era una empresa de tal categoría que requería una preparación meticulosa, un considerable acopio de fuerzas para poder completar el cerco de la ciudad, muy superior al empleado en las campañas ordinarias, y unos recursos técnicos no conocidos hasta entonces en la península. Por ello Alfonso I requirió para la conquista de Zaragoza el recurso de sus parientes y vasallos del otro lado del Pirineo, que acudieron como a una auténtica cruzada, ya que incluso fue predicada en un concilio reunido en Tolosa a comienzos de 1118. Al frente de estos contingentes venía el conde Gastón de Bearn –casado con una prima del Batallador–, que había tomado parte en la primera cruzada y en el asalto a Jerusalén.

Aun cuando los sitiadores acudieron preparados con toda clase de máquinas para batir fortalezas y asaltar murallas, la ciudad de Zaragoza se rindió por hambre tras siete meses de asedio (18 de diciembre de 1118). Ocupada Zaragoza, la sumisión de las otras plazas del Ebro, Jalón y Jiloca era cuestión de poco. Se puede decir que en menos de dos años el reino moro de Zaragoza había pasado a dominio del rey de Aragón.

La obra de Alfonso I el Batallador fue llevada a su fin por Ramón Berenguer IV. En efecto, a la muerte del Batallador, el reino de Aragón se vio sometido a una crisis política, causada por el extraño testamento de Alfonso I. La crisis, tras complicados incidentes, pudo solucionarse salvando la personalidad e independencia de Aragón y asegurando para el reino todas las conquistas llevadas a cabo por el Batallador. Ramón Berenguer IV, con el título de "príncipe y gobernador de Aragón", continuó la obra reconquistadora del Batallador. Con este nuevo monarca se puede decir que "la Reconquista entra en una nueva fase, a base de asedios de fortalezas, pero sin avances espectaculares ni largas correrías por tierra enemiga". El conde Ramón Berenguer IV pudo, con ayuda de naves genovesas, tomar Tortosa (1148), y al año siguiente Lérida, Fraga, y más tarde Mequinenza.

La característica principal de la conquista del valle del Ebro es que la mayor parte de las ciudades se sometieron mediante una capitulación. En estas capitulaciones se pactaba que los musulmanes podrían permanecer durante un año, pasado el cual deberían trasladarse a barrios de extramuros, pero conservando sus bienes muebles y las fincas de cultivo que tuvieran en los términos de la ciudad o en cualquier parte.

Las capitulaciones fomentaban, por tanto, la persistencia de los musulmanes en el campo, pues nada perdieron con el cambio, ya que aun los impuestos a que estaban sometidos eran los mismos de la época anterior –la décima parte de sus frutos– y conservaban sus mezquitas, sus jueces y sus leyes especiales. Los sistemas de cultivo continúan igual que en tiempos de los musulmanes. La tierra solía cultivarse por medio de colonos parciarios *(exaricos)*, de los cuales, unos pocos emigrarían a Valencia; los conquistadores ocupaban el puesto de los antiguos propietarios que habían emigrado y recibían heredades tal y como estaban en época anterior, pero, naturalmente, con la obligación de respetar al antiguo aparcero en sus derechos; tanto es así, que éste no debía dar diezmos a la Iglesia por la parte que le tocaba, pero sí el propietario cristiano por la suya. Con el tiempo empeoró la condición de los exaricos al asimilar los juristas su contrato de aparcería al anfiteuresis o al equipararlos a los siervos adscritos a la tierra.

***Caballeros cristianos del siglo XII armados para la batalla, según un relieve del sepulcro de los santos Vicente, Sabina y Cristeta en la iglesia de San Vicente de Avila.***






***Miniatura del tumbo menor de Castilla, del siglo XII, que representa a Alfonso VIII entre su mujer y el caballero prior de la Orden de Santiago, que funda, junto con otro caballero, el convento de Uclés (Archivo Histórico Nacional, Madrid). El vencedor de las Navas de Tolosa dio un gran impulso a la Reconquista y puso fin por la fuerza a las pretensiones almohades en la península.***

Distintos fueron los problemas que los reyes aragoneses tuvieron que plantearse para llevar a cabo la repoblación de los recintos urbanos. Evacuado dicho recinto de sus anteriores moradores musulmanes, era preciso buscar pobladores entre los cristianos de dentro o fuera del reino. Las ciudades del valle del Ebro tuvieron que dar entrada a una gran cantidad de burgueses, llegados de todas partes, especialmente de Francia. Aunque hay que hacer notar, por lo raro del caso, la llegada de gente inglesa para repoblar Tortosa (Udina).

Si la segunda mitad del siglo XII había sido de dificultad para el reino de Castilla, al empezar la nueva centuria los reinos cristianos van a emprender una nueva fase en la Reconquista, que va a ser decisiva. Alentados por la derrota de Alarcos (1195), los reyes castellanos van a predicar por todo el orbe cristiano la idea de cruzada frente a los almohades. El obispo de Toledo, el célebre Rodrigo Ximénez de Rada, va a ser el artífice de esta predicación, que va a cristalizar en los primeros años del siglo XIII en una verdadera cruzada frente al peligro musulmán.

Hacia 1212, los ejércitos de los reyes de Castilla, Navarra y Aragón, a los que se unieron grandes magnates del otro lado del Pirineo, se lanzan contra el imperio almohade. La batalla tiene lugar en los llanos de las Navas de Tolosa, probablemente cerca del actual pueblo de Santa Elena (J. González), en julio de 1212. La batalla de las Navas desarticuló el imperio almohade y permitió a los estados cristianos, en especial a Castilla, llevar a cabo un progreso territorial sin precedentes en la historia de la Reconquista, tanto por la extensión de las tierras incorporadas como por la rapidez con que ésta fue llevada a cabo.

La conquista de Andalucía se inició bajo el mandato de Fernando III el Santo, con la anexión de Baeza, Martos y Andújar. En el 1236 caía por capitulación Córdoba. Hacia 1240 se apodera de la región situada entre Montoro y Cabra. En 1248 caía, después de un largo asedio, la ciudad de Sevilla. El resto de las poblaciones de la Baja Andalucía, desamparadas por la pérdida de Sevilla, se declararon tributarias de Castilla. Y se van entregando por medio de pactos: Jerez, Arcos, Medinasidonia, Cádiz.

En la conquista de Andalucía hay que

134

# SENTIDO DE LA EXPANSION CRISTIANA EN LA PENINSULA IBERICA

La búsqueda de las razones precisas que han condicionado la actuación de un pueblo es ahora y ha sido siempre, desde que Heródoto inventara la Historia, la preocupación primordial de los historiadores. Unas veces han creído encontrar las razones de la peculiaridad de los pueblos en la forma de actuación de las grandes figuras gobernantes de su momento. De esta concepción surgió la historia política, que incidía primordialmente su estudio sobre los personajes sobresalientes de la política, de la diplomacia, de las relaciones exteriores, de cada una de las épocas estudiadas.

Al calor de nuevas preocupaciones y de nuevos conceptos del vivir, el historiador ha cambiado el centro de interés de su investigación. Ya en vano buscaríamos en la moderna historiografía estudios basados en las figuras señeras aislados de su entorno. Es ahora cuando se da entrada en la Historia al estudio de las estructuras políticas, culturales, sociales y económicas. Interesa más en este momento comprender la psicología de grupo que la de un personaje. Esta mentalidad colectiva, justamente la de un pueblo, la puede ofrecer el estudio de las estructuras materiales, economía y sociedad, y de las estructuras que son reflejo, en cierta forma, de ellas, las político-culturales. A través de todas ellas se nos presenta un mundo lleno de paradojas, brillante y oscuro, frenético y sensible. La preocupación de los hombres fue entonces, y ha sido siempre, la superación de las necesidades objetivas.

En vano buscaríamos en otros países del Viejo y del Nuevo Mundo una peculiar forma de vivir como la española. A la búsqueda de las razones profundas, muchos historiadores se han lanzado con buena fe y esperanza de éxito a su desvelamiento. El sello de la peculiaridad, parecen coincidir todos, nos lo ha marcado el hecho de que en un lejano día un berébere, maula del caudillo árabe del norte de África, de nombre Tariq, pusiera el pie en la península. A partir de entonces sus descendientes van a crear un imperio precioso, cuya piedra de toque va a ser la expansión constante de los pueblos del norte de la península ibérica.




Hacia el año 1000 el mundo entero fue testigo de un asombroso fenómeno: la cristiandad se vistió de una blanca casulla de iglesias. Creo que no existe ningún párrafo más famoso que este del célebre escritor borgoñón Raul Glaber. La metáfora respondía, sin embargo, a un hecho evidente: el occidente europeo se despertaba. Es conveniente ver esta expansión económica en una serie de factores que se aunaron felizmente en los albores del siglo XI: suavización del clima, mejora en los cultivos de los cereales y, en consecuencia, una mayor abundancia de comida; reducción del índice de mortalidad, aumento del de natalidad. En una palabra, un auge demográfico sin precedentes en la Historia se pone en marcha.

Los pequeños recintos ciudadanos, embotados por los nuevos nacidos, dan a luz nuevos suburbios que empiezan a desarrollar una febril actividad. El campesino medieval, verdadero artífice de este renacimiento, se libera. En primer lugar, del yugo de la propia indigencia: el campesino come más y mejor, pero también es capaz de sustraer cargas y derechos señoriales que pesaban sobre él.

Un dinamismo extraordinario da origen a la creación de la familia conyugal estricta. Como consecuencia, los fundos carolingios se dividen más y más. Pero hay ciertos campesinos que se encuentran sin tierras. Muchos se lanzan a la aventura, como supuso Henri Pirenne, de comerciar entre las ciudades. Son los *pedes pulverosi* (pies polvorientos), que los textos ingleses del siglo XII designan pintorescamente. Otros huyen a la ciudad, que les ofrece libertad y posibilidad de trabajo, convirtiéndose en artesanos. Pero la gran mayoría de ellos se dedican a explotar nuevas tierras.

El Occidente se expande hacia todos lados, se desecan las marismas, se roturan los bosques. ¡Qué ingente labor la de aquellos campesinos que roban día a día al bosque, al pastizal o al pantano nuevas tierras para cultivar! Audaces e intrépidos, ellos dan lugar a que el Occidente se "despegue" de la indigencia en los albores de su historia. ¡Cuántas energías se gastaron en la roturación, la gran labor del campesino medieval!

En los reinos de la península ibérica, la tierra nueva era la arrancada a los musul-

manes en cada batalla. Lo decisivo no es tanto las energías gastadas en la lucha, sino las que eran necesarias para la reactivación de las nuevas tierras. Pero aún mayores fueron las energías gastadas por los castellanos, los navarros, los aragoneses y los catalanes que las de sus contemporáneos europeos, porque en ellos su expansión no había estado precedida, como en el Occidente europeo, por una revolución tecnológica. En Europa, como ha demostrado Lynn Whitte jr., la expansión agraria estuvo precedida, y fue justamente provocada, por la gran revolución técnica de los siglos IX-XI. No ocurrió lo mismo más acá de los Pirineos. En la península ibérica, los reinos hispanocristianos se vieron lanzados a la repoblación de nuevas tierras, sin tener los elementos necesarios para ello. El resultado fue el agotamiento prematuro de la expansión económica.

La reconquista y la repoblación, artífices de nuestra historia, la deshacen a cada instante. En pleno siglo XII, cuando se hubiera podido llevar a cabo una reactivación en todos los órdenes de la economía, la sociedad castellana buscó, sin embargo, la expansión no hacia dentro, sino hacia fuera. Como escribiera hace algunos años Claudio Sánchez Albornoz, "el giro dado por la historia española después del triunfo de las Navas de Tolosa interrumpió ese trascendental proceso histórico, al abrir de nuevo la frontera y lanzar a la cristiandad peninsular a la tradicional aventura nacional, conquistadora y repobladora".

En la dinámica de la historia de España está presente este factor. La hechura vital del castellano se fraguó en la guerra y dio nacimiento a un espíritu guerrero y castizamente superior a los otros dos grupos humanos que convivían con él en la península ibérica. La mentalidad española se fragua así en el contacto entre una casta forjada en la guerra y en expansión constante y otras dos que llegan a estar sometidas. La mentalidad española tiene que ver con el contacto en la Edad Media entre cristianos, moros y judíos. O entre judíos, moros y cristianos, para el caso es igual, como viene diciendo Américo Castro desde hace ya muchos años.

La expansión cristiana peninsular se hizo a costa de las otras dos castas peninsulares. ¿Gastó, acaso, la expansión las energías hispanas, que pudieron, de no haber existido ésta, lanzarse a un desarrollo interno de la economía? O, por el contrario, ¿la funcionalidad del carácter castizo guerrero impelía a la casta triunfante a dedicarse a la guerra, único trabajo digno del caballero? Como escribía en la primera mitad del siglo XVI fray Antonio de Guevara: "Yo, señora, soy en conexión cristiano, en doctrina teólogo, en linaje Guevara, en oficio predicador, en *la opinión caballero y no comunero*". Éste es, sin duda, el nudo del gran problema de la peculiar forma de la mentalidad hispánica.

Como escribiera hace algunos años Roberto S. López, "si bien no hemos de censurar a los pueblos ibéricos el haber compartido el error común a la mayoría de los europeos de la Edad Media, es cierto que tal error les resultó más nefasto que a los demás. Tanto por su masa como por su cultura, los heterodoxos ocupaban en España un lugar considerable. Reconstruir sin ellos constituía una tarea abrumadora". Nosotros decimos más: imposible. Por ello, cuando se expulsó a las minorías, la casta triunfante abrió en sus propias filas unos huecos que jamás podría volver a llenar.

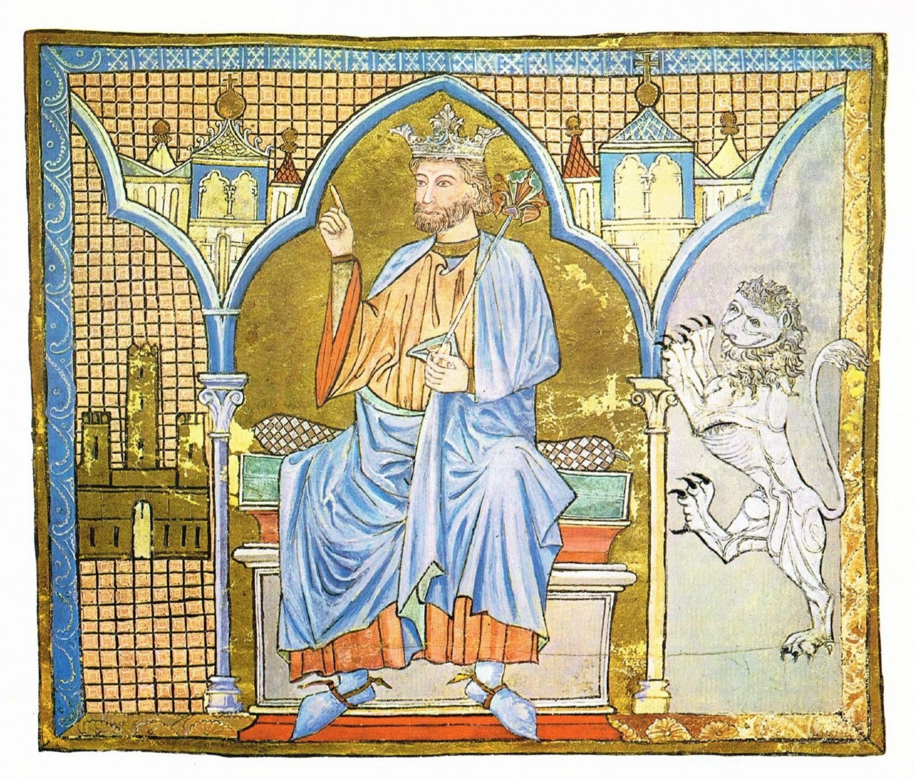
J. E. R. D.

distinguir dos modos de ganar el terreno: por imposición de las armas –así cayeron Úbeda, Baeza, Jaén, Niebla y Sevilla– o por pactos de entrega o capitulación. En el primer caso, su repoblación fue realizada, por lo general, bajo la forma de repartimiento, esto es, una distribución ordenada de las casas y heredades de las poblaciones y tierras reconquistadas entre los que habían tomado parte en su conquista, según la condición social y los méritos respectivos de los conquistadores, recibiendo los magnates extensísimos *heredamientos* o propiedades rústicas. Para poder llevar a cabo este *repartimiento,* el rey solía nombrar una comisión de oficiales reales *(partidores, divisores)* que llevaban a cabo las operaciones de partición y entrega de los lotes correspondientes. En el segundo caso, los musulmanes quedaron con sus propiedades sometidos a la soberanía de Castilla, y más concretamente a la de la alta nobleza. Este sistema de colonización fue denominado por Vicens Vives "colonización militar".

El año de 1363, una rebelión de musulmanes pareció que iba a hundir el sistema de ocupación castellana. El rey de Castilla Alfonso X el Sabio logró salvar la crisis tomando una decisión gravísima, como fue la de expulsar a los musulmanes de la Andalucía occidental. Los agricultores musulmanes que desde hacía cientos de años cultivaban esta tierra tuvieron que refugiarse en el reino nazarita o en el norte de África. La despoblación subsiguiente a este hecho motivó que otra vez hubiera una gran extensión de tierra que repoblar. En el siglo XIII, la Andalucía del Guadalquivir constituyó una formidable ventosa que provocó otra gran reactivación de la corriente sanguínea nacional hacia la periferia del reino. Otra vez se produjeron desplazamientos en masa desde las viejas tierras del Norte hacia regiones más ricas. "Otra vez se oyó en el solar castellano-leonés la llamada alucinante de la frontera, con el moro brindando riquezas, medros y libertades" (Sánchez Albornoz).

Fueron notables las repercusiones que tuvo en la agricultura castellana este extraordinario desplazamiento de campesinos de Norte a Sur. A consecuencia de él, a partir de la primera mitad del siglo XIII se inició en el reino de León y Castilla una crisis agrícola, originada por la escasez de mano de obra campesina al duplicarse los terrenos de cultivo sin que se hubiese producido incremento demográfico alguno.

El problema técnico que se les planteó a los reconquistadores de Andalucía fue muy interesante. Encontraron una agricultura floreciente, donde había multitud de cultivos con técnicas distintas. Pero la mayor parte de los antiguos cultivadores musulmanes emigraron. Los nuevos terratenientes



*Fernando II el Santo, rey de Castilla y León, representado en una de las últimas miniaturas del tumbo A de la catedral de Santiago de Compostela. Bajo su reinado se inició la reconquista de Andalucía, que llegó hasta el límite sur de la península.*

procedían, en su mayoría, de la Meseta, acostumbrados a dejar la mayor parte de la tierra a la ganadería y sólo una poca al monocultivo de cereales y unas pequeñas porciones de huerto. Estos nuevos pobladores eran incapaces de seguir, con técnicas que desconocían, los cultivos allí tradicionales; por eso dedicaron las tierras a pastos, a cultivos de cereales en pequeña cantidad y al del olivo, que no les planteaba graves problemas técnicos.

Pero es bien fácil caer en un determinismo mecanicista si observamos solamente desde este ángulo el problema de la descomposición del campo andaluz. Hay que hacer notar que, a partir de 1263, se sustituye en Andalucía el tipo de economía intensiva, que había prevalecido en el valle del Guadalquivir en época musulmana, por un tipo de economía extensiva, en la cual el ganado lanar y el olivo van a ocupar un puesto preponderante.

Tema reiterado ha sido el de la pugna secular entre la agricultura y la ganadería trashumante. Con la Mesta, con el uso y abuso de sus privilegios, se pretendió explicar la decadencia de la labranza, con tal exclusivismo que en la ordenación jurídica de la agricultura, luminosamente concebida, pero que apenas tuvieron tiempo de iniciar los reformadores a fines del siglo XVIII, fue la Mesta el flanco de ataque más extenso. Muchas veces, al tratar de enjuiciar su efectiva influencia, se ha prescindido de señalar las transformaciones experimentadas por aquella institución a medida que el poder

público languidecía, cuando la Mesta ya había perdido parte de sus objetivos, dejando olvidadas funciones previstas por monarcas anteriores. Por otra parte, es evidente, incluso en el período inicial de la Mesta, que ni ella ni sus promotores pusieron empeño alguno en el propósito de armonizar los intereses de la labranza y de la crianza, con lo cual padecieron los unos y los otros. No enfocaron los problemas concernientes a la agricultura de una manera que les permitiera sorprender la íntima solidaridad de intereses del arado y de la cabaña trashumante.

Insistimos que no fue la implantación de la Mesta lo que hundió la agricultura andaluza, sino la incapacidad técnica del pequeño propietario, cuyo utillaje agrícola era francamente inoperante, y el poco interés manifestado por los grandes terratenientes por adquirir nuevas técnicas agrarias.

Paralela a la conquista de Andalucía por Fernando III hay que destacar la del reino de Valencia por Jaime I el Conquistador (1213-1276). Una vez terminada la conquista de Mallorca en 1229, empresa cuya iniciativa es debida a los deseos de los comerciantes barceloneses por suprimir un foco de piratería que imposibilitaba su incipiente tráfico mercantil, Jaime I se dirige hacia Valencia. Con todo, la iniciativa no corrió en un primer momento a cargo del rey, sino que fue un magnate, Blasco de Aragón, quien daba comienzo a la campaña con la anexión de Morella hacia 1232.

Jaime I llevó la tarea de una forma rápida, no deteniéndose sino en aquellos lugares indispensables para servir de bases de penetración, pero su principal preocupación la constituía la toma de la ciudad misma de Valencia. La gran ciudad levantina capituló en septiembre de 1238, y dos años más tarde se sometía, por capitulación o conquista, al monarca catalano-aragonés todo el reino hasta el Júcar. Desde 1239 hasta 1245 se lleva a cabo la conquista de Denia.

A la par que avanzaba la conquista, se procedía al reparto de tierras y a la repoblación del territorio por cristianos, aunque se llevó a cabo de forma muy diversa, según los lugares. Se trataba de instalar grupos de personas en determinados lugares o tierras, llevado a cabo mediante una actuación oficial. Pero aquí hay que distinguir, en primer lugar, la repoblación que llevaban a cabo los grandes señores aragoneses, que consideraban sus nuevas tierras como una prolongación de sus propios honores o feudos. Por otra parte, el rey, cuya preocupación primordial fue la de tener alejados a los grandes señores, sobre todo de las ciudades, tiende a reservarse los principales centros urbanos, donde reparte casas y tierras, bien en plena propiedad o pagando un censo anual.

Pero si en un principio los repartos se hacen entre los que habían participado plenamente en la lucha, más tarde el rey admite a gentes que no tomaron parte en ella. Por esta razón, en la zona de Castellón predominaba la repoblación aragonesa, pues la reconquista del Levante fue, desde su inicio, una empresa aragonesa. Pero ya en la región valenciana, y en especial en la propia ciudad de Valencia, la mayor parte de la población fue barcelonesa y, en general, catalana. Así pues, hay que distinguir en la repoblación de la zona levantina dos tipos de colonización: la señorial y la real.

En la primera, los grandes señores de

***Miniatura del tumbo de Tojos Outos en que se hallan representados Alfonso X el Sabio, su esposa doña Violante y su hijo el infante don Fernando de la Cerda (Archivo Histórico Nacional, Madrid). A pesar de su positiva labor de reconquista, donde realmente destaca este soberano es en el campo de la cultura.***



# EN TORNO A LA RECONQUISTA

La historia tradicional ha girado durante siglos en torno al tema de la Reconquista como centro y explicación total de la historia de la España medieval. Si los historiadores alemanes vieron la Edad Media a través del Sacro Imperio romanogermánico y su dominio sobre Europa; si, en cierto modo, los historiadores italianos exaltaron y vieron sólo en la Edad Media la gran obra del papado, mientras que los franceses escribieron sobre el Imperio carolingio y las cruzadas, podemos decir que los historiadores españoles se fijaron especialmente en la Reconquista, como hecho crucial de los tiempos medios.

Y ciertamente es difícil negar a la Reconquista ese carácter de símbolo, de exponente y aun de explicación de tantos hechos y de las mismas directrices de los tiempos medios. Lo ocurrido es que la Reconquista ha sido juzgada en muchas ocasiones sólo desde un ángulo: el de la historia externa, de la historia positiva, sin calibrar que en torno a la Reconquista se mueven una serie de factores que ciertamente son fundamentales para el caminar de la historia medieval de España, pero que no se reducen sólo a la escueta batalla y a la precisa línea de reconquista. Los fenómenos de tipo económico y social, de tipo religioso y artístico, pesan tanto o más que los puramente guerreros, heroicos y del batallar continuo.

Lo que no se puede hacer es ignorar el hecho de la Reconquista. El gran historiador Calmette, profesor de historia medieval de la universidad de Toulouse, pudo escribir que la Reconquista era el programa imprescriptible de la cristiandad española..., una cruzada perpetua. Sobre la opinión del profesor francés ha coincidido la no menos autorizada afirmación de los dos grandes medievalistas españoles, Ramón Menéndez Pidal y Claudio Sánchez Albornoz.

No obstante, otros autores que han tratado de los problemas históricos de España, como Ortega y Gasset, negaron en su día la importancia de la Reconquista, y Altamira, por ejemplo, pensó que ésta no era en sí una idea autóctona, sino que venía del otro lado de los Pirineos, traída por los monjes cluniacenses y, en consecuencia, tardía.

Nada de eso: la Reconquista no solamente es un hecho nacido y desarrollado en España, sino que surge en los primeros siglos del dominio musulmán y tiene una acuñación típicamente hispánica; más aún, la Reconquista constituye la clave de la historia de España medieval y, aun sin exageración, podríamos decir que constituye la clave de toda la historia de España.

Este concepto de Reconquista no queda, sin embargo, del todo claro a través de los largos siglos en que los historiadores e incluso la historiografía nos habla de este hecho, toda vez que si bien se ha identificado tantas veces la palabra Reconquista con Edad Media, no hay duda de que en la Edad Media existen otras vertientes muy distintas que, siguiendo la línea de la Reconquista, ofrecen aspectos también muy distintos. No obstante, suele entenderse por Reconquista, como ha definido Antonio de la Torre, la recuperación del territorio nacional contra las invasiones de los musulmanes; en este sentido, todo lo que represente lucha y ocupación de tierras debe entenderse en tal sentido.

Hay una cuestión que queda muy clara y es que, aun cuando el término "repoblación" coincida en muchas ocasiones con Reconquista, no siempre se identifican. En muchos casos, la palabra Reconquista es más general que repoblación; en otros, existe repoblación sin reconquista, y en otros puede suceder que exista reconquista sin repoblación. En este sentido, Ubieto Arteta escribió hace poco tiempo sobre la Reconquista peninsular y señalaba, en cuanto a la forma de posesión de las tierras, cuatro facetas distintas:

1.ª Acto bélico (expedición guerrera, batalla, saqueo, etc.) que no altera el sistema jurídico de posesión de la tierra ni señala el cambio de dominio (Covadonga, Simancas, Valdejunquera, expedición a Lisboa por Alfonso II, etc.).

2.ª Sublevación de la población contra el poder musulmán constituido, arrojando a las autoridades cordobesas y nombrando a otras cristianas, de origen local, que se apoyan en los monarcas francos, como Narbona (756) o Gerona (785).

3.ª Ocupación pacífica de tierras yermas, vacías de población o con una densidad muy baja, y que conocemos con el nombre de "repoblación". La originarán los excedentes humanos de las tierras montañesas o gentes que buscan un mejoramiento social y económico.

4.ª Ocupación violenta de tierras pobladas por gentes musulmanas, tras una acción militar. Esto se conoce con el nombre de Reconquista.

Esta caracterización ofrece, sin duda, algunas dificultades, pero de todas formas aclara bastante los conceptos. Siguiendo el criterio del autor recientemente citado, el carácter de reconquista no se da hasta el siglo XI, en que comienza el movimiento de las cruzadas y en que, en efecto, el papado tiene un interés extraordinario en la extensión del cristianismo frente al islamismo en España. Por ello, Ubieto termina su artículo citado recientemente con estas conclusiones:

1.ª La Reconquista es un fenómeno muy tardío, que fue motivado por la introducción en España del espíritu de cruzada, predicado por la Santa Sede a partir de 1063.

2.ª El espíritu de cruzada es extrapeninsular, aunque al cabo de los tiempos se adaptará al de los hombres de la Edad Media española.

3.ª Si la predicación de la cruzada y su presencia en España coincide con una época de expansión, estas cruzadas fracasarán (Barbastro, Estella, Tudela).

4.ª Si la predicación coincide con una época de depresión, triunfará (Huesca, Zaragoza, etc.).

5.ª Los períodos de reconquista coinciden esencialmente con las épocas de depresión entre los cristianos, a excepción de lo ocurrido con motivo de la ocupación de Cuenca (1177) y quizá con el Bajo Aragón.

Aquí planteamos, pues, un problema cronológico acerca de la fecha a partir de la cual podría hablarse realmente de Reconquista: la primera resistencia que los núcleos cristianos del Norte ofrecieron frente a los musulmanes, ¿tiene ya el carácter de Reconquista, en el sentido de entrañar una idea de tipo patrio, de tipo religioso? Muy difícil es contestar afirmativamente a esta cuestión; sin embargo, no hay duda de que la recuperación palmo a palmo del territorio sí que constituía una idea motriz de estas gentes que, junto con el deseo de dominar en un punto determinado, incluían también el de satisfacer unas evidentes necesidades de tipo económico.

Pero no puede comprenderse el hecho de la Reconquista si se olvida la conciencia que, sin duda, debió quedar luego de perdido el reino visigótico, luego de perdida España, como dicen las crónicas del occidente peninsular, idea que recogen las crónicas del occidente peninsular y quién sabe si también encontraríamos en algunos textos del Oriente, de lo que luego será Cataluña, si hubiésemos conservado la historiografía de aquellos tiempos.

En este sentido, el neogoticismo y consecuentemente el legitimismo astur, aludido tantas veces por el malogrado historiador Vicens Vives, podría darnos un primer indicio de ese sentido de *reconquista*, que está mezclado simplemente con un afán de recuperar el territorio y de dominar sobre él para poder extenderse en tierras más llanas y huir de los lugares más pobres; latía también ahí un problema económico. En este aspecto podríamos decir que en el propio siglo VIII, tanto por parte de los nacientes núcleos cristianos del occidente peninsular como de aquellos otros que al socaire del Imperio carolingio iban desarrollándose en los Pirineos, puede rastrearse un cierto inicio de esa idea de reconquista. Propiamente la veríamos también en aquellos monarcas francos que si al principio atacaban a los árabes y no respetaban a los autóctonos visigodos, luego contaron con éstos: Carlos Martel y Carlomagno tratan de recuperar el territorio con la ayuda de los naturales, es decir, de aquellos en cuyo espíritu debió latir igualmente un espíritu de recuperación del territorio.

Pero al margen de esos problemas vol-

vamos a la idea del principio en el sentido de explicar o de ver cómo la Reconquista realmente constituye la clave de la historia de España. Recordando el título del libro de Américo Castro *España en su historia*, podríamos decir que sin Reconquista esta España en su historia sería totalmente distinta, es decir, que sin esta empresa imprescriptible de la cristiandad española, según dice Calmette, la historia de España hubiese andado por rutas distintas. Porque, en efecto, la invasión musulmana, como ha afirmado el mejor de nuestros medievalistas, cambió definitivamente el rumbo de la historia de España.

Si consideramos que el camino de la historia de España hasta el siglo III antes de J. C. fue interrumpido por la superestructura romana, que evidentemente marcó un rumbo distinto con la romanización, tenemos que considerar con mucha más razón que la invasión musulmana representó un cambio total y completo de los caminos y las rutas que había emprendido la España romana visigótica.

Copiando textualmente de un párrafo de Sánchez Albornoz, podemos decir: "Esta empresa multisecular constituye un caso único en la historia de los pueblos europeos, no tiene equivalente en el pasado de ninguna comunidad histórica occidental. Ninguna nación del Viejo Mundo ha llevado a cabo una aventura tan difícil y tan monocorde, ninguna ha realizado durante tan dilatado plazo de tiempo una empresa tan decisiva para su propia vida libre..., con una frontera siempre incierta e indecisa... que retrocedía fácilmente, al renacer el orden en al- Andalus, después de una gran victoria musulmana, cuando Africa arrojaba sobre España nuevas catervas de árabes. Y así siempre desde antes de la batalla de Covadonga (722) hasta después de la victoria del Salado (1340). Incluso más tarde, cuando se retardó la Reconquista, persistió siempre como un mal endémico la guerra de fronteras, que estuvo muy lejos de ser un paso de ballet caballeresco".

Y esta empresa multisecular es un programa que ha marcado con un sello indeleble la historia de España, no sólo de la Edad Media, sino también la historia de España de los siglos posteriores. Más aún, si se examinara a fondo y se formulase un estudio siempre difícil, pero de un interés extraordinario, de la mentalidad del español medieval, podríamos ver como esa mentalidad se ajusta a las consecuencias de este hecho singular y capital de nuestra historia.

F. U.

Aragón no distinguían que Valencia era un nuevo reino y se acostumbraron a ver en las nuevas tierras de repoblación una prolongación del reino de Aragón, donde implantaron el sistema señorial de producción. Por el contrario, la ciudad de Valencia, por el hecho de recordar que había sido centro de un reino aparte, lo tradujo en la organización de los territorios como un reino distinto de Aragón y Cataluña. Tuvo sus fueros, sus cortes privativas, a las que Jaime I juró, en 1261, mantener los fueros y costumbres del país. La actuación del rey, en este sentido, desilusionó de tal forma a los nobles aragoneses, que fueron muy reacios, a partir de entonces, a prestar su apoyo a las campañas del rey para conquistar Murcia, y de este hecho arranca además la resistencia nobiliaria al rey, que llegaría incluso a extremos imprevisibles en este momento, como la pretensión, en tiempos de Pedro III (1276-1285), de compartir el gobierno del reino.

A partir de 1263, subyugada la rebelión musulmana de la Andalucía del Guadalquivir y con la anexión del reino de Murcia, se puede decir que la Reconquista había terminado. Sólo el reino de Castilla tiene, a partir de entonces, frontera con un reino musulmán: el de Granada. Pero el reino nazarita se veía más como un reino tributario, que encajaba perfectamente en la armonía política de los reyes cristianos, que como el sucesor del califato o de los mismos almohades.

No se puede decir que en estos dos largos siglos en que Castilla tiene frontera con los musulmanes no existiese actividad bélica. Por un lado hay que destacar que la guerra de frontera estaba bien lejos de ser un paso de ballet caballeresco (Sánchez Albornoz). Todavía en el siglo XIV, el prisionero cristiano que no apostataba era decapitado o vendido como esclavo. Aquellos caudillos de algunas huestes: infantes, arzobispos, condes o ricoshombres, que caían peleando, sus cabezas eran enviadas como trofeos al rey moro cuyas lanzas les habían derrotado. Por



***El escudo de León y Castilla bordado en las ropas del infante don Fernando de la Cerda (Monasterio de Las Huelgas, Burgos).***

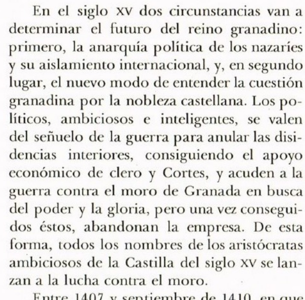
*Sellos de Jaime I el Conquistador (Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona).*





otro lado, Castilla estuvo, al menos hasta 1340, en guerra continua con los merines del norte de África por el dominio del estrecho. La batalla del Salado (1340), llevada a cabo por Alfonso XI contra los merines, fue el último combate campal entre cristianos y musulmanes. En el Salado se decidió la supremacía castellana sobre el estrecho y, en consecuencia, la suerte de Granada, de ser tributaria y sometida en todo a los reinos castellanos.



En el siglo XV dos circunstancias van a determinar el futuro del reino granadino: primero, la anarquía política de los nazaríes y su aislamiento internacional, y, en segundo lugar, el nuevo modo de entender la cuestión granadina por la nobleza castellana. Los políticos, ambiciosos e inteligentes, se valen del señuelo de la guerra para anular las disidencias interiores, consiguiendo el apoyo económico de clero y Cortes, y acuden a la guerra contra el moro de Granada en busca del poder y la gloria, pero una vez conseguidos éstos, abandonan la empresa. De esta forma, todos los nombres de los aristócratas ambiciosos de la Castilla del siglo XV se lanzan a la lucha contra el moro.

Entre 1407 y septiembre de 1410, en que cae la ciudad de Antequera, Fernando de Antequera, el regente castellano y luego rey de Aragón, desplegó todas sus energías en la guerra contra el moro. Don Álvaro de Luna, en 1431; en 1437, don Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, y tantos otros desplegaron sus esfuerzos en una guerra que sólo les podía ofrecer victorias seguras. La guerra tenía un fin determinado: la intimidación de los reyes granadinos, que a partir de 1430 se comprometieron a pagar unas parias de 20.000 doblas de oro anuales. Es bien cierto que algunos años estos tributos no se pagaron, pero las armas de los ambiciosos nobles castellanos estaban prestas para intervenir y regularizar el pago.

De nuevo, y como siempre ha ocurrido, la monarquía de Castilla se acostumbró a contar en su presupuesto con una partida de ingresos que no procedían del trabajo de sus vasallos, sino de los beneficios que la hegemonía militar le ofrecía sobre otros pueblos. La conciencia de ser la "casta" dominante se acrecentaba con este hecho. Pero el advenimiento de los Reyes Católicos va a



*Jaime I, llamado el Conquistador, presidiendo las Cortes de la corona catalanoaragonesa, miniatura de las "Constitucions de Catalunya" (Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona).*

señalar un cambio en la manera de entender la cuestión del reino granadino. Los Reyes Católicos recogieron de los tiempos pasados la justificación ideológica que preconizaba la recuperación de tierras usurpadas por los musulmanes, enemigos de la fe católica. A juicio de Luis Suárez, hay que entender la guerra de Granada como una empresa religiosa, ordenada a lograr, junto con otros medios –Inquisición, antijudaísmo–, la anhelada unidad confesional.

La guerra de Granada estuvo llena de peripecias, como no podía ser menos en una invasión que duró más de diez años. La densidad demográfica del reino nazarita y las condiciones geográficas –es la región más abrupta de Andalucía– determinaron la lentitud del avance castellano. Éste habría sido



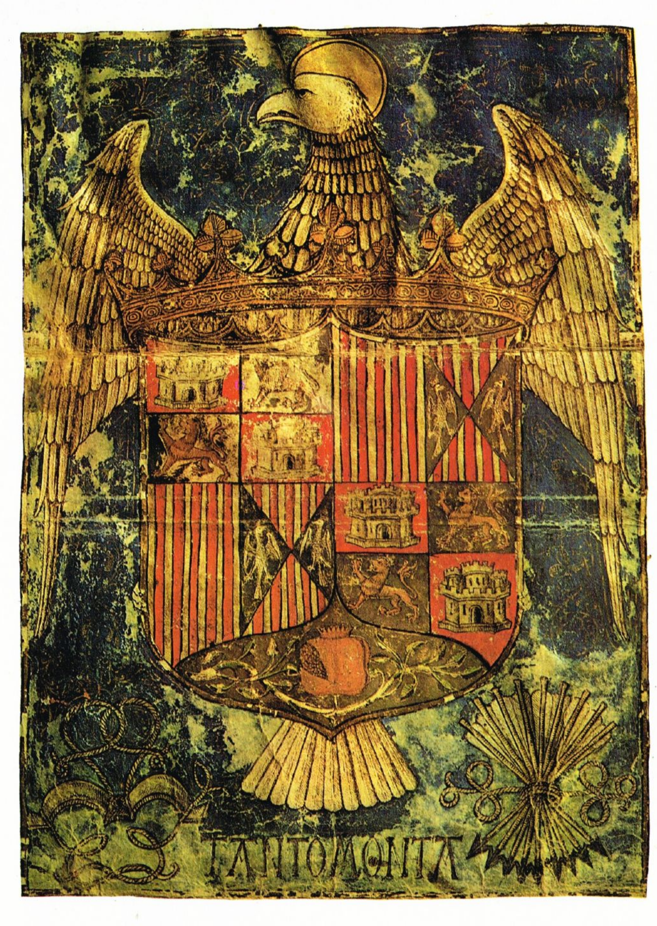
(1) y pertenece guardar e conplir
(2) asento en

*Acta de capitulación del reino de Granada y compromiso de Boabdil de abandonar España (Archivo General de Simancas, Valladolid).*

muchísimo más lento si los Reyes Católicos no se hubieran visto favorecidos por las rencillas internas entre los clanes dirigentes y los problemas dinásticos.

Fernando el Católico no sólo aprovechó la coyuntura, sino que la favoreció en lo que pudo, como puso de manifiesto al devolverle la libertad al rey de Granada Muhammad XII, "Boabdil". En efecto, nombrado emir frente a su padre Abu-l- Hasán y su tío llamado "el Zagal", Muhammad XII lanzó un ataque en la frontera de Córdoba, siendo derrotado y hecho prisionero por los castellanos. El rey católico, en vez de jugar con la gran baza diplomática que presuponía la posesión del emir nazarita, le devolvió la libertad, con la esperanza de que las divisiones internas continuasen, como sucedió en realidad. A partir de entonces, la guerra de Granada se acelera. La ciudad cayó por capitulación el 2 de enero de 1492.

Con la conquista de Granada se suele concluir un largo período denominado equívocamente "Reconquista". Pero, en realidad,




*Escudo de los Reyes Católicos que figura en un privilegio que concedieron (Archivo Municipal, Vitoria).*

el empuje castellano de la segunda mitad del siglo XV, que tiene muy poco que ver con el astur-leonés del siglo IX, no terminó con la toma de Granada. La estructura funcional del reino castellano exigía la prosecución de la guerra.

Es bien cierto que la conquista del norte de África tiene también otros móviles, como la seguridad de las costas peninsulares y la hegemonía en el Mediterráneo, que ya había empezado con la anexión de Nápoles por Fernando el Católico. La conquista de África se proyectó como una gran tenaza que cerraría Andalucía por el Norte y Canarias por el Oeste. Las operaciones van unidas a los nombres de Melilla (que cae en 1497), Mazalquivir, Cazza, Peñón de Vélez de la Gomera, Orán (1509), Bugía (1510), etc. El desvío hacia América impidió apurar el plan de conquista del norte de África. Pero el carácter de la Reconquista perduró en América. La conquista del Nuevo Mundo no fue sino una continuación del carácter expansivo de la casta dominante castellana.

# BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| **C. S. I. C.** | *La reconquista española y la repoblación del país,* Zaragoza, 1951. |
| **Font Rius, J. M.** | *Orígenes del régimen municipal de Cataluña,* Madrid, 1946. |
| **Lacarra, J. M.** | *Orígenes del condado de Aragón,* Zaragoza, 1954. |
| **Lomax, D. W.** | *La orden de Santiago (1170-1275),* Madrid, 1965. |
| **Maravall, J. A.** | *El concepto de España en la Edad Media,* Madrid, 1964. |
| **Menéndez Pidal, R.** | *La España del Cid,* Madrid, 1947.<br>*España cristiana,* tomo VI de la "Historia de España", Madrid, 1956. |
| **Sánchez Albornoz, C.** | *Las behetrías,* en "Estudios sobre las instituciones medievales españolas", México, 1965. |
| **Soldevila, F.** | *Historia de España,* vol. I, Barcelona, 1952. |
| **Valdeavellano, L. G. de** | *Historia de las instituciones. De los orígenes al final de la Edad Media,* Madrid, 1968.<br>*Orígenes de la burguesía en la España medieval,* Madrid, 1969. |
| **Vicens Vives, J.** | *Aproximación a la historia de España,* 2.ª edición, Barcelona, 1960. |






*Anverso y reverso de un pierreale siciliano acuñado a nombre de Pedro III el Grande y su esposa, hecho que testimonia la incorporación de Sicilia a la corona de Aragón (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).*



*A través de esta miniatura de la escuela carolingia, que representa a San Jerónimo enseñando a discípulos y discípulas, podemos hacernos una idea de la forma de vestir de hombres y mujeres en la época de Carlomagno (Biblioteca Nacional, París).*

# Carlomagno y la renovación del Imperio

por RAFAEL CONDE DELGADO DE MOLINA

El siglo VIII contemplará un hecho político de singular importancia para Occidente: el nacimiento de una dinastía basada en un pacto con el poder religioso.

La monarquía fundada por Clodoveo estaba en total decadencia y desprestigio. Los merovingios gobernaban sobre unos territorios que en su máxima extensión, bajo el reinado de Dagoberto (629-639), se extendían por la Galia, parte de Renania, Alemania y Turingia, y empezaba a hacer notar su acción en Frisia, Sajonia y Baviera. Éste será el *Regnum Francorum* en la época inmediatamente anterior al ascenso carolingio.

Al frente de él se encontraba un rey, heredero de Clodoveo, rey que apenas reinaba y que, desde luego, no gobernaba. Había abdicado sus funciones en el mayordomo de palacio, personaje cuyo radio de acción se había extendido desde el gobierno de la real casa a las verdaderas funciones de gobierno. Suceso, por otra parte, nada raro, dada la confusión "bárbara" entre real casa y reino, paralela a la existente entre tesoro privado del rey y tesoro del reino o hacienda pública. El punto de partida de esta ampliación de poder está en la heredabilidad del cargo. Se crearán entonces unas dinastías de mayordomos que afianzarán su fuerza.

El reino merovingio, además, se encuentra dividido en tres partes: Austrasia, Neustria y Borgoña, al frente de las cuales hallamos a un rey *faineant* o rey holgazán. He aquí cómo describe Eginardo, el secretario de Carlomagno, a tal personaje: "No le quedaba al rey más que el nombre, sus largas melenas y su luenga barba. Sentado en el trono, daba audiencia y contestaba a los embajadores con respuestas que le habían hecho aprender. El mayordomo pagaba al rey una pensión, le conservaba el título de monarca y le permitía vivir en una pequeña residencia con unos pocos servidores. El rey viajaba en el histórico carro de los antiguos caudillos francos, tirado por bueyes, que mejor parecía la carreta de un campesino que el carro real".

La dinastía carolingia, que dará el golpe



***Moneda de oro del siglo VII con la efigie de Dagoberto I, el último rey efectivo de los merovingios, cuyo derrumbamiento del poder abrió paso a la familia de los carolingios (Gabinete de Medallas, París).***

de estado destronando al rey y haciéndose proclamar monarquía divina, se inicia con Pipino de Herstal, descendiente de un personaje de gran prestigio, el obispo de Metz, y que será mayordomo de palacio del reino de Austrasia. Procedía de una familia de grandes terratenientes austrasianos, en el corazón del reino franco, y en la base de su ascenso está, sin duda, su potencia económica. Su padre, Carlos Martel, había conseguido un gran triunfo para la familia al derrotar, el año 732, a los musulmanes en Poitiers, cerrando así el camino de éstos hacia el Norte. Pero no se atrevió a suplantar al rey.

El verdadero rey, el rey "de hecho", era el mayordomo. La dualidad poder "de hecho"-poder "de derecho" debía resolverse a favor del más fuerte, y el "hecho" puede, muy a menudo, sobre el "derecho". En una primera etapa, Pipino se limita a intitularse "aquel a quien Dios ha confiado el gobierno". El poder de la dinastía y su prestigio siguen en aumento. Pipino lucha victoriosamente contra musulmanes y domina una nueva rebelión de Aquitania, zona del reino con grandes caracteres personalistas que la convertirán en territorio siempre agitado. Y en este momento entra en acción un nuevo personaje: el papa.

Bizancio ocupaba gran parte de Italia desde los tiempos de Justiniano y aseguraba a Roma contra un último pueblo bárbaro: los lombardos. Mucho menos civilizados que los anteriores señores de Italia, los ostrogodos, presionaban de Norte a Sur, pretendiendo apoderarse de toda la península. Bizancio se va desentendiendo paulatinamente de Occidente. El esplendor de la época justinianea ha desaparecido. El norte de África está en poder de los musulmanes. La provincia bizantina de la península ibérica ha desaparecido hace ya tiempo. Italia es poco a poco conquistada por los lombardos: en 751, Astolfo se apodera del exarcado de Ravena y amenaza Roma. Bizancio poco puede hacer, pues ha tenido que desguarnecer Italia para proteger sus territorios asiáticos. El papa se ve forzado a buscar nuevos aliados.

Pipino, que representaba el único poder occidental capaz de frenar a los lombardos, desmontado ya el reino visigodo a principios de siglo, se aprovecha de la situación. El papa Zacarías refrenda el golpe de estado. En 749, respondiendo a una carta de Pipino, le escribe que "era mejor llamar rey al que tenía el poder que al que no lo tenía". El pragmatismo papal da a Pipino la base jurídica con que apoyar sus pretensiones al trono, y el año 751 se decide a dar el paso. El merovingio Childerico es enviado a un convento y tonsurado, perdiendo con sus cabellos el halo casi bárbaramente mágico que lo asienta en el trono.

A continuación, Pipino se hace proclamar rey en una asamblea habida en Soissons. La proclamación de Pipino tendrá dos partes: la primera, la tradicional aclamación del pueblo, que, aunque reducida a simple fórmula desde el momento en que la monarquía es hereditaria, mantiene el poder real con

***Miniatura de un manuscrito de comienzos del siglo XV, "Grandes Chroniques de France", en que se representa a Carlos Martel al frente de su ejército conteniendo la invasión del emir Abd al-Rahman en el reino franco (Biblioteca Nacional, París). A pesar de sus victorias, Carlos Martel nunca se sintió con fuerzas para proclamarse rey.***



el refrendo popular y enlaza con las viejas tradiciones francas de proclamación de caudillo que los llevará a la victoria. La segunda es totalmente nueva: el rey es ungido con óleo santo. La unción, que recibe de manos del obispo de los germanos, Bonifacio, da a la dinastía un carácter sagrado y hace del carolingio el elegido por Dios. El rey Pipino tendrá un doble origen legal: el pueblo y Dios.

En 751, ante la toma de Ravena por los lombardos, el papa Esteban II juega dos barajas: una la "legal", enviando una embajada a Bizancio pidiendo protección, y otra,



***Moneda de mediados del siglo VIII acuñada a nombre de Pipino el Breve, cuando éste era aún mayordomo de palacio (Biblioteca Nacional, París).***

***Coronación de un príncipe carolingio entre dos dignatarios eclesiásticos, miniatura de un manuscrito de mediados del siglo IX conocido como "Sacramentario de Metz" o "Evangeliario de Lotario" (Biblioteca Nacional, París). Quieren algunos ver en este soberano coronado por la mano divina a Pipino el Breve, primer soberano franco ungido por un legado papal.***




***Tapa de plata dorada de un relicario del siglo XIII en que se representa el sitio que las tropas de Carlomagno pusieron a la ciudad de Pamplona (Catedral de Aquisgrán). La fracasada expedición de Carlomagno a España en 778 proporcionó argumento a la "Chanson de Roland", cantar de gesta francés del siglo XI.***

la positiva: envía simultáneamente la misma embajada a Pipino. Ambos responden con poca diferencia de tiempo. Bizancio actúa como si nada hubiera cambiado política y estratégicamente, y considerando al papa como obispo de Roma y, como tal, funcionario imperial, le encarga presentar sus quejas a Astolfo. Pipino ve las cosas desde el ángulo opuesto. Roma es el gran poder espiritual de Occidente, zona del mundo en la cual deben desenvolverse él y su reino. Y el papa está en la base de su poder, por lo que su ayuda debe ser efectiva.

Le escribe citándole en sus estados. El papa se pone en marcha, cumple el encargo bizantino y rápidamente se dirige a territorio franco. Una vez en él, negocia con Pipino. El resultado no puede ser más favorable para ambos. La monarquía de Pipino recibe un nuevo apoyo: el papa "prohíbe –en palabras de un cronista algo posterior, que indican, si no la exactitud, por lo menos sí el espíritu– a todos, bajo pena de excomunión, elegir un rey salido de otra sangre distinta a la de los príncipes a los que la divina providencia se había dignado exaltar y... confirmar y consagrar por medio del bienaventurado pontífice, su vicario".

Pipino crea para el papa los estados pontificios. Jura emplearse por todos los medios en restituirle el exarcado de Ravena y los derechos y territorios de la república. En la base de esta donación está la llamada *Donación de Constantino,* documento falso pero muy útil para asegurar Roma y la total independencia política del papa. El trueque es, pues, perfecto.

El año 756, tras derrotar a Astolfo en Pavía, le obliga a devolver el exarcado. Bizancio lo reclama por medio de dos enviados, a lo que responde Pipino que "no puede robar a San Pedro lo que se le había dado". Roma corta con ello las relaciones políticas con Bizancio, y en adelante gravitará sobre Occidente.

El año 768 muere Pipino y su muerte pone en peligro el reino que había fundado. Siguiendo la inveterada tradición franca, divide el reino entre sus hijos Carlos, el futuro Carlomagno, y Carlomán. La oportuna muerte de Carlomán en 771 permite a Carlos reunificar el reino.

Los lombardos presionan de nuevo y el papa invocará el pacto. Carlos responde. Elimina así también el peligro de que éstos reivindicaran los derechos de los hijos de

Carlomán, que con su madre se habían refugiado entre ellos. El año 773 se presenta de nuevo en Italia. Sitia a Desiderio en Pavía y éste se ve obligado a capitular a discreción. Carlomagno no se reduce, como su padre, a pedir seguridades y a firmar pactos: desmonta la monarquía lombarda y a partir del 5 de junio del 774 ordena encabezar las actas oficiales con un doble título: "rex Francorum et Longobardorum". Desde este momento, Carlos es dueño de Italia.

Pese a todas las promesas y a todos los pactos con el soberano pontífice, se considera heredero de las pretensiones lombardas y pretende la unificación de Italia, naturalmente en sus manos. Al papa no le queda otro recurso que someterse. En palabras de Halphen, "Roma y todo el estado pontificio no son ya más, en algunos aspectos, que una prolongación de aquella Italia que el nuevo rey de Pavía se esforzaba en rehacer. Sus intervenciones se hacen allí cada vez más numerosas y más indiscretas; no sólo circulan sin cesar por los territorios pontificios sus agentes, no sólo los súbditos del papa... pueden ser convocados ante él o sus representantes, sino que interviene en muchos otros asuntos que, en principio, escapaban a su competencia".

La conquista de Italia es sólo un capítulo de su gran obra política. El este del reino franco será uno de sus objetivos más importantes.

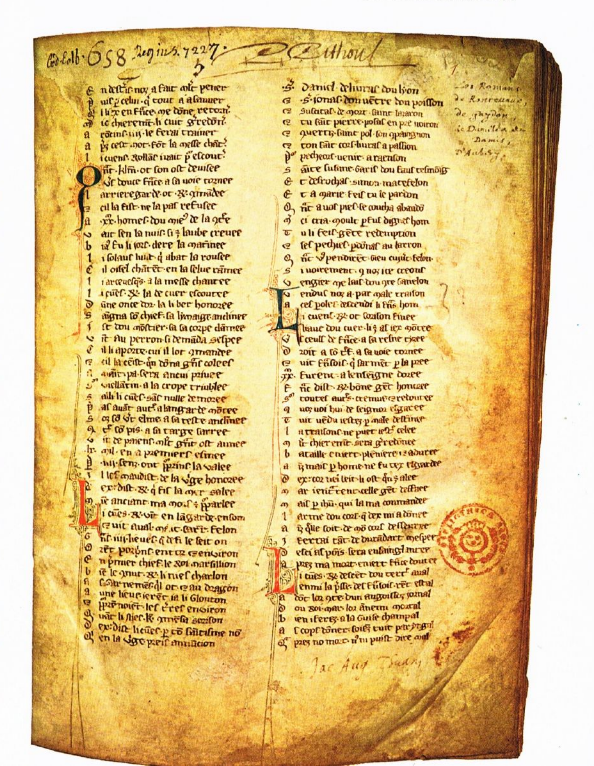
Al frente de la Baviera se encontraba el duque Tasilón, personaje semiindependiente que, después de haberse reconocido vasallo de Carlos al principio de su reinado, más tarde, apoyado por el clero y en buenas relaciones con el papa, vive durante unos años en una situación equívoca. En 781 decide Carlos poner fin a la misma. Requiere a Tasilón para que cumpla sus compromisos, y Adriano I se ve obligado a ponerse del lado de Carlos. El duque Tasilón en la Asamblea General de Worms renueva su juramento de vasallaje.

En 782, ante la derrota franca en Sajonia, se levanta de nuevo, y en 787 Carlomagno recurre a medidas enérgicas. Tasilón se niega a comparecer ante la Asamblea General de aquel año, tenida en Worms, y Baviera es atacada por tres ejércitos. Se somete, pero inmediatamente se levanta. Por fin, en 788 es juzgado y condenado a destierro en un monasterio. Carlos desarrolla una política de aproximación, y desde el año 791 al 793 reside en Ratisbona y convoca allí sus Asambleas Generales. En 794 saca a Tasilón del monasterio y en Francfort renuncia a todos sus derechos por él y por sus descendientes a favor de Carlomagno.

La principal empresa conquistadora de Carlos será la Sajonia. Formaban los sajones un conjunto de pueblos muy variados: westfalianos al Oeste, ostfalianos al Este, angrianos en el centro, y nordalbingianos y wihmodianos a orillas del Elba inferior. Dedicados en gran parte al saqueo, asolaban las tierras de Turingia, Hesse y las provincias renanas. Las campañas duraron desde 772 hasta 804. En 785, Carlomagno dominaba ya casi toda Sajonia, y entre 798 y 804 somete a los habitantes de Nordalbingia y Wihmode.

El personaje clave de esta lucha, por parte sajona, es su gran caudillo Widuking, jefe de los westfalianos, que en 778 se levanta contra Carlomagno. En años anteriores había ya conseguido Carlos algunos triunfos y efímeras sumisiones. En 785 logra una gran victoria e impone a los sajones la conversión. Widuking llega a recibir el bautismo en Attigny. El rey franco impone un régimen de terror: pena de muerte para el que

***Una página del manuscrito de la "Chanson de Roland", que se conserva en la Biblioteca Nacional de París.***



## CARLOMAGNO (768-800)

768 Carlomagno gobierna Austrasia y Neustrasia, así como el oeste de Aquitania.

771 A la muerte de su hermano Carlomán, Carlos se convierte en soberano único. Ruptura de la alianza con los lombardos.

772 Empieza la conquista de Sajonia, que se prolongará durante treinta años.

773 Carlomagno dirige una campaña contra los lombardos en Italia en ayuda del papa: toma de Pavía y Verona.

774 El monarca franco renueva la donación del *Patrimonium Petri* al pontífice. Carlomagno es coronado rey de los lombardos.

775 Los ataques sajones a Hesse determinan que la asamblea de Quierzy decida entablar una guerra sin cuartel contra los sajones.

777 Derrota del jefe sajón Widukind y conversión en masa de su pueblo al cristianismo.

778 Campañas francas en España a petición de los gobernadores árabes de Barcelona y Gerona, sublevados contra el emir cordobés.

782 Se renuevan las hostilidades entre sajones y francos.

785 Widukind se somete a Carlomagno como vasallo y se convierte al cristianismo.

787 El ducado de Benevento, gobernado por un hijo del último rey lombardo, reconoce la soberanía franca.

791 Campaña contra los ávaros y nueva rebelión de los sajones.

796 Destrucción del reino ávaro.

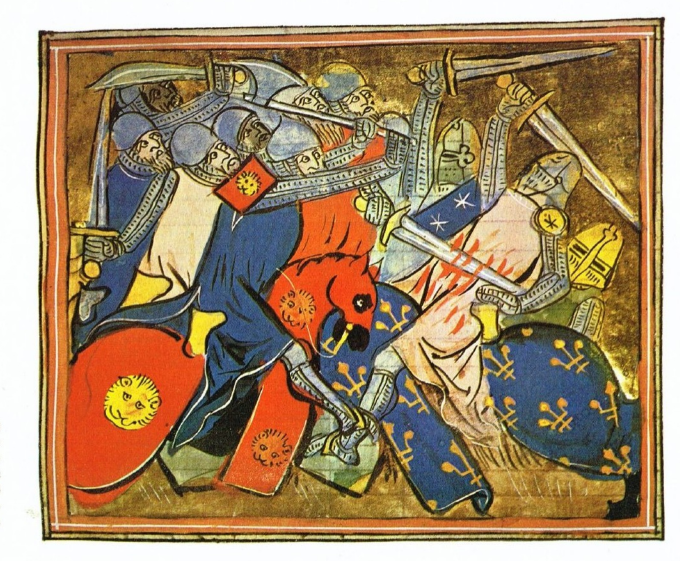
797 El *Capitulare Saxonicum* declara a los sajones súbditos del monarca, en igualdad con los francos.

799 El papa León III pide ayuda a Carlomagno ante la sublevación de sus súbditos.

800 Reposición del papa en su trono. Coronación imperial.

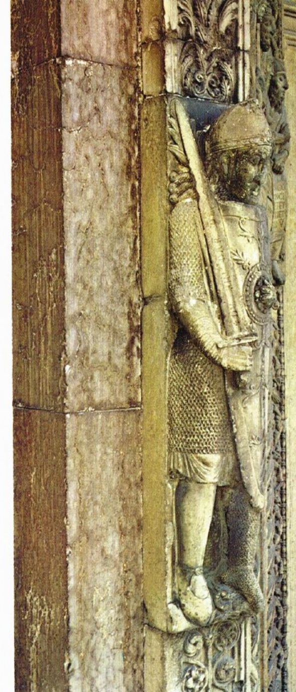
viole iglesias, el ayuno y abstinencia cuaresmal; para los que maten a un clérigo, sea obispo, sacerdote o diácono; para los que incineren a sus muertos según rito pagano, etcétera. El resultado es negativo, pues el año 793 vuelven a levantarse.

Un ejército franco que se dirige contra los ávaros es derrotado y toda Sajonia se alza. Carlos responde con las campañas del 795, 796 y 797. Ahora la situación de los sajones no será tan dura: las penas capitales quedan sustituidas por las pecuniarias, según tradición franca, asimilándolos así al resto del reino franco. En 804 puede considerarse liquidado el problema sajón y las fronteras orientales del reino llegan hasta la desembocadura del Elba. En 808 se cumple la última etapa: los abodritas, incapaces de contener a los daneses más allá del Elba, son sustituidos por tropas francas.



***Miniatura de un manuscrito del siglo XIV en que se representa la batalla de Roncesvalles, emboscada en que cayeron los soldados de Carlomagno a su regreso a Francia al cruzar el Pirineo occidental (Biblioteca Real, Bruselas).***





*Los héroes literarios de la "Chanson de Roland", Oliveros y Roldán, representados en la portada de la catedral de Verona, del siglo XII, por obra del maestro Niccolò.*

El ángulo nordoriental del reino franco, entre el Rin y el Weser, estaba ocupado por los frisones, gentes irreductiblemente paganas que resistían desde el siglo VII todo intento de cristianización y, por tanto, de asimilación. No causarán tantos problemas como los sajones. Aliados a éstos, deponen las armas tras la derrota del año 785 y el problema queda resuelto. Tras la victoria vendrá la evangelización, lenta pero positiva.

Más allá de Sajonia, Turingia y Baviera se encuentra el país eslavo. Las intenciones de Carlomagno respecto a éste son distintas: no pretende incorporárselo, sino tan sólo mantenerlo a raya.

Los carintios habían sido ya reducidos por Tasilón y con Baviera pasan a la órbita franca. Los abodritas, expuestos a los ataques de sajones, daneses y welátabos, buscaron ya desde el 780 el apoyo franco. Después de la victoria sobre los sajones en 785, se colocan decididamente bajo su protección. En 793 ayudan a Carlomagno contra los sajones, y desde este momento figuran en los ejércitos francos.

Más al Sur, los linones, welátabos y otros grupos son mantenidos por el terror. Dos fechas son claves para la sumisión de los welátabos: el 789, en que un ejército, personalmente dirigido por Carlos, con contingentes francos, sajones, frisones y abodritas, logra su sumisión, y el 808, en que, tras veinte años de tranquilidad, es necesaria una nueva expedición. Por fin, en 812 puede considerarse resuelta la situación. Los sorabos son dominados en 806, aunque poco después de la muerte de Carlomagno volverán a levantarse. Serán fácilmente dominados. Los checos o bohemios son sujetados en 805 tras una primera campaña, aunque hay datos de ulteriores expediciones.

Más allá de los eslavos, encontramos a los ávaros. Oriundos de Asia, asientan sus dominios en el Danubio medio. Parece que Tasilón, el duque bávaro, estaba en connivencia con ellos. Desde luego, en 788, año en

que Tasilón es juzgado, redoblan sus ataques contra el territorio franco, como para distraer a Carlos de los asuntos de Baviera. En 790 fracasan unas negociaciones y es precisa la guerra. En el verano del 791 se llevan las campañas al territorio ávaro y se repiten al año siguiente. Por fin, en 796 un potente ejército toma el *ring* o sede del tesoro ávaro con todo su contenido. Aún intentarán sacudirse el yugo franco, pero en 811 vemos a su *jaghan* o caudillo presentarse ante Carlomagno en Aquisgrán para agradecerle el envío de tropas en su ayuda contra los eslavos.

La atención del rey franco se dirigió también, necesariamente, al sur de sus reinos: hacia la península ibérica, en manos de los musulmanes. Pese al fracaso de la expedición del 778 contra Barcelona, a cuyo regreso, tras destruir Pamplona, la retaguardia de su ejército es atacada por bandas de vascos en los desfiladeros de Roncesvalles, el balance es positivo. El 785, Gerona se entrega a los francos, y el 803, tras dos años de sitio, capitula Barcelona. Los francos establecen así una cabeza de puente para una frustrada conquista de la zona situada al norte del Ebro, pero que constituirá el núcleo de una zona de influencia franca. Las relaciones entre Cataluña y el reino franco durarán de hecho hasta el advenimiento de los Capetos, y de derecho hasta el tratado de Corbeil firmado entre San Luis de Francia y Jaime I de Aragón.

La península armoricana, al oeste de la Galia, no estaba dominada por los francos. Los merovingios habían intentado en vano someterla a tributo, consiguiendo tan sólo momentáneas relaciones. Para controlar a estas gentes, que procedían de Inglaterra huyendo de los anglosajones, se crea la Marca británica, al igual que en otras zonas fronterizas del reino. En 779, el conde Gui rompe las hostilidades contra los britanos. El resultado es positivo, aunque no definitivo, pues en 811 es necesaria una nueva expedición.

La coronación de esta vasta obra política y militar fue la conocida exaltación de Carlos al Imperio.

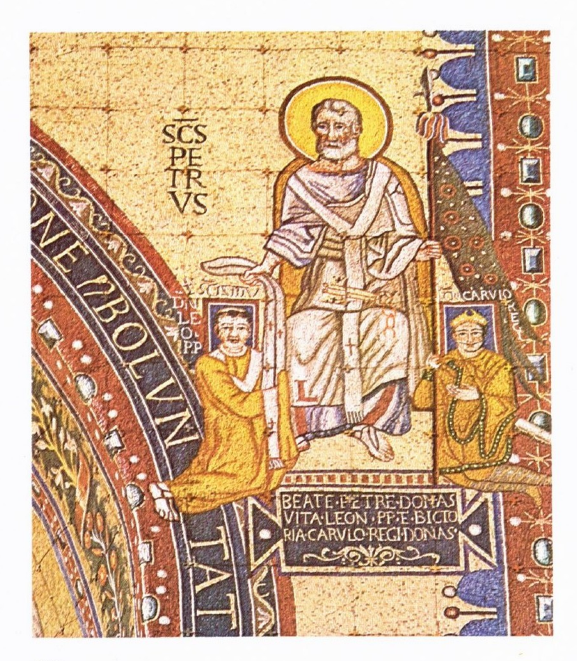
Varias causas coinciden en ello. En primer lugar, está el indiscutible prestigio que bajo el segundo de sus miembros ha conseguido la incipiente dinastía. Carlos es, en frase de Halphen, "el árbitro de Occidente". En segundo lugar, Roma había roto con el poder imperial de Bizancio y volvía sus ojos, hacía ya años, al poder franco. No es de extrañar que el papa quisiera sustituir un imperio por otro, Bizancio, el tradicional imperio cuya acción había sido últimamente negativa en Italia, por no existente, por un imperio nuevo, el franco, con cuyo incondicional apoyo contaba.

Un tercer factor fue la situación personal del papa. En 795, tras la muerte de Adriano I, sube al solio pontificio León III. En la carta de felicitación que recibe de Carlomagno, se vierten conceptos y frases muy interesantes. "Me pertenece –dice el rey franco–, con la ayuda de la piedad divina, defender en todos los lugares a la Santa Iglesia de Cristo por las armas: fuera de las fronteras, contra las incursiones de los paganos...; dentro de ellas, protegiéndola por la difusión de la fe católica. A vos, Santísimo Padre, pertenece, elevando las manos a Dios con Moisés, ayudar con vuestras oraciones al triunfo de nuestras armas."

León III acepta estos conceptos. Se encontraba, por otra parte, en situación comprometida, pues su elección era discutida, llegando a sufrir un atentado el 25 de abril del 799. Los conjurados le acusan de adúltero y perjuro. Sólo Carlos podía resolver su situación, porque tenía la fuerza y el compromiso dinástico de hacerlo.

Alcuino escribe al rey franco: tres perso-

***Fragmento de un mosaico de San Juan de Letrán, de fines del siglo VIII, en que aparece representado San Pedro entregando al papa León III el "pallium", símbolo de la autoridad espiritual, y a Carlomagno un estandarte, signo del mando político.***





***Según Eginardo, biógrafo de Carlomagno, uno de los muertos en la batalla de Roncesvalles fue "Rodlando, prefecto de la marca de Bretaña", que aparece en esta miniatura del siglo XIV llorado por su rey (Biblioteca Real, Bruselas).***

nas han alcanzado el máximo poder jerárquico en el mundo: San Pedro, el titular del imperio de la segunda Roma y "la dignidad real que Nuestro Señor Jesucristo os ha reservado para que gobernéis al pueblo cristiano. Esta dignidad es *superior* a las otras dos y las eclipsa y sobrepasa en sabiduría". El texto no puede estar más claro.

En el otoño del 800 se presenta Carlos en Roma. Su primer acto es presidir el tribunal que juzgará al papa, quien se ve obligado a confesar públicamente sus culpas. Casualmente, el mismo día del "expurgatorio" recibe de manos de los enviados del patriarca de Jerusalén un *vexillum* o estandarte, las llaves del Santo Sepulcro y de la Ciudad Santa, ceremonia semejante a la que cinco años atrás había recibido del papa. La cristiandad occidental y la oriental le aclaman.

El resultado fue la coronación imperial. En la Navidad de aquel año, el papa le impone la corona imperial, mientras el pueblo le aclama y el papa le "adora", siguiendo el antiguo ritual imperial de Roma. En realidad, podemos considerar a Carlomagno emperador de hecho antes de la coronación, pues se había atribuido prerrogativas que correspondían a la dignidad imperial. Ya se ha dicho antes que la acción de Carlos en Italia y en Roma, después de conquistada la corona lombarda, había ido en aumento.

¿Qué significaba la erección de Carlos en emperador? Halphen, el gran historiador del emperador, afirma: "Hay que declarar que todo sucedió como si Carlos considerase el imperio como una realización momentánea llamada a desaparecer con él mismo". El motivo: la división del reino y del imperio en 806. Carlomagno no tiene verdadera idea imperial en cuanto ésta significa un único poder político.

Todo este vasto reino necesitaba una coherente organización administrativa para que la acción del monarca pudiera llegar a controlar todos los territorios. En la cúspide, como jefe político y administrativo del imperio, está el emperador. No le vinculan al emperador romano sus relaciones con la *res publica,* pues no será intérprete y ejecutor de su voluntad, sino dueño absoluto como

135

# CARLOMAGNO, SEGUN EGINARDO

Eginardo, notario de Carlomagno, escribió *De vita et conversatione Caroli Magni*, de gran interés por trazarnos por extenso el retrato físico y moral del emperador.

Oriundo de la parte oriental de Francia, fue llamado por el propio Carlomagno a su Aula Regia. Los textos contemporáneos coinciden en destacar sus grandes y amplios conocimientos. Un hecho es cierto: conoce perfectamente los historiadores latinos, como lo demuestra la directa influencia de Suetonio en la estructura de su obra. La vida de Carlomagno es, en este aspecto, fiel reflejo de la vida de cualquiera de los emperadores romanos retratados en *Los doce Césares*.

Su prosa latina es fluida, perfecta en los períodos y construcciones sintácticas, rica en vocabulario y de gran elegancia. No en vano estamos en el "Renacimiento carolingio", último esplendor cultural clásico o primer fulgor medieval. También en este aspecto hay una *Renovatio Imperii:* las viejas estructuras lingüísticas latinas servirán para exaltar la figura del primer emperador medieval. La semblanza personal del emperador ocupa los capítulos XXI a XXIX, en los que pasa revista a su aspecto físico, forma de vestir, comida y bebida, cultura, labor legislativa, etc.

He aquí la traducción de algunos párrafos de esta obra de Eginardo, en base al texto latino del *Recueil des Historiens des Gaulles,* tomo V:

"Fue de cuerpo grande y robusto, de gran estatura, que, sin embargo, no excedía de lo justo, pues consta que su altura equivalía a siete de sus pies; la cabeza, redonda; los ojos, grandes...; la nariz algo mayor que lo normal...; aunque de cuello grueso y corto y de vientre obeso, lo disimulaba la proporción del resto del cuerpo... De salud próspera, excepto unas fiebres que tuvo durante los cuatro últimos años de su vida; al final de ésta, cojeaba de un pie... Asiduamente se ejercitaba en la equitación o en la caza, ejercicio éste muy común de su pueblo, puesto que apenas se encuentra nación en la tierra que pueda igualar a los francos en este arte. Gustaba también de las aguas termales, ejercitando frecuentemente su cuerpo con la natación, en lo cual fue tan experto que nadie podía aventajarle. Por esto mandó construir la ciudad real de Aquisgrán y allí pasó los últimos años de su vida. Invitaba al baño no sólo a sus hijos, sino que con frecuencia a los Optimates y amigos, a los de su acompañamiento y a los de su guardia personal, de tal manera que a veces se reunían un centenar de personas o más.

"Iba vestido conforme a la costumbre franca: sobre su cuerpo, una túnica de lino u otras ropas finas; encima, la túnica bordeada de una faja de seda. Iba calzado y rodeaba sus piernas con unas vendas. En invierno se protegía con un tabardo de pieles de nutria. Se cubría, finalmente, con una capa, y llevaba siempre ceñida la espada, cuya empuñadura y tahalí eran de oro o plata. Algunas veces, en las grandes festividades o en la recepción de embajadores extranjeros, usaba una espada adornada de piedras preciosas... En las festividades vestía una túnica tejida de oro y usaba calzado adornado de piedras preciosas, abrochaba su capa con una fíbula de oro y llevaba una corona adornada de oro y piedras preciosas. En los otros días, su vestido difería poco del más común y humilde.

"Era parco en la comida y, sobre todo, en la bebida. No soportaba la embriaguez ni siquiera en sí mismo o en los más allegados. Pero de la comida no podía abstenerse tan fácilmente, hasta el punto de que constantemente preguntaba si los ayunos podrían serle nocivos. Raramente comía acompañado, pues solamente lo hacía en las grandes festividades y lo hacía entonces rodeado de gran número de personas... Cuando cenaba se distraía con juglares y música o bien hacía que se le leyeran libros. Le leían textos de Historia y las grandes gestas de los antiguos. Le agradaban, sobre todo, las obras de San Agustín, principalmente la titulada *De civitate Dei.* Era tan parco en el beber vino u otras bebidas que raramente bebía más de tres veces durante la cena. En verano, después de la comida del mediodía... descansaba dos o tres horas...



"Era de gran elocuencia y podía expresar con toda claridad cualquier pensamiento. No contento con saber la lengua patria, se esforzó en aprender también las extranjeras: de las cuales, la latina la aprendió hasta tal punto que podía hablarla como si fuera la propia; el griego, en cambio, lo entendía mejor que lo hablaba... Cultivó con gran interés las artes liberales, y colmaba de honores a los sabios más distinguidos. Para aprender gramática oyó a Pedro Pisano Diácono el Viejo; en las demás disciplinas tuvo como maestros a Albino, llamado Alcuino, y a Diácono, varón sapientísimo de Bretaña, de ascendencia sajona, con el que dedicó gran tiempo y esfuerzo en aprender retórica y dialéctica, y también astronomía. Aprendió también el arte de contar y hacía cálculos sobre el curso de los astros, con profundo conocimiento.

"Cultivó la religión cristiana, en la cual había sido educado desde niño, con suma piedad; por ello construyó la basílica de Aquisgrán, de tanta belleza, con oro, plata y vidrieras, y la dotó de ventanas y puertas de bronce macizo. Para construirla, no pudiendo abastecerse en otro lugar, mandó traer columnas y mármoles de Roma y Ravena...

"Fue muy aficionado a mantener a los pobres y a practicar la limosna, no sólo en su patria y reino, sino que incluso solía enviar dinero a los cristianos de Siria, Egipto, África, Jerusalén, Alejandría y Cartago...

"Después de tomar el título imperial, viendo las deficiencias de las leyes de su pueblo, pues los francos tienen dos leyes muy distintas en muchos lugares, pensó completarlas, corregirlas y unificarlas... Pero en ello no se hizo otra cosa que añadir algunos capítulos, y éstos imperfectos, a las leyes. Sin embargo, mandó codificar las leyes de todos los pueblos de su Imperio que no las tenían escritas. También mandó recopilar los antiguos y bárbaros cantos que narraban las gestas y batallas de los antiguos reyes. Incluso inició la confección de una gramática de su lengua patria. Dio también nombre franco a los meses y a los vientos, que antes recibían nombres parte latinos y parte bárbaros...

"Al final de su vida, oprimido ya por la enfermedad y la vejez, mandó llamar a su hijo Luis, rey de Aquitania, el único que le había quedado de Hildegarda..., y le constituyó heredero de todo su reino y del título imperial... Pero, viniéndole un dolor de costado, que los griegos llaman pleuresía..., no pudiendo sustentar su cuerpo más que con alguna bebida, murió siete días después de caer en el lecho, habiendo tomado la sagrada comunión, en el año 72 de su edad, en el 47 de su reinado, el 5 de las calendas de febrero, en la hora tercia".

R. C.



***Coronación de Carlomagno por el papa León III en la Navidad del 800 como emperador del Imperio romano, miniatura de un manuscrito del siglo XI (Biblioteca Nacional, París).***

los reyes francos. Su campo de acción se extiende a lo político, lo religioso, lo militar y lo judicial. Es la cabeza más alta de todo.

No logra reaparecer la distinción entre el rey cabeza del estado y el rey persona. La exaltación al imperio no significa la aparición, o mejor, reaparición del estado como ser público. En consecuencia, no existe tesoro público. Más que de *aerarium publicum,* expresión que, cuando aparece, no es sino un arcaísmo culto, hay que hablar de la "cámara" del emperador, donde se guarda la moneda y las joyas, considerado todo de propiedad del emperador. Lo mismo sucede con su corte: es más casa que palacio.

Al frente de la misma está el *camerarius,* que sustituye al mayordomo merovingio, pero que tiene idénticas funciones. A su lado el *senescalcus* o encargado del avituallamiento del palacio, el *buticularius* o copero y el *comes stabuli* o jefe de las caballerizas. Bajo ellos, un conjunto de personas subordinadas que, junto a sus funciones domésticas, desempeñan también misiones que llegan hasta lo militar.

Sólo aparecen dos funciones específicas: la de los *capellani* o capellanes del emperador y la de la cancillería. Pero la separación entre ambas funciones no es total, puesto que las conexiones entre ambas son imprescindibles: sólo los clérigos, excepción hecha de algunas singularidades, conocen el latín, lengua oficial del imperio, y en la que se expide toda clase de documentación.

Junto a ellos debemos poner otra alta jerarquía: el *comes palatii* o conde de palacio, que será el asesor del emperador en materia judicial y que frecuentemente presidirá el tribunal en sustitución de éste.

Al frente de la administración local está el *comes* o conde, que gobierna un territorio o *pagus* (*comitatus* y *gau*). Procede normalmente de familia austrasiana y ha sido educado en la corte. Representa omnímodamente al emperador en su territorio, y en su nombre publica las capitulares y las actas imperiales, asegura su cumplimiento, percibe los impuestos, dirige los trabajos públicos, vela por el mantenimiento del orden, administra justicia, etc. El conde es revocable a voluntad del emperador, aunque los traslados y las revocaciones son raras; puede ad-




***Moneda acuñada a nombre de Carlomagno con su efigie coronada de laurel y la inscripción "Karolus Imp[erator] Aug[ustus]" (Biblioteca Nacional, París).***

## LA CREACION DEL PODER IMPERIAL EN OCCIDENTE

### UNAS CIRCUNSTANCIAS PROPICIAS

"Hasta ahora tres personas han estado en la cumbre de la jerarquía en el mundo: 1.º El representante de la sublimidad apostólica, vicario del bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles, cuya sede ocupa. 2.º Viene a continuación la titularidad de la dignidad imperial, que ejerce el poder secular en la segunda Roma. 3.º Viene en tercer lugar la dignidad real, que Nuestro Señor Jesucristo os reserva para que gobernéis el pueblo cristiano. Esta dignidad prima sobre las otras dos, las eclipsa en sabiduría y las sobrepasa" (carta a Carlomagno del monje Alcuino).

799 Los romanos se sublevan contra el papa León III, acusándole de diversos delitos y amenazándole con la deposición. El papa pide ayuda a Carlomagno.

797 Constantino VI, emperador de Oriente, es depuesto y cegado por orden de su madre Irene, que se apodera del gobierno. En Occidente se considera vacante el trono imperial.

768-800 Carlomagno, rey de los francos, ha conquistado el norte de Italia, el norte de Alemania y detenido las oleadas ávaras en Hungría.

### CARLOMAGNO, MONARCA BARBARO

La fuerza, que convierte a Carlomagno en defensor del Occidente cristiano, proviene de su condición de monarca bárbaro. Como tal, Carlomagno es, sobre todo, un jefe guerrero que convoca a la nación cada año a una nueva expedición militar. El éxito de sus empresas y el reparto del botín conseguido consolidan la lealtad de los jefes francos a su caudillo. El radio de acción del ejército franco se extiende progresivamente.

### CARLOMAGNO, EMPERADOR DE OCCIDENTE

En un momento dado, cuando el vacío político dejado por Roma se hace más sensible por la decadencia del poder papal y el eclipse bizantino, la vieja teoría del emperador cristiano, soberano de toda la cristiandad y protector de la Iglesia, se personaliza en el rey de los francos. En la Navidad del año 800, León III corona a Carlomagno emperador de los romanos.

### EL CONTENIDO DEL PODER IMPERIAL

¿Cuáles son los deberes de un emperador cristiano? Se asigna al emperador la obligación, "con la ayuda de la piedad divina, de defender en todo lugar a la divina Iglesia de Cristo mediante las armas: en el exterior, contra las incursiones de los paganos y las devastaciones de los infieles; en el interior, protegiéndola mediante la difusión de la fe católica". Bien público y orden cristiano quedan confundidos.

### CARLOMAGNO, CULMINACION DEL AGUSTINISMO POLITICO

Carlomagno realiza inconscientemente en los hechos el agustinismo político, dándole fuerza y consistencia, consagrando la eliminación de la vieja noción del estado independiente y distinto de la Iglesia, privando a esta antigua idea de todo papel efectivo en la doctrina y en los hechos para varios siglos.

### EL IMPERIO BAJO CARLOMAGNO

Carlomagno nunca olvida sus deberes militares de caudillo bárbaro y emperador coronado por Dios, se siente profeta de un pueblo elegido y relega al papa a un papel espiritual y contemplativo.

### EL IMPERIO BAJO LUDOVICO PIO

Este equilibrio se rompe con su sucesor, Ludovico Pío. Emperador pacífico, insensible a los intereses militares de los francos y sometido a una camarilla de consejeros eclesiásticos, Ludovico quiere ser un emperador cristiano. Primer cristiano del Imperio, sus errores políticos son asimilados a pecados y castigados con penitencias públicas por los obispos. Mediante el binomio excomunión-penitencia, la Iglesia impone al emperador una política determinada.

quirir bienes en su propio condado y se manifiesta, ya en aquella época, la tendencia de que los hijos sucedan a sus padres al frente del condado. Bajo el conde está el vizconde, *vicecomes,* propuesto por el conde y nombrado por el emperador, y los *vicarii* o *centenarii,* que actúan en nombre de éste.

El poder eclesiástico local está en manos del obispo, cuyo obispado coincide muy a menudo con el condado, por derivar ambos del territorio de la *civitas* romana. Son controlados por el emperador al igual que los condes y son uno de los más útiles instrumentos del poder de éste.

Institución básica, que permitía el control de los funcionarios locales, era la de los *missi dominici* o enviados del señor. Aparecen ya en la época anterior, pero será ahora cuando adquirirán su desarrollo. Escogidos de entre los condes y los obispos, excepcionalmente de entre los abades, recorren el grupo de condados a ellos encomendado. Sus misiones son normalmente temporales y tienen funciones de verdadera inspección

en el terreno administrativo y en el judicial, recibiendo también el juramento de fidelidad al nuevo soberano cuando es necesario.

El emperador, siguiendo en esto la vieja tradición franca, se comunica con su pueblo en las asambleas generales. Se convocan normalmente en primavera, antes de las campañas, lo que demuestra la raigambre militar de la institución. Se toman en ella importantes decisiones con el acuerdo "de todo el pueblo", aunque en la realidad, aun siendo convocados todos los habitantes del reino, acuden tan sólo los grandes y las tropas convocadas.

La variada sociedad sobre la que se impuso la superestructura política imperial y la estudiada estructura administrativa tenía una cosa en común: era una sociedad rural. La tierra era la base del *status* social de cada uno de sus miembros, la base de realidad económica y, desde luego, la fuente de poder.

En la base de esta sociedad rural hallamos los esclavos. La sociedad carolingia se basa en la esclavitud y constituye en Europa la última sociedad fundamentada en esta institución. Los textos hablan inequívocamente de esclavos que podían venderse con la tierra, incluso deshaciendo los matrimonios. Jurídicamente continúa siendo una "cosa". Forma parte del fundo del señor que trabaja y sólo junto a él podía ser vendido. El esclavo había nacido esclavo, heredando tal calidad de los tiempos romanos, pero junto al nacido esclavo, otras personas se convertían en tales por hambre, deudas u otros conceptos. En los grandes dominios encontramos multitudes de ellos desempeñando la función de trabajadores agrícolas. Otros servían en casa del señor, y unos terceros, *servi casati,* explotaban las tierras mediante los fundos en beneficio de su señor.

En el estrato superior, aunque no muy por encima, hallamos al colono. Las limitaciones que reducían la libertad al colono eran múltiples: vivía en una propiedad ajena, muchos de ellos pagaban capitación, su matrimonio estaba sujeto al control del señor, no podía transmitir libremente sus bienes, etc. Pero, como "libre" que era, al menos jurídicamente, estaba sujeto al servicio militar, tenía acceso a los tribunales como demandante y como testigo. Tenía además un *status* de trabajo, basado en prestaciones a su señor, establecido por el derecho consuetudinario. El colono cultiva un fundo o manso, territorio que forma parte integrante del señorío. Cuando el esclavo ya no es rentable como instrumento de trabajo, el colonato adquiere un papel de primerísima fila.

Por encima de él encontramos al libre. Los libres no constituyen la base social, sino




un grupo sin vitalidad y en completa decadencia. Por medios legales o ilegales, los poderosos se apoderaban de las tierras libres y la sociedad se precipitaba, también en este aspecto, hacia las formas de dependencia.

La cúspide de la sociedad la forman los ricos. Rico es el conde, el obispo, el abad y los otros mandatarios del poder central. La riqueza se basa, desde luego, en tierras. Un conde poseía habitualmente unas 4.000 Ha, y una capitular de 805 nos indica que diez o doce mansos, de 10 Ha aproximadamente, obligaban a su propietario a poseer para el servicio militar una coraza de escamas, formando, por tanto, parte de la caballería pesada, privilegio por aquel entonces de los más altos estratos sociales.

La base de esta riqueza es, naturalmente, la tierra. La célula básica de la sociedad rural es la "villa". Su centro es la agrupación de casas donde habitan los agricultores. Coexisten dos tipos de tierras: las alodiales, o tierras libres, y las señoriales, divididas éstas en

*Carlomagno sentado en el trono, miniatura del Capitular de Angesis, del siglo* X*, procedente de Saint-Vincent de Metz (Biblioteca Nacional, París).*



reserva del señor y mansos cultivados por los colonos. Las tierras de la reserva del señor, que son cultivadas por siervos y por colonos, están sometidas a las prestaciones o *corvées*. Cuando la esclavitud desaparezca, el señor dependerá exclusivamente de los trabajos de sus colonos, pero económicamente saldrá ganando, pues vivirá del producto de las tierras, cuya producción se reserva íntegra, y de los censos pagados, en especie primero y luego en metálico, por sus colonos.

El cultivo de las tierras se divide en tres partes: cultivo o siembra de otoño (trigo, cebada), cultivo de primavera (avena, cebada, leguminosas) y barbecho. Junto a la tierra cultivada, las zonas de común aprovechamiento, y entre ellas el bosque. El bosque es geográficamente dominante en el paisaje rural altomedieval, hasta el punto de que las tierras cultivadas son, en realidad, simples islotes en medio de él.

El bosque, aunque morada de animales salvajes y más o menos inextricable, proporcionaba al campesino gran cantidad de cosas. En primer lugar era fuente de madera, principalmente de encina, ya que los árboles de maderas blandas apenas se utilizaron. Proporcionaba además caza, pesca, miel, etc., pero sobre todo el bosque era morada del cerdo, que se alimentaba de hayucos y bellotas.

Se cultivaban básicamente cereales, que se consumían en forma de papilla (de la papilla de avena, el *porridge,* encontramos ya datos en el siglo VI) y en forma de pan. Naturalmente, el pan más apreciado era el de trigo, siguiendo a continuación el de centeno, cebada y avena, por este orden. También las legumbres eran importantes: básicamente se trataba de las habas y los guisantes. El ganado era alimentado con algarrobas, muy apreciadas y cultivadas entonces, ya que el trébol, la alfalfa y esparceta eran desconocidos. La productividad es baja. Una de las causas es el primitivismo de la técnica. Parece que se ara con el antiguo *aratrum,* simple gancho de madera que no permitía la roturación de tierras profundas. El empleo de un verdadero arado de vertedera parece más posterior y su uso se expansiona lentamente. Por otra parte, habrá que esperar hasta el siglo XI para ver aparecer la collera rígida para las caballerías y el yugo para los bueyes, lo que permite un mayor aprovechamiento de su fuerza. Se ha calculado que el excedente de producción sobre la siembra de cereales

no subía más allá de un cuarenta por ciento. Junto a los cereales, las hortalizas, col, nabo, cebolla, apio, ajo, etc., completaban la dieta vegetal.

Por lo que respecta a la animal, hay que destacar la importancia del cerdo como fuente de carne y, sobre todo, de tocino. Las reservas de grasa que se conservaban por medio de la sal –y de ahí la gran importancia que tuvo el comercio de este producto en los tiempos medievales– eran fundamentales. Los bóvidos se criaban, desde luego, pero no se consumían, pues eran, ante todo, fuentes de energía. Junto al cerdo, los volátiles: grullas, cisnes, gansos, gallinas, capones, etcétera. Los peces y la caza eran el complemento de la producción ganadera.

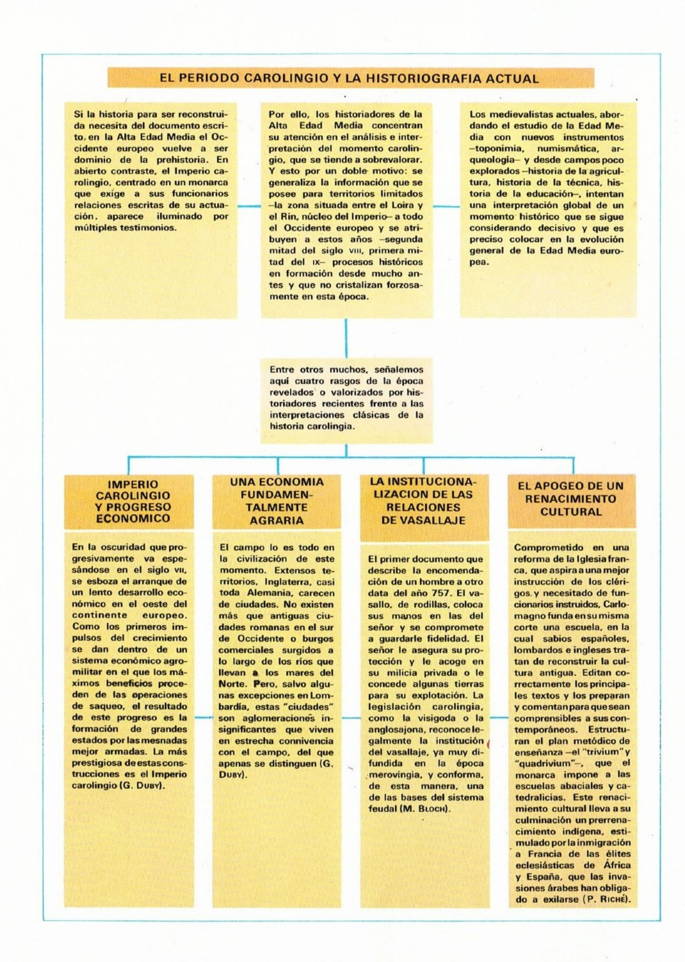
Pero todo este vasto mundo político, administrativo y económico se hunde una generación después de la muerte de Carlomagno. ¿Por qué? Porque alimentaba ya en su seno los gérmenes de su descomposición.

En primer lugar, hallamos la falta de una verdadera idea política. Ya se ha hecho mención del carácter efímero que Carlomagno parece que dio a la idea imperial, vinculándola únicamente a su persona, como una realidad ligada a él, pues la primera división del imperio es ya del año 806.

En segundo lugar, la estructura social era también elemento disgregador. Los pobres se convierten en verdaderos enemigos del estado. Esclavos, siervos de la gleba y colonos constituían una masa de descontentos, a los que se agregaban los libres pobres. Un común denominador los unía: el enorme abismo material que existía entre ellos y los grandes señores del reino. Del año 810 es una capi-

*Oratorio de principios del siglo IX, en Germigny-des-Prés, Loiret, mandado levantar por Teodulfo, familiar de Carlomagno. Esta muestra típica de la arquitectura carolingia ha sufrido varias restauraciones a lo largo de los siglos, la más importante de ellas en el siglo XIX.*






tular de Carlomagno condenando al pueblo, al que denomina *vulgaris populus,* pueblo vulgar, y pena los homicidios, embriaguez, abandono del trabajo, etc.

El motivo de este descontento eran las duras condiciones de su servicio militar: tres meses al año, equipados a su costa. Las campañas coincidían con el verano, época de recolección, lo que privaba a las familias campesinas de brazos para la misma. Además, las exenciones del servicio dependían del conde, lo que le daba un instrumento de opresión de considerable importancia. Y todo ello para que el beneficio real lo obtuvieran los grandes nobles y funcionarios imperiales.

Este descontento popular se tradujo en verdaderas conspiraciones, que se desarrollarán, sobre todo, en la segunda mitad del siglo IX. Una capitular de Carlomán, el hijo

# LA TOMA DE BARCELONA

Barcelona pasa a dominio franco el año 803. La posesión de la ciudad representa un hito importantísimo de la penetración franca en la península, iniciada el 785 con la liberación de Gerona. Ganada, Barcelona será durante siglos la frontera sur litoral del dominio cristiano en el nordeste de España.

La penetración franca en un primer período es más de liberación que de dominio. Casi todos los condes que rigen condados catalanes, excepto Gaucelm, que rige el Rosellón, son godos: Urgell-Cerdaña es regido por el conde Borrell; Gerona, por Rostany; Ampurias, por Ermenguer. Al frente de Barcelona se pone también a un godo, Bera, y goda será la guarnición primera de la Barcelona recobrada.

Dos son los relatos más importantes de la toma de Barcelona: el de la *Vita Ludovici,* atribuida al "Astrónomo", y la contenida en el poema *De rebus gestis Ludovici Pii,* de Ermoldo. La primera es más sobria, más real en cuanto a los personajes y a los sucesos; es una crónica histórica. La segunda, en cambio, es básicamente una obra literaria, compuesta en perfectos hexámetros e inspirada directamente en Virgilio; llena, por tanto, de resonancias clásicas.

De esta segunda obra de Ermoldo damos a continuación la traducción de los versos 315 al 526 del Libro I:

"Era príncipe de la ciudad un moro llamado Zado
que la ciudad había regido con gran prudencia.
Corre a las murallas, le acompaña un entristecido séquito.
—¿Qué ruido es éste, amigos?— pregunta.
Uno de ellos la terrible novedad le refiere:
—No nos ataca aquel héroe, príncipe de los godos,
a quien tantas veces nuestras lanzas rechazaron.
Es Ludovico, esclarecido hijo de Carlos.
Él mismo dirige sus duques, por su propia mano lucha.
Si Córdoba no nos socorre rápidamente,
nosotros, el pueblo, esta desdichada ciudad, todo caerá.—
Tristes quejas salen de su acongojado pecho
y desde las torres ve allí cerca el ejército enemigo.
—Ea, amigos, defendamos del enemigo los muros.
Quizá Córdoba nos ayudará.
Mas es terrible lo que pienso
y me turba lo que voy a deciros:
este pueblo que nos ataca
es fuerte, guerrero, duro y terrible.—

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Golpean las puertas con el ariete. Resuena Marte por doquier.
Son golpeados los muros, de marmóreos sillares hechos.
Caen nubes de flechas, muchos son heridos.
Entonces, el moro Durzaz grita desde una alta torre,
diciendo con mordaz voz y resonantes palabras:
—Oh pueblo, en exceso duro, por el ancho orbe extendido,
¿por qué atacas nuestra ciudad? ¿Por qué nos inquietas?
¿Piensas acaso en un momento destruir esta ciudad
que mil años tardaron los romanos en construir?
Vete, feroz franco, desaparece de nuestra vista.
Ni nos gusta vuesto aspecto, ni nos placen vuestras órdenes.—
Responde a esto, mas no con palabras,
Hilthibert: toma el arco en sus manos y lo tensa,
rápidamente se adelanta hacia el enemigo
y le clava la flecha en su negra cabeza
y hace enmudecer la vociferante boca
y se precipita desde los altos muros
y su negra sangre mancha a los francos.
Gritan con alegre voz los francos,
el llanto embarga a los moros.
Precipitan unos a otros al Orco:
Wilhelm a Habirudar, Luithardus a Uriz.
La lanza mata a Zabirizum, el dardo a Uzacun,
la honda hiere a Colizan, la flecha a Gozan.
Así debían combatir los francos:
con hondas y armas arrojadizas.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El preclaro hijo de Carlos, entre tanto,
acompañado de los suyos, en su mano el cetro, se aproxima.
Exhorta a los duques, exhorta a las tropas
y, según patria costumbre, conjura a la guerra:
—Creed, jóvenes, próceres, creed todos
y mis palabras en vosotros queden.
Ni a mi reino ni a la patria
volveré, antes de que
esta ciudad y sus habitantes, por hambre y por guerra,
se prosterne vencida ante mí y a mis leyes se someta.—

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Zado es, al fin, apresado...
y es llevado temblando a la tienda del rey.
La noticia vuela y la ciudad entera clama
y por su voz anuncia la prisión del rey.
Hombres, mujeres y niños lloran afligidos.
Habla el hijo de Carlos con clemente ánimo
y a sus criados benignas órdenes dicta:
—Quiso Zado acercarse a las tropas hispanas
para pedir auxilio, armas y soldados.
Ha sido apresado y vencido, inerme está.
Haz, Wilhelm, que se acerque a sus muros
y ordene se nos abran inmediatamente las puertas.—

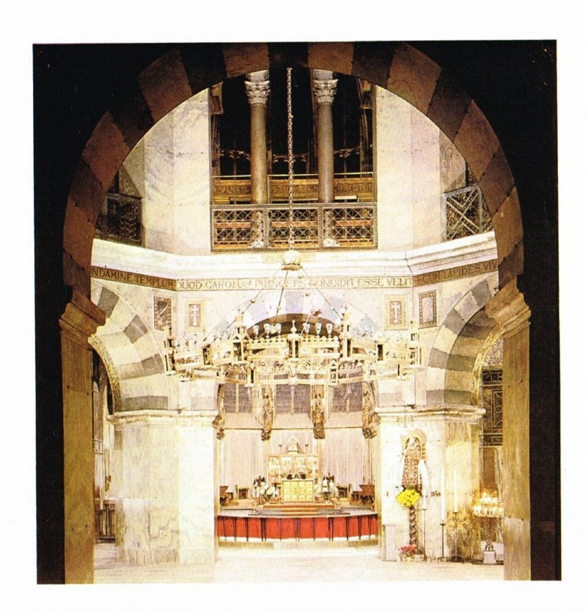
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Extendiendo las manos hacia las murallas, gritaba a sus amigos:
—Abrid ya, compañeros, las puertas tanto tiempo cerradas.—
Pero con gran ingenio doblaba los dedos
y clavaba las uñas en la palma de la mano,
significando con esta señal que continuara la resistencia.
Y seguía, sin embargo: —Abrid.—
Dándose cuenta Wilhelm,
lo golpea con su puño.
Rechinando los dientes, se guarda sus cuitas.
Admira al moro, pero más su ingenio.
—Creo, si no lo impidiera el amor y el temor al rey,
que éste, Zado, sería tu último día.—

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Por el hambre y por la guerra ya vencidos,
entregarse deciden con voz unánime.
Abren las puertas y abren sus casas.
La ciudad destruida se entrega al rey.

R. C.



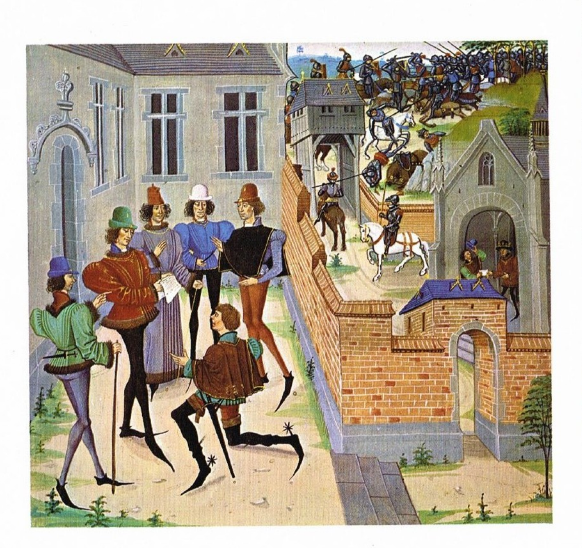
***Aspecto interior de la capilla palatina de Aquisgrán, el edificio típico carolingio construido a principios del siglo IX sobre plano octogonal y no basilical, como la mayoría de las iglesias carolingias.***

de Luis el Tartamudo, del año 884, se dirige contra los *villani* que se reúnen en grupos "que acostumbran llamarse gremios" y contra aquellos que han tomado la propiedad de los mismos.

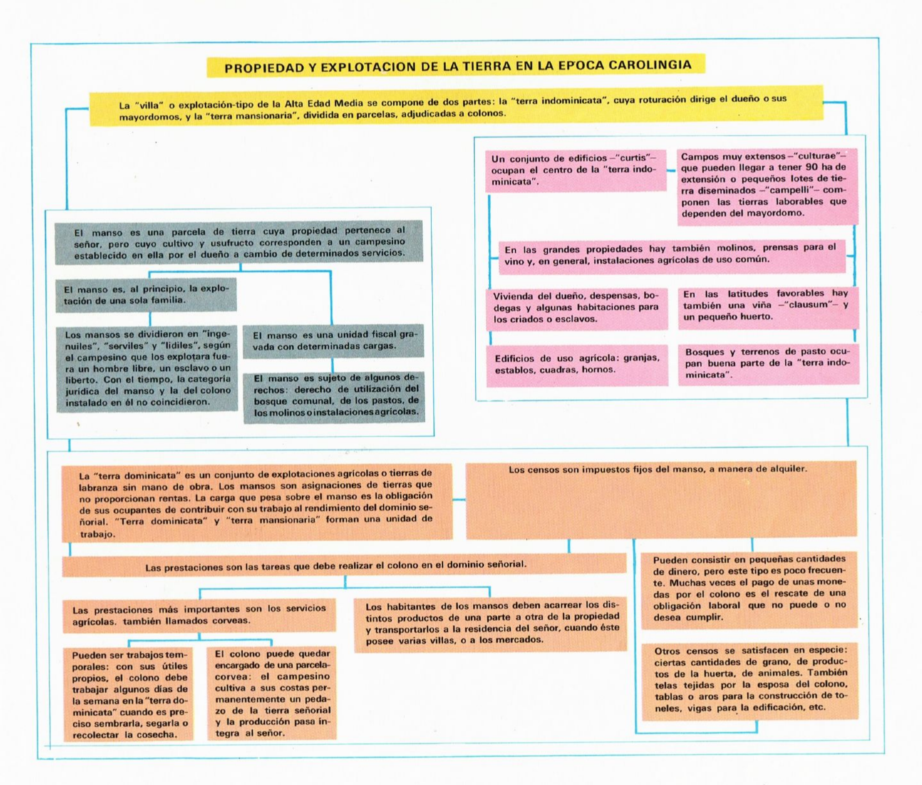
Un tercer factor de descomposición es la multiplicidad de grupos étnicos y culturales. La Aquitania, muy romanizada, mantenía su personalidad hasta tal punto que Carlos se verá obligado a darle una relativa autonomía, haciendo a su hijo Ludovico Pío rey de Aquitania. Sajones, francos, Italia, etc., formaban un mosaico cuya unidad era tan sólo superestructural. "La unidad imperial a que propendía [Carlomagno] –dice Jacques Pirenne– no se apoyaba en realidad social alguna."

Otro factor de descomposición fundamental fueron las grandes familias condales. Las doscientas o trescientas familias de las que salían los funcionarios de la administración local estaban directamente interesadas en el fraccionamiento. La aristocracia se oponía a la existencia de un monarca y aspiraba al establecimiento de una "república" aristocrática. El conde poseía muchos medios para, legal o ilegalmente, enriquecerse dentro de su condado. Desde el momento en que se le permite adquirir bienes dentro de su territorio y se pone en sus manos un poder omnímodo que le viene de su carácter de representante del emperador, el interés de este conde fue legar el condado a su hijo, es decir, convertir en hereditario un cargo de gobierno.

Para controlar el conjunto de sus territorios, el monarca debía mantenerse fuerte. A esto responde la creación de una administración eficiente, la existencia de un cuerpo estable de funcionarios y la vinculación de



***A partir del siglo XI abunda en la literatura europea un género literario, el cantar de gesta, que idealiza las principales acciones de la próxima historia pasada. Esta miniatura corresponde al "Renaud de Montauban", que narra las gestas de los nobles que se rebelaron contra Carlomagno o sus sucesores (Biblioteca Nacional, París).***




las grandes familias al trono mediante la concesión de riquezas y dignidades, interesándolas así en el orden vigente. De ahí la necesidad de la expansión territorial. Pero es que además se da un fenómeno social, económico y político de enorme trascendencia: el desarrollo de las instituciones feudales. Las relaciones personales, que ligaban una persona a otra, existían ya e instituciones similares las hallamos por doquier. Pero ahora se produce un importante cambio.

En el curso del siglo VIII las instituciones vasalláticas variaron en aspectos esenciales. Los servicios que la persona que se hacía "hombre de otro" prestaba, antes muy variados, empiezan a concretarse en torno al servicio armado. El *senior* que recibía a otro hombre ya no le da para su sustento diario, sino que le asigna un *beneficium*, un feudo, una posesión territorial de cuyas rentas podía vivir el vasallo y mantener su equipo militar.

Otro hecho fundamental es que varía la clase social que entra en vasallaje. En un principio, tal institución afectaba sólo a las clases bajas, pues lo que se trataba de conseguir del *senior* era sustento y protección. Pero ahora entra el emperador y los grandes en el juego, y los magnates se harán vasallos del primero. Era ésta una manera, desde luego, de vincularlos al trono, pues se establecía un vínculo personal entre ambos. Pretendía también el emperador vincular a él el mayor número de personas, a través de los vasallos de sus vasallos.

El movimiento fue consciente, pues el propio monarca incita a sus hombres libres

## LA POBLACION DE LA EUROPA CAROLINGIA

### EL PROBLEMA DE LAS FUENTES

Cualquier estimación de la población de Europa en este momento, aun aproximadamente, carece de base.

Algunos documentos carolingios –descripciones de dominios rurales principalmente– han conservado, sin embargo, datos demográficos.

En todo caso, la información demográfica, limitada muchas veces al número de habitantes, corresponde a una propiedad, a un poblado o a un grupo de aldeas, todo lo más.

Una opinión sobre la demografía de Europa en los siglos V-X se ha hecho clásica entre los historiadores: el continente europeo estaría entonces escasamente poblado.

a) Un acentuado descenso de la natalidad en los últimos tiempos del Imperio romano sería una de las principales causas de su decadencia.
b) La imagen de un mundo bárbaro superpoblado desbordándose sobre un Imperio vacío es falsa: los germanos instalados en Occidente no representan ni un 5 % de la población total y, sin embargo, su emigración ha bastado para despoblar Germania.
c) La disminución del perímetro de las ciudades romanas, desde el siglo III, es general en todo Occidente.
d) No hay testimonios sobre la roturación de tierras a causa del crecimiento demográfico hasta el siglo XI.

Estudios monográficos sobre los datos demográficos conservados no confirman esta impresión general.

a) El políptico de Irminón –descripción de los dominios territoriales de la abadía parisiense de Saint-Germain-des-Prés, ordenada por el abad Irminón– atribuye 4.100 habitantes a ocho aldeas cercanas a París, la misma población que tenían en el siglo XVIII.
b) El manso, parcela de tierra correspondiente, en principio, a una sola familia, aparece, en los inventarios de los siglos IX-X, subdividida entre varias.

El estudio de las condiciones climáticas y naturales del territorio europeo –máxima extensión del bosque atlántico, en detrimento de los cultivos– y de las técnicas de explotación agrícola –instrumental rudimentario– ha sido utilizado por los historiadores más recientes para interpretar y valorar los escasos datos demográficos.

La tesis de una depresión demográfica, crónica en Europa, del siglo V al X no se considera demostrada. Se señalan inversiones de esta tendencia general, muy difíciles de evaluar, en la segunda mitad del siglo VII, en el período 750-850, desde el año 950.

La distribución de la población no sería homogénea. Compelidos por el bosque –los terrenos de cultivos son pequeños calveros entre las masas de arbolado– y la falta de útiles –el arado romano trabajo mejor los suelos ligeros–, los hombres se concentran en los territorios más aptos, abandonando los demás.

El relativo progreso demográfico no se traduce en roturaciones porque la población es diezmada periódicamente por el hambre, las epidemias y las guerras, y el atraso técnico bloquea las tentativas de conversión de los bosques en terrenos cultivados.



***Estatuilla ecuestre de Carlomagno, obra del siglo IX, con el globo terráqueo en la mano y coronado, símbolos del poder (Museo del Louvre, París). Las características del personaje responden con bastante fidelidad a las descripciones que sus contemporáneos hicieron del emperador.***

a entrar en vasallaje de alguno de sus hombres. ¿Hay además un intento de descentralización? ¿Pretendió crear Carlomagno responsabilidades locales que descargaran un tanto a la administración central? Un hecho avala esta suposición: la tendencia a la inmunidad, por la cual los funcionarios reales no podían entrar ni, por tanto, actuar dentro de los territorios inmunes.

Pero el feudalismo fue, a la larga, el principal germen de desarticulación del imperio. Desde el momento en que el señor, rico a causa de sus extensiones territoriales, con un conjunto de vasallos destinados básicamente al servicio militar bajo sus órdenes, tuvo plena jurisdicción sobre los hombres de su señorío (que llegará incluso hasta poder acuñar moneda), se convierte, prácticamente, en "rey" de sus dominios.

El balance general de la obra de Carlomagno es engañoso. Cierto que amplió considerablemente las fronteras del reino franco

y del cristianismo y puso a muchos pueblos en la vía de la civilización, pero englobó un conjunto disforme de gentes que difícilmente iban a sentirse unidas.

Restauró la dignidad imperial, pero no su concepto, ya que "su" Occidente fue fraccionado por él mismo y, tras la reunificación de su hijo Ludovico Pío, quedó definitivamente dividido. Y aun la división no se hizo siguiendo criterios geopolíticos o históricos, sino atendiendo a la equivalencia de las rentas. Ni logró tampoco superar la idea del reino-propiedad del monarca, para renovar el reino-ente de derecho público. Buscó y arbitró un nuevo medio de vincular a los poderosos al trono: el vasallaje; mas esta misma institución fue uno de los gérmenes de descomposición.

Ni siquiera se salva, según Jacques Pirenne, el esplendor cultural que dio a su corte. En frases del ilustre historiador, "sólo fue el último destello de una cultura que agonizaba delicadamente. El hombre que en la corte... representaba el porvenir no era el letrado Eginardo, sino el emperador analfabeto cuya ingenua fe era compatible con el sostenimiento de varias esposas y concubinas".



***La muerte de Carlomagno, acaecida a principios de 814, está aquí representada en esta miniatura del siglo XV, llena de simbología religiosa con demonios y ángeles que intentan, en el momento supremo, ganar el alma del moribundo (Museo de Chantilly, París).***

## BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| **Abadal, R. d'** | *Catalunya carolíngia,* Barcelona, 1950-1955. *Com Catalunya s'obrí al món mil anys enrera,* Barcelona, 1960. *El paso de Septimania del dominio godo al franco a través de la invasión sarracena (720-768),* en C. H. E., XIX, Buenos Aires, 1953. |
| **Dhondt, J.** | *La Alta Edad Media,* Madrid, 1971. |
| **Folz, R.** | *Le couronnement impérial de Charlemagne,* París, 1964. *Le souvenir et la légende de Charlemagne dans l'Empire germanique médiéval,* París, 1950. |
| **Halphen, L.** | *Charlemagne et l'Empire carolingien,* vol. 23 de la colección "Evolution de l'Humanité", París, 1947. *Études critiques sur le règne de Charlemagne,* París, 1921. |
| **Le Goff, J.** | *La civilisation de l'Occident Médiéval,* París, 1964. |
| **López, R. S.** | *El nacimiento de Europa,* Barcelona, 1965. |
| **Pirenne, J.** | *Historia Universal,* Barcelona, 1953. |




***Una página miniada del evangeliario de Saint-Médard de Soissons, obra de comienzos del siglo IX realizada en la escuela palatina de Aquisgrán (Biblioteca Nacional, París).***



*Favorecido por las buenas relaciones de Carlomagno con el califa Harún al- Rachid, el comercio entre Europa y el Islam se incrementó. De Irán llegó a la corte carolingia este tejido bordado, del siglo VIII, que inspiró el arte textil en tiempos de Carlos el Calvo (Museo Textil, Lyon).*

# El fraccionamiento del Imperio y las nuevas invasiones

por ANTONIO M.ª ARAGÓ CABAÑAS

El Imperio fundado por Carlomagno –de un modo parecido al simulacro bíblico de los pies de barro– acusó muy pronto graves síntomas de inestabilidad. Sus puntos débiles eran, en parte, de tipo estructural: escasez de fuentes de riqueza, descompensación social, sistema económico cerrado, recursos técnicos deficientes; y, en parte, de carácter circunstancial, entre los cuales hay que destacar la ambigüedad del propio concepto imperial y la ausencia de un ideal de empresa colectiva, así como la crisis huma-

na de los gobernantes y la falta de un consenso decidido en los gobernados, unidas al fortalecimiento autónomo de la aristocracia territorial. A este cúmulo de factores hay que añadir la constante agresión de los pueblos de la periferia de Europa, algunos nunca dormidos, otros reactivados en el último momento, que atacaron a la vez el territorio imperial por la enorme e indefensa fachada marítima –normandos y árabes– o por las extensas y fácilmente expugnables marcas orientales –húngaros y eslavos–.

Aunque los contemporáneos hablen de una *renovatio imperii,* la concepción o, mejor, realización carolingia fue algo completamente original y sólo conserva un simple recuerdo analógico con el Imperio romano. Ante todo, hubo una escisión del concepto monolítico del *princeps* clásico, que es a la vez sumo pontífice y llega a ser divinizado, en dos nuevos poderes. El papa, como *vicarius apostolicus,* y el emperador, como defensor o protector de la comunidad, deben regir conjuntamente la *Respublica christiana,* originándose, de esta ambigua situación, unos planteamientos dialécticos que tienden a resolverse por el predominio de una de las partes.

Si en vida de Carlomagno primaba netamente la posición del jefe secular, veremos como, a lo largo del siglo IX –y gracias a una mayor conciencia de lo que representaba la idea imperial en función de la unidad del orbe cristiano–, los pontífices fueron interviniendo, con mayor decisión, en el negocio del Imperio. Al propio tiempo, se observa la falta de una constitución política definida, tanto en lo que respecta al procedimiento sucesorio como en la insuficiente distinción entre las dos potestades, real e imperial, con la consiguiente confusión que se derivaba frente a los súbditos. Si añadimos a todos los fenómenos descritos las reiteradas desmembraciones territoriales y el proceso de formación de unos principados que usurpan, poco a poco, la influencia y las rentas de la corona, nos será fácil comprender que, desde la muerte de Carlomagno hasta el advenimiento de las nuevas dinastías, capeta en Francia y sajona en Alemania, que trajeron un programa de reforma más coherente, el Imperio carolingio quedase sumido en un estado de anomia latente, que le privó de una acción efectiva.

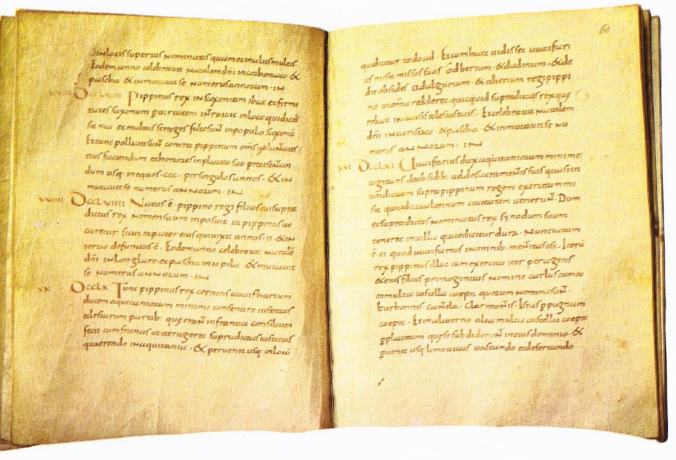
Entre los factores que se oponían a la conservación del territorio unido a la dignidad imperial el más importante era, sin duda, la extensión desmesurada de aquél, que abarcaba desde el mar del Norte al río Llobregat y desde el Atlántico al Elba. No había –diríamos hoy– los acondicionamientos técnicos suficientes para acortar distancias y organizar el conjunto en forma viable.

Ya en el año 806, Carlomagno, comprendiendo la dificultad de la empresa, dispuso una triple partición que, si bien no se haría efectiva, resulta de no escaso interés por su contenido geopolítico: al hijo mayor, Carlos, le correspondía un bloque territorial unitario, comprendido entre los ríos Loira, Elba y Danubio; a Pipino, Italia y Baviera; a Luis, la Aquitania. El reparto oponía, en cierto modo, los estados del Sur al macizo conjunto septentrional, que representaba el núcleo histórico franco. La partición así concebida aglutinaba bajo una sola soberanía la Austrasia y la Neustria, o sea, la Francia oriental y la occidental, que nunca más volverían a unirse hasta el intento napoleónico.

La muerte prematura de sus dos hijos mayores, Carlos y Pipino, motivó que Carlomagno, en el 813, adjudicara el reino de Italia a Bernardo, hijo del segundo, en tanto que Luis conservaba la Aquitania. Al morir el emperador, el 28 de enero del 814 en Aquisgrán, revertían a Luis conjuntamente la dignidad imperial y el territorio indiviso, excepto Italia. Frente a la ambigüedad que mostró su padre respecto a la sucesión y a los mismos títulos imperiales, Luis I parece haber tenido una idea más certera y diferenciada. Así nos lo indican las propias fórmulas de su cancillería, al sustituir la triple inti-

***Centro de una cruz carolingia, llamada Cruz de Lotario, con la efigie de Augusto engarzada en un soporte de oro y pedrería (Capilla de Aquisgrán). La elección de este elemento decorativo justifica el carácter de emperador romano con que fue coronado Carlomagno.***





***Manuscrito de los "Annales Regum Francorum", escrito atribuido a Eginardo, que constituye, con las demás obras de este autor, una fuente esencial para historiar el reinado de Carlomagno y de sus sucesores (Biblioteca Nacional, París). Además de biógrafo de Carlomagno, Eginardo fue secretario de Luis el Piadoso, preceptor de Lotario y, como tal, uno de los artífices del renacimiento carolingio.***

tulación carolingia de emperador, rey de los francos y de los lombardos, por una sola: *Hludovicus, divina ordinante providentia, imperator augustus* (Luis, por voluntad de la divina providencia, emperador y augusto).

Siendo ya de edad de cerca de treinta y seis años y habiendo tenido sucesión masculina de su primera esposa Irmengarda, Luis I –denominado el Piadoso por la campaña moralizadora que desplegó en el ambiente de la corte, ciertamente relajado–, después de consultar con sus consejeros, promulgó la *Ordinatio imperii* (julio 817), que viene a ser una constitución del estado. Por este documento, designa sucesor en el Imperio a su hijo mayor Lotario, entonces de veintidós años de edad, al cual proclama emperador asociado mientras él viva; al segundogénito, Pipino, le asigna el reino de Aquitania, que ya administra desde 814, y al menor, Luis, el reino de Baviera.

En esta ordenación se refleja una voluntad muy clara de conservar el Imperio, al cual se adscriben ahora los territorios históricos que constituían el *regnum Franciae,* con su capital en Aquisgrán, y el reino de Italia, con su capital en Roma. Reveladoras son también las cláusulas que definen los límites de la soberanía de los reyes menores, a quienes adjudica los honores, rentas y derechos públicos, al tiempo que, en los asuntos que afecten a la política internacional, los somete a la jurisdicción del hermano mayor. Se desconocen los personajes que pudieron influir en la nueva ordenación del Imperio, pero, dada su estrecha relación con la corte, no debe olvidarse el nombre de Agobardo, obispo de Lyon.

La *Ordinatio* de 817 dejaba marginados los derechos de Bernardo, rey de Italia desde el 813, puesto que preveía la anexión de aquel territorio a los de Lotario, a la muerte del emperador. La reacción no tardó en producirse. Con todo el ímpetu de su juventud –tendría entonces unos veinte años– y contando con el apoyo de algunos magnates italianos, como los obispos de Milán y de Cremona, y con la simpatía de algunos personajes francos, como el poeta Teodulfo, Bernardo se levantó en armas. Pero la rebelión fue muy pronto sofocada por la rápida acción de Luis I y, después de un juicio sumarísimo, fue condenado a perder la vista, tormento al que no pudo sobrevivir.

Una segunda contestación, esta vez filial, se produjo con motivo del cambio introducido por el emperador en el estatuto de sucesión, a raíz del nacimiento de su hijo Carlos, ocurrido el 13 de junio del 823, después de la boda de aquél con Judit de Baviera. En efecto, en la asamblea de Worms (agosto 829) se dispuso que Carlos heredaría la futura Suabia, la Retia, Alsacia y parte de la Borgoña. Un año después (abril 830) estallaba la rebelión capitaneada por Lotario y su partido, en el cual militaban algunos cortesanos, como el abad Wala de Corbie, caídos en desgracia de la reina Judit y enemigos de

*Un soberano carolingio, rodeado de guerreros y dignatarios de su corte, recibe la biblia que le ofrecen los religiosos de Saint-Martin de Tours, presididos por su abad; miniatura de la Biblia de Carlos el Calvo, de mediados del siglo IX (Biblioteca Nacional, París). Sea quien sea el príncipe aquí representado, es innegable que la decoración sitúa perfectamente el papel sociorreligioso del soberano carolingio.*

**LAS PRIMERAS CONSECUENCIAS DE LAS INVASIONES**

El Occidente europeo permaneció mucho tiempo inerme ante las agresiones de los normandos, los húngaros o los musulmanes. En parte, porque sus líneas defensivas estaban dirigidas contra otros enemigos; en parte, porque la táctica del ataque por sorpresa, característica de los invasores, dificultaba una respuesta adecuada de los ejércitos carolingios, que se movilizaban muy lentamente.

Las invasiones cortaron la recuperación demográfica que se esbozaba en tiempos de Carlomagno no sólo por las continuas matanzas, sino también por las hambres que provocaron al interrumpir las rutas comerciales y saquear las tierras de cultivo.

Europa perdió gran parte de sus reservas de metales preciosos, que en el caso de los tributos regulares, que durante mucho tiempo se pagaron a los distintos agresores, tuvieron un efecto directo sobre la circulación monetaria y el comercio.

Las invasiones aceleraron la descomposición del Imperio carolingio.

Los monarcas que no acertaron a defender sus reinos de los atacantes perdieron su prestigio.

Una defensa efectiva contra los invasores se improvisó sólo a escala regional: el país se dividió en pequeñas marcas con ejércitos locales mandados por los nobles de la región. El Imperio empezaba así su disgregación.

El renacimiento cultural carolingio se vio interrumpido, pues los monasterios fueron muchas veces el objeto preferido de las destrucciones de los vikingos o los húngaros.



la preponderancia adquirida por el conde Bernardo de Septimania, a quien algunos acusaban de ilícitas relaciones con la emperatriz.

La ocasión propicia fue el malestar ocasionado por la convocatoria de un ejército, decidida en la asamblea de Rennes, con el fin de reprimir los disturbios de Bretaña. Luis, vencido, se entrega a sus enemigos en Compiègne, en tanto que su mujer es internada en Santa Radegunda de Poitiers. Un intento por parte del emperador de recobrar su libertad de acción y sus poderes desencadenó en sus hijos una serie de intrigas, alianzas y deslealtades que sumieron al Imperio en una situación caótica. Los jalones más aparentes fueron: rebelión de Pipino, a fines del 831; intentos de Luis el Germánico contra Suabia (o país de los alamanes), en 832; deposición del primero y anexión de sus estados al lote de Carlos (septiembre de 832).

Después de una primera fase desordenada y particularista, los tres hermanos, Lotario, Pipino y Luis, se ajustaron en Alsacia en la primavera del 833 y, apoyados por un sector eclesiástico, lanzaron una ofensiva literaria contra el emperador, presentándose hábilmente a sí mismos como salvadores del Imperio. Dispuestos ya los ejércitos para la batalla, cerca de Colmar, la presencia del pontífice Gregorio IV (827-844) hizo variar la postura de Luis el Piadoso, quien, viéndose únicamente asistido de su hijo Carlos y de Judit, optó por renegar de su conducta anterior y deponer las armas: el lugar donde

se hallaba acampado, en Rothfeld, se llamó desde entonces el "Campo de la mentira" *(Lügenfeld,* que dio como derivado el sintagma *Lügenfeldzug,* propaganda difamatoria). Una secuencia complementaria, y no menos lastimosa, fue la denominada "Penitencia de Soissons", en donde el emperador hizo confesión pública de sus pasados errores. Bien es verdad, y en descargo del hijo y sucesor de Carlomagno puede aducirse, que los *Anales Bertinianos* afirman que tal retractación le fue arrancada con métodos coactivos.

De hecho, la nueva situación favorecía, sobre todo, a Lotario, quien quedaba dueño de la situación, y perjudicaba altamente a Carlos, hasta el punto de ser encerrado en el monasterio de Prüm. Pero no tardaron Pipino y Luis en confabularse contra aquél, celosos de su acrecentado poder, y, habiendo liberado a su padre y reponiéndolo en su dignidad, se coligaron en contra de Lotario y lograron que renunciara a la corona imperial y permaneciese en adelante confinado en Italia. El juego había cambiado de signo.

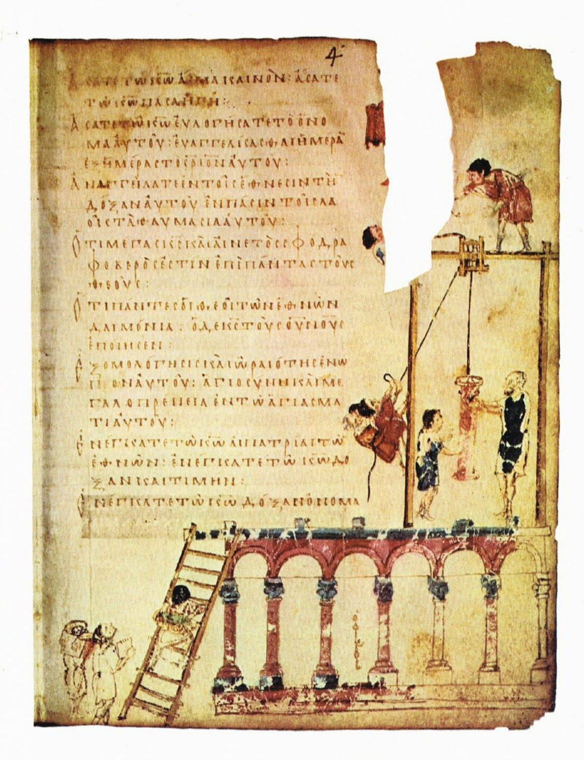
Con el solemne aparato de unas ceremonias religiosas celebradas en Thionville y en Metz, a principios del 835, a las que asistieron cuarenta y cuatro obispos y una multitud de abades, fue anulado el proceso de Soissons y firmada la retractación de los que en él intervinieron. En octubre del 837, en el transcurso de una asamblea reunida en Aquisgrán, Luis I vuelve a replantear el espinoso asunto de los derechos sucesorios del futuro Carlos el Calvo, hecho que provoca, un mes más tarde, el ataque de Luis el Germánico contra la ciudad de Francfort. Rechazado por las huestes de su padre, se retira a sus estados, asistiendo impasible a la nueva partición que, a la muerte de Pipino, sobrevenida en diciembre del 838, maquinaron Luis I y Lotario, ya congraciados.

Reunidos en Worms, el 30 de mayo del 839, acordaron dividir el *territorium* en dos lotes equivalentes, de los cuales Lotario eligió el que comprendía Italia y los países al este del Ródano, del Saona y el Mosa, y Carlos, las tierras situadas al Oeste, aumentadas con los condados de Provenza, Ginebra, Lyon, Chalons-sur-Saône y Toul. Luis, el hijo "rebelde", tuvo que conformarse con el país bávaro. Del Imperio no se hizo mención siquiera.

Cuando preparaba una expedición para dominar la Aquitania, que se mantenía fiel a los hijos de Pipino y contra Luis el Germánico, Luis el Piadoso murió el 20 de junio del 840.

Vacante el Imperio, Lotario se instaló en Ingelheim y empezó a actuar como emperador. Las múltiples cuestiones pendientes entre los hermanos, por causa de la empecinada política sucesoria, dieron como resultado una nueva coalición entre los hermanos Carlos y Luis el Germánico, que tuvo su formalización en el llamado "Juramento de Estrasburgo" (14 febrero 842), prestado solemnemente por ambos reyes y sus capitanes ante sus propios ejércitos, y por el cual se comprometían a ayudarse mutuamente y a no pactar con Lotario por separado. Viéndose abandonado a su suerte, el rey de Italia accedió a tomar parte en una serie de entrevistas, que terminarían con la firma del famoso Tratado de Verdún (agosto 843).

La nueva división tripartita de Europa, siguiendo esta vez la línea de los meridianos, había sido calculada minuciosamente, de acuerdo con el espíritu de las leyes sálicas. Cada lote tenía una extensión territorial aproximada y contenía un número equivalente de ciudades importantes: el reino más



***Obreros construyendo una iglesia, miniatura en un salterio griego del siglo X (Biblioteca Nacional, París). Con estos o parecidos métodos se construyeron, en Oriente y Occidente, monumentos que mueven nuestra admiración. Con medios tan frágiles como una escalera, un andamio y una polea, los hombres del medioevo hicieron maravillas.***

*Una página del Juramento de Estrasburgo prestado por Luis el Germánico y Carlos el Calvo contra su hermano Lotario (Biblioteca Nacional, París). Obsérvese la claridad y elegancia de rasgo de la minúscula carolina.*

occidental, destinado a Carlos, comprendía las tierras atlánticas y meridionales, desde el Mosa al Ródano, con las ciudades de París, Bourges, Burdeos, Tolosa y Barcelona; el reino oriental, adjudicado a Luis, era un rectángulo inscrito entre el Rin y el Elba, el istmo de Jutlandia y los Alpes, y contenía las ciudades de Colonia, Ratisbona, Salzburgo y Magdeburgo; entre ambos reinos se constituyó una faja central, formada por la Frisia, las Ardenas, la futura Lorena, Borgoña, Provenza e Italia, incluyendo Córcega y el ducado de Spoleto, que fue asignado a Lotario, junto con el título imperial.

La fórmula ideada en Verdún no prosperó con la debida estabilidad. Si, por un lado, se habían cumplido los requisitos de la justicia distributiva en la cuantificación de los reinos, por el otro se creaba un estado intermedio –la "Francia media"– que presentaba el aliciente de contener las dos capitales de rango imperial, Roma y Aquisgrán, junto con ciudades tan ilustres como Lyon, Ratisbona, Marsella, Milán y Ravena, pero que ofrecía también serias dificultades geopolíticas para salir indemne de sus vecinos: era un hermoso espécimen de estado-puente entre el Mediterráneo y el mar del Norte al que únicamente el subsidio de unas

## EL JURAMENTO DE ESTRASBURGO

Las pretensiones de Lotario I a la sucesión del Imperio y sus agresiones a los estados de sus dos hermanos, Carlos y Luis el Germánico, en contra de los acuerdos de Worms (833), provocaron la reacción de los dos últimos, que sellaron un pacto de mutua defensa. Reunidos el 14 de febrero del 842 en la ciudad de Estrasburgo, juraron solemnemente cumplir las cláusulas contenidas en un texto determinado que fue redactado en viejo alemán (o *thiudus*) y en el incipiente francés de la época.

El texto bilingüe nos fue transmitido por el historiador Nithardo, hijo de Berta –hija, a su vez, de Carlomagno– y del poeta Angilberto. Constituye, sin lugar a dudas, uno de los documentos de más extraordinario interés para la historia de la cultura occidental.

*TEXTO ALEMÁN*

In godes minna ind thes christiânes folches ind unser bêdhêrô gehaltnissi, fon thesemo dage frammordes, sô fram sô mir got gewizci indi mahd furgibit, sô haldih tesan minan bruodher, sôsô man mit rehtû sinan bruodher scal, in thiu thaz er mig sô sama duo, indi mit Ludheren in nohheiniu thing ne gegango thê minan willon imo ce scadhen werdhên.

*TEXTO FRANCÉS*

Pro Deo amur et pro christian poblo et nostro commun salvament, d·ist di en avant, in quant Deus savir et podir me dunat, si salvarai eo cist meon fradre Karlo et in aiudha et in cadhuna cosa, si cum om per dreit son fradra salvar dist, in o quid el mi altresi fazet, et ab Ludher nul plaid nunquam prindrai qui meon vol cist meon fradre Karl in damno sit.

*TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL*

Por el amor de Dios y por el pueblo cristiano y para nuestra común salvación, de hoy en adelante, en cuanto Dios me permita conocer y poder, defenderé a mi hermano, aquí presente, con mi ayuda en toda ocasión, como es justo que el hermano defienda a su hermano, en tanto él haga lo mismo por mí; y no ajustaré jamás con Lotario ningún acuerdo que, de mi voluntad, pueda perjudicar a mi hermano.

A. A. C.

obras públicas muy evolucionadas hubiese permitido subsistir.

Sin embargo –tal como ha apuntado recientemente un ilustre historiador– no hay que ver en las líneas de la partición un capricho arbitrario, ya que, de un modo aproximado, se ajustan al contorno de las áreas lingüísticas de la época. En efecto, según nos refieren las fuentes conservadas, en el acto del juramento de Estrasburgo se emplearon, por los otorgantes de uno y otro bando, el francés incipiente y el *thiudis* o viejo alemán; la faja central representaba una zona lingüísticamente ambigua, en donde coexisten todavía hoy muchas formas intermedias.

Algún peso pudieron tener en la demarcación y en la evolución posterior del nuevo estado las singularidades propias de las antiguas diócesis y la aglutinación de los condados carolingios en unos nuevos núcleos de soberanía intermedia. Políticamente, el pacto de Verdún pesó en el futuro de Europa, al separar l*a Francia orientalis* (o Austrasia) de la *occidentalis* (o Neustria), creando entre ellas un vacío que la nueva superestructura imperial no lograría rellenar y que habría de proliferar en realizaciones menores de uno u otro signo.

Aunque pocas, la Europa de los tres reinos tenía algunas posibilidades de prosperar, desarrollando cada uno de ellos su propio programa de expansión: el reino oriental, hacia la Bretaña y la península ibérica; el central, hacia el sur de Italia, y el occidental, hacia las marcas del Este. Claro está que para ello eran necesarias una seguridad política, una coherencia social y unos medios técnicos y demográficos que los tres reinos estaban muy lejos de poseer. Tres factores adversos, sobre todo, actuarán negativamente a lo largo de la centuria: la disociación de los gobernantes y su incapacidad para sostener el ideal carolingio, ya que no la estructura; la involución de los poderes públicos, que significó el proceso de feudalización, y la aparición de los grandes principados, como entidades políticas más idóneas, y, por último, la cuádruple tenaza de los pueblos que penetraron en los países






***Miniatura del Evangeliario de Lotario, de mediados del siglo IX, que representa a dicho rey sentado en el trono entre dos dignatarios (Biblioteca Nacional, París). Hijo mayor de Luis el Piadoso y heredero del Imperio, asistió impotente a su división territorial y hubo de contentarse con el gobierno del reino central.***




europeos desde todos los puntos cardinales, asolándolos y sumiéndolos en un paroxismo de terror y angustia, paralizando toda acción social constructiva; precisamente, en el día de San Juan anterior a la firma de Verdún, más de sesenta naves danesas atracaron junto a Nantes, y los guerreros masacraron a la población, dando muerte al obispo y su cabildo, mientras celebraban los oficios, evento al que seguirán, en los años inmediatos, otras incursiones no menos calamitosas.

El primer descontento por la partición de Verdún fue el propio Lotario, quien, recordando el acceso que le había trazado su padre hacia un imperio indiviso, no podía contentarse con el reino de Italia y perder la preeminencia sobre los otros reinos. Sin pérdida de tiempo, al día siguiente del tratado, se instaló en el palacio de Aquisgrán y, aprovechando la ocasión del acceso al trono pontificio, en circunstancias difíciles, del papa Sergio II en enero del 844, envió a Roma a su hijo Luis, acompañado por el obispo de Metz, Drogón –hijo natural de Carlomagno–, con el fin de recibir la investidura de Rey de Lombardos, título que acababa de concederle. Gracias a los oficios del pontífice y del clero galo pudo ser efectuada una entrevista de alto nivel en Yütz (octubre de 844), en el transcurso de la cual se dio lectura a una cálida exhortación de los prelados en favor de la concordia: "El hermano, ayudado por el hermano, es como una ciudad fortificada".

Las circunstancias, en efecto, requerían una más estrecha unión de voluntades. El reino occidental era minado por la secesión de Pipino II, que pretendía la corona de Aquitania, y por las rebeldías de Nominoé, duque de Bretaña, y de Lamberto, conde de Nantes. Y, en cuanto a la presión que ejercieron los pueblos de la periferia, bien podría afirmarse que desde el 844 al 846 los tres reinos se vieron oprimidos por un círculo de hierro. En el mes de marzo del 845, ciento veinte navíos daneses bajo el mando de Ragnar Lodbrok remontaron el curso del Sena y recalaron cerca de París, en donde los vikingos se entregaron sin freno al saqueo y a la matanza. El propio rey Carlos el



***Tapa del Salterio de Carlos el Calvo (Biblioteca Nacional, París). El marfil central representa al Todopoderoso acogiendo el alma de David, del que los soberanos carolingios son émulos al frente del nuevo pueblo de Dios. Una decoración de oro y piedras preciosas enmarca el relieve.***

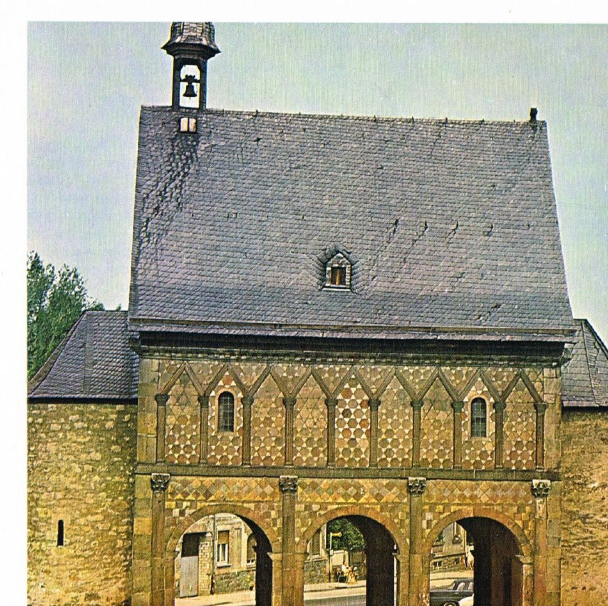
*Carlos II el Calvo sentado en el trono, miniatura del Salterio de Carlos el Calvo, de mediados del siglo IX (Biblioteca Nacional, París). La inscripción superior: "Cuando Carlos está sentado, coronado con gran honor, es semejante a Josías e igual a Teodosio", vincula el poder carolingio con los reyes bíblicos y los emperadores romanos.*



Calvo, refugiado en Saint-Denis, tuvo que pagar siete mil libras de plata como precio de su rescate. En el mismo año, la ciudad de Hamburgo –perteneciente a Luis el Germánico– era pasto de las llamas. El reino de Lotario sufrió a la vez los embates de los normandos en el litoral frisón y de los beréberes en el curso del Tíber, no pudiendo salvarse de sus rapiñas ni la propia iglesia de San Pedro.

Mitigadas las antiguas tensiones, los tres soberanos se ajustaron por dos veces en Meersen (847 y 851) para hallar solución a sus propias desavenencias y a los problemas que afligían a la comunidad cristiana. Deciden entonces arrancar de sus corazones toda traza de malicia o recelo, abstenerse de minar la moral de los reinos vecinos por medio de agentes encubiertos *(per occultos susurrones)* y conservar sinceramente un clima de concordia. Si la idea del Imperio no prevalece ya en sus acuerdos, sí por lo menos la idea de un triple *regnum Francorum*, que tienen el deber de conservar unido y en paz.

Así estaban las cosas cuando, a punto de surgir una nueva querella, murió Lotario en Prüm, el 29 de septiembre del 855. En virtud de su testamento, dejó su reino privativo fragmentado en tres partes: Italia para el hijo mayor, Luis II; la Frisia y la Lotharingia para Lotario II, y la Provenza para Carlos. El solar del antiguo Imperio carolingio quedaba, pues, dividido en cinco reinos. Los recién creados debían coexistir pacíficamente con los reinos anteriores. Mas el buen funcionamiento de semejante *puzzle* político se reveló en seguida lleno de dificultades, en parte por la antigua tensión existente entre Luis el Germánico y Carlos el Calvo y, en



*Edificio conservado de la famosa abadía carolingia de Lorsch, donde fue enterrado Luis el Germánico, convertida en centro de cultura durante toda la Edad Media.*

## LA CIRCULACION MONETARIA

El universo económico del siglo IX se apoyaba en dos monedas fuertes: el sólido o besante, bizantino, y el dinar árabe, ambas de oro. En realidad, el *solidus numisma* bizantino significaba la continuación del *solidus aureus nummus,* fijado por el emperador Constantino en 72 piezas por libra/oro (4,48 g), con emisiones fraccionarias de medio sueldo *(semissis)* y de un tercio *(triens).* Bajo Anastasio I (493-518), aparte la moneda de oro, se emiten, siguiendo la tradición de los *miliareses* de Constantino, *denarii* de plata, con el valor de una doceava parte del sueldo, y *follis* de cobre, a razón de 288 piezas por sueldo.

El califato omeya, hacia el primer tercio del siglo VII, inspirándose en el *aureo* bizantino, emite el *dinar* de oro, que presenta una iconografía similar –busto imperial y gradas surmontadas de una cruz–, sustituyendo el signo cristiano por un globo. A su vez, adopta el antiguo *dracma* de plata de la Persia sasánida con el nombre de *dirhem,* en una relación respecto al dinar de 1/10. No obstante, sigue circulando ampliamente la moneda original extranjera. El creador de una moneda "nacional" o propiamente arábiga fue el califa Abd el- Malik (685-705), quien desmonetizó la moneda circulante y acuñó una tipología original, sustituyendo los antiguos emblemas por unos textos, de carácter histórico o religioso, dispuestos en renglones.

En los diversos estados que se forman después de las invasiones se perpetúan los valores romano-bizantinos, con tendencia, sin embargo, a la rarificación del *solidus aureus,* sustituido cada vez más por los *triens* o *tremises,* con el valor de un tercio.

A partir del siglo VIII la vida económica sufre una intensa regresión y se basa casi exclusivamente en el intercambio o en el pago en especies: ganado, caballos, vestidos, armas o metal no amonedado. No se pierde, con todo, el concepto de moneda, que permanece como unidad de cuenta. Así, en el reino de Asturias, un buey se valora en un *solido et tremise* (796), y en el 802, un hombre vende al monasterio de Lorsch un dominio por 14 onzas de plata, una espada y una túnica de seda. A partir de Carlomagno se deslindan claramente dos áreas geográficas, que están bajo el dominio de la plata o del oro.

Aparte las monedas en oro de los ducados lombardos y de la emitida por el conde de Barcelona Berenguer Ramón I (1018-1035), el *dinar* musulmán, con el nombre de *mancuso,* acuñado por el califato de Oriente o por Al- Andalus, es la principal divisa dentro del comercio internacional. Su influjo es tan considerable, que el mismo *besante,* entre los siglos VIII y X, adopta su tipología, que imitarán también los reyes hispánicos. Muy interesante sería poder seguir el circuito del *mancuso* árabe, desde que entra en Europa por los países mediterráneos hasta que regresa a Oriente por el camino de las caravanas que atraviesan los países eslavos.

El Imperio carolingio adopta como unidad el dinero de plata, doce de los cuales forman un sueldo, y veinte de éstos, una libra; sueldo y libra constituyen tan sólo unidades de cuenta.

Debido a su inferioridad, la moneda carolingia tuvo que ser protegida mediante algunas capitulares de carácter general. Gracias a esta política, el estado carolingio recupera de modo exclusivo el derecho de batir moneda, que en tiempos merovingios detentaban las iglesias y los monederos privados. Por la capitular de Mantua (781) se define el concepto de *moneta publica,* la cual sólo podrá ser emitida en el taller palatino. Luis el Piadoso amplió el derecho a nueve ciudades, que aumentaron con el fraccionamiento de los estados. A partir de Carlos el Calvo, los nacientes principados usurpan el derecho de batir moneda.

Las cecas principales de la época y territorios carolingios fueron: Aquisgrán: *Palacio imperial;* Francia oriental: *Maguncia;* Alsacia: *Estrasburgo;* Lorena: *Cambray, Colonia, Bonn, Duurstede, Dinant, Lieja, Metz, Verdun;* Francia: *Amiens, Arras, Attigny, Brujas, Cassel, Courtrai, Compiègne, Corbie, Gante, Laon, París, Reims, Ruán;* Neustria: *Angers, Blois, Chartres, Evreux, Le Mans, Orleáns, Tours;* Borgoña: *Autun, Auxerre, Besançon, Dijon, Langres, Lyon, Nevers, Troyes;* Bretaña: *Nantes, Rennes;* Aquitania: *Bourges, Poitiers, Clermont, Limoges;* Toulousain: *Toulouse;* Gascuña: *Agen, Burdeos, Dax;* Marca hispánica: *Barcelona, Ampurias, Gerona, Roda* (¿Rosas?); Septimania: *Narbona;* Provenza: *Arles, Aviñón, Vienne;* Italia: *Lucca, Milán, Treviso, Venecia.*

A. A. C.

gran parte también, por la debilidad congénita del infante Carlos de Provenza. Se configuraron al poco tiempo dos bloques posibles: el de Carlos el Calvo-Lotario II y el de Luis el Germánico-Luis II (entrevista de Trento, 857).

Los graves momentos por que pasaban sus estados, debido a las nuevas incursiones normandas y al levantamiento de Aquitania en favor de Pipino II –liberado recientemente del monasterio en el que había sido recluido en 852–, no permitieron a Carlos el Calvo rechazar la invasión de sus tierras por las huestes de Luis el Germánico, en una rápida marcha desde Worms hasta Orleáns. Instalado en el palacio de Attigny, parecía ya haber desposeído a su medio hermano cuando, gracias a un afortunado contraataque en San Quintín (15 enero 859) y a la intervención del obispo Hincmar de Reims, secundado por el alto clero francés, se consiguió ajustar una concordia en Coblenza (1 junio de 860).

En medio de estas luchas fraternas, que fueron la plaga de la familia carolingia, inconcebibles en un momento en que Europa era atacada por todos los flancos, se yerguen unas figuras que mantienen una línea de conducta más elevada y constructiva. Entre ellas destaca, junto a otras que iremos describiendo, la de Luis II. Hijo mayor de Lotario I y nieto, por tanto, de Luis el Piadoso, había nacido en el 822, siendo coronado rey de Lombardía en 844 y ungido emperador en 850. Al morir su hermano Carlos en 864, aumentó sus estados con el reino de Provenza.

Luis II fue, a todas luces, un emperador italiano. Sin conservar prácticamente ningún lazo con el antiguo solar de la familia, sus problemas son los de Italia: las relaciones con la sede pontificia y con los grandes duques, aún poderosos, y, sobre todo, la defensa del reino ante la amenaza de invasión por parte de los árabes.

Después de la caída del califato de Da-

masco, se habían formado tres importantes reinos o emiratos casi independientes en el norte de África, uno de los cuales, el tunecino, logró someter la isla de Sicilia y penetrar en la parte meridional de la península, estableciendo dos plazas fuertes en Bari y en Tarento. Desde allí iniciaron una marcha hacia el Norte, que Luis II consiguió detener cerca de Benevento, en 847 y 852. Después de renovar sus pertrechos, reanudaron su intento años después, orientando su expedición hacia el Lacio, hecho que obligó a Luis II a ordenar una movilización general, por el tiempo de un año, mediante una capitular del 866.

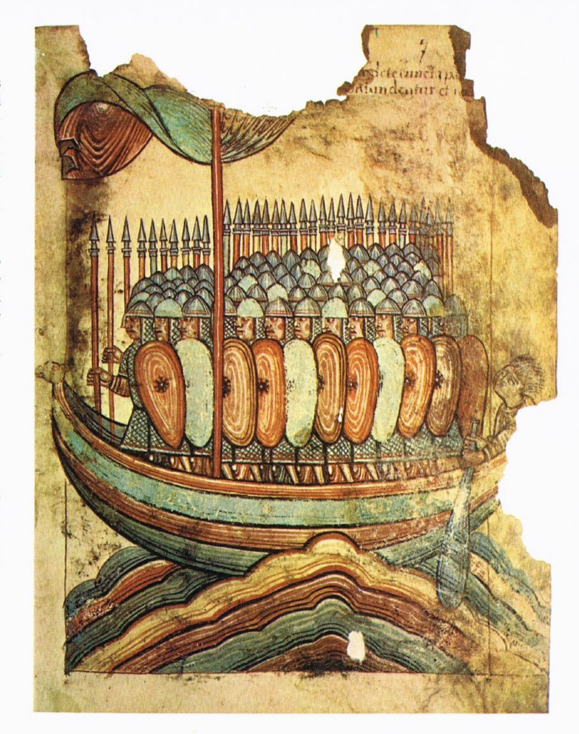
El propio papa Nicolás I, que no estaba en excelentes relaciones con el emperador, le transfirió gran parte del tesoro que acababa de ofrecerle el kan de los búlgaros, Boris, recientemente convertido al cristianismo. Desde entonces, las huestes de Luis II no cejaron en su empresa de reconquista, emulando las que, en la península ibérica, realizaron los reyes hispánicos en su lucha con el emirato de Córdoba. En el año 871 –con la ayuda, al parecer no muy efectiva, de la flota bizantina– consiguió desalojar a los sarracenos de la plaza de Bari, con lo que perderían su preponderancia en el sur de la península.

Las campañas de Luis II dieron al Imperio por él representado un sentido de empresa cristiana. A su muerte, ocurrida en agosto del 875, la corona imperial pasaría a Carlos el Calvo –defensor, a su vez, de una Francia amenazada por árabes y normandos–, quien encontraría su fin en el curso de una expedición a Italia para proteger a Roma de un nuevo ataque berberisco (877). En el año anterior había muerto también Luis el Germánico, que por su testamento distribuyó sus estados entre sus hijos Carlomán (Baviera, Moravia, Panonia y Carintia), Luis el Joven (Franconia, Turingia, Sajonia y la Baja Lorena) y Carlos el Gordo (Suabia, Alsacia y la Retia).

Surgió entonces un activo forcejeo por el Imperio, que pareció, por un momento, recaer en Carlomán, pero una rápida enfermedad que le llevó al sepulcro (880) hizo prosperar la candidatura de Carlos III el Gordo (881-887), quien a la muerte de su hermano Luis el Joven (882) –y por haber sido llamado por los grandes de Francia para ocupar el trono, vacante desde el fallecimiento de Carlomán (884), hijo de Luis el Tartamudo– ciñó la triple corona hasta que fue depuesto por incapacidad. Con él, se disipaba la última esperanza de restaurar la unidad del Imperio.

La Francia occidental caería en manos de Eudes (888-898), conde de París, fundador de una nueva dinastía, en tanto que las tribus germánicas eligirían como soberano a Arnulfo de Carintia (887-899). La corona imperial, en este momento puramente nominativa, es ceñida por el duque de Spoleto, Guido, nieto del emperador Lotario, que asocia a su hijo Lamberto en la dignidad imperial. Por poco tiempo (891-896), la ciudad de Spoleto y la capilla de Santa Eufemia constituirán la versión italiana de la corte imperial de Aquisgrán.

La plasmación de un Imperio occidental católico, paralelo al de Bizancio, parecía haber zozobrado definitivamente. Sin embargo, permanecía muy viva aún en distintos núcleos sociales la idea de una comunidad cristiana superior, cuya causa debía ser defendida contra viento y marea. Si algunos siglos después habría de surgir la voz de un escritor laico –el poeta Dante– que defendería la idea imperial desde un ángulo muy distinto, en el siglo IX fue la Iglesia romana la que propugna por despertar en los espíri-



***Intensamente aglomerados en la escasa superficie de una barquichuela impulsada por un solo remero, un grupo de soldados, completamente armados para la guerra, se dirige al combate; miniatura de un manuscrito de fines del siglo IX sobre la vida de Saint-Aubin d'Angers (Biblioteca Nacional, París).***

# LOS VIKINGOS EN EUROPA

## Escocia e Irlanda

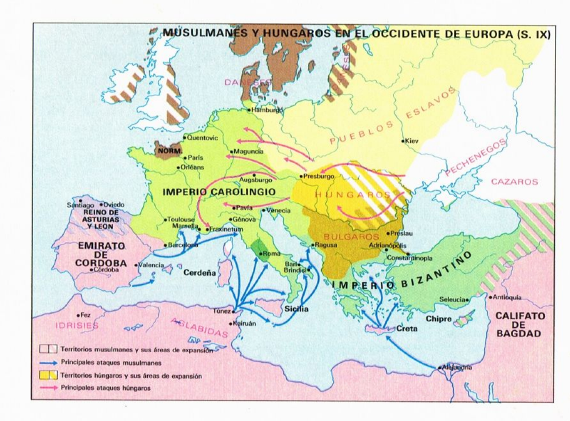
793 Destrucción del monasterio de Lindisfarne.
800 Conquista del archipiélago de las Orcadas y las Hébridas.
810 Conquista de las costas de Escocia.
823-833 Continuos ataques a Irlanda.
834 Conquista metódica de Irlanda: emigración masiva de monjes.
852 Los vikingos daneses expulsan de Irlanda a los de origen noruego.

## Francia

834-836 Incursiones por la embocadura del Escalda y el Rin: incendio de Duurstede y Amberes.
841 Los daneses penetran por el Sena y destruyen Ruán.
842 Saqueo de Quentovic.
843 Por el Loira, los daneses alcanzan y destruyen Nantes.
844 Los daneses remontan el Garona hasta Toulouse.
844 Expediciones a la costa gallega; ataques a Lisboa y Sevilla, que son rechazados.
845 Incendio de París por los normandos.
853-857 Saqueo de las ciudades ribereñas del Loira: Tours, Blois, Orleáns.
856, 857 Nuevos ataques a París.
859 Los daneses se instalan en la desembocadura del Ródano y devastan Arles, Nimes y Valence.
882 Invasión y saqueo de Aquitania.
885 Asedio de París, cuyo sitio será levantado a cambio del pago de un tributo.
896 Los daneses se asientan en la desembocadura del Sena.
911 Tratado de Saint-Clair-sur-Epte entre Carlos el Simple y el jefe vikingo Hrolf: se reconoce a los daneses la posesión de Normandía a cambio de su vasallaje al monarca carolingio.

## Inglaterra

834 Ataques vikingos en la desembocadura del Támesis y las costas del canal de la Mancha.
851 Con base en la isla de Sheppey, los vikingos multiplican sus ataques a Inglaterra.
866 Conquista sistemática de la isla.
867 Toma de York, en Northumbria.
868 Saqueo de Nottingham, en Mercia.
870 Conquista de Estanglia.
871 Los daneses atacan Wessex.
875-878 Guerras entre Alfredo el Grande de Wessex y Guthrun, soberano vikingo de Estanglia.
878 Tratado de Wedmore: una línea oblicua de Chester a la desembocadura del Támesis separa el Danelag –territorio dominado por los daneses– del reino independiente de Wessex.




tus y conservar, por lo menos, la conciencia de una comunidad cristiana.

Para conseguir sus fines, la Iglesia y sus hombres actúan en tres planos o niveles muy distintos que, aunque dentro de la mentalidad de la época, debieron verse como complementarios entre sí: reforma moral, defensa del sentido de unidad, dirección espiritual del orbe católico y, por consiguiente, del Imperio.

Ya desde los primeros años del reinado de Luis I empieza a elaborarse la teoría, que arranca de unos textos seudoisidorianos y de una interpretación literal de la *Civitas Dei* de San Agustín, de que el poder temporal del soberano sólo se justifica por la salud espiritual de la grey cristiana. Dando ejemplo de ello –y bajo el influjo apostólico de Benito de Aniano–, el emperador promueve en su propia corte un programa de renovación moral y religiosa.

La pertenencia a una misma confesión lleva implícita una idea interna de unidad *(unitas),* que tendrá distintos intérpretes en todo el ochocientos. Así, por ejemplo, el obispo de Lyon, Agobardo, llega a proponer la adopción de un solo código, por encima de las diferencias étnicas personalistas existentes, como resultado de las costumbres germánicas. Pero cuando la Iglesia tiene la voz más firme es en los momentos en que, por las constantes desavenencias entre los miembros de la familia imperial, hay que restablecer la idea de concordia, tan necesaria para el bien común.

Una figura de gran relieve fue, a mediados del siglo, el arzobispo Hincmar de Reims, a quien un historiador ha denominado la "conciencia pensante de la Iglesia gala". Inspirador de la paz y la reconciliación, se constituye en defensor de una cristiandad occidental, cuyo núcleo integrador no es ya el Imperio, sino la Iglesia. Una importante actuación tuvo en el sínodo de Metz (859), de donde partió la delegación que debía entrevistarse con Luis el Germánico y amonestarle por haber quebrantado, con su agresión, el orden cristiano.

El concepto de una *Respublica christiana* debe primar sobre el antiguo del *Regnum Francorum.* Se afianza en tales ocasiones la autoridad del pontífice en la dirección no sólo moral, sino incluso efectiva de la comunidad. Un paso adelante, en tal sentido, se dio en medio de las turbulencias familiares del año 833, en que el papa Gregorio y los obispos reunidos en Coulaines definieron que, estando el trono vacante, la Iglesia debía suplir los derechos y deberes del emperador. Paladines de la suprema dirección del Imperio en descomposición y de la subordinación ideológica de la *potestas* imperial a la *auctoritas* que posee la Iglesia, por derecho divino, fueron los papas Nicolás I (858-867) y Juan VIII (872-882).

Aparte la cuestión de la primacía moral del pontificado, se plantean ya en esta época dos importantes temas de tipo jurídico y, en última instancia, político, que serán objeto de apasionadas controversias y ocasionarán inútiles enfrentamientos durante buena parte de la Edad Media. Se trata de la unción o "sacralización" del emperador por parte del pontífice y de la investidura de la corona de Italia, vinculada por tradición a la dignidad



***Este fragmento del célebre tapiz de Bayeux (Museo de Bayeux) muestra la gran innovación de los normandos, que permitió sus desplazamientos por el Atlántico y el Mediterráneo: el barco de vela, que suplantó a las viejas naves de remos. Aunque el tapiz refleja la realidad del siglo XI, las embarcaciones no difieren de las de los vikingos, como la hallada en Oseberg, que data de mediados del siglo IX.***

## LA CANCILLERIA CAROLINGIA

La cancillería carolingia –que tomó algunos elementos de la merovingia y otros de la privativa de los mayordomos de palacio– aparece ya bien organizada bajo Luis el Piadoso. A una primera fase de dirección colegial, sucede la implantación de una jefatura única en la persona de un archicanciller, cargo que generalmente recaía en un eclesiástico.

Este cargo, que no indicaba al principio más que una competencia profesional, va adquiriendo gran relieve y se otorga sólo a altos personajes, a veces de la real familia. Finalmente, se vincula al arzobispado de Reims y el título de archicanciller se convierte en algo honorífico. Todas sus funciones de carácter diplomático, incluso la de guardar los sellos del monarca, son transferidas a un notario primero, quien, poco a poco, asume la dirección técnica de la cancillería y tiene la responsabilidad de la *recognitio* o visado de los diplomas expedidos. Jurídicamente, todo el personal de la cancillería estaba sometido al *archicapellanus* o jefe de la capilla imperial, así llamada de la voz *capella*, que aludía a la reliquia de la capa de San Martín que en ella se conservaba.

Los diplomas carolingios pueden dividirse en cuatro especies: preceptos, juicios, capitulares y cartas.

Los primeros *(praeceptum)* son privilegios individuales o colectivos de inmunidades o escrituras de concesión a individuos o comunidades laicos o eclesiásticos, de privilegios de exención de impuestos, inmunidades, derechos de celebrar ferias o mercados, de batir moneda, de confirmación de bienes, etc. La forma diplomática se ajustaba a las *Formulae imperiales,* redactadas por Ludovico Pío, y se extendían en una bella minúscula diplomática, en renglones separados de 2 a 5 cm, sobre hojas de pergamino que alcanzan los 70 cm de anchura.

Por lo común, el *praeceptum* adopta el estilo epistolar, análogo al de los diplomas imperiales bizantinos. La suscripción va acompañada con frecuencia, aunque no de un modo imprescindible, de un signo o monograma del emperador, costumbre que parece arrancar de los mayordomos de palacio. Muy original y característico fue el diseño usado por Carlomagno y sus homónimos, que representa un losange circundado de las letras K, R, L y S.

Al pie del documento aparecen las suscripciones cancillerescas.

Siguiendo la tradición merovingia, los preceptos están validados con un sello de cera, de color amarillo o marrón oscuro, "placado", o sea, apuesto al documento mediante la introducción de una masa de cera en una incisión, en forma de cruz, practicada en el pergamino. Las improntas son ovales y de reducido tamaño, siendo su iconografía procedente del mundo clásico: el dios Baco, Júpiter o bustos imperiales. Carlomagno se sirvió de un verdadero retrato romano, vistiendo la túnica de guerra o *paludamentum.*

La factura clásica de los grabados hizo pensar a algunos arqueólogos que se tratase de entalles o camafeos antiguos, aunque también podría tratarse de la imitación de bajos relieves romanos. Carlomagno usó también una bula de plomo, que muestra en el anverso una figura coronada, armada de lanza, y en el reverso, la puerta de una ciudad.

Muy notables fueron también los diplomas llamados "capitulares", llamados así por estar divididos en capítulos *(capitulare, capitularia).* Su contenido era legislativo o prescriptivo, o bien reglamentaban algunas normas jurídicas de gobierno. El nombre "capitular" parece haberlo usado por primera vez el rey lombardo Astulfo. La primera capitular carolingia es la denominada de Herstal (779). Aunque se expidieron muchas de ellas, sólo una se ha conservado originalmente, y todas las demás mediante compilaciones. Su forma diplomática es muy variable.

En cuanto al contenido, se distribuyeron tradicionalmente en: *capitula legibus addenda,* que completan la legislación germánica; *capitula per se scribenda,* o disposiciones nuevas de carácter general, y *capitula missorum,* que eran las órdenes o instrucciones dadas a los oficiales imperiales. Las capitulares tienen gran importancia para la historia política y social de la época y son de especial interés fundamental para la historia de la Marca hispánica las denominadas *Praecepta pro hispanis.*

Otros documentos de la cancillería carolingia fueron los juicios y las cartas, estas últimas de función administrativa.

La organización dada fundamentalmente por Carlomagno a su cancillería tuvo su réplica en los múltiples reinos carolingios que surgieron al desmembrarse el Imperio y asimismo influyó de un modo primordial en la cancillería del Imperio romano-germano.

A. A. C.

imperial y de sus relaciones con los estados pontificios.

Existía ya una tradición carolingia de la consagración religiosa de la persona del emperador por el papa mediante la unción con los santos óleos: Carlomagno fue ungido en Roma por León III, Luis I en Reims por Esteban IV, Lotario I en la basílica de San Pedro por Pascual I. No obstante, la ceremonia eclesiástica era siempre posterior y se consideraba como una especie de confirmación de la investidura civil. Más adelante, Luis II se apoyará en la ceremonia de consagración por el romano pontífice para hacer prevalecer sus derechos frente a Basilio, emperador de Constantinopla.

El mayor énfasis que va recayendo sobre el ritual religioso tendrá como inmediata consecuencia la atribución a la Iglesia de cierta prerrogativa de *placet* o, en algunos casos, de efectiva designación. Un ejemplo de este intervencionismo papal nos lo ofrece lo sucedido a la muerte de Luis II, cuando la curia romana opone la candidatura de Carlos el Calvo a la de Carlomán, elegido por los nobles reunidos en Pavía. Desde la época de la transmisión por el derecho de primogenitura, el Imperio había evolucionado hacia la forma electiva, preconizada por la Iglesia y preferida también por los grandes magnates.

Entre tanto, a partir de la segunda mitad del siglo IX se producen unos cambios que modifican profundamente la estructura de la sociedad en sus niveles más altos. Un doble proceso de desvirtuación de los cuadros administrativos carolingios y de progresiva feudalización de los cargos y de los beneficios territoriales, poseídos al principio en forma precaria, fomenta la aparición de unos grandes señoríos territoriales, que prestarán una nueva configuración al mapa político de Europa.

En la Francia occidental, la capitular de

Quierzy (877), promulgada por Carlos el Calvo antes de su partida a Italia, viene a significar el reconocimiento, por parte del soberano, de un nuevo *status* para los grandes funcionarios de origen carolingio, que ven reconocida la posibilidad de transmitir sus derechos territoriales a sus hijos. Surgen entonces, como resultado de condicionantes político-sociales diversos, unos grandes principados, que integran con el tiempo una vasta demarcación territorial, a la vez que acumulan y administran en beneficio propio no pocos derechos y regalías de la corona.

En el suelo de Francia occidental, los ciento noventa y un condados carolingios se ven integrados en unos pocos grandes principados, ducados o condados, de más amplia base territorial y política. Destacan entre ellos: Flandes, creado por Balduino II; Toulouse, Aquitania, Borgoña, Anjou, Poitiers, Vermandois y las marcas de Cataluña y Normandía. En la Francia oriental se integran los grandes ducados de Sajonia, Baviera, Suabia, Lorena y Franconia. Por su parte, en Italia, además de los ducados de Spoleto y Benevento, se forman los de Capua, Salerno y Nápoles en el Sur, en tanto que en el Norte empiezan a configurarse algunos señoríos en la Lombardía, la Liguria y la Toscana, a la vez que van adquiriendo importancia las ciudades. No parece ajeno al fenómeno de la aparición de esas unidades políticas menores la necesidad que tuvieron las distintas comarcas de defenderse por sus propios medios ante el peligro, siempre inminente, de un ataque por sorpresa de los inquietos pueblos vecinos.

De todos ellos, los más peligrosos, por su dinamismo y eficacia técnica, fueron los escandinavos. En realidad, los hombres del Norte (o "normandos", de *nordmänner*), como fueron denominados, no eran más que las tribus germánicas antiguas que, asentadas en Escandinavia y Jutlandia en la época neolítica, permanecieron en su hábitat durante las grandes migraciones, llevando una vida pacífica, fundamentalmente agrícola, y relacionándose con los pueblos vecinos mediante un rudimentario comercio. En un momento determinado, los pueblos escandinavos –entre los siglos VII y VIII–, por causas no bien conocidas, sufren una mutación de su equilibrio económico-social, que ocasiona un excedente demográfico, a la par que perfeccionan sus técnicas industriales y, sobre todo, marítimas.

El tranquilo agricultor se convierte entonces en vikingo (de *wik -ing:* hombre de la bahía) y cambia su cabaña silvestre por una rápida nave monóxila, de unos veinticinco metros de eslora y cinco de manga y de una capacidad de cuarenta a cien tripulantes, decorada quiméricamente *(drakkars)*, con la que recorre los mares, abriendo rutas aún inexploradas o sembrando el terror en los países más evolucionados.



***Página de un códice irlandés del siglo VII con enorme inicial miniada que da a la miniatura un aspecto muy distinto a sus contemporáneas del continente. Esta decoración, de influencia nórdica, sufrió un rudo golpe también procedente del Norte por obra de los navegantes vikingos, que a fines del siglo VIII y principios del IX asolaron monasterios y centros de cultura del territorio celta.***

Los escandinavos, que por la misma época formaban numerosos clanes, se van integrando en tres grandes grupos geopolíticos distintos: los noruegos, daneses y suecos, que en su diáspora desarrollaron una triple actividad de simples depredadores, mercaderes o colonizadores. En líneas generales, puede decirse que los noruegos se orientaron hacia el dominio del Atlántico norte, ocupando ya en el siglo VIII las islas Shetland y, seguidamente, las Feroe, las Hébridas e Irlanda. En el año 860 descubren Islandia, en donde fundan la ciudad de Reykjavik y desarrollan una importante colonización ganadera. Por entonces, Noruega alcanza su unidad política por obra de Harald "el de la hermosa cabellera" (860-933).

Por su parte, los suecos penetraron en los golfos orientales del Báltico y desde allí, remontando los ríos Wasa y Elba, lograron conectar con los pueblos eslavos –en donde fueron conocidos con el nombre de "varegos"– y establecieron una red de factorías o ciudades que fueron la base de un activo comercio con el mar Negro, por el Dniéper, y con los países árabes, por el Volga, exportando principalmente esclavos y pieles. Un



***Parte superior de una puerta nórdica del siglo XIII con relieve en madera de un caballero vikingo (Museo Ryx, Reykjavik).***

grupo de suecos al mando de Rurik influyó, al parecer, en la creación del principado ruso de Novgorod.

Las relaciones de los escandinavos –en su mayoría daneses y en menor escala noruegos– con los países que, para entendernos, denominaremos europeos fueron de muy diversa índole. Organizados en verdaderas flotas, caían por sorpresa sobre las ciudades del litoral y, remontando los ríos con sus embarcaciones de poco calado, tan ligeras que podían ser incluso trasladadas por tierra, penetraban en las ciudades fluviales del interior, entregándose al pillaje y a la devastación. Con el tiempo, las rápidas visitas se convirtieron en verdaderas campañas estacionales, que adquirían un carácter endémico al acampar los invasores, con sus tiendas y cabalgaduras, en la cuenca inferior de los ríos. En algunas ocasiones se produjeron verdaderos asentamientos, tal como sucedió en el norte de Inglaterra y en Normandía.

Las primeras incursiones normandas parecen haberse iniciado en tiempos merovingios, pero es a fines del siglo VIII cuando sus *raids* tienen mayor seguridad y amplitud. Instalados ya en las islas Feroe desde el 725, los daneses y noruegos actúan en las Islas Británicas y se instalan en Irlanda, norte de Inglaterra e isla de Man. En el 794 destruyen la abadía de Lindisfarne, fundada por San Columbano. A mediados del siglo IX recorren impunemente los reinos anglosajones y, remontando el Támesis, saquean Londres.

Las expediciones contra los reinos francos fueron, si cabe, más espectaculares. Ya en el 799, los daneses visitaron las islas frisonas y el litoral atlántico. En el quinto decenio del siglo siguiente inician sus incursiones a gran escala, en una violenta e implacable marcha hacia el Sur. Su táctica consiste en instalar una base en las zonas, isleñas o ribereñas, de las bocas de los ríos y desde allí penetrar hacia el interior.

Entre los años 842 y 862 devastaron las cuencas de los ríos Rin, La Canche, Sena, Loira y Garona, incendiando, saqueando y sembrando la muerte en Étaples, Ruán, Nantes, Burdeos, Toulouse, Duurstede, Hamburgo y Colonia, entre otras muchas. En 844, una expedición salió de Toulouse y visitó la costa cantábrica; rechazada por Ramiro I, aportó en La Coruña y de allí pasó a Lisboa.

Entre los años 859 y 861, el caudillo normando Hasting, partiendo de Irlanda –o, según otros autores, del Loira– con sesenta y dos naves y tres mil ochocientos hombres, depredó sucesivamente las costas gallega y portuguesa, Algeciras, las Baleares, el litoral de Cataluña y la Camarga, y entró a saco en las ciudades de Ampurias, Elna, Nimes, Fiesole y Pisa.

La finalidad principal de sus correrías era conseguir un botín en joyas, piedras y metales preciosos, que atesoraban en sus países de origen, o en esclavos, destinados a la venta. Por esta causa, sus objetivos principales eran los centros urbanos y las grandes abadías. En algunas ocasiones aceptaron también una cantidad en concepto de rescate *(danegeld)*. La agresión normanda, aparte las cuantiosas pérdidas en vidas humanas y en dinero, ocasionó sin duda un estancamiento o incluso regresión en la agricultura de los países afectados.

No menos peligrosa era la fachada meridional, expuesta siempre al doble ataque, marítimo y terrestre, del mundo árabe. La caída de los omeyas de Damasco originó los siguientes emiratos en el litoral mediterráneo: en la península ibérica, el emirato de Córdoba (fundado por Abd al- Rahman I en 756 y convertido en califato independiente por Abd al- Rahman III en 929); en el norte de África, el reino de Marruecos o Idrisida (788-974), con capital en Fez, fundado por un miembro de la secta de los chiitas, llamado Idris Ibn Abdullah, fugado de Medina con motivo de una revuelta religiosa; el reino khasidita de Argel; el emirato de Túnez o Ifriquiya, instaurado por Ibn al-Aghlab, súbdito de Harún al- Raçhid, que se declaró independiente en el 800. Su dinastía instaló su capital en Kairuán y emprendió la islamización de los beréberes; el emirato sucumbió ante la secta de los fatimitas, en 909, que trasladaron su capital a El Cairo en 972.

Los dos núcleos árabes más agresivos respecto al mundo occidental fueron el reino omeya de Córdoba y el emirato aghlabida de Túnez. El primero, hallándose en posesión de la mayor parte de la península ibérica y de las islas Baleares, presionó fuertemente, bajo Hisham I, el reino creado en Asturias, ocupando dos veces Oviedo (794-795), mientras lanzaba sus corsarios a la costa provenzal, en donde, desde la base instalada en Fraxinetum (cerca de Saint-Tropez), dominaban la ruta de los Alpes. El reino de Túnez, emulando el antiguo imperialismo de los vándalos, desarrolló una doble actividad marítima, ocupando la isla de Sicilia desde 831 y las de Ponza e Ischia en 845 y estableciendo la fortaleza de Bari, en la Italia meridional, o practicando correrías de desgaste y piratería en las cuencas del Tíber y del Volturno, y en la Camarga, cuya capital, Arles, saquearon por dos veces consecutivas (847 y 850).

También la extensa fachada oriental de los estados carolingios tuvo que sufrir el embate de dos nuevos pueblos, que entran en escena impelidos por el desequilibrio ecológico que sufre el continente asiático en aquella época. Al Norte, los eslavos occidentales –que habían sido escindidos por la formación del kanato búlgaro, sucesor del reino ávaro– ejercieron una dura presión sobre las marcas carolingias de Bohemia y Moravia, infligiendo a Luis el Germánico una dura derrota (agosto 846), que los *Anales de Fulda* –propensos al triunfalismo– no pudieron silenciar.

Una nueva oleada desde el Este sufrió todavía Europa: la de los magiares o húngaros, pueblo nómada, emparentado étnica-

***Marfil carolingio, de fino arte decorativo, similar en muchos detalles a las plaquetas bizantinas de la época (Museo del Bargello, Florencia).***



mente con los fineses, que hacia el siglo VIII habitaba en las planicies del norte del mar Negro, entre las cuencas del Volga y del Don. Impelidos por los pechenegos, pasaron los Cárpatos en el último tercio del siglo IX y, desplazando a los búlgaros, ocuparon en masa la *puszta* de la Panonia, entre el Tisza y el Danubio, desde donde empiezan a inquietar las marcas de la Francia occidental. Habilísimos jinetes y expertos en el arte de cabalgar –en el cual introdujeron el estribo y la herradura–, practican *raids* anuales, desde Baviera al mar del Norte, asolando los monasterios y sus plantaciones. A principios del siglo X amplían su radio de acción, y en rápidas cabalgadas recorren la Suabia y la Carintia, Lombardía y el valle del Po, la Provenza, Aquitania y Septimania, penetrando hasta el corazón de Francia, incendiando ciudades como Pavía y Estrasburgo y sumiendo a las gentes en el más indefenso estupor.

El Occidente, sin embargo, empieza a reaccionar.

Hacia el último tercio del siglo IX aparecen en distintas zonas los primeros focos o sistemas de resistencia efectiva contra los invasores. En Inglaterra, el rey de Wessex Alfredo el Grande (871-899), con el auxilio de una flota propia, consigue reducir a los daneses al norte de una línea que va de Chester a Londres (tratado de Wedmore, 878). En el reino franco occidental, los señores locales y eclesiásticos organizan la defensa del territorio, barrando las bocas fluviales, fortaleciendo villas y monasterios y levantando castillos. Muy notable y significativa fue para la historia de Francia la heroica defensa de París, organizada por su conde Eudes en julio del 855, ante el asedio de una flota de setecientas unidades, con unos cuarenta mil guerreros, mandados por el danés Siegfried.

A la fase agresiva sucedió el período de asentamiento e integración. En conjunto fueron siete los núcleos políticos formados por los normandos en esta época en Occi-

## LOS HUNGAROS EN OCCIDENTE

| | |
|---|---|
| 899 | Expedición de los húngaros a Italia: saqueo del valle del Po. |
| 905-906 | El reino eslavo de Moravia es destruido por los húngaros. |
| 906 | Repetidos ataques a Sajonia. |
| 907 | Campañas húngaras en Baviera. |
| 913 | Los húngaros llegan a Lorena. |
| 915 | Bandas de guerreros saquean Suabia, Turingia y Sajonia. |
| 917 | Incursiones en Alsacia y Lorena. |
| 919 | Invasión de Sajonia. |
| 921-924 | Bandas nómadas se dispersan por Italia, alcanzando Apulia y Reggio en el Sur. |
| 926-933 | Los reyes de Baviera y Sajonia pagan tributo a los húngaros. |
| 934 | Expedición húngara a los Balcanes. |
| 942-947 | Nuevas incursiones por Italia. |
| 943-950 | Ataques a Baviera con poco éxito. |
| 955 | Otón I obtiene en Lech una victoria definitiva sobre los húngaros, que no volverán a atacar Europa. |

## LA MINUSCULA CAROLINA

La consecuencia más trascendental de la renovación cultural emprendida por el Imperio carolingio fue, tal vez, la reforma de la escritura. Sin quitar importancia al renacimiento palatino y a la nueva orientación litúrgica, no puede negarse que la escritura carolingia fue un vehículo muy eficaz para preparar lo que bien podría llamarse la "revolución cultural de Occidente". Gracias al nuevo sistema de signos, la latinidad aumentó notablemente su capacidad para el intercambio de ideas, y surgió y se acentuó un concepto de comunidad occidental, que ha persistido aún vivo hasta nuestros días.

La génesis de la minúscula carolina fue el resultado de un largo proceso de decantación selectiva de las escrituras en uso, operada en los *scriptoria* medievales situados entre el Loira y el Rin, en los siglos VIII y IX. Algunas de sus características (estabilización de los tipos, agrupamiento racional y claridad lectiva) pueden ya observarse en los códices procedentes de Corbie y de Tours, en la transición secular. Pero fue sobre todo en la segunda mitad del ochocientos cuando alcanzó su perfección formal en los *scriptoria* de Reims, Saint-Denis, Mührbach, Corbie, Tours y Fleury, así como en la cancillería palatina. Entre los siglos IX y XI se difunde en todo el Occidente. En Navarra, con Sancho VI el Sabio (1150-1194); en los condados catalanes, en la época del abad Oliba; en Castilla y León, a partir de la abolición del rito mozárabe, siendo su primer espécimen un manuscrito sobre San Agustín, del 1105. La cancillería vaticana la adopta de un modo definitivo bajo Urbano II (1088-1099).

Las piezas más notables de este período de esplendor son, entre otras, el Evangeliario de Lotario, la Biblia de Carlos el Calvo y el Evangeliario de Metz, sin que puedan dejar de mencionarse algunos de los códices procedentes del monasterio de Ripoll.

Desde fines del siglo XII, la minúscula carolina se vio afectada por un doble proceso de cursivización –en la escritura documental– y de transición a la minúscula gótica, en la libraria. Promocionada por los humanistas, este tipo de escritura renació con mayor proporción y elegancia, y con el nombre de *romana antiqua* fue introducida en la imprenta (Subiaco, 1465), llegando a alcanzar una primacía que no ha perdido aún.

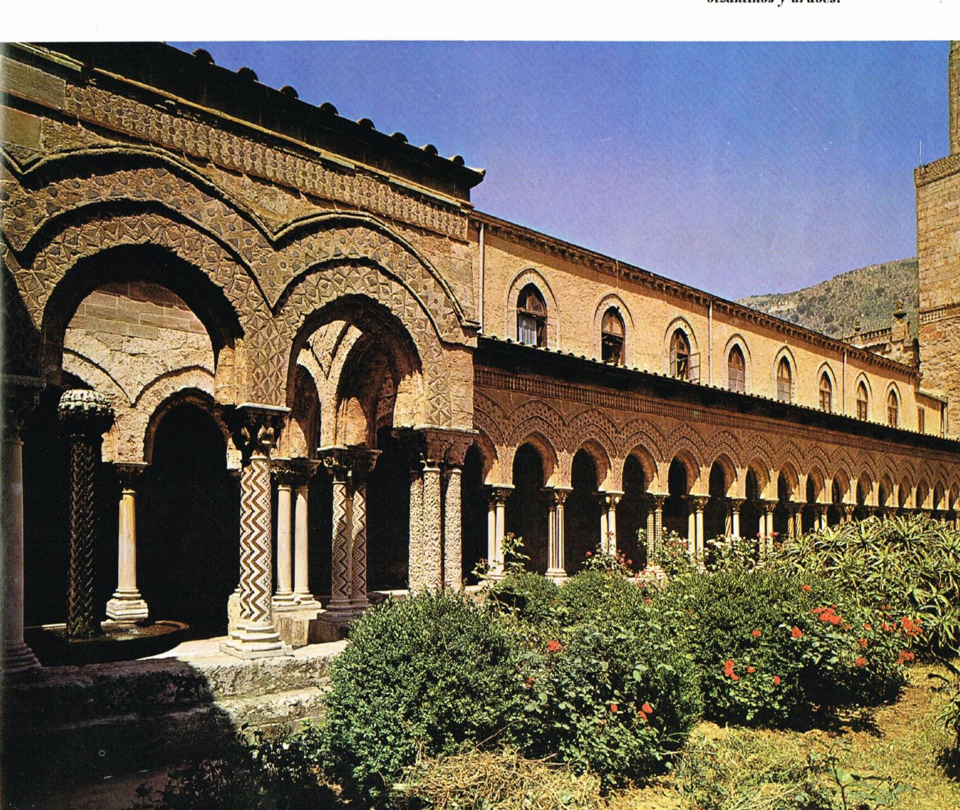
A. A. C.

dente: dos en la desembocadura de los ríos Weser y Rin, tres en Inglaterra (York, East Anglia y las cinco villas) y dos en Francia, en Nantes y en Ruán. Todos tuvieron una vida efímera, a excepción del último, que, bajo el nombre de ducado de Normandía, fue concedido por Carlos el Simple al danés Gange Rolf, o Rollón, en el 911 (tratado de Saint-Clair-sur-Epte).

En el centro y parte occidental de la península ibérica, Alfonso III de León fortificaba la línea del Duero, a partir de la cual empezaba la tierra de nadie, mientras que en la parte oriental nacían los condados pirenaicos, como expresión de una voluntad de resistencia activa. El emperador Luis II y Bizancio, por su parte, desalojan a los sarracenos de su principal posición en Italia meridional. En Alemania, el imperio otónida estabilizará, en el novecientos, sus marcas orientales.

Después de un siglo de lucha continua y de depresión económica, la naciente Europa conocerá, al fin, un umbral más esperanzador: la savia humana que, desde todos los puntos cardinales, ha penetrado en su cuerpo social, quedará plasmada en nuevas formas políticas y, una vez asentados los pueblos visitantes, reactivarán el decaído comercio. Al propio tiempo, la vecindad del mundo árabe con Italia y, sobre todo, con España enriquece el universo cultural con nuevas formas artísticas y científicas de innegable originalidad. Bien podría decirse de ella, como de la Grecia clásica, que, en cierto modo, venció a sus dominadores, más que por las armas, por la integración de una cultura.

*Claustro de la catedral de Monreale, junto a Palermo, edificio normando del siglo XII. En sus incursiones por las costas atlántica y mediterránea, los vikingos llegaron al sur de Italia y Sicilia, donde acabaron con el dominio de bizantinos y árabes.*

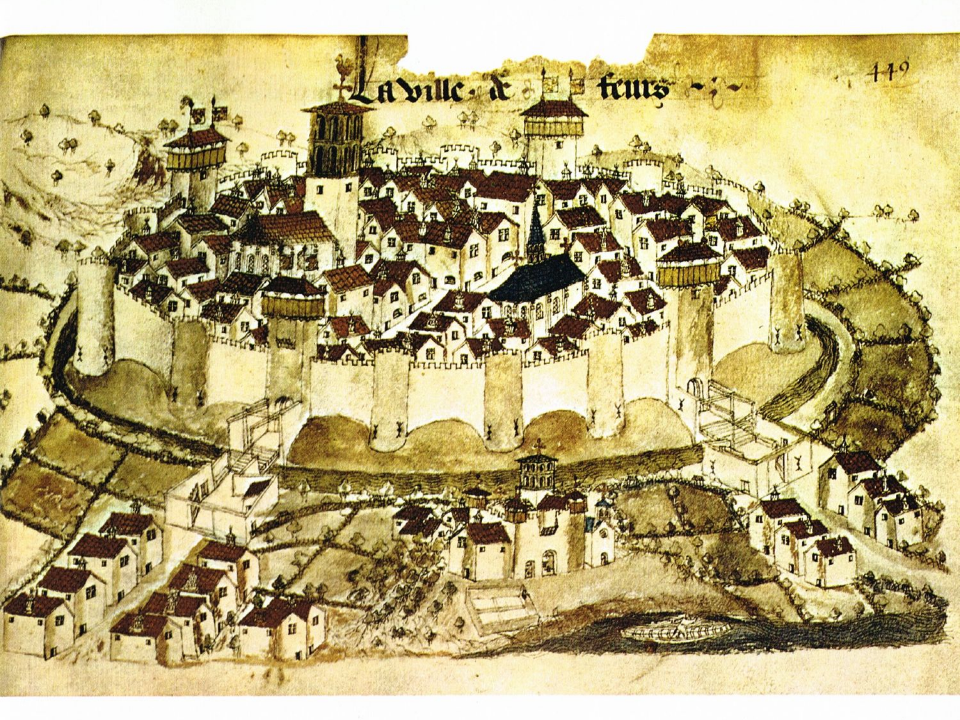


## BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| **Abadal, R. d'** | *Dels visigots als catalans. I. La Hispània visigòtica i la Catalunya carolíngia,* Barcelona, 1969. |
| **Halphen, L.** | *Charlemagne et l'empire carolingien,* París, 1947. |
| **Heers, J.** | *Précis d'Histoire du Moyen Âge,* París, 1968. |
| **Higounet, Ch.** | *L'écriture,* París, 1964. |
| **López, R. S.** | *El nacimiento de Europa,* Barcelona, 1965. |
| **Mateu Llopis, M.** | *La moneda española,* Barcelona, 1946. |
| **Pacaut, M.** | *Les structures politiques de l'Occident Médiéval,* París, 1969. |
| **Pirenne, J.** | *Desde el Islam al Renacimiento,* vol. II de "Historia universal. Las grandes corrientes de la Historia", Barcelona, 1953. |
| **Prou, M.** | *Les monnaies carolingiennes,* Gratz, 1969. |
| **Riché, P.** | *Grandes invasions et empires, V-X siècles,* París, 1968. |
| **Riu Riu, M.** | *Lecciones de Historia Medieval,* Barcelona, 1969. |
| **Tessier, G.** | *Diplomatique royale française,* París, 1962. |
| **Vilar, P.** | *Oro y moneda en la Historia (1450-1920),* Barcelona, 1969. |




***Fíbula vikinga de bronce fundido y dorado del siglo VII (Museo Nacional, Estocolmo). El relativo adelanto técnico de los pueblos escandinavos quedó truncado en el siglo VIII, en que una superpoblación de las áreas originarias les obligó a lanzarse hacia el Sur en invasiones y saqueos que les han dado merecida fama.***




***La villa de Feurs, Loira, representada en una miniatura medieval (Biblioteca Nacional, París). La ciudad medieval estaba encerrada entre estrechas murallas y en muchos casos era plaza militar.***

# El mundo del feudalismo

por ANTONI JUTGLAR

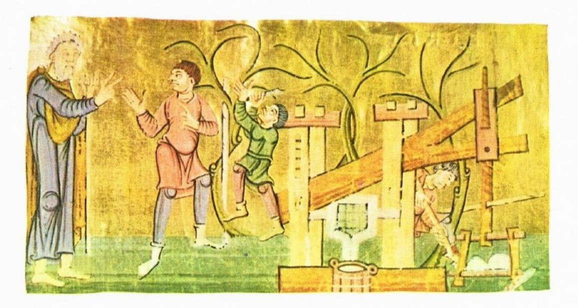
La importancia histórica general del complejo fenómeno social, económico, político y cultural del feudalismo es, sin duda, algo indiscutible y aumenta si se tiene en cuenta que muy diversos autores vienen repitiendo casi tópicamente que la formación de Europa tiene sus raíces más potentes, fundamentales y decididas en el período feudal. En este sentido, por ejemplo, se habla de Carlomagno como "padre de Europa". Todo ello condiciona la necesidad de efectuar desde un principio una labor de información suficientemente amplia que facilite debidamente la comprensión de las líneas básicas, a partir de las cuales se pueda estudiar, con profundidad y provecho, tanto los detalles como las direcciones más significativas y peculiares de una etapa clave de la historia occidental.

Existen numerosos trabajos y datos que




permiten acercarse, con bastante "aproximación", a la época feudal. Son ya clásicas las aportaciones, basadas sobre investigaciones y exposiciones sumamente clarificadoras, de autores como Dopsch y Pirenne, que han dibujado perspectivas magistrales sobre el preludio del típico mundo feudal y sobre numerosas etapas más posteriores de los esquemas feudales más estrictos, respectivamente. Diversos puntos pueden, pues, concretarse con bastantes posibilidades de exactitud: proceso de formación, consolidación, duración, evolución, etc. Sin embargo, tales posibilidades de concreción no significan que las innumerables referencias a las complejas facetas del feudalismo puedan aparecer simplificadas y dibujadas en fácil síntesis, de una forma global y plenamente satisfactoria. En realidad, el fenómeno sociopolítico, económico y cultural del feudalismo sigue planteando interrogantes de relativa envergadura que hacen difícil explicarlo de forma precisa y plenamente clara. En este sentido no satisface señalar que, durante los siglos IX a XII de nuestra era, Europa occidental se organizó como una sociedad y una economía feudales.

*Bajo la mirada del amo, unos siervos proceden a la recolección y prensado de la uva; miniatura del Evangeliario de San Bernulfo (Aartsbisschoppelijk Museum, Utrecht).*



No basta, en efecto, señalar tales aspectos ni siquiera completándolos con las lógicas referencias al hecho de que en el decurso de los siglos mencionados el complejo mundo feudal adquirió definitivamente sus rasgos y su potenciación más definitivos. Y es que, en buena parte, la dificultad de una explicación o de concreciones más satisfactorias estriba en que la plataforma feudal no surgió súbitamente, de golpe y porrazo, ni desapareció de forma estrepitosa y total, sino que diversas de sus implicaciones y repercusiones siguieron manteniéndose y manifestándose durante varios siglos.

Para comprender la conformación definitiva del feudalismo es preciso remontarse a etapas muy anteriores al siglo IX, especialmente a las etapas confusas y difíciles de diversos períodos del Bajo Imperio romano en Occidente, cuando la crisis de la sociedad, de la economía y del aparato político imperial fue favoreciendo, de manera difícil de concretar en cada momento, la aparición y posterior definición de una serie de rasgos que acabarían concretándose en el complejo fenómeno que se conoce como *feudalismo*. La crisis del Bajo Imperio esbozó una serie de matices que acabaron por convertirse en algunos de los rasgos más característicos del mundo feudal. Así ocurrió en Occidente con la creciente tendencia a la ruralización, precipitada, a partir del siglo III, con el irreversible movimiento de decadencia de la vida urbana, afectada por problemas graves y de diversa índole.

En aquellas etapas del Bajo Imperio, el campo fue adquiriendo mayor importancia; por el contrario, la vida de las ciudades fue entrando en declive merced a un complejo proceso que acabaría por dar a los factores agrarios el peso definitivo de la sociedad, la economía y la cultura, de forma que el eje de las actividades de toda índole quedó centrado en los núcleos rurales, que durante varios siglos van a constituir el centro básico de la civilización occidental y su plataforma típica, que será una de las mejores características de la realidad feudal.

Tal proceso de ruralización sirve para subrayar el decisivo papel que durante centurias desempeñaría el predominio de formas económicas de tipo agrario y la primacía de formas de organización social de carácter cerrado y local; además, desembocaría en unos resultados de gran importancia

*Detalle de un capitel románico borgoñón del siglo XII proveniente de la abadía de Moutiers-Saint-Jean, Côte d'Or (Museo del Louvre, París). Un campesino descarga un cesto de uva en el lagar para luego pisarla con los pies y extraer el mosto.*

en todos los órdenes y que se resumen, en principio, en la simplificación de la propiedad agraria, organización económica, administración judicial y poder político. Una simplificación que, por contracción, iría fundiendo, o confundiendo, los diversos matices y formaría un tipo de unidad sumamente abreviada y primaria.

Con el transcurso lento del tiempo y de forma casi insensible, la propiedad de la tierra tendería a confundirse, por ejemplo, con la facultad de realizar y resolver casos jurídicos de envergadura y con la potestad de organizar y administrar una determinada realidad social. Paulatinamente, pues, el propietario de tierras pasaría a ser el señor político y el árbitro judicial de las personas que vivían en su territorio. Propiedad agraria y poder político-jurídico tenderán, en este sentido, a confundirse, a ser una misma cosa. La simplificación es, pues, evidente.

Así, frente a los clásicos esquemas de poder amplio, ecuménico, complejo, que durante siglos habían presidido la vida del

*Esta expresiva matanza del cerdo está empleada como símbolo del mes de noviembre en las "Horas" del duque de Angulema (Biblioteca Nacional, París).*

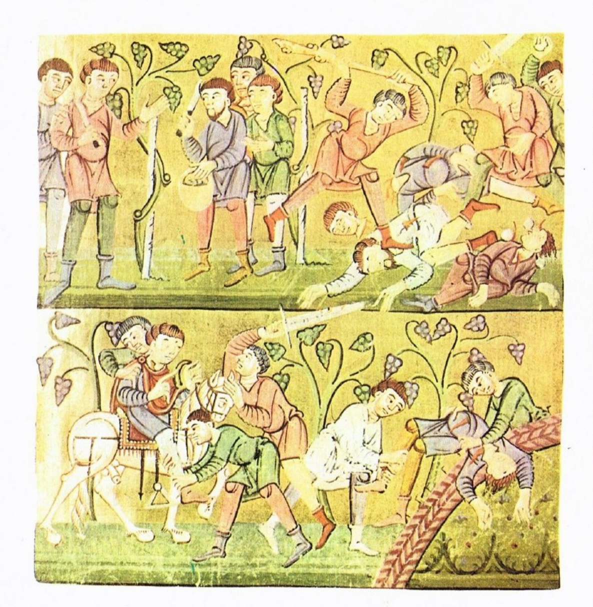


*Estas dos escenas de recolección de cereales, que ilustran páginas diferentes del Salterio de Santa Isabel, del siglo* XIII, *ensalzan la callada labor del campesino medieval, que con su esfuerzo cosechaba frutos con que alimentar a toda la sociedad (Museo de Cividale del Friuli).*





*Esta miniatura del siglo* XI, *del Evangeliario de San Bernulfo, testimonia las frecuentes y violentas luchas que se entablaban entre los siervos de varios señores feudales y cuyas consecuencias más fatales eran la pérdida de vidas y la devastación de cosechas (Aartsbisschoppelijk Museum, Utrecht).*



Imperio romano, con sus funcionarios, su derecho y su ejército, se iría dibujando cada vez con mayor claridad la fuerza de los que, acertadamente, F. Lot denomina los "reyes del campo".

El poder de tales terratenientes es de un tipo muy distinto al imperial. De hecho, su base se encuentra en el polo opuesto de los esquemas que habían presidido durante siglos la vida estatal romana. Se trata de un poder originado por la inversión de circunstancias y la variación de factores. En efecto, dichos latifundistas, capaces de hacer frente a los desmanes tanto de bandoleros como de abusivos agentes estatales preocupados solamente por mantener la tambaleante organización política, fueron representando formas concretas de realidad sociopolítica en tanto realizaban funciones que, por defecto o incapacidad, no podía efectuar el agónico aparato imperial de Occidente.

De este modo, la fuerza real de tales propietarios agrícolas aglutinó en el seno de sus propiedades a gentes muy distintas: pequeños campesinos que les cedían sus reducidas propiedades al no poder hacer frente a los crecientes tributos que los atenazaban; artesanos y hombres de las ciudades que huían de los núcleos urbanos a causa de las crisis económicas o de los constantes aumentos de las exacciones fiscales que los atosigaban cada vez más. Así, el "rey de los campos", cada uno de los grandes propietarios agrícolas, se fue convirtiendo en "protector", más o menos eficaz, de un complejo número de personas provenientes del campo o de las ciudades, a las que admitía en sus territorios y "garantizaba" una cierta seguridad frente a peligros exteriores a cambio de determinados servicios o prestaciones.

En efecto, las gentes "garantizadas" o "protegidas" por el gran propietario agrícola no eran meros refugiados que no aportaban nada a la economía del "rey del campo". Artesanos, campesinos, clérigos, guerreros, etcétera, cada uno realizaba una función de "compensación" a cambio de la función defensora realizada por el propietario. De esta forma, en las mismas fechas de agonía de una organización imperial romana decaden-

te en Europa occidental iban gestándose las condiciones primeras para la configuración de la futura sociedad feudal.

La primera oleada de invasiones germanas, la intrusión en las regiones imperiales de Occidente de suevos, vándalos, alanos, visigodos, francos, etc., no fue suficiente para precipitar la plena formación del feudalismo típico, aunque tal irrupción ayuda a avanzar el proceso de feudalización. Habrá que esperar que, en el siglo VIII, la segunda gran oleada de invasiones de normandos, húngaros, musulmanes, etc., produzca la convulsión decisiva en el proceso de cortar amarras con el pasado. En efecto, a partir de esta segunda gran oleada invasora acabó de dibujarse de forma típica y decidida el mundo feudal.

En el lapso de tiempo intermedio entre las dos oleadas invasoras, destruida prácticamente la realidad política concreta del Imperio romano de Occidente, los esquemas sociopolíticos que habían ido creando los diversos núcleos que sustituyeron la antigua realidad occidental no fueron capaces de romper totalmente con la herencia romana, considerándose como parte del mundo romano o continuación del mismo. De este modo imitaron muchas de las facetas del antiguo mundo romano; por eso, dentro de cada núcleo no constituía ninguna novedad la tendencia ruralizante, que encontró condiciones nuevas aún más favorables para su desarrollo. Por tanto, en el período intermedio las líneas recesivas en favor de un tipo de economía y sociedad agrarias cerradas iban tomando mayor envergadura, sin acabar de cortar totalmente con residuos de formas más abiertas y complejas de actividad.

En resumen, a pesar de la desaparición del Imperio de Occidente, hasta que no se produjo claramente la segunda oleada invasora, fueron manteniéndose unas formas ambiguas que tenían su raíz en el Bajo Imperio. Pero cuando la segunda oleada de invasiones produjo un nuevo y terrible "shock" en la sociedad de Occidente y rompió totalmente el contacto entre el mundo mediterráneo oriental y el occidental –ruptura realizada por los árabes– no cuajaría decisivamente la solución feudal.

De esta forma, y con un importante papel otorgado al intercambio mediterráneo colapsado, se concretaría el feudalismo. Así aparecen íntimamente ligados, aunque en ocasiones tal relación esté encubierta, dos factores decisivos y fundamentales para la plena definición feudal: uno de tipo económico y otro de tipo psicológico. El segundo puede resumirse en la "falta de seguridad" que durante tanto tiempo, desde la crisis del Bajo Imperio, convulsionó y traumatizó el mundo europeo occidental y que, generación tras generación, fue obligando a los hombres de Europa occidental, afectados por desórdenes, invasiones, exacciones y violencias, a retroceder en el planteamiento teórico de su sistema ideal de valores, renunciando, para sobrevivir, a parcelas muy concretas de una libertad más o menos definida sobre el papel, a cambio de la seguridad que podía proporcionar la entrada en el círculo de "protegidos" de un señor. El primer factor



***Página correspondiente al mes de octubre del manuscrito "Les très riches heures" del duque de Berry, del siglo XV (Museo Condé, Chantilly). Al representar el simbolismo del mes –siembra en el campo–, el artista plasmó la realidad de la sociedad feudal con unos siervos trabajando los campos a la sombra del imponente castillo del señor.***

*Representación de la festividad de la Exaltación de la Santa Cruz en la hoja del mes de septiembre del Salterio de Santa Isabel, del siglo XIII (Museo de Cividale del Friul).*



es el "colapso económico", especialmente de la circulación monetaria, que llegó a su momento más agudo y desesperado cuando la interrupción de las relaciones económicas cristianas entre las dos grandes divisiones mediterráneas, entre las orillas occidentales y las orientales del antiguo *Mare Nostrum*.

Al sumarse los dos factores mencionados, inseguridad y colapso económico, se hizo inevitable el triunfo de la solución feudal. En concreto, el colapso económico otorgó patente de primacía a una forma de organización económica simple, primaria, cerrada, de tipo eminentemente agrario, en la cual cada unidad rural tendía a producir únicamente aquellas cosas que precisaba para su subsistencia. Una autarquía económica de pequeños núcleos agrarios, constituidos en verdaderos círculos cerrados, se imponía como solución de emergencia.

Paralelamente, ante la grave falta de garantías de todo tipo, económicas, jurídicas y políticas, aquellos que tenían posibilidad de entrar en relación con un señor poderoso no vacilaban en hacerlo al precio que fuese, ya que tal relación les reportaría el "beneficio" de encontrarse defendidos y protegidos frente a terceros por una realidad estable de fuerza que, a pesar de su carácter primario, representaba en la época la única forma imaginable de obtención de seguridad.

Planteados estos problemas de la forma que lo hemos hecho en las páginas anteriores, no resulta extraño, antes al contrario, que el proceso de configuración feudal fuera lento y que no acabara de consumarse plenamente hasta que causas de fuerza mayor –la segunda oleada de invasiones y la ruptura de las relaciones económicas mediterráneas– pusieron en claro que la única forma de organización y supervivencia posible en aquella época era la del feudalismo. Ante esta situación de extrema gravedad se impuso una pesada solución de emergencia, facilitada por el peso creciente de un factor de tipo espiritual: el menosprecio de los bienes materiales, el abandono de las preocupaciones temporales, la obsesión por "ganar" una positiva vida de ultratumba, compensadora de las desventuras terrenas, predicada continuamente desde los púlpitos de las iglesias cristianas.

Esta "proletarización" cristiana trabajó en favor de la solución de emergencia feudal y benefició a la minoría poseedora que iba a predominar con la plena instauración del feudalismo. La consideración, por parte de una gran mayoría, de que la vida –tal como más tarde se cantará en la Salve mariana– es un "valle de lágrimas" restó muchos esfuerzos, energías e imaginación al mundo europeo occidental, otorgando la primacía tanto a la solución de emergencia mencionada como a los núcleos de grandes señores agrarios que iban a sacar ventaja de la situación. En este sentido, no es exagerado definir el feudalismo como un sistema de organización de la inmensa mayoría en beneficio de un pequeño núcleo social.

En la línea apuntada puede asimismo darse un esquema de sintetización de lo que representó el feudalismo, definiéndolo como una determinada forma de organización de la estructura social, jurídica y política de Europa en una época de gran contracción económica; una forma de organización determinada básicamente por un régimen de economía agraria de tipo "doméstico" (de *domus*). El feudalismo ha significado un sistema global de organización que afectó tanto a los campos económico, social, jurídico y político como al terreno cultural y espiritual. Con el feudalismo triunfa un sistema que afectaba, en la vida y en la muerte, a la totalidad de los aspectos o facetas de los hombres en él englobados.

La base del sistema feudal es un contrato bilateral, de características eminentemente

morales, basado en la "palabra dada", que afecta a dos hombres y que, aparentemente, nada o muy poco tiene de económico. El vínculo esencial, la plataforma fundamental del sistema, es un tipo de relaciones entre persona y persona basadas en la "fidelidad". Una persona se constituía en "fiel" o "vasallo" –el término variará con el tiempo– de otra cuando esta segunda persona, el "señor", le ofrecía protección y ayuda, comprometiéndose con ello a aceptar a dicho "fiel" en el círculo de sus beneficiarios. Por su parte, el mencionado fiel, vasallo o "encomendado", que entraba bajo la protección del señor, se comprometía a prestar "servicio" y "consejo" a su señor. Así considerado, el pacto feudal aparece a primera vista como algo fundamentalmente revestido de rasgos morales.

Pero, ¿qué motivaciones impelían a un hombre determinado a convertirse en fiel o vasallo de un señor? Las motivaciones eran muy concretas y determinadas. Se trataba de encontrar seguridad personal y una plataforma de soporte económico en una época de inseguridad general y de colapso de la economía. Pero en una época de contracción como la que estamos contemplando, sólo se mantenía estable un valor económico: la tierra y sus frutos. Por eso, el señor que recibía a un fiel solamente podía recompensar sus servicios otorgándole tierras. En eso radica

## LA TIERRA, VALOR DOMINANTE DE LA EPOCA FEUDAL

El proceso de simplificación de horizontes y actividades que supuso la configuración de la sociedad feudal europea tuvo amplias repercusiones en todos los terrenos, especialmente al acentuar de forma extraordinaria, en comparación con etapas históricas anteriores, el papel tanto de la economía agraria como de las formas culturales más o menos vinculadas a tal tipo de economía.

El formidable predominio de lo agrícola sobre los residuos urbanos, mercantiles, etc., tendría un peso histórico de innegable trascendencia. En primer lugar, se afirmó de forma sólida e indiscutible la primacía del valor tierra en todos los aspectos de la realidad europea de la época. La tierra era el valor dominante no solamente desde el punto de vista económico, sino desde cualquier otra perspectiva. La respetabilidad, la posición social, el éxito, etcétera, se medían por la extensión de tierra que poseía cada persona. Durante siglos, incluso cuando las típicas y estrictas etapas feudales quedarán ya lejos, la afirmación del triunfo concreto de un individuo descansará sobre la posesión de fincas agrícolas.

El fenómeno de tal primacía del valor tierra es, por otra parte, fácilmente comprensible cuando se examina que, en la génesis del feudalismo, al colapsarse de forma más o menos total las actividades agrícolas tradicionales, al desaparecer prácticamente la circulación monetaria, etcétera, sólo permanecería estable el hecho de las posibilidades de utilización del campo.

El cultivo de las fincas rústicas se erigió en pieza fundamental de un nuevo orden económico y social. Si, paralelamente, se tiene en cuenta que la idea de "feudo" lleva aparejada la entrega de tierra al "fiel" a quien el señor recibía en el círculo de sus relaciones, no sólo se pone de manifiesto la importancia extraordinaria de lo agrario como factor económico fundamental, sino que se expresa con tal medida económica un acto de reconocimiento de una categoría o de una dignidad determinadas de tipo social. El feudo, la tierra entregada era de hecho una recompensa, un regalo o un reconocimiento de los méritos sociales obtenidos por una persona concreta, méritos conseguidos en acciones guerreras o en servicios concretos hechos al poderoso señor. En todo caso, la obtención de un feudo tenía una repercusión innegable en la jerarquía social.

De esta primacía del valor tierra arranca la tópica concepción europea de lo "nobiliario". El noble, el aristócrata, constituye un tipo social de elevada posición, cuya categoría se mide en base al valor tierra. Durante siglos, nobleza y propiedad agraria serán elementos inseparables. Paralelamente, cuando lleguen las más típicas y estrictas etapas feudales, junto a la permanencia de los factores nobiliarios apuntados se dibujarán, asimismo, el deseo de los miembros de las burguesías nacientes de consolidar su posición socioeconómica con la posesión de tierras y la paralela obtención de un título nobiliario. La hegemonía de lo agrario, sublimada con la presencia privilegiada y destacada de los nobles terratenientes en los lugares más preeminentes y más elevados de la escala social, llegará a convertirse, paulatinamente, en un poderoso mito fundamental y en fuente de otros muchos mitos.

La tierra se "sacraliza" y su disfrute, de hecho, será un verdadero anticipo de la voluntad divina respecto al destino eterno de sus beneficiarios. En otras palabras, la tierra pertenece a los mejores ("aristócratas" seglares o eclesiásticos), unos mejores entendidos según la vieja concepción real del mundo helénico. Tierra y predestinación, he aquí algo poco subrayado. En efecto, en el seno de una sociedad integrista tales "mejores" lo eran (debían serlo) en todos los terrenos; Dios estaba con ellos, y por eso mismo debían ser respetados, obedecidos e, incluso, reverenciados. Se ha hablado y escrito mucho acerca de los posteriores esquemas de "predestinación" de tipo más o menos burgués, pero posiblemente, acostumbrados a mirar dicho individualismo privilegiado desde un determinado prisma, no se ha insistido suficientemente en los importantes y poderosos precedentes, que de forma particularísima afectan a la estructura de la aristocracia y a la posesión de bienes agrícolas.

Paralelamente, es significativo subrayar que el predominio del valor tierra tenía una realidad gráfica de tipo inmovilista (la tierra no se traslada, las fincas no se mueven, no cambian de ubicación, están siempre en la misma comarca) que otorga un carácter conservador y tradicional a una larga etapa de la historia europea. No se trata solamente del profundo respeto hacia una fuente económica que durante mucho tiempo, y de forma más o menos precaria, resolvió de algún modo los problemas de supervivencia de mucha gente. Nos encontramos, de hecho, en el meollo de una importante tendencia al quietismo político y cultural, que cortaría tanto la imaginación en favor de cambios en los diversos campos de la vida pública y social, como la posibilidad misma de poner en marcha nuevas perspectivas culturales, nuevos horizontes científicos, que difícilmente podían concebirse sin superar con valentía una simplificación de valores que, a partir de una primaria plataforma global agraria, trataba de mantener estáticas y sin variación creencias tales como la de que el mundo terrestre era plano y que la Tierra era el centro básico del universo.

A. J.



***Figura de un siervo en la catedral de Maguncia, la destacada edificación del románico renano del siglo XI.***

la base real y efectiva de las relaciones feudales.

En efecto, un examen riguroso y profundo de la relación contractual establecida nos descubre facetas de gran importancia, capitales para la comprensión del sistema feudal. En primer lugar, no solamente se pone de manifiesto que el eje real del vínculo entre las dos personas que realizaban el contrato tenía una fundamental característica económica, sino que se configura la fórmula básica del sistema feudal que, a pesar de su inmovilismo y estabilidad aparentes –la tierra permanece en su lugar–, tenía una importante función dinámica. Es decir, no solamente el señor podía desposeer al "fiel" de la tierra otorgada si éste no cumplía con sus compromisos, sino que, a la larga, la naturaleza económica de la recompensa del señor a su vasallo podía dejar de ser una porción de tierra para convertirse en otra cosa. En todo caso, era siempre un "privilegio", algo que redondea un sistema de garantías y que va a tener una gran importancia durante siglos, incluso después de las estrictas etapas feudales.

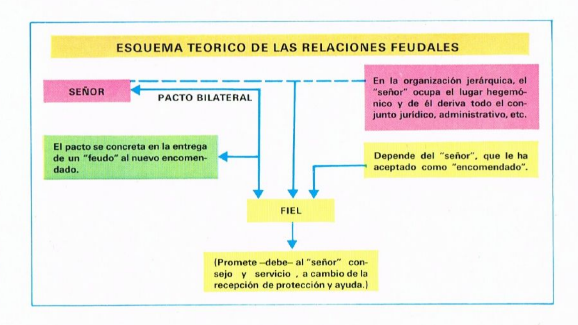
Al principio, y durante mucho tiempo, la "protección" y "ayuda" del señor se concretan en la entrega de una porción de tierra, es decir, de un "feudo", palabra cuya etimología parece derivar de un antiguo vocablo germánico, *vieh*, que significa ganado, hecho que ratifica tanto el aspecto rural del fenómeno como la línea económica fundamental del mismo. De este modo, el "feudo", entendido como tierra rentable y provechosa, significaba la concreción material de un pacto moral, que no podía tener posibilidad alguna de ser efectivo sin la existencia de dicha realidad tangible y capaz de suministrar unos determinados frutos o rendimientos. Por todo ello, la tierra pasó a convertirse en base y fundamento de las relaciones entre persona y persona, ya que las mismas implicaban la existencia del "beneficio", el acto de dar tierra y de admitir con dicho acto a un encomendado en el círculo de relaciones de un señor. Por otra parte, el "beneficio" significaba la materialización de la forma de otorgar seguridad y posibilidad económicas al recipiendario de tierras.

No hace falta subrayar la carga económica real que contienen los conceptos de consejo y servicio. Dejando al margen cuestiones de obligación por parte del feudatario de colaborar militarmente con el señor, existe algo fundamental, una idea básica que no debe perderse de vista: feudo significaría siempre un pago, para que el encomendado, feudatario o vasallo mantuviera su fidelidad al señor que le otorgaba su protección. En el fondo era imposible esconder la realidad de un contrato económico de prestación de servicios. Una realidad más o menos enmascarada, pero que con diversos matices existía en el seno de la sistemática feudal.

De este modo, los aspectos formales del montaje feudal recubren básicamente una realidad socioeconómica de importancia capital. Dadas las circunstancias de la época, la forma de hacer frente y superar los esquemas económicos negativos y la realidad psico-

sociológica de inseguridad consistía en recibir un "feudo". Así se conseguían las garantías de una relativa estabilidad.

Paralelamente, la posesión o no posesión de un feudo definirán el *status* y las verdaderas posibilidades temporales del hombre de la época. Se vive en una etapa de simplificación económica y en ella un hombre sin tierra no tiene ningún valor. Lo único seguro, lo único que cuenta en el campo de la economía es la tierra: la posesión y explotación de la tierra, el disfrute de sus productos, etcétera. Por ello, la tierra se erige en esta época como valor fundamental. Y en virtud de tal realidad, todos los hombres que traten de subsistir con un mínimo de facilidades




*Miniatura del siglo XII que representa la siembra del trigo en una obra de carácter enciclopédico titulada "Speculum Virginum" (Rheinesches Landesmuseum, Bonn).*



***Representación del sacrificio de un carnero en un manuscrito de los siglos XI-XII (Biblioteca Municipal, Cambray).***

buscarán la garantía y la clave de su supervivencia a través de la obtención de un feudo.

Como consecuencia de tal planteamiento, la posesión de un feudo indica una determinada seguridad y "dignidad" social. Ello explica la posibilidad de multiplicación y complicación de relaciones feudales. Un caballero que había recibido un feudo de otro señor, podía, a su vez, aceptar un feudo de un tercero, del mismo modo que podía también entregar una porción de tierra a otra persona en concepto de feudo. De este modo, sobre la base formal de un simple pacto bilateral entre un señor con dominio soberano y un feudatario, surgiría la multiplicación de lazos de dependencia y de relación feudal, de modo que un señor soberano podía ser feudatario de otro –caso del rey de Inglaterra respecto al rey de Francia– por la posesión de una porción de tierra enfeudada. Las relaciones, combinaciones, realidades y derivaciones se complican junto con un montaje paralelo de jerarquías, más o menos teóricas, de emperadores, reyes, duques, marqueses, condes, vizcondes, barones, caballeros... Jerarquías que significaban muy poco, ya que un conde o un duque podían, por ejemplo, ser más poderosos en todos los conceptos que un rey.

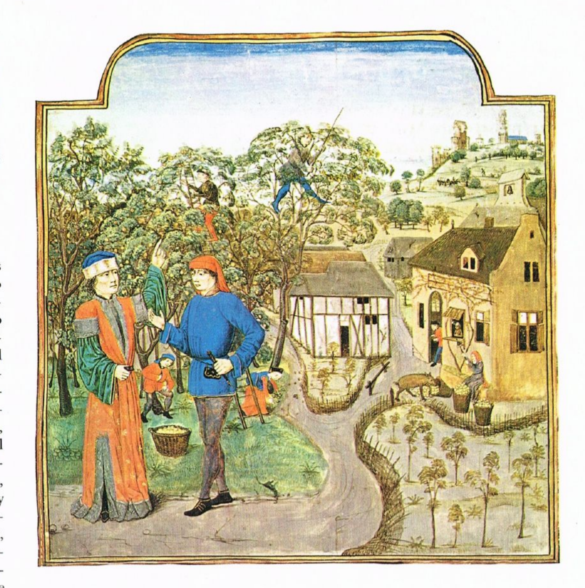
A medida que avanza el tiempo y se modifican las condiciones y posibilidades de la vida económica y social, la naturaleza económica esencial del feudo –pago para que el encomendado mantuviera su compromiso con el señor– ayuda a comprender la dinámica, la línea de evolución y cambio que radicaba en el sistema. Así, por ejemplo, cuando la circulación monetaria volvió a adquirir nuevo empuje, el feudo pudo en ocasiones llegar a ser algo distinto de una porción de tierra. Pudo ser una renta, un canon, etc.

Con referencia al período crucial en que



***Miniatura medieval de un códice francés de la "Política" de Aristóteles que representa una escena de labranza (Biblioteca Nacional, París). Se observan adelantos agrícolas posteriores al siglo XI: el juego delantero de las ruedas, la vertedera junto a la reja, la sustitución de bueyes por caballos y el uso de colleras en éstos para aumentar su potencia de tiro.***

*El señor feudal visita sus propiedades y da órdenes a su mayordomo sobre lo que es preciso hacer en las tareas que contemplan: arriba, la recolección de los frutos, y abajo, el cultivo de los campos y siega de las mieses; miniatura de un manuscrito medieval francés (Museo Británico, Londres).*



se configuró el feudalismo más típico, es fundamental reconocer y subrayar el hecho decisivo de que el valor económico por excelencia era el valor tierra. Hemos señalado que un hombre separado de la tierra no tenía ningún valor. Ello era cierto hasta tal punto que una explotación agraria era enajenada, cambiada o cedida con los hombres que contenía, incluido el capataz o encargado de la explotación. Todo giraba, pues, en torno al valor tierra. Por ello, el hombre común, el antiguo siervo, el semilibre, el colono, el aparcero, el arrendatario, etcétera, toda la gama de hombres modestos y humildes que no podían soñar con la posibilidad de obtención de un feudo, es decir, la inmensa mayoría de hombres, se encontraban adscritos, ligados, a la tierra. No podían moverse. Eran, de hecho, un apéndice de la tierra. De ahí surgirá el concepto de "siervos de la gleba".

Paralelamente, la unidad económica básica era la porción de tierra que bastaba para la subsistencia de un hombre. Se trataba, pues, de una unidad económica, arraigada sobre el valor tierra, pero con matizaciones de dimensión, cantidad, calidad, etc., muy variables. Ante tal realidad, unida a los factores antes apuntados, no hace falta ahondar demasiado en las repercusiones y complicaciones de un sistema que adquiría sus características y perspectivas más definidas a partir de las fórmulas agrarias de la época.

Las medidas, por ejemplo, serán distintas según la realidad agrícola. De ahí surgen asimismo las dificultades para efectuar cálculos sobre cantidades de trigo, sobre precio de la carne, etc. Un artesano que se viera precisado a realizar su oficio en una de las pequeñas ciudades de la época debía recibir en metálico, si era imposible encontrar otra fórmula para poder subsistir, una cantidad extraordinaria con que adquirir los productos alimenticios, que de hecho no se vendían, salvo pequeñísimas cantidades, porque lo que predominaba era la producción para el autoabastecimiento, para el autoconsumo, para cubrir las necesidades de un pequeño núcleo concreto. Por eso se entregaban escasas cantidades de productos al comercio,



## ADSCRIPCION AL SUELO DE LOS SIERVOS DE LA GLEBA

Durante varios siglos, hasta que nuevas perspectivas permitieron a los núcleos dirigentes la posibilidad de otras formas de explotación y de organización productiva, se produjo un viraje claro del comportamiento económico de las primeras etapas medievales respecto a la clásica, decisiva y multisecular economía esclavista de griegos y romanos. Aquella vieja economía significaba, entre otras cosas, la existencia de factores distintos a los posibles en las primeras etapas medievales de Europa, tanto los elementos reales de valoración económica del hombre al margen de su vinculación con la tierra como la existencia de un auténtico tráfico mercantil desarrollado, etc. La dificultad por empalmar con realidades parecidas hubo de cortar, en fin, la vinculación de la economía esclavista antigua y obligó a ceder el paso en la época feudal a nuevas formas aprovechables de organización del trabajo y de control efectivo del hombre trabajador; nuevas formas planteadas en consonancia con los imperativos y las limitaciones impuestas, en definitiva, por el rotundo predominio socioeconómico de una realidad global de tipo agrario.

A partir del esquema apuntado, el proceso decisivo que marca la relativa desaparición de la esclavitud (en comparación con épocas anteriores) durante parte de la Edad Media no presenta, pues, su motivación profunda y eficaz en un único factor unilateral, sino que en dicho proceso tienen un papel tanto el peso de criterios más o menos humanitarios, relativos a la cristianización del mundo occidental, como los factores paralelos de realismo económico. Concretamente, en una época de extraordinaria recesión mercantil no era fácil ni rentable montar una economía productiva sobre el supuesto de la adquisición de esclavos; paralelamente, el modo de producción por antonomasia era de signo doméstico y profundamente agrario, convertía en algo desprovisto de valor al hombre separado de la tierra, etc.

Dentro de este marco se asistió a la definición de una línea de evolución social y económica que marca el paso de la etapa del "esclavo" a la del "siervo", términos idénticos en latín, pero que, en la realidad agraria del feudalismo, significan cosas muy distintas. Mientras el esclavo, de acuerdo con el tradicional concepto de "cosa" propiedad de un dueño, podía efectuar cualquier labor, estar en cualquier parte (casa, jardín, taller, etc.) de su amo, el siervo será el equivalente a los antiguos colonos y trabajadores, libres o semilibres, de la época imperial. El siervo será, por antonomasia, un campesino dependiente de un señor. Su trabajo está en el campo. Su valor radica en el trabajo que realiza vinculado a la tierra y, por ello, el propietario agrario bajo cuya dependencia se encuentra el siervo encontrará una forma de control eficaz a través de la "servidumbre de la gleba".

El trabajador campesino se encuentra, él y sus descendientes, vinculado indeleblemente a la tierra que cultiva, está adscrito al suelo, a su rincón rural. No puede marchar de la tierra que trabaja sin autorización del señor o sin otro tipo de acuerdo con él (redención o compra de la libertad); si se escapa, el señor puede perseguirle, etc. La servidumbre de la gleba, con variantes distintas según el tipo de campesino o de región, era una esclavitud más o menos matizada y limitada. Una realidad, en suma, que, con todos sus matices y peculiaridades, suponía una tremenda restricción de la libertad del hombre que trabajaba la tierra. Una restricción que acarrearía múltiples conflictos, especialmente en las etapas más avanzadas de la Edad Media, cuando, por ejemplo, el acicate urbano significaría para el campesino fugitivo un tangible y concreto medio tanto de liberación como de supervivencia.

Desastres demográficos como la peste negra supondrían, asimismo, en algunos puntos paradójicas plataformas de fuerza para diversos tipos de campesinos que consiguieron salvar sus vidas. En efecto, las nuevas condiciones que los estragos de la peste motivaron en la economía agraria les permitieron escalar plataformas de más consistencia, a partir de las cuales pudieron discutir, de forma más o menos violenta, su *status* jurídico con sus señores.

De este modo surgirían, concretamente en Cataluña, los graves y conocidos enfrentamientos entre viejos propietarios y campesinos "remensas". Graves enfrentamientos que acabarían con el triunfo de los remensas, al conseguir –después de años de luchas y violencias– la favorable sentencia arbitral de Guadalupe, en 1486. Al margen de casos esporádicos como el mencionado, la verdad es que las formas de restricción de la libertad campesina, las modalidades de adscripción y de servidumbre de la gleba se mantuvieron durante siglos, con oscilaciones y altibajos, hasta las etapas relativamente cercanas de la Revolución burguesa.

A. J.

las imprescindibles para adquirir otros bienes, por ejemplo, sal, especias, tejidos..., que la economía "autárquica" de una comunidad rural no podía suministrar directamente.

Dentro de este marco, lógicamente la cultura se ruraliza. Los clérigos son los que conservan la tradición cultural; al resto de la población no le hace falta saber leer ni escribir. La ruralización de la cultura significa estancamiento y conservadurismo. Se pierde imaginación, todo se repite. Frente a la innovación se dibuja la fuerza terrible de lo tradicional. Y con ello vuelve a aparecer la realidad antes citada de la simplificación.

Las dimensiones de las diversas actividades y facetas políticas, sociales, jurídicas, etc., se van reduciendo al estrecho horizonte de una finca agraria, de una *domus* en el sentido etimológico latino más amplio. Todo se hace doméstico, y con lo doméstico se instauran las "costumbres" (*costums* catalanas, etcétera). El derecho romano se ha perdido. El señor doméstico será el administrador de la justicia y su decisión pasará a ser "costumbre", es decir, fuente de derecho.

El panorama general de la sociedad feudal aparece como algo sumamente contraído. La idea de propiedad se confunde con la idea de autoridad. El señor gobernará sus tierras como si efectuara la administración "patrimonial" de una gran finca rústica. En esta línea todo se privatiza. Según la *domus*, según el señor, según las costumbres adquiridas, un territorio adquirirá no solamente unas determinadas facetas de fachada exterior, sino también unos módulos políticos, jurídicos, administrativos y sociales, muy distintos de otros territorios. En suma, con el triunfo del feudalismo, la atomización y la dispersión se convertirán en Europa occi-

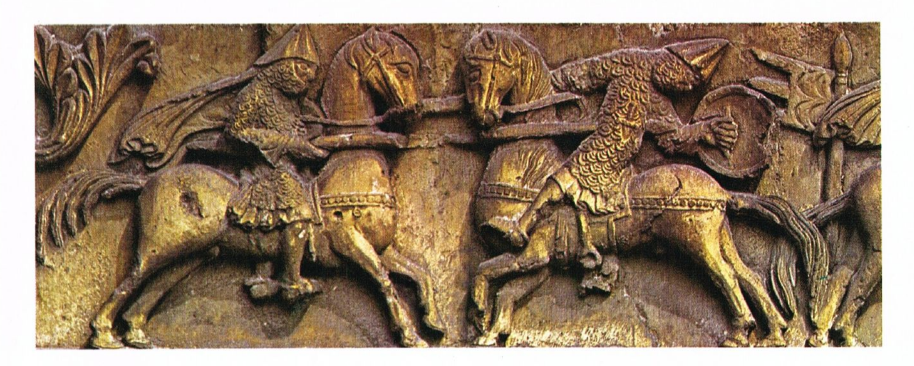


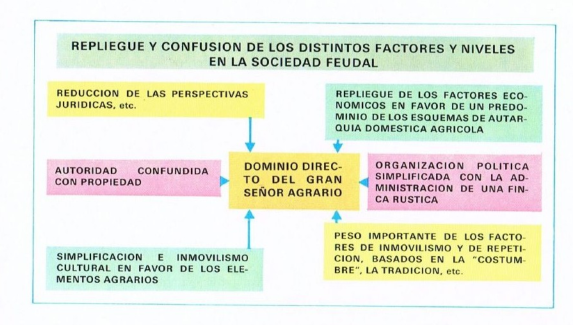
*El trabajo de hilar con una rueca, que las mujeres podían hacer en su casa sin abandonar sus ocupaciones diarias, proporcionaba materia prima a los telares, la principal industria urbana de la Edad Media; miniatura de un códice de la "Política" de Aristóteles (Biblioteca Nacional, París).*

dental en las mejores características, opuestas a la antigua idea romana de unidad y cohesión.

Todos los factores antedichos otorgarán al mundo feudal las facetas que le son tópicas: producción de tipo autosuficiente, tanto en lo agrícola como en lo artesanal, con la tendencia a producir solamente lo que en cada unidad feudal se necesita; falta de contactos importantes entre los distintos núcleos territoriales que componen el mosaico feudal; predominio de las formas jurídicas y administrativas (costumbres) adoptadas por el señor; pérdida de importancia de los elementos culturales que carezcan de fuerte raíz agraria; repetición de las formas tradicionales en sus diversos aspectos, junto con la falta sustancial de espíritu de iniciativa; triunfo de un mundo integrista que vinculaba inseparablemente los diversos campos de lo temporal y lo espiritual y que conducía a la aceptación de las realidades de la tierra con un providencialismo muy acusado, que, al tiempo que justificaba a los

*Torneo a caballo entre dos caballeros armados de lanza y protegidos con túnica metálica, según representación del siglo XII en un dintel de la catedral de Angulema.*






poderosos, hacía aceptar a los pobres su miserable condición a través de una mística de resignación total.

En resumen, se trataba de conseguir que todos se adhirieran al principio de que Dios ha querido que todos, ricos y pobres, desempeñen, sin deseo de introducir cambios e innovaciones, un determinado papel en la vida temporal. Los pobres encontrarán el premio a sus privaciones y sufrimientos en la otra

***Ilustración de un códice del siglo XIV que contiene el "Lanzarote del Lago", novela característica del ciclo medieval que ensalza el amor cortés, fuente para todo caballero de honor y medio de convertirse en un vasallo de la dama amada (Biblioteca Nacional, París).***




*Testificación sacramental acerca de la validez del testamento del conde de Besalú, miniatura del "Liber Feudorum Maior", manuscrito de los siglos* XII-XIII *(Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona).*

vida, siempre y cuando la merezcan, es decir, no se hagan acreedores al fuego eterno a través del pecado.

Nos encontramos ante una forma de organización humana terriblemente pesada para la inmensa mayoría de personas que debían soportarla. El feudalismo fue un sistema de organización social de la mayoría en beneficio de los menos. En este sentido, la sociedad feudal se ha hecho acreedora con justicia a los reproches que desde ángulos muy diversos se le han venido haciendo desde hace tiempo. En descargo, es preciso tener en cuenta las duras circunstancias de la época, que convirtieron el feudalismo en un sistema de emergencia de la sociedad occidental que tuvo que ser aceptado por la mayoría del pueblo común a causa tanto de la necesidad de encontrar seguridad a cualquier precio como de acomodarse a la violencia de los menos, costase lo que costase.

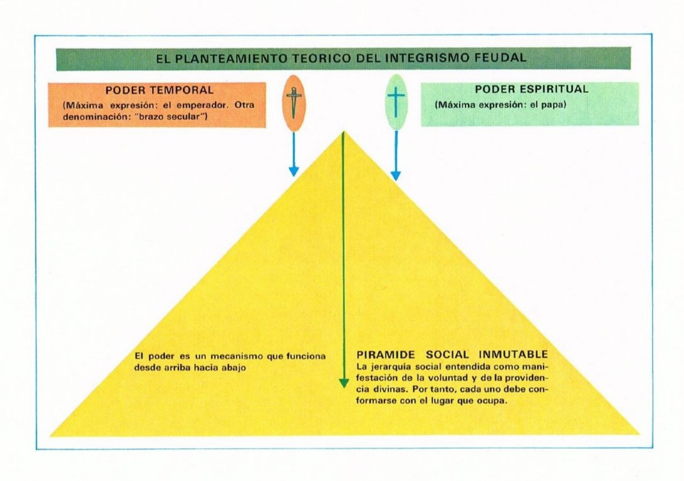
Sobre tales realidades emergió el feuda-

*Un manuscrito de mediados del siglo XIII lleva esta miniatura, que ilustra con detalle el acto de armar a un caballero (Museo Británico, Londres). A la izquierda, el rey entrega al caballero la espada. A la derecha, visten al caballero y le entregan un escudo y un estandarte.*



lismo, que, además de reunir todas las características del sistema social, político y económico de la estructura agrícola europea, se convirtió, en función de su carácter global y de su capacidad de evolución, en un concreto y duradero sistema de organización del trabajo, tanto en el campo como en las ciudades. En este sentido estructuró las grandes masas campesinas en un sistema de arraigo a la tierra y de vinculación al predio que cultivaban; un sistema conocido como "servidumbre de la gleba" y que se redondeó específicamente en los siglos XI y XII, con consecuencias que durarían hasta siglos muy cercanos.

Al propio tiempo, esta forma agraria de organización del trabajo pesaría en la vida de las ciudades y dejaría sentir su influencia en las fórmulas corporativas, que posteriormente irían definiendo los gremios y enti-



# EN TORNO A LA REALIDAD FEUDAL EN LA PENINSULA IBERICA

La serie de peculiares circunstancias atravesadas por la antigua Hispania romana a lo largo de la Edad Media (presencia importante de bizantinos en zonas ribereñas mediterráneas y en la Bética durante la época visigoda; instalación durante varios siglos, en extensas zonas de la geografía hispana, de los musulmanes; distinta influencia, según las zonas cristianas, de los diversos factores francos y europeos, etc.), dibujan un panorama global distinto al de las regiones europeas donde, tradicionalmente, se acostumbra ubicar el desarrollo más típico del complejo feudal, especialmente en Francia. Y precisamente por la vinculación, durante cierto lapso de tiempo, de una pequeña zona hispana con aquellas regiones europeas, en el conjunto ibérico se produce un significativo dualismo: el núcleo catalán de raigambre feudal (heredada de los francos) y el conjunto dominado por el fenómeno castellano, cuya caracterización y organización responde a factores distintos.

Puede afirmarse que, al margen de la pequeña zona catalana (vinculada y relacionada con los francos y las cosas de Francia), la organización y las características de la sociedad y la economía de las distintas zonas o reinos cristianos de España, que iban ganando terreno a costa de los musulmanes, respondió a factores distintos de los que generó en el conjunto europeo la inseguridad colectiva de las dos grandes oleadas de invasiones y el colapso económico, surgido como resultado de la rarefacción de la moneda y de la ruptura de la unidad monetaria.

En efecto, en el conjunto hispano la presencia musulmana, además de paralizar el probable proceso feudalizante de la etapa visigoda, creó durante largo tiempo una organización islámica mayoritaria, que irradiaba su influencia hasta los pequeños focos cristianos, originando un clima de tipo psicológico que cooperaba a la manifestación de cierta estabilidad, tranquilidad y seguridad en el campo social, al propio tiempo que el complejo económico hispano no quedaba aislado del resto del mundo islámico, sino todo lo contrario, gracias al hecho de formar parte los musulmanes de un mundo ecuménico, con profundas e importantes ramificaciones en Asia y África, asentado sobre el mar Mediterráneo. Por ello, las relaciones de hombre a hombre (a excepción de la Cataluña franca), las posibilidades monetarias y los horizontes económicos no generaron, en conjunto, las condiciones que, en buena parte de Europa, dieron paso a la formación del feudalismo típico.

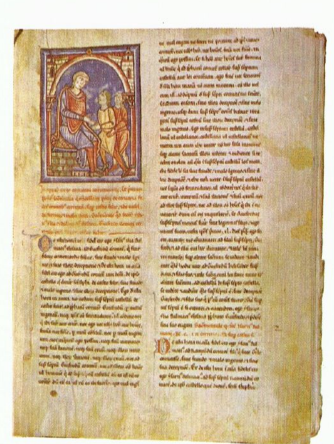
Desde Sánchez Albornoz a Ramón de Abadal se ha comprobado no solamente el dualismo antes citado, sino la influencia de los factores apuntados. Y asimismo, en función de este dualismo y de la influencia mencionada, puede comprenderse la larga aventura de la que se acostumbra denominar con el título de "Reconquista". No sólo, por ejemplo, ayuda a comprender el distinto ritmo que hace avanzar a los cristianos más allá del valle del Duero, o bien más allá del valle del Ebro, por citar dos casos muy claros, sino que se dibujan instituciones, mentalidades, preocupaciones y perspectivas muy distintas en la zona de influencia feudal franca e incluso en el resto de núcleos cristianos.

Estos factores distintivos, en conjunto, configurarían a la mayor parte de España sobre unos fundamentos en parte distintos a los que habían promocionado buena parte de Europa y que finalmente adquirirían una importancia al imponerse por un abrumador peso demográfico, territorial y político a la porción peninsular de solera feudal; es decir, con el triunfo de la dinastía de Castilla sobre la de la Casa de Barcelona y sus herederos. Un triunfo lógico y que, por otra parte, abriría provechosamente los horizontes de Hispania al mundo atlántico, con su manifestación más decisiva en el descubrimiento de América.

A. J.

dades análogas. Más aún, la base de las corporaciones se encuentra en el mismo principio de garantías que caracteriza el feudo. La corporación o el gremio, cada oficio organizado, puede subsistir con una determinada organización por voluntad, es decir, por "privilegio" del señor. El señor, el soberano, otorga o no la facultad para ejercer determinada actividad artesanal o mercantil. Y es también dicho señor o soberano quien aprueba y otorga jurídicamente el estatuto propio de cada corporación, con su jerarquía, sus facultades, sus posibilidades de defensa frente a terceros, etc.

De esta compleja mezcla de elementos originariamente feudales surgirán, en aparente paradoja y contradicción, las bases de superación de las plataformas primitivas o estrictas del feudalismo, especialmente a partir de la concepción dinámica de las ideas de "feudo" y "privilegio". Para comprender este proceso transformador, impalpable en muchas ocasiones y sumamente lento en su



***Primera página del "Liber Feudorum Ceritaniae", manuscrito del siglo XII sobre los feudos del condado de Cerdaña (Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona). La miniatura que encabeza el texto representa la clásica escena de homenaje, en que el vasallo junta sus manos y las pone en las de su señor, lo que equivale a una entrega de su propia persona.***

*Combate a espada entre un soldado blanco y uno negro, fragmento de un mosaico en mármol del siglo XII procedente de Santa María la Mayor, de Vercelli (Museo Camillo Leone, Vercelli).*






conjunto, es preciso tener presente otra cuestión capital.

A pesar de la atomización simplificadora del feudalismo, que hizo girar cada entidad territorial en torno a sus reducidos límites, a pesar del inmovilismo económico y cultural reinantes, durante las típicas etapas feudales, ni todo fue vida agraria ni todos los hombres permanecieron quietos y apegados a su terruño. Las ciudades, aunque en su mayoría convertidas casi en míseras aldeas, no desaparecieron del todo y en ellas se gestaban plataformas de futuras transformaciones. Paralelamente, hombres aventureros, organizados casi militarmente, muy parecidos a los bandoleros, salteadores de caminos y piratas, y dotados de espíritu emprendedor y del sentido de la ganancia comercial, no dejaron de moverse de un lado a otro de este inmenso mosaico feudal. Sa-

*Miniatura románica del siglo X que representa una pequeña embarcación de la época, movida a remos, cuya sencillez de líneas se repite en las pequeñas barcas de la actualidad (Biblioteca Municipal, Poitiers).*

***Tapa de marfil de un cofrecillo del siglo XIV en que se hallan representadas algunas escenas propias de la alta sociedad medieval: caballeros disputando un torneo bajo la mirada de un selecto público de damas y cortesanos, recompensa del vencedor, escenas de idilios (Museo de Ravena).***

bían llevar a una comarca aquellos productos de que era deficitaria, obteniendo a cambio otros bienes que, a su vez, serían colocados en otros territorios que precisaban de ellos.

Así, de forma difícil y precaria, el comercio no se estranguló. La vida mercantil, aunque pobre y apagada, subsistió gracias a la realidad precaria de las ciudades y del espíritu aventurero de unos cuantos comerciantes. Y la supervivencia fue más soportable al



***Una ilustración del "Roman de Renart", típica producción medieval compilada por trovadores en los siglos XII-XIII, cuyos personajes principales –todos animales– son el león-rey y la zorra, cuyas aventuras constituyen la trama del "Roman" (Biblioteca Nacional, París).***

## ELEMENTOS DETERMINANTES DEL FUNCIONAMIENTO DE LA SOCIEDAD FEUDAL

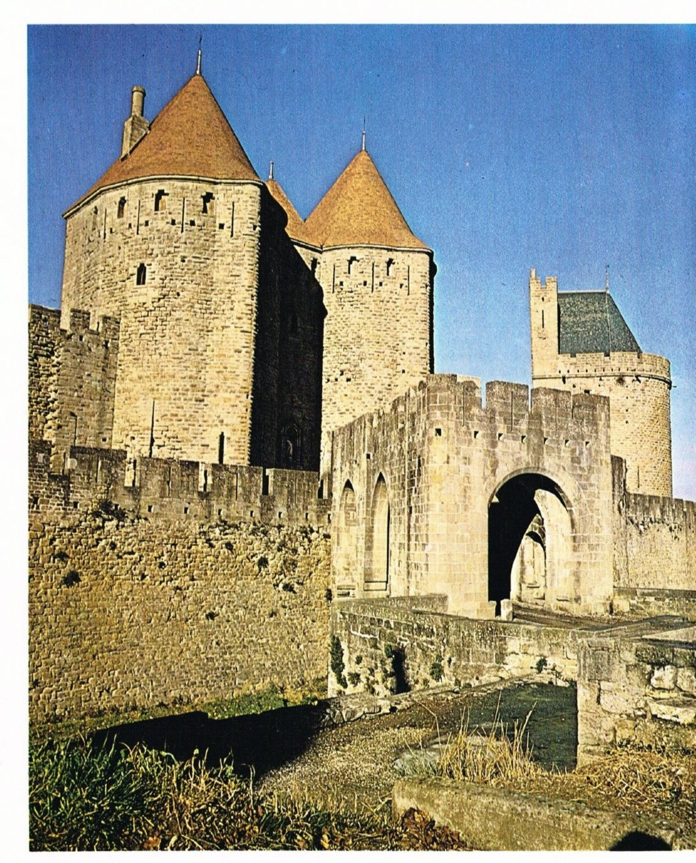
Dependencia de hombre a hombre. Elemento fundamental de la típica relación feudal. En el caso del campesino, el vínculo de dependencia impondrá, por ejemplo, la "servidumbre de la gleba".

Factor "fuerza": realidad coactiva básica, que mantiene los esquemas tradicionales.

Esquema básico de la vida económica: valor tierra.

coincidir con el espíritu viajero y deseoso de ganancias de judíos, sirios, griegos y bizantinos y con la organización e intereses de núcleos hasta entonces extraños, como normandos y árabes.

Sería ingenuo pensar, sin embargo, en un significativo papel de lo mercantil en el seno de un sistema como el feudal, en que dominaba el principio de autarquía agraria y en el que el colapso monetario había adquirido tales proporciones que, ante la presencia de metales preciosos, se había prác-



*Entrada a la "Cité" de Carcasona, cuyo recinto es una de las ciudades fortificadas más características e importantes de la Edad Media.*

ticamente pasado a abandonar la idea de acuñar moneda para tesaurizar.

Estamos en la época de las grandes y ricas coronas, de los opulentísimos instrumentos de representación del poder (cetros, etc.), de la impresionante construcción de piezas religiosas (crucifijos, imágenes diversas) de oro y plata, repletas de piedras preciosas. La moneda significa muy poca cosa y, como consecuencia de ello, las perspectivas primeras para la actividad mercantil no eran ciertamente nada halagüeñas. Sin embargo, el comercio, más o menos escuálido, se mantuvo y fue paulatinamente ganando bazas. Unas bazas conseguidas, en buena parte, como resultado del riesgo que representaba ser comerciante.

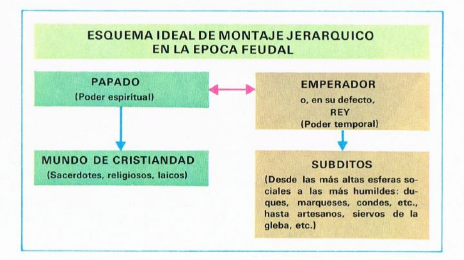
En efecto, el comercio tenía un aire militar muy acentuado que indicaba hasta qué punto era difícil y compleja su realización. Los mercaderes para conseguir asegurar mínimamente la consecución de sus objetivos debían asociarse, aunque fuera temporalmente para una expedición comercial concreta, y organizarse en caravanas, concebidas y dirigidas de forma muy semejante a auténticos grupos militares. Los comerciantes viajaban fuertemente armados, dispuestos a hacer frente a cualquier contingencia, desde bandoleros a señores feudales estratégicamente instalados en su ruta y dispuestos a no dejar en libertad la caravana hasta percibir un elevado canon a cambio.

Paralelamente a los peligros y problemas anteriores es preciso añadir las dificultades técnicas de la empresa, especialmente los problemas de las rutas aptas para efectuar el viaje, reducidas, en muchos casos, a las antiguas calzadas romanas. En compensación, si el resultado de la actividad mercantil se conseguía y la caravana realizaba sus objetivos, los mercaderes conseguían sustanciosas ventajas que, a su vez, estimulaban más aún a los comerciantes. De esta forma, en el corazón del aparente inmovilismo feudal se estaban gestando fórmulas que habían de revolucionar el mundo medieval del occidente europeo y que, aunque resulte paradójico a primera vista, encontrarían la plataforma básica de su potenciación en el desarrollo de fórmulas de garantía y privilegio, surgidas de la estructura misma del mundo feudal.

La protección y el beneficio llegaron a ser un conjunto de garantías que un señor, dotado de suficiente fuerza y autoridad, daba a un comerciante o grupo de comerciantes para desarrollar determinadas actividades mercantiles, y un privilegio dado a una población o un núcleo estratégico –encrucijada de caminos, punto cercano a un puente, etc. – para realizar "mercado". Así, insensiblemente, el cerrado mundo medieval de las típicas etapas feudales iría cediendo el paso a épocas nuevas, potenciadas por un movimiento importante (gestado en las mismas entrañas feudales) y que por parte de varios autores recibiría como denominación la de "revolución comercial". Una revolución manifestada paralelamente a la gran convulsión de las cruzadas.



***Este relieve, de una de las fachadas de la catedral de Reims, representa la escena de un caballero, con uniforme y armas de guerra, en el acto de recibir la comunión.***

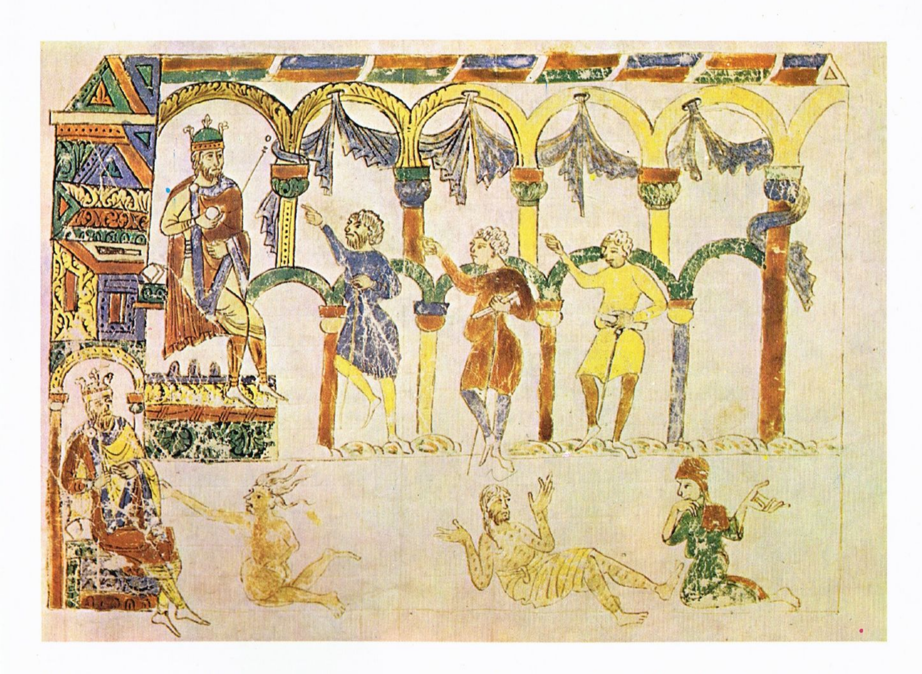


# BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| **Abadal, R. d'** | *Els primers comtes catalans,* Barcelona, 1958. |
| **Bloch, M.** | *La société féodale,* París, 1939-1940. |
| **Calmette, J., y Higounet, Ch.** | *Le monde féodal,* París, 1951. |
| **Dawson, C.** | *Los orígenes de Europa,* Madrid, 1945. |
| **Dopsch, A.** | *Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea. De César a Carlomagno,* México, 1951. |
| **Ganshof, F. L.** | *El feudalismo,* Barcelona, 1963. |
| **García Gallo, A.** | *Las instituciones sociales en España en la Alta Edad Media (siglos VIII al XIII),* en "Revista de Estudios Políticos", suplemento I, Madrid, 1945. |
| **García de Valdeavellano, L.** | *Les liens de vassalité et les immunités en Espagne,* en "Recueils de la Société Jean Bodin", I, 2.ª ed. aumentada, Bruselas, 1958. |
| **Genicot, C.** | *El espíritu de la Edad Media,* Barcelona, 1963. |
| **Hinojosa, E.** | *El régimen señorial y la cuestión agraria en Cataluña durante la Edad Media,* Madrid, 1905. |
| **López, R. S.** | *El nacimiento de Europa,* vol. IV de "Destinos del Mundo", Barcelona, 1965. |
| **Paz, R.** | *Un nuevo feudo castellano,* en "Anuario de Historia del Derecho español", vol. V, Madrid, 1928. |
| **Perroy, F.** | *La Edad Media,* vol. III de "Historia de las civilizaciones", Barcelona, 1961. |
| **Rodón Binué, E.** | *El lenguaje técnico del feudalismo en el siglo XI en Cataluña,* Barcelona, 1957. |
| **Sánchez Albornoz, C.** | *En torno a los orígenes del feudalismo,* 3 vols., Mendoza, 1942.<br>*España, enigma histórico,* Buenos Aires, 1962. |




***Esta tapa de espejo del siglo XIV representa escenas de galantería amorosa, uno de los temas preferidos, junto con la descripción de justas y torneos, de los cantares de gesta (Museo del Louvre, París).***



*Miniatura de la época otónida en que se representa una ceremonia de veneración al emperador en dos ambientaciones diferentes (Biblioteca Vaticana).*

# Los Otones y la restauración imperial

por ANTONIO M.ª ARAGÓ CABAÑAS

En el siglo X sitúa el profesor Robert Sabatino López el nacimiento de Europa. Es entonces cuando se abandonan las fórmulas caducas y aparecen nuevas estructuras, dotadas de una mayor flexibilidad política, y se crea un nuevo hábitat humano más tranquilo y prometedor. Aunque sólo en germen todavía, se configuran los cauces por los que ha de fluir el movimiento de renovación: ampliación del dominio agrario, reactivación comercial, formación de un sentido comunitario social y nacimiento de una incipiente burguesía. Todo ello dentro del marco de un Imperio occidental –cada vez más simbólico– desbordado por el pluralismo monárquico.

El legado de los últimos carolingios fue



***Esta miniatura del siglo X pretende representar el palacio imperial y la corte de los Otones (Biblioteca Vaticana).***

la desmembración. De modo análogo al reino franco-occidental, dividido en grandes principados, o al mosaico italiano, cuyas piezas principales eran los ducados septentrionales de Ivrea y Friul, los estados pontificios y los ducados lombardos de Benevento, Capua y Salerno, próximos a los dominios bizantinos y fatimíes, el antiguo reino de Luis el Germánico aparecía también parcelado en grandes territorios.

Al Norte, la Sajonia, cabalgando sobre el Weser, y limitada al Este por el Elba y el Saal, al Oeste por la Lorena y al Sur por los valles del Fulda y del Werra, tuvo como primer duque a Liodulfo, que murió en 866, y cuyo hijo Odón amplió los dominios hacia Turingia. Más al Sur, el ducado de Franconia, centrado por el valle del Main y lindando con el Neckar, conoció la pugna por la supremacía entre las familias de los Bamberg y Conradino. Al Sudeste, el ducado de Baviera, regido primeramente por un miembro de la familia carolingia –Arnulfo, nieto de Luis el Germánico– y luego por el duque Liudpoldo, quien consiguió anexionarse las marcas de Bohemia y Carintia.

Separado del principado anterior por el río Lech, el ducado de Suabia, que englobó la Alsacia desde el 912, estaba gobernado por una dinastía procedente del lago de Constanza. En cuanto a la antigua Lotaringia, la parte septentrional (desde Flandes a Frisia) se convirtió en un ducado autónomo regido por Reniero "Cuellolargo", en tanto que la parte meridional –que había formado el endeble reino de Carlos de Provenza– se disgregó, a su vez, en dos nuevos reinos: el de Borgoña, erigido en 888 por un jefe mili-

tar carolingio llamado Rodolfo, se extendía entre el Jura y los Alpes, y el de Provenza, que comprendía las ciudades de Lyon, Vienne y Arles, fue creado por Bosón, caudillo militar que estaba casado con Ermengarda, hija del emperador Luis II, feliz circunstancia que aprovechó para hacerse coronar en Valence (890).

El principio o elemento integrador de los núcleos políticos que se iban formando en Occidente era de índole muy diversa: la necesidad de defenderse frente a un enemigo común, la acumulación patrimonial, la persistencia de viejas demarcaciones históricas o, simplemente, la proclamación espontánea. Pero, además, en muchas de esas unidades políticas puede descubrirse una base étnica innegable (como en el caso de Friul, Normandía, Navarra-Gascuña, etc.). Esa base étnica, estructurada según un concepto muy extenso de la familia (*Sippe* o *Stamm*), se trasluce, sobre todo, en los principados germánicos.

En múltiples ocasiones, tanto Sajonia –anexada tardíamente al Imperio carolingio– como Baviera habían demostrado una destacada personalidad. Los cuatro grandes ducados, más el de Lorena, ya citado, se hallaban ya perfectamente definidos al iniciarse el siglo X. Tenían, pues, una opción a convertirse en otros tantos reinos independientes, como aconteció en otros países; posibilidad favorecida, en este caso, por la antigua propensión germánica a constituirse en reinos de base étnica.

No obstante, no sucedió así, sino que a esa Germania múltiple estaría reservada, precisamente, la misión de reinstaurar el decaído Imperio. Con todo, dicha *Renovatio* era imposible si no se lograban previamente algunos supuestos indispensables para que la idea no se quedara en un simple sueño. Eran imprescindibles para ello un método y una estrategia. Y esta operación fue la gran jugada de la familia sajona.

Un año antes de morir Carlos el Gordo, último heredero legítimo de Luis el Germánico, fue elegido en Francfort Arnulfo de Baviera, o también llamado de Carintia (887-899), hijo ilegítimo de Carlomán y militar de gran prestigio. En él puso, a la vez, sus esperanzas para dignificar al Imperio el papa Formoso (891-896), el cual, temeroso de la prevalencia de las casas de Spoleto y de Toscana, que lo habían expulsado de Roma, y haciendo caso omiso de la unción impartida a Guido y a Lamberto de Spoleto, solicitó la eficaz ayuda de Arnulfo y le otorgó la corona imperial el 22 de febrero del 896.

En el curso de una expedición para aniquilar a sus rivales, el emperador alemán fue atacado de una enfermedad incurable, que le llevaría al sepulcro unos años después. Para sustituirle, los germanos eligieron en Forcheim al hijo de Arnulfo, Luis el Niño (900-911), en quien se extinguió la línea masculina de Luis el Germánico, debiendo recaer la corona –según el precedente de Luis el Gordo– en el rey carolingio de la rama francesa, Carlos el Simple, virtualmente destronado por los robertianos. Por este motivo y por lo lejana que resultaba ya la idea de un *regnum Francorum* unificado, los grandes duques –desempeñando por primera vez la función de las tribus familiares– eligieron a Conrado de Franconia, nieto por línea materna del emperador Arnulfo.




***Otón I, su esposa Adelaida y su hijo y sucesor Otón II niño aparecen arrodillados adorando a Cristo, marfil del siglo X (Museo de Arte Antiguo del Castillo Sforzesco, Milán).***

Fue Conrado I hombre de temple y carácter muy acusados, pero su gestión política se limitó exclusivamente al territorio alemán. Parecía haberse extinguido en el reino germánico toda pretensión imperial. Bien es verdad que el nuevo caudillo –a pesar de la elección– tuvo que emplear sus energías en sofocar una rebelión de los duques de Baviera y de Sajonia, a quienes persiguió en una campaña –ya en territorio húngaro– que le ocasionó la muerte (23 diciembre 918). Mientras su enemigo Enrique de Sajonia se dedicaba a su deporte favorito de la cetrería, recibió las insignias que, por decisión del moribundo, le entregó el hermano de éste, Eberhard, designación que fue ratificada por los magnates en 919. En su breve reinado, Conrado I tuvo dos aciertos políticos: atraerse la cooperación de la Iglesia para vertebrar la insegura monarquía y designar para sucederle a su peor enemigo, en quien reconocía noblemente cualidades de gran gobernante.

***El rey David en una miniatura del "Psalterium Egberti", miniado por el monje Roudprecht por mandato de Egberto, obispo de Tréveris (Museo de Cividale del Friuli). Se trata de un códice del siglo X, de la escuela otoniana de Reichenau.***



Como jefe de la casa de Sajonia, Enrique el Pajarero (919-936) representaba la fuerza joven de un pueblo que se había incorporado, no sin tenaz resistencia, al Imperio de Carlos el Grande. Su segunda esposa, Matilde, era descendiente directa de Witikind, el legendario caudillo que luchó con bravura en defensa de su país. Esas circunstancias no impidieron, con todo, que Enrique I actuase con entera conciencia de la unidad del reino. Uno tras otro, puso fuera de juego a los próximos parientes que se levantaron contra él: Burkhard de Suabia, Arnulfo de Baviera y a Gisilberto, duque de Lorena, a quien hizo vasallo suyo (925).

En el mes de mayo del 926 no pudo impedir que el caudillo húngaro Werla destruyera el cenobio de Saint-Gall. Pero, a cambio de un importante rehén, logró obtener una tregua por un plazo de nueve años, tiempo que aprovechó para fortificar una red de plazas avanzadas: Hersfeld, Quedlinburg, Merseburg, Meissen, Gandersheim y Essen. La estrategia seguida fue la de instalar en ellas unos destacamentos formados por grupos de nueve *milites agrarii,* uno de los cuales tuviera su residencia fija en el fuerte, en tanto que los demás se dedicaban a las labores del campo. Gracias a la seguridad ofrecida pudo evitar las emigraciones masivas de los núcleos de población, que, de simples baluartes fronterizos, se convirtieron más tarde en poderosas ciudades.

En sucesivas campañas aniquiló a los havelanos, tomando Brandeburgo, ciudad muy adentrada en territorio eslavo, e hizo tributario a Wenceslao de Bohemia. En el año 933 –cumplida ya la tregua mencionada– infligió a los magiares una considerable derrota, cerca del río Untrut. Inició la organización de las marcas de Brandeburgo, de Lusacia y del Schleswig, y, cuando proyectaba una expedición a Italia, murió en Memleben (Turingia) el 2 de julio de 936. Enrique I tuvo de su primera mujer, Hatburga –a la que sacó de un monasterio–, un hijo, Tankmar, y una hija. Y de Matilde (m. en 968), hija del conde Thierry de Ringelheim, nacieron Otón, Enrique (que casó con Judit, hija de Arnulfo de Baviera), Bruno (arzobispo de Colonia), Gerberga (esposa de Giselberto, duque de Lorena, y luego de Luis IV de Ultramar) y Hatwide o Eduvigis (mujer de Hugo el Grande y madre de Hugo Capeto).

El gobierno de Enrique I trazó ya, en líneas generales, muchos de los planteamientos que constituirán los principales temas de la política alemana en el siglo X. El

primer problema, siempre delicado, era el sucesorio, ya que de él dependía, en gran parte, la continuidad del reino concebido unitariamente. Se halló una solución en la fórmula que hermanaba el respeto al *stamm* familiar del soberano con el sistema electivo, opción que los príncipes no querían dejarse perder: el rey, en vida, designa a un sucesor, que, a su vez, es elegido por los magnates. Por otra parte, el sistema electivo contaba con el apoyo de la Iglesia, que por boca de Fulco, arzobispo de Reims, había dicho: "Un rey a justo título es aquel a quien corresponda la dignidad por derecho hereditario y haya sido designado con el unánime consentimiento de los obispos y de los grandes".

Otón I, hijo primogénito de Enrique I y de Matilde de Ringelheim, nacido en el 912, fue coronado en Aquisgrán el 8 de agosto del 936. De elevada estatura, rostro enérgico, enmarcado por espesa y rojiza barba, Otón se expresaba en sajón, en francés y en eslavo, aunque sus conocimientos en letras humanas eran más bien escasos.

Como su padre, tuvo que medir sus fuerzas con su parentela, siempre dispuesta, según costumbre muy germánica, a probar suerte con el nuevo soberano. Frente al rey, se levantó una formidable coalición, cuyos dirigentes eran Eberhard de Franconia y Thankmar, hermanastro de Otón, quienes lograron atraer a su causa al duque de Suabia, a Gisilberto, duque de Lorena, y a Enrique de Sajonia. El conflicto se resolvió, por fin, en la batalla de Andernach, en donde hallaron la muerte Eberhard y Gisilberto. No hubo remisión para Thankmar, pero sí para Enrique de Sajonia, quien al morir Bertholdo de Baviera, en 947, recibió la investidura de aquel ducado, por ser yerno de Arnulfo de Carintia. Por otra parte, al quedar vacante el ducado de Lorena, Otón lo transfirió a Conrado el Rojo, casado con Luitgarda, hija de aquél.

La política de Otón I, como rey alemán, se centra muy certeramente en dos objetivos que se implican y condicionan mutuamente: salvar la integridad del reino –para lo cual tenía que dominar o, por lo menos, neutralizar a los pueblos vecinos– y seguir una política de expansión que despertase en los magnates un sentido de cooperación, antes que de lucha competitiva por el poder.

Los momentos culminantes de su acción militar en la frontera oriental vienen significados por la doble victoria sobre los húngaros en Lechfeld (10 agosto 955) y sobre los eslavos en Recnitz (16 octubre 955). La primera fue defensiva. Tres capitanes húngaros (Lehel, Bultzu y Boton, según algunas fuentes) emprendieron una incursión hacia Augsburgo, plaza protegida por un sencillo vallado, y que fue valerosamente defendida por su obispo Ulrico, por estar ausente y enfermo Enrique de Baviera. Otón I inició su marcha con un contingente de sajones, que pronto se vio engrosado con guerreros suabos, bávaros y eslavos.

En los campos cercanos a la ciudad, a orillas del río Lech, los cristianos infligieron a los húngaros una derrota total. Según una leyenda magiar, sólo siete hombres lograron volver a sus hogares, dato que aducimos tan sólo para denotar la repercusión literaria del acontecimiento. Dos meses más tarde, el rey atacaba a los eslavos del Elba, a los que superó en Recnitz. Ambas victorias permitieron a Otón I, según veremos, crear



***Miniatura inglesa del siglo X que representa al rey Edgar, "emperador de Inglaterra", entre la Virgen y San Pedro, ofreciendo a Cristo la carta fundacional del monasterio de Winchester (Museo Británico, Londres). Obsérvese la diferencia de estilo entre las escuelas germánicas y esta inglesa, teniendo en cuenta que el rey Edgar fue contemporáneo de Otón I.***

138

# LA PROMOCION ARTISTICA Y CULTURAL

El movimiento cultural y artístico de los imperios carolingio y otónida se realiza desde arriba. No constituye un hecho social, sino palatino, y se inscribe en el restringido ámbito de los palacios imperiales y de sus extensiones religioso-administrativas: la sede episcopal y el monasterio. La penetración de la cultura en la sociedad es prácticamente nula y aun en el propio sector eclesiástico son muchos los clérigos iletrados.

El instrumento de la renovación cultural fue, en ambos imperios, una élite de intelectuales llamados desde diversos países: con Carlomagno y sus sucesores colaboraron el lombardo Paulo Diácono, el italiano Pietro de Pisa, los franceses Agobardo, Angiberto –arquitecto de Centula– y el filólogo Lupo de Ferrières, el visigodo hispánico Teodulfo y los irlandeses Dungal y Juan Escoto. Con Otón III, además de Gerberto de Aurillac, el lorenés Rathier de Lobbes y los italianos León de Verceil y Luitprando de Cremona.

Focos de irradiación cultural fueron, sobre todo, los monasterios de Auxerre, Corbie, Ferrières, Fleury, Hautvilliers, Limoges, Saint-Denis, Saint-Riquier y Vezelay en Francia; Augsburgo, Colonia, Einsiedeln, Hildesheim, Hirsau, Fulda, Ratisbona, Reichenau, Salzburgo y Saint-Gall, en Alemania; Farfa, Montecassino, Ravena y Subiaco en Italia; Ripoll, Sahagún y Silos en España.

Por su contenido, el arte y la cultura del Imperio reconocen diversas fuentes: restos de la civilización romana, aportes céltico y germánico –cargados, desde la época de La Tène, de influjos orientales–, motivos helenísticos y bizantinos y, finalmente, la ciencia arábiga canalizada desde Sicilia y el califato de Córdoba. En las centurias que van del siglo VIII al X se da en Europa un activo intercambio cultural entre Oriente y Occidente, diálogo en el cual se hace difícil distinguir lo autóctono de lo importado. Se desconocen, por otra parte, con precisión cuáles fueron las formas culturales transmitidas desde el Bajo Imperio y, aunque los tratadistas están de acuerdo en que hubo un profundo hiato, también admiten cierta continuidad cultural. La renovación carolingia no sería en este caso tanto un renacimiento como una voluntad de conservación y adaptación de formas transmitidas. Sus hombres y sus obras acusan por ello mayor aplicación que originalidad creativa. Hecho que se da lo mismo en las artes plásticas que en la cultura en general.

La arquitectura carolingia, tanto civil como eclesiástica, asume el tipo basilical, de planta rectangular y tejado a dos vertientes, cuya tradición se había perdido en Occidente. El exterior presenta escasos relieves, mientras que el interior tiende a la fastuosidad. La basílica carolingia introduce algunas modificaciones, que se completarán en la época otónida: la planta, rematada por dos ábsides opuestos, y el cuerpo adosado al lado occidental *(Westbau)*, que consta de una fachada a veces flanqueada de dos torres, aunque éstas pueden también encuadrar los dos hemiciclos (templos de Hildesheim y Paderborn; catedrales de Spira y de Worms). Pero al lado de la planta basilical, las construcciones carolingias adoptan a veces la planta radial, de tradición bizantina, en forma octogonal o circular (capillas palatinas de Aquisgrán y de Nimega, baptisterio de Fréjus).

Aunque la arquitectura fue probablemente más importante de lo que revelan los escasos restos conservados, la cultura carolingia ha sido definida como una cultura de objetos más que de edificios. El arte suntuario –coronas, arquetas, fíbulas y pectorales– tiene un tono de dignidad y riqueza, sorprendente en unos siglos de hierro, y revela un gusto por el objeto en sí, independientemente de su función. Sobresale la producción de obras en marfil (dípticos, peines y plaquetas), que demuestran una tradición directa del mundo clásico, aunque con distinta técnica.

La época de la restauración imperial ha sido, con razón, denominada "época del libro". Tal vez en ninguna otra, el libro fue igualmente tratado y decorado como un objeto precioso. Una suntuosidad sobreabundante se expresa tanto en la encuadernación, recargada de marfiles, placas en metal y piedras preciosas (manuscritos de Metz, evangeliarios de Dublín, Lorsch y Reichenau), como en la elegancia textual, cuya representación máxima es el Evangeliario de Carlomagno, escrito en caracteres unciales de oro sobre fondo púrpura.

No menor prodigalidad se observa en la ilustración, que presenta tres modalidades distintas: el caligrama, de tradición céltica (Evangelio de Lindisfarne y Biblia de Reichenau); las escenas historiadas, que pueden ser encuadradas o libremente intercaladas en el texto, y de las cuales nos ofrecen abundantísimos ejemplos el Apocalipsis y el *Codex Egberti* de Tréveris, la Biblia de Carlos el Calvo y los Beatos españoles, y la figura glorificada dentro de un arcosolio, disposición que tiene como antecedente los nichos arquitectónicos romanos y que tuvo su réplica en los marfiles (Díptico de Aosta, siglo V) y se transfirió a la miniatura libraria.

Dedicada al principio a glorificar los personajes religiosos –Jesucristo y los evangelistas, los profetas del Antiguo Testamento y los Santos Padres–, se transfirió tempranamente a la figura del emperador, que viene a ocupar, en cierto modo y en virtud de su sacralización, el lugar reservado a las personas sagradas. Casi todos los emperadores y muchos de los reyes nos dejaron una representación triunfalista: Carlomagno (Biblioteca Nacional, París), Carlos el Calvo (Salterio, Biblioteca Nacional, París), Lotario (Evangeliario, *ibídem*), Carlos el Gordo y las cuatro virtudes cardinales (Biblia de San Pablo extramuros), Otón II (miniatura procedente de Tréveris, Museo de Chantilly) y Otón III recibiendo el homenaje de Roma, la Galia, Germania y Esclavonia (Evangeliario de Reichenau, Biblioteca de Munich).

En cuanto a la cultura científico-literaria, debemos distinguir cinco tipos diversos dentro de la élite intelectual, según los fines que se proponen: enciclopedistas, tratadistas científicos y filosóficos, analistas, literatos y pedagogos. La primera actitud aparece en los reinos germánicos de la primera época como una necesidad ineludible de tesaurizar los conocimientos; sus representantes más señeros fueron Isidoro, arzobispo de Sevilla, y Beda el Venerable; inspirándose en ellos, Rabano Mauro, discípulo de Alcuino (784-856), escribió su compendio *De rerum naturis et verborum proprietatibus et de mystica rerum significatione*.

La forma más característica de la época la constituyen los tratados. Absorbiendo las enseñanzas de Boecio y Casiodoro, pero también de los autores clásicos, se manifiesta a través de esas obras de estudio un esfuerzo consciente para la conservación de una cultura. Un primer lugar corresponde a las obras gramaticales y a la lexicografía. Esa preocupación lingüística está plenamente de acuerdo con la común exigencia de salvar el único vehículo que les une con la antigüedad clásica –exceptuando unos pocos helenistas–: la lengua latina.

Con el fin de ilustrar el valor que se atribuye a los tratados fundamentales, recordemos la permuta hecha en 1044 por Guislaberto, obispo de Barcelona, de un inmueble dentro del recinto de la ciudad por un ejemplar de la gramática de Prisciano de Cesarea. Se inicia también en esa época un gran interés por la dialéctica como instrumento funcional de la verdad. A mediados del siglo XI se polarizarán dos actitudes opuestas, en favor o en contra de la utilidad de la dialéctica, cuyos respectivos adalides serán Berengario de Tours (muerto en 1088), autor de la *Rhetorimachia*, y Pedro Damián (1707-1072), que escribió la obra *Contemptus mundi*.

Las ciencias físico-matemáticas recibieron un gran impulso gracias al contacto con el mundo árabe. Mediador de este intercambio fue Gerberto, monje de Aurillac, abad de Bobbio (982), arzobispo de Reims y de Ravena, y papa con el nombre de Silvestre II (999-1003). Parece demostrado que entre 967 y 970 visitó las sedes de Barcelona y Vich, en Cataluña, y entró en relación con la ciencia arábiga. A él se atribuye la introducción en Europa del astrolabio –instrumento adecuado para medir la altura de los astros–, del ábaco –de origen romano, pero que los árabes perfeccionaron añadiéndole una pieza nula que denominaron *sifr* (cero)– y de la numeración arábiga.

El pensamiento filosófico se mueve en la esfera helenística. El pensador más original fue el irlandés Juan Escoto (810-877), traductor del Pseudo-Areopagita, manuscrito enviado por Miguel el Balbo de Bizancio a Luis el Piadoso. En su obra *De divisione naturae* nos expone el círculo del devenir ontológico, desde el Ser absoluto, increado y creador, pasando por las criaturas que son la palabra divina y que han de retornar al Absoluto. Escoto fue, tal vez, el primer intelecto libre de la Edad Media.

Los analistas siguen, en cierto modo, el estilo iniciado por Isidoro de Sevilla y Gregorio de Tours, de anotar los sucesos conocidos directamente, por orden cronológico. El método es sencillo y objetivo, aunque a veces caen en el panegírico. Famosos son, entre otros, los anales de Fulda, de Herford, de Nordhausen y Hildesheim.

Exponentes de creación literaria fueron Eckhart de Saint-Gall, autor del poema épico *Waltharius*, que recoge algunas leyendas germánicas de la época de las migraciones, y la poetisa Hroswitha, monja de Gandersheim, que cultivó el drama terenciano y la hagiografía rimada.

La preocupación pedagógica fue uno de los temas principales de la cultura carolingia, como nos lo revela la Capitular del año 789, en la que se fijan las materias de enseñanza: el solfeo, la salmodia, el cómputo eclesiástico y la gramática. Un particular interés por la educación de los jóvenes tuvo Alcuino, autor de unas *Propositiones ad acuendos iuvenes*, que plantean cuestiones curiosas de logística, e introductor de las siete artes liberales, divididas en el *trivium* y el *quatrivium*, siguiendo la clasificación ideada por Martiano Cappella en el siglo V.

A pesar de sus limitaciones, no puede negarse que la época imperial carolingia y otónida suscitó la aparición de la figura del intelectual universalista, preparando el advenimiento de una época de mayor circulación cultural: la universitaria.

A. A. C.

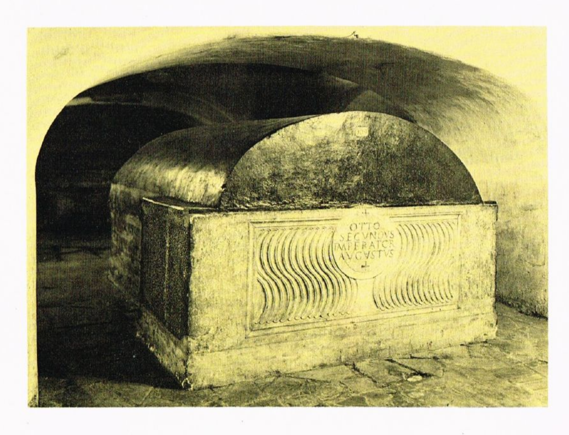
un cinturón de marcas fronterizas, debidamente articuladas, que consolidarían la obra de Enrique I. Un aspecto positivo de ambas expediciones, en cuanto a la cohesión interior, fue que en ellas tomaron parte todos los ducados.

Otro capítulo muy distinto fue la cuestión italiana. Era, ciertamente, un tema tan carolingio como el de las marcas del Este, pero en modo alguno constituía un problema "nacional" germánico, por lo que muy bien podía haber quedado al margen. Sin embargo, Otón I, en cuanto se vio más seguro en el trono alemán, no dudó en intervenir en Italia de un modo directo. Y él, rey no carolingio, se sentirá extrañamente llamado a ceñir la corona de los lombardos.

La situación italiana revelaba una profunda desintegración. El pontífice se convertía, en repetidas ocasiones, en una mera pieza del juego político, en el que se entretenían unos príncipes sin miramientos. Sobresalían en su osadía los duques de Spoleto, Agiltrudis, viuda de Guido, y Lamberto, que, como era de esperar, no pudieron perdonar al papa Formoso la coronación de Arnulfo, por lo que le sometieron *post mortem* a un macabro juicio revisionista. A partir de Esteban VI (896-897), eliminado por la violencia, puede decirse que los papas escribirían su historial político al dictado de dos personajes femeninos: la citada Agiltrudis y Marozia.

Era ésta hija de un *dux militiae* llamado Teofilacto y estaba casada desde 905 con Alberico, marqués de Camerino. Llevada por su ambición y espíritu de intriga, Marozia consiguió dirigir la vida pública romana durante tres decenios. Su influencia creció con sus consecutivas nupcias con Guido de Toscana y Hugo de Provenza, el cual, por pertenecer a la familia de Boson, cuya rama directa se extinguió con Luis (890-905), pretendía el reino de Italia. Disgustada Marozia con el papa Juan X (914-928) por haber coronado a Berenguer de Friul en premio a su lucha contra los sarracenos, lo ahogó en su propia cámara. Y, sin desistir de sus propósitos, no cejó hasta elevar al solio pontificio a un hijo espúreo que, según parece demostrado, hubo de Sergio III (904-911) –tan venerable por otros conceptos–, y que reinó con el nombre de Juan XI (931-936).

Ni aun por esos medios consiguió Hugo de Arles la corona de Italia. El asalto del castillo de Sant'Angelo por Alberico, hijo del primer matrimonio de Marozia, terminó con aquella situación. El vencedor relevó a su madre en la dirección de los destinos de la ciudad, ostentando por primera vez el título de *Princeps romanorum* que adoptarían luego




***Sarcófago de Otón II en las galerías de la cripta de la Basílica Vaticana. Derrotado en el sur de Italia frente a los musulmanes, Otón II murió poco después en Roma.***



***Otón II y su esposa, la princesa bizantina Teófano, protegidos por Cristo, marfil del siglo X (Museo de Cluny, París). El matrimonio del emperador explica la manifiesta influencia bizantina que tiene este marfil y otras obras típicas de la escultura otoniana.***

algunos pontífices. Este pequeño principado de Roma era como un enclave dentro del reino de Italia, cuyo cetro poseía, desde 950, Berenguer II de Friul, nieto de Berenguer I, en quien se unió también la casa de Ivrea.

Era lógico que el rey de Italia ambicionara la dignidad imperial para su familia y, con el fin de conseguir su propósito, raptó a Adelaida, viuda del rey Lotario, y la encerró en la fortaleza de Garda, con la pretensión de desposarla con su hijo. Tamaña osadía ofreció a Otón I un buen motivo para ocupar los estados de aquel príncipe y obligarlo a prestarle vasallaje. Depuesto junto con su hijo en la dieta de Pavía (961), murió Berenguer II cinco años después en Bamberg, frustrada su resistencia y dispersados sus herederos. Con ello, quedaba abierto para Otón I el camino de Italia.

El doble aliciente –imperial y pontificio– de la ciudad de Roma y el prestigio que aún conservaba la corona de los Lombardos, transformada por Carlomagno en un signo de cooperación con la Santa Sede, constituían una meta gloriosa, a la que Otón I no pudo resistir. Su *cursus honorum* fue rápido y fulgurante: boda con la reina rescatada, coronación en Pavía como *Rex Francorum et Langobardorum* y, finalmente, unción imperial en Roma, junto con Adelaida, por el papa Juan XII, el 2 de febrero del 962. Quedaba con ello instaurado el Sacro Imperio Romano Germánico de Occidente.

Aparte de significar el máximo prestigio secular dentro de la cristiandad, el título imperial ofrecía a Otón el Grande, como anteriormente a Carlomagno, el medio de poder realizar un programa político muy concreto: el robustecimiento de su poder en Alemania y la expansión hacia los dominios italianos. Si los Otones alcanzaron la primera meta, hay que reconocer, en cambio, que su *Drang nach Süden,* o "Marcha hacia el Sur", se vería erizada de dificultades y dejaría una difícil y engañosa herencia a sus sucesores.

La situación de paridad que la dignidad imperial le confería permitió a Otón el Grande proseguir el camino emprendido por Enrique I hacia la integración del reino germánico, y muy bien podría considerársele como el creador de Alemania. Para conseguir este fin, aplicó dos medios distintos: la consolidación de su dinastía y la estructuración del estado. Al primero de ellos apuntan los nombramientos de Ludolfo, hijo de su primer matrimonio, como duque de Suabia, y el de su yerno Conrado el Rojo, para el ducado de Lorena; y, hecho más significativo, la asociación de su hijo Otón en el reino de Italia (962) y en el Imperio (967). Para reinar de un modo efectivo en sus territorios alemanes, Otón I adoptó un sistema muy eficaz: el de sustituir la antigua relación de servicio-beneficio –que en pocos años arruinó al Imperio carolingio– por una red administrativa eclesiástica, de rango imperial, que cubría prácticamente las zonas más inestables de sus ya extensos territorios.

Los obispos, cuyo nombramiento se reservaba, se vieron por ello investidos de las atribuciones propias de los condes, tales

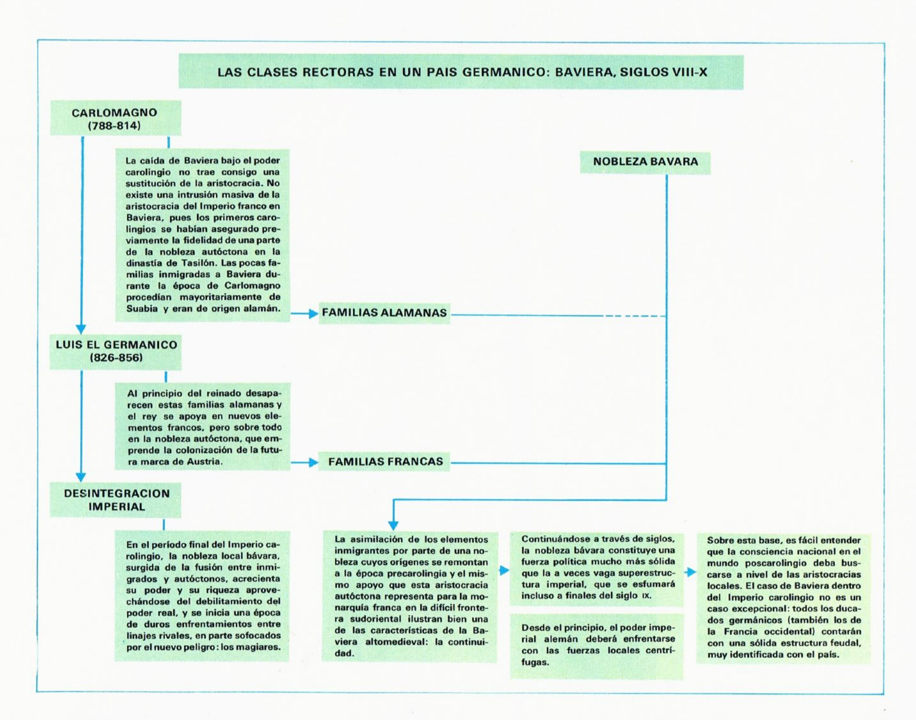
como el ejercicio de la justicia y la facultad de acuñar moneda, de imponer derechos aduaneros y de permitir la instalación de mercados. Formáronse, de este modo, los poderosos arzobispados de Magdeburgo, Colonia y Maguncia, y los obispados de Chur y de Spira.

Por su parte, la Iglesia podía contar con un instrumento poderoso y eficaz de penetración en los pueblos todavía paganos. Apoyada en su estatuto político, operaba sobre las mentes sumergidas en culturas de distinta naturaleza antropológicas –salvando la acción individual de algunos espíritus selectos– con un doble medio de comunicación social, muy expresivo y efectista: el templo de piedra, que destacaba por su mayor altura y solidez sobre el conjunto de construcciones en madera, y la creación de un ámbito solemne y misterioso en el interior del recinto sagrado.

La cristianización del pueblo se operaba más desde las altas estructuras que desde las propias, no siendo raro que a una victoria militar sucediese la conversión del caudillo, al que imitaban, de un modo automático, las comunidades étnicas locales. Con frecuencia, la adopción del cristianismo se presentó como una decisión soberana y, en cierto modo, como un asunto de estado. No ha de extrañarnos, pues, que apareciesen algunos focos refractarios a la integración, bien en forma de rebelión abierta –como la de los polacos en 1040– o mediante una segregación, como la comunidad de obodritas, que siguió sus prácticas paganas en el Bajo Elba hasta el siglo XII.

Las esferas religiosa y política se condicionan entre sí de tal manera que en el Imperio otónida podría afirmarse que las sedes episcopales, debidamente articuladas, desempeñan la función de baluartes avanzados.

Las marcas meridionales dependían de los arzobispados de Aquileya y Salzburgo; al






arzobispado de Magdeburgo correspondían las sedes episcopales de Olmütz, en Moravia; Praga, en Bohemia; Merseburgo, Meissen, Brandeburgo, Havelberg y Oldenburgo, en los países eslavos, y la de Posen, en Polonia. Más al Norte, la conversión de la reina Gunhilda, esposa de Haroldo Diente-Azul, al cristianismo, permitió la creación de las sedes de Schleswig, Aarhus y Ribe en la península danesa.

Con Otón I el Grande se prefigura lo que será el Imperio de la dinastía sajona hasta Enrique II (1002-1024): un núcleo territorial compacto, en el centro de Europa, flanqueado por una constelación de marcas y reinos vasallos. En el flanco oriental, y de Norte a Sur, se formaron las marcas de los Billung, del Norte, o Altmark; de Lusacia, de Meissen, de Zeitz, de Nordgau, del Este; de Estiria y de Carintia –lindando esta última con la de Verona–. Detrás del dispositivo de defensa fronteriza, la influencia del Imperio se extendía hacia los dominios de Polonia, Bohemia, Moravia y Hungría. En el flanco occidental, los pequeños reinos producto de la desintegración carolingia fueron capturados uno tras otro dentro de la órbita

*La catedral de Worms, la más característica de las construcciones románicas renanas, empezada en el siglo XI y terminada en el XII.*

del Imperio germánico: Alta y Baja Lorena y finalmente, en 1032, el propio reino de Provenza.

Si el reino de los francos orientales había desplazado a su favor el eje político carolingio, no pudo, sin embargo, resolver la "cuestión italiana", que habría de crear una situación dilemática durante todo el medioevo. Con razón algunos historiadores sostienen que la obsesión romana perdió a los emperadores alemanes.

En tal situación hay que distinguir las relaciones del Imperio con el papado y con el pueblo italiano. En las primeras se observa una disyunción entre una situación de hecho y otra de derecho. Esta última descansaba en un estatuto o carta otorgada, denominada *Privilegium Othonis*, por el cual el emperador se obligaba a defender las posesiones temporales de la Iglesia, aunque subordinaba el reconocimiento del papa al juramento que éste debía prestar en favor de aquél, según lo estipulado entre Luis el Piadoso y Eugenio II en 824.

En el terreno de los hechos, sin embargo, los emperadores alemanes se reservaron la opción de apelar a la violencia siempre que presumían la falta de ciertos requisitos de índole cualitativa. Es sintomático que, ya en el 963, el propio Juan XII, que había otorgado la diadema imperial a Otón I, fuera depuesto por la fuerza, por el motivo de tener ciertos tratos con Adalberto, hijo de Berenguer II.

El concilio que se celebró acto seguido en Roma (noviembre 963), al que asistieron unos cuarenta obispos, fue una especie de juicio público contra aquel pontífice, acusado de disoluto y prevaricador. En su lugar, Otón I ensalzó la figura de un oscuro laico, que adoptó el nombre de León VIII.

A los pocos meses, un nuevo concilio (febrero 964) venía a deshacer la obra del primero y a reponer a Juan XII, quien fue sustituido, al morir, por el prestigioso gramático Benedicto V. Un nuevo asedio de la capital por parte de las tropas imperiales invierte nuevamente los términos con la reposición del antipapa León y el destierro del anterior a Hamburgo.

Toda esa lamentable historia demuestra que el solio pontificio estaba sujeto a la tensión de un sistema de fuerzas de carácter secular. Así, por ejemplo, al morir el antipapa León (965), hechura del emperador y, como tal, abiertamente rechazado por el patriciado romano, Otón I buscó una diversificación al problema, promocionando la candidatura de Juan XIII, hijo de Teodora Teofilacto, llamada la Joven, y hermano del príncipe Juan Crescencio, que gozaba de gran influencia en Roma. Sólo que esta vez se levantó una ola de oposición en las oligarquías italianas, que exigieron la expulsión del pontífice. Su reposición a fines del 966 y la coronación de Otón II como emperador asociado, en diciembre del 967, señalaba que, en definitiva, Otón el Grande había salido airoso de la prueba y que su obra quedaría asegurada.

Sucesor de los emperadores de Occidente, Otón I quiso ratificar socialmente su prestigio entroncando con el emperador de Oriente. Si antes los reyes sajones habían emparentado con las casas reales francesa e inglesa, un emperador podía aspirar a más. Sin demasiados preámbulos, envió como emisario a Luitprando, obispo de Cremona, cerca del *basileus* Nicéforo Focas para pedirle la mano de la princesa Teófano, joven de re-

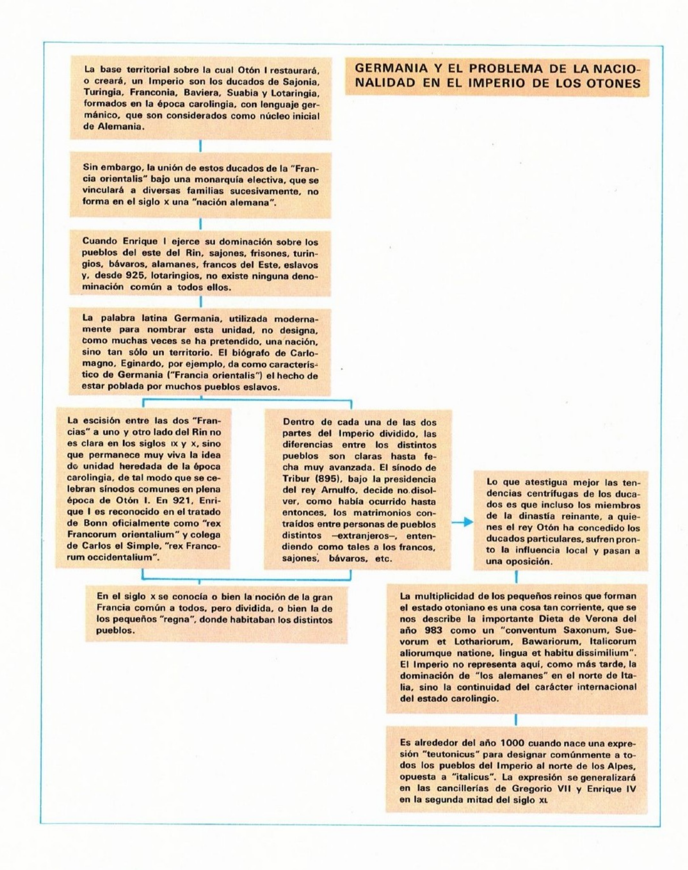


***Miniatura de la escuela de Reichenau de hacia 983, que representa al emperador Otón II –para otros es Otón III– recibiendo el homenaje de las cuatro provincias de su Imperio (Museo Condé, Chantilly).***

finada instrucción, hija de Romano II, para desposarla con Otón II. El emperador bizantino, con toda la arrogancia de la dinastía macedónica a la que pertenecía y que se había prestigiado en sus luchas contra los árabes, no se privó de comentar el poco respeto que le inspiraban las costumbres germánicas, terminando la entrevista con un desdeñoso apóstrofe: "Si tu amo quiere obtener el gran favor que me pides, que comience por devolvernos lo que es nuestro" (refiriéndose a los estados de Roma y de Ravena). Más accesible fue su sucesor Juan I Tzimiskes, quien –ante el saqueo de la Calabria por el rey alemán– le mandó a la princesa Teófano, que fue coronada conjuntamente con Otón II el 22 de diciembre del 967 por el papa Juan XIII, como se ha indicado.

Otón I dejó de su primer matrimonio con Edith, hija del rey Eduardo de Inglaterra, a Ludolfo, duque de Suabia, y a Luitgarda, mujer de Conrado el Rojo, duque de Lorena. Y de Adelaida tuvo a Otón, Enrique, Bruno –que murieron jóvenes–, Matilde y Teresa –ambas abadesas–. Murió el 7 de mayo del año 973 en Magdeburgo, sede arzobispal fundada por él, en donde fue sepultado.

Su hijo y sucesor Otón II, aunque había sido designado rey de Alemania en 961, co-



ronado rey de Italia en 962 y asociado al Imperio cinco años después, no parece haber desempeñado ninguna función gubernativa hasta entrar en posesión efectiva de su mandato. Y aun entonces, por ser menor de edad (había nacido en 955), estuvo algún tiempo bajo la regencia de Adelaida, que fue enviada a Pavía por una intriga de su nuera, la emperatriz Teófano.

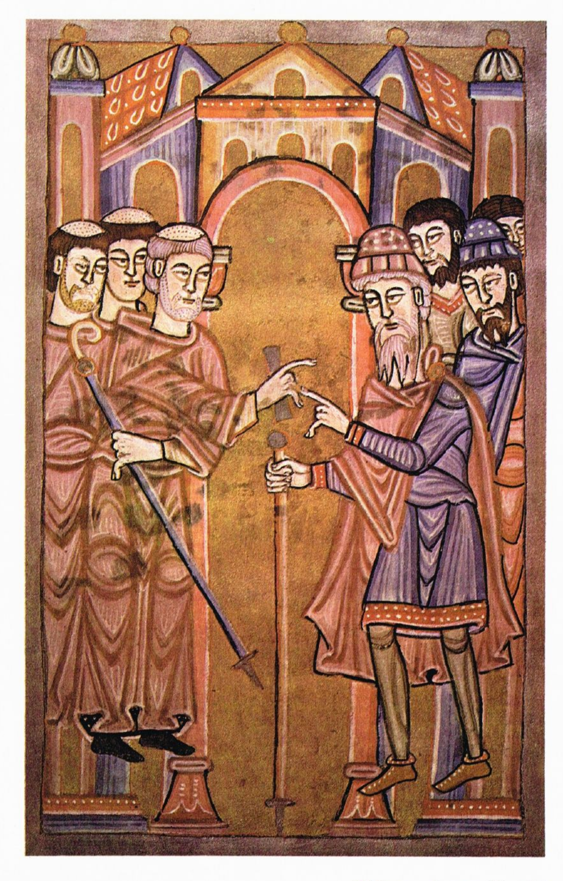
En los diez años de reinado, la obra construida por su padre pareció zozobrar, al replantearse los antiguos problemas internos y exteriores. Su tío Enrique de Baviera, que no había depuesto sus ambiciosos designios, se hizo coronar en Ratisbona por el obispo de Freisingen y logró formar una coalición de daneses y bohemios descontentos, que fue deshecha con facilidad. En Roma prosiguieron las intrigas de los nobles italianos, a las que puso fin Otón II mediante un banquete sangriento, durante el cual hizo apuñalar arteramente a sus invitados (981). En el mediodía de Italia tuvo que afrontar una nueva incursión de los fatimíes, gobernados ahora desde El Cairo, que se disponían a ocupar la Calabria. Derrotado en cabo Colonna en el 982, murió en Roma el 7 de diciembre del 983 y fue enterrado en la basílica de San Pedro. De su matrimonio con Teófano nacieron Otón, Matilde (casada con el conde palatino del Rin), Sofía y Adelarda, abadesas de Gandersheim y de Quedlinburg, respectivamente.

Otón III inició su reinado bajo la tutela de su madre Teófano (m. en Nimega, 991) y de su abuela Adelaida (hasta 994). Había sido designado sucesor en la dieta de Verona y coronado en Aquisgrán como rey de Alemania en 983. Recibió la corona imperial de manos del arzobispo de Ravena, legado pontificio, el 25 de diciembre de aquel mismo año. Contra este príncipe dirigió también sus maniobras Enrique el Pendenciero, quien osó raptarle, aunque sin resultados. Fue educado por algunas figuras excepcionales: Bernwardo, luego obispo de Hildesheim, y por Gerberto de Aurillac, personaje este último que habría de influir intensamente en su reinado.

Si el concepto imperial de Otón I era de raíz carolingia, aunque más realista en cuanto al dominio territorial, Otón III aparece, por el contrario, como la expresión triunfalista de un concepto imperial mitificado, que intenta fusionar los más dispares elementos: carolingios, bizantinos y romanos.

Jefe de la familia sajona, instaló su palacio imperial en el Aventino y desde allí proclamó solemnemente la *Renovatio Imperii Romanorum,* cuyo contenido formal era arbitrario y heterogéneo. En primer término, el propio emperador "romanizado" por el deseo restauró no pocas de las instituciones de la época clásica: el consulado anual, el *senatus,* los *tribuni plebis* y el patriciado. Creó una flota imperial, con la que soñaba conquistar la isla de Sicilia. Y aún tenía en la mente la anacrónica idea de restablecer los triunfos militares y los juegos circenses.

En su corte, sin embargo, reinaba un protocolo plagiado de la corte bizantina, expuesto minuciosamente en su *Graphia aurea urbis Romae*. Los antiguos capellanes palatinos recibieron ahora el nombre de *logothetes,* y el



***Miniatura de un códice del siglo XI, de una de las escuelas imperiales, que ilustra la moda en el vestir de los clérigos y cortesanos de la época (Biblioteca Palatina, Parma).***



***Recipiente de marfil para contener agua bendita decorado exteriormente con relieves de escenas evangélicas (Victoria and Albert Museum, Londres). La pieza fue tallada en el norte de Italia, probablemente durante el reinado de Otón II.***

canciller, el de *archilogothetes.* Siete grandes consejeros eran consultados en los más arduos asuntos y el decano de ellos *(primicerius)* estaba continuamente a su lado. Pero en donde el fasto oriental halló su máxima expresión fue en el revestimiento de la persona del emperador. Las túnicas y clámides de lujosos tejidos se sobreponían bárbaramente, cubiertas por la capa cuajada de campanillas de oro. En su ropaje campeaban los signos del zodíaco; en el cinturón se leía la divisa: *"Roma, caput mundi, regit orbis frena rotundi",* y en los florones de la corona estaban representadas Europa, Asia y Africa. Con esta complicada simbología se quería significar, evidentemente, una idea de dominio universal, insertado en el concepto de *Respublica christiana,* regida y defendida por el emperador.

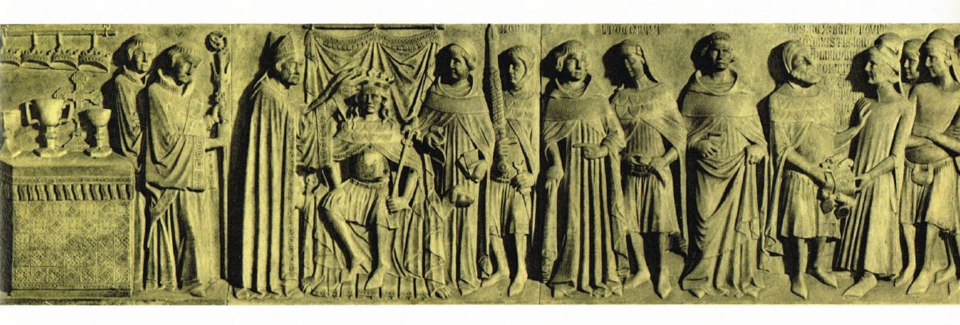
Otón III tuvo que luchar, como sus antecesores, contra la nobleza romana, esta vez acaudillada por Crescencio el Joven, a quien hizo cortar la cabeza, negándole el perdón ofrecido (998). Y, como su padre, sufrió una derrota frente a los sarracenos, demostrando una vez más la inferioridad de los batallones teutónicos frente a las tropas ligeras africanas.

El último de los Otones fue un espíritu abierto a algunas de las corrientes espirituales que se perfilan en su época, como es el sentimiento y necesidad de la *peregrinatio.* En los últimos años de su reinado realizó tres peregrinaciones, que tienen la fuerza de un símbolo: al sepulcro de Carlomagno en Aquisgrán, que mandó abrir apoderándose de algunas insignias y restos imperiales; a Praga, en donde reposaba su amigo el apóstol de los eslavos, Adalberto, y al monte Gargano, en Italia, por consejo de Romualdo. Murió en la Campania, a los veintidós años, el 23 de enero del año 1002.

En su conjunto, el Imperio otónida había obtenido unos logros indiscutibles, pero, aparte plantear la espinosa cuestión italiana y acentuar en la cristiandad el dualismo entre el pontificado y el Imperio, podría decirse que careció también de una verdadera representatividad frente a los otros reinos y estados. Vimos ya el forzado acercamiento de Otón I al Imperio bizantino, del cual no salió ninguna política de conjunto frente al peligro común que representaban los sarracenos. El mismo emperador envió *motu proprio* una embajada al califato de Córdoba, presidida por Juan de Gortz, a la que contestó Abd al- Rahman III con otra delegación, encomendada a Recemundo, obispo mozárabe de Granada; como es de suponer, no hubo resultados prácticos.



***Punta de lanza del siglo X, usada sin duda en algún combate por las tropas otónidas (Kunsthistorisches Museum, Viena). La zona media está recubierta de una lámina de oro con una inscripción.***



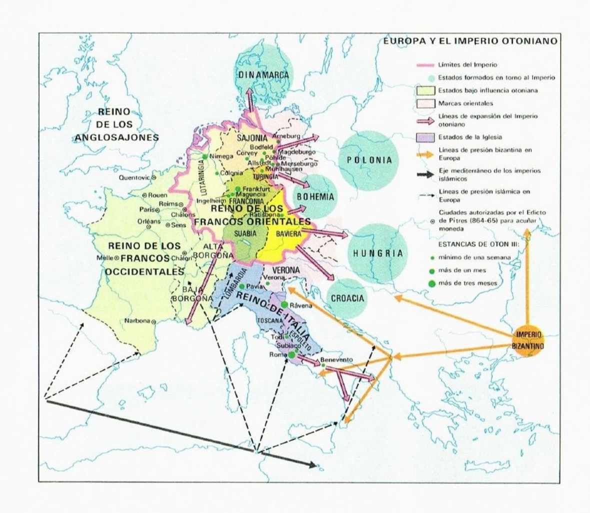
***Coronación de Otón III representada en un relieve de la catedral de Monza. El papa que lo corona emperador es Gregorio V, elegido por el propio emperador entre los miembros de su familia.***

Respecto a la Europa estricta, el Imperio otónida no estuvo presente tampoco, de un modo eficaz, en muchos de los movimientos subyacentes de la época ni constituía tampoco un principio de unificación, ni siquiera moral. Hay extensos estados en formación que escapan a su influencia –dejando aparte los países que, como Bulgaria y Croacia, caían bajo la órbita de Bizancio–. Así, en Escandinavia, Gorm el Viejo funda el reino de Dinamarca, que englobaba Jutlandia, Schleswig, Seeland, Halland y otros dominios sobre parte de Noruega y del litoral eslavo del mar Báltico.

A pesar del *Danewerk* –gigantesco terraplén en el istmo de Jutlandia–, existía un intercambio comercial y el rey danés recibía amistosamente a los misioneros. Su hijo Haroldo Blâtöön junto con su esposa Gunhilda recibieron el bautismo, hecho que permitió la creación de los obispados ya referidos. Pero, excepto esas tomas de contacto, los Otones asistieron impasibles a la lucha que años después se entablaría entre daneses y suecos de una parte, y noruegos y vendos de otra, y que terminaría con la batalla naval junto a la isla de Svold (1000), encuentro que daría la primacía a los primeros y permitiría al rey Canuto el Grande (1016-1035) formar un extenso, aunque breve, imperio



***El emperador Otón III, escultura del siglo X en la iglesia de San Bartolomé all'Isola, Roma.***



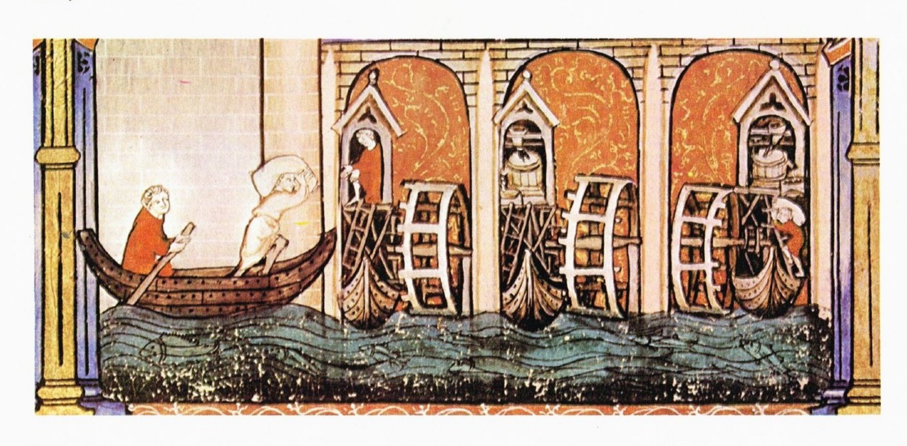

anglo-escandinavo, al que estarían sometidas las colonias eslavas de las bocas del Oder y del Vístula.

Más intervencionista fue la política de los Otones respecto al antiguo *regnum orientale,* al que dejaron, por mucho tiempo, reducido a las fronteras del tratado de Verdún, con el dominio progresivo y sistemático sobre la Lotharingia, con la minusvalía territorial que significaban los grandes principados. Ya Enrique I, en la campaña que terminó en Soissons (923), había estado a la expectativa respecto a la cuestión dinástica promovida entre Roberto, hermano de Eudes, y Carlos el Simple. El restablecimiento de la línea carolingia en Luis IV, a la muerte del robertiano Raúl, no fue excesivamente grato a la corte imperial, lo que dio lugar a la acción de Attigny (942). Por la asamblea de Noyon fue designado definitivamente Hugo Capeto, nieto del rey Roberto e hijo de Eduvigis, hermana de Otón el Grande (1 junio 987). Carlos, hijo de Luis IV de Ultramar, a quien el emperador alemán había nombrado duque de la Baja Lorena, fue hecho prisionero (991) por el rey francés, sucumbiendo en el cautiverio.

La indiferencia con que los Otones asistieron a la liquidación de los carolingios en Francia parece ser motivada por un enfoque político alentado por el arzobispo de Reims, Adalberón, y por Gerberto de Aurillac, para quienes el Imperio era sinónimo de unidad cristiana, cuya ensambladura podía deteriorarse con la aparición, siempre posible, de un pretendiente carolingio. No hay que olvidar que los reyes sajones eran sucesores por elección, mas no por la sangre, de Carlos el Grande.

En adelante serán los monarcas franceses quienes –a través, sobre todo, de la orden de Cluny– estrecharán sus relaciones culturales con los nacientes reinos y condados hispánicos, y con los vecinos reinos de Provenza, Borgoña e Italia, al tiempo que surgen en Occidente las instituciones defensoras de

***Detalle de una miniatura de la "Vida de Saint-Denis", en que aparecen unos molinos sobre el Sena, movidos por la fuerza de la corriente del agua, tan utilizados en la Francia del siglo X para regar los campos y moler los granos (Biblioteca Nacional, París).***



una paz universal *(Trêve de Dieu, Friedesbrief, Paz y tregua, frankpledge)*, en las que tanto laboraron algunos príncipes y eclesiásticos y que surgió por completo al margen de la institución imperial. La Iglesia se ponía, también ahora, como en la época poscarolingia, en un primer plano en el movimiento en favor de la unidad. No es de extrañar, por tanto, que fuera en este siglo cuando Roma empezó a adquirir la aureola de capital del mundo cristiano.

El Imperio, si bien tenía una organización bastante desarrollada, no era más que una sobrestructura ideológica, dentro de la cual, y rebasando sus límites, se sucedían unos fenómenos en cadena, que preparaban el camino hacia una transformación de la sociedad.

Los condicionantes principales de este proceso de renovación fueron: el aumento demográfico, el impulso agrícola y tecnológico, la expansión comercial y el dinamismo particularista. El resultado fue una nueva concepción del estado, más realista y coherente.

Después de la peste hemisférica del año 742, Europa entra en una fase de crecimiento demográfico, sólo detenido por la peste negra de 1350, y que perdurará hasta nuestros días. Una modalidad del incremen-

## LA FRONTERA ORIENTAL DE ALEMANIA

Atraídos por los espectaculares acontecimientos del Imperio y de su controversia con el papado, los libros de Historia dedican mucho menor atención, en general, a otros aspectos que tal vez sean más importantes desde el punto de vista estrictamente alemán, tales como la organización interna del país o, sobre todo, sus relaciones con los pueblos establecidos más al Este; el último de ambos fenómenos es uno de los capítulos fundamentales de la historia medieval europea y ha tenido y sigue teniendo repercusiones hasta nuestros días, porque fue a través de esta frontera alemana como la civilización occidental penetró hacia el Este e incorporó pueblos y tierras que tienen, por otra parte, riquezas culturales y peculiaridades importantes. Son estos pueblos los eslavos del Oeste (polacos y checos), los húngaros, los lituanos y otros pueblos situados en las riberas del mar Báltico, aunque en este campo Alemania compitió con la presencia de los escandinavos. Más al Este, el pueblo ruso, que afirmaba su propia personalidad en torno a Kiev, con influencias bizantinas y "varegas" o escandinavas, tendrá así el primer contacto con los europeos occidentales y comenzará a moverse en su misma órbita de civilización.

Ya Carlomagno llevó la frontera desde el Rin al Elba mediante la conquista y cristianización de Sajonia, y estableció relaciones con el reino eslavo de la Gran Moravia, antecesor de Bohemia (actual Checoslovaquia). Los emperadores otónidas y sus sucesores del siglo XI realizaron la primera conquista de los territorios comprendidos entre los ríos Elba y Oder, donde establecieron "marcas" o gobernaciones fronterizas, y sometieron a protectorado la comarca del Schleswig, en la frontera con Dinamarca. Al mismo tiempo, establecieron otras "marcas" en las cuencas de los ríos Danubio, Drave y Save para contener las incursiones de los pueblos eslavos del Sur (actual Yugoslavia) y de los húngaros. Sobre aquellas "marcas" del Este, de Estiria, de Carintia y de Carniola surgiría, varios siglos después, el fundamento de la nacionalidad austríaca.

Más al Este comenzaba el territorio poblado por polacos, checos, húngaros, croatas, etc. Estos pueblos tenían un origen y unas características muy diversas. Los croatas habían sido cristianizados en el siglo IX por Cirilo y Metodio y, a través de complicados avatares políticos, mantuvieron diversos grados de autonomía en toda la Edad Media bajo el triple influjo bizantino, alemán e italiano, aunque también estuvieron relacionados con búlgaros y húngaros, que los dominaron políticamente en ocasiones, y, desde el siglo XIV, con los turcos otomanos. La actual constitución política de Yugoslavia, tan compleja, no es ajena a estos acontecimientos históricos.

Los húngaros, nómadas procedentes de las estepas eurasiáticas, comienzan a sedentarizarse, desde la segunda mitad del siglo X, en torno a la cuenca media del Danubio. Al mismo tiempo, comienza su cristianización y organización en forma de reino, que culminó con la conversión del rey Vajk (Esteban) en el año 996. Desde entonces, la asimilación a los modos de vida europeos, favorecida por la proximidad de las marcas austríacas y por la reanudación del tráfico danubiano, no dejó de aumentar.

Los checos constituyeron un poder político, Bohemia, con sede religiosa y nacional en Praga a lo largo de la segunda mitad del siglo X; sus relaciones con el Imperio fueron muy estrechas y Bohemia será un reino vasallo durante toda la Edad Media.

Los polacos constituyeron su organización política más alejados del ámbito alemán y con mayor independencia; el paso de la organización tribal a la de reino se realiza en el siglo X gracias al florecimiento urbano y a la cristianización, aprovechada por los reyes Meszco I y Boleslao I, que gobiernan sucesivamente entre el año 960 y el 1025; de todas formas, amplias zonas del país seguían mal organizadas y poco pobladas, y una región, Silesia, era causa de frecuentes conflictos con los checos.

Sobre este panorama oriental se proyecta la influencia del Imperio germánico, primero cultural y religiosa, pero, desde comienzos del siglo XII, en forma de avance colonizador y político: la "marcha hacia el Este", iniciada en tiempos de Lotario de Suplimburgo y que tiene su principal protagonista en el duque Enrique el León, sirvió para colonizar definitivamente los territorios entre el Elba y el Oder, actual frontera germano-polaca, y a sembrar de colonos rurales y de poblaciones urbanas Pomerania, Polonia, sobre todo en su costa báltica y en la de la antigua Prusia oriental, Silesia, Bohemia (origen de la minoría alemana de los "sudetes"), Moravia y Mecklemburgo.

Aquella expansión, favorecida por los señores eslavos, por las Órdenes religiosas y militares, en especial la Orden Teutónica, mezcló profundamente los modos de vida eslavos y germanos, extendió el derecho alemán, en especial el urbano, y significó una enorme riqueza agraria, comercial y cultural para toda aquella área geográfica. Llegó a su término a fines del siglo XIII, cuando finaliza la gran expansión demográfica de la Europa medieval. La "marcha hacia el Este" fue, junto con el hecho de la Reconquista española y de las cruzadas, el principal fenómeno expansivo de la civilización occidental durante aquellos siglos.

M. A. L. Q.

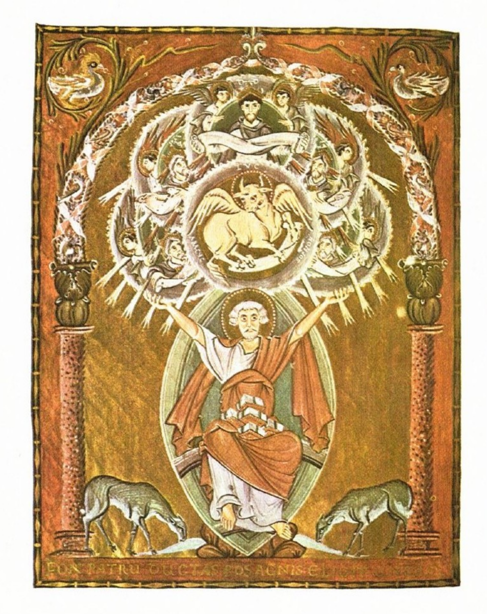


***Sepulcro del papa Gregorio V en las galerías de la cripta del Vaticano. Como dice la inscripción lapidaria, se llamaba Bruno y era hijo de Otón de Carintia y, por tanto, primo de Otón III, que le hizo papa.***

to poblacional consiste en su diferente distribución, por entrar en juego otros factores y recursos socioeconómicos. Podría afirmarse que el hábitat natural y agrario de la época carolingia sufre una mutación, volviéndose cada vez más urbano. Proceso de larga duración que se desencadena al filo del año 1000 y que se manifiesta con mayor intensidad a lo largo del segundo milenio.

El bosque "esencial" de la época carolingia, dentro del cual surgía, como un oasis, la pequeña explotación agrícola, va siendo reducido por la ampliación de las áreas de cultivo y por los nuevos métodos de explotación del suelo, debidos a la introducción de algunos perfeccionamientos técnicos: nuevos tipos de arado, manual o de ruedas, atalaje más racional de los animales de tiro, rotación de la siembra, mayor aprovechamiento de la fuerza hidráulica, etc. En esta centuria existe una gran actividad molinera y raro es el monasterio que no posea sus molinos: sólo el de Saint-Germain-des Prés contaba con cerca de sesenta y en Inglaterra, en el siglo siguiente, alcanzan la cifra de cinco mil.

Junto al cultivo extensivo de los cereales aumenta también el área de la vid, que avanza hacia el norte de Francia, Flandes, la Renania e Inglaterra. Al lado de los cereales y del vino surgen otros excedentes de producción, tales como la sal de Baviera, la lana inglesa, los paños frisones, las maderas septentrionales, etc. Esas transacciones vienen a incrementar el comercio de bienes de consumo suntuarios (sedas, pieles, espadas, esclavos, especias, piedras y objetos preciosos, etc.), ya existente en la época carolingia. Se ponen en juego entonces unos mecanismos de oferta y demanda, muy elementales ciertamente, pero que determinan la aparición de unos centros distribuidores al lado de otros consumidores y de unas vías de comunicación terrestres, fluviales o marítimas.

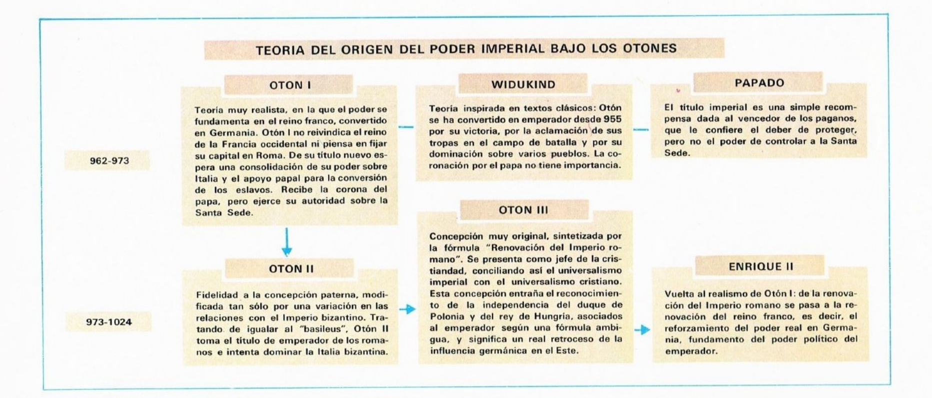


***Miniatura de una de las páginas del Evangeliario de Otón III, obra de fines del siglo X de la escuela de Reichenau, que representa al evangelista San Lucas rodeado de cinco profetas (Biblioteca del Estado, Munich).***

## ACONTECIMIENTOS ESENCIALES DE LA EPOCA OTONIANA

| | |
|---|---|
| 919 | Los grandes de Franconia y de Sajonia eligen rey al duque Enrique de Sajonia en Fritzlar. |
| 921 | Enrique I es reconocido rey por los bávaros. |
| 926 | Enrique I obtiene de los magiares una tregua de nueve años, a cambio de la liberación de un príncipe húngaro. |
| 932 | Enrique I deja de pagar tributo a los magiares. |
| 934 | Victorias de Enrique I en Dinamarca. |
| 936 | Otón, hijo de Enrique I, proclamado sucesor en Erfurt. El rey muere en Memleben. Otón acude a Aquisgrán para tomar oficialmente el poder real, en presencia de los príncipes y altos dignatarios, enlazando así con las tradiciones carolingias. Oposición interna a Otón I. |
| 939 | Nueva rebelión, capitaneada por el hermano menor del rey, Enrique, y apoyada por el rey de Francia, Luis IV; es sofocada después de la victoria militar de Andernach. |
| 941 | Nueva rebelión. Tras una nueva victoria, Otón puede disponer de los ducados y nombrar a miembros de su propia familia. |
| 944 | Conrado el Rojo, yerno de Otón, nombrado duque de Lorena. |
| 947 | Enrique, hermano del rey, nombrado duque de Baviera. |
| 951 | Tras una larga crisis política en Italia, Adelaida, viuda de Lotario II, solicita el auxilio de Otón I. Éste pasa los Alpes, ocupa Pavía, contrae matrimonio con Adelaida y se hace coronar "rey de los francos y de los lombardos". |
| 953 | Rebelión de Ludolfo en Germania. |
| 955 | Ante la invasión magiar, Otón consigue reunir a la dividida nobleza germánica y obtiene la primera victoria sobre los húngaros en Lechfeld. Tras esta victoria, las incursiones magiares cesarán, el poder y prestigio de Otón crecerán en Occidente y el poder monárquico quedará asegurado en Germania. |
| 961 | Otón I y la reina Adelaida regresan a Italia. |
| 962 | Coronación imperial en San Pedro de Roma (2 de febrero). |
| 964 | Tras incesantes luchas, Otón abandona Italia, dejando un papa fiel, León VIII. |
| 966 | Muerto León VIII, Otón emprende una tercera campaña en Italia y hace elegir a Juan XIII. |
| 972 | Otón casa a su hijo y heredero (el futuro Otón II) con la princesa bizantina Teófano, poniendo fin a una época de dificultades con el Imperio de Oriente. |
| 973 | Muerte de Otón I en Memleben. Oposición a Otón II, dirigida por Enrique de Baviera. |
| 978 | Victoria de Otón II sobre los rebeldes. Lotario, rey de Francia, invade el Imperio y es enérgicamente rechazado por Otón, que avanza hasta Montmartre, a las puertas de París. |
| 980 | Reconciliación de Lotario y Otón en Margut. |
| 982 | Ante los avances musulmanes en la Italia bizantina, Otón marcha a Calabria, reconquistando Tarento, y libra la indecisa batalla naval de cabo Colona. |
| 983 | Otón II muere, sucediéndole su hijo, Otón III, que cuenta tres años de edad, bajo la regencia de Teófano. Teófano logrará vencer, con ayuda de la viuda de Otón I, Adelaida, la oposición interior, estableciendo buenas relaciones con los países orientales y pacificando Italia. |
| 991 | La muerte de la emperatriz madre Teófano da la regencia a la abuela, Adelaida, que defiende el reino frente a los húngaros, aliados de Enrique de Baviera, y rechaza a los normandos. |
| 994 | Mayoría de edad de Otón III. |
| 996 | Otón III en Italia, donde hace elegir papa a un alemán, Bruno de Carintia (Gregorio V), quien a su vez corona emperador a Otón. |
| 997 | Gregorio V no puede mantenerse en Roma tras la partida de Otón; éste debe volver a Italia, dejando como regente en Germania a su tía, la abadesa de Quedlinburg. |
| 998 | Otón en Roma. Gerberto de Aurillac, íntimo del emperador, es elegido papa con el nombre de Silvestre II. Esforzándose en renovar el Imperio romano, Otón III transfiere su residencia a Roma, contando con la oposición tanto de alemanes como de italianos. |
| 1000 | El emperador peregrina a Gniezno (Polonia) para visitar la tumba de San Adalberto y crear el primer arzobispado polaco. |
| 1002 | Muerte prematura de Otón III en Paterno. Enrique, descendiente de Otón I, es proclamado su sucesor. |
| 1004 | Enrique II se hace coronar rey de los lombardos en Pavía. |
| 1004-1018 | Guerra contra Boleslao de Polonia, que se apodera de Bohemia y rompe los lazos de vasallaje. La guerra termina desfavorablemente para Enrique II, que deberá reconocer las conquistas de Boleslao en la paz de Bautzen. |
| 1021 | Campaña victoriosa en Italia contra bizantinos y árabes. |
| 1024 | Muerte de Enrique II y extinción de la casa imperial de Sajonia. |

Los cereales tuvieron un gran volumen comercial. Los excedentes de las granjas imperiales y de las abadías solían venderse a Italia, de donde los venecianos los reexpedían a Bizancio. Es también muy importante el comercio vinícola del norte de Francia, de Frisia y de Renania hacia Inglaterra y los países escandinavos. Los principales centros de distribución y puntos de confluencia de la circulación comercial fueron en Alemania las ciudades de Colonia y Maguncia, en el Rin y el Main; Regensburgo y Augsburgo, que controlaban la línea del Danubio; Magdeburgo y Halle, hacia Escandinavia; Hamburgo y Bremen, hacia Inglaterra; en Francia, Saint-Denis, Nantes, Narbona y Marse-




lla; en España, Barcelona, Jaca, Pamplona, Burgos y los puertos cántabros; en Italia, las ciudades lombardas y, sobre todo, Venecia, que sirve de intermediaria entre Europa, Bizancio y el Islam, traficando a la vez con productos occidentales (trigo, madera, sal, vino, esclavos) y productos orientales (sedas, especias, manufacturas valiosas).

Las vías de comunicación terrestre, que se habían deteriorado en la época de las invasiones del siglo anterior, vuelven a restablecerse. Se perfilan grandes caminos que se bifurcan y ponen en conexión los principales núcleos de población, tanto en Francia como en Alemania. También mejoran las comunicaciones entre Provenza, Italia y Europa central desde que fueron desalojados los sarracenos de su base de Garde-Frainet (972). Asimismo son más frecuentados los caminos que unen el mediodía francés con los reinos hispánicos. Pero la comunicación preferida, dentro del continente, es la fluvial: tanto las cuencas del Danubio como las del Elba, y su afluente el Saal; del Weser, del Rin, con sus afluentes el Main y el Mosela; del Mosa, del Sena, del Loira, del Garona y del Ródano, sostienen un activo tráfico.

Con todo, el hecho más importante en esta centuria es tal vez la primera apertura del Mediterráneo, la cual se produce por un debilitamiento de los núcleos árabes, que coincide con un aumento de la capacidad agresiva por parte de los estados cristianos. En el Mediterráneo oriental, la dinastía macedónica, instaurada en Bizancio con Basilio I (867-886), consigue recobrar bajo Nicéforo Focas (936-969) las islas de Creta y Chipre y la ciudad de Alepo, obra que completa su sucesor Juan Tzimiskés (969-976) con la conquista de Siria y Palestina. A su vez, ya destruida la indicada base provenzal de los árabes e imitando la estrategia de éstos de actuar por sorpresa, las ciudades norteitalianas se lanzan al mar. Una flota pisano-bizantina asedia la ciudad de Mesina en 975 y, posteriormente, pisanos y genoveses atacarán a los árabes de Córcega y Cerdeña (1016). Se prepara con ello la reactivación comercial del Mediterráneo, algo más tardía que la de los mares del Norte, de cuyo aforo mercantil nos da una buena prueba el registro del rey Etelredo de Inglaterra, del año 1000.

El desarrollo comercial es conexo con la aparición de nuevas profesiones y actividades relacionadas con la vida mercantil. Al lado de los vendedores ambulantes, de la primera época, surgen los mercaderes urbanos, los transportistas, los artesanos y cambistas, que se nutren –aparte unos pocos señores y patricios– de la clase ministerial y del campesinado, así como de las comunidades israelitas y grupos diversos.

Esa nueva clase social, activa y consumidora a la vez, es esencialmente urbana. A su imperativa instancia se amplían y densifican las escasas ciudades de cuño romano o carolingio que subsistieron si son idóneas para ello o se fundan otras modalidades de población. Gracias, sobre todo, a la red administrativa eclesiástica y a los condados carolingios, habían logrado subsistir algunas de las ciudades romanas, de las cuales las del norte y centro de Italia conservaban ma-

yor dinamismo: Roma, Milán, Turín, Verona, Bolonia, Cremona, Florencia y Nápoles. En Francia: Ruán, Limoges, Lyon, París, Toulouse, Arles y Marsella. En Alemania: Colonia, Maguncia, Tréveris, Augsburgo y Regensburgo. En España, gracias a la Reconquista, fueron restauradas Oviedo, León, Lugo, Astorga, Santander, Pamplona, Jaca, Huesca, Gerona, Barcelona y Tarragona.

No obstante, aun en los casos en que se conservaban el basamento y el nombre de la antigua ciudad, la estructura jurídica había desaparecido. En adelante y a través de un largo proceso, los nuevos implementos demográficos darán una nueva fisonomía a los centros urbanos. La forma más característica que adoptan los nacientes núcleos de población son los *burgos* o *foris-burgus*, que vienen a ser las colonias de artesanos y mercaderes que se forman, bien en el interior de la antigua ciudad o, con más frecuencia, adosadas a ella o separadas por un río. Pero el burgo se genera también alrededor de un castillo o fortaleza, o en campo abierto. Las poblaciones fluviales o marítimas pueden dar lugar al *portus* o *wic*, que es el embarcadero natural más fácilmente accesible al tráfico mercantil y cuya importancia será mayor, con el tiempo y en múltiples ocasiones, que la de las *civitates* tradicionales.

Aunque la presencia del *burgus* –adoptando distintas modalidades– se generaliza en todos los países occidentales, es en el centro de Europa en donde las nuevas formas de poblamiento –sobre todo el *wic*– ofrecen sus modelos más dinámicos y originales. En la cuenca del Danubio aparecen o se desarrollan: Ulm, Donauwörth, Linz y Passau; en la del Elba: Hamburgo, Bardowiek, Meissen y Magdeburgo (destruida en 983 y reedificada posteriormente); en la del Saal: Naumburg, Merseburg y Halle; en la del Rin: Utrecht, Nimega, Duisburgo, Colonia, Bonn, Coblenza, Worms, Estrasburgo, Basilea y Constanza; en la del Mosela: Toul y Metz; en la del Mosa: Verdún, Maastricht y Huy; en la cuenca del Sena: El Havre, Ruán y París; en la del Loira: Nantes, Tours, Orleáns; en la del Garona: Burdeos, Agen y Toulouse, y en la del Ródano: Arles, Aviñón, Valence y Lyon.

El aumento de la producción y la demanda en un marco de mayor tranquilidad pública hace prosperar el nacimiento de ferias y mercados dentro de las poblaciones o en sus alrededores. Los mercados eran exposiciones diarias, o más frecuentemente semanales o quincenales, de productos destinados al consumo local, mientras que las ferias –que se celebraban, por lo general, una vez al año– eran grandes concentraciones del comercio interurbano o, incluso, internacional. Por su parte, la sociedad modifica y amplía la estructura carolingia –que la dividía en gente que lucha, que reza y que trabaja– con la aparición de dos clases intermedias: de los *milites*, unidos por un simple contrato de vasallaje, y la de los artesanos y mercaderes, liberados del agro. La conciencia que van adquiriendo estos últimos de pertenecer a un grupo profesional coherente, con intereses comunes, motiva el nacimiento de las primeras asociaciones laborales *(Frairies, charités, cofradías)*, que constituirán la primera manifestación de la burguesía.

Paralelamente, el proceso de transformación social y económica condicionó una mutación en el concepto de la soberanía pública, que –dejando aparte los afanes universalistas– se particulariza y busca el apoyo de la incipiente burguesía, apta para potenciar los recursos económicos del estado. Esa nueva orientación tomarán, en primer lugar, los Capetos en Francia y los normandos en Inglaterra, así como se adaptarán también a esa modalidad los reinos y condados hispánicos.

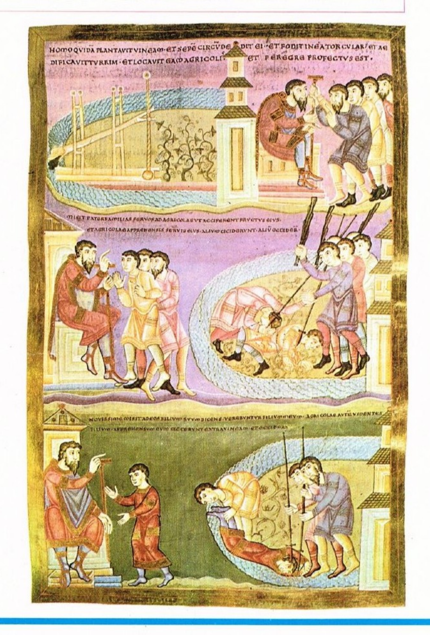
Sin renunciar a la unidad de la fe, el mundo occidental ha formado unas unidades políticas más concretas y definidas tanto en sus fines como en sus fronteras. Surge entonces la idea de una Europa diversa, que halla su más diáfana expresión en el poema *Waltharius* de Eckehart de Saint-Gall: "Un tercio de la tierra, llamado Europa, contiene pueblos diferentes por sus costumbres, sus lenguas, sus nombres, sus ritos y su religión".

***Fachada de la catedral de Spira, obra románica del siglo XI.***



## BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| **Bloch, M.** | *Las clases y el gobierno de los hombres,* México, 1958. |
| **Dhondt, J.** | *La Alta Edad Media,* México-Madrid, 1971. |
| **Fiche, A.** | *L'Europe occidentale de 888 à 1125,* en "Histoire du Moyen Age", dirigida por G. Glotz, París, 1930. |
| **Lacarra, J. M.** | *Historia de la Edad Media,* Barcelona, 1960. |
| **Le Goff, J.** | *La Civilisation de l'Occident Médiéval,* París, 1964. |
| **López, R. S.** | *El nacimiento de Europa,* Barcelona-Madrid, 1965. |
| **Mourret, F.** | *Historia general de la Iglesia,* IV, Barcelona, 1920. |
| **Pacaut, M.** | *Les structures politiques de l'Occident médiéval,* París, 1969. |
| **Planitz, H.** | *Die deutsche Stadt im Mittelalter,* Graz-Köln, 1965. |
| **Suárez Fernández, L.** | *Historia social y económica de la Edad Media europea,* Madrid, 1969. |
| **Van Der Meer, F.** | *Atlas de la Civilisation occidentale,* París-Bruselas, 1952. |
| **Vasoli, C.** | *La Filosofia medioevale,* Milán, 1961. |

***Miniatura del "Codex Aureus", del siglo XI, que representa la parábola evangélica de los viñadores que mataron a los siervos y al hijo del amo (Biblioteca de El Escorial, Madrid). Este evangeliario de El Escorial es obra de la escuela otoniana de Echternach.***



***Imposición de manos hecha por el obispo y otros venerables sacerdotes a un grupo de ordenandos en el momento de la consagración sacerdotal, miniatura de un pontifical italiano del siglo x (Biblioteca Casanatense, Roma).***

# La lucha entre el pontificado y el Imperio

por MIGUEL ANGEL LADERO QUESADA

La realidad política y social de la Edad Media europea en sus siglos centrales –x al XIII– estuvo caracterizada por la diversidad. La expansión de las instituciones feudales y señoriales, muy desigual por otra parte, es el mejor ejemplo de las diferencias que separaban a unos europeos de otros en su organización política y en su condición social, sin hablar de las que se derivaban de su situación geográfica y económica.

El renacimiento de la vida urbana y de las actividades artesanas y mercantiles desde la segunda mitad del siglo x vino a complicar todavía más la situación, al añadir ciertas novedades al mundo casi exclusivamente rural y agrario en que habían vivido los europeos de los siglos anteriores. Pero los teóricos de la sociedad y de la política en el occidente medieval tendieron por aquellos siglos a la construcción de doctrinas unita-



***Grupo escultórico en una de las puertas de la catedral de Bamberg, Alemania, fundada por Enrique II a comienzos del siglo XI. La ciudad quedó convertida en sede de obispado por voluntad imperial, y sus titulares recibieron el título de príncipes imperiales.***

rias, ordenadas según un criterio y un fin comunes.

En el plano de la organización social fue éste el caso de la doctrina "trinitaria" de la sociedad, según la cual había sólo tres castas de hombres: sacerdotes, guerreros y labradores. En el plano de la organización política lo fue el de la idea imperial: los europeos constituían una comunidad dentro de la fe cristiana y era deseable que de alguna forma vivieran bajo un mando político o imperio único. Ambas teorías chocaron con las realidades de la época, que las desgastaron y modificaron, hasta hacerlas desaparecer pasado mucho tiempo. Pero, a su vez, como ideologías mantenidas por el reducido círculo de los políticos dominadores de la historia europea, tuvieron gran importancia no sólo teórica, sino también práctica, y su conocimiento es hoy indispensable para comprender los fenómenos históricos del medievo europeo.

Nos interesa ahora tratar solamente de una de ellas: la que afirmaba la convenien-

***Estatuas de Enrique II y su mujer procedentes del portal de Adán de la catedral de Bamberg (Museo Diocesano, Bamberg).***

# SINTESIS SOBRE LAS IDEAS POLITICAS UNIVERSALES EN LA EDAD MEDIA EUROPEA

**Argumentos en pro del poder universal**

Históricos: El recuerdo de Roma, sobre todo, al que se une la idea de la *Translatio Imperii,* o traslación del Imperio, por voluntad divina, de manos de los romanos a las de los griegos, de éstos a los francos y, por último, a los alemanes. También el ejemplo de Carlomagno es un argumento histórico de peso.

Religiosos: Dios es fuente del poder; como la creación es única, único debe ser también el poder supremo que la rija y la convierta, según las tesis del "agustinismo político", en una visión anticipada de *La ciudad de Dios.*

**La división de poderes religiosos y políticos**

En este punto, la Edad Media europea aporta una novedad decisiva en la historia humana. Por primera vez, ambos tipos de poder buscan la independencia mutua, se niegan a aceptar la subordinación total con respecto al otro. Los pensadores medievales imaginaron resolver el conflicto mediante la teoría de las dos pirámides. En la cúspide de la pirámide formada por los poderes políticos temporales se hallaría el emperador. En la de los poderes eclesiásticos espirituales, el papa. Es similar la teoría de las dos espadas: una, espiritual, en manos del papa; otra, temporal y política, en las del emperador. Pero estas teorías no resolvían la dificultad última, que podemos plantear así: ¿cuál era de calidad superior, el poder religioso o el político? ¿Quién dependía de quién en la cúspide? La Edad Media no llevó a sus últimas consecuencias la división de poderes que se había esbozado en su seno, y ello fue causa de una lucha por el poder.

**La lucha por el poder universal**

Si este poder pertenecía a un laico, se entendía que había de ser bajo la forma de Imperio. Los defensores de esta tesis utilizan tres tipos de argumentos:

*a)* La continuidad histórica del antiguo *dominium mundi* de época romana dentro de la comunidad cristiana *(universitas christiana)* y el predominio nunca discutido del emperador en su seno.

*b)* La realidad política de la época: era emperador el rey más fuerte. El sistema feudal se basaba en el predominio de los guerreros sobre los demás estamentos y clases de la sociedad humana.

*c)* El poder imperial tiene su origen directamente en Dios, lo que permite al emperador ordenar también en cuestiones eclesiásticas, como supremo defensor de la Iglesia, para bien de la cristiandad.

Por el contrario, los defensores de que el sumo poder universal estuviera en manos eclesiásticas formularon teorías que, en su conjunto, reciben el nombre de "Teocracia" o "Hierocracia". Las reivindicaciones eclesiásticas parten siempre de un deseo de reforma moral, pero tal reforma es imposible sin alterar las condiciones de la realidad política, dada la organización de Europa en aquella época. De ahí que se pase del reformismo moral a la pugna política. Esto ya se esbozó en la primera mitad del siglo IX, cuando los eclesiásticos iniciaron una reforma de costumbres dentro de la Iglesia carolingia; el resultado fueron las *Falsas Decretales* (hacia 840) y los escritos de Nicolás I. Pero la disolución del Imperio cortó el intento. Su reanudación y la consolidación, gracias al nuevo orden establecido, del movimiento reformista desde mediados del siglo XI, renovó el tema, dentro del marco de la "reforma gregoriana".

El pensamiento político de Gregorio VII sobre la supremacía pontificia es, en síntesis, el siguiente: "Todo poder proviene de Dios y debe servir a los planes de la providencia". Por lo demás, el poder político, a pesar de este origen único, se puede recibir de muy distintas formas, legítimas todas en principio: herencia, elección, a través del pueblo, etc. Pero el papa, único hombre cuyo poder proviene directamente de Dios, sin intermediarios, es la verdadera autoridad suprema. Los restantes poderes *(potestates)* le están subordinados, incluso el emperador, aunque actúan con amplia autonomía, pero bajo su autoridad moral, que puede llegar a desautorizarlos si llega el caso, pues es el reflejo de la voluntad de Dios.

En general, Gregorio VII no ponía cortapisas a los poderes temporales, siempre que no derivasen abiertamente hacia la "tiranía", según su criterio pontificio. Como se ve, la aspiración hierocrática gregoriana es más de índole moral que política; es, en suma, una consecuencia de los intentos de reforma eclesiástica llevados a cabo en un tiempo en el que no hay distinción neta entre plano de la temporalidad y plano de la religiosidad. Pero al afirmar "la inviolabilidad de lo espiritual y la primacía pontificia", dará la base a manifestaciones teocráticas primordialmente políticas, desde la segunda mitad del siglo XII.

M. A. L. Q.

cia, más todavía, la necesidad de que la cristiandad europea occidental viviese organizada políticamente bajo un mando único, en forma de Imperio. Esta idea surgía a partir de dos antecedentes principales: el recuerdo de Roma y algunos escritos de San Agustín. El Imperio creado por Roma en torno al mar Mediterráneo impresionó siempre mucho a las mentes políticas de la Edad Media europea: había sido una construcción unitaria, de aspiraciones universales y, en cierto modo, sobrevivía en su mitad oriental, en torno a Constantinopla, bajo el mando del *basileus* bizantino. Por otra parte, la Edad Media conoció una interpretación peculiar de los escritos agustinianos sobre *La ciudad de Dios* (finales del siglo IV). Esta interpretación, conocida con el nombre de "agustinismo político", presentaba a la sociedad temporal humana como anticipación de las dos ciudades espirituales, la del bien y la del mal: quien quisiera pertenecer a la ciudad de Dios debía aceptar también la pertenencia a la ciudad temporal organizada por sus representantes en este mundo, los jefes de la cristiandad europea.

Según el ejemplo de lo que ocurría en Bizancio y el recuerdo de Roma, se pensó, en un principio, que el mando de esta ciudad política de la cristiandad había de corresponder a un príncipe laico. En el año 800, el rey más poderoso de Europa, Carlomagno, monarca de los francos, fue coronado emperador por el papa y bajo su autoridad suprema quedaron tanto seglares como eclesiásticos, comenzando por el propio obispo de Roma. Pero aquel primer intento imperial fracasó por varios motivos.

Ante todo, ni Carlomagno ni sus sucesores comprendieron el papel que de ellos se

139

## EL CAMINO HACIA LA INDEPENDENCIA PAPAL

1040 Proclamación de la Paz de Dios: protección de los eclesiásticos, de los campesinos, de los viajeros y de las mujeres. Tregua de Dios: no se puede luchar más que durante noventa días al año.

1044 Los Crescencios destituyen a Benedicto IX y venden la dignidad pontificia a Silvestre III. Éste es vencido pronto por su antecesor, quien vende su cargo a Gregorio VI.

1046 Enrique III en Italia: restablece la paz en Lombardía y reúne el sínodo de Sutri, que destituye a Benedicto IX, Silvestre III y Gregorio VI, y elige a Suitger de Bamberg (Clemente II), quien corona emperador a Enrique III. El pueblo de Roma confiere al mismo tiempo al soberano alemán el título de patricio, que confirma su poder sobre Roma y sobre la elección pontificia. Fin del poder de la nobleza romana sobre el pontificado y apogeo imperial. De acuerdo con la voluntad de Enrique III, Clemente II emprende la lucha contra la simonía y la clerogamia.

1048 Enrique III designa papa a Poppon de Brixen (Dámaso II).

1049 Enrique III designa nuevo papa: Bruno de Toul, que tomará el nombre de León IX, y trae consigo a Roma a los partidarios de la reforma eclesiástica Humberto de Silva-Cándida, Pedro Damiani, Federico de Lorena, Hugo Cándido e Hildebrando, que jugarán un papel importantísimo en la evolución de la postura papal, desde la sumisión al emperador a un enfrentamiento directo con él.

1054 Ruptura con la Iglesia oriental.

1055 Enrique III designa papa a Gebhard de Eichstätt (Víctor II).

1056 Muerte de Enrique III en Bodfeld. Regencia de la emperatriz Inés de Poitou.

La muerte prematura del emperador Enrique III deja el trono a un niño de seis años, Enrique IV, en nombre del cual la emperatriz-madre, Inés, ejerce la regencia. Ella es profundamente religiosa, pero totalmente inexperta en política. Su gobierno (1056-1062) es un punto crucial en la historia de Occidente. La debilidad del trono alemán es aprovechada por los grandes señores para fortalecer sus posiciones. En Roma, después de la efectiva labor de limpieza desarrollada por los Otones y sobre todo por Enrique III, el sector reformista se halla en disposición de tomar el poder: la elección papal va a escapar de las manos de los emperadores y a la vez de la nobleza romana, que forzará todavía en 1058 la elección de Benedicto X. La independización de los cardenales con respecto al poder civil, afirmada con ocasión de las elecciones de Esteban IX y Nicolás II, prepara el advenimiento de una nueva época: la lucha de las investiduras.

1057 El cardenal Humberto de Silva-Cándida redacta tres "Libros contra los simoníacos", y en el tercero impugna los derechos de los laicos en la Iglesia. Muerte de Víctor II. Aprovechando la debilidad de la postura de la emperatriz, los cardenales reformistas eligen a Esteban IX, reconocido, sin embargo, por la regente.

1058 Muerte de Esteban IX y pontificado de Benedicto X.

1059 El nuevo pontífice Nicolás II reúne el sínodo de Letrán, en el que no participa ningún obispo alemán. Tanto la influencia inmediata de la nobleza romana como el derecho de oposición del emperador alemán son eliminados por el decreto que instituye la libertad de la elección pontificia. Los cardenales-obispos elegirán ya siempre al papa.

ACCION DE LA NOBLEZA ROMANA — ACCION REFORMISTA DE LA MONARQUIA — ACCION INDEPENDENTISTA DEL GRUPO PAPAL

esperaba como emperadores, porque el Imperio era una idea mantenida por pensadores que, en su mayoría, eran clérigos, mientras que ellos, por el contrario, seguían siendo reyes territoriales y jefes militares del pueblo franco, y consideraban que la corona, el país y las funciones de mando podían ser divididas y enajenadas, como cualquier otra riqueza o patrimonio, entre sus herederos y seguidores.

Es verdad que las realidades sociopolíticas de la época lo imponían. En consecuencia, la dinastía de Carlomagno fomentó el auge de instituciones prefeudales que no eran compatibles con el mantenimiento de un Imperio único. En segundo lugar, los sucesores de Carlomagno no tuvieron su visión política ni su genio militar. Por último, sobre la Europa del siglo IX se abatieron terribles expediciones de vikingos procedentes de

Escandinavia, de nómadas húngaros originarios de las estepas orientales y de piratas musulmanes que infestaban el Mediterráneo. En aquellas condiciones, el Imperio de Carlomagno sucumbió, dividido en varios reinos desde el año 888: Francia, Alemania, Italia, Borgoña-Provenza, cuyos titulares no tenían más poder que el reconocido por los nuevos señores feudales.

Los papas, que habían concebido la creación del Imperio como forma de salvaguardar sus intereses de pastores espirituales de la cristiandad y de consolidar un patrimonio territorial en torno a Roma, vieron impotentes cómo se diluía aquella aspiración en las turbulentas aguas del caos político y de la disgregación eclesiástica que inundaron Europa desde mediados del siglo IX hasta comienzos del XI. Pero el recuerdo del Imperio seguía en pie, así como el ideal de su restauración.

A lo largo del siglo X, el reino de Alemania logró una fuerza considerable, y los pontífices consideraron que la alianza con sus monarcas, unida a una relativa sumisión a ellos, les liberaría de las presiones políticas inmediatas a que vivían sometidos en Italia. Así se restauró el título imperial, aunque en condiciones distintas de las que había tenido en tiempos de Carlomagno. Pero antes de llegar a este punto es necesario conocer cuáles eran las respectivas situaciones alemana e italiana previas al resurgimiento del Imperio.

En Alemania, llamada también entonces "Francia oriental", tras la deposición del último emperador carolingio común, Carlos el Gordo, en el año 888, el país quedó, de hecho, en manos de los titulares de varios grandes ducados: Sajonia, Baviera, Suabia, Franconia y Lorena. Ellos elegían un rey. Desde entonces, y por muchos siglos, la monarquía alemana fue electiva, aunque se formaron verdaderas dinastías al asociar en vida los reyes a sus hijos al trono, con lo que después nadie ponía en duda la elección de éstos.

El principal apoyo de los reyes fue el alto clero, que se convirtió en mantenedor de la idea de unidad política alemana, por encima de las divisiones señoriales existentes. Los reyes de la primera mitad del siglo X tuvieron una tarea principal: rechazar las incursiones de los nómadas húngaros o magiares, que todos los cronistas de la época coinciden en considerar espantosas por la mortandad y destrucción que provocaban.

Italia vivía una situación mucho más confusa por los mismos decenios. En Roma residía el papa, al que correspondía la tarea de coronar emperador. Después de la crisis definitiva del Imperio carolingio en torno al año 888, el país se disgrega en numerosos poderes señoriales originados a partir de la antigua dinastía o en el más remoto poder de los lombardos. De entre ellos surgen las testas coronadas que portan el título de reyes de Italia y pugnan entre ellos para que su poder corresponda a la titulación.

Los reyes de Italia y los de Arles (unión de los territorios de Borgoña y Provenza) no resistieron la tentación de pedir a los pontífices, obligándolos incluso, el título imperial, mientras húngaros y musulmanes arruinaban amplias zonas del país. Y así se sucedieron fugaces emperadores, de poder casi nulo, hasta que terminó la serie en el año 924 con Berenguer de Friul.

Mientras tanto, la situación del pontificado llegaba al extremo más denigrante: antaño los papas habían de contar con la sujeción a un poder fuerte, pero, a la vez, respetuoso; ahora estaban sujetos al capricho de banderías efímeras que dominaban Roma y trataban a la sede de San Pedro con una irreverencia y menosprecio sin par, como lo demuestra la condición moral de algunos de los pontífices que impusieron en ella. *"Saeculum ferreum obscurum"*, llamó algún eclesiástico medieval a aquella época denigrante del papado, sometido a las vejaciones de la aristocracia local romana.

Otón I había conseguido aumentar su poder dentro de Alemania gracias a la alianza con los grandes dignatarios eclesiásticos. La aristocracia laica no era tan dúctil, pues, a pesar de dominar el rey directamente los ducados de Sajonia y Franconia y de contar con parientes próximos al frente de los de



***Fragmento de una miniatura sobre las leyes que regulan los derechos e investiduras de papas y emperadores, el problema más agudo planteado a la cristiandad medieval en su aspecto jurídico (Biblioteca Trivulziana, Milán).***




Lorena, Suabia y Baviera, hubo de vencer varias sublevaciones. Otón exigía de los obispos y abades prestaciones militares y políticas que se añadían a sus funciones religiosas; a cambio, les dotaba con tierras y poderes que los convertían en potentes señores temporales. El rey, al controlar su elección, ganaba colaboradores para su política, al par que disponía indirectamente de grandes recursos. Pero aquel dominio total de un poder temporal y político sobre otro cuya esencia era religiosa habría de ser el principal punto contra el que se revolverían, dos siglos más tarde, los promotores de la reforma y purificación eclesiásticas.

Por el momento, sin embargo, a nadie parecía mal ni extrañaba el sistema, y los clérigos que añoraban la restauración de la dignidad y del orden imperiales veían en Otón la persona adecuada para ceñir la antigua corona de Carlomagno. El rey de Alemania también acariciaba el proyecto: en el año 951, y en el transcurso de una campaña militar en la península, logró para sí el título de rey de Italia. Regresó de nuevo en el 962 y obtuvo sin grandes dificultades la coronación imperial de manos del papa Juan XII. Los argumentos que se adujeron con aquel motivo fueron tanto la fuerza militar de Otón como su carácter de gobernante sobre pueblos muy diversos, lo que le situaba por encima de los restantes reyes y le hacía más indicado para recibir el título imperial y ejercer las funciones de protección a la Iglesia que llevaba anejos. Para Otón, aquel acto era una simple restauración del Imperio carolingio, porque el recuerdo de Carlomagno seguía siempre presente, y suponía una identidad de criterios entre Iglesia y emperador, en la que habría de predominar la voluntad de éste, incluso sobre la del papa.

Juan XII y muchos poderes territoriales y locales romanos e italianos pensaron, por el contrario, que podrían manejar a Otón y oponerse a sus designios por medio de las mismas intrigas utilizadas entre sí a lo largo de los ochenta años anteriores. Nada más falso. Los conatos de rebeldía fueron dura-



***Este fresco del siglo XII, de la capilla de San Silvestre, en la iglesia de los Cuatro Santos Coronados, Roma, representa a Constantino conduciendo a caballo al papa Silvestre por las calles de Roma y es el símbolo de la llamada "Donatio Constantini", un documento falsificado en Roma a mediados del siglo VIII, según el cual Constantino había ofrecido al papa la mitad occidental del Imperio romano.***

## LOS SIMBOLOS Y TITULOS DE LA SOBERANIA UNIVERSAL

**El emperador**

El emperador es un ser sagrado, coronado por voluntad divina *(a Deo coronatus)*. Los reyes alemanes portan el título de "rey de romanos" para indicar así su condición de candidatos únicos al Imperio. Una vez coronados, adoptaban, en general, el título de *Imperator Augustus*, de claro recuerdo romano, salvo Otón III, que añadió además el de *Servus Apostolorum*. Los emblemas y símbolos de poder de que se rodean provienen, a menudo, del ceremonial usado por los emperadores de Bizancio; la corona, en tiempo de Otón I, estaba formada por ocho placas que formaban un octógono: el ocho era símbolo de vida eterna y se creía que la Jerusalén celestial tenía plano octogonal; así, "el Imperio prefiguraba y anunciaba el reinado universal y eterno de Cristo" (Folz).

Los emperadores portaban también *phrygium*, alto bonete blanco derivado del *camelaucum* bizantino, que luego quedó reservado a la jerarquía eclesiástica, y diadema, que era el símbolo imperial por excelencia desde la época de las monarquías helenísticas (siglo III al I a. de J. C.). Otros emblemas de su poderío universal eran el globo de oro o *pallea aurea* que portaban en la mano; el cetro, a veces rematado por una talla de águila, símbolo de la victoria romana; la *virga*, especie de báculo pastoral, y la clámide de púrpura sujeta al hombro por una fíbula, así como el calzado de cuero rojo o dorado. En los actos solemnes se hacían preceder por la llamada "lanza de San Mauricio" y por la "Cruz del Imperio", objetos ambos con reliquias de la Pasión que reforzaban el carácter sagrado de la figura imperial.

Los títulos del Imperio dejan ver también la influencia que tienen el recuerdo de Roma y la consideración sagrada de aquella construcción política: *Renovatio Imperii Romanorum* (Otón III), *Imperium Romanorum*. Desde época de Federico I se utilizan los títulos *Sacrum Imperium* e *Imperium Teutonicorum*. De todos ellos ha surgido la expresión actual de "Sacro Imperio romano-germánico".

**Los pontífices**

El mismo nombre de pontífice es un recuerdo de Roma, donde *Pontifex Maximus* era la principal autoridad religiosa de la ciudad, por lo que los emperadores romanos incorporaron a su persona el título. En la Edad Media utilizan los papas dos símbolos imperiales, la tiara y la *cappa rubea*, que, según la falsa "Donación de Constantino" (escrita hacia 750), les habían sido cedidos por aquel emperador.

La tiara deriva del ya mencionado *phrygium*, al que se sobreponen primero una diadema, luego tres coronas *(triregnum)*; otro derivado del *phrygium* es la "mitra", que el papa acabó compartiendo con las demás sedes episcopales. La *cappa rubea* no es sino una variante del manto o clámide imperial.

M. A. L. O.

mente castigados en los años siguientes y el emperador impuso la elección de papas fieles a su causa. Sin embargo, la insumisión crónica italiana ante el predominio germánico iba a ser un hecho de largo alcance y duración: Otón había cedido a la tentación, tan alemana, de descender hacia el Sur en busca del refrendo definitivo para su poder, forjado en el Norte; pero aquel hecho llevaba implícito el reconocimiento de cierta autoridad pontificia y, por otra parte, ni el papa ni los señores y ciudades italianos aceptaban con comodidad el poderío del rey alemán, evidente, desde luego, en cuanto traspasaba los puertos alpinos con su ejército. Por entonces se volvió a airear un documento falso, redactado en Roma hacia el año 750, según el cual el emperador romano Constantino había cedido al papa la mitad occidental del Imperio romano; ni Otón ni sus sucesores concedieron la menor validez al escrito, por descontado, pero no dejaban de manifestarse por eso en él ciertas reivindicaciones y aspiraciones intranquilizadoras.

Italia sería así el punto negro de aquel nuevo Imperio "romano-germánico", cuya extensión territorial era más reducida que la del carolingio, ya que escapaban a su poder tanto el reino de Francia, antigua "Francia occidental", como, por el momento, el de Arles, y también amplios territorios del sur de Italia que Otón II (973-983), hijo y heredero del anterior, se esforzó en vano por conquistar a los bizantinos y musulmanes. Además, los emperadores sólo podrían contar para sus proyectos con una parte de la potencia alemana, tanto por la autonomía de los grandes nobles como por el hecho de tener que atender a otras tareas, en especial la colonización, evangelización y expansión política en las tierras del Este ocupadas por pueblos eslavos (checos, polacos) o baltos, y en las riberas del mar Báltico, donde los escandinavos seguían su propia política.

Bajo Otón III, nieto del restaurador, la idea y las realidades del Imperio toman un sesgo nuevo y original en los últimos años del siglo X, porque fue acaso el emperador que tuvo una idea más amplia del mismo. Otón III imaginó la posibilidad de un Imperio cristiano, romano y universal, en el que se incluiría también Bizancio, formado por una federación de reinos y poderes, con su centro en Roma, donde él mismo, y el papa bajo su protección y mando, dirigirían aquella impresionante construcción política. Los consejeros de Otón fueron grandes hombres de iglesia: un ermitaño, San Nilo; un obispo, Adalberto de Praga; un clérigo intelectual, Gerberto de Aurillac, al que él haría papa con el nombre de Silvestre II. No hay que olvidar, sin embargo, el influjo que ejercieron sobre el emperador pensadores y cortesanos procedentes de Bizancio.

Para realizar el proyecto hubo que apaci-

guar nuevamente revueltas en Italia, y Otón se instaló en Roma, renunciando, al menos en teoría, a la fuerza que procedía de su condición de rey alemán, al tomar el título nuevo de "Siervo de los Apóstoles y Emperador Augusto del Orbe Romano". Polonia, Bohemia y Hungría fueron asociadas al Imperio como monarquías autónomas.

Pero el intento de Otón III fracasó: organizado sobre un pensamiento excesivamente simbólico e idealista, no tuvo en cuenta la realidad política del momento, en especial el hecho evidente de que la fuerza, poca o mucha, del emperador radicaba en su condición de rey de Alemania. Desde el año 999 se produjeron nuevas alteraciones en Italia y tres años más tarde moría el emperador en el transcurso de las mismas, sin haber propuesto siquiera sucesor. Con el fallecimiento de Otón III terminó, tal vez, el proyecto más grandioso de Imperio medieval y la misma existencia del Imperio "romano-germánico" entró en un período distinto.

Los grandes nobles alemanes escogieron para sucederle en la corona del país a su primo Enrique de Baviera y, a la muerte de éste, en el año 1024, al duque de Franconia, Conrado. La política de ambos reyes, muy diferentes en su condición personal, sigue parecidos derroteros. Ante todo, control sobre la organización eclesiástica alemana, a la que utilizan como colaboradora de su gobierno; en tiempos del piadoso Enrique II, esta intervención se traducía en notables esfuerzos para la reforma y mejora moral del clero, pero en los de Conrado, cuyo ánimo era excesivamente castrense, la Iglesia germana conoció los sinsabores que podía producir la sujeción total a un poder laico.

En segundo término, los reyes alemanes intentan aumentar su poder a costa del de los grandes nobles que los han elegido, intento siempre fracasado, porque para lograrlo habían de apoyarse en otras fuerzas todavía más particularistas; bien lo comprobó Conrado, que buscó la alianza con la baja nobleza y, sin desearlo, favoreció así más que ningún otro rey alemán la parcelación feudal del país. En tercer lugar, el rey de Alemania recibe también la corona de Italia desde tiempos de Otón I y, a partir del año 1032, la de Arles (Borgoña y Provenza), cuya sucesión había recaído sobre Conrado. La posesión de estas tres coronas es la base territorial y política a partir de la cual todo rey alemán aspira a recibir el título imperial del papa.

Ningún otro monarca europeo habría podido disputárselo y, aunque nada añadía a su poder, tanto Enrique como Conrado viajaron a Roma para recibirlo. También lo harían sus sucesores, porque ya no se modificó la situación: tres coronas reunidas por los reyes alemanes, que son candidatos únicos y cualificados para recibir el título imperial por mano del papa y dar vida a la idea de un Imperio cuya autoridad se pretende que sea universal, aunque, de hecho, se reduzca al ámbito "romano-germánico", y aun con dificultades.

En efecto, Italia conservaba siempre su actitud insumisa. Los dos emperadores que sucedieron a Otón III apenas se ocuparon del país, en el que la fragmentación feudal llegó a grandes extremos. Por otra parte, el renacimiento de algunas ciudades italianas, en especial Milán, añadía un elemento nuevo de complicación política, porque la península




***En esta bella página del "Codex Aureus", obra del siglo XI, aparecen el emperador Conrado II y su esposa Gisela postrados en adoración ante la figura de Cristo (Biblioteca de El Escorial, Madrid). Conrado II sucedió en el trono germánico a Enrique II.***

conservaba, desde los tiempos del Imperio romano, una tradición urbana muy superior a la de otros territorios europeos. En torno a Roma, los papas, dueños teóricos de un patrimonio territorial que los emperadores les habían reconocido y otorgado desde tiempos de Carlomagno, pagaban el alejamiento imperial con una sumisión todavía más dura a las intrigas y querellas de la aristocracia romana.

En el sur de la península, el dominio político bizantino se tambaleaba, sustituido por la anarquía más completa, en tanto que Sicilia continuaba bajo el poder de los musulmanes; la conquista por los normandos de estas tierras del Sur y la fundación por ellos de un "Reino de las dos Sicilias" años después, en torno a 1060, vendría a completar el difícil tablero político italiano. Los reyes de Alemania que intenten en el futuro reducirlo a la obediencia, en su condición de reyes de Italia, y con el deseo de dar mayor auge al Imperio que poseen, tropezarán con dificultades crecientes.

El primero de ellos fue Enrique III (1039-1054), hijo de Conrado, que lo había asociado en vida al trono. En su tiempo, la política de control del estamento eclesiástico y de sujeción de los grandes nobles alcanza buenos resultados, así como las acciones bélicas y diplomáticas emprendidas en relación con Polonia, Bohemia y Hungría. Todo aquello proporcionó a Enrique III poder y prestigio. Una vez bien asentado en el trono alemán, viajó a Italia en el año 1046 para recibir la corona imperial y afirmar su autoridad en el país.

En Roma la situación había llegado al extremo de existir a la vez tres pontífices que se disputaban la legitimidad. Enrique III actuó según los modos acostumbrados en Alemania: hizo que se reuniera un sínodo eclesiástico en Sutri, al norte de Roma, y en él impuso la destitución de los tres papas y el nombramiento de otro nuevo, que lo fue un obispo de su séquito bajo el nombre de Clemente II. A continuación, en la Navidad del año 1046, el nuevo papa coronó emperador a Enrique y ambos dirigieron otro sínodo en el que se trató sobre todo de la reforma moral del clero. En los años siguientes, el emperador designó nuevos pontífices a medida que fallecían los anteriores. Su obra, al igual que ocurría en Alemania, fue beneficiosa para la Iglesia, al liberar a los eclesiásticos de la servidumbre con respecto a poderes locales laicos y patrocinar un movimiento de mejora general en su condición.

Fueron así los emperadores quienes primero procuraron combatir lacras tales como el tráfico lucrativo y la venta de funciones y puestos eclesiásticos (simonía) o la simple investidura de un cargo eclesiástico a través de una autoridad seglar, aunque no hubiese afán de lucro de por medio, y también la vida marital de los clérigos (nicolaísmo), que llevaba a veces a la formación de auténticas dinastías sacerdotales en determinados cargos.

Conviene advertir que la adquisición irregular de una prebenda eclesiástica y los ataques al celibato sacerdotal habían sido repetidamente condenados en diversos sínodos. La expansión de ambos males en los siglos IX al XI se debe tanto a la ignorancia y a la brutalidad de las costumbres en la época como a la influencia de los principios jurídicos feudales; el nicolaísmo obedecía más bien a la primera razón, la simonía a la segunda, pues venía a ser la aplicación a la estructura eclesiástica de criterios vasalláticos y beneficiales.

Por estos motivos, a pocos extrañaron tales prácticas mientras no se extendió por Europa un movimiento de reforma y mejora de la espiritualidad colectiva, cuyas primeras manifestaciones hay que buscarlas en el monasterio benedictino de Cluny, fundado en el año 910, y mientras los eclesiásticos más in-



***Sentado con solemne majestad, con el báculo en la mano, la testa mitrada y en actitud de bendecir, este obispo del siglo XI representa con exactitud el papel que desempeñaban en la Europa medieval los miembros de su jerarquía (Museo de Arte Antiguo del Castillo Sforzesco, Milán).***

# GREGORIO VII Y EL PROBLEMA DE LAS INVESTIDURAS

La Iglesia y el feudalismo.

## LA IGLESIA PROPIA

La evangelización de los germanos y la penetración del cristianismo, antes muy limitado a las ciudades, en el ambiente rural exigirán la fundación de numerosas iglesias. Estas se erigen en las propiedades de un señor y muchas veces con su ayuda y protección. El señor se reserva la jurisdicción y la administración de los bienes que asigna a su iglesia y el nombramiento de la persona que ha de regirla.

## INVESTIDURA Y LAICISMO

La investidura laica es un intento de secularizar las funciones eclesiásticas; los obispados se compran y negocian como prebendas. Se transmiten de padres a hijos. Son regidos por vasallos que se distinguen más por la lealtad a su señor feudal y la idoneidad para el gobierno del territorio que por ser hombres versados en la doctrina cristiana o volcados a la evangelización.

## INVESTIDURA Y EVANGELIZACION

Estas instituciones netamente feudales han posibilitado la rápida propagación del cristianismo, que, sin el apoyo de los príncipes y los señores, hubiera quedado confiada sólo a la fuerza individual de cada misionero.

## LA INVESTIDURA LAICA

Los obispados y abadías, fundados por los soberanos y enriquecidos con sus continuas donaciones, les ceden el derecho a elegir sus abades u obispos. El alto clero recibe la investidura de los reyes o los grandes señores feudales, a quienes promete vasallaje.

En la elección del propio papa intervienen, siguiendo sus intereses, tanto el emperador como las grandes familias romanas.

La moral de los clérigos.

## EL SIGLO DE HIERRO

La relajación de la moral eclesiástica es general en el siglo x que será llamado por los reformistas "siglo de hierro". Suscitará una reacción entre los mismos clérigos –predicación rigorista de San Pedro Damián y del cardenal Humberto– y en el mismo emperador –apoyo de Enrique III a las iniciativas de Hildebrando, luego Gregorio VII–.

## INVESTIDURA Y DISCIPLINA ECLESIASTICA

En su obra "Contra los simoníacos", el cardenal Humberto denuncia la venta de los cargos eclesiásticos al mejor postor como la causa fundamental de las crisis moral y disciplinaria de la Iglesia. La abolición de la investidura laica se convierte en el primer punto del programa reformista.

## LOS ANTECESORES DE GREGORIO VII

Durante el pontificado de los antecesores inmediatos de Gregorio VII –Esteban IX, Nicolás II y Alejandro II–, la tendencia reformista alcanza gran influencia y logra independizar el papado de la tutela nobiliaria e imperial. El sínodo de Letrán en el año 1059 prescribe que el papa sea elegido por los cardenales.

## GREGORIO VII

## LA CONDENACION DE LA INVESTIDURA

"Que ningún sacerdote o clérigo reciba, cualquiera que sea la forma, una iglesia de manos de un laico, bien sea gratuitamente, bien a título oneroso, bajo pena de excomunión."

## LA DISCIPLINA ECLESIASTICA

El papa condena la simonía e instaura el celibato de los clérigos. Es un intento de extender la disciplina monástica al clero regular, que suscitará numerosas críticas.

## PODER TEMPORAL Y PODER ESPIRITUAL

La supremacía del papa sobre el emperador es el segundo postulado de la reforma gregoriana. Gregorio VII intenta realizar en la tierra la "Ciudad de Dios" de San Agustín. No existe para él más que una sola sociedad, la cristiana, gobernada por el poder temporal, representado por el emperador, y el poder espiritual del papado. Pero el poder temporal está subordinado al espiritual. No podía ser de otra manera, según Gregorio VII, pues es el mismo Cristo quien funda el papado y quien, al conferirle el derecho de atar y desatar, le da una autoridad universal sobre todas las cosas. Siendo el emperador un soberano cristiano, toda su tarea de gobierno se dirige a asegurar protección a la Iglesia y la salvación final a sus súbditos. Toda cuestión política, toda ley o norma entra, en último término, en el campo eclesiástico.

## LA CENTRALIZACION ROMANA

La sujeción de todos los obispos a Roma y la centralización en la sede papal de los principales asuntos eclesiásticos aparecen como el medio de imponer a todo el clero la reforma: "Sólo el papa puede deponer a los obispos o absolverlos...". "Su legado preside a todos los obispos en concilio y puede dar sentencia contra ellos..." "Su legado preside a todos los obispos en concilio y puede dar sentencia contra ellos..." "Ningún sínodo sin mandato del papa puede llamarse general." "Las causas mayores de cualquier iglesia deben remitirse a la Sede Apostólica."

## DOS INSTRUMENTOS

teligentes no se dieron cuenta de que, para dignificar la situación de la Iglesia, era imprescindible liberar a los sacerdotes de las redes feudales en que estaban envueltos.

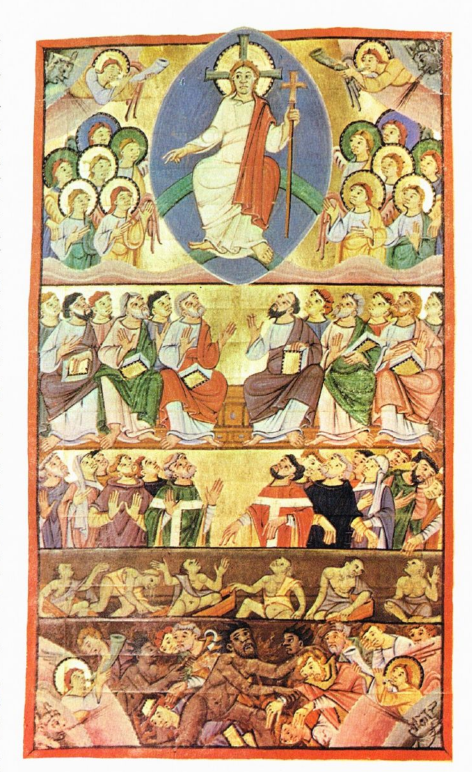
El último de los papas nombrados por Enrique III, León IX, en el año 1048, inicia la lista de los grandes pontífices reformadores. La muerte del emperador algunos años después abre una crisis sucesoria muy grave en Alemania. Y, mientras aquello ocurría, los papas toman la decisión trascendental de proseguir la reforma eclesiástica bajo su propia autoridad, comenzando por liberarse ellos mismos de la tutela imperial.

A tal efecto, el papa Nicolás II, en el año 1059, ordenó que la elección de pontífice fuese reservada a los canónigos de la Iglesia de Roma, es decir, a los cardenales, lo mismo que había sido dispuesto para las demás sedes episcopales europeas; toda intervención laica quedaba prohibida, y el emperador mismo sería solamente informado de la elección, sin poder ir contra ella. Así ocurría que, en la primera fase de la reforma, se había pretendido liberar a los sacerdotes de la sujeción a los poderes feudales, y los emperadores habían prestado su apoyo, sustituyendo la arbitrariedad de los pequeños señores por su propia autoridad, mucho más consciente. Pero, desde el punto de vista eclesiástico, aquello remediaba algunos aspectos bochornosos del problema, no la raíz del mismo, constituida por la sujeción del clero y de las cuestiones eclesiásticas y religiosas al poder seglar y a sus designios políticos.

Un sacerdocio auténticamente dignificado acabaría por rechazar la tutela imperial y, en efecto, era la plena independencia lo que Nicolás II reclamaba para la sede pontificia. El paso siguiente será reivindicarla también para la organización eclesiástica de toda Europa. Pero aquello derrumbaba el principal fundamento del poder imperial, especialmente en Alemania, que consistía en el control de un alto clero fiel y colaborador, y llevaba incluso a la discusión de los mismos fundamentos sobre los que se asentaba la idea y la realización del Imperio.

Al oponerse los emperadores, en el caldeamiento de la lucha, los pontífices no vacilarán en emplear dos armas terribles: una de orden práctico, la vieja oposición italiana al dominio del rey alemán; otra doctrinal, al subvertir los fundamentos de la idea imperial y pretender que la autoridad suprema, incluso en el plano político, residía en ellos, no en los emperadores. Los sucesores de Nicolás II, surgidos del equipo de colaboradores que le rodeaba, continuarán la empresa: Alejandro II y, sobre todo, Gregorio VII, personalidad violenta y apasionada por sus propias razones, tal vez el hombre que hacía al caso dadas las circunstancias y que protagonizaría los primeros choques entre la sede pontificia y el emperador.

La originalidad de Gregorio VII (1073-1085) radica más en su forma de aplicar el programa de reformas que en el contenido de éste, que seguía siendo, ante todo, el intento para terminar con la simonía y el nicolaísmo. El estilo de acción gregoriano se expresa con claridad en sus famosos *Dictatus Papae,* enunciados con la sola intención de garantizar lo que para él era el bien supremo, la *libertas ecclesiae romanae:* el papa debe dirigir la reforma; sólo él posee autoridad absoluta sobre todos los hijos de la Iglesia, clérigos o laicos; esta autoridad proviene de una fuente espiritual y es, en todo caso, su-



***Esta página miniada del Evangeliario de San Bernulfo, del siglo XI, presenta en diversos estratos a la jerarquía de la Iglesia y a los fieles buenos y malos (Aartsbisschoppelijk Museum, Utrecht).***



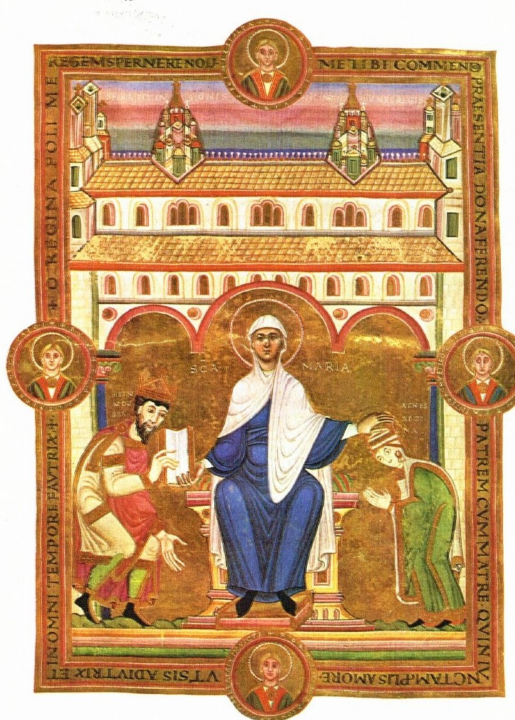
*Corona imperial de Alemania formada por una cruz, una diadema y ocho artísticas placas articuladas (Kunsthistorisches Museum, Viena).*

perior a los poderes políticos temporales, que deben reconocerla y colaborar con ella, so pena de ser ilegítimos; un poder político declarado ilegítimo por el papa mediante excomunión y deposición no debe ser obedecido, sino sustituido por otro; la intervención laica, de cualquier tipo que fuese, en la provisión de cargos eclesiásticos era causa de ilegitimidad, tanto para el nombrado como para el que designaba.

Aquellos principios fueron servidos por la magnificación de la figura pontificia, que se rodea de atributos imperiales tomados del ceremonial romano y bizantino, y que considera la prerrogativa papal de coronar al emperador como símbolo supremo de la sujeción del poder laico manifestado en su forma más alta, Imperio, al poder eclesiástico, basado directamente en la omnipotencia divina, Teocracia.

La doctrina política gregoriana derivaba de la reforma moral propuesta por el papa y de las ideas que habían desarrollado pensadores eclesiásticos de los siglos anteriores, en especial Nicolás I (mediados del siglo IX): si el fin de los gobiernos es facilitar el "bien común" y la salvación eterna de los hombres, deben depender de la suprema autoridad pontificia, recibida de Dios con plenos poderes para promover dicha salvación y combatir cuanto a ella se oponga. No se trataba, cierto, de que Gregorio VII asumiese directamente el mando político, pero al vaciar a éste de unos contenidos específicos e independientes, provocaba una confusión entre lo espiritual y lo temporal y determinaba la sujeción a sus directrices de todos los poderes.

A una época de predominio por parte de los emperadores amenazaba suceder otra en la que lo tendrían los pontífices. Pero, en definitiva, aquella lucha por la supremacía, lucha entre sacerdocio e Imperio, que iba a llenar los siglos siguientes y en la que surgirían multitud de argumentos por ambas partes, venía a demostrar el relativo primi-




***El emperador Enrique III, hijo y sucesor de Conrado II, y su esposa Inés de Poitiers rinden homenaje y reciben la protección de la Virgen Santa María; miniatura del siglo XI del "Codex Aureus" (Biblioteca de El Escorial, Madrid).***

## LAS IDEAS EN SUS PROTAGONISTAS: LA IDEA IMPERIAL

**Carta a Carlomagno de su consejero Alcuino, poco antes de su coronación imperial (año 799)**

"Hasta ahora, tres personas han estado en la cúspide de la jerarquía en el mundo. El representante de la sublimidad apostólica, vicario del bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles, cuya sede ocupa. Pero bien nos habéis hecho saber lo que le ha ocurrido al poseedor actual de esta sede. Viene a continuación el titular de la dignidad imperial, que ejerce el poder seglar en la segunda Roma (Bizancio); todos saben de qué impía manera ha sido depuesto el jefe de este Imperio, no por extranjeros, sino por sus conciudadanos. Y, en tercer lugar, se halla la dignidad real que Nuestro Señor Jesucristo os ha reservado para que gobernéis al pueblo cristiano. Es más importante que las otras dos dignidades, las eclipsa en sabiduría y las sobrepasa. Hoy día sólo sobre vos se apoyan las Iglesias de Cristo; de vos sólo esperan su salvación; de vos, vengador de crímenes, guía de los errantes, consolador de los afligidos, amparo de los buenos..."

**Otón III rechaza toda pretensión pontificia de dominio temporal, en especial la llamada "Donación de Constantino" (año 1001)**

"Otón, siervo de los apóstoles y, según la voluntad de Dios Salvador, Emperador Augusto de los Romanos. Nos proclamamos a Roma capital del mundo, Nos reconocemos que la Iglesia romana es madre de todas las Iglesias, pero también que la incuria y la incapacidad de los pontífices han empañado los títulos de su claridad desde hace largo tiempo. En efecto, no solamente han vendido y enajenado, por ciertas prácticas nada honradas, posesiones de San Pedro fuera de la ciudad, sino que, y lo afirmamos con dolor, bienes que tenían en la propia ciudad imperial los vendieron por dinero... Con desprecio de la Iglesia romana y de los preceptos pontificios, algunos papas llevaron su arrogancia al extremo de confundir la mayor parte de nuestro Imperio con su poder apostólico... [alude a la falsa donación de Constantino]... Rechazando, en consecuencia, estos privilegios falsos, conferimos, sin embargo, dada nuestra liberalidad, a la sede de San Pedro bienes que son nuestros. E igualmente, por cuanto por amor a San Pedro hemos elegido papa a nuestro maestro Silvestre, y por la voluntad de Dios le hemos llevado al supremo pontificado, por afecto a él ofrecemos a San Pedro bienes que son de nuestro dominio público, de tal modo que el maestro posea, gracias a su discípulo, todo lo que ofrece a San Pedro. Donamos, por lo tanto, ocho condados para que el papa Silvestre los tenga por amor de Dios y de San Pedro, en pro de su salvación y de la nuestra, y para que los administre a mayor prosperidad de su pontificado y de nuestro Imperio."

**"Laudes" imperiales de fines del siglo X en que se manifiesta el carácter universal del Imperio**

"Que el eslavo tiemble y rechine los dientes el húngaro; que quede estupefacto el griego, y se espante y emprenda la huida el sarraceno; que los africanos paguen tributo y los españoles soliciten socorro. Que Borgoña venere y ame al emperador y Aquitania acuda jubilosa a su encuentro. Que exclame toda la Galia: ¿Quién ha oído cosas semejantes? Y que el pueblo italiano, alzando los brazos, proclame: Por Dios, que éste es el hijo único del césar Otón el Grande."

**Las atribuciones del emperador según Benzo de Alba, partidario de Enrique IV**

"San Pedro y San Pablo adquirieron el Imperio y lo hicieron pasar para que fuera administrado en su nombre a los griegos, a los galos, a los lombardos y, por fin, a los alemanes, para que éstos lo tengan por siempre jamás."

Y, dirigiéndose a Enrique IV:

"Después de Dios, tú eres rey, tú eres emperador. Manda, en medio de tu temible poder. Que el miedo a tus amenazas reduzca a la nada a aquellos que tienen confianza en su propia ferocidad. Porque tú, César, tienes la espada de la venganza, otorgada directamente por mano de Dios". "Vicario del creador, la benevolencia de Dios te ha elevado a una sublimidad insigne y situado por encima de todos los poderes y de los derechos de todos los reinos... Mi oración es que el emperador proyecte su pensamiento en Dios y que introduzca en sus actos la sabiduría, madre de todas las virtudes. Y honro y glorío a Aquel que ha creado, en medio de las criaturas humanas, otro creador a su imagen y semejanza."

**Las ceremonias de la coronación imperial en el siglo XI**

Benzo de Alba las divide en cuatro días:

Procesión solemne y coronación en la basílica de San Pedro. En la procesión, "el rey está vestido con una túnica de *byssus*, bordada de oro y de pedrería, sobre la cual reviste una clámide en paño de Frisia, que es el vestido imperial. Su calzado es dorado, ciñe la espada y lleva guantes de lino, con anillo pontifical en el dedo y diadema en la cabeza. En su mano izquierda tiene un globo de oro que simboliza la monarquía universal y en la derecha lleva el cetro imperial al modo de César, Augusto y Tiberio. A su derecha camina el papa y a su izquierda el arzobispo de Milán". El cortejo se abría con dignatarios eclesiásticos y se cerraba con nobleza seglar.

"Al día siguiente el señor papa toma del altar del príncipe de los apóstoles la corona romana y la ciñe en la frente de César. César, coronado por la voluntad de Dios y el deseo de San Pedro, avanza hacia la gran escalinata, donde es recibido por el senado romano; monta a caballo y avanza por la vía triunfal acompañado por caballeros romanos, alemanes y lombardos."

Los días tercero y cuarto transcurren en actos religiosos simbólicos y los tres siguientes el nuevo emperador "preside un sínodo con el señor papa y endereza las negligencias de la santa jerarquía", antes de tratar "los asuntos de la república" con expertos seglares.

M. A. L. Q.

tivismo de una situación en la que organización religiosa y organización política, separadas ya de derecho, acaso por vez primera en la historia de la humanidad, no eran todavía capaces de desarrollar con autonomía mutua sus respectivas finalidades.

El papa o el emperador podían reclamar para sí la autoridad suprema; lo que no podían hacer era actuar independientemente el uno del otro. "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios"; nunca fue sencillo realizar este revolucionario consejo evangélico, que trastornaba la mentalidad colectiva arraigada desde hacía milenios, según la cual ninguna religión cabía fuera del contexto político, ni viceversa. Y menos que nunca entonces, en una Europa infantil y vacilante, que apenas había desarrollado ideas propias al respecto.

Gregorio VII no poseía todos los medios necesarios para desarrollar su proyecto, pero actuó con energía mediante el envío de legados pontificios y el despliegue de una diplomacia adecuada. Los poderes políticos



*El palacio imperial de Goslar, en la Baja Sajonia, es el edificio público más antiguo de Alemania. Fue construido por Enrique III a mediados del siglo XI y en él nació Enrique IV. Modernamente ha sido restaurado.*

europeos acogieron su actitud a la vez con deferencia y con recelo. Sin negarse ningún punto fundamental, se llegó en todas partes a compromisos que dañaban poco los intereses creados, porque, en efecto, la necesidad de reforma era sentida no tanto por el mandato pontificio como por la renovación de la espiritualidad europea, renovación sin la que no habría tenido éxito la acción de los papas ni se hubiera consolidado la posición de la sede romana como centro jerárquico efectivo, no sólo simbólico, de la cristiandad europea occidental.

Los emperadores romano-germánicos no podían, sin embargo, permanecer indiferentes ante aquel trastorno de la situación establecida. En primer término, no aceptaban que de su coronación por los papas derivase ningún tipo de sujeción jerárquica en el plano político, porque jamás había sido así, sino que, por el contrario, los papas eran quienes se sujetaban a la autoridad imperial, incluso en aspectos eclesiásticos. En segundo lugar, si renunciaban a intervenir en los nombramientos del alto clero alemán e italiano, perdían la fuente más importante de su fuerza y de sus posibilidades de acción política. Sólo en Alemania había más de cuarenta sedes episcopales, dotadas con tierras, bienes y jurisdicción que las transformaban en grandes señoríos. Comenzó de aquella forma una lucha en la que ambas partes pusieron en juego todos los elementos a su alcance.

Pareció, al principio, que la disputa radicaba en quién debía investir a una persona con cargo eclesiástico. Pero la "querella de las investiduras" fue sólo el inicio de otra más amplia en torno al concepto de Imperio y a las relaciones que debían establecerse entre el supremo poder espiritual de los pontífices y el supremo poder político de los emperadores. ¿En quién debía recaer el mando de la cristiandad? ¿Quién era superior, el papa o el emperador? Sobre aquellos



*El papa Gregorio VII (arriba) entre sus padres Gordiano y Silvia, y (abajo) acompañado por un ángel, en una miniatura de un "Liber Pastoralis" del siglo XII (Biblioteca Municipal, Valenciennes).*




***El emperador Enrique IV conversando en el castillo de Canossa con la condesa Matilde y el abad Hugo de Cluny, a quienes ruega que intercedan por él ante Gregorio VII; miniatura de un códice del siglo XII (Biblioteca Vaticana).***

caballos de batalla se combatió cerca de dos siglos.

Mientras tanto, las realidades económicas, sociales, políticas e intelectuales europeas iban construyendo la respuesta verdadera y, al llegar los decenios finales del siglo XIII, la lucha, reducida a palabras y argumentos, se esfumó en el devenir de los tiempos. Pero, entre tanto, fue el eje central de la historia política europea, y tuvo gran importancia para el futuro en tres aspectos, al menos: la posterior evolución política de Alemania, Italia y las zonas fronterizas de Francia incorporadas entonces al Imperio. La teoría política de la civilización europea, en la que campearía en lo sucesivo la ilusión del Imperio, y se plantearía como problema central el de las relaciones entre Iglesia y estado. La forma de estructuración eclesiástica de Europa, en tercer lugar, iniciada desde mediados del siglo XI por los pontífices romanos con la consigna de un monarquismo lo más centralizado que fuera posible.

El rey de Alemania, y por lo tanto candidato al Imperio, al que correspondió el enfrentamiento con Gregorio VII fue Enrique IV (1056-1106). El motivo próximo fue una disputa entre dos candidatos a la sede episcopal de Milán. El papa no reconoció al obispo nombrado por Enrique IV. Éste replicó convocando un sínodo de obispos alemanes en Worms que acusó a Gregorio VII de simonía y le instó a abdicar de su sede.

En 1076, Gregorio VII excomulgó y destituyó a Enrique IV. El efecto fue fulminante: todos los descontentos de su gobierno en Alemania e Italia se sublevaron; los nobles alemanes eligieron incluso nuevo rey. Gregorio VII demostraba así, con razón o sin ella, que ningún poder político europeo, ni siquiera el más alto, podía sentirse seguro si no contaba con el respaldo eclesiástico. No podía ser de otra forma en un mundo cuya organización buscaba fundamentos religiosos en todos los aspectos. Hoy no sabríamos ya decir quién sufrió más por esta causa, si los europeos medievales o la pureza de la fe cristiana, pero hay que tener en cuenta siempre que no hubo la alternativa de otra posibilidad para la Europa naciente.

Enrique IV se apresuró a retorcer los argumentos del papa, que podía excomulgarlo, pero no rechazar a un penitente arrepentido, y como tal se presentó ante él en Canossa, castillo de Toscana, y recibió el perdón en enero de 1077. Gregorio VII, fiel a su papel de guía espiritual y a su rectitud ética, perdonaba al pecador y levantaba una excomunión que no podía utilizar como arma sin degradar la dignidad suprema de su pontificado. El rey alemán, a costa de una humillación personal, arrebataba al papa un triunfo que, en el plano de la política, no tenía precio, pues, de no haber logrado la absolución, su causa se habría visto ante una gran asamblea o dieta de magnates alemanes, presidida por el propio Gregorio VII, en Augsburgo, y esto hubiera podido ser el golpe decisivo para Enrique IV.

En los años siguientes, el rey derrotó a los rebeldes alemanes y preparó sus defensas de tal forma que, cuando reanudó la hostilidad hacia el pontífice y éste hubo de excomulgarlo y deponerle de nuevo, nadie se movió contra él y pudo reunir una asamblea eclesiástica en Alemania, donde se destituyó a Gregorio VII y se nombró un antipapa, Clemente III, a quien Enrique IV instaló por la fuerza de las armas en Roma el año 1084, siendo coronado emperador por él a continuación. Gregorio VII, sitiado en el castillo de Sant'Angelo, fue rescatado por los normandos, que ya dominaban el sur de Italia. Murió en Salerno en mayo

# LAS IDEAS EN SUS PROTAGONISTAS: EL PONTIFICADO

**La supuesta donación de Constantino**

Este documento fue redactado por un clérigo romano hacia el año 750. Nunca fue argumento decisivo para reclamar el poder temporal para los papas, entre otras cosas porque, al desarrollar una donación imperial, contradecía el carácter divino de tal poder. Pero fue un argumento utilizado con frecuencia y uno de los que más fama han tenido en los tiempos posteriores (acerca de sus repercusiones en el Humanismo, véase el vol. VII, pág. 63, de esta misma obra). He aquí sus párrafos fundamentales:

"Estamos decididos a honrar con el mayor respeto la potencia de la sacrosanta Iglesia romana tanto como a nuestro poder imperial, y a exaltar y glorificar la sede sacratísima del bienaventurado Pedro más que nuestro imperio y trono terrestres, dándole el poder, la dignidad, la gloria, la fuerza y el honor imperiales... Decretamos, pues, que el pontífice tendrá la primacía sobre todas las otras Iglesias de Dios en todo el universo... Decretamos también que nuestro venerable padre Silvestre, pontífice supremo, así como sus sucesores, portarán la diadema, es decir, la corona de oro purísimo y piedras preciosas que le hemos concedido quitándola de nuestra cabeza. Pero como el santo Papa ha rechazado sobreponer una corona de oro a la de clérigo que llevaba por honor y gloria del bienaventurado Pedro, Nos hemos puesto con nuestras manos sobre su sacratísima frente el *phrygium*, cuyo color blanco proclama la espléndida resurrección del Señor... Y para que el prestigio del pontificado no descienda nada, sino que sea incluso mayor que la dignidad, la potencia y la gloria del Imperio, concedemos y cedemos al bienaventurado Silvestre, nuestro padre, Papa universal, no sólo nuestro palacio de Letrán, sino la ciudad de Roma y todas las provincias, localidades y ciudades de Italia y de las regiones occidentales para que él y sus sucesores las tengan bajo su poder y tutela".

**"Dictatus Papae"**

Ofrecemos a continuación algunas de las declaraciones contenidas en este célebre documento de Gregorio VII, "primera afirmación categórica de la teocracia", según Marcel Pacaut:

1. La Iglesia romana ha sido fundada sólo por Dios.
2. Sólo el pontífice romano es llamado universal con justo título.
3. Sólo él puede deponer o absolver a los obispos.
4. Su legado, en un concilio, está por encima de todos los obispos.
6. No se puede habitar bajo el mismo techo que los excomulgados por él.
8. Sólo él puede usar insignias imperiales.
9. El Papa es el único hombre al que todos los príncipes besan los pies.
12. Le está permitido deponer a los emperadores.
16. Ningún concilio universal puede ser convocado sin su mandato.
17. Ningún texto, ningún libro puede tener autoridad canónica sin su autoridad.
18. Su sentencia no debe ser reformada por nadie, y sólo él puede reformar la sentencia de todos.
19. No debe ser juzgado por nadie.
20. Nadie puede condenar al que apela a la Sede apostólica.
22. La Iglesia romana jamás se ha equivocado y, según el testimonio de la Escritura, jamás se equivocará.
23. El pontífice romano, canónicamente ordenado, es, sin duda alguna, santo en virtud de los méritos del bienaventurado Pedro.
26. El que no está con la Iglesia romana no debe ser considerado como católico.
27. El Papa puede liberar a los súbditos del juramento de fidelidad prestado a los inicuos.

**La primera excomunión de Enrique IV en el año 1076**

Gregorio VII dirige el documento a San Pedro:

"...Por el honor y la defensa de tu Iglesia, en nombre de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en virtud de tu poder y de mi autoridad, prohíbo al hijo del emperador Enrique [se refiere a Enrique IV], que se ha alzado contra tu Iglesia con una insolencia inaudita, el gobierno de todo el reino de los teutones y de Italia; desligo a todos los cristianos del juramento que le hayan prestado o presten y prohíbo que nadie le obedezca como rey... Como ha desdeñado obedecer cristianamente... le ligo, en tu nombre, con el estigma del anatema. Le ligo, basado en la fe de tu poder, para que las naciones sepan y comprueben que tú eres Pedro y que sobre esta piedra el Hijo de Dios vivo ha elevado su Iglesia, contra la que las puertas del infierno no prevalecerán jamás".

**Defensores de las ideas gregorianas en el siglo XII**

Hugo de San Víctor (1096-1141):

"El poder espiritual ha sido instituido en primer lugar por Dios. Así, cuando se equivoca, no puede ser juzgado más que por Dios mismo, porque está escrito: 'Lo espiritual juzga de todo y no es juzgado por nadie'... Es evidente, sin duda alguna, que el poder terrestre, que recibió la bendición del espiritual, tiene un valor menor de derecho. El poder espiritual está habilitado para instituir el poder terrestre... En la Iglesia, la dignidad sacerdotal consagra el poder regio".

Honorius Augustodunensis (h. 1125):

"De la misma manera que lo espiritual precede a lo secular, que el clero precede, por su orden, al pueblo, el sacerdocio supera al poder regio en dignidad... Los reyes y jueces están establecidos únicamente para castigar a los malvados... Es, en efecto, preciso que el poder real obligue con la espada material a los que, rebeldes a la ley divina, no han podido ser corregidos por el ministerio sacerdotal... El rey es el ministro de Dios, el juez de su cólera contra el que obra mal... El rey es el ministro de la Iglesia para castigar a los rebeldes... En consecuencia, así como el alma tiene una dignidad superior a la del cuerpo, al que da la vida, y lo espiritual, superior a lo temporal, a lo que da el derecho, así el sacerdocio tiene dignidad superior al reino... El rey debe ser instituido por los sacerdotes de Cristo, que son los verdaderos príncipes de la Iglesia... El emperador romano, debe ser escogido por el Papa e instituido con el consentimiento de los príncipes y la aclamación del pueblo. Debe ser consagrado y coronado por el Papa".

M. A. L. Q.

de 1085, desterrado, pero firme en sus convicciones.

"Amé la rectitud y detesté la iniquidad..., por eso muero en el destierro." Aquella patética declaración de Gregorio VII en el trance supremo no puede ocultar el papel que las propias intemperancias de su carácter habían jugado en el desarrollo de los acontecimientos. Sin embargo, las razones de la reforma y del movimiento gregoriano contaban cada día con más adeptos. Fuera del Imperio, nadie reconoció a Clemente III, que debió incluso incorporar elementos reformistas a su política para evitar deserciones en Italia y Alemania, y, tras el breve pontificado de Víctor III (1085-1088), los gregorianos contaron con un nuevo jefe, dotado de gran habilidad: Urbano II, capaz de ma-




***En este manuscrito del siglo XII de la "Crónica" de Otón de Freising se representa a Gregorio VII (Biblioteca de la Universidad, Jena). A la izquierda, el papa trata con un grupo de obispos sobre la excomunión del emperador; a la derecha, es enterrado en su destierro de Salerno.***

nifestar la autoridad espiritual del papado al promover el movimiento de la cruzada. Murió en Roma en 1099 y todavía le sobrevivieron algunos años Clemente III y Enrique IV, pero el triunfo pontificio estaba ya asegurado y no era posible restablecer el antiguo predominio de los emperadores ni detener la aplicación de las reformas en contra de la investidura laica, la simonía y el nicolaísmo.

Poco a poco, la centralización del mando de la Iglesia europea por Roma va siendo un hecho: el papa cuenta con canonistas que legislan bajo su mando, determina las circunscripciones eclesiásticas, toma bajo su protección obispados y monasterios, envía legados que introducen las reformas mediante la convocatoria de sínodos o asambleas eclesiásticas en los distintos países y aseguran el primado de la sede romana. Algunos reinos aceptan el auge del poderío pontificio hasta tal extremo que sus monarcas se hacen vasallos de la Santa Sede para prevenir las apetencias expansivas de sus vecinos o, simplemente, para sentirse más seguros en su trono. Tal será el caso del reino de las Dos Sicilias, de Portugal, Aragón y Navarra, ya en el siglo XII.

El alto clero secular acepta normas morales de vida en común, en especial la regla de San Agustín, mientras continúan los movimientos purificadores del monaquismo, en especial el Cister, que alcanza su apogeo en el siglo XII gracias a la fuerte personalidad de Bernardo de Claraval. Sólo en los medios del bajo clero diocesano, poco formado, tropezaron las reformas durante largo tiempo con obstáculos derivados de la ignorancia.

En aquellas circunstancias, todos los poderes políticos aceptaron de una u otra manera suprimir las investiduras laicas, al menos en sus aspectos más reprobables desde el punto de vista eclesiástico. En Francia, el rey y los señores renunciaron a ellas, pero se les reconoció el derecho de exigir a los prelados un juramento de vasallaje o fidelidad política antes de otorgarles los bienes temporales y la jurisdicción anejos a sus sedes, de acuerdo con una fórmula elaborada por Yvo, obispo de Chartres. En Inglaterra, el rey conservó prerrogativas todavía mayores porque debía recibir la fidelidad del electo antes de que fuese consagrado como obispo.

El conflicto más agudo continuó teniendo como protagonistas a los reyes de Alemania; tanto Enrique IV como su hijo y sucesor Enrique V se negaron a aceptar una reforma que les parecía injusta hacia sus intereses. Enrique V lo demostró astutamente en el año 1111: aceptó renunciar a todo derecho de investidura si los eclesiásticos nombrados hacían dejación de la potestad política y los bienes temporales que la corona había unido a sus cargos. El papa Pascual II, que poseía una visión demasiado simple del problema, le coronó emperador y aceptó la solución. Pero los obispos alemanes no. Sin una base política ni siquiera podrían resolver los asuntos eclesiásticos de sus diócesis.

Si Gregorio VII había demostrado la inviabilidad de un poder político sin soporte religioso, Enrique V mostraba ahora que también los poderes eclesiásticos necesitaban apoyo político. La alianza entre trono y altar era indispensable dada la organización de la Europa de la época y, si en un tiempo el trono había predominado con exceso, el altar no podía ahora por ese motivo pretender que se invirtiera la situación a su favor o independizarse, por más que los principios evangélicos lo postulasen al ser la de Cristo una religión que nació sin compromisos políticos. Y, de esta forma,

## LA QUERELLA DE LAS INVESTIDURAS

1059 La elección pontificia es confiada al colegio de cardenales.

1061 La muerte de Nicolás II da lugar a un cisma. Mientras la nobleza romana envía las insignias de patricio al niño Enrique IV y le ruega que nombre nuevo papa, el reformista Hildebrando hace elegir y entronizar al obispo Anselmo de Lucca como Alejandro II. Anselmo de Lucca es un jefe de la Pataria, movimiento comunal y antiimperial del norte de Italia. Un sínodo reunido en Basilea elige, bajo la presión de una embajada de la nobleza y de cardenales antirreformistas, al obispo de Parma (Honorio II).

1062 Honorio II marcha sobre Roma a la cabeza de un ejército. El arzobispo Annon de Colonia rapta al joven Enrique IV; la emperatriz Inés decide retirarse a un convento.

1063 La regencia de Annon de Colonia es de hecho sustituida por la de Adalberto de Brema.

1064 Un sínodo reunido en Mantua decide, a instigación de Annon de Colonia, reconocer a Alejandro II. El antipapa Honorio II marcha al exilio.

1066 Dieta de Tribur: comienza el reinado personal de Enrique IV.

1073 Sublevación en Sajonia. Advenimiento de Gregorio VII (Hildebrando).

1075 Enrique IV vence a los sajones. Decreto condenando la investidura laica, que abre las hostilidades entre el papa y el emperador.

1076 Sínodo de Worms: Enrique IV y los obispos alemanes destituyen a Gregorio VII. Destitución y excomunión de Enrique IV por el papa. Asamblea de los príncipes alemanes en Tribur: deciden, en presencia del legado papal, destituir a Enrique IV si la excomunión no es levantada antes de un año.

1077 Entrevista de Canosa. Los príncipes nombran un antirrey, Rodolfo de Suabia, lo que abre un período de guerra civil en Alemania.

1080 Muerte de Rodolfo de Suabia en Hohenmölsen. Segunda excomunión de Enrique IV. El arzobispo Guiberto de Ravena es elegido antipapa (Clemente III). Victoria de los lombardos sobre el ejército de la condesa Matilde. Primera campaña de Enrique IV en Italia.

1084 Entrada de Enrique IV en Roma. Gregorio VII se refugia en el castillo de Sant'Angelo. Enrique IV es coronado emperador por el antipapa Clemente III. Una expedición de socorro a Gregorio VII enviada por los normandos obliga a Enrique IV a evacuar Roma, que es saqueada: Gregorio VII también debe abandonar la urbe.

1085 Muerte de Gregorio VII en Salerno. Enrique IV proclama en Maguncia la Paz de Dios.

1088 Pontificado de Urbano II.

1090-1097 Segunda campaña de Enrique IV en Italia.

1095 Concilio de Clermont: nueva prohibición de la investidura laica.

1099 Pascual II. Enrique, hijo del emperador, es coronado rey de Alemania.

1102 Renovación de la excomunión lanzada por Gregorio VII contra Enrique IV.

1103 Enrique IV proclama la Paz de Dios en Maguncia: desfavorable a la nobleza, esta acción desata una rebelión a la que se une el rey heredero.

1105 Habiéndose proclamado servidor de los intereses de la Iglesia, Enrique V obtiene que se le exima de su deber de fidelidad hacia su padre.

1106 Derrota, abdicación y muerte de Enrique IV.

1110 Primera campaña de Enrique V en Italia: Matilde de Toscana y las ciudades se someten al rey.

1111 Tratado de Sutri entre Pascual II y Enrique V. El rey renuncia a la investidura y la Iglesia a los bienes imperiales recibidos como feudos en tiempos de Carlomagno. Este tratado fracasa ante la oposición de los obispos y prelados. Prisionero, el papa concede al rey el derecho de investidura.

1119 Advenimiento de Calixto II.

1122 Concordato de Worms. Fin de la querella de las investiduras sobre la base de una distinción establecida entre los feudos del obispo *(temporalia)* y los poderes espirituales *(spiritualia)*.

tras algunos años más de pugna violenta en los que Enrique V no pudo imponer sus criterios a causa de las dificultades internas con que tropezaba en Alemania, llegó a un acuerdo con el nuevo papa Calixto II, que tenía gran semejanza con lo que se practicaba en Francia.

Este compromiso se conoce con el nombre de Concordato de Worms (22 de septiembre de 1122) y estipulaba que las elecciones episcopales o abaciales se celebrarían libremente por los correspondientes cabildos eclesiásticos, aunque en presencia del emperador o de su representante; el elegido, dotado ya de poderes canónicos, sería investido a continuación por el emperador con los bienes y poderes temporales anejos a su cargo. La fórmula era correcta teóricamente, porque Enrique V renunciaba a toda potestad en la elección canónica y a la investidura del cargo sagrado, "por la cruz y el anillo", pero su aplicación y el mismo desarrollo de las elecciones dependería siempre de la fuerza con que contasen las partes interesadas.

El concilio ecuménico reunido en la basílica romana de Letrán al año siguiente vino a refrendar con carácter general todos los principios y resultados de la reforma gregoriana, que, en definitiva, había conseguido su

objetivo esencial de liberar al clero y a la estructura eclesiástica de su dependencia con respecto a los principios feudales y a los poderes políticos, pero a trueque de aceptar la colaboración con ellos en muchos otros aspectos y de apoyar con su autoridad moral el mantenimiento de todo el sistema. Ya lo había indicado el mismo Gregorio VII: "Costumbre es de la Iglesia romana tolerar ciertas cosas y disimular otras; he aquí por qué hemos creído deber nuestro templar el rigor de los cánones con la dulzura de la discreción". Pero no era posible templar de la misma forma el anhelo de los que deseaban una Iglesia más evangélica: de este sector provendrían en un futuro próximo las mayores críticas a los compromisos contraídos.

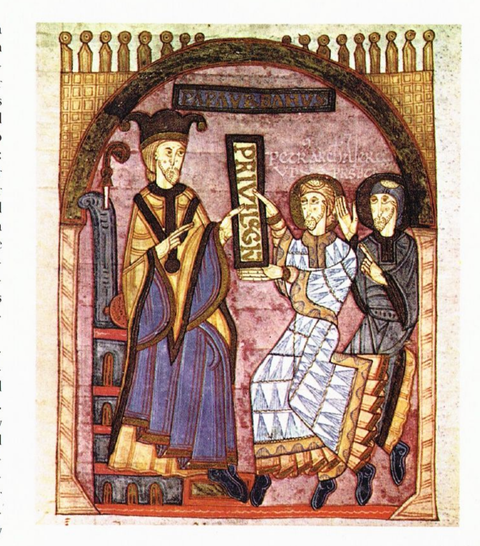
Y así fue como terminó la violencia desatada con motivo de la "querella de las investiduras". Entre 1125 y 1137 ocupó el trono alemán Lotario III de Supplinburg. El concordato se aplicó en condiciones muy favorables para el pontificado, porque el rey se enfrentó con nuevas crisis de autoridad en Alemania y prefirió respetar la autonomía de los clérigos aun a costa de perder el control sobre los grandes señoríos eclesiásticos. Además, Lotario fue un rey muy respetuoso con la Iglesia.

Su principal apoyo radicaba en el duque de Baviera, Enrique el Soberbio, jefe del linaje Welfen. Por el contrario, el duque de Suabia, Conrado de Staufen, cabeza de los Weiblingen, sería su principal oponente, actuando con ideas mucho más proimperiales que favorables a los criterios pontificios. Aquellos dos nombres, Welfen y Weiblingen, italianizados en "güelfos" y "gibelinos", servirían para designar sendas posiciones ideológicas en el futuro: las de los partidarios del papa y las de los que seguían al emperador, a grandes rasgos.

La lucha se extendió tanto por Alemania como por Italia desde 1127, y diez años más tarde, cuando murió Lotario, Conrado fue elegido emperador, a pesar de la oposición de Enrique el Soberbio, que continuó en los años siguientes. Conrado III inicia la nueva dinastía de los Staufen o Hohenstaufen, que protagonizaría la gran lucha política contra el pontificado. Él mismo, sin embargo, aunque participó en la segunda cruzada, nunca pudo viajar ni al reino de Borgoña ni tampoco a Italia para intervenir en los asuntos de aquel país, aunque varios papas le requirieron para ello invocando el papel de defensor supremo de la Iglesia que le correspondía como emperador.

Las grandes cuestiones entre pontificado e Imperio seguían vigentes, a pesar de aquel paréntesis de tranquilidad, y volverían a provocar una lucha encarnizada en tiempos del siguiente emperador, Federico I. Resumamos una vez más cuáles eran, como conclusión del presente capítulo: primero, la pregunta sobre quién poseía la autoridad suprema, si el emperador o el papa, a la que iba aneja otra: ¿cuáles debían ser las relaciones entre poder espiritual y poder temporal? Segundo, la reflexión sobre el alcance y el sentido del Imperio, ¿debía tener un aspecto laico y político de dominación universal? *(Dominium Mundi)*. ¿Debía, por el contrario, ser sólo el reflejo de la profunda comunidad de fe de los europeos? *(Universitas Christiana)*. Tercero, ¿podía el emperador renunciar efectivamente a su control sobre el alto clero alemán e italiano? Y cuarto, ¿hasta qué punto eran compatibles las realidades políticas de Alemania e Italia con los proyectos universales de emperadores y pontífices?

Éstas serán las preguntas que se habrán de dirimir y contestar en la gran lucha entre pontífices y emperadores –sacerdotes y guerreros– que comienza a mediados del siglo XII. La reforma gregoriana había sido un esfuerzo de mejora y purificación eclesiásticos, pero su final daba paso a una magna confrontación política que iba a cubrir el siguiente siglo y medio.




***Miniatura del "Libro de los Testamentos", del siglo XII, que representa al papa Urbano II entregando un privilegio a la jerarquía de la iglesia de Oviedo (Archivo de la Catedral, Oviedo). Urbano siguió la política de Gregorio VII y hubo de enfrentarse a su vez con Enrique IV, llegando a crear una liga para destronar al emperador.***

## BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| **Arquillière, H. X.** | *L'Augustinisme politique,* París, 1934.<br>*Saint Grégoire VII. Essai sur la conception du pouvoir pontifical,* París, 1934. |
| **Barraclough, G.** | *La Papauté au Moyen Âge,* París, 1970.<br>*The origins of Modern Germany,* Oxford, 1966. |
| **Calmette, J.** | *Le Reich allemand au Moyen Âge,* París, 1951. |
| **Fliche, A.** | *La réforme grégorienne,* 3 vols., Lovaina, 1924-1937.<br>*La querelle des Investitures,* París, 1946. |
| **Folz, R.** | *La naissance du Saint Empire,* París, 1967.<br>*L'idée d'Empire en Occident du V au XIV siècle,* París, 1953. |
| **Herzstein, R. E.** | *The Holy Roman Empire in the Middle Ages,* Boston, 1966. |
| **Knowles, D.** | *La Iglesia en la Edad Media (600-1500),* Madrid, 1971. |
| **Mitteis, H.** | *Der Staat des hohen Mittelalters,* Weimar, 1944. |
| **Pacaut, M.** | *La Théocratie. L'Église et le pouvoir au Moyen Âge,* París, 1957. |
| **Ullmann, W.** | *The Growth of Papal Government in the Middle Ages,* Londres, 1955. |
| **Williams, S.** | *The Gregorian Epoch,* Boston, 1964. |




***Un grupo de dignatarios civiles y eclesiásticos (arriba) asiste a la dedicación de la abadía de Saint-Martin des Camps, cuya solemne ceremonia se ve realzada con la presencia de los monjes que van a formar su comunidad (abajo); fragmento de una miniatura francesa del siglo XII (Biblioteca Nacional, París).***



*El castillo franco de Biblos, construido por los cruzados en el siglo XII como fortín de defensa en la costa del Líbano, es aun hoy una imponente construcción que domina la ciudad.*

# Las tres primeras cruzadas

por MIGUEL ANGEL LADERO QUESADA

Finalizaba el año 1095 cuando el pontífice Urbano II, en pleno apogeo de la primera lucha contra los emperadores por causa del problema de las investiduras, lanzaba ante los doscientos sesenta y cuatro obispos y cuatrocientos abades, y ante los representantes eclesiásticos y embajadores de los poderes políticos reunidos en el concilio de Clermont-Ferrand, una ardiente convocatoria en pro de la peregrinación masiva y armada hacia los Santos Lugares, entonces en manos musulmanas. La emoción provocada por la llamada pontificia fue inmensa en todos los niveles sociales europeos. La, o mejor, las peregrinaciones fueron organizadas, se realizaron y pasaron a la Historia con el nombre de "primera cruzada". Cómo fue posible que la sola voz del papa moviera la conciencia de Europa y desencadenase uno de los fenómenos más notables de todos los tiempos medievales, tal será la pregunta primera a que hemos de responder.

Y no es sencilla la contestación. Podemos apelar a razones de orden demográfico: la Europa del siglo XI conoció un aumento de población, y cabría pensar que la realización de una empresa colonial en Tierra Santa la habría liberado de sus agobios, pero lo cierto es que la instalación de colonos europeos en aquellos lugares nunca fue muy im-



*Cruz pectoral de un caballero que participó en la primera cruzada (Museo de Cluny, París). Las ideas de peregrinación y guerra santa, tan importantes como motivación de las cruzadas, hacían normal la adopción, por parte de los caballeros, de signos externos de religiosidad, como las cruces en el pecho y en el vestido.*

portante y que la Europa de los siglos XI al XIII resolvió la cuestión del auge demográfico apelando a la puesta en explotación más completa de su propio espacio geográfico. ¿Motivos económicos? Aunque la cruzada estimuló el tráfico de pasajeros y mercancías y dio trabajo a las naves de determinadas ciudades italianas, en especial Venecia y Génova, los intereses comerciales de éstas en Oriente tenían un origen anterior y discurrieron siempre con independencia de los sucesos que se desarrollaban en Tierra Santa.

Los fundamentos políticos del fenómeno parecen algo más consistentes: la ida de muchos señores feudales europeos a Oriente para peregrinar y combatir coincidía con cierta crisis de poder en sus propios países, donde las monarquías comenzaban a restaurar la autoridad que les correspondía, y, sobre todo, con la generalización de movimientos pacifistas, las llamadas "paz de Dios" y "tregua de Dios", que dificultaban las hasta entonces frecuentes querellas, guerras y rapiñas internas, una de las fuentes de su actividad cotidiana y, ¿por qué no?, de sus ingresos económicos. Por otra parte, las cruzadas daban salida al afán nómada de muchos europeos, todavía poco acomodados en su marco geográfico, en especial al de los normandos, para los que vienen a ser la continuación de las grandes expediciones realizadas por sus abuelos vikingos.

También en este plano político cabe destacar que el movimiento de cruzada se integra en toda la historia de la reconquista del Mediterráneo por los europeos contra el Islam: reconquista iniciada en su frente terrestre por los reyes cristianos de España desde comienzos del siglo XI; por los mismos normandos al ocupar Sicilia y el sur de la península italiana a mediados de aquel siglo y, en sus aspectos marítimos, por diversas ciudades italianas –Génova, Venecia, Pisa, Amalfi–, cuyas flotas suplantan a las musulmanas en los mares Tirreno y Adriático a lo largo de los siglos X y XI antes de aventurarse a hacerlo en la cuenca oriental del Mediterráneo.

Si nos trasladamos al orden de razones eclesiásticas, hay dos, por lo menos, cuya importancia es innegable. Ante todo, el interés pontificio en demostrar su autoridad, ¿y qué plebiscito mejor que un movimiento colectivo europeo en respuesta a su convocatoria de peregrinación? Las cruzadas iban a ser, en efecto, una fuente inagotable de poder y de prestigio para los papas de los siglos XII y XIII. Sólo ellos podían convocarlas, otorgar la indulgencia plenaria y el emblema de cruzado a los que participaban en ellas y cumplían sus fines bajo la suprema autoridad del legado pontificio que las encabezaba. En segundo lugar, hay que destacar que si los papas escogieron como elemento fundamental de su convocatoria la práctica de una peregrinación, era sencillamente porque las peregrinaciones habían llegado a ser una forma predominante de la vida religiosa europea. Peregrinaciones a Santiago de Compostela, a Roma, a Jerusalén, eran recomendadas desde el siglo X como medio de mejora espiritual o de redención penitencial.

Antaño, la peregrinación se conocía, pero nunca había sido considerada medio relevante de manifestar la piedad. Por el contrario, en la Europa medieval sí que alcanzó este carácter, gracias a las condiciones emocionales y de mentalidad colectiva que surgieron en ella a lo largo del siglo X. Y fueron estas condiciones también las que facilitaron el paso conjunto de una simple estima a la peregrinación como medio de perfeccionamiento moral a una verdadera "mística de cruzada" que sería el fundamento verdadero de los hechos que van a ocupar nuestra atención en este capítulo. Cuando este espíritu de cruzada vaya decayendo, a lo largo del siglo XIII, ante la aparición de otras formas de religiosidad y escarnecido también por la utilización de la cruzada con fines políticos o económicos ajenos a su motivación primitiva, entonces las cruzadas habrán llegado también al término de su existencia.

Los elementos emocionales del espíritu de cruzada son dos, los más profundos en la religiosidad europea de la época: la angustia por la salvación personal y la espera en la vuelta gloriosa de Cristo. La peregrinación colectiva a Jerusalén, con la cruz

como símbolo, aparte de redimir los pecados personales mediante la indulgencia y la penitencia, preludia la construcción de la Jerusalén celeste que Cristo edificaría a su regreso.

El sentido escatológico de la religiosidad cristiana era vivido mucho más intensamente en el siglo XI que en nuestros días, hay que tenerlo en cuenta. Así ha podido escribir un autor que "la cruzada fue ante todo una aventura del alma, la cabalgada mística del cristiano hacia la Jerusalén celeste, la marcha hacia Dios siguiendo las huellas de Cristo" (Chélini), y otro señala cómo se ensancha el sentido de la peregrinación "hasta convertirse en obra colectiva de salvación común, en la certeza de una espera escatológica y del final de este mundo" (Alphandery). En aquellas circunstancias, "la cruzada se propagó con una rapidez inaudita porque fue una idea pasional que suscitaba una mística colectiva, como más tarde ocurrió con la idea de libertad, la de nacionalidad o la de justicia social" (Grousset).

La llamada pontificia había tocado en el nervio más sutil de la mentalidad colectiva europea. A medida que ésta vaya transformándose, el ideal de cruzada se irá deformando y deshaciendo. Es significativo apuntar que duró mucho más tiempo entre las clases sociales humildes, tal vez, en opinión de Le Goff, porque "no llegaban a encontrar en su vida cotidiana el sentido de un destino colectivo e individual".



***Grandes y pequeños, ricos y pobres, todos sin discriminación formaron parte del número de cruzados, como esta pareja, no precisamente joven, que parte hacia Tierra Santa con el bastón y la cruz, unidos física y espiritualmente por el mismo ideal (Museo Histórico Lorrain, Nancy).***

## LA PRIMERA CRUZADA Y EL REINO DE JERUSALEN

1074 Gregorio VII lanza la primera llamada a la cruzada, para auxiliar a los cristianos del Imperio bizantino, en retroceso rápido frente a los turcos selyúcidas, pero la campaña, que quería dirigir personalmente el pontífice, no puede realizarse.

1089 La situación militar del Imperio bizantino continúa degradándose y el avance ininterrumpido de los turcos hacia Constantinopla obliga a Alejo Comneno a pedir la intervención de Urbano II.

1095 Urbano II, en el sínodo de Clermont, predica la guerra santa y promete a los voluntarios la protección de la Iglesia y la remisión de sus pecados. Cruzada popular iniciada por Pedro el Ermitaño, que fracasa estrepitosamente en Asia Menor.

1096 Constantinopla recibe a los cruzados, y Alejo, hábil diplomático, consigue asegurarse la soberanía sobre las eventuales conquistas y la restitución de los territorios antaño bizantinos.

1097 Sitio de Nicea por los cruzados. La ciudad será devuelta al emperador Alejo. Victoria cristiana en Dorilea sobre el sultán selyúcida. Habiéndose separado del grueso de la armada, Balduino de Flandes pasa el Éufrates y en 1098 crea el principado de Edesa.

1098 Tras largo asedio, Antioquía cae en manos de los cruzados. El sultán de Mosul asedia a los cruzados en Antioquía. Animados por el supuesto hallazgo de la Santa Lanza, los cristianos rechazan a los selyúcidas. Bohemundo de Sicilia funda el principado de Antioquía.

1099 Asedio de Jerusalén, tomada al asalto a las cinco semanas (15 de julio). Cruenta persecución de musulmanes y judíos. Jerusalén y sus alrededores se convierten en un reino cristiano, del que es nombrado primer soberano, aunque sin título real, Godofredo de Bouillon, "protector del Santo Sepulcro". Godofredo rechaza, cerca de Ascalón, un ataque del sultán de Egipto.

1100 Acabada la Primera Cruzada con pleno éxito, muere Godofredo de Bouillon, sucediéndole entonces su hermano Balduino, que toma el título real.

1118 Muerte de Balduino I; le sucede su primo Balduino de Bourcq.

1119 Creación de la Orden de los Templarios.

1131 El yerno de Balduino II, Fulco V de Anjou, reina en Jerusalén, dominando la mayor parte de Siria y Palestina. El reino comprende los cuatro principados de Jerusalén, Trípoli, Antioquía y Edesa.

1137 Creación de la Orden de San Juan.

1143 Muerte de Fulco y ocaso del reino de Jerusalén.



***Godofredo de Bouillon carga las naves antes de emprender el viaje de la primera cruzada, miniatura del "Abrégé de la chronique de Jérusalem" (Biblioteca Nacional, Viena). Sin duda, la escena real fue muy distinta de la aquí representada, pues esta miniatura es muy posterior a la partida de Godofredo.***

Y, pasando ya del estudio de las motivaciones al de los hechos, reanudamos el hilo de nuestra narración en el mismo concilio de Clermont-Ferrand. Urbano II fijó en su convocatoria la finalidad de la expedición: peregrinar a los Santos Lugares y rescatarlos de manos de los infieles. La señal o emblema del cruzado sería una cruz roja en el hombro. Nombró al legado pontificio que debía dirigirla: Ademaro de Monteil, obispo de Puy, que fallecería antes de llegar a Jerusalén, y aseguró la protección de la Iglesia a las familias y bienes de los participantes.

Las expediciones se fueron preparando a lo largo de todo el año 1096. Además de la ruta marítima, se contaba con la utilización de dos terrestres: el valle del Danubio y la calzada que, entre Dirraquio y Tesalónica, cruzaba toda la península de los Balcanes. Los caminos confluían sobre Constantinopla, donde sería preciso contar con la colaboración bizantina para pasar al Asia Menor, cuya mayor parte estaba en poder de los turcos seldyúcidas, dueños también entonces de Tierra Santa.

Antes de que los señores feudales europeos que proyectaban su participación en la empresa hubiesen concluido sus preparativos, la "mística de cruzada" provocó los primeros sucesos inauditos. Numerosos campesinos de las tierras renanas y lorenesas, inflamados por la perspectiva de la peregrinación, se concentraban en torno a Colonia, encabezados por líderes populares ansiosos de conducirlos a Jerusalén, en medio de un ambiente donde la espera en la venida de Cristo y en la edificación de la Jerusalén eterna se combinaban con la exaltación del milagro, hecho cotidiano, y con la práctica del fanatismo confesional.

Parte de aquellas veinte mil a treinta mil personas fueron las causantes de las primeras matanzas de judíos que conoció la Europa medieval. La organización de su viaje fue anárquica. Los conductores, Pedro el Ermitaño, Gualterio *sans avoir*, Emich de Leisingen, no podían controlar la actuación de sus seguidores y las violencias contra húngaros y bizantinos fueron frecuentes durante la marcha, aunque mucho menos de lo que cabía esperar.

Una vez llegados a Constantinopla, se les embarcó hacia la otra orilla del Bósforo rápidamente, pasaron la frontera con el Islam y, dada su absoluta falta de organización militar, fueron destrozados por los turcos en los primeros combates que sostuvieron en Asia Menor. Los supervivientes se incorporarían más adelante a las expediciones nobiliarias, mejor organizadas.

Aquella "cruzada popular" había sido, en definitiva, la manifestación más clara de los factores mentales y emocionales que confluyen en el fenómeno, y de los que ya hemos hecho mención, sin apenas contacto con las restantes realidades de la época. De ahí su término desgraciado, pero también su incontenible espontaneidad.

Los principales nobles europeos que marchaban hacia Jerusalén fueron llegando a Constantinopla entre finales de 1096 y abril de 1097. Primero arribó Hugo de Vermandois, que representaba a su hermano, el rey francés Felipe I. A continuación, Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, junto con sus hermanos Eustaquio y Balduino y acompañado por muchos nobles de Lorena y Flandes. En abril llegaron por vía marítima los caballeros normandos procedentes del sur de Italia, con Bohemundo y Tancredo de Tarento al frente, y poco después Raimundo de Saint-Gilles, conde de

*Godofredo de Bouillon, conquistador de Jerusalén y su primer soberano, aunque no con el título de rey, sino con el de "defensor del Santo Sepulcro", aparece aquí ante los muros de la ciudad, defendida por los turcos, eficazmente acompañado por el brazo militar y el eclesiástico (Biblioteca Nacional, París).*

*Representación del sitio de Antioquía, que se prolongó siete meses, en una miniatura francesa del siglo* XII *(Biblioteca Municipal, Lyon). Esta toma, que antecedió a la de Jerusalén, hizo de Antioquía un principado feudal del reino de Jerusalén y una sede patriarcal de la Iglesia romana.*

Tolosa, y otros señores provenzales con los que venía el legado pontificio.

El emperador bizantino Alejo I Comneno hubo de hacer frente a verdaderos problemas ante la llegada de aquella masa de peregrinos, que alcanzó una cifra comprendida entre las sesenta y las cien mil personas; ante todo, asegurar su paso al Asia Menor y también lograr de sus jefes un juramento de fidelidad, pues la colaboración con Bizancio era indispensable y todos los territorios por los que iban a caminar los cruzados eran o habían sido dominio del Imperio bizantino. Los nobles europeos prometieron, en consecuencia, que tendrían las tierras conquistadas como feudatarios del *Basileus* y en nombre suyo.

La marcha de los cruzados y de sus aliados bizantinos a través de Asia Menor no tuvo muchas dificultades. El objetivo principal era dejar expedito el camino y evitar que permaneciesen sin conquistar guarniciones o fortalezas turcas en su retaguardia. La toma de Nicea, en junio de 1097, y la inmediata batalla de Dorileo aseguraron aquel objetivo.

A continuación, el grueso de los peregrinos se dirigió hacia Antioquía, que soportó



**LAS CRUZADAS (siglo XII)**

I Cruzada (1096-1099)
Expedición de Godofredo de Bouillón
Expedición de Raimundo, conde de Tolosa
Expedición de Roberto, conde de Flandes
Expedición de Bohemundo de Tarento

II Cruzada (1145-1149)
Expedición de Conrado III, emperador de Alemania
Expedición de Luis VII de Francia

III Cruzada (1189-1192)
Expedición de Federico I, emperador de Alemania
Expedición de Felipe II Augusto, rey de Francia
Expedición de Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra

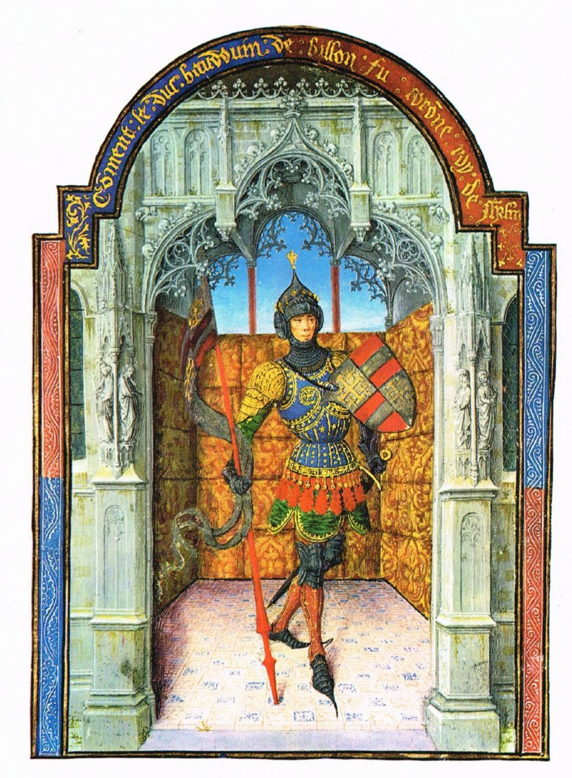
***El llamado Krak de los Caballeros, construcción típica de las cruzadas, en Siria. Se llama "krak" (en árabe, fortaleza) porque su misión era la vigilancia y la defensa del territorio. En 1142 se instalaron aquí los Hospitalarios, pero a finales del siglo XIII sucumbieron a los asaltos de los musulmanes.***



un prolongado asedio hasta que fue tomada en junio de 1098, mientras que Balduino, el hermano menor de Godofredo de Bouillon, penetraba más hacia el interior, hasta el curso medio del Éufrates, donde habitaba una población armenia cristiana bajo protectorado islámico.

Balduino logró hacerse con el gobierno de la principal plaza de la región, Edesa, que iba a ser en los decenios siguientes el puesto avanzado de los europeos en el Próximo Oriente. No fue sólo Balduino el que se creó así un dominio territorial; Bohemundo de Tarento consiguió forjar otro en Antioquía gracias a su destacada participación en el cerco y permaneció como príncipe de la ciudad y de su territorio. Así, ambos nobles conseguían su secreta finalidad, que era alcanzar en aquellas tierras orientales, utilizando el pretexto de la cruzada, lo que la fortuna o la herencia les habían negado en Europa.

Las intenciones de la mayor parte de los cruzados eran, sin embargo, más auténticas y prosiguieron su marcha hacia Jerusalén bajo el mando de Raimundo de Saint-Gilles, Godofredo de Bouillon y los restantes nobles. A principios de junio de 1099 daban vista a la ciudad santa, cuyo asedio no se prolongó mucho porque, fanatizados por la creencia en ciertas visiones y milagros, los peregrinos se lanzaron al asalto de sus muros el día 14. La entrada en Jerusalén se convirtió en una auténtica carnicería, sólo explicable por el contexto mental que presidía aquellos sucesos, cuya semejanza con una peregrinación actual es más bien remota. Narra un testigo lo siguiente: "Montones de cabezas, de manos y de pies se veían por las



***Balduino, conde de Edesa, es coronado rey de Jerusalén como sucesor de su hermano Godofredo de Bouillon. La miniatura, del "Abrégé de la chronique de Jérusalem", presenta una decoración y un vestuario que no corresponden en absoluto a las costumbres del siglo* XII *(Biblioteca Nacional, Viena).***

calles... Dejadme decir que en los alrededores del templo de Salomón la sangre llegaba hasta las rodillas. Fue justo y especial castigo de Dios que aquel lugar fuese cubierto con la sangre de los infieles que por tanto tiempo habían acudido allí a blasfemar" (*Crónica* de Raimundo de Puy).

Una vez conquistada la ciudad de Jerusalén, surgía un problema triple: político, eclesiástico y militar. La organización política se resolvió nombrando un monarca. Raimundo de Saint-Gilles, conde de Tolosa, renunció a serlo y fue elegido Godofredo de Bouillon, el cual, con gran habilidad, soslayó la titulación real y tomó la de "defensor del Santo Sepulcro". El problema eclesiástico terminó con la llegada de un nuevo legado pontificio que nombró un patriarca de Jerusalén e inició la latinización del clero y de la liturgia en la ciudad, con gran duelo de los cristianos de rito ortodoxo que habitaban en ella. Por fin, la principal cuestión militar consistía en completar la conquista y defenderla contra los ataques de los turcos, cuyos centros más próximos eran Alepo y Damasco, y de los egipcios, bajo dominio entonces de la dinastía fatimí.

Todo aquello se logró en los dos decenios siguientes con la conquista de las ciudades de la costa mediterránea palestina, libanesa y siria, la penetración hacia el interior en Judea, Samaria y Galilea, y la llegada al mar Rojo por Aqaba, tras ocupar el desierto de Negev. Aquellos territorios quedaron organizados políticamente en un reino principal, el de Jerusalén, del que eran vasallos más o menos nominales el principado de Antioquía y el condado de Edesa, ya mencionados, y el condado de Trípoli, que dominaba las costas centrales y septentrionales del actual Líbano y que fue conquistado por Raimundo de Saint-Gilles y su hijo Beltrán entre 1100 y 1109.

Los reyes, príncipes y condes que se sucedieron en estos diferentes países latinos de Tierra Santa mantuvieron luchas constantes con sus vecinos musulmanes, pero paulatinamente fueron adaptándose a las condiciones políticas de la región y consolidando la fuerza interior de sus estados. La aspiración más importante, y nunca lograda, fue el dominio del interior de Siria, en especial de las dos ciudades mayores, Alepo y Damasco, desde las que provenían la mayoría de los ataques.

El flujo casi continuo de peregrinos y las expediciones mayores, como la que realizó la flota veneciana en 1124, ayudaban a mantener las hostilidades en un plano de igualdad. Los venecianos consiguieron, por su parte, destruir la flota egipcia y consolidar el predominio de los mercaderes italianos en aquellas tierras. Pero, a falta de culminar la principal tarea en los frentes terrestres, los jefes cruzados conseguían por lo menos mantener la división política en el seno de sus vecinos islámicos: aquella división era su mayor seguridad y cuando los musulmanes comenzaron a superarla surgió el verdadero y grave peligro para los frágiles poderes europeos en el Cercano Oriente.

En el año 1128, Alepo pasó a manos del emir y jefe militar Zengi (1128-1146). Él y su hijo Nur ed-Din (1146-1174) intentaron realizar aquella unidad de la Siria islámica precisa para presentar un gran frente de guerra a los occidentales, cuyas relaciones con Bizancio seguían siendo malas, por lo que poca ayuda podrían esperar de aquella parte. La política de Zengi dio su primer gran



***La ciudad de Cesarea Marítima sufrió en el siglo XI el ataque de los cruzados hasta que fue conquistada por Luis IX de Francia, en cuyo tiempo se construyó esta ciudadela-castillo.***

fruto, entre 1144 y 1146, con la conquista del condado de Edesa, pieza clave de la defensa europea, dado su carácter de posición avanzada.

La pérdida de Edesa fue un aldabonazo en la conciencia occidental: el rey de Jerusalén, Balduino III, y el príncipe de Antioquía, Raimundo de Poitiers, apelaron al pontífice Eugenio III para que se avivase el ardor de la cruzada y tuvieran lugar expediciones de similar importancia a las de 1096. El papa contaba con el hombre adecuado para predicarla por su prestigio moral y político y por su fogosa elocuencia: se trataba de Bernardo de Claraval, gran promotor de la reforma cisterciense dentro de la regla benedictina. La actividad del futuro San Bernardo fue, en efecto, muy considerable: movió los ánimos con sus sermones durante la Pascua de 1146, se impuso a los predicadores populares que intentaban crear un estado de espíritu similar al de la antigua "cruzada popular" y obligó incluso a los propios reyes a ponerse al frente de los peregrinos. En aquella ocasión la expedición fue mandada por el emperador Conrado III y por el rey de

Francia, Luis VII, a través del camino terrestre del valle del Danubio, que ya había sido empleado en la primera.

Es notable que, a pesar del auge del tráfico marítimo, las cruzadas y peregrinaciones del siglo XII sigan prefiriendo las rutas terrestres, en general; sin embargo, algunos expedicionarios siguieron el camino del mar en aquella ocasión y, a su paso por las costas de la península ibérica, contribuyeron en diversa medida a la reconquista de tres ciudades importantes: Lisboa, Almería y Tarragona.

La expedición principal, dirigida por el emperador y el rey, fue un completo fracaso. Los contactos con el emperador bizantino, a su paso por Constantinopla, resultaron bastante hostiles. Los encuentros armados con los turcos en Asia Menor, desgraciados en su mayor parte. La llegada a Antioquía, ya en 1148, puso de manifiesto nuevas diferencias entre los cruzados y los poderes cristianos locales.

Raimundo de Poitiers pidió a Conrado y a Luis que atacasen a Nur ed-Din en su sede de Alepo, pero ambos desoyeron su consejo y marcharon contra Damasco, cuyo emir era contrario al de Alepo y mucho más favorable a los occidentales. El sitio de Damasco fracasó estrepitosamente, los cruzados volvieron a sus tierras y los colonos europeos que habían pedido su auxilio se vieron impotentes para contener los efectos del contraataque islámico: Damasco pasó a manos de Nur ed-Din en 1154, realizándose así el proyecto de la unificación siria. Poco antes, el jefe musulmán había conquistado importantes territorios del principado de Antioquía.

La segunda mitad del siglo XII presenció la agonía del reino de Jerusalén y de sus vasallos en medio de una pugna política, diplomática y militar cada vez más angustiosa que contrastaba con la prosperidad y aumento de los intereses mercantiles de las repúblicas urbanas de Italia en el Mediterráneo oriental, prueba de hasta qué punto estaban disociadas ambas series de hechos. Ante el abandono de sus colegas europeos, Balduino III intentó buscar de nuevo el apoyo bizantino y contrajo matrimonio con la princesa Teodora, pariente del emperador

## BIZANCIO Y LAS CRUZADAS

Las cruzadas llevaron a sus últimas consecuencias el antagonismo que separaba a bizantinos y occidentales desde los siglos anteriores y que se había iniciado con la misma escisión del mundo romano en dos mitades, oriental y occidental, a lo largo de los siglos IV y V, respondiendo a la realidad de dos mundos, uno occidental, latino y, tras las invasiones, germano, y otro oriental, griego o helenizado, más culto y rico, dotado de un sustrato de civilización urbana mucho más antiguo. La diferencia había ido agrandándose en la diversidad de costumbres y de régimen económico, mucho más complejos en Oriente; en la diferente organización política, porque Bizancio consolidó y completó el aparato institucional romano; en los distintos puntos de vista ante las relaciones internacionales, supeditadas las bizantinas desde el siglo VII a la amenaza musulmana y a las migraciones eslavas y búlgaras, que redujeron su territorio y amenazaron su propia vida, mientras que los europeos occidentales apenas las padecían, aunque sufrieran otras, y consolidaban e incluso aumentaban el espacio geográfico por ellos ocupado.

Por último, los bizantinos poseían tradiciones religiosas distintas a las de los occidentales: el poder imperial dominaba sin discusión al eclesiástico, la lengua litúrgica era el griego; el recelo hacia Roma, pobre obispado situado en medio de países bárbaros y rústicos, impedía reconocer, de hecho, la supremacía jerárquica y espiritual de los papas, máxime pensando, como se pensaba, que el traslado de la capital imperial a Constantinopla había provocado también el de la sede apostólica. Además, la religiosidad bizantina era distinta a la occidental, aunque la organización eclesial fuese muy parecida en ambas partes; era una religiosidad en la que las sutiles preocupaciones dogmáticas predominaban sobre la acción moral, siempre destacada en Occidente. Por eso, Bizancio había sido tierra donde fructificaron las primeras herejías, dado que la herejía exige una especulación intelectual profunda en torno a la fe, que en la rudeza de la Europa altomedieval habría sido ciertamente inconcebible.

Así ocurrió que, a medida que el pontificado recuperaba su prestigio y su poder en Occidente, se acentuaba la oposición de los bizantinos a reconocerlo. Tras la primera ruptura entre Roma y Constantinopla, en tiempos del patriarca Focio, a mediados del siglo IX, la excomunión mutua definitiva, porque no se levantó, se produjo en 1054 entre el papa León IX y el patriarca Miguel Cerulario. Posteriormente, los intentos de reunificación entre ambas Iglesias fueron frecuentes, e incluso algunos fructificaron legalmente en 1274 y en 1439, pero la oposición básica siguió siempre en pie e hizo que estos esfuerzos terminaran en fracaso.

En el momento de iniciarse las cruzadas, los bizantinos eran, a ojos de los europeos, cismáticos. Eran además un pueblo vencido e incapaz de oponerse al Islam. Tras la recuperación bizantina de los siglos X y XI, la derrota de Manzikert (1701) había puesto en manos de los turcos casi toda el Asia Menor. Un siglo después, y a pesar de la intervención europea, los bizantinos volvían a sufrir otra derrota definitiva en Miriocéfalo (1177). Por último, Bizancio, aunque en decadencia, era un país riquísimo debido a su papel de intermediario comercial entre Asia y Europa; los venecianos y genoveses fueron arrebatándole aquel monopolio desde el siglo X y, cuando tropezaron con dificultades excesivas para lograrlo, no dudaron en desviar el impulso de cruzada contra Constantinopla, que fue conquistada por los europeos en 1204 y vivió sesenta años bajo el dominio de señores occidentales.

Las cruzadas fueron para Bizancio un fenómeno nefasto, en consecuencia. Contribuyeron a precipitar su ruina militar, territorial y económica y nunca fueron motivo de aproximación entre ambos sectores de la cristiandad, sino de distanciamiento y de odio. A la rudeza de costumbres, a la envidia e incluso al odio de los occidentales, replican los griegos con un menosprecio basado en el mayor nivel de su cultura intelectual, en la calidad de su compleja diplomacia y de sus instituciones, en la profundidad dogmática de su Iglesia. Lamentablemente para ellos, aquella superioridad cultural no estaba servida por una fuerza suficiente.

M. A. L. Q.



***Inicial miniada de un manuscrito del siglo XIII en que aparecen representados los dos jefes de la segunda cruzada ante Jerusalén: el emperador Conrado II de Alemania y el rey de Francia Luis VII (Biblioteca Nacional, París).***

Manuel Comneno; a continuación se proyectó un nuevo asedio de Alepo, que no se llevó a efecto, y, entre tanto, uno de los principales vasallos de Balduino, Rainaldo de Châtillon, saqueó Chipre, que era dominio bizantino, lo que muestra cuán lejos estaban los deseos de alianza de su rey con respecto a una realidad marcada por el rechazo mutuo entre ambas ramas de la cristiandad.

Por otra parte, el poder bizantino era ya muy escaso y, si en los anteriores decenios había conseguido reconquistar buena parte de la península de Anatolia, bastó una derrota frente a los turcos, la de Miriocéfalo en 1177, para acabar con los sueños del emperador oriental. El intento amistoso de Balduino III no tuvo continuación, y lo que se impondría definitivamente con respecto a Bizancio por parte de los europeos sería la hostilidad. Ellos, tanto como los turcos, contribuyeron a arruinar el antaño pujante Imperio.

Amalarico I, que sucedió a su hermano Balduino, hubo de enfrentarse con otro problema político mucho más grave, al llegar a su término y extinción la dinastía fatimí que gobernaba Egipto. Para Nur ed-Din era el momento soñado: unir Egipto y Siria equivalía a completar el cerco y asfixia de los cruzados. Amalarico lo sabía, por lo que no dudó en apoyar a los vacilantes fatimíes entre 1164 y 1167 y, al comprobar que era insuficiente, invadió el delta del Nilo en 1168, intento desesperado que, dada la escasez de sus tropas, no podía terminar bien.

Los egipcios se vieron obligados a llamar en su auxilio a Nur ed-Din, que envió tropas bajo el mando de Salah ed-Din (Saladino). Amalarico hubo de retirarse y Saladino cumplió entonces el verdadero objetivo para el que había sido enviado: desde 1171 eliminó al último gobernante fatimí y pasó a gobernar personalmente Egipto; entre 1174 y 1183 consiguió suceder a Nur ed-Din en Siria. La ansiada unión había sido realizada.

El peligro para los europeos del reino de Jerusalén y países vasallos era inminente y todavía en 1172 el rey Amalarico sitió Damieta, una de las salidas del Nilo al mar, con auxilio bizantino, pero no tuvo éxito. Su sucesor, Balduino IV (1174-1186), pasó todo su reinado combatiendo contra Saladino, mientras la lepra le roía poco a poco el cuerpo; en él, más que en ningún otro personaje, se encarna toda la tragedia de las expediciones y colonizaciones medievales en Tierra Santa. Mal servido por sus vasallos, cuyos vínculos de fidelidad eran muy débiles, y por las Órdenes militares, que campaban por sus respetos, pudo aplazar el desastre durante varios años, pero la organización militar con que contaba era insuficiente para enfrentarse a las nuevas condiciones del mundo islámico circundante completadas por Saladino.

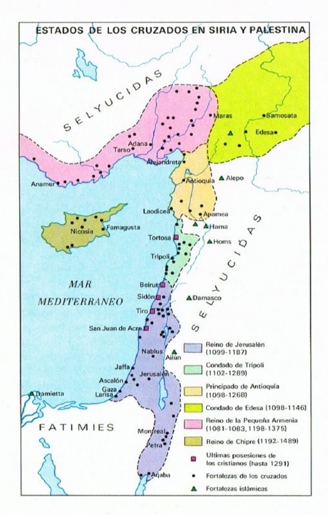
Pocos meses después de morir Balduino IV llegó la hora final, a la que hubo de hacer frente el nuevo rey, Guido de Lusignan. El día 4 de julio de 1187, en Hattin, cerca del Tiberíades, el ejército del reino de Jerusalén fue aniquilado por las tropas musulmanas; el número de los cautivos resultó ser bastante elevado y aumentó a medida que Saladino iba ocupando sin dificultad las principales urbes: Acre, Jaffa, Jerusalén, Beirut... La resistencia se concentró en algunos puertos de la costa, en especial Tiro, Trípoli, Tortosa y Antioquía, desde los que partiría la contraofensiva, porque la catástrofe había sido demasiado grande para que los poderes europeos, comenzando por el papa, no se sintieran conmovidos.

La cuestión no era, sin embargo, conmoverse, sino enviar una ayuda continua que aceptase además la disciplina del rey de Jerusalén, y ambos aspectos, continuidad y respeto a los intereses de los colonos, más conscientes de sus necesidades, no se dieron jamás, ni en el siglo XII ni en el XIII: tal vez,

desde la perspectiva europea, fue aquél el motivo mayor de los males políticos y militares que aquejaron a los establecimientos del ultramar medieval.

Después de Hattin se preparó una nueva cruzada, por supuesto. Es más, a lo largo de todo el siglo XIII el ideal de cruzada seguirá presente, dará lugar a manifestaciones emocionales colectivas, sustentará expediciones a Oriente. Pero no bastó; mientras nuevas formas de religiosidad sustituían a las que habían cimentado la antigua "mística de cruzada", mientras los dueños políticos de Europa utilizaban la cruzada como un peón más en sus luchas y asestaban los golpes definitivos al único poder cristiano auténtico en aquella región, es decir, a Bizancio, los establecimientos europeos en Tierra Santa llevan una vida lánguida que tocará a su fin en las postrimerías del siglo XIII. Luego, sólo el reino de Chipre, por una parte, y por otra un arcaico y cortesano ideal de cruzada que tenía únicamente eco en mentes caballerescas, serían los testigos del pasado hasta muy entrado el siglo XVI.

En los meses que siguieron a Hattin, la




***Fresco de finales del siglo XII de la antigua capilla de los Templarios, en Cressac, cerca de Angulema, que representa a un grupo de caballeros de dicha Orden saliendo de su castillo para combatir (Museo Nacional de Monumentos Franceses, París).***

resistencia se concentró en Tiro, bajo el mando de Conrado de Montferrato. El obispo de la ciudad viajó a Europa y comenzaron a llegar socorros desde Sicilia, Flandes, Dinamarca e Inglaterra. Los reyes de Francia, Felipe II, y de Inglaterra, Ricardo I, "Corazón de León", prometieron que acudirían a la cruzada al frente de sus ejércitos, pero estaban en guerra el uno contra el otro en aquellos momentos y su partida se aplazó más de lo previsto, dando lugar a que se les adelantase el propio emperador del Sacro Imperio romano-germánico, el anciano Federico I, que pensaba utilizar la cruzada como arma en pro de su prestigio político. La expedición del emperador no alcanzó éxito, a pesar del poder con que fue organizada, porque Federico murió ahogado en Anatolia, en junio de 1190, y sólo parte de su ejército llegó a Antioquía.

Saladino, ante el peligro que le amenazaba, había ofrecido dejar paso libre, seguro

## LAS ORDENES MILITARES

El nacimiento de las Órdenes militares fue una de las consecuencias más notables de las cruzadas. Eran institutos a la vez religiosos y militares. En el primer aspecto, dependían directamente del papa, con exención de otras jurisdicciones eclesiásticas, y organizaban su vida comunitaria según una regla monástica que fuese compatible con la condición seglar y las actividades guerreras de sus miembros.

La Orden del Hospital y la del Templo fueron las más famosas de todas las surgidas en Tierra Santa. La Orden de los Hospitalarios tuvo su origen en un albergue fundado en Jerusalén el año 1048 para acoger peregrinos; al terminar la primera cruzada, los prebostes del albergue hospedaron a numerosos peregrinos, extendieron sus actividades en pro de la protección y defensa de los mismos y acabaron aceptando obligaciones militares que derivaban de ambas tareas. Entre 1120 y 1160, el maestre de la Orden, Raimundo de Puy, codificó la regla y transformó la organización en una verdadera Orden militar semejante a la del Templo, bajo el nombre de Orden de Caballeros de San Juan de Jerusalén, también llamados sanjuanistas u hospitalarios. La piedad europea se manifestó en numerosísimas donaciones en dinero o en tierra a favor de aquella Orden protectora de la peregrinación, cuyos caballeros portaban hábito negro con una cruz blanca sobrepuesta.

La Orden del Templo fue fundada en Jerusalén en 1118 y tuvo desde sus comienzos funciones más claramente militares. La regla monástica seguida fue la de San Benito, y el hábito de los caballeros, de color blanco con una cruz roja. Ambas Órdenes respondían a una necesidad de la época, la de fundir los ideales de la caballería militar con el intento de cristianización de las costumbres castrenses que la Iglesia estaba llevando a cabo. Las circunstancias de Tierra Santa eran las más propicias para intentarlo mediante la creación de aquellas "Milicias de Cristo", en las que se mezclaban ambos aspectos.

El éxito de la experiencia se manifiesta en la inmensa riqueza y poder alcanzados por ambas Órdenes en los siglos XII y XIII gracias al apoyo y a las donaciones de los reyes, eclesiásticos y pueblo europeo. Hacia 1250, la Orden del Templo contaría con veinte mil miembros. Antes de la batalla de Hattin, templarios y hospitalarios eran los mayores terratenientes de Tierra Santa, a pesar de su insumisión con respecto al rey de Jerusalén, al que no obedecían, alegando la dependencia directa que tenían con respecto al papa. Su papel en la defensa de aquellos territorios fue fundamental, pero se vio enturbiado por esta indisciplina y por las rencillas continuas entre las dos Órdenes.

La organización interna de ambas era muy semejante. La dirigía un Gran Maestre, rodeado de su corte, de un restringido consejo y, en ocasiones extraordinarias, de la reunión o capítulo general de sus cargos directivos. Las posesiones se dividían por reinos y países y, dentro de éstos, por prioratos; bajo el mando de los priores vivían los bailíos y comendadores, que tenían a su cargo grupos más o menos extensos de caballeros y escuderos de la Orden respectiva. La riqueza de las Órdenes y la consolidación de sus instituciones fueron provocando cierto abandono del rigor militar y religioso primitivo, con el olvido de aspectos de la regla que las Órdenes seguían, pero el trance más duro sobrevino cuando volvieron a poder del Islam los territorios de ultramar cuya defensa había sido la primera razón de ser de las Órdenes.

La del Hospital pudo mantenerse, tanto por su carácter menos bélico y más volcado hacia la práctica de la protección y la caridad con respecto a los débiles, como por haber asumido la defensa de puntos fronterizos de la cristiandad europea: Rodas primero, Malta más tarde. Así fue posible que llegase a nuestros días como corporación predominantemente honorífica, aunque sus intereses hospitalarios sigan siendo notables. Pero la Orden del Templo tuvo siempre un carácter más netamente militar y empleaba sus riquezas fabulosas en operaciones de banca y préstamo que resultasen más rentables con respecto a sus fines; no pudo superar la crisis que siguió a la caída de Acre en 1291 y de las últimas posesiones europeas en Oriente; entre 1307 y 1312, el rey de Francia Felipe IV procesó, bajo cargos dudosos, a los templarios que vivían en Francia, y consiguió que el papa Clemente V disolviera la Orden, cuyos bienes fueron aplicados a la hacienda regia o, en otros países, a otras Órdenes militares.

El ejemplo de templarios y hospitalarios había estimulado la aparición de nuevas Órdenes, unas en Tierra Santa, otras en lugares muy alejados. Durante la segunda cruzada se fundó en Jerusalén la Orden de los Caballeros Teutónicos, reconocida por el papa en el año 1192. Pero el lugar de acción de los Teutónicos no fue Palestina, sino la frontera oriental de Alemania, donde conquistaron Prusia, atendiendo a menudo más a sus intereses materiales y deseo de poseer tierras que al primordial fin religioso, como lo demuestran sus violentas luchas con los polacos cristianos. En el siglo XVI, el maestre Alberto de Brandeburgo se secularizó y convirtió los bienes de la Orden en ducado de Prusia, germen del futuro reino que reunificaría Alemania en el siglo XIX. La Orden de los Caballeros Portaespadas tuvo un carácter muy similar y actuó, sobre todo, en la conquista de las tierras paganas de Livonia y Estonia. Otras Órdenes militares y caritativas surgidas en los siglos XII y XIII y extinguidas hoy todas ellas fueron las de los Caballeros de San Antonio, la de los Caballeros del Espíritu Santo y la Orden de Caballeros de San Lázaro de Jerusalén, fundada para atender leproserías.

En España tuvieron importantes posesiones tanto la Orden de San Juan como la del Templo. Los bienes de los templarios fueron aplicados a la Orden de Montesa (creada en 1317) en la corona de Aragón. En Castilla pasaron a manos, en parte, de Órdenes militares autóctonas que habían surgido mediado ya el siglo XII: Calatrava, Santiago y Alcántara. En Portugal tuvo gran importancia la Orden de Avís. Todas ellas encontraron en la lucha y en la conquista contra el Islam peninsular estímulos semejantes a los que mantenían a sanjuanistas y templarios en Tierra Santa.

M. A. L. Q.

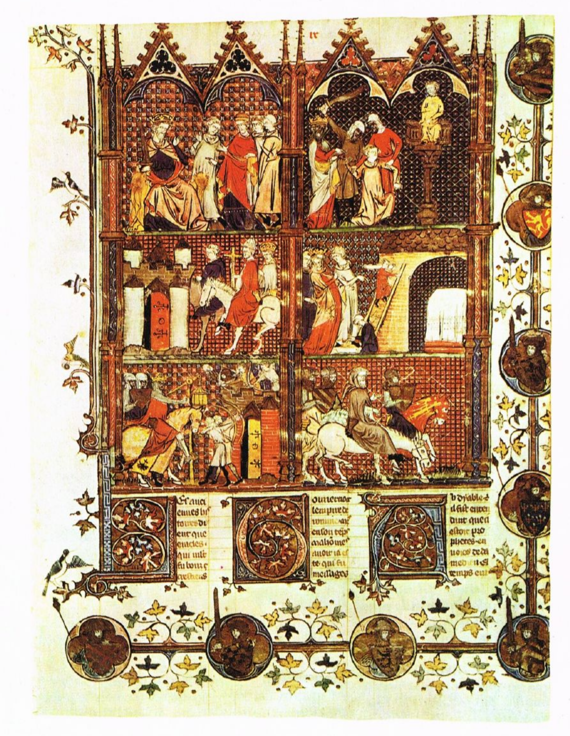
y pacífico a todos los peregrinos que deseasen ir a Jerusalén y respetar el culto cristiano en la ciudad, pero se había negado a devolver territorios. En su actitud de tolerancia no había nada anormal: los musulmanes la habían practicado habitualmente en los siglos que precedieron a las cruzadas.

La expedición del emperador había seguido la ruta del Danubio. Los reyes de Francia e Inglaterra marcharon por vía marítima. Mientras tanto, Guido de Lusignan había puesto cerco a Acre, caído en manos de los musulmanes. El sitio se prolongó cerca de dos años, a partir de agosto de 1189, mientras Saladino cercaba a su vez a los sitiadores. Fue una de las acciones bélicas más características de aquellos siglos, en los que las batallas decisivas o los asaltos rápidos no eran fáciles de realizar con las técnicas de guerra de que se disponía.

Los reyes de Francia e Inglaterra llegaron ante la ciudad en abril de 1191. En el camino, Ricardo Corazón de León había conquistado Chipre, arrebatándola a los bizantinos. Con la presencia de ambos reyes, el asedio terminó y Acre volvió a manos europeas. Felipe II de Francia regresó a su país inmediatamente, pero el rey inglés se dispuso a redondear la victoria y a intentar la recuperación de Jerusalén.

Sus relaciones con Saladino y la historia de sus batallas en Tierra Santa son, acaso, el elemento más novelesco de las cruzadas; no en vano la industria del cine anglosajona se ha ocupado del tema varias veces en las últimas décadas. Ricardo era un espécimen notable del guerrero medieval; Saladino, del político musulmán valeroso y cortés. La batalla de Arsuf, principal de cuantas libraron, fue un espectáculo sobrecogedor, servido por la brillantez de la caballería pesada europea cargando en compacta formación. Corazón de León recuperó todas las plazas costeras hasta Jaffa y consiguió libertades de acceso para los peregrinos que marcharan a Jerusalén, pero no pudo tomar la ciudad y hubo de regresar a su reino en septiembre de 1192 tras acordar un tratado de paz por cinco años con Saladino. Otra de sus últimas acciones fue investir a Guido de Lusignan con el reino de Chipre para compensarle por el de Jerusalén, que había perdido a manos de otros candidatos.

Disminuido reino el de Jerusalén, sin embargo. Su capital accidental pasaba a ser Acre, su territorio apenas se extendía más allá de la franja costera, y lo mismo ocurría con las plazas de Antioquía y Trípoli. Aquel resto de la presencia europea, más Chipre, restaurado y consolidado por la cruzada de 1190, la tercera en la ordenación tradicionalmente aceptada, pudo mantenerse un siglo más. Pero no trataremos ahora de sus avatares, sino de otro tema que nos parece más importante: el estudio de los modos de vida y organización que adoptaron los colonos europeos en aquellas tierras. Esto nos dará la explicación profunda de muchos de los hechos narrados y contribuirá eficazmente al conocimiento cabal de lo que las cruzadas fueron y significaron.



***Diversas escenas de la toma de Jerusalén por las tropas del sultán Saladino tras la batalla de Hattin; miniatura del "Roman de Godofredo de Bouillon" (Biblioteca Nacional, París). La caída de Jerusalén a manos del infiel fue la chispa que despertó los ánimos cristianos y motivó la puesta en marcha de la tercera cruzada.***

El primer dato a tener en cuenta es de orden demográfico. Si el reino de Jerusalén nunca fue poderoso se debió, ante todo, a su fracaso parcial como empresa colonizadora. En la batalla de Hattin no tomaron parte más allá de mil doscientos jinetes y se supone que en Tierra Santa nunca vivieron de forma permanente más de un millar de caballeros, a los que debemos añadir



***Esta miniatura del siglo XIV, en que Saladino manda encadenar a los cruzados cristianos aprisionados, refleja el estado de los hechos tras la batalla de Hattin, en 1187, con la que las tropas musulmanas aniquilaron el reino de Jerusalén de Guido de Lusignan (Biblioteca Nacional, París).***

otros centenares encuadrados en las Órdenes militares y la clerecía de origen europeo. En total, contando familias, unas cinco mil personas, cuya principal característica demográfica era la de no mezclarse con la población indígena, lo que dificultó siempre su adaptación al medio. A esta cúspide social de los colonos hay que añadir el campesinado venido de Europa, cuyo número se ignora, y unos cinco mil escuderos que cumplían ciertas obligaciones militares y que, sumados a sus familias, constituirían tal vez un núcleo de veinte mil personas.

Tanto escuderos como campesinos se mezclaron muy pronto con la población local, constituida en su mayor parte por cristianos de diversos ritos que habían convivido durante siglos con los musulmanes. Éstos y los judíos emigraron en su mayor parte, aunque permanecieran algunos núcleos. Por último hay que recordar las colonias de mercaderes italianos, instaladas en los puertos y que vivieron incluso más aislados que los caballeros, entre los que se dieron a veces alianzas matrimoniales con linajes armenios y bizantinos.

Venidos de una Europa donde predominaba el sistema feudal, nada tiene de extraño que los cruzados lo implantaran en Tierra Santa como base de la organización económica, social y política. Y, al actuar sobre una tierra previamente despojada de sus anteriores sedimentos históricos, pudieron establecerlo en toda su pureza y plenitud, a pesar de ser un fenómeno importado y sin raigambre en Tierra Santa.

El rey de Jerusalén, en efecto, contaba con diferentes gradaciones de vasallos, cada uno de los cuales poseía uno o varios feudos donde las poblaciones campesinas trabajaban bajo su mando. Los principales fueron el principado de Galilea, el condado de Jaffa y los señoríos de Sidón y de Transjordania. Y ya hemos visto que los poderes vasallos del rey de Jerusalén también se habían organizado según el mismo sistema: principado de Antioquía, condados de Edesa y Trípoli.

Los dueños de los feudos tenían obligaciones militares proporcionales a la extensión e importancia de los mismos. También quedaban sujetos a ellas los señoríos de la Iglesia y de las Órdenes militares, cuya principal característica, a diferencia de los laicos, era la dispersión territorial.

El orden feudal informaba también toda la actividad política. El soberano legislaba y juzgaba en medio de su consejo de vasallos y la jurisprudencia así afirmada fue poco a

poco compilándose en los llamados *Assises de Jerusalem*. El rey, que, según la costumbre europea más antigua, era electivo, poseía ciertos poderes supremos, como eran convocar la guerra y dirigirla, ser juez superior e intervenir en los feudos de sus vasallos en las circunstancias previstas por el derecho, que, por lo demás, recortaba mucho su autoridad al determinar que todas las decisiones de gobierno, judiciales y legislativas de cierto relieve debían ser tomadas con consejo y acuerdo de sus vasallos, reunidos en la llamada *Cour des Liges* o *Haute Cour*.

Jerusalén constituyó, en definitiva, el mejor ejemplo de aquellas "monarquías feudales" tan características de los siglos XI al XIII. La casa y corte de sus reyes también, con sus grandes dignatarios idénticos a los de otros países europeos: senescal, condestable, chambelán, canciller. Este cuadro institucional puede ser aplicado sin grandes variaciones a Edesa y a Trípoli. Antioquía, por el contrario, vivió dentro de tradiciones administrativas bizantinas, debido a sus relaciones más estrechas con el Imperio y a la abundante población siria y armenia que formaba la base del principado. Por lo demás, sus relaciones de dependencia y vasallaje con respecto a Bizancio fueron tan teóricas como las de los demás países latinos de Tierra Santa.

Aunque el rey de Jerusalén era vasallo del papa, la organización eclesiástica del reino dependía estrechamente del monarca, desde su cúspide, el patriarca de Jerusalén, al que él escogía de entre dos candidatos propuestos por los sacerdotes del Santo Sepulcro, hasta los cuatro arzobispos, nueve obispos, cinco priores y nueve abades mitrados. En Antioquía habitaba otro patriarca latino, que tenía jurisdicción sobre el principado y sobre los condados de Edesa y Trípoli. La organización eclesiástica era rica, y así se reflejaba en las prestaciones militares a que estaba obligada, no sólo por las tierras y bienes que poseía en el país, sino también por las donaciones de que se beneficiaba en Europa. Esta proyección europea del estamento eclesiástico de Tierra Santa se acentúa en el caso de las Órdenes militares, instituciones que nacieron precisamente allí con una finalidad militar y religiosa y cuya importancia bien merece que se destaque en estudio aparte.

Tales eran los fundamentos institucionales. No podemos olvidar tampoco el valor que los factores económicos tuvieron en el mantenimiento de aquellas colonias euro-

## LAS DOS CRUZADAS DEL SIGLO XII

1144 Muerto Fulco de Jerusalén, los musulmanes pueden conquistar el principado de Edesa. El papa Eugenio III apela a Luis VII de Francia y hace predicar la cruzada a San Bernardo de Claraval. Predicando también en Alemania, Bernardo se separa de la voluntad pontificia, aunque consigue la adhesión del emperador Conrado III y de numerosos príncipes.

1147 La Dieta de Francfort pone fin, al menos por el tiempo de la cruzada, a las disensiones entre los príncipes alemanes. Durante la ausencia del emperador se hará cargo de la regencia el arzobispo de Maguncia. Los príncipes sajones son autorizados a seguir el voto de cruzada luchando contra los eslavos aún paganos. El ejército alemán llega a Constantinopla a través de Hungría y Bulgaria. Contra los consejos del emperador Manuel I, Conrado divide su ejército: mientras el grueso, conducido por él, atraviesa directamente el Asia Menor, el obispo Otón de Freising bordea la costa con un pequeño destacamento, que pronto es aniquilado por los turcos en Laodicea. Hostigado constantemente por los turcos, con pocos víveres y diezmado por la enfermedad, el ejército imperial sufre grandes pérdidas y debe retroceder. Mientras Conrado III, herido, permanece en la corte de Manuel I, el resto de sus tropas se unen a las francesas en Nicea. Por vía marítima, Luis VII alcanza Antioquía con una parte de sus caballeros.

1148 El rey de Francia, a quien se ha unido el emperador a finales del invierno, entra en Jerusalén. Dos ataques comunes contra Damasco y Ascalón no consiguen ningún triunfo y hacen renunciar a la finalidad misma de la expedición: la reconquista de Edesa. Mientras, la presencia de la reina Leonor de Aquitania en Tierra Santa ha provocado escándalos que comprometen la eficacia de las operaciones. Conrado III deja Palestina para pasar el invierno en la corte bizantina.

1149 Conrado y Luis vuelven a sus estados. El fracaso militar de la cruzada compromete el prestigio del papado. A partir de este momento, la situación de los estados cristianos de Oriente se hace más delicada, mientras el Islam encuentra un caudillo que sabe coordinar los esfuerzos: Saladino.

1185 Muerte de Balduino IV y apertura de una crisis dinástica en Jerusalén.

1187 Batalla de Hatin. Caída de Jerusalén en manos de Saladino. El papa Gregorio VIII apela a los reyes católicos de Occidente.

1188 Dieta de Maguncia: el emperador Federico Barbarroja organiza la Tercera Cruzada. Auxilio del normando Guillermo de Sicilia a los reductos cristianos en Palestina y Siria.

1189 Acuerdo de Nonancourt entre Felipe Augusto de Francia y Ricardo I de Inglaterra. Federico I parte de Ratisbona hacia Oriente.

1190 Federico Barbarroja en Asia. Creación de la Orden hospitalaria de los Caballeros Teutónicos.

1191 Muerte accidental del emperador en Cilicia. Recuperación de San Juan de Acre por Ricardo Corazón de León. El rey de Francia se retira de la cruzada.

1192 Tregua de tres años entre Ricardo I y Saladino: el reino de Jerusalén en poder de Saladino; los peregrinos cristianos podrán visitar libremente Tierra Santa en pequeños grupos y sin armas.



***La ciudad de Acre –en la ilustración, el pequeño puerto con la torre del reloj al fondo– fue el punto neurálgico de las costas palestinas durante el siglo XII. Conquistada en 1104 por Balduino I a los musulmanes, fue tomada por Saladino en 1187 y recuperada posteriormente en la tercera cruzada.***

peas. Ya se ha indicado que el papel de las ciudades mercantiles italianas fue grande, aunque sus intereses nunca estuvieron en función de los que mantenían los cruzados. Pero sus naves aseguraron la comunicación con Europa, la posibilidad de guerrear y, lo que es más importante, el comercio exterior de aquellos territorios, al integrarlo en los circuitos mercantiles más amplios que tenían establecidos por todo el Mediterráneo oriental genoveses, venecianos, pisanos, amalfitanos y también catalanes. A trueque de aquellos servicios, obtuvieron franquicias fiscales, barrios y "fondacos" especiales en las ciudades costeras, además de tribunales autónomos.

Es cierto que, por lo demás, no eran aliados muy seguros, tanto por las rivalidades internas que los dividían como por anteponer sus intereses comerciales a cualquier otra consideración, pero precisamente por este último aspecto prestaron el mayor servicio, al potenciar las posibilidades mercantiles que Tierra Santa tenía en su condición de enclave terrestre situado en el centro de las rutas que unían tres continentes y que eran continuamente recorridas por caravanas. El comercio de tránsito fue tal vez su principal riqueza económica: especias, productos tintóreos, marfiles y porcelanas eran los productos más importantes, procedentes todos ellos de Asia.

Sin duda, aquel tráfico obligaba a una benevolencia aduanera y a una cordialidad de relaciones fronterizas con los musulmanes que son el reverso de la medalla de guerras y combates que hemos presentado páginas atrás. Las rentas de aduanas fueron los principales recursos hacendísticos con que contaron los reyes de Jerusalén y demás señores, y tanto más a medida que avanzaba el siglo XII. Aquel comercio alcanzaría su apogeo en la siguiente centuria, a pesar de los contratiempos militares y políticos, a pesar también de que enturbiaba el primitivo espíritu de cruzada, impulsaba a tomar medidas hostiles contra la competencia comercial bizantina y a convivir en paz con el enemigo islámico. Además, no bastaba para suplir la ayuda europea, siempre necesaria, pero contradecía los fundamentos ideológicos en que ésta pretendía basarse.

El espíritu de cruzada había provocado un fenómeno colonial. No lo había deseado, pero era inevitable. Creaba esto una contradicción que se ponía de manifiesto muy claramente en el plano de las realidades económicas. Runciman lo explica magistralmente al demostrar que la historia de los establecimientos europeos en Tierra Santa resulta ininteligible si no se comprenden "las necesidades comerciales y financieras de los colonos y de los mercaderes italianos. Estas necesidades generalmente iban en contra del impulso ideológico que originó el movimiento cruzado. Ultramar se hallaba permanentemente en suspenso sobre un dilema: se había fundado a causa de una mezcla de entusiasmo religioso y sed de aventuras. Sin embargo, si debía mantenerse vigoroso no podía depender de la ayuda continua de hombres y dinero procedentes de Occidente, sino que debía justificar su existencia desde el punto de vista económico, y esto sólo podía alcanzarse si vivía en paz con sus vecinos. Pero la amistad con el Islam parecía una traición a los ideales cruzados y los musulmanes tampoco aceptarían nunca la presencia de un poder intruso en tierras que habían sido suyas. Nunca es fácil decidir entre los postulados contradictorios de prosperidad material y fe ideológica. El hombre no puede vivir sólo de ideología cuando su subsistencia depende de posibilidades más amplias que las contenidas en una estrecha franja de tierra. Los cruzados cometieron muchos errores y su política fue con frecuencia vacilante y variable, pero nadie puede culparles por completo del fracaso en resolver un dilema para el cual no había solución".

¡Qué reflexiones tan actuales sugieren los problemas de aquellos colonos en Pales-

# LA CONTRACRUZADA ISLAMICA

El estudio de las cruzadas trae el recuerdo de otro fenómeno en el que se mezclan también los factores religiosos y bélicos, el de la "guerra santa" (Gihād) islámica. La guerra santa, aconsejada por el profeta del Islam como medio de extender la fe y la comunidad de los creyentes, no había sido nunca una obligación fundamental para los musulmanes, pero, sin duda, dio vida a la gran expansión islámica de los siglos VII y VIII. Según las teorías más simples, la cruzada habría sido una versión cristiana de la "guerra santa" y provocaría la réplica inmediata de los musulmanes mediante la puesta en práctica del "Ǧihād". Los hechos no confirman esto, porque las cruzadas fueron, ante todo, peregrinaciones movidas por una mística colectiva, y la actividad bélica a que dieron lugar ha de ser considerada como producto marginal, al menos en los primeros decenios.

Pasaría mucho tiempo hasta que madurase la idea de que era santo y saludable hacer la guerra al Islam porque los musulmanes representaban el ejemplo más sobresaliente de infieles enemigos de la fe católica; y esta idea se desarrolló más, por ejemplo, en España que en Tierra Santa. Por otra parte, la llegada de los cruzados a Siria y Palestina no provocó de forma inmediata una actividad musulmana que pueda considerarse "Ǧihād". Para comprender esto hay que conocer con cierto detalle la situación del próximo oriente musulmán, en especial Siria, en el siglo XI, y el estado en que se hallaba la idea de guerra santa. Por lo general, los historiadores de las cruzadas descuidan tales aspectos, al considerarlas desde un punto de vista exclusivamente europeo.

Siria había sido una de las zonas fronterizas del mundo islámico que soportó mayores guerras contra uno de los grandes enemigos por antonomasia: Bizancio. En Siria, la guerra santa se había mantenido como ideal colectivo hasta mediados del siglo IX; con ciertas alternativas, había atraído a numerosos voluntarios de la fe, que guarnecían los castillos fronterizos, y la convirtió en tierra de elección para los musulmanes que seguían considerando un deber primordial la expansión geográfica de su fe. Pero el avance definitivo de la frontera al Asia Menor, más allá de las estribaciones del Tauro, privó a Siria de su carácter fronterizo.

La crisis de la unidad política islámica en el siglo X contribuyó a relegar en el olvido al primitivo "Ǧihād", porque, aunque la dinastía fatimí de Egipto lo esgrimiera como bandera de combate contra los apáticos abbasíes, de hecho, ellos mismos, como herejes, eran considerados objeto de guerra santa por los musulmanes ortodoxos (sunníes), entre los que se contaban, ya en el siglo XI, los turcos seldyúcidas, dominadores de Siria y Palestina en vísperas de las cruzadas. En resumen, cuando comienza la cruzada habían pasado siglos desde que la idea de "Ǧihād" tuviera repercusiones importantes sobre la mentalidad colectiva de los musulmanes sirios.

Su actitud ante la llegada y los excesos bélicos de los cruzados fue de miedo, de odio incluso, pero no despertó conciencia de guerra santa. Los sirios consideraron en principio la cruzada como prolongación de las anteriores campañas bizantinas o como una reanudación de las mismas, y contribuía a esta creencia el haber utilizado Bizancio, en los siglos X y XI, mercenarios escandinavos, normandos y "francos", que es el nombre con que los musulmanes de Tierra Santa conocerían a los cruzados. No se percibió, pues, ni la originalidad de la cruzada ni su carácter permanente; se pensó, incluso, que se podría integrar a los "francos" en un *modus vivendi* aceptable para todos, una vez pasados los primeros momentos de violencia. Pero con el paso de los años, al prolongarse la presencia y el dominio europeos y al comprobar que no cedía su agresividad, se fueron creando las condiciones precisas para el renacimiento limitado del "Ǧihād" en Siria.

Este renacimiento paulatino acabaría convirtiendo las actividades militares musulmanas contra los europeos en una "contracruzada" ideológica, pero hay que recordar que en aquellas guerras intervinieron por parte islámica otros factores nada despreciables: la xenofobia, mezclada con el miedo a los ataques "francos". El deseo de recuperarse de las pérdidas económicas mediante la adquisición de botín. Y, sobre todo, la esperanza de expansión político-militar y el afán de prestigio de ciertos gobernantes musulmanes, que ven en la práctica y en la propaganda del "Ǧihād" el medio de aumentar su poder político a costa de sus vecinos.

La guerra santa será utilizada por algunos gobernadores turcos de ciudades sirias como medio de unificación del país. La guerra santa será también un instrumento de propaganda y de lucha utilizado por los ortodoxos sunníes de Siria, vinculados nominalmente al califa de Bagdad, contra los herejes fatimíes de Egipto, y provocó una gran reacción de la ortodoxia contra el fatimismo a lo largo de todo el siglo XII.



A la luz de estas consideraciones se aclara mucho la actividad de Zengi, Nur ed-Din y Saladino. La idea de "Ǧihād" comienza a tomar cuerpo en Alepo, hacia 1120, aunque con dimensiones muy modestas y servida por una propaganda que se limitaba a ciertos medios pietistas. Zengi no estimuló demasiado su desarrollo, preocupado como estaba por otras cuestiones ajenas a la lucha contra los europeos. Pero su hijo Nur ed-Din convirtió la idea de "Ǧihād" en clave de su política, convirtiéndola en manifestación externa de la reacción sunní frente a los fatimíes, como tuvo ocasión de manifestar durante su intervención en Egipto. Nur ed-Din buscó para sus empresas el respaldo religioso de los califas y añadió a los argumentos generales de la guerra santa otros propios del lugar y de la época, en especial el anhelo de recuperar Jerusalén y Palestina, tierras santas del Islam, desarrollando en torno de ellos gran propaganda.

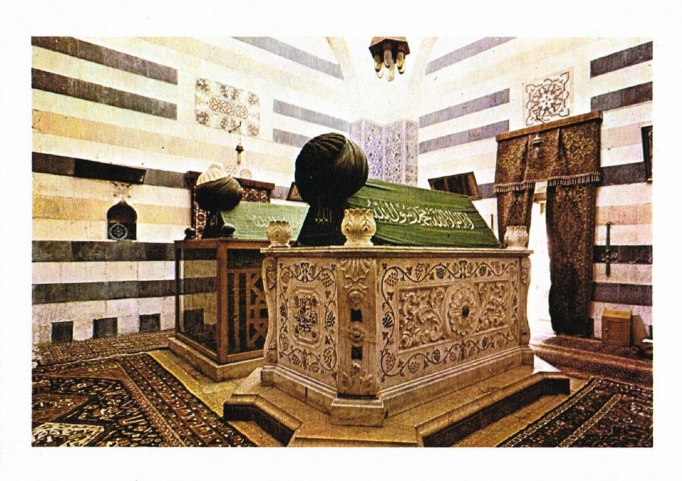
El renacimiento del "Ǧihād" llega a su apogeo con Saladino, en especial tras la unificación de Siria y Egipto en 1183. La guerra santa se convierte en deber colectivo. Se exalta el antagonismo religioso con los cristianos y, por fin, llegan los musulmanes a tener idea de los verdaderos móviles de la cruzada, al comprobar en los "francos" su ardor religioso, el valor que tiene para ellos Jerusalén y la importancia de la ayuda europea dirigida por el papa.

Así, su lucha se sitúa en el mismo plano religioso en que la mantenían los europeos y Saladino exaltará el carácter sagrado que Jerusalén tiene para los musulmanes, elevando la importancia simbólica de la mezquita de al- Aqsa a un nivel casi comparable a los de La Meca y Medina, lugares santos por excelencia del Islam. Y la propaganda del emir utilizará expresiones propias de una auténtica contracruzada: "Ahora que todos los países musulmanes están bajo nuestra jurisdicción o la de nuestros subordinados, debemos, como respuesta a este favor del cielo, dirigir nuestra resolución, utilizar todo nuestro poder contra los malditos francos. Debemos combatirlos en nombre de Dios. Borraremos con su sangre las pisadas con que han cubierto la Tierra Santa" (1183).

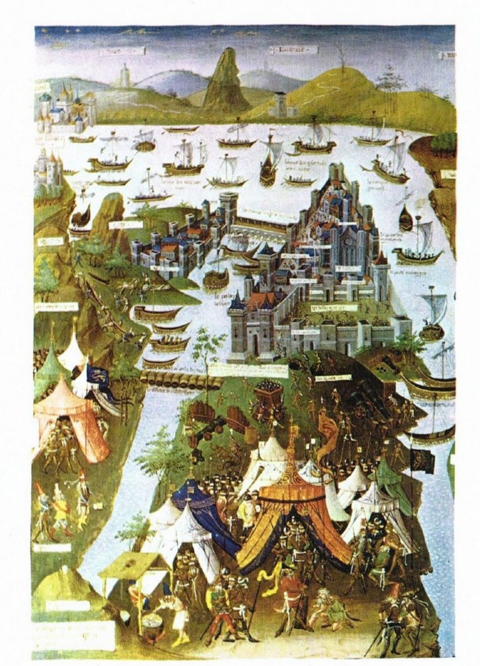
Después del impulso dado por Saladino, el "Ǧihād" decae de nuevo. El estancamiento y la división del mundo islámico impedían que se convirtiese en la tremenda idea motriz de cuatro siglos atrás. Pero aquel momentáneo chispazo había bastado para reducir el poder europeo en Palestina y Siria y para elevar el nivel de la guerra, por parte de los musulmanes, al mismo ambiente religioso en que los francos la llevaban a cabo.

M. A. L. Q.

*Mausoleo de Saladino en Damasco. Este gran caudillo musulmán actuó en tierras de cruzada como aglutinante de las fuerzas y voluntad islámicas y debilitó el poder cristiano en aquellos confines de las costas mediterráneas. Su figura es legendaria en el recuerdo de sus correligionarios.*



*El sitio de Constantinopla, de 1204, en una miniatura del siglo XV (Biblioteca Nacional, París). Entre las víctimas de las cruzadas destaca la ciudad de Constantinopla, conquistada por los cruzados en 1204. Aparte de lo que esta conquista tiene de simbólico, desgraciadamente provocó un saqueo y una destrucción de arte e historia como quizá no los hubo mayores en toda la Edad Media.*



tina y Siria! En efecto, con una ayuda europea cada vez más remisa, aquella "estrecha franja de tierra" mostraba claramente su pobreza e insuficiencia. Cuando predicó la cruzada, Urbano II había exaltado la abundancia y riqueza de Tierra Santa, pero su única fuente de conocimientos económicos al respecto era, al parecer, la Biblia, y habían corrido muchos siglos desde que Moisés y su pueblo llegaran a los feraces campos de la tierra prometida.

Los cereales eran escasos, así como los viñedos y el ganado mayor, lo que abría perspectivas alimenticias muy dudosas, aunque las importaciones y el abundante ganado menor cubría en parte esta deficiencia. Además se desarrollaron actividades específicamente orientadas a la exportación hacia Europa: productos y recuerdos piadosos, aceite de oliva, azúcar de caña y tejidos de seda y lino. Es importante observar cómo algunas de estas materias irán avanzando hacia el Oeste de la mano de los mercaderes italianos hasta provocar, en los siglos siguientes, la aparición de nuevos centros productores en Sicilia, en el Mahgreb y en el sur de España. Por último, la madera extraída de los frondosos montes libaneses fue otra riqueza nada despreciable, en especial por su valor para la construcción naval.

Así se fue haciendo la vida y la historia de los establecimientos europeos en aquel ultramar medieval que era el oriente mediterráneo. Los caballeros y los colonos adop-

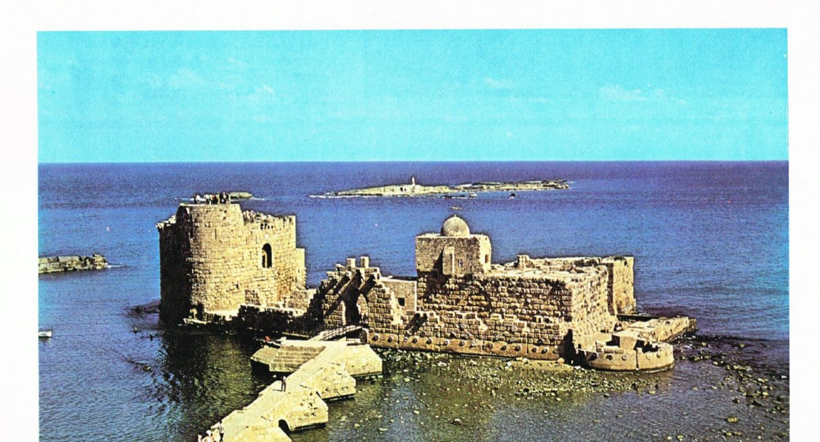
taron formas de vida, costumbres y usos de aquellas tierras. Impusieron a su vez otros. Pero nunca hubo fusión de culturas ni llegó a surgir una sociedad nueva como resultado de su acción. Los europeos formaron siempre un cuerpo extraño a aquellas tierras: tal fue su principal debilidad. Tal fue también la razón de que las consecuencias y aportaciones que las cruzadas trajeron a Europa hayan sido mucho menores de lo que antaño se supuso. Porque si es cierto que la cruzada contribuyó a "forjar una alma común de la cristiandad occidental", y si también lo es que la puso en contacto con formas de religiosidad más complejas, las bizantinas, e incluso heréticas, el maniqueísmo, apenas influyó en otros aspectos de la vida europea.

No resolvió el problema demográfico de Europa, porque de ello se encargaron las grandes colonizaciones interiores de los siglos XI al XIII. No fue factor determinante del auge comercial italiano, catalán y provenzal en el Mediterráneo, que obedeció a factores y circunstancias distintos, aunque coadyuvara en cierta medida a mantenerlo. No fueron causa importante de enriquecimiento técnico e intelectual para Europa, porque los principales beneficios tomados del Islam en este aspecto lo fueron a través de las fronteras comunes en Sicilia y en España. Como fenómeno colonial revistieron todos los inconvenientes de las primeras experiencias: brutalidad de la conquista, oposición prenacional de los mismos europeos que la realizaban, incomprensión y dureza hacia las peculiaridades culturales de musulmanes, armenios y, sobre todo, bizantinos.

Bizancio fue la víctima principal de las cruzadas: la conquista de Constantinopla en 1204 por una expedición europea fue la culminación de aquella historia de mutuas animadversiones. En el plano religioso y eclesiástico, el fenómeno de las cruzadas también iba a tener algunas consecuencias negativas: el fisco pontificio tuvo motivo para hacerse más gravoso en toda Europa. La práctica de las indulgencias comenzó a ser abusiva en ocasiones. El antisemitismo, hasta entonces solapado, salió a luz, provocando las primeras matanzas de hebreos en Europa. Y, sobre todo, se utilizó el nombre y la idea de cruzada para promover acciones cuya razón y origen eran distintos a los de la cruzada auténtica. La creación de las Órdenes militares, por fin, introdujo en Europa un conjunto de fuerzas señoriales que resultó a la larga más perjudicial que beneficioso.

Impulso colectivo, místico y religioso, la cruzada no pudo, no podía, acomodarse dignamente a las demás realidades históricas de su época y por eso creó situaciones de hecho que contradecían su propia esencia. Aquello fue la causa de su desaparición tanto como las transformaciones de la espiritualidad europea en los siglos siguientes. Pero la extinción fue muy lenta, más incluso que la de las instituciones, reinos, poderes e intereses que la cruzada había originado. Hoy, a la vista del balance más bien negativo que acabamos de exponer, puede parecer extraño esto, pero los hombres de aquellos siglos no lo percibieron con tanta claridad, lo que demuestra hasta qué punto fue la cruzada uno de los grandes sueños, una de las grandes ilusiones colectivas de la cristiandad medieval europea.

***El Castillo del Mar, enclavado en Sidón, hoy Saida, domina buena parte de la costa del Líbano. Durante las tres primeras cruzadas fue un reducto musulmán de importancia estratégica, pero al empezar el siglo XIII cayó en poder de los Templarios.***

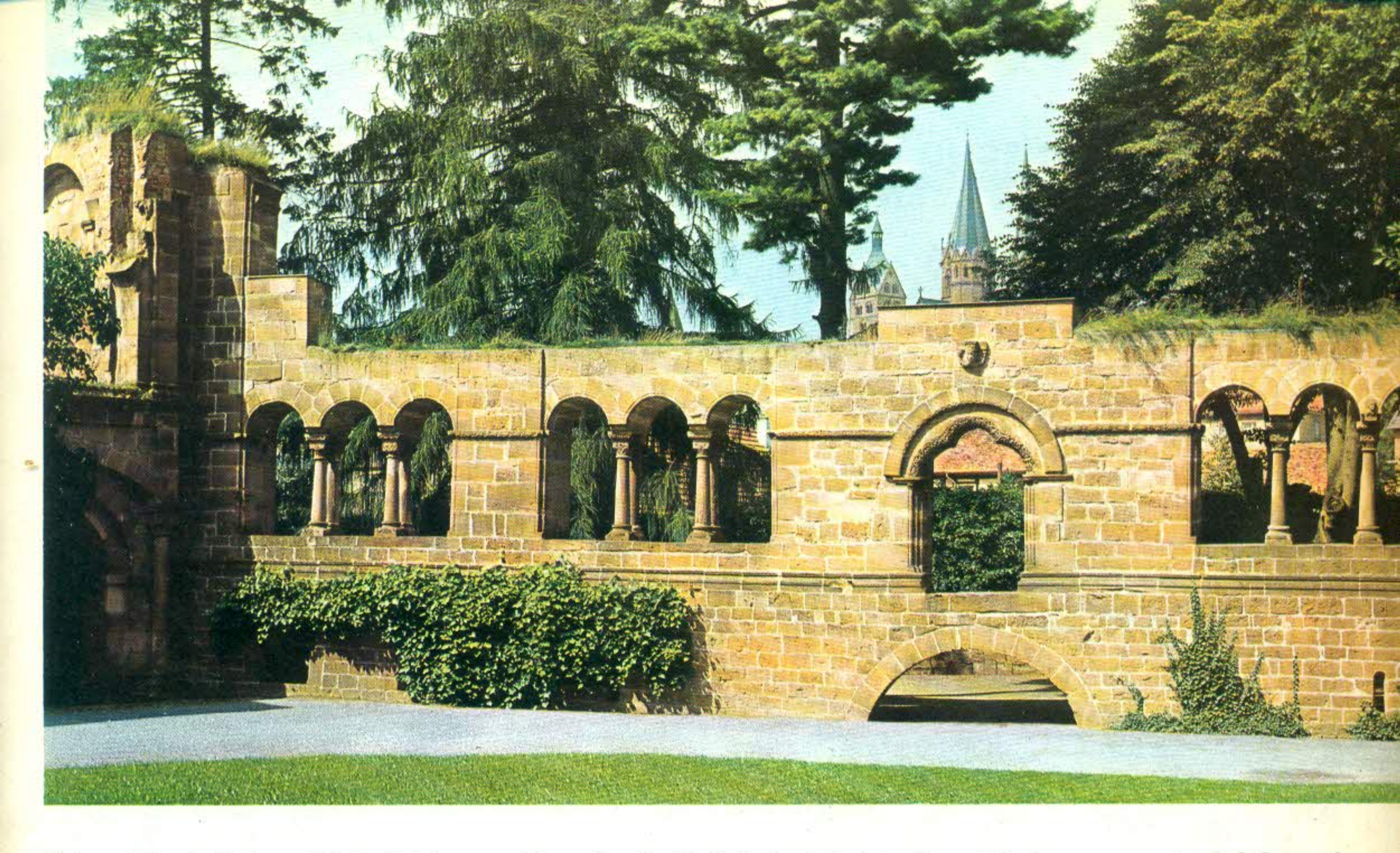


## BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| **Alphandery, P.** | *La cristiandad y la idea de cruzada,* México, 1960. |
| **Goñi, J.** | *Historia de la bula de cruzada en España,* Vitoria, 1958. |
| **Grousset, R.** | *Histoire des croisades et du royaume franc de Jérusalem,* 3 vols., París, 1934-1936. |
| **Ladero, M. A.** | *Las cruzadas,* Bilbao, 1966. |
| **Prawer, J.** | *Histoire du royaume latin de Jérusalem,* 2 vols., París, 1969-1970. |
| **Runciman, S.** | *Historia de las cruzadas,* 3 vols., Madrid, 1956-1958. |
| **Sivan, E.** | *L'Islam et la croisade,* París, 1968. |




***Esta graciosa miniatura del siglo XIII representa la partida de los cruzados hacia Tierra Santa (Biblioteca Nacional, París).***



*Ruinas del palacio imperial de Gelnhausen, Alemania, donde Federico I Barbarroja residía de paso por esta ciudad y en el que celebró una importante Dieta con sus nobles.*

# La era del "Dominium mundi" y el fracaso de la teocracia pontificia y de la idea imperial

por MIGUEL ANGEL LADERO QUESADA

Federico I era sobrino del emperador que le había precedido, Conrado de Hohenstaufen. Su extenso reinado, entre 1152 y 1190, representa el ápice del Imperio medieval, por muchos conceptos. La subida al trono fue seguida por un reparto de poderes y una concordia con los Welf, antiguos rivales de su linaje. Federico I confirmó a Enrique el León Baviera y le prometió Sajonia; desde entonces, y por muchos años, el nuevo emperador pudo tener las manos libres en cuestiones de política externa, a cambio de compensar con poder en el interior de Alemania y en la colonización de la frontera este a Enrique el León y otros destacados nobles.

En 1156 otro de ellos, Enrique Jasomirgott, recibió el gobierno del nuevo ducado de Austria y, en 1158, el duque Wladislao de Bohemia obtuvo el título de rey, dentro del vasallaje imperial. La personalidad de Federico I se avenía bien al reparto de funciones

## DERECHO ROMANO Y DERECHO CANONICO EN LOS SIGLOS XII Y XIII

En los siglos XII y XIII el redescubrimiento del antiguo derecho romano y la ordenación del derecho canónico o eclesiástico iniciaron una época nueva para el ordenamiento jurídico de toda la civilización occidental. La influencia de este hecho sobre el acontecer político, y muy en especial sobre el curso de la pugna entre Imperio y pontificado, ha quedado ya señalada en el texto general. Es conveniente que completemos aquí la cuestión tratando sobre este tema de una forma más específica.

El derecho romano que conocerá la Europa medieval es exclusivamente la recopilación realizada por el emperador Justiniano en el siglo VI, que consta de varias partes bien diferenciadas: 1) El *Digestum* o *Pandectas,* compendio de jurisprudencia. 2) Las *Institutiones* o manual de estudio que, en parte, compendia al anterior. 3) El "Código de Justiniano", que reúne todas las constituciones dadas por los emperadores desde la época de Adriano. 4) Las "novelas", o constituciones imperiales posteriores al año 53.

De todos estos componentes, el de mayor influencia en el nuevo descubrimiento medieval fue el *Digesto.* La obra justinianea que, desde el siglo XVI, se conocerá con el nombre de *Corpus Iuris Civilis,* no fue desconocida en los siglos anteriores, pero su difusión era escasísima y a través de compendios que la deformaban. En los siglos XII y XIII, por el contrario, y en una ciudad de la Romagna italiana, Bolonia, se produjo un renacimiento de los estudios romanistas que influiría sobre toda Europa. No fue escaso, en esta difusión, el papel de los emperadores romanogermánicos, que actuaban, ya lo hemos visto, movidos por su interés político tanto como por su supuesta condición de sucesores del antiguo Imperio romano.

Los maestros de esta famosísima "escuela de Bolonia" actuaron según un método de estudio y de exposición muy medieval, el de la glosa o comentario del contenido y significado de los textos justinianeos. No se trata de comentarios críticos, sino más bien analíticos. Los profesores boloñeses aceptan el derecho justinianeo como algo superior e incluso supremo; se limitan a comentarlo, sin demasiado bagaje crítico, pues para ello les habrían sido necesarios unos conocimientos filológicos –dominio del griego y estudio de los textos originales– e históricos, de los que carecían. Pero de su comentario se deducen consecuencias fundamentales para la Europa de la época, mediante la creación de una casuística riquísima que cubría un campo de hipótesis jurídicas muy superior y mucho más amplio que el conocido hasta entonces.

La fundación de la escuela de maestros o glosadores boloñeses se debe a Irnerio, a comienzos del siglo XII. Discípulos suyos fueron Hugo, Búlgaro, Jacobo y Martín, llamados los "cuatro doctores" por su sabiduría e influencia. Apenas hace falta decir que todos ellos fueron gibelinos y partidarios de Federico I, del que son contemporáneos.

El trabajo escrito de compilar y glosar los textos llega a su culminación con Azo de Bolonia y con su discípulo Accursio, al que se debe el mejor compendio, o *Magna Glossa,* así como con el provenzal Guillermo Durante. Los glosadores llevaron esta sabiduría boloñesa al resto de Europa, bien directamente, bien a través de sus discípulos, bien a través de textos docentes o de compendios, entre los que destaca el resumen provenzal conocido con el nombre de "El Código" *(Lo Codi),* algo anterior a 1150. Este derecho romano recuperado para el pensamiento jurídico fue, junto con el canónico y con algunos elementos del feudal, la base del "derecho común" que se extiende por muchas tierras europeas en los siglos siguientes como supletorio de las leyes específicas de cada país.

Por los mismos tiempos, aunque con algunos decenios de diferencia, se produce una sistematización del derecho eclesiástico que va a dar origen al llamado derecho canónico en toda su plenitud. Canonistas y romanistas son hermanos de oficio y de mentalidad, como fruto de una misma época, aunque los primeros hagan más énfasis en la defensa de los derechos pontificios, por la misma materia que trataban.

El primer compilador y sistematizador de los cánones de concilios universales anteriores fue Graciano, maestro boloñés de teología, que escribió hacia 1140 su "Concordancia de las Discordancias de los Cánones", llamada corrientemente "Decreto". La obra de Graciano no tuvo carácter oficial, pero alcanzó gran prestigio y provocó en los decenios siguientes un auge de las consultas jurídicas formuladas a los pontífices, cosa lógica en una época de insuficiente organización del poder civil como era aquélla. Éstos contestaban por medio de *litteras decretales* o "decretales", cuya recopilación se hizo necesaria, al cabo, como única forma de utilizar y conservar la riqueza jurisprudencial que contenían, ya que no sólo afectaban a materias eclesiásticas, sino también seglares y civiles.

La primera compilación se debe a Ramón de Penyafort, un dominico catalán, y lleva el nombre de "Decretales de Gregorio IX"; reúne las decretales aparecidas entre 1154 y 1234 y se divide en cinco libros, por lo que la siguiente recopilación, que abarca hasta 1298, se conocerá con el nombre de *Liber sextus.* En el siglo XIV se realizarán nuevas compilaciones, las "Clementinas", las "Extravagantes de Juan XXII" y las "Comunes". Desde el siglo XVI, todo este derecho canónico en sus compendios reconocidos oficialmente llevará el nombre de *Corpus iuris canonici.*

"Decreto" de Graciano y "Decretales" pontificias fueron comentados por el mismo procedimiento de la glosa que se aplicaba al derecho romano. Y algunos de los principales glosadores jugaron un papel decisivo en la contienda con el Imperio: Rolando Bandinelli, papa Alejandro III, y Sinibaldo Fieschi, papa Inocencio IV. La síntesis de glosas corre a cargo, sobre todo, de Bartolomé de Brescia, en el siglo XII, y también de Juan el Teutónico, en el XIII, de Huguccio de Pisa y de Enrique de Susa.

M. A. L. Q.

porque le interesaba sobre todo restaurar el prestigio y el honor del título imperial, en especial en las zonas donde más sujeto a ataques había estado anteriormente, es decir, en Italia.

En su época, la idea imperial ha llegado ya a la madurez. Se resalta su continuidad en Europa desde época romana, a través del eslabón carolingio: a Carlomagno, precisamente, se referirá Federico I como modelo de emperadores y lo hará canonizar en 1165 sin los debidos requisitos. También se utilizan a favor de las ideas imperiales las tesis sobre la soberanía pública contenidas en el derecho romano, que se volvió a descubrir por los juristas y políticos europeos en aquel siglo XII: de ellas se deducía la unicidad y el carácter universal del Imperio, considerado como un proyecto de dominio del mundo *(Dominium mundi),* que da nombre a este capítulo y simboliza toda la época.

Dadas estas premisas, se pensaba tam-

*Esta miniatura del siglo XIV, de la "Crónica" de Villani, representa a Federico Barbarroja entrando en la ciudad de Milán (Biblioteca Vaticana). La campaña contra Milán y otras ciudades del norte de Italia tendía a afianzar su poder en el territorio italiano de su Imperio.*

bién en la corte de Federico I que el Imperio, establecido directamente por la voluntad divina como forma de organización política de la humanidad, era sagrado; la expresión *Sacrum Imperium* aparece por primera vez, en efecto, en un documento del año 1157. En otro orden de cosas, no se puede olvidar que el siglo XII vio el comienzo de la reconstrucción de los estados monárquicos a costa del anterior sistema feudal. El Imperio no permaneció al margen de esta evolución, pero la realizó mal, de lo que se seguirían importantes consecuencias para el futuro político de Alemania e Italia.

Aquella reconstrucción de las monarquías iba también en contra del proyectado *Dominium mundi:* tanto Federico I como su hijo y sucesor Enrique VI intentaron conciliar ambos hechos imaginando un imperio





***El emperador Federico I sentado en el trono, que tiene a su derecha a su hijo y sucesor Enrique VI, y a la izquierda, a otro hijo suyo llamado Federico, duque de Suabia; miniatura de la "Crónica de los Güelfos" (Landesbibliothek, Fulda).***

temporal universal a cuyo frente habría un emperador con autoridad suprema, superior al poder de los reyes diversos, llamados "régulos" o "reyes locales". Aquella autoridad suprema parecía necesaria, en efecto, porque se pensaba que el Imperio era la forma de mantener unida a la cristiandad en espera del fin de los tiempos: sin tener en cuenta este elemento escatológico y mesiánico, no se puede entender correctamente lo que el Imperio significaba para los hombres de la época, en especial para Federico I.

Federico I resolvió, para comenzar su reinado, las cuestiones con la alta aristocracia, como queda dicho, y también con el alto clero, al que sometió más estrechamente mediante la aplicación estricta del concordato de Worms y el uso de las posibilidades de maniobra que dejaba en manos del emperador. Su objetivo era, una vez más, Italia: era de todo punto indispensable reafirmar su autoridad en la península y lograr que el pontífice aceptara sus criterios sobre el "dominio del mundo".

La ocasión parecía muy propicia, porque desde 1143 los romanos vivían sublevados contra el papa por obra de Arnaldo de Brescia; habían constituido una "comuna" semejante a las que surgen en otras ciudades europeas de la época y pretendían gobernar Roma al margen de la autoridad papal. A esta situación, nada extraña en la época, se añadían dos elementos peculiares: el evangelismo como aspiración a la pobreza radical de la Iglesia y la reivindicación de otorgar la coronación imperial, no para el papa, sino para la comuna de Roma como sucesora del antiguo senado, según se pretendía.

Federico I no aceptó aquellas novedades y consideró más prudente prestar su apoyo al pontífice Eugenio III. Marchó a Italia, recibió la antigua corona de hierro de los reyes lombardos en Pavía (1154) y después, al año siguiente, acabó con la comuna romana, hizo ejecutar a Arnaldo de Brescia y fue coronado emperador por un nuevo papa de origen inglés, Adriano IV. En aquel primer viaje a Italia comprobó Federico I con gran sorpresa el auge de las ciudades lombardas, Milán muy especialmente. La sorpresa se iba a trocar en desagrado al cabo de poco tiempo. Respecto a los romanos, rota su comuna, no por ello mejoraron sus relaciones con el papa, que seguirán siendo tensas en lo que resta de siglo.

A su regreso de Italia, convocó el emperador una dieta en Besançon con objeto de reformar el estatuto político de su reino de Arles. En aquella dieta se produjeron las primeras diferencias serias entre los altos funcionarios del emperador, en especial el canciller Raynaldo de Dassel, y el legado pontificio, y futuro papa, Rolando Bandinelli. La querella entre teócratas e imperialistas se avivaba; el pretexto era la interpretación de un documento papal en que se aludía a los "beneficios" que el pontífice otorgaba al emperador.

La palabra, en aquel tiempo, tenía un significado muy específico, pues eran los vasallos quienes recibían beneficios o feudos de sus señores; así lo entendió Raynaldo de Dassel y, puesto a polemizar, Rolando Bandinelli no tuvo inconveniente en aceptar la tesis de su rival: en efecto, para él, el emperador recibía el Imperio como un "beneficio" de manos del papa. Adriano IV aclaró posteriormente que la palabra tenía un sentido más general: el papa otorgaba beneficios espirituales, no feudos. Pero la querella se había reavivado, y cuando Rolando Bandinelli suba a la sede pontificia se mostrará como verdadero renovador de las teorías teocráticas.

Teorías que no tenían ya la simplicidad enérgica de los tiempos gregorianos. Pacaut y otros historiadores han señalado las "dudas y profundizaciones" respecto a las primitivas ideas, que se producen a lo largo del siglo XII. Hay autores que continúan las tesis de Gregorio VII, sobre todo en la primera mitad del siglo, como Hugo de San Víctor, Juan de Salisbury u Honorio Augustodunensis, pero lo normal es que las ideas teocráticas asimilen de alguna forma las nuevas realidades: redescubrimiento del derecho romano, afirmación de los poderes políticos, complicación del esquema social en un mundo en el que los oficios y situaciones individuales posibles se multiplican, rompiendo el primitivo ideal de la "sociedad trinitaria".

La primera respuesta, defensiva, tiende a extender el valor específico de lo espiritual y eclesiástico para que nada permanezca fuera de la intervención pontificia; tal vez, Alejandro III fue el intérprete más destacado de esta tendencia, que se exacerbaría en los momentos de lucha. Sus fundamentos ya nos son conocidos: unicidad de la creación, luego también de la autoridad suprema sobre todas las criaturas, que debe corresponder al papa por la propia superioridad de su poder espiritual y porque la salvación eterna, que él promovía, era el fin social primero. Hacia 1170 un texto, la *Summa Coliniensis,* afirmará que el verdadero emperador es el papa, siendo el emperador efectivo vicario suyo *(Papa verus imperator est, et imperator vicarius eius).*

Pero los pensadores más profundos observaron certeramente que la autoridad de la Santa Sede en el plano temporal ya no podía basarse en razones de reforma moral tanto como en tiempos de Gregorio VII, sino que debía sujetarse al juego de las fuerzas políticas existentes, puesto que político era también, en definitiva, su sentido en cuanto salía fuera del campo estrictamente religioso. Por primera vez se esboza un reconocimiento imperfecto de la autonomía de ambos planos, político y religioso, y, aunque en las querellas entre pontificado e imperio apenas va a tener validez, la idea, recogida en otros ámbitos, será una de las que permitan superar la teoría de los dos poderes universales en beneficio del renacimiento estatal, del mismo modo que la recepción del derecho romano iba a respaldar ese mismo renacimiento a costa de los poderes feudales.

Geroh de Reichersberg y, sobre todo, los grandes canonistas como Graciano y Huguccio afirmaron que el poder temporal laico, aunque de menor dignidad específica, poseía funcionamiento autónomo, tanto para escoger a los que lo ejercían por medio de la elección o la herencia, como para desarrollar sus propios medios administrativos sin interferencias. El papa conservaba, por supuesto, una autoridad suprema, pero sólo podía ejercerla para sancionar o refrendar los actos políticos, no para modificarlos ni para actuar directamente, salvo por motivos morales y religiosos, es decir, para oponerse a una abierta tiranía en este plano *(ratione peccati:* por razón de pecado) o cuando fuera preciso dirimir una cuestión para la que ningún otro poder del mundo estuviese autorizado.



***El emperador del Sacro Imperio romano-germánico, Federico I Barbarroja, vestido de cruzado (Biblioteca Vaticana). Para distender la tirantez de sus relaciones con el papa, se puso al frente de la tercera cruzada para expulsar a Saladino de la tierra de Dios, pero su esfuerzo fue inútil, pues ni él ni el grueso de su ejército llegaron a destino. Murió ahogado en un río en 1190.***

En 1158 se produjo el segundo viaje imperial a Italia. Poco después, la muerte de Adriano IV abrió una crisis sucesoria en el pontificado. En torno a ambos hechos se produce la primera coyuntura propicia para el enfrentamiento entre emperador y papa.

Federico I pretendía sojuzgar a las ciudades lombardas, cuyo poder había crecido enormemente a costa de las prerrogativas imperiales desde fines del siglo XI. Milán se alzaba a la cabeza de aquel nuevo mundo ur-

## PONTIFICADO E IMPERIO EN LA EPOCA DE FEDERICO BARBARROJA

| | |
|---|---|
| 1152 | Federico I Barbarroja sucede a Conrado III. Primer conflicto con el papa. Las iglesias escandinavas son separadas de Hamburgo. |
| 1153 | Tratado de Constanza entre Federico y Eugenio III. |
| 1154 | Federico I en Italia: decreto de Roncaglia. Violencias contra las comunas italianas. Adriano IV, papa. |
| 1156 | Coronación imperial de Federico Barbarroja. Revuelta de Roma y retirada del emperador, que restituye Baviera a Enrique el León. Alianza entre Adriano IV y Guillermo I de Sicilia. Concordato de Benevento. Austria, ducado independiente. |
| 1157 | Asamblea de Besançon. Ruptura entre el emperador y el papa. |
| 1158 | Revuelta y castigo de Milán. Dieta de Roncaglia. |
| 1159 | Nueva revuelta de Milán. Sitio de Crema. Muerte de Adriano IV. Alejandro III, papa, y Víctor IV, antipapa. |
| 1160 | Toma y destrucción de Crema. Inicio del sitio de Milán. Asamblea de Pavía. |
| 1162 | Toma y destrucción de Milán. Alianza de Federico con Pisa y Génova contra Guillermo de Sicilia. Proyecto de entrevista entre Federico y Luis VII de Francia para poner fin al cisma. Thomas Becket, arzobispo de Cantorbery. |
| 1162-1165 | El clero alemán pasa al partido de Alejandro III. |
| 1163 | Concilio de Tours. |
| 1164 | Venecia forma la llamada liga de Verona contra Federico. Muerte del antipapa Víctor IV, sucediéndole Pascual III. |
| 1165 | Dieta de Wurzburgo. Persecución contra los partidarios de Alejandro III. Enrique II Plantagenet rompe con Alejandro III y reconoce a Pascual III. |
| 1167 | Federico se apodera de Roma. Formación de la Liga lombarda, que se alía a la de Verona. |
| 1168 | Fundación de Alejandría en el Piamonte por las ciudades lombardas en honor de Alejandro III. Muerte de Pascual III. |
| 1170 | La Liga lombarda se pone bajo la protección de Alejandro III. Negociaciones de Veroli entre el papa y el emperador. |
| 1174-1175 | Asedio de Alejandría por Federico I. |
| 1175 | Tregua de Montebello. |
| 1176 | Federico Barbarroja es vencido en Legnano por las comunas italianas. Conversaciones de Anagni con Alejandro III. |
| 1177 | Paz de Venecia. |
| 1179 | Ruptura entre el emperador y Enrique el León. Concilio de Letrán: reorganización de la elección papal. |
| 1180 | Guerra contra Enrique el León. |
| 1181 | Reconciliación entre Federico y Enrique el León. Muerte de Alejandro III. |
| 1183 | Preliminares de Plasencia y paz de Constanza. |
| 1184 | Dieta de Maguncia: desposorios entre el futuro Enrique VI y Constanza de Sicilia. Dieta de Verona. |
| 1185 | Alianza entre Federico Barbarroja y Milán. |
| 1186 | Ruptura entre Federico y Urbano III. Asamblea de Gelnhausen. |
| 1188 | Reconciliación del papa con la comuna romana. |
| 1189 | Reconciliación entre papa y emperador. Muerte de Guillermo de Sicilia; le sucede el hijo del emperador y futuro Enrique VI. |
| 1190 | Tercera cruzada: muerte de Federico Barbarroja en Asia Menor. |

bano. El emperador la asedió y la obligó a capitular; conservó su autonomía interna, pero hubo de aceptar plenamente de nuevo la autoridad imperial. A continuación, Federico I reunió una magna asamblea en Roncaglia con el fin de reorganizar la administración del reino de Italia y recuperar en él toda su autoridad. Pareció conseguirlo, pero la resistencia contra sus medidas levantaría a las ciudades y renovaría su vieja "entente" con el pontífice, para el que la constitución de un poder imperial fuerte en el norte y centro de Italia era el peligro inmediato más grave contra su independencia política.

Cuando murió Adriano IV, los veinticuatro cardenales partidarios de oponerse al dominio de Federico I en Italia eligieron papa a Rolando Bandinelli, que tomó el nombre de Alejandro III, mientras los tres que preferían contemporizar daban su voto al cardenal Octaviano, que se tituló Víctor IV. La escisión permitió que Federico I interviniera al modo clásico reuniendo un concilio en Pavía (enero de 1160), donde se reconoció como papa a Víctor IV, mientras Alejandro III buscaba apoyos en el reino normando del sur de Italia, cuyos reyes eran vasallos de la Santa Sede, y en otros países europeos, además de atizar el descontento lombardo contra el emperador.

Milán se sublevó de nuevo en 1161, pero fue conquistada por las armas y arrasada; poco después, Alejandro III se veía obligado a partir para Francia. Federico vencía, pero Alejandro era el papa reconocido por toda Europa, salvo el Imperio, y, aun así, contaba dentro de éste con aliados temibles, en especial en Italia, donde el emperador y sus cancilleres, Raynaldo de Dassel y Christian de Bach, organizaban un gobierno autoritario a contrapelo de las antiguas autonomías locales, que no se resignaban a aceptar su nueva suerte sin resistencia.

La muerte de Víctor IV privaba también a Federico I de un apoyo importante, porque los antipapas que hizo elegir para sucederle (Pascual III, Calixto III) no tenían justificación posible ni eran reconocidos de

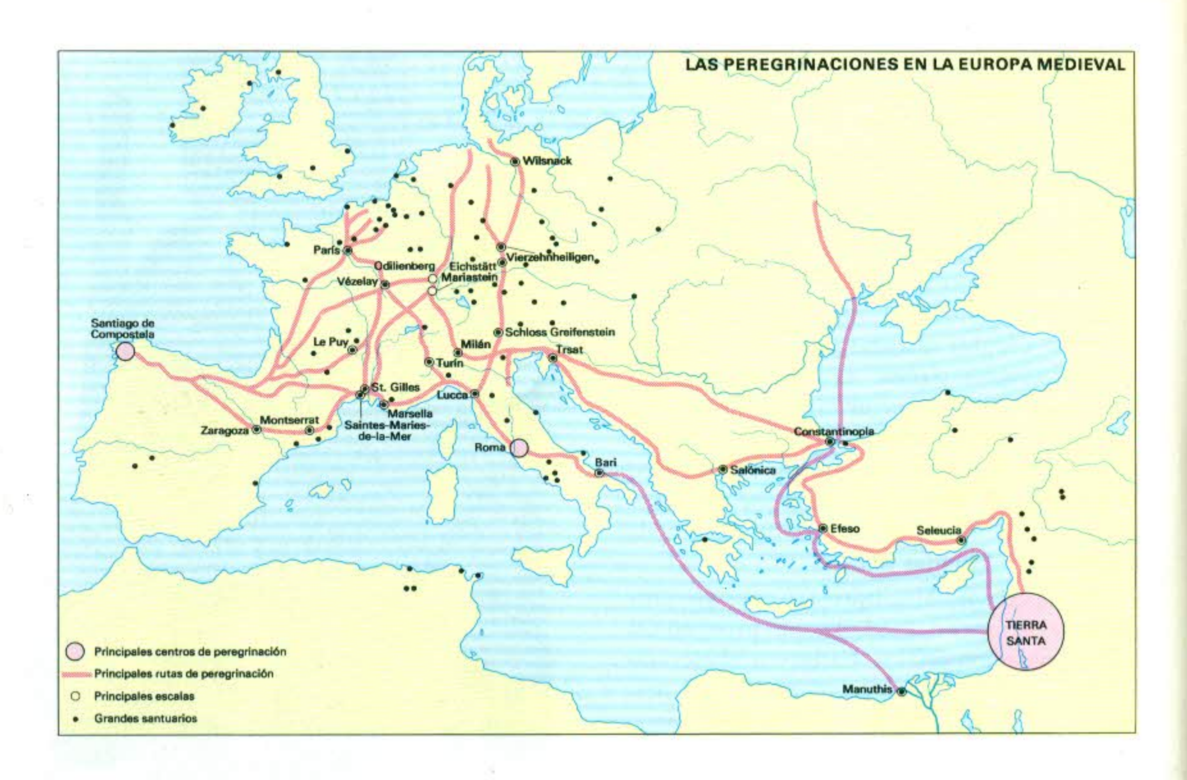
buen grado por el mismo clero alemán, ya que el emperador aprovechaba las circunstancias para inmiscuirse en la vida eclesiástica como en los peores momentos de la "querella de las investiduras": en 1165, el sínodo de Wurzburgo y la seudocanonización de Carlomagno fueron la culminación del intervencionismo imperial. Además, la querella con Alejandro III obligaba a hacer concesiones y lograr alianzas tanto en Alemania como en otros países. Los grandes nobles germanos se hacen pagar cara su fidelidad y, en el exterior, Federico buscaba tanto la alianza francesa, nunca conseguida, como la inglesa, aprovechando la lucha existente entre el rey Enrique II y el arzobispo de Cantorbery, Thomas Becket.

Así las cosas, Alejandro III consiguió regresar a Roma en 1165, lo que provocó un nuevo viaje imperial a Italia; en el ejército de Federico formaban mercenarios por primera vez. El papa huyó de la Ciudad Eterna, donde entraron las tropas alemanas en julio de 1167, y con ellas el antipapa Pascual III. Victoria efímera: lo que los romanos no habían podido evitar lo consiguió la epidemia; las tropas imperiales, diezmadas por las enfermedades, a duras penas consiguieron volver a pasar los Alpes hacia el Norte, al mismo tiempo que las ciudades de Lombardía se sublevaban de nuevo bajo la dirección de Milán y los auspicios del pontífice. Los rebeldes formaron una "Liga lombarda" y edificaron una ciudad que tomó el simbólico nombre de Alejandría. No pasaron muchos meses sin que se les unieran las urbes del bajo valle del Po, coligadas en torno a Verona y Cremona.

Las condiciones generales de la lucha se modificaron a favor de Alejandro III en los años siguientes. Al retirar su apoyo al arzobispo Becket en Inglaterra, el papa obtuvo el de Enrique II, aunque hubo de reconocer las pretensiones reales a intervenir en la vida eclesiástica. En el interior de Alemania, la muerte en 1170 de uno de los grandes nobles protagonistas de la "marcha hacia el Este", Alberto el Oso, deja a Enrique el León sin contrapeso y dotado de un poder equiparable, si no superior, al del propio Federico I. Pero el emperador sigue prefiriendo jugar la gran partida de la política exterior.

Dentro de Alemania, tan sólo le preocupa asegurar la sucesión de la corona en su linaje, para lo que había hecho elegir Rey de Romanos a su segundo hijo, Enrique, en la dieta de Bamberg del año 1169. El peligro de aquella política consistía en privar al emperador de una plataforma de poder y fuerza militar suficientes dentro de Alemania sobre la que construir su actividad exterior. En efecto, un nuevo viaje a Italia en 1174 terminó en armisticio con las ciudades lombardas, y cuando Federico I regresa, en 1176, es derrotado en batalla campal por la liga: la batalla de Legnano marcó la hora de un cambio en la política iniciada casi veinte años antes. Federico I negoció (paz de Venecia, julio de 1177), reconoció a Alejandro III y renunció a toda soberanía sobre los estados pontificios, acordando un armisticio de seis años con las ciudades lombardas en el que naufragaba todo su intento de reorgani-

***Estatua yacente de Enrique el León en su tumba de la catedral de Brunswick. El jefe de la familia Welf, con el apoyo de sus vasallos y partidarios, presentó una fuerte oposición a Federico Barbarroja, pero éste consiguió para su clan la victoria y logró exiliarlo a Inglaterra.***




zación italiana proyectado en la asamblea de Roncaglia de 1159.

Y el naufragio se debía, precisamente, al descuido de la evolución interior alemana. El emperador había pensado que bastaba un acuerdo general con Enrique el León; no era así. Aquel gran noble no le había ayudado con tropas en su última expedición a Italia. Tras la derrota, Federico I dio un giro decisivo a su política. Al tiempo que Alejandro III consolidaba su victoria moral convocando el concilio de Letrán de 1179, Enrique el León era procesado en Alemania, se exiliaba en Inglaterra y perdía el enorme poder que había llegado a alcanzar en los decenios anteriores.

La colonización en la frontera oriental sufría con ello, pero la autoridad de Federico I se realzaba más que nunca. La gran asamblea o dieta de Maguncia, en 1184, a la que acudieron cuarenta mil personas, señala el apogeo del reinado en Alemania. Federico parecía a punto de realizar la primera parte del programa político que Calmette le atribuye: "Una Alemania vigorosamente organizada en un reino fuerte, conciliando el estatismo del derecho romano con el cuadro feudal, dueña del Imperio y respetada por la Iglesia".

Faltaba la segunda. El dominio del Imperio obligaba a mirar hacia Italia antes que a otros países más alejados de su órbita de influencia. El respeto de la Iglesia pasaba por la vía del acuerdo o de la sumisión del papa. Desde 1183, Federico I plantea sobre bases nuevas su política italiana: primero, paz con los lombardos, lograda por el tratado de Constanza de junio de 1183, y concesión de grandes privilegios de autonomía a aquella veintena de comunas urbanas, a cambio de reconocer el poder eminente del emperador; así sería imposible que volviera a producirse su peligrosa alianza con el papa y, por otra parte, Federico I conservaba un dominio mucho más directo sobre el sector piamontés del valle del Po y favorecía la independencia de las ciudades de Romagna contra el pontífice. Segundo, concordia con el papa, pero apoyo solapado al descontento de los romanos, y control estricto sobre las zonas fronterizas con los estados pontificios, es decir, sobre Toscana, el ducado de Spoleto y la marca de Ancona. Tercero, alianza con la dinastía normanda del sur de Italia mediante el matrimonio del heredero, Enrique, con Constanza, tía del rey normando reinante; de aquella manera se contrapesaría el influjo pontificio sobre aquel reino.

Los papas percibieron el peligro nuevo que se cernía sobre sus intereses italianos precisamente por los mismos años en que, como consecuencia de la enérgica acción de Alejandro III, la Santa Sede aumentaba su autoridad espiritual en toda Europa. No era difícil prever un nuevo conflicto, cuando la batalla de Hattin y la pérdida de Jerusalén cambiaron el curso de los acontecimientos. El papa Gregorio VIII predicó la cruzada y el emperador, como cabeza política de la cristiandad, no dudó en responder a la llamada, organizando la expedición más completa de todas las realizadas hasta el momen-

to. Ya conocemos el término fatal de la aventura: el 10 de junio de 1190, Federico I se ahogó en el río Selef, en Asia Menor. Había sido, sin duda, uno de los grandes emperadores de la Europa medieval y su fama dio pie a todo tipo de leyendas; una de ellas le representaba durmiendo largo sueño dentro de una caverna de Cilicia. La barba daba ya siete vueltas en torno a la mesa donde reposaba su cabeza. Pero vendría la fecha en que, despierto de nuevo, regresaría a Alemania para librar al Imperio de todos sus males.

Entre 1190 y 1197, su hijo Enrique VI intentó llevar a buen término la nueva estrategia política iniciada desde 1183. En el sector italiano, la muerte del último rey normando, Guillermo II, en 1189, permitió al emperador reclamar el reino para sí en contra del pretendiente Tancredo, que pertenecía a una línea bastarda. A pesar del apoyo pontificio a sus rivales, e incluso en contra de los intereses encabezados por su propia esposa Constanza, Enrique VI se hizo coronar rey de las Dos Sicilias en Palermo, el año 1194. En el interior de Alemania, tras aplastar la última revuelta de Enrique el León, en 1191, el emperador pretendió asegurar la hereditariedad del cargo para su linaje, concediendo a los señores alemanes los mismos derechos en sus feudos, incluso en caso de sucesión femenina: las disposiciones más importantes a este respecto se tomaron en la dieta de Wurzburgo de 1196. Así, Enrique podía esperar que su hijo Federico Roger, nacido en diciembre de 1194, contaría con el título imperial, pues le hizo nombrar Rey de Romanos, y con la corona de las Dos Sicilias.

Con ambos países en su mano, y teniendo en cuenta la germanización que se estaba operando en los puestos de mando sicilianos, el emperador dispondría de una fuerza inmensa frente al pontífice. Bien lo sabía éste, y no dejó de alentar revueltas: en el año 1197 estalló otra en Sicilia; Enrique VI falleció inopinadamente cuando acudía a combatirla. Su muerte rompía la continuidad de un gran proyecto, puesto que el presunto heredero era un niño de tres años; hasta tal punto estos sucesos individuales pueden influir en determinados aspectos del devenir histórico.

Gran proyecto, en efecto, pues el emperador había tratado de llevar a la práctica la idea del *Dominium mundi* mediante la asociación vasallática de otros reinos al Imperio, al mismo tiempo que consolidaba su poder en Alemania e Italia de la forma que ya hemos estudiado: el rey de Inglaterra, Ricardo I, preso a su vuelta de Tierra Santa, había aceptado prestar vasallaje al emperador; los reyes de Polonia y Bohemia ya lo eran, y había tratos para conseguirlo de Aragón y Castilla. ¿Hasta dónde hubiera podido llegar el intento? Lo cierto es que la muerte de Enrique VI impidió su desarrollo. Siguieron, además, casi veinte años dominados por la fuerte personalidad de uno de los grandes pontífices medievales, Inocencio III, que pudo actuar sin la réplica de un coprotagonista imperial. La era de Inocencio III iba




***Miniatura del "Códice" de Pedro de Eboli que representa la llegada de Enrique VI a Roma y la ceremonia de su coronación imperial por el papa Celestino III: unción con el crisma, entrega de los distintivos imperiales y coronación propiamente dicha (Biblioteca de Berna).***

## EL RENACIMIENTO URBANO EN ITALIA

Desde finales del siglo X se asiste a un renacimiento importantísimo de la vida urbana y de las actividades artesanas y mercantiles en Italia. Fue un error de los emperadores germánicos el no darse cuenta de las consecuencias políticas que este hecho iba a tener. Desde los enfrentamientos de Federico I con Milán, desde la formación de la "Liga lombarda", las ciudades van a ser el tercer elemento en el panorama de las querellas italianas. Y no las ciudades más importantes, por cierto, ya que las urbes de mayor florecimiento permanecen al margen de los enfrentamientos entre pontífices y emperadores.

El renacimiento de las ciudades en Italia surge sobre unas bases más sólidas que en los restantes países europeos. En Italia no se había perdido nunca por completo la tradición urbana heredada de época romana. No habrá una contraposición tan intensa entre ciudad y mundo rural, entre mercaderes y señores feudales. Por el contrario, los eclesiásticos y los señores, habitantes habituales de los núcleos urbanos, contribuyeron a su auge y prosperidad desde que las coyunturas comenzaron a ser propicias a finales del siglo X, interviniendo en las actividades económicas ciudadanas, artesanía y comercio, e invirtiendo en ellas capitales e incluso trabajo.

Pero en Italia, como en otras tierras de Europa, la primera tarea de las ciudades renacidas fue constituir un poder político que llenase el vacío existente, ya que las instituciones al uso estaban pensadas más bien para el ámbito rural. La formación de este poder no se realizó sin violencias: las "comunas" urbanas italianas surgen a menudo en oposición a la nobleza territorial o a los intereses del obispo correspondiente. Predominan en ellas grandes mercaderes y artesanos que, en una fase posterior, ya en el siglo XIII, deberán enfrentarse con el pueblo menudo de artesanos y trabajadores, inmigrantes de las zonas rurales a menudo, para conservar en sus manos el gobierno.

Las ciudades de Italia alcanzaron el mayor nivel de población y el aspecto, permítasenos la expresión, más urbano que conoció la Europa de la época. En este segundo aspecto es de resaltar la aglomeración de pobladores en poco espacio que consiguen su aspecto apretado, calles estrechas y empedradas, casas y torres pétreas en las que casi se hacina la gente, escasez de plazas, muralla ciñendo el conjunto, pocos huertos y jardines interiores y, menos aún, zonas dedicadas a la agricultura o a la ganadería dentro del perímetro urbano.

Buena parte del actual encanto turístico del país sigue radicando en la conservación de estos sugestivos paisajes urbanos. La consecuencia fue que las ciudades de la península arrojan las mayores cifras de población de su tiempo. Hacia el año 1300, Milán y Venecia superaban los 200.000 habitantes, y Florencia, Génova y, acaso, Palermo y Nápoles llegaban a los 100.000. En otros países de Europa, y con la sola y problemática excepción de París, las mayores urbes no sobrepasaban los 50.000 moradores.

Emancipación política y auge demográfico son la expresión y consecuencia de la revolución económica y social que se opera en los medios urbanos de Italia. Económica: las ciudades de Italia se lanzan a la reconquista comercial del Mediterráneo, frente a musulmanes y bizantinos, desde finales del siglo X. Los nombres de Amalfi, Pisa y, sobre todo, Génova y Venecia hablan bien claro en este sentido; las dos últimas constituirán verdaderos imperios mercantiles mediterráneos a partir del siglo XII. En otros casos, la renovación económica toma un sesgo principalmente artesano y manufacturero, en especial en torno a las actividades textiles, o bien una apariencia financiera, por la importancia del comercio del dinero y de la acumulación de capitales. Es el caso de las ciudades lombardas, Milán en especial, o de Florencia.

Social: el papel del comercio y del dinero, la autonomía e independencia políticas, la diversificación de actividades profesionales, van a crear en la Italia urbana tipos humanos nuevos, desconocidos en la Europa rural de la época, por más que muchos de ellos procedieran, en definitiva, de la inmigración desde las áreas campesinas más próximas: dueños de la tierra, mercaderes, artesanos, intelectuales y hombres de estudio o profesión liberal, proletarios. La ciudad creará las condiciones propias para los primeros enfrentamientos de clase que Europa ha conocido; creará también unos modos de vida y unas sensibilidades colectivas especiales, diferentes a las del mundo señorial.

Si Italia tuvo en aquella época una importancia primordial no fue tanto por los emperadores ni por los pontífices; fue, sobre todo, por haber sido el hogar más importante de aquel mundo urbano nuevo sobre el que se cimentaría buena parte de la posterior evolución histórica europea.

M. A. L. Q.

a dar un sesgo nuevo a las relaciones entre ambos poderes universales.

Inocencio III reunía cualidades muy diversas. Era la primera el ser un verdadero eclesiástico que valoraba el significado de la ascesis y la penitencia en la vida cristiana, como parecen indicar sus escritos sobre el menosprecio del mundo y el misterio eucarístico. Pero era también un teólogo excelente, formado en París, y un buen canonista, discípulo de Huguccio en los estudios de Bolonia. En tercer lugar, era un aristócrata romano como su mismo nombre, Lotario Segni o de Conti, indica. Y, por último, era muy joven: cardenal antes de los treinta años, llegaba al pontificado con treinta y siete, lo que era casi un escándalo en aquella época, dominada por el principio de autoridad cuya mejor garantía era la edad avanzada.

Religioso, juridicista, político hábil, espíritu aristocrático, apoyado por la energía de una juventud brillante, todo confluía para que Inocencio III pudiera convertirse en líder de una Europa sin emperador. Su pontificado se extiende entre 1198 y 1216 y abarca una gama de actividades tan amplia que resulta difícil exponerla ordenadamente. Ante todo, la doctrina: la teocracia de Inocencio III recoge a la vez la primitiva idea gregoriana de la plenitud del poder pontificio y el moderno reconocimiento de los canonistas sobre la autonomía y fines específicos del poder temporal; basado en la posibilidad de intervención por motivos religiosos o morales, la consecuencia será que Inocencio III va a actuar más de acuerdo con el primer principio que con el segundo. Era lógico; se ha escrito, y es cierto, que la teocracia era incontestable mientras no se demostrase "que el poder laico podía reivindicar con éxito su independencia natural", no sólo su autonomía funcional.

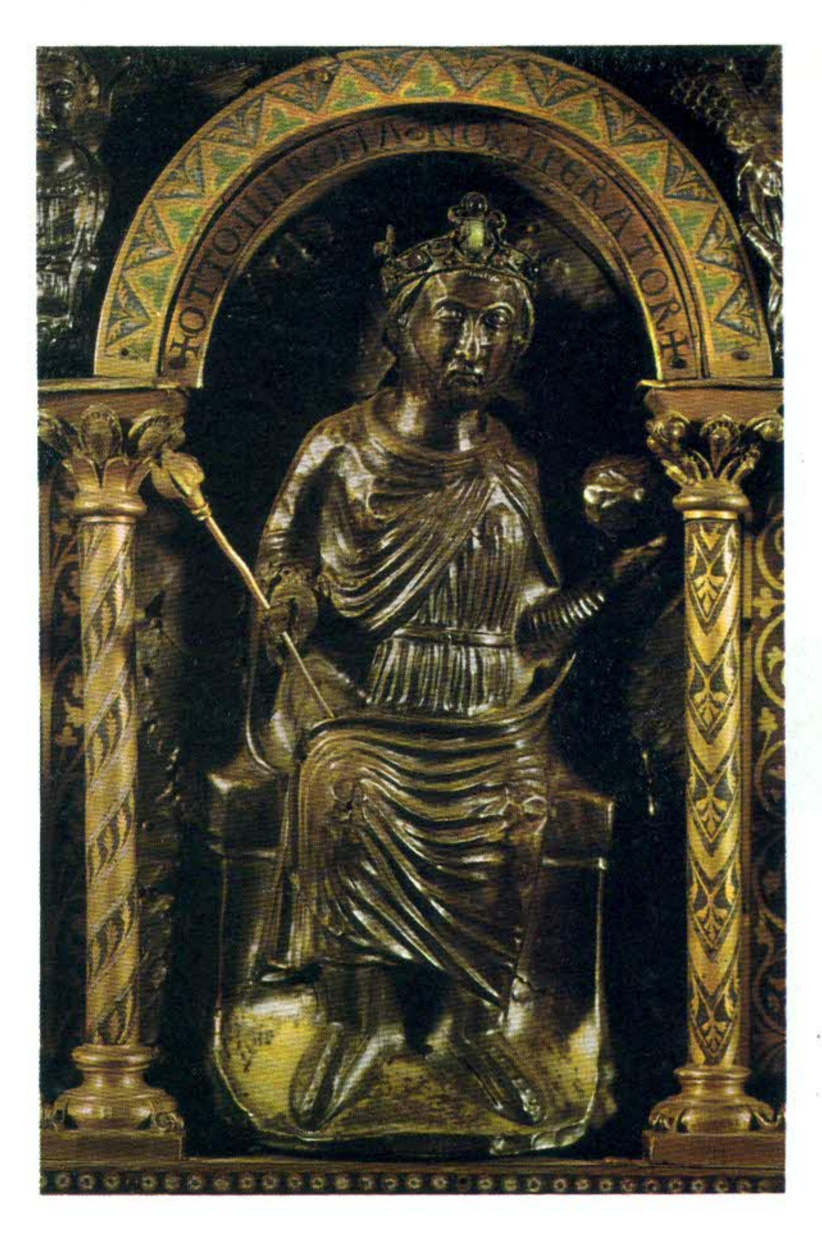
En el campo de la actividad religiosa, el pontificado de Inocencio III se recuerda por un magno concilio, el IV de Letrán, reunido en 1215, al que asistieron unos mil quinientos prelados y abades, además de numerosas representaciones laicas. Letrán IV es uno de los concilios con mayor importancia canónica y pastoral en la historia de la Iglesia romana. En segundo término, el papa intentó encauzar a su servicio los nuevos fenómenos de la religiosidad europea, protegiendo a las nuevas Órdenes mendicantes de franciscanos y dominicos. Por último, ya en la frontera entre religión y política, la enérgica reivindicación del control de la cruzada para el papado tuvo efectos importantes: soberanía suprema del pontífice sobre Jerusalén, en el hipotético supuesto de su reconquista; capacidad para promover cruzadas en el interior de Europa contra sus enemigos religiosos e incluso políticos. La que se desarrolló contra los herejes cátaros del Languedoc fue el primer resultado práctico, en vida del mismo Inocencio.

Su intervención en la política europea de la época fue también intensa. Medió en 1203 en el conflicto anglo-francés que, como veremos, se iba a prolongar muchos años más. Intentó evitar, sin éxito, el concubinato público del rey francés Felipe II. Excomulgó a Juan I de Inglaterra como parte de la disputa que mantenía con él en torno al arzobispado de Cantorbery, y no lo admitió a reconciliación hasta que el rey inglés le prestó vasallaje en 1212. Pero el anhelo mayor del pontífice fue, como es de suponer, regular favorablemente para sus intereses la situación germano-italiana.

Contó para ello con oportunidades excelentes que le permitieron, ante todo, redondear los dominios territoriales del "patrimonio de San Pedro" con la incorporación definitiva de Spoleto, Ancona, Romagna y zonas del sur de Toscana. El papa acepta además que Federico Roger sea coronado rey de las Dos Sicilias y se hace cargo del reino como regente y tutor del niño cuando fallece su madre Constanza en 1198, aunque no parece que se ocupara mucho de la educación del niño ni de dirigir la lucha contra la nobleza alemana recién asentada en el país. Firmes en su mano las riendas del poder, Inocencio III puede incluso actuar como portavoz de los intereses de la península y apoyarse en una comunidad prenacional de sentimientos al buscar "el progreso de toda Italia".

Resuelta así la cuestión italiana, restaba la imperial y, con ella, los problemas políticos de Alemania. En 1198, tras el fallecimiento de Enrique VI, los nobles alemanes no reconocen a Federico Roger su condición de Rey de Romanos; eligen unos como monarca a un hermano del difunto, Felipe de Suabia, y otros a Otón de Brunswick, hijo de Enrique el León.

Se producía de aquella manera el primer cisma en la historia de las elecciones imperiales, al par de renovarse la antigua lucha entre Staufen y Welf; ambos partidos apelaron al pontífice para legitimar su situación e Inocencio III apoyó a Otón, que ofrecía seguridades de respeto a los intereses pontificios, pero la mayor parte de los alemanes siguieron a Felipe de Suabia y el país conoció la guerra civil hasta que Felipe fue asesinado en 1208. Su muerte dejó sin rival a Otón, que fue coronado emperador en 1209, tras prometer que no intervendría en las elecciones episcopales ni trataría litigios eclesiásticos en Alemania, sino que los remitiría a Roma. Promesas que fueron letra muerta en cuanto Otón IV decidió seguir la política italiana de sus antecesores. Pero el papa no estaba dis-



***El emperador Otón IV, según detalle de la base del relicario de Carlomagno (Catedral de Aquisgrán). Su elección fue un triunfo del partido Welf, pues Otón era hijo de Enrique el León, pero su política respecto a Italia y al patrimonio de San Pedro no varió de la de los Hohenstaufen.***


IN NOMINE SCE ET INDIVIDUE TRINITATIS AMEN

***Este documento de Federico II, con sello de oro de Federico I, va dirigido al papa Honorio III y establece el criterio del emperador respecto a su política de incorporación del reino de Sicilia a Alemania, política sumamente temida por los papas por poner en peligro la existencia y soberanía de sus dominios (Archivo Secreto, Vaticano).***

puesto a permitirlo: le excomulgó y promovió como rey de Alemania a su pupilo Federico, que triunfó con facilidad, apoyado por el prestigio de su linaje.

La novedad podía ser peligrosa, ya que Inocencio III había tenido que abandonar su idea primera de mantener separados por completo los asuntos de las Dos Sicilias y de Alemania. Pero Federico Roger, ya Federico II, prometía que la unión de ambas coronas sería puramente personal y transitoria, ofrecía al pontífice garantías de cumplir las promesas de tema eclesiástico que su antecesor había roto y confirmaba la cesión de Córcega y Cerdeña al "patrimonio de San Pedro". Tal era el contenido de la llamada bula de oro de Egra (julio de 1213), sobre la que volveremos más adelante, y la actitud anterior del Staufen no hacía sospechar que fuera a incumplir lo prometido.

En su lucha contra Otón IV, Federico II era, por tanto, el candidato del papa. La querella se mezcló con la que, paralelamente y desde comienzos de siglo, venía desarrollándose entre los reyes de Francia e Inglaterra. Felipe II de Francia apoyó a Federico, y Juan I "Sin Tierra", el inglés, a Otón. En 1214, toda Europa estaba en armas, pero aquella primera "gran guerra de Occidente" concluyó de forma bastante rápida, porque en el mes de julio la batalla de Bouvines dio la victoria a Federico y a Felipe II. Otón IV marchó a Tierra Santa, donde moriría abandonado por casi todos sus seguidores en 1218.

Federico fue coronado rey de Alemania en Aquisgrán (1215) y prometió ceder las Dos Sicilias a su hijo, bajo tutoría, en cuanto fuera proclamado emperador. Cuando fallece Inocencio III, en julio de 1216, nada hace prever el curso que van a tomar los acontecimientos; por primera vez en siglos, las diferencias entre pontífices y emperadores parecían superadas en un sentido ampliamente favorable a la Santa Sede.

Entre 1215 y 1250, Federico II fue el último emperador con pretensiones políticas universales, el último defensor del *Dominium mundi,* el último gran representante del linaje Staufen. Él no tenía esa conciencia de ser el postrero, que hoy, inconscientemente, tendemos a atribuirle al considerar los sucesos que se produjeron tras su fallecimiento, pero ¿tenía, al menos, un concepto claro de la realidad política en que se movía? Todo parece indicar que sí y, basado en sus apreciaciones, pensó que, a pesar de todo, era posible llevar adelante un proyecto de dominio universal, se rodeó de peritos en derecho romano, entre los que destaca Pedro Vigne, y desarrolló conceptos políticos estatales que, en muchos aspectos, le convierten en un precursor. Sin embargo, su obra se cerró con el fracaso más completo. Fracaso debido, por una parte, a la consolidación definitiva de los restantes reinos europeos y, por otra, tal vez, al sesgo exclusivamente italiano que Federico dio a sus acciones.

En el primero de ambos aspectos cabe resaltar la negativa creciente de los monarcas, apoyados en las tesis romanistas, a reconocer superior alguno en el plano temporal; la noción de autoridad suprema imperial se hace cada vez más vaga, hasta vaciarse de contenido político práctico, y cada rey pretenderá ser emperador en su reino, en el doble sentido de poseer todas las atribuciones políticas y negar la existencia de otro poder superior al suyo. "Cada cual, pues, tiene tanto derecho en su reino cuanto el emperador en el Imperio", escribirá el romanista Alanus. Este renacimiento de la idea estatal, encarnada en una pluralidad de monarquías, desplazaba definitivamente el antiguo proyecto de Imperio universal, siempre restringido, ahora imposible. Es curioso que Federico II, tan imbuido de las ideas romanistas y estatales, no haya percibido este fenómeno, que atentaba directamente contra toda idea imperial.

Sesgo italiano, indicábamos antes. En efecto, Federico II fue el único emperador en plantear desde el punto de vista y con los recursos italianos su lucha contra el pontificado. Era lógico que así fuera, pues el emperador se sentía ante todo rey de las Dos Sicilias, italiano y mediterráneo. Pero era

## LA IDEA DE IMPERIO FUERA DE ALEMANIA

Tras la desaparición del Imperio carolingio a finales del siglo IX, la idea imperial, además de conservarse como teoría política vinculada al recuerdo de Roma y a la relación con los pontífices, conoció derivaciones que podríamos llamar regionales, en países que habían vivido fuera del dominio político carolingio. Fueron éstos dos en especial: las Islas Británicas y la península ibérica.

En la Inglaterra anglosajona comienza a aparecer el título imperial en el siglo X. De una parte, se conserva así el vago recuerdo de la proclamación de algún emperador por tropas romanas acantonadas en la isla durante los siglos IV y V, pero, sobre todo, se afirma la existencia de un "orbe británico" diferente del romano y, por tanto, susceptible de constituir otro imperio. Por otro lado, la noción imperial va unida a la memoria de las luchas mantenidas por los reyes anglosajones entre sí para obtener la hegemonía: el *bretwalda* o rey triunfador y eminente tendría una categoría equiparable a la del emperador. Y, en tercer término, la necesidad de reforzar el poder político frente al peligro normando eleva a los reyes de Wessex a partir de Alfredo el Grande y Athelstan (924-940), al que ya se titula *Imperator* en un documento del año 930, en el sentido de dominador de toda la parte anglosajona de la isla; otras fuentes le llaman *basileus* por influencia bizantina.

Sus sucesores conservaron el título, junto con el de rey y otros, más o menos cultos, que significaban únicamente el dominio del monarca, similar al del antiguo *bretwalda*. En un documento del año 970, el rey Eduardo se titula "emperador augusto de toda Albión". El título apareció, por última vez, en época de Canuto, vencedor de los reyes anglosajones, que reunió bajo su mando los reinos de Dinamarca, Noruega, Escocia e Inglaterra. En resumen, este uso británico del título imperial tuvo un alcance estrictamente insular y fue la forma de manifestar un dominio eminente en una época en que la monarquía británica todavía no había llegado a su madurez.

En la península ibérica emplean el título de emperador de una forma discontinua los reyes leoneses desde tiempos de Alfonso III (866-910). La tradición visigoda de consagrar la función regia con una ceremonia eclesiástica y el prestigio asturleonés en la lucha contra el Islam español son los dos factores que contribuyen a explicar este brote hispano de la titulación imperial, que apareció, primero, de una forma tímida, en crónicas y fórmulas de fecha de documentos, pero que recuerda y reivindica a la vez la unidad política del país en torno al núcleo de resistencia cristiano más importante de la época, el reino de León.

La ruina del califato de Córdoba a comienzos del siglo XI permitió que el título, siempre unido a la corona leonesa, tomase nuevos y más altos vuelos paralelamente al incremento de la lucha de "reconquista": a partir de Fernando I (1037-1065), el título aparece de manera continua en diversos reyes de León y Castilla, países unidos bajo la misma corona. Alfonso VI (1065-1109) se consideró a sí mismo rey supremo de todos los habitantes de Hispania y el título imperial le sirvió para refrendar y expresar tal idea: "emperador de toda Hispania", "emperador establecido sobre todas las gentes de Hispania", "emperador tanto de todos los reinos cristianos como de todos los paganos de Hispania". La conquista de Toledo, antigua sede de la monarquía visigoda, añadió otro elemento de prestigio a su titulación: "emperador toledano".

La crisis política abierta a la muerte de Alfonso VI y la integración cada vez mayor de los reinos hispanos en Europa hacían difícil la continuidad de esta advocación imperial específica de la península ibérica. En época de Alfonso I de Aragón, este rey llevó el título mientras fue monarca leonés consorte. Desde 1127 lo cedió a su hijastro Alfonso Raimúndez, o Alfonso VII de Castilla y León, que pudo aprovechar la descomposición del reino navarro-aragonés en los años siguientes para ejercer una auténtica supremacía en la España cristiana. En 1135, Alfonso VII se hizo coronar oficialmente emperador de España en León, y hasta el fin de su reinado la documentación oficial le titulará *Hispaniae Imperator,* lo que no impedía la pluralidad de poderes en la península, con título real o condal, vasallos todos de Alfonso VII.

A su muerte, la idea de una dirección imperial fue definitivamente desplazada por otra más realista, la del reparto de territorios y poderes entre diversos reinos: incluso León y Castilla vivieron bajo monarcas diferentes en los siguientes setenta años. Al menos perduró su recuerdo como uno de los momentos en que más énfasis se había puesto en la afirmación de la unidad de mando en la España cristiana. La incorporación de la península a todos los aspectos de la vida europea hubiera hecho imposible además la permanencia de este título imperial no romano que ni papa ni emperador romano-germánico hubieran podido reconocer.

No es preciso decir que estos episodios imperiales británicos y leoneses lo único que manifiestan es la insuficiente universalidad del Imperio romano-germánico. No cabe relacionarlos con las ideas romanistas sobre la potestad imperial de cada rey en su reino que, desde fines del siglo XII, van a fomentar la independencia y el despego de los reyes hacia el Imperio e, indirectamente, el renacimiento de la idea de estado.

M. A. L. Q.

también fatal, porque Alemania había sido el soporte del Imperio durante dos siglos y medio e Italia su talón de Aquiles. Y en Italia, además, influía mucho más fuertemente el papa por una simple cuestión de residencia e intereses políticos inmediatos. ¿Cómo alterar las bases del poder imperial sin dar al traste con él? No cabe duda de que Federico II lo intentó, pero no lo logró. Novedad y fracaso fueron igualmente resonantes.

Toda la política de Federico II se reduce, pues, a un duelo mortal con los pontífices sobre el suelo italiano y a un paralelo abandono de los fundamentos de su soberanía en Alemania. La lucha adquiere a veces un aspecto irreal, porque el emperador no podía ganarla, dada la potencia espiritual de los pontífices, pero éstos debían resistir la tentación de destruir el Imperio, tentación cada vez más aguda ante la presión militar y política a que les sometía, porque, muerto éste, ¿contra quién reclamar la pretensión a la soberanía suprema? Los reyes europeos no iban a aceptarla, desde luego, y al ser sus aspiraciones de independencia política más modestas, tenían también mejor defensa.

Y también, sin emperador, ¿quién garantizaría el orden en Italia? No el papa, por supuesto, porque carecía de fuerza para ello. Se va a asistir, en consecuencia, a una batalla sin vencedor final entre dos poderes y entre dos ideas que pretendían, en el plano



***Federico II, excomulgado por Gregorio IX por no haber querido participar en una anterior expedición a Tierra Santa, se decidió a emprender la quinta cruzada y sus ejércitos tomaron Jerusalén; miniatura de la "Crónica" de Villani (Biblioteca Vaticana).***

político, una universalidad cada vez menos aceptada y reconocida. Al fin y al cabo, Federico II, a pesar de su agudeza política y de sus anticipaciones, parece en ocasiones tan visionario como cortos de vista los pontífices que se vieron obligados a hacerle frente.

Fueron éstos tres: Honorio III, hasta 1225; Gregorio IX, hasta 1243, e Inocencio IV, a partir de esta última fecha. La discordia surge como un *crescendo* continuado a partir de la situación dejada por Inocencio III a su fallecimiento. Federico II irá modificándola taimadamente y, a la vez, con una audacia que no reconocía límites. En el 1220, primer paso, la asamblea reunida en Francfort reconoce como Rey de Romanos a Enrique, hijo del emperador: aquello era una violación clara de mantener la separación entre las Dos Sicilias, reino hereditario, y Alemania, donde permanecía el régimen electivo.

Federico pretendía, como todos los emperadores, salvar los inconvenientes de esta electividad, haciendo nombrar en vida a su heredero, y lograba además consolidar la unión entre los dos reinos, tan peligrosa desde el punto de vista pontificio. Honorio III protestó, pero fue aplacado con promesas y, sobre todo, con nuevas concesiones al alto clero alemán, que lo sitúan definitivamente fuera del poder imperial; Federico, que ya había renunciado en la bula de Egra de 1213 a intervenir en las elecciones episcopales y a actuar en litigios eclesiásticos, confirmó en 1220 la remisión de éstos a Roma y la total soberanía de los señores eclesiásticos en sus territorios.

Las consecuencias de esta renuncia fueron enormes para Alemania, pero, a corto plazo, Federico II consiguió su propósito, que era tranquilizar al papa, y fue coronado emperador por éste como paso previo antes de partir a la cruzada, obra en la que estaba comprometido bajo juramento desde hacía años y que consiguió aplazar sin grandes dificultades hasta 1225.

Pero en aquel año subió a la sede apostólica Gregorio IX. El emperador iniciaba por entonces un esbozo de reconstrucción de su poder en Italia, mientras los gobernadores de su hijo mantenían en paz Alemania. El papa le conminó a partir hacia Tierra Santa y, cuando Federico II intentó un nuevo aplazamiento a finales de 1227, le excomulgó. La guerra estaba declarada.

Federico partió de nuevo hacia Jerusalén y logró recuperarla para los europeos por medios pacíficos, que hablan tanto de su habilidad diplomática como de su escepticismo religioso. Entre tanto, la lucha llegaba a su apogeo en Italia, donde Gregorio IX apela al apoyo de la Liga lombarda y toma un diezmo de las rentas eclesiásticas de toda Europa para financiar las operaciones: el procedimiento se había empleado anteriormente para sufragar expediciones de cruzados, pero nunca para combatir en Europa y a un rey cristiano; era un anticipo de los abusos a los que la fiscalidad pontificia iba a llegar en los siglos siguientes.

Al menos, sirvió para equilibrar las fuerzas y sostener al partido güelfo, que apoyaba al pontífice en toda Italia. Federico, que regresó de Jerusalén en junio de 1229, no tardó más de un año en comprender que con las armas no iba a triunfar y aceptó un tratado de paz, el de San Germano, que aseguraba al papa en sus posesiones territoriales al par que levantaba la excomunión al emperador.

Nuevas concesiones en Alemania para ganar mayor poder en Italia: en 1231, la "Constitución en favor de los príncipes" otorga a los señores laicos enormes privilegios de autonomía. El heredero, Enrique, se opuso a ellos, pretendió favorecer a las ciudades alemanas como posible base del poder imperial, y Federico II hubo de apresarle en 1235, sustituirle por otro de sus vástagos, Conrado, e incrementar su política de dejación de soberanía a favor de los grandes nobles, aunque en la dieta de 1235 la creación de un alto cargo judicial que representaba al emperador, el del Gran Justiciero, significó un chispazo postrero de autoritarismo por parte de Federico.

Su actitud contrastaba con la dura concentración de poder que realizaba por los mismos años en Sicilia y cuya mejor expresión son las Constituciones de Melfi o *Lex Augustalis* de 1231. El sueño del emperador era imponer el mismo estilo político en

## LA PERSONALIDAD DE FEDERICO II

Los estudiosos de Federico II han visto en él muy a menudo una anticipación del modelo humano renacentista, por sus gustos y aficiones, su mentalidad y su práctica religiosa y política. El emperador parecía un precursor en muchos aspectos de su vida, aunque no lo fue, en absoluto, en el desarrollo concreto de una política supeditada al mantenimiento de la idea medieval de imperio en toda su pureza. Causa esto una sensación algo extraña al considerar la figura humana de un individuo que vivió imbuido por completo, plenamente, de la dignidad y de los designios imperiales.

Federico II poseía la curiosidad propia de un humanista del siglo XV italiano más que de un hombre de la plena Edad Media. Dominaba seis idiomas: italiano, latín, griego, árabe, provenzal y francés. Tal vez también el hebreo, pero no el alemán, lo que ejemplifica mejor que ninguna otra cosa su menosprecio íntimo hacia lo germánico, considerado como bárbaro y de escaso valor. Gustaba del arte clásico y de la filosofía helenística, recibida a través de autores y comentaristas musulmanes. Favoreció mucho el desarrollo de la cultura intelectual mediante la fundación de una universidad en Nápoles (1224) y la protección a las escuelas de Salerno, la mejor de Europa en la enseñanza de medicina, y Mesina.

Se ha buscado la explicación adecuada a estos hechos tan excepcionales en su época señalando la mezcla de influjos familiares que confluyen sobre Federico II: alemanes, normandos, mediterráneos, precisamente en el corazón de este mar, en Sicilia, donde durante siglos se habían asentado e influido las tres grandes civilizaciones medievales: la bizantina, la islámica y la europea latino-germana. No cabe duda de que la misma personalidad del emperador, de buen físico, dotado de una capacidad de convencimiento y seducción excepcionales, astuto y hábil, tanto como cruel e incluso brutal, interviene para convertirlo en ejemplo anticipado del "príncipe" renacentista que retratará Maquiavelo tan magistralmente.

Consecuencia de aquella personalidad y de aquella curiosidad universal fue una tendencia hacia el escepticismo, la tolerancia y la amoralidad, bastante comprensible si se tiene en cuenta lo dogmático y cerrado del entorno histórico medieval en el que se desarrollaba la vida del emperador. Escepticismo y tolerancia en materia religiosa, aunque mantuviera una apariencia oficial cristiana: sus buenas relaciones con todo lo islámico, el respeto y la curiosidad que le mereció el mundo musulmán, tanto en Sicilia como en Tierra Santa, son la mejor muestra, e incluso también algunos aspectos de su vida familiar, porque Federico II practicó una poligamia propia de califa desenfrenado.

Por último, en el campo de la acción política, su modo de actuar ha sido calificado a menudo de maquiavélico: sutilidad, astucia, gusto por la diplomacia, sometimiento de toda consideración al deseo de aumentar el poder y la fuerza propios. Si Federico II, como emperador, señala el fin de una edad, como príncipe italiano prefigura los contenidos principales de otra que aún no había llegado a ser: sólo en este aspecto es un precursor, pero pocas veces en la historia humana se ha dado el caso de una anticipación individual tan sobresaliente.

M. A. L. Q.

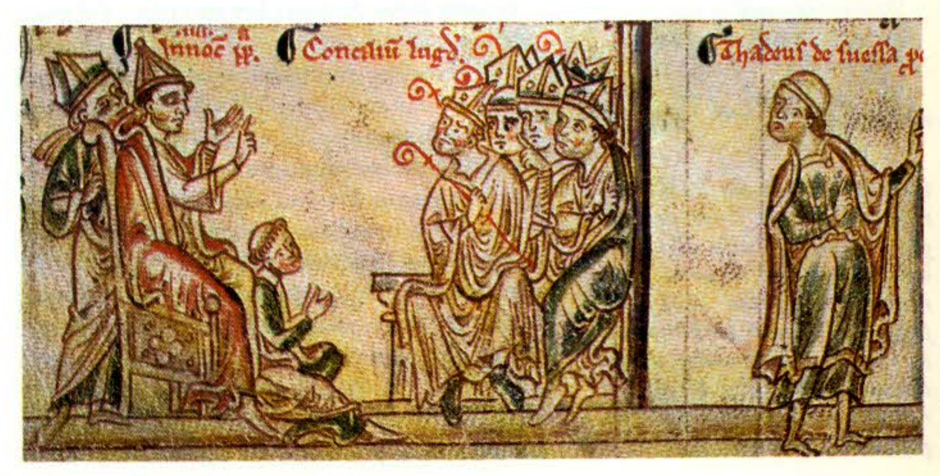
Lombardía. Pretendió lograrlo, primero, ayudando al papa a combatir la herejía, que proliferaba en el valle del Po, y reprimiendo en 1235 un nuevo intento de secesión comunal en Roma, pero Gregorio IX nunca estaría dispuesto a tolerar un poder imperial fuerte en el norte de Italia y, cuando Federico derrotó a la Liga lombarda en la batalla de Corte Nuova (noviembre de 1237), le excomulgó otra vez.

La nueva guerra tuvo dos vertientes: una propagandística, militar la otra. En esta última llevaba ventaja el emperador, a pesar de la renovación del fisco pontificio ya mencionada. En 1241 llegó a asediar Roma e impidió la celebración de un concilio en el que Gregorio IX hubiera pedido su condenación. El papa murió poco después y, durante casi dos años, estuvo la sede vacante, mientras que los imperiales invadían los estados pontificios. Por fin, en junio de 1243, fue elegido un genovés gibelino, Sinibaldo Fieschi, con el nombre de Inocencio IV.

Ceñir la tiara y abandonar las tesis imperiales fue todo uno; como en otras ocasiones, el ejercicio del poder mediatizaba el mantenimiento de las ideas. No sólo no hubo paz, sino que la guerra se recrudeció e Inocencio IV huyó a Francia y convocó un concilio en Lyon, donde permanecería hasta 1251. Ante el concilio, depuso al emperador, pero aquella medida teocrática no tuvo mucho eco y Federico II pudo defenderse alegando que el papa le podría excomulgar, pero no privarle de un poder que él no le había conferido.

La lucha llegaba a su término por agotamiento. Federico, cuyo carácter se endurecía con los años, mantuvo un poder militar apreciable hasta su muerte en Italia (diciembre de 1250), pero el hecho carecía de sentido porque la disgregación del poder imperial era cada vez más evidente. A su muerte nadie querrá ya seguir una política universalista que se considera definitivamente caduca e Inocencio IV podrá completar su victoria

***Detalle de un manuscrito del siglo XIII en que aparece Inocencio IV, reunido en Lyon con los obispos en concilio, excomulgando a Federico II (a la derecha) y proclamando su deposición (Colegio del Corpus Christi, Cambridge).***





***Según indica la leyenda en rojo, estos dos personajes son el emperador Federico II y su tercera esposa Isabel, hermana del rey de Inglaterra (Museo Británico, Londres).***

***El papa Bonifacio VIII, estatua labrada a fines del siglo XIII por Arnolfo di Cambio (Museo dell'Opera, Florencia). Bonifacio VIII fue, frente a Felipe IV de Francia, la suprema expresión de la teoría teocrática y el último representante del poder temporal del papado.***

sobre el fantasma del peligro imperial, sentando así las bases de una época nueva en las relaciones entre el pontificado y los poderes políticos europeos: Bonifacio VIII, en el tránsito al siglo XIV, iba a ser el primero en recoger los frutos, pero antes de llegar a este punto, que es el colofón del capítulo, es preciso que detengamos nuestra atención en algo muy importante: la situación política hacia la que se encaminan Italia y Alemania después del fracaso definitivo de los proyectos del *Dominium mundi*.

La muerte de Federico II, seguida al poco tiempo por la de su hijo y sucesor Conrado IV en 1254, provoca en Alemania el triunfo definitivo de las fuerzas que llevaban hacia la pluralidad de poderes. Desde 1257 a 1273 no hubo emperador, aunque tanto Ricardo de Cornualles como Alfonso X de Castilla fueron candidatos elegidos en diversas ocasiones, y el país se organizó según una escala señorial que comenzaba en los "príncipes del Imperio", unos noventa eclesiásticos y treinta laicos, poseedores de derechos y poderes que sus antepasados ejercían en nombre del emperador, a más de feudos, tierras y patronazgos en iglesias y ciudades. De entre ellos saldrán los electores del emperador en el futuro.

El escalón siguiente estaba constituido por los "barones libres" *(Freiherren)* o nobleza de tipo medio, y el tercero por caballeros y "ministeriales" modestos. Al mismo tiempo, las principales ciudades del país se emancipan políticamente y se coligan ("Hansa", "Liga de las ciudades del Alto Rin"), mientras los territorios imperiales del antiguo reino de Arles, o los de Lorena, Brabante y Holanda, viven cada vez con mayor independencia. El resultado final era la falta de un poder supremo, la anarquía local, la perpetuación, y por muchos siglos, de la división política en el país alemán. En 1273 es elegido un nuevo emperador, Rodolfo de Habsburgo, que ha de aceptar todas estas realidades condicionantes de su mandato y la evidencia de que el Imperio ya no es más que un título honorífico que no significa supremacía política en Europa.

Italia presentaba un panorama confuso después de la tormenta política y militar que la había arrasado. Los pontífices conseguían redondear su patrimonio territorial y contaban con múltiples seguidores, los güelfos, en todas las ciudades del país, incluida Roma. Poco a poco, el enfrentamiento entre güelfos y gibelinos o proimperiales irá perdiendo el primitivo significado y responderá a los avatares de la política local y a la evolución interna e institucional de las ciudades, que no es del caso tratar aquí. Lo peligroso, desde el punto de vista pontificio, es que los papas dependerán exclusivamente del apoyo del partido güelfo: el abandono de Roma por los pontífices entre 1303 y 1377 obedecerá, sobre todo, a la anarquía política imperante en el país.

El reino sureño de las Dos Sicilias vivió años de guerra civil entre un hijo bastardo de Federico II, Manfredo, y Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia, al que el papa otorgó la corona de aquel reino vasallo. La lucha puede considerarse terminada en 1263, fecha en la que está bien asentada la nueva dinastía angevina, güelfa y, en consecuencia, papista.

Pero precisamente por allí iba a iniciarse la ruptura del precario equilibrio italiano: en 1282, los sicilianos se sublevan contra Carlos de Anjou, proclaman rey al aragonés Pedro III y la isla se separa de la parte peninsular del reino, a pesar de los esfuerzos pontificios y angevinos. La paz de Caltabellota de 1302 ratificó la nueva situación.

En la Italia central y del Norte, donde varias ciudades se consolidaban como estados territoriales a costa de otras, tampoco fueron los papas capaces de mantener la unión del grupo güelfo, como lo demuestra la crisis florentina de 1301. Roma sería una residencia cada vez más incómoda: ya no había emperador contra quien concitar los ánimos y aunar voluntades en la tarea de impedir que dominase políticamente a Italia. Acostumbrados a pelear contra una



***Combate entre Conrado V, llamado Conradino, el último de los Hohenstaufen, y Carlos de Anjou, en pugna por la soberanía sobre el reino de Sicilia. En él halló la muerte Conradino. Los derechos de su familia pasaron a Pedro el Grande de Aragón (miniatura, del siglo XIV, de la "Crónica de los Reyes de Francia"; Biblioteca Nacional, París).***

fuerza unificadora, en definitiva, los grupos políticos italianos perdieron también, y por muchos siglos, como en Alemania, los deseos y las posibilidades de construir un país unido.

Restaba la teocracia. ¿Era viable sin el Imperio? Poco tardó en demostrarse que no. Como teoría política seguirá vigente y será la única todavía durante varios siglos, pero las monarquías se permiten ignorarla e incluso manejarla según sus intereses, cosa que el Imperio, por su misma esencia, no había podido hacer.

El alba de los tiempos nuevos tiene como protagonistas a Bonifacio VIII y a Felipe IV de Francia. Bonifacio, elegido papa en 1294, era un excelente canonista, de carácter altanero e intransigente. Felipe, un político hábil, imbuido de la idea romana de estado, del orgullo de ser francés, y rodeado de legistas de primera fila, como Enguerrand de Marigny, Pierre Flotte, Guillaume de Nogaret, Pierre Dubois. El rey pretendió sujetar de alguna manera a los clérigos de su país a la fiscalidad y a la justicia regias, entre 1295 y 1302. El papa se opuso en escritos que llevan a su grado más alto las teorías teocráticas (bulas *Clericis Laicos, Unam Sanctam,* etc.), pero no consiguió nada, hubo de transigir repetidas veces y, cuando se negó a ello, Felipe IV, alegando ciertas irregularidades habidas en su elección, pues su antecesor había dimitido, intentó apresarlo para que fuera juzgado por un concilio general.

El intento, conocido con el nombre de "atentado de Anagni" por la ciudad donde se llevó a efecto en septiembre de 1303, fracasó, pero Bonifacio VIII moría pocos días después. Su sucesor será un francés, Clemente V, que residió casi todo su pontificado en Avignon, muy cerca de la frontera francesa, y orilló cualquier pretensión teocrática.

Bonifacio había tenido por todo respaldo una idea nacida en circunstancias políticas muy distintas; Felipe, una nación y la voluntad incipiente de organizarla como estado; así, por primera vez, en una lucha entre pontificado y poder temporal triunfaba el segundo. Era un nuevo paso hacia la delimitación de las respectivas esferas, religiosa y política, y era también señal de que toda una época de la política europea tocaba a su fin.

# BIBLIOGRAFIA


| | |
|---|---|
| Caravale, M. | *Il regno normanno di Sicilia,* Milán, 1966. |
| Foreville, R. | *Latran I, II, III et Latran IV,* París, 1965. |
| Haller, J., y Dannenbauer, H. | *Die Epochen der Deutschen Geschichte,* 2 vols., Berlín, 1958-1959. |
| Kantorowicz, E. H. | *Kaiser Friedrich der Zweite,* Berlín, 1927. |
| Kempf, F. | *Papsttum und Kaiserstum bei Innocenz III,* Roma, 1954. |
| Lagarde, G. de | *La naissance de l'esprit laïque au déclin du Moyen Age,* 2.ª ed., Lovaina-París, 1962. |
| Le Goff, J. | *La Baja Edad Media (1050-1330),* Madrid, 1971. |
| Pacaut, M. | *Alexandre III. Étude sur la conception du pouvoir pontifical dans sa pensée et dans son oeuvre,* París, 1956.<br>*Federico Barbarroja,* Madrid, 1971. |
| Renouard, Y. | *Les villes d'Italie de la fin du xᵉ siècle au début du xivᵉ siècle,* París, 1969. |
| Ullmann, W. | *Medieval Papalism. The Political Theories of the medieval Canonists,* Londres, 1949. |
| Wolter, H., y Holstein, H. | *Lyon I et Lyon II,* París, 1967. |




***Ceremonia de investidura en la que el emperador entrega a un noble, a título personal, las insignias que le dan derecho a un feudo (Biblioteca de la Universidad de Heidelberg).***

La ilustración de este tomo se debe a: Afrique-Photo (París), Almasy (Neuilly-sur-Seine), Archivo Edistudio (Barcelona), Archivo de la Corona de Aragón (Barcelona), Bavaria-Verlag (Gauting von München), Biblioteca Nacional (París), Biblioteca Nacional (Viena), Biblioteca de la Universidad (Heidelberg), Camera Press-Zardoya (Barcelona), N. Cirani (Milán), Erwin Böhm (Mainz), Gil Carles (Valencia), Giraudon (París), Hispanic Society (Nueva York), P. Koch (Zurich), Loirat (París), Lolivier (París), Lucchetti (Barcelona), Llorca (Barcelona), A. Martín (Barcelona), Mella (Milán), Museo Aartsbisschoppelijk (Utrecht), Museo Kunsthistorisches (Viena), Museo Real (Bruselas), Oronoz (Madrid), Ostman (Bromma), Palnic (Venecia), Pedicini (Nápoles), Percy Hennell (Hertfordshire), Pierpont Library (Nueva York), Pucciarelli (Roma), Quilici (Roma), Ruiz (Madrid), Salmer (Barcelona), S.E.F. (Turín), Sem-Studio (Florencia), Servicio Nacional Microfilm (Madrid), Smithsonian Institution (Washington), Staatsbibliothek (Berlín), Titus (Turín) y Z.E.F.A. (Düsseldorf).